

# *El legado de Tucídides en la cultura occidental*

*Discursos e historia*

Juan Carlos Iglesias-Zoido

# El legado de Tucídides en la cultura occidental

## Discursos e historia

Juan Carlos Iglesias-Zoido

Todos los volúmenes de esta serie están sujetos a arbitraje científico independiente.

AUTOR

Juan Carlos Iglesias-Zoido

TÍTULO

*El Legado de Tucídides en la Cultura Occidental - Discursos e historia*

EDITOR

Centro de Estudos Clássicos e Humanísticos da Universidade de Coimbra

Imprensa da Universidade de Coimbra

EDICIÓN:

1ª/ 2011

COORDINADOR CIENTÍFICO EDITORIAL:

Maria do Céu Fialho

CONSEJO EDITORIAL:

José Ribeiro Ferreira, Maria de Fátima Silva, Francisco de Oliveira y Nair Castro Soares

DIRECTOR TÉCNICO DE LA COLECCIÓN:

Delfim F. Leão

CONCEPCIÓN GRÁFICA Y MAQUETACIÓN:

Rodolfo Lopes, Nelson Ferreira

IMPRESIÓN:

SIMÕES & LINHARES, LDA. AV. FERNANDO NAMORA, N.º 83 LOJA 4. 3000 COIMBRA

ISBN: 978-989-8281-75-3

ISBN DIGITAL: 978-989-8281-76-0

DEPÓSITO LEGAL: 322491/11

DOI: <http://dx.doi.org/10.14195/978-989-8281-76-0>

©IMPRESA DA UNIVERISDADE DE COIMBRA

©CENTRO DE ESTUDOS CLÁSSICOS E HUMANÍSTICOS DA UNIVERSIDADE DE COIMBRA

©CLASSICA DIGITALIA VNIVERSITATIS CONIMBRIGENSIS (<http://classicadigitalia.uc.pt>)

**FCT**  
Fundação para a Ciência e a Tecnologia  
MINISTÉRIO DA CIÊNCIA E DA TECNOLOGIA  
POCI/2010

Reservados todos los derechos. En términos legales, queda expresamente prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, ya sea en papel o en edición electrónica, sin autorización expresa de los titulares de los derechos. Queda excluida de esta prohibición la utilización en circuitos académicos orientados a la enseñanza o a la extensión cultural por medio del e-learning.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
Objetivo y contenidos del libro.	7
Tucídides y su legado: estado de la cuestión.	17
PARTE I. LA <i>HISTORIA</i> DE TUCÍDIDES Y EL PAPEL DESEMPEÑADO POR LOS DISCURSOS	
La <i>Historia</i> de Tucídides.	35
Tucídides y la historiografía antigua.	43
Los discursos de Tucídides.	51
PARTE II. EL LEGADO DE TUCÍDIDES DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL RENACIMIENTO	
Antigüedad Grecoromana.	77
Bizancio.	121
Edad Media: El <i>Tucídides</i> de Heredia.	135
Renacimiento.	155
PARTE III. EL LEGADO DE TUCÍDIDES DESDE EL SIGLO XVII HASTA LA EDAD CONTEMPORÁNEA	
El comienzo de una nueva etapa.	193
Siglos XVII y XVIII.	199
Edad Contemporánea	227
CONCLUSIONES	245
BIBLIOGRAFÍA	249
APÉNDICE: El <i>corpus</i> de discursos y los pasajes más influyentes de la <i>Historia</i> .	281
<i>INDEX NOMINVM</i>	285
<i>INDEX LOCORVM</i>	289
<i>INDEX RERVM</i>	297

“Mi historia no ha sido escrita  
como un entretenimiento para un instante,  
sino como una posesión para siempre (*ktêmá es aiéi*)”

Tucídides, *Historia* 1.22.4

# INTRODUCCIÓN

## OBJETIVO Y CONTENIDOS DEL LIBRO

Amigo, si eres docto y muy leydo,  
tomame en tus manos; mas si acaso  
para Musas no eres bien nascido  
dexame yo te ruego y noagas caso  
de lo que entiendes mal y es defendido,  
que no soy para todos facil passo,  
antes alcançan pocos el thesoro  
de Thucydide Ateniese hijo d'Oloro.<sup>1</sup>

El objetivo de este libro es estudiar el legado de Tucídides en la cultura occidental. En este sentido, sirvan los versos de la *Antología Palatina* que encabezan este capítulo (en los que la propia obra de Tucídides advierte a sus futuros lectores) para poner de manifiesto un hecho en el que no se suele reparar y que, no obstante, condiciona cualquier acercamiento a esta figura clave del pensamiento universal. Es un dato bien conocido que pocos autores de la Antigüedad han sido más admirados a lo largo de la historia que Tucídides. Pero, a la vez, no es menos cierto que pocas obras han sido más difíciles de comprender en toda su profundidad que la que escribió el historiador ático. La existencia e implicaciones de esta llamativa paradoja, que además se repite insistentemente a lo largo de los siglos, es la causa que nos ha llevado a estudiar su legado. Y para alcanzar ese fin este camino a lo largo de veinticinco siglos ha de recorrerse centrando la atención en los discursos de su *Historia*. Esta no es una elección arbitraria ni un capricho erudito, sino que responde a la evidencia de que en ellos se encuentra la clave del legado tucidideo. El papel que desempeñaron los discursos en el modo en que se leyó la obra, desde la Antigüedad hasta nuestros días, es lo que permite comprender aspectos esenciales que han determinado su influencia.

La primera pregunta que ha de plantearse cualquier persona que se acerque a la *Historia* de Tucídides es cómo una obra tan compleja y difícil ha conseguido mantenerse como un referente historiográfico durante dos mil quinientos años. Cómo una historia escrita en el siglo V a.C. ha generado un legado en la cultura occidental de tan inmensas proporciones. Muy pocos autores del mundo antiguo, y aquí tendríamos que pensar en Homero, Platón o Aristóteles, han tenido tanta influencia como Tucídides. A modo de ejemplo, éstas son algunas de las respuestas que se han dado a este interrogante:

Si alguien ha iniciado un método para analizar la patología del cuerpo social, y las leyes del comportamiento de los estados en sus relaciones violentas entre sí; si ha habido, en la Antigüedad, un espíritu que ha sabido penetrar en la entraña del fenómeno del poder, del imperialismo, del hecho revolucionario, éste ha sido, sin duda alguna, Tucídides.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Cf. *A.P.* 9.583; trad. de Diego Gracián conservada en su versión de Tucídides de 1564 (f. 4r).

<sup>2</sup> Cf. Alsina (1981: 14).

The Peloponnesian War turns out to be no dry chronicle of abstract cause and effect. No, it is above all an intense, riveting, and timeless story of strong and weak men, of heroes and scoundrels and innocents too, all caught in the fateful circumstances of rebellion, plague, and war that always strip away the veneer of culture and show us for what we really are.<sup>3</sup>

De estas afirmaciones, que no pueden evitar el fulgor de la admiración, se deduce una idea esencial: el genio de aquel hombre de hace dos mil quinientos años se expresó por medio de una obra única. Una *Historia* en la que supo combinar un profundo estudio del comportamiento humano con una expresión literaria que, en última instancia, y atravesando las barreras del tiempo y de los gustos, permitió que su análisis calara en el corazón de generaciones de lectores. Racionalidad y pasión. Sin duda, esta combinación tan difícil de alcanzar convirtió su obra en un referente esencial en la historiografía antigua, inspirando a tantos autores que antes habían sido lectores deslumbrados. Un encumbramiento que no estuvo carente de dificultades. Muy poco después de comenzar a circular, este relato, que pretendía explicar para la posteridad los sucesos acaecidos durante la Guerra del Peloponeso, tropezó con la incompreensión de sus contemporáneos. Durante varios siglos la escritura de la historia se adentró por otros caminos, siguiendo el rumbo que marcaban las exigencias de un mayor dramatismo. Sólo los excesos cometidos y la necesidad de retomar un modelo historiográfico que permitiese profundizar en las causas y en la motivación de los conflictos de un mundo dominado por Roma propiciaron su recuperación al final de la República. Tucídides, entonces, vuelve a ser valorado en el Imperio Romano como narrador histórico y como insigne ejemplo del reverenciado aticismo. Y a partir de aquí su fama no hizo más que aumentar. Su estilo austero, su precisa técnica narrativa, sus agudas descripciones y, sobre todo, sus profundos y certeros discursos atrajeron la atención de hombres de letras, pensadores e historiadores de Roma, de Bizancio y, finalmente, del Humanismo renacentista, que imitaron el modelo. Gracias a su traducción al latín y a las principales lenguas cultas de la Europa del siglo XVI, Tucídides por fin pudo ser leído, comentado e interpretado de modo infatigable por todo tipo de autores. Y lo más llamativo es que en todos estos períodos se ha repetido la misma paradoja: la dificultad y la oscuridad del texto no empañaron una admiración sin límites y un creciente deseo de imitación. A lo largo de tantos siglos, el hecho de que los discursos sean los pasajes que introducen un mayor número de reflexiones y de análisis de valor universal explica que el grueso de estos autores haya centrado su atención de manera prioritaria en los *lógoi* de la obra, convertidos así en el elemento historiográfico que ha ejercido mayor influencia desde la Antigüedad hasta el día de hoy.

Quede claro desde el principio que somos conscientes de que los discursos de Tucídides no son un elemento que pueda aislarse, sin más, dentro del conjunto

---

<sup>3</sup> Cf. Hanson en Strassler (1996: xxiii).



de esta historia modélica. Suele admitirse, como el propio Tucídides afirma en su capítulo metodológico (1.22), que discursos (*lógoi*) y narración de los hechos (*érga*) conforman una unidad difícilmente separable. Los discursos, frente a lo que todavía ocurre en la obra de Heródoto, ya no son un elemento subordinado a la narración. Un medio para aportar variedad y dramatismo al relato de los hechos. Este proceder, que estaba firmemente asentado en la cultura literaria griega, y que hunde sus más profundas raíces en los mecanismos narrativos de la épica homérica, fue alterado de manera decisiva por Tucídides para componer un nuevo tipo de obra histórica. Algo nunca visto hasta entonces. En el nuevo molde forjado a finales del siglo V a. C., la narración sigue siendo el hilo conductor del relato de los hechos sucedidos en la terrible contienda. Pero ahora esa misma narración se complementa con discursos que ponen de manifiesto ante el lector mentalidades, comportamientos y estrategias difíciles de explicar de otro modo. Esta fecunda mezcla, en la que la narración introduce discursos que adelantan o explican sucesos que el historiador va a relatar a continuación, conforma un perfecto entramado que ha fascinado a todos sus lectores. Tucídides compuso una historia en la que los hechos cobran sentido a través de los discursos y los discursos adquieren una inusitada intensidad a partir de los hechos.

Pero, a fin de cuentas, y teniendo presente su íntima imbricación con la narrativa, son las palabras pronunciadas por los protagonistas de su historia las que permiten comprender en toda su magnitud el legado de Tucídides. Esos discursos, tanto ayer como hoy, son la parte que más ha fascinado a cualquier lector de la obra. Son muchas las causas que pueden explicar esta predilección. Los críticos antiguos consideraban que en ellos se expresaba lo más granado del estilo tucidideo. Los historiadores y los rétores los reverenciaban como un reflejo vivo de la oratoria de la Atenas clásica, personificada en hombres como Pericles o Nicias. Pero, sobre todo, hay un factor que explica la atención prestada a estos discursos en el período que va desde la Antigüedad hasta el Renacimiento: el gusto por las selecciones de pasajes escogidos y modélicos, que podían ser imitados. El concepto de imitación (*mimesis* o *imitatio*) es la clave que permite establecer un vínculo entre épocas tan distantes. Los de Tucídides eran, además, unos discursos que, por primera vez, habían sido cincelados por la retórica, constituyendo en sí mismos una admirable crestomatía de oratoria política y militar. Incluso las críticas que recibió contribuyeron, paradójicamente, a cimentar su enorme prestigio. La oscuridad del estilo tucidideo, tan criticado por autores grecorromanos como Dionisio de Halicarnaso o por bizantinos como el erudito Tzetzes, alcanza sus más altas cotas en los discursos. Algo lógico si tenemos en cuenta que las intervenciones de los oradores son el medio utilizado por Tucídides para insertar en su obra reflexiones de carácter universal, en las que abundan complejos razonamientos. Su estilo, su léxico abstracto y su enrevesada sintaxis generaron a lo largo de toda la Antigüedad una amplia labor de comentario y de crítica. Estamos, por lo tanto, ante discursos que simbolizan en sí mismos la paradoja que caracteriza a esta obra: en una cultura literaria dominada por el principio de

la “imitación”, fueron muy apreciados y admirados por su profundidad de pensamiento; pero, a la vez, su complejidad los convirtió en un modelo de difícil aplicación práctica, cuya cabal comprensión estaba reservada a una élite. Imitar sus discursos, por lo tanto, suponía pertenecer a esa minoría. Y este privilegio fue muy apreciado desde la Antigüedad hasta el Renacimiento. Sólo hay que recordar la afirmación de su biógrafo Marcelino, quien al final de la Antigüedad afirma que el historiador, con su estilo oscuro, buscaba seleccionar a sus lectores para no ser accesible a todos sino sólo a los más sabios.<sup>4</sup>

Por este motivo (el prestigio inherente a su imitación y a la posibilidad de comprender sus claves), la complejidad de esos discursos y de la obra tucididea en su conjunto no fueron un impedimento para que acabasen convirtiéndose en un modelo historiográfico de referencia. Su obra no podía ser obviada sin más por todos aquellos historiadores griegos y latinos que, imbuidos en el aticismo, emprendieron la tarea de relatar los sucesos del pasado. Ya sea para seguir la senda emprendida por el historiador ático o para apartarse de ella, innovando en el fondo o en la forma, la obra de Tucídides, como pretendía su autor, se acabó convirtiendo en una referencia ineludible, en una auténtica “posesión para siempre” (Th. 1.22.4). La dura senda de la imitación fue recorrida por autores como Polibio, Salustio o Josefo. Y la ejecución del modelo se percibe en la narración de batallas, en el relato de asedios o en la descripción de los efectos de una peste. Pero, sobre todo, el magisterio de Tucídides se ponía de manifiesto en los discursos. Cuestiones como la verosimilitud de las intervenciones oratorias, su adecuación de las palabras al carácter de los personajes y a la situación planteada, los engarces empleados para insertar parlamentos en la narración o la selección del estilo directo o indirecto constituyen una preocupación constante para los historiadores antiguos a partir de Tucídides. Y, en la práctica, pasaron a convertirse en elementos esenciales de su labor creativa hasta bien entrado el siglo XVII. Puede afirmarse, sin peligro de exagerar, que los principales tipos de discurso que se van a dar a lo largo de la historiografía antigua adquieren carta de naturaleza en la obra de Tucídides. El influjo retórico y sofisticado que dominaba la Atenas de finales del siglo V a.C. se plasmó en discursos políticos, en parlamentos de embajadores y en profundos diálogos. Todos ellos, salvando la distancia obligada por el paso de los siglos, fueron un referente para generaciones posteriores de historiadores a la hora de insertar en sus obras las palabras pronunciadas por los más importantes personajes históricos. Y, entre ellos, el discurso más emblemático fue la arenga militar. La validez de este modelo a lo largo del tiempo es algo lógico. Mientras que los discursos políticos obedecen a un contexto muy concreto, la democracia ateniense del siglo V a.C., las arengas de Tucídides se convirtieron en un perfecto modelo literario debido a su carácter casi atemporal. La mezcla de elementos retóricos de muy diversa procedencia, que hacen de la arenga un tipo de discurso difícil de clasificar dentro de la normativa retórica clásica, conformaron (he aquí una paradoja más) un modelo de oratoria militar que siguió siendo válido hasta el final de la época bizantina. E, incluso, más allá.

---

<sup>4</sup> Cf. Marc., *Vita Thuc.* 35.

Ese marcado interés por los discursos que, a través de la mimesis se insertaban en las monografías históricas, acabaría generando hacia el final de la Época Imperial un proceso selectivo de transmisión por medio de *excerpta* y de selecciones de discursos. En Bizancio este procedimiento se acometió de manera masiva. Como consecuencia de un movimiento promovido por las más altas instituciones, los más importantes pasajes de los historiadores, ya sea por su contenido histórico o por su utilidad retórica, fueron desgajados de sus obras y ordenados atendiendo a criterios temáticos, retóricos o, simplemente, didácticos y moralizantes. La transmisión selectiva de pasajes de origen historiográfico, fórmula que también fue importante en Occidente, condicionó el modo en que, a partir de entonces, se leyeron las obras de historiadores clásicos como Tucídides, Polibio o Salustio. En el caso de Salustio, los *excerpta* en los que se recogían sus discursos y cartas tuvieron una continuidad a lo largo de toda la Edad Media latina. En el caso de Tucídides o de Polibio, el proceso de selección alcanzó su cumbre en el Bizancio del siglo X. De algún modo, como proponemos en el capítulo que hemos dedicado al *Tucídides* de Juan Fernández de Heredia, ambas tradiciones acabaron coincidiendo en el nuevo contexto cultural que se desarrolla en el occidente tardo-medieval y pre-renacentista de finales del siglo XIV. La difusión de *excerpta* que reúnen los discursos y las cartas de la obra de Tucídides se produce en un nuevo contexto cultural en el que gozó de gran aprecio la obra de autores latinos como Valerio Máximo, que ofrecía en su obra dichos y hechos memorables de héroes, reyes y generales de la Antigüedad. O la de un Plutarco tempranamente traducido, cuyas *Vidas* repletas de anécdotas permitían conocer de primera mano a los personajes de una Antigüedad redescubierta. No ha de extrañar por tanto que la primera traducción de la obra de Tucídides a una lengua vernácula, el aragonés castellanizado que se empleaba en el *scriptorium* aviñonés de Heredia a finales del siglo XIV, consistiese en una selección de sus discursos y arengas militares. Por no hablar del gran éxito que tuvieron a lo largo del siglo XVI las selecciones temáticas de discursos extraídos de las obras de los historiadores antiguos.

Este somero repaso de las ideas que, con mayor detenimiento y profundidad, iremos exponiendo en las páginas siguientes nos permite adelantar la idea central que recorre toda la segunda parte de nuestro estudio: la existencia de un interés prioritario por imitar los discursos de nuestro historiador, que, con sus correspondientes variantes y adaptaciones, atravesó épocas, culturas y realidades lingüísticas y literarias muy diferentes desde la Antigüedad hasta el final del Renacimiento. Un interés que, en definitiva, condicionó la manera en que se leyó la obra durante este período.

A partir de este momento, con el inicio de la época moderna, asistimos al comienzo de una nueva etapa. La amplia difusión de la *Historia* de Tucídides, gracias a la imprenta y, sobre todo, gracias a la ingente tarea de traducción llevada a cabo, hizo accesible el conjunto de la obra para cualquier tipo de lector. Ya no eran necesarios una formación humanística y un conocimiento del griego o del latín para acercarse al texto del historiador. Traducciones en francés,

italiano, alemán, español o inglés habían convertido la historia de nuestro autor en un clásico más cercano. Sin embargo, este avance en el conocimiento del conjunto de la obra llevaba aparejado una consecuencia: los discursos, que hasta entonces eran la parte más conocida, pierden parte de su importancia en favor del conjunto. Por no hablar del efecto de las nuevas corrientes intelectuales que influyeron sobre la historiografía y sobre los principios generales que regían la creación literaria. De este modo, por primera vez, decae el interés por unos discursos que se apartaban de las preocupaciones metodológicas de la nueva historiografía. Al irse reduciendo el papel jugado por la retórica en la escritura de la historia, cambia la percepción que se tenía de los discursos de Tucídides. El discurso historiográfico ya no volverá a ser un elemento de imitación, sino una excusa para la reflexión.

Por este motivo, se produce una influencia cada vez mayor del conjunto de la *Historia* sobre diferentes ámbitos del pensamiento occidental. El hecho de que Tucídides fuese el modelo más importante de historiografía racional y pragmática lo convirtió también en un modelo de pensamiento. Pocos autores han analizado con mayor profundidad las causas de la disensión civil, el comportamiento de una sociedad en guerra o las motivaciones más profundas del ser humano que se encuentra inmerso en un conflicto. Esta profundidad analítica también fue clave en la admiración que le profesaron autores romanos, bizantinos y renacentistas. Sin embargo, entendida en la Edad Moderna como historia política, la *Historia* se convierte ahora en un instrumento que permitía analizar las complejas relaciones que marcaron el devenir de este nuevo período. De hecho, a partir de Hobbes, Tucídides es visto como un modelo de pensador político. Su obra ya no sólo va a ser considerada como un modelo útil para guiar el comportamiento de reyes y generales (al modo de un racional *speculum principis*), sino que ahora sirve para justificar una visión crítica de la democracia, para ensalzar los nuevos valores libertarios de la Revolución Americana o del régimen parlamentario liberal, o, en definitiva, para ofrecer a la historiografía del siglo XIX un modelo de historiador científico *avant la lettre*. A lo que hay que sumar la influencia que ha ejercido su obra en la teoría política contemporánea, visible en autores tan influyentes en el último siglo como Leo Strauss o Hanna Arendt. Como suele ocurrirle a los clásicos, asistimos a una sorprendente adaptación de la obra de Tucídides a las nuevas corrientes de pensamiento que se han ido sucediendo a lo largo de los últimos cuatro siglos y que han conformado la esencia de nuestra cultura. Y en este proceso los discursos, aunque fuese de otro modo, siguieron desempeñando un papel decisivo.

Finalmente, sólo nos resta terminar este capítulo inicial dedicando unas palabras a la estructura y a la metodología de nuestro trabajo.

En la primera parte ofrecemos una introducción a la *Historia* y a los discursos de Tucídides. Sobre todo, pensando también en los lectores que no estén familiarizados con la obra y que procedan de campos de estudio distintos de la filología clásica. Por ello, tras explicar su papel dentro del género

historiográfico y tras describir los episodios más relevantes de la *Historia*, ofrecemos un análisis detallado de los discursos: antecedentes, metodología y diferentes tipos. De este modo, pretendemos dejar patente tanto la tradición literaria y retórica en la que se insertan los discursos de Tucídides como las novedades que aportaron en su momento y que acabaron siendo decisivas para su legado.

La segunda parte constituye el cuerpo central de nuestro estudio. En ella hemos analizado de manera exhaustiva la fortuna e influencia de los discursos de Tucídides desde la Antigüedad hasta el Renacimiento. Se trata de un amplísimo período de tiempo en el que la utilización de los discursos de nuestro historiador en el proceso de imitación que implicaba la escritura de la historia constituye el hilo conductor de nuestra exposición. Un asunto básico que nos ha permitido trazar las diferentes etapas que han marcado la evolución de un modo de entender la historia y la historiografía en Occidente, en el que la formación retórica desempeñó un papel decisivo. En este sentido, junto a los capítulos dedicados a la Antigüedad grecolatina, a Bizancio y al Renacimiento, debemos destacar que hemos reservado un capítulo completo al *Tucídides* de Heredia. Su presencia e importancia dentro de un período como la Edad Media, en el que apenas hay otras manifestaciones del legado de nuestro historiador, se explica por ser esta obra, desde nuestro punto de vista, no sólo un puente entre Bizancio y Occidente, sino también un elemento decisivo para entender el papel desempeñado por los discursos en este momento histórico y cultural. Un testimonio esencial que, hasta ahora, apenas había recibido atención por parte de la crítica especializada.

La tercera parte, con la que cerramos nuestro trabajo, analiza los nuevos caminos que siguió el legado tucidideo desde mediados del siglo XVII hasta el día de hoy. En estos años asistimos a un cambio de tendencia que influirá decisivamente sobre el valor del discurso historiográfico. Éste, de hecho, deja de ser un elemento decisivo para la historiografía. Las nuevas tendencias que marcaron la labor de los historiadores suponen un cambio de rumbo en la manera de concebir los mecanismos de composición de una disciplina que se aleja cada vez más de la retórica y que acabará convirtiéndose, ya a mediados del siglo XIX, en “científica”. Y, en este nuevo contexto cultural, sólo su profundidad de análisis salvó a los discursos tucidideos de quedar relegados al papel secundario que tuvo que asumir la mayor parte de los historiadores de la Antigüedad. Por este motivo, a lo largo de esta tercera parte, hemos analizado la recepción de los discursos y la obra de Tucídides de un modo más selectivo, centrando la atención en una serie de testimonios que permitan al lector hacerse una idea de los cambios ideológicos que han determinado las últimas etapas de su legado. El diferente espíritu que anima las nuevas traducciones de la obra durante el siglo XVII y, sobre todo, la interpretación ideológica y política que acabó condicionando su recepción desde finales del XVIII hasta el día de hoy conforman un cuadro muy distinto al descrito en la segunda parte, en el que nuestro objetivo ha sido destacar los principales hitos que marcaron su proceso de interpretación.

Para facilitar la tarea del lector a lo largo de una exposición que abarca un período tan amplio de tiempo y en la que se alude frecuentemente a diferentes alocuciones y pasajes de la obra de Tucídides, hemos añadido un apéndice que ofrece un *corpus* detallado de los discursos y de los episodios más destacados de la *Historia*. Por último, también hemos elaborado un *index nominum*, un *index rerum* y un *index locorum*.

En los textos antiguos citados que acompañan y ejemplifican la línea argumentativa de cada capítulo se informa, junto a la referencia precisa del pasaje en cuestión, sobre el traductor. En el caso de Tucídides, la versión que hemos empleado como referencia y que recomendamos a los lectores de este trabajo que quieran acercarse a la obra del historiador ateniense es la clásica de F. Rodríguez Adrados.<sup>5</sup> En los casos en los que no aparezca ninguna indicación al respecto, la traducción es nuestra. También dejamos constancia de aquellos pasajes en los que hemos modificado algún elemento de una traducción para destacar o aclarar algún aspecto del texto.

En la andadura del largo camino que ha desembocado en la escritura de este libro no he estado solo. He de agradecer de todo corazón a aquellos compañeros y amigos que me han ayudado en el proceso de escritura de este estudio, al que he dedicado los últimos cinco años. De manera especial a quienes, como David Carmona, Jesús Serrano, Francisco Cortés-Gabaudan y Joaquín Villalba, han tenido la amabilidad de dedicar su tiempo a leerlo en diferentes etapas de su elaboración y han expresado sus opiniones y críticas con ánimo siempre constructivo. Pero, sobre todo, deseo dejar constancia de mi agradecimiento a dos de ellos, a Victoria Pineda y a Luigi Giuliani, que desde el campo de la teoría literaria han leído con atención el trabajo y han hecho abundantes comentarios críticos que, sin duda, han enriquecido tanto su enfoque como su contenido. Desde el principio, mi objetivo ha sido elaborar un libro que fuese útil no sólo a los especialistas del mundo clásico sino también a otros filólogos y a todos aquellos estudiosos de la historia, la filosofía o la teoría política que pudieran estar interesados en el tema. Y para alcanzar ese objetivo el ánimo y los atinados consejos de ambos, compañeros y amigos, han sido decisivos. Por supuesto, quede también constancia de que cualquier error o malinterpretación que aún permanezcan son de mi entera responsabilidad.

Para la realización de este estudio también ha sido fundamental la financiación de dos Proyectos de Investigación nacionales, HUM2006-09270 y FFI2009-06112, gracias a los cuales he podido consultar, durante varias estancias de investigación entre 2007 y 2010, los fondos bibliográficos de la Biblioteca Nacional de Madrid, de la Biblioteca Nazionale en Roma y de la Bibliothèque Nationale de France en París. Conste, de este modo, nuestro agradecimiento a los Ministerios de Ciencia y Educación de España por su apoyo.

---

<sup>5</sup> Cf. Rodríguez Adrados (2003).

## TUCÍDIDES Y SU LEGADO: ESTADO DE LA CUESTIÓN

El verdadero padre de la historia histórica, de la historia política, el profundo Tucídides -verdadero maestro de Maquiavelo- decía que escribía la historia “para siempre” *eis aiei*. Y escribir historia para siempre es una de las maneras, acaso la más eficaz, de entrar para siempre en la historia. (M. de Unamuno, *Cómo se hace una novela*)<sup>6</sup>

La inmensidad del legado tucidideo nos obliga a comenzar con un estado de la cuestión que proporcione al lector el marco bibliográfico en el que se inserta nuestro estudio. Por una parte, se trata de un apartado imprescindible en cualquier monografía científica, que tiene la cortesía de ofrecer al público interesado en el tema una clara visión de las cuestiones a las que la crítica ha dedicado más atención, de los resultados obtenidos de mayor relevancia e, incluso, de las vías por las que discurre la investigación más reciente. Pero, por otra parte, no podría actuarse de otro modo si tenemos en cuenta que la influencia de la historia de Tucídides sobre obras y autores de todas las épocas es un tema recurrente, que ha sido tratado desde múltiples perspectivas por la crítica moderna. Gracias a este estado de la cuestión, además, el lector podrá ser consciente de la contribución que supone el enfoque sobre el legado de Tucídides desde el que ha sido escrito este libro, de los resultados concretos que ofrece y, sobre todo, de la visión de conjunto que propone. Para alcanzar este objetivo, en el que se combinan las ideas que acabamos de enunciar, hemos estructurado este capítulo en tres partes. En primer lugar, ofrecemos un análisis de las visiones de conjunto publicadas hasta el presente momento. En segundo lugar, siguiendo una perspectiva diacrónica, dejaremos constancia de las aportaciones más importantes dentro de cada uno de los períodos históricos analizados en nuestro libro, a las que volveremos a aludir en los capítulos correspondientes. Avanzaremos, en tercer lugar, la necesidad de un nuevo enfoque sobre la recepción de la obra de Tucídides y señalaremos las perspectivas que se abren de aquí en adelante para el estudio de su legado.

### 1. Visiones de conjunto

El legado de la obra de Tucídides, debido a los múltiples puntos de interés (literarios, historiográficos, filosóficos y políticos) que esta historia ha generado en todas las épocas, ha sido analizado en una serie de aspectos muy variados y diversos de su tradición. No podía ser menos, si tenemos en cuenta que Tucídides es uno de los autores antiguos sobre los que se ha dirigido mayor atención en casi todos los períodos de la cultura occidental. Sin embargo, frente a un verdadero torrente de publicaciones que ponen de manifiesto la enorme influencia ejercida por el historiador ático sobre historiadores, pensadores y

---

<sup>6</sup> Cf. Vauthier (2005: 175-6).

escritores de todos los tiempos, es especialmente reseñable el hecho de que sólo un reducido número de trabajos haya intentado ofrecer una visión de conjunto. Estudios que no queden en meras aportaciones concretas o que proporcionen una perspectiva que permita ir más allá de constatar la adaptación de un concepto o la imitación de un pasaje significativo de la obra. De hecho, lo más frecuente es encontrar análisis que ponen de manifiesto un estudio de la influencia de Tucídides que podríamos denominar como *descontextualizado*. Es decir, sin tener en cuenta aspectos decisivos como el modo en que se componían, difundían o leían los textos literarios e históricos en un período concreto del Mundo Antiguo.<sup>7</sup> O sin contemplar las preferencias, prejuicios y verdaderos intereses que animaban la lectura de los hombres del Renacimiento o de la Edad Moderna.<sup>8</sup> Como consecuencia de estos análisis descontextualizados, que no han sido debidamente contrastados con una visión de conjunto del tema o que no han tenido en cuenta las claves literarias y culturales que marcaron la recepción de Tucídides a lo largo de diversas épocas, son muy pocos los estudios que han contribuido a trazar un auténtico panorama de su legado. Que ofrezcan, en definitiva, una visión sobre lo que han sido las líneas directrices de la fortuna de su obra a lo largo de los siglos.

Con todo, hay destacadas y meritorias excepciones a esta tendencia. Entre las visiones de conjunto sobre el legado de Tucídides publicadas hasta ahora, hay que citar en primer lugar el amplio apartado con el que Otto Luschnat pone punto final a su magistral artículo dedicado al historiador en la enciclopedia *Pauly Wissowa*.<sup>9</sup> Este trabajo de 1971 ha ejercido una gran influencia sobre la crítica, ya que se trata del primer intento de ofrecer un panorama del legado de nuestro autor desde el siglo IV a.C. hasta finales del siglo XIX. No ofrece, de todos modos, una auténtica visión de conjunto. La temática de la enciclopedia en la que se inserta este artículo, especializada en la cultura grecolatina, explica el hecho de que el investigador alemán haya centrado su atención en el mundo antiguo y en Bizancio, y que sólo dedique un reducido espacio a los años que median entre el Renacimiento y el siglo XX.<sup>10</sup> Con todo, es el primer intento serio de ir más allá de los límites de Grecia y Roma para ofrecer un cuadro del legado tucidideo. En cierto modo, años más tarde, con plena conciencia del gran avance que han experimentado los estudios de tradición clásica en los últimos treinta años, la nueva edición de esta enciclopedia, *Der Neue Pauly Wissowa*, ha visto la necesidad de dedicar un artículo completo al fenómeno que denomina

---

<sup>7</sup> Con respecto a la cuestión de cómo pudo elaborarse físicamente la obra de Tucídides, cf. Prentice (1930) y las atinadas observaciones recogidas en Dorandi (2000) sobre los soportes del libro antiguo y la producción literaria. A los que se han de sumar las reflexiones de Momigliano (1978) y Malitz (1990) sobre el público de la historiografía antigua y de Pérez Martín (2002) con respecto al contexto bizantino.

<sup>8</sup> Cf. en este sentido el interés de estudios como el de Sanford (1944) para el estudio de la historia en la Edad Media, o los de Grafton (1997) y (1998) y Burke (1966) para el Renacimiento y la Edad Moderna.

<sup>9</sup> Cf. Luschnat (1971: cols. 1266-1323), en concreto el apartado III: *Die Nachwirkung des Thukydides*.

<sup>10</sup> Cf. Luschnat (1971: cols. 1310-1311).



“Thukydidismus”, escrito en este caso por Stefan Meineke.<sup>11</sup> Este trabajo ofrece en un reducido espacio (cols. 480-494) una visión de la influencia de la *Historia* desde el Renacimiento hasta el día de hoy, incidiendo sobre todo en cuestiones relacionadas con los ámbitos del pensamiento y de la teoría política. Ambos artículos, cada uno desde su enfoque, son complementarios y, unidos, constituyen desde 2002 la primera visión de conjunto sobre el legado de Tucídides disponible hasta entonces.

Un año más tarde, la investigadora danesa Marianne Pade publicó un breve, aunque enjundioso, estudio sobre la *Fortuna* de la obra del historiador con el que encabeza su extenso catálogo de traducciones y comentarios de la obra de Tucídides durante el Renacimiento. Se trata de un capítulo introductorio que, tal y como es norma en el *Catalogus Translationum atque Commentariorum* editado por Virginia Brown, ofrece una visión de la fortuna del autor desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVI.<sup>12</sup> Por fin, en un estudio de este tipo se informa, aunque sea brevemente, sobre testimonios de enorme importancia en este ámbito como la traducción de los discursos de Tucídides patrocinada por Juan Fernández de Heredia a finales del siglo XIV. Pero, sobre todo, el trabajo de Pade ofrece una guía indispensable y muy detallada sobre las traducciones, ediciones y comentarios en latín publicados durante el Renacimiento sobre la obra de nuestro historiador. Este censo, además, viene acompañado de una ingente selección de textos que recogen los puntos más destacados y significativos de los prefacios e introducciones de las principales obras analizadas. Un aspecto esencial para entender qué pretendían los autores cuando publicaron sus obras y a qué público se dirigían.<sup>13</sup> En este sentido, por la exhaustividad de la investigación bibliográfica llevada a cabo y por la información relevante que aporta sobre este período, se trata de un estudio imprescindible para conocer el impacto de la obra del historiador ático sobre las corrientes humanistas de los siglos XV y XVI. Y constituye un destacado punto de partida para ulteriores investigaciones que permitan comprender cómo se leía a Tucídides en este momento clave de su legado.

La aportación más amplia sobre este tema hasta el presente momento se produjo en el año 2006 gracias a la publicación del monumental *Brill's Companion to Thucydides*, editado por Antonios Tsakmakis y Antonios Rengakos, que ofrece una visión de conjunto sobre múltiples aspectos de la historia de Tucídides.<sup>14</sup> Entre ellos, los editores han dedicado un amplio espacio a la tradición de la obra. A este tema se han reservado los cinco capítulos de la parte final del *Companion* con la intención de ofrecer un punto de partida convenientemente actualizado desde la Antigüedad hasta el día de hoy para todos aquellos interesados en el tema. Se encargó la tarea a reconocidos especialistas en este campo como Canfora, Nicolai, Reinsch, Pade o Murari.<sup>15</sup> Este *Companion*, no

---

<sup>11</sup> Cf. Meineke (2002).

<sup>12</sup> Cf. Pade (2003: 103-119).

<sup>13</sup> Cf. Pade (2003: 120-181).

<sup>14</sup> Cf. Tsakmakis y Rengakos (2006).

<sup>15</sup> Cf. Canfora (2006), Nicolai (2006), Reinsch (2006), Pade (2006) o Murari (2006).

obstante, como consecuencia de los diferentes enfoques de los trabajos que lo conforman, presenta llamativas lagunas y analiza sólo determinados aspectos del legado de nuestro historiador que, además, ya habían sido tratados con mayor amplitud y profundidad en otros trabajos de los mismos autores.<sup>16</sup> Por otra parte, la principal crítica que puede hacerse a este excelente *Companion* es que no dedica ningún espacio al período que media entre el Renacimiento y el siglo XIX, una laguna que no facilita la comprensión de un momento histórico decisivo para entender la gestación del legado tucidideo en el mundo moderno.

Uno de estos investigadores, el brasileño Francisco Murari Pires, ha editado en 2007 el primer tomo de lo que está previsto que sea una obra más amplia dedicada a estudiar la influencia de la obra tucididea sobre la teoría historiográfica y política desde el Renacimiento hasta la Época Contemporánea.<sup>17</sup> Las ideas básicas están expuestas en un hermoso prólogo en el que ofrece su visión personal del legado tucidideo en clave política y ética.<sup>18</sup> De hecho, sus *Modernidades Tucidideanas* ofrecen un estudio detallado de ambos aspectos en la tradición de la obra de Tucídides entre historiadores y pensadores del Renacimiento, que volvieron a entender la historia como *magistra vitae*.<sup>19</sup> Se destaca sobre todo el análisis pormenorizado de su influencia sobre la historiografía italiana del siglo XV, a través de tres autores clave del período como son Bruni, Valla y León Battista Alberti.<sup>20</sup> Un estudio que, hasta ahora y a la espera de la publicación de la prometida continuación, se ha completado con varios trabajos sobre la recepción de Tucídides en la Época Contemporánea.<sup>21</sup>

Para terminar este apartado de visiones generales, también hemos de citar un trabajo previo nuestro, entregado a la imprenta a mediados de 2006, y en el que, con un afán predominantemente divulgativo (se trata de un capítulo de una historia de los principales hitos de la tradición clásica en la literatura griega), hemos ofrecido un avance de lo que constituye hoy este libro.<sup>22</sup> En ese estudio, en el que se analiza brevemente el legado de Tucídides desde la Antigüedad hasta el siglo XX, ya adelantamos la idea, que es el *leit motiv* de este libro, de que la influencia de la obra tucididea ha de ser estudiada centrando la atención

<sup>16</sup> Cf. sobre todo las aportaciones previas de Canfora (1977), (1992) y (2005), de Nicolai (1992) y (1995) y de Pade (1985), (2000) y (2003), referencia esencial de su capítulo del *Companion*.

<sup>17</sup> Cf. Murari Pires (2007): “Tomo I. No Tempo dos Humanistas. Volume I (Res) surgimento(s)”

<sup>18</sup> Cf. Murari Pires (2007: 11-27): “Tucídides, *ktēma es aiei*: as ambigüedades da voz e os ecos do silêncio”. Cf. especialmente la p. 23: “podemos ordenar uma trajetória hermenêutica com que a tradição do pensamento ocidental refletiu as problemáticas intrigadas pela *História* tucidideana. Entrelaçado a ele, pode-se identificar também um outro na contraposição pendular entre política ... e ética...”

<sup>19</sup> Cf. Murari Pires (2007: 22): “o resgate renacentista, que projeta o vigor da *historia magistra vitae* pelo tempo dos humanistas...”

<sup>20</sup> Cf. Murari Pires (2007: 85-200, 201-248 y 249-280).

<sup>21</sup> Cf. Murari Pires (2006) y (2007).

<sup>22</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2008)

en los discursos del historiador y en las distintas maneras en que se produjo su recepción a lo largo del tiempo. Una idea que nuestro grupo de investigación (*Arenga*) ha ido desarrollando durante los últimos años, en el marco de un estudio detallado sobre el discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento.<sup>23</sup> Y que ha dado como resultado una serie de publicaciones sobre el papel desempeñado por el modelo de las arengas tucídideas en la historiografía antigua y, por extensión, en la renacentista.<sup>24</sup>

## 2. El legado a través de las épocas

Frente a los escasos estudios de conjunto sobre el legado de Tucídides publicados hasta comienzos del siglo XXI, la literatura científica suele contentarse con el análisis de la influencia ejercida por la obra de nuestro historiador en un período determinado o en las composiciones de un autor concreto. En las siguientes páginas ofrecemos un recorrido diacrónico, dejando constancia de los estudios y aportaciones más relevantes.

En primer lugar, y como imprescindible labor previa, la crítica textual ha prestado una especial atención a la tarea de trazar la historia del texto tucídideo desde la constitución del texto en la época de los grandes filólogos alejandrinos, momento en que la *Historia* fue dividida en los ocho libros que hoy conocemos, hasta los azares que sufrió su transmisión a lo largo de la Edad Media.<sup>25</sup> En esta línea hay que citar de manera preferente los trabajos de Bartoletti, Hemmerdinger o Kleinlogel.<sup>26</sup> A los que hay que sumar los estudios de Alberti previos a la publicación de su magna edición romana del texto de Tucídides.<sup>27</sup> De manera complementaria, por la atención prestada a aspectos concretos de la circulación del texto, también hay que citar los trabajos, no exentos de polémica, de Luciano Canfora. Entre ellos, se destacan los dedicados a estudiar la posibilidad de que circulase una edición de Tucídides completada con las *Helénicas* de Jenofonte y los que han analizado la circulación de su obra en la Roma del final de la República.<sup>28</sup> Y, sobre todo, se debe dejar constancia del creciente interés despertado por los papiros de la obra de Tucídides (el historiador del que hay más testimonios en este ámbito),<sup>29</sup> que se han convertido en una evidencia esencial para comprender la circulación y utilidades del texto en lugares clave del mundo antiguo como el Egipto helenístico e imperial.<sup>30</sup>

---

<sup>23</sup> *Grupo Arenga: Retórica e historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento* de la Universidad de Extremadura (España).

<sup>24</sup> Cf. sobre todo el panorama general sobre la arenga militar desde la Antigüedad hasta el Renacimiento que ofrecen los estudios recogidos en Iglesias-Zoido (ed.) (2008), a los que hay que añadir Iglesias-Zoido (2007), (2007a), (2008a), (2008b) y (2010), Carmona Centeno (2008) y (2009), Harto Trujillo (2009), Pineda (2007) y (2008) y Villalba Álvarez (2009).

<sup>25</sup> Cf. Hemmerdinger (1948).

<sup>26</sup> Cf. Bartoletti (1938) Hemmerdinger (1955) y Kleinlogel (1966).

<sup>27</sup> Cf. Alberti (1972-2000).

<sup>28</sup> Cf. Canfora (1970), (1985), (1994), (2005: 55-64) y (2006).

<sup>29</sup> Hay 96 papiros, frente a los 46 de Heródoto o los 12 de Jenofonte. Cf. al respecto Pellé (2009).

<sup>30</sup> Cf. Bouquiaux-Simon y Mertens (1991), el catálogo actualizado que proporciona Stork (2008: xiii-xiv) y los datos que aporta Pellé (2010), que está trabajando en una monografía sobre

Es evidente que, debido al gran aprecio de la obra tucididea en el mundo antiguo, sus múltiples influencias sobre el proceso de composición seguido por autores griegos y romanos han sido objeto de abundantes trabajos particulares. Así, la filología clásica alemana de la segunda mitad del siglo XIX y de principios del XX ha legado a la posteridad un gran número de Tesis y *Programms* en los que se analizan las influencias de nuestro autor desde el punto de vista lingüístico, estilístico, sintáctico o retórico sobre numerosos historiadores griegos y latinos. Desde el ático Jenofonte al bizantino Procopio, pasando por romanos como Salustio o Livio, la nómina de autores que, de un modo u otro, siguieron la estela tucididea e imitaron aspectos esenciales de su obra (desde el léxico hasta los principios metodológicos) es amplísima.<sup>31</sup> En este sentido, el libro de Strebel, *Wertung und Wirkung des thukydideischen Geschichtswerkes in der griechisch-römischen Literatur*, publicado en 1935, tiene la virtud de resumir y culminar esta línea de análisis.<sup>32</sup> No obstante, incluso este importante estudio, como consecuencia del enfoque predominante en ese momento en la filología clásica alemana, es un trabajo muy centrado en el análisis de recursos de tipo estilístico y en el empleo de giros lingüísticos, que se pierde en detalles concretos y que no llega a ofrecer una visión de conjunto del complejo proceso de imitación seguido en la Antigüedad con respecto a los textos historiográficos. Su innegable interés, en todo caso, reside en que pone de manifiesto la importancia y profundidad del proceso de imitación lingüística y estilística de la obra de Tucídides por parte de los principales autores del período, con especial atención a Apiano.<sup>33</sup> Cuestiones sobre las que ha seguido insistiendo una parte de la crítica.<sup>34</sup>

Por este motivo, y con el objetivo de paliar lo que podríamos denominar como un auténtico vacío metodológico, tiene un especial interés un artículo que Roberto Nicolai publicó en 1995, en el que ofrece un conjunto de reflexiones extremadamente útiles para comprender la “fortuna” de Tucídides en el mundo antiguo.<sup>35</sup> Este trabajo tiene la virtud de situar la *Historia* en el contexto cultural en el que se creó y, sobre todo, destaca algo que no solía ser tomado en cuenta por gran parte de la crítica precedente: sus características como obra literaria, aspecto que ha sido determinante en el nuevo modo de acercarse a la obra del historiador ático.<sup>36</sup> Además, es continuación de un estudio más amplio dedicado a analizar el papel de la historiografía en el sistema educativo de la Antigüedad, que se ha convertido en un clásico y en

---

el tema. Análisis de papiros concretos en Fournet (2002).

<sup>31</sup> Sirvan de ejemplo los trabajos de Dolega (1871), Schild (1888) o Mack (1907) con respecto a la influencia ejercida sobre la obra de Salustio.

<sup>32</sup> Cf. Strebel (1935), donde se cita la bibliografía alemana esencial hasta ese momento.

<sup>33</sup> Cf., en este sentido, el subtítulo: *Eine literargeschichtliche Studie nebst einem Exkurs über Appian als Nachahmer des Thukydides*.

<sup>34</sup> Cf., por ejemplo, Hernández Muñoz (1994) con respecto a la imitación léxica por parte de Demóstenes.

<sup>35</sup> Cf. Nicolai (1995), ahora reeditado con traducción inglesa en Rusten (ed.) (2009: 381-404).

<sup>36</sup> En la línea del estudio clásico de Dover (1983).

una referencia imprescindible en este campo de investigación.<sup>37</sup> Nicolai ofrece en él una visión del papel desempeñado por la historiografía en los diversos niveles de la educación, analizando en detalle el proceso por el que Heródoto, Tucídides y Jenofonte se convirtieron en los autores canónicos de este género. Igualmente, como visión panorámica de este período, ha de destacarse la segunda parte del libro de L. Canfora, *Tucidide tra Atene e Roma*, en el que se analizan los diferentes aspectos de la recepción de la obra tucididea, desde la llegada masiva de textos al final de la República, fruto de la conquista militar, hasta la canonización de nuestro historiador en plena Época Imperial.<sup>38</sup>

Asimismo, el análisis de las opiniones de los críticos antiguos sobre la obra de Tucídides ha ocupado un lugar prioritario. Sobre todo, teniendo en cuenta dos cuestiones clave para su legado: el debate generado por la oscuridad de su obra y los inconvenientes de su imitación por parte de rétores y oradores. En esta línea, han sido analizados en detalle los abundantes comentarios críticos que le dedicaron a la obra del ateniense autores como Dionisio de Halicarnaso, Cicerón o Quintiliano, que serán repetidos durante siglos por autores posteriores.<sup>39</sup> A los que hay que unir los datos aportados por Marcelino, el autor de su más influyente y conocida biografía.<sup>40</sup> En los últimos años, también se está prestando atención a las recomendaciones de Luciano sobre la escritura de la historia en la Época Imperial y a su visión de Tucídides como “legislador” del género historiográfico.<sup>41</sup> Sin olvidar el testimonio que proporcionan los abundantes escolios, que están repletos de valoraciones retóricas y estilísticas sobre el texto y que aportan una preciosa información sobre la recepción de Tucídides en la Antigüedad tardía y en Bizancio.<sup>42</sup> Con respecto a las implicaciones prácticas de todos estos juicios críticos, resulta de gran interés el estudio de Gibson, que ofrece un análisis del empleo de los ejemplos extraídos de la historiografía clásica en la elaboración de los manuales retóricos de Época Imperial.<sup>43</sup> Todos estos trabajos han puesto de manifiesto la importancia de la obra del autor ático en el proceso de composición literario y retórico seguido en el mundo antiguo y, sobre todo, han permitido comprender las conexiones creativas y la mutua

<sup>37</sup> Cf. Nicolai (1992).

<sup>38</sup> Cf. Canfora (2005: 47-88). Cf. también Canfora (2006).

<sup>39</sup> Cf. Grube (1950), Pavano (1958), Pritchett (1975) Sacks (1983) con respecto a Dionisio. Sobre aspectos concretos de los comentarios de Cicerón y Quintiliano sobre Tucídides, cf. Connor (1963), Nicolai (1992) y (1996). Sobre la repercusión de estas ideas en autores latinos como Plinio, cf. Traub (1955) y Oliva (1993). Una visión general de estos juicios en Canfora (2005: 77-87).

<sup>40</sup> Cf. Cagnetta (1986), Piccirilli (1987), Maitland (1996).

<sup>41</sup> Opinión expresada en *Luc. Hist. conscr.* 42. A este respecto, cf. los trabajos de Georgiadou – Larmour (1994), Bartley (2003), Weaire (2005), el capítulo de Greenwood (2005: 109-129): “Reading Thucydides with Lucian” y Rothschild (2009).

<sup>42</sup> Cf. la edición de Hude (1927) y los estudios de Powell (1936) y (1936a), Luschnat (1954), y Kleinlogel (1964) y (1998). Sobre la presencia de Tucídides en escolios de otros autores, cf. Lenfant (2002).

<sup>43</sup> Cf. Gibson (2004). Sobre la influencia de Tucídides en la composición de declamaciones, cf. Pernot (1981).

influencia entre los ámbitos de la retórica y de la historiografía.<sup>44</sup> Conexiones e influencias que se perciben en otros géneros literarios cultivados durante la Época Imperial. Así, se ha dedicado una especial atención en los últimos años al ámbito de la novela griega en general y a la obra de Caritón en particular.<sup>45</sup> También se ha analizado el papel jugado en la obra enciclopédica de Plutarco.<sup>46</sup> O incluso se ha destacado la influencia de Tucídides en los discursos del *Nuevo Testamento*, con todas las implicaciones que esta cuestión tiene con respecto a la espinosa cuestión de la *ipsissima vox* de Jesucristo en esos textos.<sup>47</sup>

El grueso de los estudios dedicados a la influencia de la obra de Tucídides se ha centrado en el análisis de su influencia sobre el género historiográfico en Grecia y Roma. Tal y como desarrollaremos más ampliamente en los capítulos siguientes, cuestiones recurrentes (metodología, empleo de discursos, finalidad de la historia) han ocupado un lugar privilegiado y han recibido una atención destacada por parte de la crítica.<sup>48</sup> Entre los historiadores concretos, se destaca de manera especial la obra del latino Salustio, quien, ya en opinión de Veleyo Patérculo, debía ser considerado como un *aemulum Thucydides* (2.36.2). De hecho, la opinión manifestada por Patérculo, en la que coinciden otros autores antiguos,<sup>49</sup> se ha visto refrendada por el interés de la crítica a la hora de poner de manifiesto su importante deuda tanto en pensamiento como en estilo con respecto a la obra de Tucídides.<sup>50</sup> Similares comentarios, sobre todo con respecto a la imitación de los discursos del ateniense, suscitó también un autor imperial como Dion Casio.<sup>51</sup> En cualquier caso, la nómina de historiadores grecolatinos analizados desde esta perspectiva es inmensa y comprende nombres tan destacados como Polibio, Tito Livio, Flavio Josefo, Amiano Marcelino, etc.<sup>52</sup>

---

<sup>44</sup> Cf. el estado de la cuestión que ofrecemos en Iglesias-Zoido (ed.) (2008: 19-61). Cf. también el capítulo de López Eire en Iglesias-Zoido (ed.) (2008: 63-124) y López Eire (2008).

<sup>45</sup> Cf. los trabajos centrados en la obra de Caritón: Luginbill (2000) con respecto a la descripción de la *stásis* egipcia, o Kasprzyk (2005) con respecto a los discursos de generales y su antecedente historiográfico. Sobre las reminiscencias tucidideas que se perciben en el prólogo de la obra de Longo, cf. Luginbill (2002).

<sup>46</sup> Cf. Stadter (1973), Romilly (1988), Titchener (1995), Tosi (1988) y (2004).

<sup>47</sup> Cf. Porter (1990) y McCoy (1996). En contra, cf. Green (2001).

<sup>48</sup> Cf. las páginas que dedican a estos temas autores como Walbank (1965), Fornara (1983: 160-2), Woodman (1988) y Marincola (1997) y (2007).

<sup>49</sup> Cf. Sen. *Suas.* 6.21; Quint. 10.1.101 y 10.2.17.

<sup>50</sup> Cf., en general, Patzer (1941), Perrochat (1947) y (1949), Avenarius (1957), Scanlon (1980), Nicols (1999) y Parker (2008). Estudios concretos en Keitel (1987a) y Meyer (2010). Sobre la voz "no tucididea" del narrador de sus obras, cf. Grethlein (2006).

<sup>51</sup> Cf. Photius *Bibl. cod.* 71, quien destaca que Tucídides fue su *kanón*.

<sup>52</sup> Sin pretender ser exhaustivos, cf. Soulis (1972), Grayson (1985), Krentz (1989), Lipka (2002), Lendon (2006) y Nicolai (2006) con respecto a Jenofonte; Sacks (1981: 171-186) sobre la metodología y Nicolai (1999) sobre los discursos de Polibio; Grube (1950) y Sacks (1983) con respecto a las ideas básicas de Dionisio de Halicarnaso; Rodgers (1986) con respecto a Tito Livio; Villalba (1986), Galimberti (2005), Price (2007), Rodgers (ed.) (2007) con respecto a Flavio Josefo. Borzsák (1975), en otro sentido, expone sus dudas con respecto a Tácito. Con respecto a la magna obra de Plutarco, cf. Stadter (1973), Romilly (1988), Pelling (1992) y Titchener (1995).

Podría decirse, a la luz de estos estudios, que gran parte de los historiadores de Grecia y Roma fueron influidos en mayor o menor medida por el ateniense, cuya obra se habría convertido en un referente ineludible y en un modelo de historiografía pragmática.<sup>53</sup> En este ámbito, no obstante, hay que destacar que predominan los estudios particulares sobre las visiones de conjunto. Entre los estudios que intentan ofrecer un cuadro más general de ese influjo, aparte del ya citado de Strebel,<sup>54</sup> es especialmente destacable el artículo de Hornblower de 1995, en el que analiza la recepción de la obra tucididea en la historiografía del siglo IV a.C.<sup>55</sup> Especialmente por el hecho de que destaca su repercusión en el siglo siguiente a su publicación y su reflejo en una serie de autores que sólo conocemos de manera fragmentaria.<sup>56</sup>

Con respecto a la época bizantina, son de gran utilidad las apreciaciones repartidas a lo largo de la enciclopédica obra de H. Hunger, dedicada a estudiar los principales géneros en este período. Hunger, al analizar las claves de la historiografía bizantina, ha puesto de manifiesto los diferentes influjos que han marcado su devenir. Entre los que se destaca el referente tucidideo.<sup>57</sup> También hay que citar el reciente trabajo de Reinchs, donde analiza la influencia ejercida por pasajes emblemáticos de la obra sobre un amplio número de historiadores bizantinos.<sup>58</sup> Entre éstos, sin duda, Procopio es el que ha recibido una mayor atención por las evidentes deudas contraídas con el historiador ático con respecto a cuestiones como la metodología, la determinación de las causas de un conflicto, la inserción de discursos o la descripción de figuras clave como Belisario.<sup>59</sup> Un influjo tan importante que ha llevado a estudiar el contexto sociocultural de la Gaza del siglo VI d.C. y otras figuras clave de lo que se ha acabado denominando Tercera Sofística.<sup>60</sup> Aspectos concretos de esa influencia también han sido puestos de manifiesto en la obra de una amplia nómina de autores: Agatías, Prisco, Teofilacto, Ana Comnena o Juan Cantacuceno.<sup>61</sup> En estos estudios particulares se ha analizado hasta qué punto los historiadores bizantinos han seguido el modelo tucidideo en la elaboración de discursos o en la redacción de pasajes narrativos significativos, como las descripciones de pestes y asedios.<sup>62</sup> En este panorama de respeto y admiración hacia el clásico

<sup>53</sup> Cf. Marincola (1997: 15-33).

<sup>54</sup> Cf. Strebel (1935).

<sup>55</sup> Cf. Hornblower (1995).

<sup>56</sup> Cf., de manera complementaria y aportando otra perspectiva, el estudio de Nicolai (2006).

<sup>57</sup> Cf. Hunger (1978: 243-522). Sobre la historiografía, cf. también Moravcsik (1966), Scott (1979) y, en los últimos años, el trabajo de Threadgold (2007). Sobre la *mimesis* en Bizancio, cf. Hunger (1969-1970).

<sup>58</sup> Cf. Reinchs (2006).

<sup>59</sup> Cf. Diesner (1971), Bornmann (1974), Cresci (1986), Adshead (1993), Cameron (1996:33-48), Pazdernik (2000).

<sup>60</sup> Sobre Tucídides en la Escuela de Gaza, cf. Balázs (1940) y Downey (1958). Sobre el rétor Coricio de Gaza, cf. Tosi (1981).

<sup>61</sup> Sobre autores concretos, cf. Cameron (1964), Hunger (1976), Blockley (1972), Adshead (1983), Díaz Rolando (1992).

<sup>62</sup> Cf. especialmente el trabajo de Taragna (2000) sobre los discursos en la historiografía retórica bizantina. Sobre el modelo del Asedio de Platea en la obra de Dextipo y de Prisco, cf.

no todo es positivo. Entre los críticos de este período, ha sido estudiada la visión negativa de Tzetzes, que suele ser considerado como uno de los más amargos censuradores de Tucídides.<sup>63</sup>

Frente a su omnipresencia en la parte oriental del Mediterráneo, en la Edad Media latina no hay constancia de un conocimiento del texto de Tucídides, ni siquiera por medio de posibles traducciones al árabe.<sup>64</sup> Una vez descartadas posibles influencias sobre autores como Petrarca o Boccaccio,<sup>65</sup> los escasos estudios existentes hasta el momento se han centrado en el entorno del Gran Maestro D. Juan Fernández de Heredia, donde vuelve el interés por su obra a Occidente.<sup>66</sup> Con respecto a su *Tucídides*, junto a la primera transcripción del texto realizada por Molina, contamos recientemente con una cuidada edición de Álvarez Rodríguez.<sup>67</sup> Por nuestra parte, también hemos dedicado varios estudios previos a la determinación de las posibles causas de la traducción aragonesa de los discursos del historiador y del contexto retórico en el que se desarrolló esta tarea, destacando sus puntos de contacto con la tradición bizantina.<sup>68</sup>

En los últimos años ha sido analizado en detalle el redescubrimiento y la renovada valoración de la obra de Tucídides en el Renacimiento, como pone de manifiesto el censo de sus numerosas traducciones y comentarios a lo largo del siglo XVI llevado a cabo por Pade.<sup>69</sup> Todo ello ha permitido comprender mejor el papel desempeñado en la Europa del momento por la traducción de Lorenzo Valla de 1452, la primera versión latina de la obra completa que, como no podía ser de otro modo, fue muy influyente en diferentes ámbitos del pensamiento renacentista.<sup>70</sup> En este sentido, acaba de publicarse una edición facsímil del códice (*Vat. Lat.* 1801) en el que se conserva el texto original de la traducción.<sup>71</sup> Estudios concretos han aportado datos sobre las diferentes traducciones en lengua vernácula publicadas a lo largo del siglo XVI, destacándose sobre todo la figura de Claude de Seyssel.<sup>72</sup> Y el meritorio estudio de Klee ha permitido conocer mejor su influencia sobre la labor historiográfica llevada a cabo en la Europa de la temprana Edad Moderna, sobre todo en Italia y Alemania.<sup>73</sup>

---

Blockley (1972). Sobre la descripción de la peste en Juan Cantacuceno, cf. Miller (1976).

<sup>63</sup> Cf. Baldwin (1982) para una visión general y Luzzato (1999) con respecto al análisis detallado de las cincuenta anotaciones en trímetros yámbicos distribuidas a lo largo del códice *Pal. Gr.* 252 (E) que se atribuyen a su pluma.

<sup>64</sup> Cf. Poggi (1986).

<sup>65</sup> Frente a las afirmaciones de Grimm (1965), cf. lo señalado por Pade (2003). Sobre las preferencias de este período, cf. Sanford (1944).

<sup>66</sup> Cf. Lutrell (1960), (1970) y (1987); Batllori (1973) y (1987), Álvarez Rodríguez (1986) y (1989); Cacho Blecua (1997); Gómez Moreno (1996).

<sup>67</sup> Cf. Molina (1960) y Álvarez Rodríguez (2007).

<sup>68</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2005) y (2008b).

<sup>69</sup> Cf. Pade (2008). Sobre los lectores del momento y sus preferencias, cf. Grafton (1997) y (1998).

<sup>70</sup> Cf. Alberti (1985) y Pade (1985), (2000), (2003) y (2008).

<sup>71</sup> Cf. Chambers (2008). Sobre el manuscrito cf. también Maurer (1999).

<sup>72</sup> Cf. Boone (2000) y (2007).

<sup>73</sup> Cf. Klee (1990) y Murari Pires (2007). Dentro de un marco más general, cf. los comentarios



Entre los autores analizados, se destacan los nombres de Bruni, Valla, Alberti o Guicciardini.<sup>74</sup> Todo ello, pone de manifiesto un interés por nuestro historiador en aquellos años que, por cierto, no se corresponde con el papel reducido que le otorga el trabajo clásico de Burke, quien, al estudiar los hábitos lectores en el Renacimiento y Edad Moderna, sólo tiene en cuenta la circulación de ediciones del texto completo de la obra.<sup>75</sup>

Por otra parte, desde la perspectiva de la ciencia política a partir del Renacimiento, un amplio número de estudios ha analizado la interpretación de su obra por parte de pensadores muy influyentes en la cultura occidental como Maquiavelo y Hobbes.<sup>76</sup> Este último, autor de una de las más influyentes traducciones de Tucídides, es sin duda el más ampliamente estudiado de toda la Edad Moderna, pues hoy en día contamos con un buen número de trabajos que aclaran tanto el contexto político y cultural en el que llevó a cabo sus versiones de Homero y Tucídides como las profundas implicaciones que esta labor tuvo sobre facetas esenciales de su pensamiento.<sup>77</sup> Este interés particular por Hobbes contrasta con el hecho de que apenas haya sido analizada la influencia ejercida por la obra de Tucídides en el conjunto de este período histórico. De hecho, la crítica sigue apoyándose en visiones muy generales sobre el papel jugado por los historiadores antiguos en la cultura de aquellos años, en los que suele resaltarse que la historia del ateniense fue eclipsada por la magna obra de Plutarco.<sup>78</sup> Sin duda, esto se debe a que apenas se han publicado estudios (a excepción de los dedicados a Hobbes) que analicen las características, implicaciones y el contexto que motivó la publicación de las principales traducciones de la historia de Tucídides que se realizaron en este momento clave. De hecho, divulgadores y traductores del texto tucidideo, como Perrot d'Ablancourt en el XVII, o P. Charles Lévesque en el XVIII, sólo han recibido una atención limitada.<sup>79</sup>

Algo muy diferente a lo que ocurre en la Época Contemporánea, momento en el que han sido ampliamente estudiadas cuestiones como el papel de la metodología de Tucídides como referente esencial para el desarrollo de la historiografía científica del siglo XIX<sup>80</sup> o la interpretación moderna de sus ideas desde el punto de vista del imperialismo y de las relaciones de

---

repartidos a lo largo de los trabajos de Struever (1970), Cochrane (1981) y Fryde (1983).

<sup>74</sup> Sobre Bruni, cf. Ianzini (1998). Sobre Seyssel, cf. Boone (2000). Con respecto a otros autores del período cf. Palumbo (1991), Conconi (2005).

<sup>75</sup> Cf. Burke (1966).

<sup>76</sup> Sobre Maquiavelo, cf. Reinhardt (1948), Palmer (1989), Simonetta (1997).

<sup>77</sup> Ediciones modernas de la traducción de Tucídides realizada por Hobbes en Schlatter (1972) y Green (1989). Sobre diferentes aspectos de la influencia del historiador sobre el pensador británico, cf. Schlatter (1945), Klosko y Rice (1985), Brown (1987), Slomp (1990), Canfora (1992), Johnson (1993), Sowerby (1998), Scott (2000) y Warren (2009). Sobre la traducción que este autor hizo de Homero, cf. el estado de la cuestión que ofrece Nelson (2008).

<sup>78</sup> Cf. Dain (1939) para el XVII y, sobre todo, Momigliano (1977) y (1990: 29-53) para el siglo XVIII.

<sup>79</sup> Cf. Paradiso (1995).

<sup>80</sup> Cf. Momigliano (1990), Montepaone ed. (1994). De reciente aparición, cf. el trabajo de Battistini (2010) sobre la visión de Tucídides en la Francia del XIX.

poder en un mundo bipolarizado. En este sentido, su obra ha servido para dar sentido a las terribles experiencias de las dos guerras mundiales del siglo XX,<sup>81</sup> a las estrategias seguidas en la guerra fría<sup>82</sup> o, finalmente, a la hora de hacer frente a los nuevos retos a los que se han de enfrentar las “sociedades abiertas”.<sup>83</sup> Por este motivo, ha interesado su influencia sobre políticos como el presidente heleno Venizelos, que también tradujo en los años treinta la *Historia* al griego moderno.<sup>84</sup> Entre los pensadores contemporáneos, se ha analizado el influjo sobre filósofos como Nietzsche,<sup>85</sup> sobre escritores como Camus<sup>86</sup> o sobre pensadores como Strauss y Arendt.<sup>87</sup> Especial atención se ha prestado a su relectura por parte del denominado “realismo político” (y sobre variantes aún más extremas como el “neorrealismo” desarrollado a partir de 1979) y su aplicación práctica y descarnada en el ámbito de las relaciones internacionales.<sup>88</sup> De hecho, la obra del historiador se ha convertido en una lectura imprescindible en las modernas escuelas de teoría política.<sup>89</sup> E incluso se recomienda el estudio de Tucídides en el ámbito de la formación militar, destacándose la utilidad de sus reflexiones estratégicas y su posible aplicación práctica en el día de hoy.<sup>90</sup> Todos estos enfoques ponen de manifiesto que las implicaciones de este legado en nuestros días son muy variadas y que Tucídides, sin ningún género de dudas, es el historiador antiguo más leído y apreciado en la actualidad.

### 3. La recepción del legado: reflexión sobre el futuro

La intensa revalorización de la obra de Tucídides en nuestros días es la causa de un interés creciente por conocer las claves de un legado que se reparte por múltiples y muy variados ámbitos historiográficos, filosóficos o políticos. Sin embargo, como hemos podido comprobar, frente a una inmensa nómina de estudios particulares son muy pocos los trabajos que han intentado ofrecer un cuadro general de un fenómeno clave en la historia cultural de Occidente y que contextualicen las conclusiones a las que llegan. Junto a las meritorias aportaciones de autores como Luschnat, la tendencia dominante hasta el presente momento ha sido la de reunir en un mismo lugar los resultados concretos alcanzados por diferentes especialistas. Sirva como ejemplo la reciente publicación de un conjunto de artículos clásicos sobre la fortuna de

---

<sup>81</sup> Cf. Thibaudet (1922) y Lord (1945).

<sup>82</sup> Cf. McCann - Strauss (eds.) (2001).

<sup>83</sup> En este sentido, cf. la visión general que proporcionan los trabajos de Alsina Clota (1975), (1977-9), (1981) y (1982) y Murari Pires (2006) y (2009).

<sup>84</sup> Cf. Gomme (1942) y Zachariades-Holmberg (2003).

<sup>85</sup> Cf. Pavur (1998), Zumbrennen (2002), Morley (2004) y Geuss (2005).

<sup>86</sup> Cf. Demont (1996).

<sup>87</sup> Visión general en Murari Pires (2006). Sobre Arendt, el amplio tratamiento en Villa (2000); y, sobre Strauss, cf. Altini (2000), Lastra (2000) y Deutsch y Murley (1999).

<sup>88</sup> Cf. Crane (1998), Clark (1993), Cesa (1994) y Forde (1995). De especial interés son las críticas de Ober (2001) frente a los excesos interpretativos de esta corriente de pensamiento.

<sup>89</sup> Cf. Gustafson, ed. (2000).

<sup>90</sup> Cf. Cook (2006) y Kaliopoulos y Platias (2010).

nuestro historiador. El editor, J. Rusten, ha incluido varios estudios dedicados al tema, ya puestos en circulación durante los últimos decenios, bajo el encabezado de “Reception (Ancient, Modern and Contemporary)”.<sup>91</sup> Consciente de la necesidad de relacionar y dar sentido a estos resultados parciales que remiten a tres épocas muy diferentes, el editor ha añadido un conjunto de reflexiones de su propia pluma, donde analiza de manera escueta las diferentes *lecturas* que ha recibido una serie de temas de la obra.<sup>92</sup> Sin embargo, y a pesar de Rusten es un gran conocedor del texto de Tucídides, este proceder no es suficiente ante la falta de un auténtico hilo conductor. Se constata, así, la necesidad de una visión de conjunto sobre la recepción de Tucídides que permita *contextualizar* el amplio número de trabajos dedicados a estudiar puntos concretos de su legado en los últimos decenios. Y, sobre todo, que vaya más allá de la mera yuxtaposición de una serie de datos que, en relación a este tema, se suelen repetir hasta la saciedad.<sup>93</sup>

Esto es lo que pretende nuestro libro, que, por supuesto y como no podía ser de otro modo, es deudor de los trabajos que estos autores han dedicado a la tradición de la obra tucididea. Todos ellos han hecho más accesible un ámbito de estudio complejo y enormemente variado, que se ramifica en diferentes campos de investigación y que se dispersa a lo largo de épocas muy alejadas entre sí. Sin duda, esa ha sido la principal dificultad hasta el momento: la enorme dispersión de los testimonios y la maraña de datos y enfoques que dificultan el análisis integral de la recepción del legado tucidideo desde la Antigüedad hasta nuestros días. Siendo plenamente conscientes de que se trata de un campo de estudio casi inabarcable, hemos primado la necesidad de una línea explicativa lo más clara posible, centrada en la exposición de las implicaciones de un *leit motiv* bien definido. Nuestro libro presenta así la novedad de estudiar un aspecto que no ha sido tratado de manera monográfica en la bibliografía dedicada a este tema: la recepción de los discursos de Tucídides y el modo en que afectó a la lectura de la obra. Los discursos siempre están presentes en muchos de los estudios citados, pero en la mayor parte de los casos la crítica se ha decantado por análisis demasiado concretos o no ha tenido en cuenta las peculiaridades de su proceso de transmisión textual y las circunstancias que condicionaron su recepción. Las razones que se aducen para explicar su legado, en todo caso, se centran en la brillantez y profundidad de las alocuciones, que las convirtieron en puntos de referencia inevitables dentro de una obra contemplada como una unidad. Esto mismo sucedió con otros pasajes como las descripciones de la peste y de la discordia civil (*stásis*), pero apenas se ha destacado que

<sup>91</sup> Cf. Nicolai (1995), Scott (2000) y Ober (2001).

<sup>92</sup> Cf. Rusten (2009: 1-29): “Thucydides and his Readers”.

<sup>93</sup> Sirvan como ejemplo los datos expuestos en una serie de breves visiones generales, muchas veces de sólo unas cuantas páginas, en las que se repiten las mismas ideas básicas con respecto al legado de Tucídides, y que pueden encontrarse en Marincola (2001: 103-4): “Nachleben”; Sonnabend (2004: 118-121); Rhodes (2009: 1-1iii): “The reception of Thucydides”; Rusten (ed.) (2009: 1-29): “Thucydides and his Readers”, especialmente las pp. 1-15.

los discursos, por su naturaleza retórica, pudieron acabar determinando la manera de leer la obra de nuestro historiador durante siglos. Sólo algunos autores han planteado la posibilidad de la circulación de *excerpta* del texto tucidideo en Roma o han dejado constancia del interés por las selecciones de discursos en el Renacimiento.<sup>94</sup> Sin embargo, no han ido más allá de intentar explicar cuestiones como la influencia selectiva de Tucídides sobre Salustio o de constatar un interés erudito por los discursos del historiador entre los humanistas de los siglos XV y XVI.<sup>95</sup> Nuestro libro, a través de un análisis transversal del papel desempeñado por los discursos en la cultura occidental, pretende ofrecer un cuadro integrado de este proceso y de su influencia sobre la recepción de la obra. Los estudios que hemos llevado a cabo a lo largo de los últimos cinco años, y que conforman la base sobre la que se sustenta nuestra tesis, nos han permitido comprender hasta qué punto los discursos de Tucídides constituyen un capítulo esencial en la historia de la tradición clásica que no ha sido explorado en toda su amplitud y profundidad.<sup>96</sup> Y, sobre todo, nos han permitido comprobar hasta qué punto son un hilo conductor esencial para entender, mediante las claves de su recepción, cómo evolucionó el legado de Tucídides desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Que éste es un campo de trabajo que aún ha de ser explorado y analizado con mayor detalle y profundidad, sobre todo en el período que media entre el Renacimiento y el siglo XIX, ha quedado puesto de manifiesto de manera muy clara en los últimos años. De hecho, los más recientes estudios (algunos de ellos publicados en el momento de terminar de redactar nuestro libro) se están dedicando a figuras semiolvidadas que ejercieron una enorme influencia en los siglos XVII y XVIII.<sup>97</sup> Y, como no podía ser de otro modo, es el tema de varias líneas de investigación que se están desarrollando en la actualidad. Así, en Francia, en la Universidad de Toulouse y organizados por V. Fromentin, S. Gotteland y Pascal Payen, se han celebrado en los últimos años varios congresos internacionales dedicados a estudiar este influjo, y se espera la publicación de sus actas a finales de 2010. Y en la Universidad de Bristol acaba de comenzar en diciembre de 2009 un proyecto de investigación que, dirigido por Neville Morley, a lo largo de los próximos cuatro años recogerá de manera exhaustiva todos los testimonios de la influencia de Tucídides desde el Renacimiento hasta el siglo XXI, con especial atención a su repercusión en el campo del pensamiento historiográfico y de las relaciones internacionales. Los resultados, según se anuncia en su página web, serán publicados dentro de unos

---

<sup>94</sup> Cf. Avenarius (1956a) y (1957); Canfora (2005) y (2006) en el ámbito romano y Pade (2003) y (2006) en el Renacimiento. Cf. también la reflexión de Cavallo (1986: 132-137) sobre la transmisión de la *Historia* en subdivisiones más que en ejemplares completos.

<sup>95</sup> En el caso de Pade (2003), a causa de los límites temáticos del *Catalogus* en el que se publicó su estudio (un censo de las traducciones y comentarios en latín de Tucídides), falta la perspectiva que proporcionan las selecciones en lengua vernácula de la segunda mitad del XVI.

<sup>96</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2005), (2007), (2008), (2008a), (2008b), (2010) e Iglesias-Zoido (ed.) (2008).

<sup>97</sup> Cf. Mall (2007), Payen (2007).

años en un *Handbook to the Reception of Thucydides*.<sup>98</sup> Todos estos proyectos y su coincidencia en el tiempo ponen de manifiesto que estamos ante una de las líneas de investigación sobre el legado clásico más pujante de los últimos años. Nuestro libro, por lo tanto, es un intento de contribuir a ese esfuerzo colectivo.

Cáceres, Agosto de 2010

---

<sup>98</sup> En el marco del proyecto de investigación “Thucydides: reception, reinterpretation and influence” ([www.bris.ac.uk/classics/thucydides/](http://www.bris.ac.uk/classics/thucydides/)).

## PARTE I

# LA *HISTORIA* DE TUCÍDIDES Y EL PAPEL DESEMPEÑADO POR LOS DISCURSOS

## LA HISTORIA DE TUCÍDIDES

No escribas con la mirada puesta sólo en el presente, para que te alaben y te honren los contemporáneos, sino que, aspirando a toda la eternidad, compón tu historia pensando sobre todo en las generaciones venideras y solicita de ellos el salario de tu obra.

(Luciano de Samosata, siglo II d.C.)<sup>99</sup>

En el mundo antiguo hay una larga tradición de personajes convertidos en historiadores como consecuencia del exilio o de su retiro de la vida pública. Al poder observar la realidad que les rodeaba desde la atalaya de un retiro voluntario o forzoso, esos historiadores, según suele admitirse, habrían tenido una mayor libertad para relatar los hechos que enfrentaron a dos países o que generaron una guerra fratricida. No habrían estado, como afirma Luciano de Samosata en el texto que encabeza este capítulo, pendientes de que les honrasen sus coetáneos. Su aparente neutralidad les habría permitido ser espectadores privilegiados de hechos sobre los que cualquier otro se habría visto obligado a tomar partido. Y su afán por perdurar y por escribir pensando en las generaciones futuras les habría conducido por la senda de la verdadera historia, aquella que huye de la lisonja de los contemporáneos. Este alejamiento del epicentro de un conflicto y el deseo de convertir su obra en una “posesión para siempre” son los factores que, a lo largo de los siglos, más han contribuido a alimentar la quimérica idea de la “objetividad historiográfica”. El historiador entendido como juez de unos hechos sobre los que no toma partido y con respecto a los cuales se convierte en un testigo para la posteridad. Una idea muy del gusto de nuestra época, tan necesitada de asideros estables y firmes, pero que supone un auténtico anacronismo si tenemos en cuenta el contexto real de la escritura de la historia en el mundo antiguo. Una ojeada sobre los posibles receptores de la obra (el público al que en origen iba dirigida), sobre la influencia ejercida por la retórica o sobre las auténticas finalidades que animaron a un historiador a poner en circulación sus escritos nos mostraría un cuadro mucho más complejo. Y, sobre todo, mucho menos desinteresado.<sup>100</sup>

En cualquier caso, salvando todos estos obstáculos, si tuviéramos que pensar en un historiador que se ajustase a ese perfil ideal descrito por Luciano en el siglo II d.C., no habría dudas ni hoy ni hace dieciocho siglos. El modelo que vendría a nuestra mente de historiador objetivo, testigo y juez de la cruda realidad que le tocó vivir, sería el del ateniense Tucídides.<sup>101</sup> Aunque la tradición ha dado a Heródoto el título de “padre de la historia”, Tucídides ha tenido el honor de pasar a la posteridad como el ejemplo por antonomasia de historiador objetivo y como padre de la historia pragmática. Es decir, de la

<sup>99</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 61; trad. de J. Zaragoza modificada.

<sup>100</sup> Cf. Momigliano (1978), Malitz (1990) y Pérez Martín (2002).

<sup>101</sup> Estudios de conjunto sobre Tucídides: Luschnat (1970), Alsina Clota (1980), Connor (1984), Hornblower (1987) y Tsatmakis y Rengakos (eds.) (2006).

historia entendida como un testimonio útil para las generaciones futuras. Un antídoto contra la estupidez humana que se empeña en repetir una y otra vez los mismos errores. Si a ello le unimos que las primeras reflexiones metodológicas sobre la difícil tarea de relatar el pasado son de este ático insigne, se entiende la admiración que su figura ha despertado a lo largo de los siglos. Da igual la época o la ideología dominante. Tucídides ha protagonizado la meritoria proeza de concitar valoraciones unánimes sobre su obra.

Sin embargo, Tucídides es en cierto modo un misterio. La admiración encendida que desata su figura contrasta con un conocimiento limitado y parcial de su devenir como hombre.<sup>102</sup> Los escasos apuntes biográficos que él mismo proporciona, como que fracasó en el cargo de estratego (4.104) al no poder impedir la toma de Anfípolis, o que, tras ser condenado al ostracismo, vivió el final de la guerra (5.26) y la derrota de Atenas, han permitido situar su vida entre los años 454 y 398 a. C. Su obra, por lo tanto, ha de situarse en el período más fructífero que ha conocido la cultura griega. La Atenas de Pericles no sólo fue la potencia militar y política más importante del momento, sino también el foco cultural más influyente del mundo antiguo. En este contexto, datos como su ascendencia aristocrática, su condena al ostracismo, la posesión de explotaciones mineras que facilitó su dedicación a la escritura, su admiración por Pericles o la muerte, que le impidió dar punto final a su obra, son sólo piezas sueltas de un puzzle vital, cuya imagen completa sólo llegamos a atisbar parcialmente.<sup>103</sup>

Ante este cuadro complejo, la mirada de lectores y estudiosos, por lo tanto, se centra en la obra que legó para la posteridad. Su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, distribuida desde época helenística en ocho libros, se suele dividir en tres secciones.<sup>104</sup> Una primera, dedicada a narrar la llamada Guerra Arquidámica, que se desarrolló a lo largo de los diez primeros años del conflicto (1-5.24). Un breve interludio de siete años durante el que se disfrutó de una paz inestable (5.24 y ss.). Y, finalmente, la segunda parte de la guerra (libros 6-8), dedicada a otro período de diez años durante los cuales se desarrolló la aciaga expedición a Sicilia (libros 6-7) y la guerra decélica y jónica (libro 8). Su compleja estructura ha sido objeto de múltiples estudios que han intentado determinar las posibles fases de creación de la obra. En cualquier caso, hoy en día, a partir de esta disposición del contenido, hay consenso en considerar que su historia se estructuró en dos grandes partes paralelas, y que los libros primero y sexto actuarían como introducción de cada una de ellas.<sup>105</sup> Al no poder terminar Tucídides su obra, continuada luego por las *Helénicas* de Jenofonte, la estructura inicialmente prevista no habría sido completada y, por ello, el relato de los hechos históricos acaba abruptamente en el año 411 a.C.<sup>106</sup>

<sup>102</sup> Análisis detallado de estos datos en Luchnat (1970) y Hornblower (1987).

<sup>103</sup> Cf. Canfora (1997).

<sup>104</sup> Cf. Hemmerdinger (1948).

<sup>105</sup> Cf. Rawlings (1981) y el análisis estructural de Dewald (2005).

<sup>106</sup> Sobre la continuación de la historia de Tucídides, cf. Canfora (1970).



En cuanto a su contenido, pasamos a comentar los pasajes y episodios más importantes de la obra, con la intención de proporcionar una guía de lectura a todos aquellos lectores que, pertenecientes a campos de estudio distintos de la filología clásica, no estén familiarizados con su *Historia*.<sup>107</sup> Una guía a la que remitir cuando hagamos alusión a puntos concretos de la obra a lo largo de nuestra exposición.

El libro I, que conforma el proemio de la historia en su conjunto, se abre con la llamada *Arqueología* (1.1-21), que es una digresión sobre la historia antigua de Grecia, donde Tucídides intenta explicar racionalmente hechos y noticias transmitidos por el mito. Su objetivo último es poner de manifiesto la importancia de la Guerra del Peloponeso, la alteración más grande sufrida por los griegos (1.21), comparándola directamente con la Guerra de Troya y con las Guerras Médicas. Le sigue el “capítulo metodológico” (1.22), donde por primera vez, y con una sorprendente modernidad, un historiador antiguo habla sobre la metodología empleada en la elaboración de su obra. De este modo, pone de manifiesto la premeditada distribución de su contenido en discursos y acciones. Se posiciona con respecto a la tradición previa, con una vaga alusión crítica a la obra de Heródoto. E, incluso, proporciona una noticia fundamental sobre su difusión por escrito, considerando su obra una “posesión para siempre” (*ktémá es aiéi*). El resto del libro primero, en el que se incluye un relato del período de paz de cincuenta años que precedió al conflicto (la llamada *Pentecontecia*: 1.89-118), está concebido como una exposición de los motivos profundos (*aitíai*) y aparentes (*propháseis*) de la guerra (1.23.6). La importancia de ambos conceptos, puntales del pensamiento de nuestro historiador, es tanta que permite estructurar todo el contenido que sigue. De hecho, tanto la narración como los sucesivos debates en Atenas (1.32-43) y Esparta (1.68-86 a los que se suman 1.120-4 y 1.140-4) sirven para presentar los argumentos y razones esgrimidos por ambos bandos y para poner de manifiesto al lector las intenciones reales de cada uno de ellos.

En el libro II, una vez comenzada la guerra, se destaca sobre todo la inmensa figura de Pericles, el gran líder ateniense por el que Tucídides sentía una profunda admiración. De este modo, el historiador pone en estilo directo dos discursos fundamentales para entender al personaje: el discurso fúnebre (2.35-46) y el que supone su despedida (2.60-4), en el que, antes de morir, ha de hacer frente a las críticas contra la guerra que ya empezaban a surgir entre sus conciudadanos. La admiración del historiador hacia el líder político se pone de manifiesto en el elogio póstumo (2.65), en el que compara su recto comportamiento y su capacidad de previsión con la incompetencia de los líderes que le sucedieron, que acabaron llevando a Atenas al desastre. Otro pasaje fundamental de este libro segundo, al que se ha prestado una especial

<sup>107</sup> Cf., de manera complementaria, el análisis detallado de Connor (1984).

atención, es aquel en el que Tucídides describe con todo detalle (2.47-54) la terrible epidemia que asoló Atenas. Se trata de una descripción tanto de los síntomas físicos que aquejaron a los enfermos (entre los que se contó el propio historiador), como de los efectos psicológicos sobre la moral de los atenienses, y ha quedado para la posteridad como un insuperable modelo literario. Es evidente la influencia de la medicina hipocrática tanto en la descripción de los síntomas como en el análisis de sus efectos sobre el cuerpo social de la *pólis*. La mejor prueba de la importancia de este pasaje es que hoy en día siguen apareciendo artículos en revistas científicas intentando poner nombre a esa “peste” tan minuciosamente descrita. También hay que citar los capítulos dedicados a describir el asedio espartano de Platea (2.75-8), que se convirtió en un pasaje paradigmático a la hora de describir el proceso de cerco de una ciudad.

En el libro III, el historiador nos ofrece dos episodios fundamentales sobre el comportamiento de las potencias militares en una guerra. Uno es el debate sobre el destino de los habitantes de Mitilene, tras su fallido levantamiento contra Atenas (3.35-50), donde el demagogo Cleón consiguió que la asamblea votase a favor de un castigo indiscriminado a la población civil. El otro es el que relata la rendición de los platenses ante los lacedemonios y el juicio al que fueron sometidos, donde los tebanos, sus grandes enemigos tradicionales, actuaron como acusadores (3.52-68). El juicio culminó con la ejecución de los que se rindieron y con la destrucción de la ciudad. También es fundamental el pasaje en el que describe la *stásis* o lucha civil desatada en Corcira (3.69-85), donde hace un certero análisis (3.82-5) de las consecuencias de la disensión interna en una comunidad humana y de cómo los hombres se comportan como fieras con aquellos que, hasta ese momento, habían sido sus vecinos y compatriotas. La importancia de esta descripción fue tanta en el mundo antiguo que no nos resistimos a citar las palabras llenas de admiración que le dedica Price:

So powerful was Thucydides' model of *stasis* that almost every subsequent historian writing about *stasis* in Greek, and even some writing in Latin (e.g. Sallust), adopted it and imitated it, and in some respects were even constrained by it, although this would often have been a happy constraint.<sup>108</sup>

En el libro IV, Tucídides narra la victoria ateniense en Pilos (4.1-16), que provocó una auténtica conmoción en Esparta, hasta el punto de que acudieron sus embajadores a Atenas para solicitar la paz y para preservar la vida de sus guerreros (4.17-20). Este libro muestra el momento culminante (la *akmé*) del poderío ateniense y sirve para poner de manifiesto las causas de la posterior derrota. Los atenienses se habían vuelto demasiado confiados debido a sus sucesivas victorias. La sombra de la soberbia (la dramática *hybris*) empezaba a proyectarse sobre ellos. Por eso, es precisamente en ese momento en el que

---

<sup>108</sup> Cf. Price (2001: 6).

entra en escena otro de los grandes personajes, el general espartano Brásidas, cuyos éxitos van a propiciar un equilibrio de fuerzas entre ambas potencias. La figura del espartano, descrita en términos homéricos, pone de manifiesto la admiración que un enemigo era capaz de inspirar en nuestro autor. También se destaca el discurso que pronuncia Hermócrates (4.59-64) ante embajadores de toda Sicilia, donde, adelantándose a lo que acabará sucediendo en los libros siguientes, se reclama una paz interna que unifique la isla frente al poderío ateniense.

En el libro V (5.1-24) se narra brevemente el fallido período de tregua (421-415 a.C.) conocido como “Paz de Nicias”. En lo que se considera como un segundo proemio de la obra (5.26), Tucídides pone de manifiesto las ventajas de su destierro para conocer mejor el comportamiento de los bandos en conflicto y ofrece una serie de apreciaciones que, a raíz de la tesis defendida por L. Canfora de una edición del texto por parte de Jenofonte, ha generado una enorme polémica sobre la verdadera autoría de esas palabras (si son de Tucídides o fueron añadidas por Jenofonte).<sup>109</sup> En todo caso, esta situación personal vivida en el exilio, sumada a las afirmaciones vertidas en su capítulo metodológico, son responsables en gran medida de que Tucídides se convirtiese durante siglos en paradigma de la objetividad historiográfica. El resto del libro quinto está dedicado a relatar la reanudación de la guerra, destacándose de manera muy especial “El diálogo de los melios” (5.85-116), en el que atenienses y melios hablan sobre el poder de las naciones y sobre la imposibilidad de los débiles para mantenerse neutrales en situaciones comprometidas. El pragmatismo de los atenienses (hay quien lo ha denominado cinismo), que no dudan en imponer sus criterios por la fuerza, supone una descripción demoledora del ejercicio del poder imperial. La crítica ha destacado su posición estratégica, entre la paz de Nicias y la expedición a Sicilia: Atenas, en la cumbre de su poder, actúa con soberbia y pone las bases para el desastre futuro.

Los libros VI y VII conforman una clara unidad, en la que el historiador relata la expedición a Sicilia (415-412 a.C.) y, en clave dramática, intenta explicar a la posteridad cómo se produjo la gran y terrible derrota de Atenas en esa isla, que, en última instancia, acabó provocando la pérdida de su hegemonía en el mundo griego. Tras una segunda “Arqueología” (6.1-9), donde el historiador introduce al lector sobre el origen del poderío de Sicilia, se suceden pasajes fundamentales, como el debate en el que se enfrentan Nicias y Alcibiades con respecto a la conveniencia de emprender la campaña siciliana (6.8-26), la caída en desgracia de Alcibiades (6.53-62), la petición de ayuda de los siracusanos a Esparta (6.88-91) o la carta de Nicias (7.11-15), en la que solicita refuerzos a Atenas ante la inminencia de la derrota. Y, de manera muy especial, los pasajes en los que se narra la derrota y retirada de los atenienses (7.60-85), que terminó en un auténtico desastre y que supuso el principio del fin para un imperio que,

---

<sup>109</sup> Cf. Canfora (1970).

hasta entonces, se consideraba invencible. Este último pasaje es un ejemplo perfecto de cómo Tucídides logra aumentar el dramatismo y la tensión gracias a la concentración de diferentes tipos de discursos (estilo directo e indirecto; discursos individuales y contrapuestos) en la narración de los hechos.

El libro VIII, finalmente, narra los primeros años de la guerra en Decelia y Jonia, hasta la campaña estival del 411 a.C. El historiador ofrece un cuadro de la desmoralización ateniense (8.1), la guerra centrada en el Egeo (8.13-44), el regreso de Alcibiades al bando ateniense (8.45-66), la caída de la democracia en Atenas por culpa de la revuelta de los Cuatrocientos, que impuso un régimen oligárquico (8.63-72), y, finalmente, su restauración tras los desmanes y excesos cometidos (8.89-98).

Tan rico contenido histórico hizo que la obra de Tucídides fuera estudiada durante siglos como una muy fiable fuente de datos para conocer de manera fehaciente los entresijos de la Guerra del Peloponeso y de la Atenas de finales del siglo V a.C. A ello se une la circunstancia de que, desde una perspectiva contemporánea, las propias afirmaciones del historiador sobre la metodología utilizada parecen aproximar su obra a los parámetros que rigen la historiografía moderna.<sup>110</sup> De hecho, su afán riguroso de distinguir aquello que había visto u oído de lo que otros le habían contado perfiló a lo largo del tiempo la imagen de un historiador científico *avant la lettre*, alejado por igual de las veleidades narrativas de un Heródoto o del tono filosófico que anima gran parte de la obra de Jenofonte. Por ello no ha de causar extrañeza que, hasta bien entrado el siglo XX, muchos de sus contenidos, y de manera especial los discursos, hayan sido objeto de una polémica sobre su mayor o menor fidelidad con respecto a lo que realmente sucedió o fue pronunciado por los protagonistas de su historia. O que su obra haya sido considerada como un auténtico manual político y militar.

Sin embargo, el que Tucídides sea nuestra principal fuente de conocimiento de un conflicto tan decisivo como la Guerra del Peloponeso, no puede hacer olvidar el hecho de que un historiador clásico, incluido el *racional* Tucídides, es también un autor *literario*. En esa línea han profundizado algunos de los más prestigiosos estudiosos de la obra tucididea a lo largo del siglo XX, como Finley, Romilly, Dover o Hornblower, que han destacado las relaciones entre la escritura de la historia y los mecanismos de composición de otros géneros literarios en el mundo antiguo.<sup>111</sup> O autores como Stahl, que han puesto de manifiesto el papel que Tucídides atribuye a las fuerzas “irracionales” en su historia, que convierten en trágicamente inútiles los cálculos humanos.<sup>112</sup> Y es que, sin restar importancia al hecho de que Tucídides no contó con modelos previos que analizaran la historia como él lo hizo, lo que tampoco

---

<sup>110</sup> Cf. Th. 1.22.

<sup>111</sup> Cf., en este sentido, los estudios esenciales de Finley (1967), Romilly (1956), Dover (1973) y (1983) y Hornblower (1987).

<sup>112</sup> Cf. Stahl (2003), reedición, traducida al inglés, de su trabajo de 1966.

ha de olvidarse es que Tucídides no creó su obra histórica de la nada. Tanto la narrativa como los discursos que componen su *Historia* son deudores de una serie de modelos formales e ideológicos que estaban influyendo sobre toda una generación de escritores en ese momento clave de la historia de Atenas. Tucídides, por mucho que escribiera una obra decisiva para la historiografía antigua, no actuó de manera independiente de la tradición literaria griega, sino que, muy al contrario, su obra fue un fiel reflejo de la misma.

## TUCÍDIDES Y LA HISTORIOGRAFÍA ANTIGUA

Tucídides, el ateniense, compuso (*xynégraphse*) la historia de la guerra entre los Peloponesios y los Atenienses, describiendo cómo guerrearon entre ellos, habiendo comenzado a redactarla en seguida que se declaró y esperando que fuese importante y más digna de mención que las precedentes.

(Tucídides 1.1)

Como él mismo afirma al comienzo de su obra, Tucídides, el ateniense, compuso una *xyngraphé* (nombre con el que en la Antigüedad se designaba a una “historia contemporánea”) dedicada a analizar la Guerra del Peloponeso, el conflicto bélico en el que todo el mundo griego se vio envuelto durante el último tercio del siglo V a.C. (431-404) y que puso fin a la hegemonía ateniense sobre la Hélade.<sup>113</sup> Su obra no surgió como consecuencia de un deseo de mostrar su erudición, ni se centró en relatar las glorias pasadas de su pueblo. Bien al contrario, su historia nació de la necesidad de explicar al mundo (y seguramente a sí mismo) unos sucesos que conmovieron a todos sus contemporáneos y que llevaron el horror de la guerra y de la destrucción a las más altas cotas conocidas hasta entonces. Es más, por primera vez que se sabemos, un historiador se plantea la necesidad de que su obra no sólo sirva para levantar acta del sufrimiento y del dolor de una contienda, sino para que las generaciones siguientes obtengan una enseñanza que les ayude a sortear los peligros futuros. Con Tucídides, por lo tanto, asistimos al nacimiento de la historia pragmática.

La importancia del conflicto, de la que el historiador fue consciente desde bien pronto, le llevó a plantear un nuevo modo de enfrentarse al pasado para comprender las auténticas causas del presente y, por extensión, tener la posibilidad de prever aspectos decisivos del futuro. Para poder llevar a buen puerto este ambicioso proyecto, Tucídides fue consciente de que ya no eran útiles los modelos que tenía a su disposición, demasiado influidos todavía -como se observa en Heródoto- por la épica homérica. Por este motivo, frente a sus predecesores, Tucídides puso en práctica una nueva manera de escribir la historia, introduciendo innovaciones que acabaron siendo decisivas para el posterior devenir de esta disciplina.<sup>114</sup>

Así, en primer lugar, con la vista puesta en Heródoto, su obra supone el abandono premeditado y consciente de todo tipo de relato mítico como medio para explicar los hechos pasados. Incluso en aquellos pasajes (como ocurre en la *Arqueología*) en los que mira hacia el pasado legendario de Grecia, lo hace con otros ojos, reinterpretando sucesos como la talasocracia minoica o la Guerra de Troya bajo la luz de la nueva racionalidad promovida por la sofística:

<sup>113</sup> Para una visión integrada de las claves de la historiografía antigua, cf. Marincola (1997) y Marincola (ed.) (2007).

<sup>114</sup> Sobre la tipología y orígenes de la historiografía griega, cf. Schrader (1994), con amplia bibliografía, y Caballero (2006).

Así de negligente era para la mayoría la búsqueda de la verdad (*zêtêsis tês alêtheías*), y confiaban en lo que tenían más a mano. Sin embargo, a partir de los testimonios ya citados, uno no se equivocaría si considerase que los hechos que he expuesto se produjeron más o menos así, no dando credibilidad al modo en que los poetas los han cantado adornándolos para su engrandecimiento, ni al modo en que los logógrafos los recopilaron pensando más en lo que era agradable para una audición pública que en lo que era más verdadero...<sup>115</sup>

Desde las primeras páginas de su *Historia*, Tucídides declara que, a diferencia de quienes le han precedido en esta tarea, pretende llevar a cabo una “búsqueda de la verdad”. Y que para alcanzar la verdad (*alêtheia*) de los hechos ya no sirven los métodos seguidos por poetas y logógrafos, que no se basaban en testimonios palpables y firmes (*tekmêria*) sino en los relatos orales (*akoê*). La tarea de historiador se plantea por primera vez en la cultura occidental como un trabajo intelectual en el que es necesario contar con pruebas que fundamenten tanto la exposición como las interpretaciones de los hechos históricos:

Esto es lo que he averiguado sobre acontecimientos antiguos de este tipo, para cuya credibilidad es difícil hallar pruebas definitivas (*tekmêriôi*). Pues los hombres suelen aceptar unos de otros y sin pruebas los relatos orales (*akoás*) de los hechos sucedidos en el pasado.<sup>116</sup>

Por ello, en segundo lugar, el historiador emprende la novedosa tarea de escribir la historia de unos hechos totalmente contemporáneos. Tucídides no pretendía relatar toda la historia de Atenas, ni tampoco volver los ojos hacia las gloriosas Guerras Médicas que revolucionaron la historia griega a comienzos del siglo V a. C. Su tema, por el contrario, es la historia de un terrible conflicto en el que él mismo tomó parte, que fue el motivo del ostracismo que le alejó tantos años de su patria y que, en definitiva, provocó la derrota final de Atenas. Un pasado que, por su cercanía, cumplía el requisito de que sus hechos eran fácilmente comprobables. Pero, sobre todo, un pasado que, a causa de sus terribles consecuencias, seguía pesando como una losa sobre el presente:

A pesar de que los hombres suelen juzgar que es siempre mayor la guerra en la que se encuentran envueltos y, una vez en paz, acaban admirando más los conflictos pasados, quedará claro para quienes dirijan su mirada en base a los hechos relatados en mi historia que esta guerra ha sido más importante que las anteriores.<sup>117</sup>

Ante tamaña empresa, a Tucídides ya no le servía una historia entendida como una simple exposición de datos memorables, más o menos embellecidos para la ocasión. Este camino, desde su punto de vista, no conduce a la verdad

---

<sup>115</sup> Cf. Th. 1.20.3-21.1.

<sup>116</sup> Cf. Th. 1.20.1.

<sup>117</sup> Cf. Th. 1.21.2.

que se marca como objetivo. Por el contrario, la historia que pone en práctica pretende investigar las causas más profundas de los hechos y, además, ha de tener una utilidad pragmática gracias al estudio de las leyes universales del comportamiento humano (*anthrôpeia phýsis*). Sólo así la historia puede alcanzar la “verdad” y, por lo tanto, ayudar a prevenir las consecuencias de otros hechos futuros que, de acuerdo a las leyes de lo probable (*eikós*), podrían volver a ocurrir cuando se diesen circunstancias semejantes. Este planteamiento supone un cambio revolucionario de perspectiva histórica. Frente a un mundo de verdades inmutables, que buscaba una explicación en el mito y en la tradición oral, la sofística va a proporcionar a Tucídides los instrumentos necesarios para desentrañar las leyes universales que guían el comportamiento de los hombres en una guerra. Por encima de intereses particulares y de informaciones sesgadas por el partidismo, es el conocimiento de la esencia del ser humano el camino que abre la puerta de la verdad. De este modo, las reglas universales del comportamiento del hombre como animal social se convierten en la auténtica clave de su historia.

Por ello, en tercer lugar, su ambicioso proyecto se fundamenta en la necesaria reinterpretación de los dos pilares esenciales de la tradición literaria griega: narración y discursos. Si Tucídides alcanzó finalmente su propósito fue gracias a una nueva manera de entender y de combinar dos viejos elementos de raigambre homérica: los discursos de los protagonistas (*lógoi*) y la narración de los hechos (*érga*). Ambos son los protagonistas de su capítulo metodológico (1.22), donde Tucídides expone las bases sobre las que han sido elaborados los dos componentes esenciales de su historia. Para alcanzar esa verdad que proclama, ambos se convierten en los elementos clave de un nuevo método narrativo de enorme eficacia historiográfica. Su magistral combinación permitió analizar el pasado con una profundidad y una exactitud (*akríbeia*) como nunca antes se había logrado:

Y en cuanto a los hechos que tuvieron lugar en la guerra, no estimé oportuno escribirlos enterándome por cualquiera ni según me parecía, sino que relaté hechos en los que yo mismo estuve presente o sobre los que interrogué a otros con toda la exactitud (*akríbeíai*) posible. La verdad fue hallada con esfuerzo, porque los testigos de cada hecho no decían lo mismo acerca de las mismas cosas, sino de acuerdo con las simpatías o la memoria de cada uno.<sup>118</sup>

Pero, en cuarto lugar, la aplicación de todas estas novedades en la escritura de la historia implicó un cambio esencial en la manera de componer y de leer una obra de este tipo. La nueva manera de enfrentarse al pasado que promueve Tucídides sólo puede comprenderse en el marco del contexto intelectual de la Atenas de finales del siglo V, que surgió como consecuencia de la expansión de la escritura y de la alfabetización.<sup>119</sup> Tucídides, a diferencia de lo que había ocurrido hasta Heródoto, ya no confía su obra a una difusión oral, por medio

<sup>118</sup> Cf. Th. 1.22.2-3.

<sup>119</sup> Cf. Harris (1989).



de lecturas públicas de partes selectas de su historia. Así, al final de su capítulo metodológico, comparte con los futuros lectores de su obra una reflexión fundamental que recoge la esencia (la utilidad) y la consecuencia (la historia entendida como una posesión para siempre) más importante de su trabajo:

Para una ejecución pública (*akróasin*), la falta de color mítico (*tò mè mythòdes*) de esta historia parecerá menos atractiva; pero me conformaría con que cuantos quisieran enterarse de la verdad de lo sucedido y de lo que puede ser igual o semejante de acuerdo con la naturaleza humana (*katà tò anthrôpinon*) la juzguen como algo útil (*ôphélima*). Pues mi historia no ha sido escrita como un entretenimiento (*agônisma*) para un instante, sino como una posesión para siempre (*ktémá es aiéi*).<sup>120</sup>

El historiador es consciente del poco atractivo de una obra que, a causa de su metodología y de la nueva manera en que se combinan narración y discursos, no ha sido pensada para una ejecución pública. Ante la dificultad que entrañaba un texto lleno de agudas reflexiones y expresado con un lenguaje abstracto que pretendía capturar la esencia del comportamiento humano, Tucídides compuso su obra pensando más en un lector que la leyese en la tranquilidad de su gabinete que en un oyente que escuchase su ejecución oral en el marco de un acto público. Sólo de este modo podría llegar a apreciarse la riqueza de pensamiento que tan ardua empresa necesitaba. Así, de nuevo frente a Heródoto, Tucídides es el primer representante de una historiografía que aprovecha las ventajas del acelerado proceso de alfabetización que vivió la sociedad ateniense de finales del siglo V a.C. Y este proceso acabó siendo decisivo sobre el modo en que compuso su historia.<sup>121</sup> Esta alfabetización no era un proceso aceptado por todos. Sólo habría que recordar las prevenciones que, frente al *lógos* escrito, habían expresado personalidades tan influyentes como Sócrates. Por este motivo, es todavía más sorprendente que alguien, en un momento de cambio como éste, captase de un modo tan profundo las claves de una nueva manera de comunicación. Y, sobre todo, que las aplicase en la redacción de su obra.

Las novedades que aportaba la obra de Tucídides a la naciente historiografía nos permiten comprender las causas por las que nuestro autor se convirtió en un referente para todos los que tras él acometieron la tarea de relatar los hechos pasados. Y, de manera muy especial, de los dos elementos (*lógoi* y *érga*) que componen su *Historia*, fueron los discursos los que acabaron convirtiéndose en un modelo decisivo para la historiografía posterior. En ellos el historiador alcanzó el punto más alto de su arte, en el que se fundieron magistralmente todas las influencias que recibió del entorno intelectual promovido por la sofística. De hecho, sus discursos, frente a la historiografía anterior, presentaban la novedad de haber sido elaborados de acuerdo con unos procedimientos argumentativos empleados en la práctica oratoria y retórica

---

<sup>120</sup> Cf. Th. 1.22.3-4.

<sup>121</sup> Cf. Yunis (2003).

del momento. Tanto Cole como Leimbach han defendido su valor como una especie de *crestomatía* oratoria civil y militar, ideas que matizaremos en las páginas siguientes.<sup>122</sup> Aunque algunos de estos argumentos son discutibles, no se puede negar que han marcado un nuevo modo de aproximarse a la obra. Una perspectiva que, sobre todo, permite extraer todas las consecuencias posibles al hecho, ampliamente aceptado hoy en día, de que el “racional” Tucídides también fue un hombre de su época. Que su búsqueda de la verdad no estaba reñida con la influencia ejercida en su obra por la retórica sofisticada y por los mecanismos especulativos de la medicina hipocrática.<sup>123</sup> Ambos influjos, que son la base de su pensamiento revolucionario, encontraron en los discursos su cauce de expresión más adecuado. No podía haber ocurrido de otro modo, si se tiene en cuenta que las palabras de los oradores son el medio utilizado por Tucídides para insertar en su obra reflexiones de carácter general, en las que abundan complejos razonamientos que pretenden adquirir un valor universal.<sup>124</sup> Razonamientos que, gracias a la retórica, permiten analizar la convulsión (*kínesis*) que sufre el cuerpo de una *pólis* en guerra y hacer un diagnóstico acertado de sus causas y de sus consecuencias. En definitiva, el poder de la palabra puesto al servicio del diagnóstico social y político.

Por poner sólo un ejemplo, esta metodología es clave para entender las causas reales que motivaron la Guerra del Peloponeso. El libro primero, de manera coherente con su planteamiento de partida, no ofrece un relato de la guerra, sino que está lleno de discursos en los que se presentan las posturas defendidas por atenienses, corintios y lacedemonios. Por medio de estos debates desarrollados en Esparta y en Atenas, donde oradores como Pericles o Arquidamo exponen de manera descarnada lo que piensan sus propias comunidades, el historiador consigue transmitir para la posteridad los motivos reales y las excusas que unos y otros emplearon para justificar lo que acabaría siendo el más dramático enfrentamiento de la Época Clásica.<sup>125</sup> El propio historiador nos lo comunica con sus palabras:

Las causas (*aitías*) y las diferencias por las que rompieron el tratado de paz las doy por adelantado, para que nadie tenga que investigar un día por qué tuvo lugar entre los griegos una guerra de tales proporciones. Yo creo, conforme a la causa más verdadera (*alêthestátên próphasin*) pero menos aparente por medio del discurso, que los atenienses, al hacerse poderosos y producir miedo a los lacedemonios, les forzaron a luchar. Y las explicaciones que se daban públicamente eran las que cada bando ofrecía y que por su causa, tras romper los acuerdos, habían entrado en guerra.<sup>126</sup>

Esta es la manera tucididea de alcanzar la verdad: utilizar los mecanismos especulativos de la retórica y, combinando narración y discurso, conseguir ir

<sup>122</sup> Cf. Cole (1986) y Leimbach (1985)

<sup>123</sup> Cf. Finley (1967).

<sup>124</sup> Cf. Gommel (1966).

<sup>125</sup> Cf. Th. 1.68-86 y 1.120-144.

<sup>126</sup> Cf. Th. 1.23.5-6.

más allá de la realidad aparente y, de este modo, captar la esencia del devenir histórico. Una verdad que deja de lado lo accesorio y que es fruto del estudio del comportamiento humano. Una verdad que surge de la relación dinámica entre lo que se dice y lo que se hace.

Y lo más llamativo es que, a pesar de la complejidad de su expresión formal y conceptual, los discursos de Tucídides acabaron convirtiéndose en un modelo historiográfico de referencia. Como la crítica ha puesto de manifiesto, se convirtieron en un hito que no podía ser obviado sin más por todos aquellos historiadores griegos y latinos que, desde la Época Clásica hasta la Antigüedad tardía (y aún más allá), emprendieron la tarea de relatar los sucesos del pasado.<sup>127</sup> Este hecho tan llamativo (que un autor del siglo V a.C. sea un referente para escritores tan alejados en el tiempo) se debe a la naturaleza retórica de la historiografía antigua y a su espíritu eminentemente mimético. Esta característica se da en casi todos los tipos de composición literaria practicados por los antiguos. Pero, a diferencia de otros géneros, la historiografía en el mundo antiguo no se regía por una normativa claramente establecida. Como ha destacado Rossi, cuando en la Época Clásica se produjo un proceso de codificación de los principios y leyes de diversas disciplinas como la poética o la retórica, cuyo conocimiento se organizó en forma de manual técnico (*téchnê*), la historiografía quedó huérfana de un tratamiento teórico.<sup>128</sup> Esto explica la falta de una teoría dedicada de manera específica a la historiografía. Desde sus orígenes fue un género en prosa que trabajaba a partir de la imitación o *mimesis* de ciertos modelos literarios previos.<sup>129</sup> En el caso de Heródoto, el modelo más claro era la épica homérica. En el caso de Tucídides, los modelos que tenía a su disposición se complementaron con el decisivo aporte de la retórica. En épocas posteriores, hay que espigar las páginas de los escritos de Cicerón y de Quintiliano para encontrar restos de una preceptiva. Y los escasos escritos conservados, procedentes todos de Época Imperial, como el *Sobre Tucídides* de Dionisio de Halicarnaso o el *Cómo ha de escribirse la historia* de Luciano de Samosata, son un exponente de esta concepción creativa, ya que incluso estas obras tienen un carácter más descriptivo que normativo.<sup>130</sup> De hecho, en ellas no nos encontramos ante una reflexión articulada sobre los métodos historiográficos en general, sino sólo ante consideraciones específicas sobre la conveniencia de imitar o rechazar pasajes concretos, ya sea para considerarlos como modelos o como elementos objeto de crítica.

De manera complementaria, junto a la ausencia de una normativa historiográfica bien definida, se da la circunstancia de que, durante toda la Antigüedad, la historiografía fue considerada como una parte de la retórica: un *opus oratorium maxime* en palabras de Cicerón.<sup>131</sup> Es decir, los historiadores no sólo pretendían ser más o menos fieles a los hechos pasados, sino que

---

<sup>127</sup> Cf. Walbank (1965), Fornara (1983: 160-2) y Marincola (2007).

<sup>128</sup> Cf. Rossi (1971).

<sup>129</sup> Cf. McKeon (1936).

<sup>130</sup> Cf. Avenarius (1956).

<sup>131</sup> Cf. Cic., *De legibus* 1.5.

también eran conscientes de que formaban parte de una tradición literaria de marcado carácter retórico.<sup>132</sup> Tanto en la emulación como en la innovación, los historiadores y su público concebían sus obras en el marco de una tradición en la que retórica e historiografía estaban íntimamente ligadas. Conformaban un entramado creativo de primer orden en el que el tratamiento ejemplar de un motivo, de un tema o de una descripción constituían un referente ineludible.<sup>133</sup> Los historiadores grecorromanos tenían que tener en cuenta lo escrito por sus predecesores que se habían convertido en clásicos, como pronto ocurrió con Heródoto, Tucídides o Jenofonte. Ejemplos tomados de sus obras pasaron a ejemplificar normas y consejos de los manuales de retórica. Así sucede tanto con pasajes narrativos como con discursos. El peso de estas obras en el sistema de enseñanza y en la formación literaria de los historiadores acabó creando un conjunto de normas de obligada observación.<sup>134</sup> Los historiadores no podían ignorar los consejos que la retórica proporcionaba a la hora de abordar el tratamiento de un episodio o una acción concretas como es el asedio de una ciudad, los terribles efectos de una epidemia o la descripción de una batalla.

Así, por poner sólo un ejemplo, el combate nocturno que Tucídides describe en 7.43-4 se acabó convirtiendo para la retórica en un modelo de *ékphrasis* mixta, ya que suponía una descripción ejemplar tanto de una acción (una batalla) como de un tiempo (la noche). Y, como tal modelo, encontramos seleccionado este pasaje de Tucídides en los manuales de *progymnasmata* de Aftonio (*Progymn.* 37.17-20) o de Hermógenes (*Progymn.* 22.15-18).<sup>135</sup> Si el historiador se convirtió en un modelo a la hora de describir una batalla o las consecuencias de una epidemia, puede comprenderse hasta qué punto sus discursos se convirtieron en un modelo imitable por todos aquellos historiadores que empleaban este tipo de composición retórica como un medio de profundizar en la comprensión de los acontecimientos. Así, uno de los ejercicios más empleados en la retórica escolar era componer alocuciones ficticias que partían del ejemplo proporcionado por los discursos más destacados, como los de la expedición siciliana en los libros VI y VII, tal y como puede observarse en el caso de los denominados “discursos sicilianos” compuestos por Elio Arístides en el siglo II d.C.<sup>136</sup> Testimonios de la importancia de este proceso mimético en la creación literaria, que analizaremos con más detalle en las páginas siguientes.

Es en este contexto en el que se explica la importancia decisiva de la obra de Tucídides. En un ámbito en el que no existía una normativa específica y perfectamente determinada a la hora de escribir la historia, los autores que querían dedicarse a ello tenían que tener en cuenta los modelos que se habían convertido en clásicos y que habían pasado a ser una fuente de ejemplos para la

---

<sup>132</sup> Cf. Woodman (1987).

<sup>133</sup> Cf. Marincola (1997).

<sup>134</sup> Cf. Nicolai (1992).

<sup>135</sup> Cf. Gibson (2004).

<sup>136</sup> Cf. Pernot (1981).

retórica escolar.<sup>137</sup> En este entorno, en el que se combinan los procedimientos imitativos con las recomendaciones de la retórica, los discursos del historiador ático se convirtieron en uno de los modelos más influyentes de la Antigüedad. De ello son testimonio los abundantes pasajes de Tucídides comentados por los rétores.<sup>138</sup> Un modelo, no obstante, criticado y, en ocasiones, incomprendido, como ocurre en la obra de Dionisio de Halicarnaso. Pero un modelo esencial a fin de cuentas.

Estamos, por lo tanto, ante discursos historiográficos que, ya desde el principio, protagonizaron una auténtica paradoja en el marco de una cultura literaria dominada por el principio de la imitación: fueron muy apreciados y admirados por su profundidad de pensamiento, pero su complejidad los convirtió en un modelo de difícil imitación por parte de otros autores posteriores, tanto rétores como historiadores. El modo en que se forjó este modelo oratorio es lo que intentaremos aclarar en las siguientes páginas.

---

<sup>137</sup> Cf. Russell (1983).

<sup>138</sup> Cf. Gibson (2004) e Iglesias-Zoido (2007).

## LOS DISCURSOS DE TUCÍDIDES

Respecto a lo que cada bando dijo por medio del discurso estando a punto de entrar en guerra o estando ya metidos de lleno en ella, era difícil recordar la exactitud (*akribēian*) de lo dicho, tanto a mí de lo que yo mismo escuché, como a los que me proporcionaron información de uno y otro bando...<sup>139</sup>.

(Tucídides 1.22.1).

### 1. El discurso en la historiografía y sus antecedentes

La obra de Tucídides fue toda una novedad en su época. Por una parte, la prosa estaba en sus inicios y no había alcanzado la profundidad conceptual que el autor buscaba. Y, por otra, la historia de Heródoto, demasiado orientada al simple entretenimiento, era fruto de una mentalidad muy distinta. Estos antecedentes no bastaban a quien estaba buscando un nuevo tipo de expresión literaria. Por este motivo, Tucídides se inclinó por seguir los modelos expresivos de una poesía que contaba con una larga tradición previa a la hora de trabajar con conceptos e ideas universales. De hecho, la crítica ha puesto de manifiesto la influencia ejercida por Homero, los trágicos, Simónides y Píndaro sobre aspectos concretos de la obra de Tucídides.<sup>140</sup> No hay que olvidar que, como Aristóteles dejó escrito en su *Poética*, la poesía griega era más seria y universal que la historia, ya que mientras la segunda sólo narra los hechos particulares que han sucedido, aquella profundiza en los elementos universales:

Y a partir de lo dicho es evidente también que no es obra de un poeta el decir lo que ha sucedido, sino lo que podría suceder, y lo que es posible según lo que es verosímil o necesario. Pues el historiador y el poeta no difieren por decir las cosas en verso o no (pues sería posible poner las obras de Heródoto en verso y no sería menos una historia en verso que sin él); sino que difieren en que uno dice lo que ha ocurrido y otro lo que podría ocurrir...<sup>141</sup>

Es evidente que una tradición poética de este tipo resultaba mucho más adecuada para la naturaleza de la obra que iba a acometer Tucídides, tan preocupado por encontrar las causas de los hechos y por dotar de una validez universal a sus reflexiones. Y, a partir de estos modelos, se puede comprender mejor la importancia dada al discurso como elemento estructural de la obra histórica. Tanto el modelo homérico, en el que las palabras de los héroes dan vida a la narración de batallas, como los parlamentos (*rêseis*) de la tragedia, con su fino análisis político y psicológico, influyeron sobre la formación del nuevo género. La deuda contraída por Tucídides con Homero y con los trágicos es

<sup>139</sup> Sobre los discursos de Tucídides, cf. Stadter (ed.) (1973), Hornblower (1987), Iglesias-Zoido (1995).

<sup>140</sup> Cf. Strasburger (1982), Finley (1967), Rood (1998) y Hornblower (2004).

<sup>141</sup> Cf. Arist. *Poet.* 1451a36-b1ss.; trad. de J. Alsina Clota.

enorme. Y todo ello sin que mermase la idea central tucididea de búsqueda de la verdad. Al contrario, como comprendió perfectamente Aristóteles, la épica o la tragedia proporcionaban esquemas de reflexión y facilitaban la expresión de conceptos universales por medio del discurso. No en vano, Marcelino, autor de la más conocida de las biografías de Tucídides, describió a nuestro autor como un destacado emulador de Homero.<sup>142</sup> Ahondando en esta interpretación, la crítica moderna ha comparado el tratamiento de personajes como Nicias y Agamenón o Brásidas y Aquiles.<sup>143</sup> E, incluso, ha analizado las arengas homéricas como lejano modelo del nuevo tipo de discurso militar desarrollado por Tucídides.<sup>144</sup> Este tipo de comparaciones, por otra parte, no era algo extraño en su época. Platón, en el *Simposio*, pone en boca de Alcibiades una afirmación especialmente significativa: el hombre contemporáneo percibiría con mayor claridad las virtudes de líderes como Pericles o Brásidas si se las comparase con las demostradas por héroes como Néstor o Aquiles:

Cómo fue Aquiles se podría comparar a Brásidas y a otros, y, a su vez, cómo fue Pericles a Néstor y a Antenor - y hay también otros; y de la misma manera se podría comparar también a los demás.<sup>145</sup>

En lo que concierne a la tragedia, además de las múltiples coincidencias con Eurípides, el más sofisticado de los autores trágicos del momento, lo cierto es que partes fundamentales de la obra de Tucídides, en las que se combina narración y discurso, han sido construidas siguiendo una arquitectura dramática.<sup>146</sup> Pueden servir de ejemplo pasajes como el tenso diálogo de los melios, que enfrenta en un fuego cruzado de conceptos a los embajadores atenienses con los representantes de este pueblo, o el papel jugado por la fortuna en el relato de la expedición a Sicilia, a lo largo de los libros VI y VII.

A la vista de estos antecedentes literarios (en los que el discurso era un elemento compositivo indispensable) y de la magistral readaptación llevada a cabo por Tucídides, es lógico que la mayor parte de los historiadores antiguos considerase a partir de este momento que la inserción de discursos era un elemento esencial de sus obras.<sup>147</sup> A excepción de un número muy reducido de autores, que condenaron su uso al entender que entorpecía la narración de los hechos y distraía la atención del lector,<sup>148</sup> casi todos los historiadores griegos y romanos admitieron la importancia del empleo de discursos e, incluso, teorizaron sobre ellos. Sus divergencias obedecen a los diferentes principios metodológicos que seguían, que en todo caso partían de la figura pionera de Tucídides. Al expresar con toda claridad (1.22.1) la dificultad de conocer las palabras exactas pronunciadas y la poca fiabilidad de muchas de las fuentes

<sup>142</sup> Cf. Marc., *Vita Thuc.* 35-37.

<sup>143</sup> Cf., respectivamente, Zadorojnyi (1998) y Hornblower (1996: 122-45).

<sup>144</sup> Cf. Keitel (1987).

<sup>145</sup> Cf. Plat., *Symp.* 221c ; trad. de M. Martínez.

<sup>146</sup> Cf. Finley (1967).

<sup>147</sup> Cf. Fornara (1983: 150-5).

<sup>148</sup> Cf. la solitaria afirmación de Trogo, recogida por Justino siglos más tarde.

orales, destaca la posibilidad de reconstruir antes el espíritu que la letra de lo dicho en una situación concreta, prestando atención al “sentido general” de los discursos. La aplicación de esta metodología convierte al historiador en intérprete último de lo que fue pronunciado por un dirigente político en la asamblea o por un general en el campo de batalla. Y la determinación del auténtico alcance de estas palabras, que implicaron una novedad total en su momento, ha generado una inmensa polémica.

## 2. La nueva metodología de los discursos de Tucídides

El capítulo veintidós del libro primero, donde el historiador expone la metodología que ha guiado la composición de su obra, es uno de los pasajes más conocidos no sólo de Tucídides sino de toda la literatura griega. En él nos explica que su obra está compuesta por acciones (*érga*) y discursos (*lógoi*). Algo que, como acabamos de ver, tenía ilustres antecedentes en la literatura griega. El problema es que la frase donde explica cómo ha elaborado sus discursos, el elemento más novedoso de su obra, es enormemente oscura y ambigua:

Respecto a lo que cada uno dijo por medio del discurso estando a punto de entrar en guerra o estando ya metidos de lleno en ella, era difícil recordar la exactitud de lo dicho, tanto a mí de lo que yo mismo escuché, como a los que me proporcionaron información de uno y otro bando. Tal y como me parecía que cada uno habría dicho lo preciso y necesario sobre los temas que se hubieran dado en cada situación, ajustándome lo más posible al sentido general de lo realmente pronunciado, así está expuesto.<sup>149</sup>

Detengámonos un momento para entender lo que estas palabras significan y así comprender la polémica que han generado. Por primera vez, un autor griego ofrece a sus contemporáneos y a la posteridad la metodología que ha seguido en la composición de su obra. Es algo realmente extraordinario, ya que implica tanto una reflexión sobre el proceso creativo como el deseo de proporcionar una clave interpretativa. El problema es que la oscuridad del texto dedicado a los discursos, lleno de conceptos abstractos, no ha permitido dar una respuesta clara y unívoca. Es como si el estilo enrevesado de Tucídides pretendiese jugar una mala pasada a todos los que se han acercado a este pasaje en busca de la clave con la que interpretar correctamente este aspecto esencial de la obra. La pregunta es simple: ¿qué nos quiere decir Tucídides con esta metodología y cómo hemos de interpretar sus discursos? La respuesta ya no lo es tanto. De hecho, son legión los autores que han intentado desentrañar el auténtico significado de estas palabras y entender cómo y para qué han sido elaborados los discursos. Para unos, esta frase prueba que el historiador subordinó cualquier impulso creativo a la intención de reflejar fielmente aquello que había sucedido. Para otros, en cambio, estas palabras ponen de manifiesto que Tucídides optó por una composición de los discursos libre, subjetiva y no

---

<sup>149</sup> Cf. Th. 1.22.1.



subordinada a la verdad histórica. El seguimiento de una u otra postura tiene consecuencias diametralmente opuestas para cualquier intento de interpretar los discursos.

Los defensores de la primera interpretación, capitaneados por Gomme, conciben las alocuciones como un reflejo fidedigno de lo realmente dicho.<sup>150</sup> El discurso es considerado, por lo tanto, como un testimonio histórico. Se apoyan en la segunda parte de la frase central, donde Tucídides afirma que se ha ajustado lo más posible al “sentido general” (*xympásês gnómês*) de lo realmente dicho. Sólo así se entenderían las palabras del historiador sobre la dificultad de llevar esta tarea a cabo. Esta postura, no obstante, se enfrentaba con la evidencia de que algunos discursos no responden totalmente a la intención programática de su autor. Esto provocó que filólogos como Pohlenz y Schadewaldt estudiaran una posible evolución creativa en la obra del historiador y, en definitiva, se convirtió en uno de los motivos que justificaron la larga polémica sostenida entre analíticos y unitarios. Según la interpretación analítica, una vez establecidos los principios metodológicos, el tiempo y la experiencia (materializados en diferentes etapas compositivas a lo largo de la guerra) habrían ido distanciando a Tucídides de su objetivo inicial.<sup>151</sup> En el otro extremo se sitúan todos aquellos que prestan más atención a la primera parte de la frase, donde el historiador se referiría al modo en que ha reflejado “según le parecía” aquello que cada orador habría pronunciado sobre los diversos temas. Tal fue la postura de defensores de la interpretación unitaria, como Schwartz, Grosskinsky o Patzer. Según estos autores, Tucídides habría llevado a cabo al final de la guerra una reelaboración personal de los discursos que, basándose en el “sentido general” de lo realmente pronunciado, afectaría tanto al contenido histórico como a la forma. De acuerdo con esta interpretación, Tucídides habría elaborado unos discursos libres de ataduras históricas, con el objetivo de introducir temas y reflexiones que le interesaban personalmente. Esta postura, llevada a su extremo, nos conduce a considerar a Tucídides, a la manera de Hunter, como una especie de “artful reporter”.<sup>152</sup> Y sus discursos no pueden ser entendidos como un testimonio cierto de lo realmente pronunciado.

Desde nuestro punto de vista, la clave que desvela la verdadera naturaleza de los discursos no se halla en estos extremos. Para encontrarla hay que tener en cuenta el capítulo metodológico completo (1.22) y su posición al final de la *Arqueología* (Th. 1.2-21), donde expone sus críticas al trabajo realizado hasta ese momento por poetas y logógrafos. De este modo, podemos reparar en el hecho básico de que Tucídides, en su “búsqueda de la verdad”, pretendía reproducir lo realmente pronunciado para que fuera “una posesión para siempre” (tal como afirma en 1.22.4). Del mismo modo que la narración de las acciones (los *érğa*) ha de permitir comprender cómo se desarrollaron los acontecimientos, la recreación de los discursos también ha de tener una utilidad pragmática. Por ello, son fruto del compromiso que expresa en 1.22.1: Tucídides no pretende

<sup>150</sup> Cf. Gomme (1937).

<sup>151</sup> Cf. Alsina (1980).

<sup>152</sup> Cf. Hunter (1973).

faltar a lo realmente pronunciado, introduciendo discursos inventados como hizo Heródoto (sólo habría que recordar el debate persa sobre las formas de gobierno),<sup>153</sup> sino que su intención es adaptarlos para que desempeñen la nueva función pragmática que les asigna en su obra. De este modo, se explica que, como ha estudiado Hammond, en sus discursos pueda distinguirse entre un contenido ajustado a lo realmente dicho —lo particular—, y aquellas opiniones y argumentaciones generales y, en cierto sentido, generalizadoras —lo universal.<sup>154</sup> Cuando hay una información clara y directa de lo sucedido predominaría “lo particular”, mientras que allí donde hubiera dificultades el autor habría recurrido a lo universal, es decir, a lo que fuese “necesario” (*tà déonta*) en aquella ocasión concreta. El historiador, por medio de la aplicación de esta metodología, sin ignorar ni tergiversar lo realmente dicho, habría ajustado el contenido de los discursos a los diversos tipos y situaciones que estaban presentes en la práctica oratoria contemporánea, recurriendo a los argumentos que considerase “necesarios” para convencer a un auditorio.<sup>155</sup> De este modo se lograban dos objetivos: ganar en credibilidad ante el receptor de la obra (ya que la toma de una decisión por una asamblea sería entendida como consecuencia directa del empleo de los argumentos adecuados al tema o a la situación) y ofrecer un discurso que no se pierde en los aspectos concretos de una situación, sino que adquiere validez universal (y, por lo tanto, puede ser comprendido por lectores de épocas posteriores). En definitiva, los discursos, desde el punto de vista de la metodología, se convierten en el instrumento esencial que ha de permitir que la obra tenga la validez de una “posesión para siempre”.

Desde esta perspectiva, Tucídides, en 1.22.1-2, nos informa de que habría elaborado una estructura que conjuga la narración de los hechos con la inclusión de discursos pronunciados en momentos cruciales y paradigmáticos. Ello explica el proceso de selección seguido y el que sólo se reproduzcan algunos discursos. Así ocurre, por ejemplo, en el caso de los discursos de Cleón y Diódoto, que por su valor ejemplar son los únicos que introduce el historiador de un debate sobre la suerte de los habitantes de Mitilene, aunque ello suponga omitir el resto de las intervenciones que se sucedieron a lo largo del amplio debate que tiene lugar en el libro III. El propio historiador lo pone de manifiesto en el engarce que introduce el discurso de Cleón:

Celebrada al punto una reunión de la asamblea, otras opiniones y pareceres fueron expuestos por cada uno de los oradores y Cleón, hijo de Cleéneto, que ya había logrado imponer la resolución anterior de matarlos, y que en los demás asuntos públicos era el más violento de los ciudadanos y el que en ese momento era el más persuasivo para el *démos*, adelantándose de nuevo dijo lo siguiente.<sup>156</sup>

<sup>153</sup> Cf. Hdto. 3.80-2.

<sup>154</sup> Cf. Hammond (1973).

<sup>155</sup> Cf. MacLeod (1975).

<sup>156</sup> Cf. Th. 3.36.6.

El historiador, de este modo, no es que quisiese privar al lector de las otras intervenciones de ese debate, sino que, de manera coherente con su método, sólo incluye aquellas que considera realmente paradigmáticas. Y en esta ocasión lo fueron dos oradores emblemáticos: el demagogo Cleón y el moderado Diódoto, que representa la voz de la prudencia:

Así dijo Cleón. Y tras él, Diódoto, hijo de Éucrates, que en la anterior reunión de la asamblea fue quien más se opuso a la condena de muerte de los mitileneos, se adelantó de nuevo y dijo lo siguiente.<sup>157</sup>

A la vista de este proceder que se repite a lo largo de la obra, la primera parte del capítulo metodológico debería ser entendida como una valiosa declaración de intenciones en la que el historiador expone los problemas planteados a la hora de componer esos discursos paradigmáticos y el modo en que los resolvió. Tucídides pretendía reflejar la exactitud (*akríbeian*) de lo realmente dicho por esos oradores, pero se encontró ante dos dificultades. En primer lugar, ante un problema de transmisión de la información, debido a la poca fiabilidad de las fuentes de información oral. Así, deja constancia de la dificultad de recordar (*diamnemoneúsai*) con exactitud las palabras pronunciadas y la posibilidad de recibir exposiciones sesgadas. Con la mirada puesta en su utilidad futura, el historiador recurre a “lo preciso y necesario” (*tà déonta*) dentro del tema de ese discurso, ajustándose lo más posible al “sentido general” (*xympásēs gnómēs*) de lo realmente pronunciado por esos oradores selectos. Es evidente que esta declaración de intenciones va más allá de la simple reconstrucción de la verdad histórica y pone de manifiesto el grado de complejidad de una obra que ha de situarse en el contexto de la sofística. De hecho, junto a su intención de reconstruir lo que no se conociera con exactitud, Tucídides, al componer estos discursos, también habría sacado partido de los recursos argumentativos que ponía a su disposición la retórica contemporánea. De este modo, sin sacrificar el sentido general de lo que pronunciaron esos oradores, podía dotar a estas intervenciones de la forma retórica más adecuada y comprensible para sus receptores. Es así como ofrece discursos útiles. No con la pretensión de ser fiel a lo que ahora podríamos denominar “objetividad historiográfica”, sino para profundizar en las causas profundas de los hechos y, de paso, ofrecer modelos oratorios fácilmente reconocibles. Y, para lograrlo, la retórica puso en su mano un valioso instrumento: lo probable (*eikós*).

Así, frente a quienes —desde una perspectiva filosófica, como ocurrió en el caso de Platón— se oponían a los procedimientos retóricos basados en la probabilidad, por su relegación de la verdad a un segundo plano, y frente al utilitarismo amoral de los sofistas —para los que valía cualquier medio para ganar un debate—, Tucídides utiliza lo “probable” en sus discursos como un medio de diagnosticar el cuerpo social de la *pólis* y de profundizar en las causas de la confrontación bélica. Del mismo modo en que la medicina hipocrática había

---

<sup>157</sup> Cf. Th. 3.41.

proporcionado los medios para comprender las causas internas y externas de los desequilibrios del hombre como individuo, la experiencia oratoria y retórica le permitió al historiador no sólo reproducir lo fragmentariamente conocido, sino también recrear unos discursos más efectivos y penetrantes que, desde su consideración paradigmática, facilitasen la comprensión del comportamiento del hombre como colectivo.

Es evidente que con la aplicación de esta metodología se corre el riesgo de imprimir a todos los discursos un tono similar, más próximo al estilo personal del historiador que a lo que pudo haber sido realmente pronunciado por los diferentes oradores. Incluso, llevado al extremo, se corre el riesgo de sustituir las palabras realmente pronunciadas por aquellas otras que el historiador considerase más adecuadas o verosímiles tanto con respecto a la persona (convertida ahora en personaje), como a la situación en la que se hallase. Así, autores posteriores como Calístenes, influidos por las teorías psicológicas de los peripatéticos, llevaron al extremo este método y recomendaron ser totalmente fieles al “carácter” o *éthos*, elaborando los discursos conforme a la personalidad de los protagonistas de la historia y a sus circunstancias por encima de lo que realmente se conociese de ellos.<sup>158</sup> En teoría, a través de este “discurso de carácter”, sería más fácil, con la ayuda de noticias e informaciones pertinentes, establecer la psicología de un personaje. Sin embargo, el peligro es claro: la figura de un hombre político sufre múltiples modificaciones por parte de partidarios y enemigos, por lo que se corre el peligro de caer en la idealización o en la caricatura. Si a ello le unimos la influencia creciente del drama, que llegó a contaminar la misma esencia de la obra historiográfica, se puede hablar del surgimiento de una “historia trágica”.<sup>159</sup> El resultado llegó a ser tan preocupante que Polibio, al final de la época helenística, se vio en la obligación de deslindar con claridad los objetivos de historia y tragedia viendo la necesidad de reconducir el rumbo de la historiografía con una vuelta a los presupuestos tucidideos:

Conviene que el historiador con su obra no intente fascinar y maravillar al primero que encuentre. Conviene que no invente discursos en cualquier oportunidad, y que no describa las consecuencias marginales de lo sucedido. Esto corresponde a los autores trágicos; el historiador debe limitarse a recordar lo que en verdad se dijo y se hizo, por vulgar que sea. Pues la finalidad de la historia y de la tragedia no coinciden, al contrario, se oponen polarmente: esta última debe usar las palabras más persuasivas, en cualquier circunstancia mover y hacerse suyos a los espectadores; el historiador, en cambio, debe intentar siempre enseñar y convencer a los estudiosos; su palabra y su obra deben responder a la verdad.<sup>160</sup>

<sup>158</sup> Cf. *FGrHist.*124F44.

<sup>159</sup> Cf. Walbank (1960).

<sup>160</sup> Cf. Plbo. 2.56.10-11; trad. de A. Díaz Tejera. Sobre la actitud de Polibio con respecto a la historiografía contemporánea, cf. Schepens (1990) y Candau (2003), con amplia bibliografía al respecto.

No obstante, sin llegar a esos extremos denunciados por Polibio, la metodología para la composición de discursos historiográficos, enunciada y llevada a la práctica por primera vez por Tucídides, presenta la innegable ventaja de que permite reconstruir (en el caso de que no haya una información directa y fiable) e, incluso, rehacer (en el caso de que se abrevie o amplíe la información disponible) los discursos, siempre con la vista puesta en su utilidad pragmática. De este modo, la gran aportación de Tucídides consistió en crear una metodología que muestra por primera vez las enormes posibilidades del discurso historiográfico. Éste, considerado como un complemento fundamental de la narración de los hechos, es el instrumento intelectual que permite, por medio de su concepción modélica, comprender mejor el contexto en el que se produjeron y, sobre todo, las causas (evidentes u ocultas) que los motivaron.

A partir de esta metodología pragmática se entiende la enorme importancia que van a alcanzar los discursos en épocas siguientes. Este nuevo tipo de alocución desarrollada por Tucídides permitía recrear situaciones oratorias concretas (un debate sobre la guerra, una petición de alianza o una arenga militar) desde los presupuestos generales de la retórica. Bastaba con conocer algo de lo dicho o del contexto en que se pronunció. Dentro del contexto creativo en el que se movía la historiografía antigua, este método constituía la clave esencial que tenían que seguir todos aquellos que se enfrentaron a la tarea de reconstruir lo dicho por los personajes de la historia.

El propio Tucídides, fiel a su método, sólo ha insertado discursos en estilo directo que se corresponden con ámbitos bien delimitados por la práctica oratoria de finales del siglo V a.C. Tucídides no introduce en estilo directo, como hace previamente Heródoto o como luego hará Jenofonte, las palabras pronunciadas en conversaciones o debates más o menos informales y que no se ajusten a un contexto perfectamente definido. Sus discursos, por el contrario, son exponentes tanto de las intervenciones que los políticos pronunciaban ante asambleas ciudadanas (ya sea en Atenas, Esparta o Siracusa), como de las arengas con las que los generales de uno y otro bando exhortaban a sus tropas. Fuera de estos dos grupos sólo hay un número muy reducido de discursos que, por su extraordinaria naturaleza, también se convirtieron en paradigmáticos. Uno, como el epitafio de Pericles, ofrece el más elevado ejemplo que tenemos de un tipo de discurso ceremonial que era esencial en la vida ateniense del momento y que, no por casualidad, es el modelo sobre el que Platón elabora el epitafio de su *Menéxeno*. Otros, como los discursos del juicio de los Platenses, ofrecen un modelo de discurso forense. Finalmente, los dos diálogos suponen una forma abreviada de debate asambleario y, de manera especial, el Diálogo de los Melios es un ejemplo de discusión sobre presupuestos de la sofística. Por lo tanto, es evidente que el estilo directo en Tucídides está claramente unido al concepto de discurso dentro de los ámbitos oratorios que se practicaban en la Atenas del momento. Son, como no podía ser de otro modo, una consecuencia de la metodología de Tucídides. En todos los casos están pronunciados por oradores (individuales o colectivos) que encarnan tipos universales. Y, en todos

los casos, se pronuncian en contextos oratorios (asamblea, tribunal o campo de batalla) perfectamente definidos.

Pero este método tenía también una derivación pragmática que fue decisiva para el desarrollo de muchos de los elementos del legado de Tucídides que vamos a ver a lo largo de nuestro libro. Los discursos elaborados siguiendo esta metodología no sólo sirven para reproducir debates y arengas que permiten explicar los hechos, sino que también pueden convertirse en modelos de oratoria útiles tanto en la vida pública como en la guerra. La consecuencia última de la metodología es la creación de una auténtica galería de “discursos-modelo”, de una oratoria política y militar ejemplar. Los discursos pronunciados por personajes que encarnaban virtudes y defectos universales, como ocurre en el caso de Pericles y Brásidas (modelos de estadista y de general), o de Cleón y Alcibiades (ejemplos de demagogo y de personaje devorado por la ambición), se convirtieron en el punto central del proceso imitativo.

### 3. El modelo de oratoria política: los discursos asamblearios

El conjunto de discursos más amplio y variado es el pronunciado ante asambleas ciudadanas. Es algo lógico si tenemos en cuenta que Tucídides vivió en un período en el que floreció en Atenas la oratoria deliberativa, como consecuencia de las obligaciones que imponía la democracia radical. La *isegoría* (igualdad a la hora de hablar) y la *isonomía* (igualdad ante la ley) eran los derechos que propiciaban que cualquier ciudadano libre de Atenas tuviese la opción de intervenir en la toma de decisiones políticas (en el caso de las asamblea) y la obligación de pronunciar un discurso para defender su hacienda o su persona (en el caso de los tribunales). La diferencia esencial entre ambos tipos de oratoria estribaba en que los ciudadanos comunes no solían intervenir en las decisiones políticas y que, por lo tanto, su aportación se reducía a votar a favor o en contra en la Asamblea. Por ello, pronto se destacaron oradores como Pericles o Alcibiades, que eran cabezas de bandos políticos, y cuya brillante oratoria fue admirada por sus coetáneos.

Los discursos deliberativos de Tucídides se acomodan a los rasgos básicos de esa oratoria cívica. En primer lugar, tienen como función básica aconsejar, en uno u otro sentido, a una asamblea política para que tome sus decisiones desde el punto de vista de lo conveniente (*symphéron*) para la ciudad. En segundo lugar, no son pronunciados por ciudadanos simples, sino por los líderes y los hombres más destacados del momento: Pericles, Cleón, Alcibiades o Nicias. Sólo en el caso de que intervengan personajes oscuros y poco conocidos el historiador ha optado por presentar oradores colectivos, como ocurre en el caso de los embajadores que representaron a Corcira o a Corinto al comienzo de la guerra. Y, en tercer lugar, de manera significativa, Tucídides ofrece a lo largo de su obra un amplio número de discursos que, no por casualidad, tratan los temas más comunes que se puedan plantear en el contexto de una *pólis* en un conflicto bélico. Veámoslos en detalle.

La mayor parte (17 discursos) se encuadra dentro del tema de la guerra, tal y como decenios más tarde lo analiza Aristóteles en su *Retórica*. El objetivo de los oradores es conseguir que su ciudad declare o no la guerra contra otra. A este grupo pertenecen discursos decisivos como los pronunciados en Esparta por los embajadores corintios (1.68-71; 1.120-4) y atenienses (1.73-78) antes de desencadenarse la guerra. Tucídides también nos ha proporcionado discursos de líderes atenienses como Pericles (1.140-4), Nicias (6.9-14; 6.20-23) o Alcibíades (6.16-18; 6.89-92); espartanos, como Arquidamo (1.80-85) y Esteneledas (1.86); y sicilianos como Hermócrates (6.33-4) o Atenágoras (6.36-40), que ofrecen diversas variaciones paradigmáticas sobre este tema. Un simple vistazo permite ver que la mayor parte de estos discursos sobre la guerra se encuentran distribuidos a lo largo de los libros I y VI de la obra, de manera coherente con la estructura bimembre (dos partes de cinco libros cada una), que, según Rawlings (1981), había sido planificada por Tucídides y que no pudo llevar a término. Son discursos que, por lo tanto, suponen una perfecta aplicación práctica de la metodología: ayudan a explicar los hechos (los *érga*) y las cruciales decisiones adoptadas en dos momentos clave de la Guerra del Peloponeso. El historiador ha seleccionado sólo aquellas intervenciones que fueron decisivas y ha evitado introducir discursos que no fueran realmente útiles para comprender las decisiones adoptadas. Y, como consecuencia inevitable, Tucídides ofrece a sus lectores una panoplia de discursos útiles para afrontar esta misma situación en el futuro. Tenemos, así, discursos que muestran los razonamientos que puede emplear en una situación similar un aliado despechado (los corintios), una potencia en expansión (Atenas) o un enemigo que ve peligrar su poder y *status* (Esparta).

El segundo grupo (7 discursos) está conformado por alocuciones a favor o en contra de una alianza. En este caso, Tucídides ofrece ejemplos en los que se presentan las dos caras de una discusión sobre los acuerdos entre ciudades. Así, tenemos peticiones de alianza, como el famoso debate entre corcirenses (1.32-6) y corintios (1.37-43) al comienzo de la obra; o el discurso de los mitileneos donde hacen lo propio ante los espartanos (3.9-14). Renovaciones de una alianza previa, como la que se plantea en el debate que enfrenta en Camarina al siracusano Hermócrates (6.76-80) con el ateniense Eufemo (6.82-7). Incluso existe el caso de una apóstasis previa, como cuando Brásidas (4.85-7) pide a la asamblea de Acanto que abandone a los atenienses para pasarse al bando espartano. De nuevo, el historiador ha proporcionado de manera práctica una serie de discursos, cuyas argumentaciones son fácilmente extrapolables a otros momentos en los que se den circunstancias similares.

Incluso, para completar el cuadro, hay dos discursos que tratan el tema de la paz. En uno de ellos se muestra la desesperada intervención de los embajadores espartanos (4.17-20) ante la asamblea ateniense, tras quedar rodeadas sus tropas en Esfactería, que es el único caso que tenemos en donde se produce una petición de paz en toda regla. Y en el que pronuncia Hermócrates (4.59-64) ante embajadores de toda Sicilia se reclama una paz que unifique la isla frente al poderío ateniense. Son dos situaciones de peticiones de paz que,

no por casualidad, serán retomadas por la retórica posterior (tal y como se observa en la *Retórica a Alejandro*) como ejemplos paradigmáticos de este tipo de oratoria.

Este carácter ejemplar de los discursos asamblearios de Tucídides se vio reforzado por una serie de factores que afectaron decisivamente a la oratoria deliberativa en la Atenas clásica.

En primer lugar, teniendo en cuenta la importante función de este género oratorio, tan bien representado en la *Historia*, hubiera sido esperable la existencia de una normativa retórica que, en los tiempos de Tucídides, facilitase la tarea de los oradores políticos. Sin embargo, todos los estudiosos de la retórica desde Kennedy coinciden en que durante el siglo V la atención de los rétores se dirigió, casi en exclusiva, hacia el género judicial.<sup>161</sup> Sin duda, en esta tendencia pesaba la obligación de los ciudadanos a intervenir personalmente en los tribunales de justicia, lo que incrementó el interés por este tipo de oratoria frente a los otros foros. A ello se unió que el ámbito deliberativo no permite una sistematización argumentativa como la que encontramos en el judicial. En una asamblea se puede tratar cualquier tema, y, además, como ha demostrado Hudson-Williams, existía un prejuicio firmemente asentado contra aquellos que pareciesen haber preparado previamente sus intervenciones.<sup>162</sup> El margen para la improvisación, cuyo reflejo se percibe en los elaborados discursos de Tucídides como marca distintiva de este tipo de oratoria cívica, era por lo tanto muy amplio.<sup>163</sup>

En segundo lugar, estos discursos ponen de manifiesto los múltiples puntos de contacto que existían entre la esfera deliberativa y la judicial. En la asamblea política era frecuente la utilización de argumentaciones basadas en lo justo o *dikaion*.<sup>164</sup> O el empleo de recursos judiciales, como la calumnia o *diabolè*, con la que se pretende desprestigiar al oponente. Esta situación la vemos plasmada, por ejemplo, en el agrio debate que sostienen Cleón y Diodoto (3.37-48) sobre la defección de Mitilene, donde los dos oradores actúan respectivamente como fiscal y abogado defensor de los mitileneos que acababan de traicionar a Atenas. La oratoria practicada en aquel momento no tenía reparos a la hora de utilizar o mezclar los elementos y recursos argumentativos que fueran precisos y de ello son fiel reflejo los discursos del historiador. Por ello no es extraño encontrar elementos judiciales en discursos políticos y razonamientos políticos en discursos judiciales (como ocurre en el Juicio de los Platenses). No hay que olvidar, por otra parte, que la idea de los tres géneros retóricos claramente diferenciados (deliberativo, judicial y epidíctico) no se asienta hasta los años de Aristóteles.

La mejor prueba que tenemos de que los discursos de Tucídides ofrecen ejemplos paradigmáticos de la oratoria deliberativa practicada en su época la proporcionan las dos retóricas del siglo IV que han llegado hasta

<sup>161</sup> Cf. Kennedy (1959).

<sup>162</sup> Cf. Hudson-Williams (1951).

<sup>163</sup> Cf. Fairchild (1973).

<sup>164</sup> Cf. Heath (1990).



nuestros días. Tanto la normativa desarrollada por la *Retórica a Alejandro*, atribuida a Anaxímenes de Lámpsaco, como la expuesta por Aristóteles en su *Retórica* presentan llamativos puntos de contacto con los discursos tucidideos. Y ello se observa, como hemos demostrado hace años, tanto en el desarrollo concreto de los temas deliberativos expuestos más arriba, como en el modo en que organizan la argumentación, con su abundancia de entimemas.<sup>165</sup> Es cierto que un rétor del siglo IV tenía a su disposición discursos anteriores y contemporáneos de los que apenas quedan noticias hoy. Y que, por lo tanto, el término de comparación para un autor como Aristóteles puede ser mucho más amplio. Pero lo que es seguro es que pocos discursos ofrecían una argumentación más pensada y orientada para reflejar los conceptos generales implicados en un debate. Pocos discursos podían ser considerados como modelos de un tipo de oratoria como los que insertó Tucídides en su obra y seguramente leyó Aristóteles. Es cierto que en todos ellos se emplean procedimientos de uso común en una asamblea política de finales del siglo V (tanto desde el punto de vista de la invención como de la disposición) que pueden encontrarse en la oratoria conservada de otros autores contemporáneos, como Andócides o Lisias.<sup>166</sup> Y que todos ellos, por la fuerza de la costumbre, acabaron siendo codificados por la retórica. Pero en muy pocos casos nos encontramos ante discursos con un contenido más modélico que los de Tucídides. Así lo observamos tanto en la presentación de determinados razonamientos argumentativos (generalizaciones sobre el poder de unas naciones sobre otras, sus intereses, las causas de las guerras, etc.), como en aspectos formales (encabezamientos de discursos o frases de transición que daban el tono adecuado al discurso). Todo ello pone de manifiesto hasta qué punto los discursos de Tucídides pudieron ser modelos esenciales en el desarrollo de una normativa retórica del siglo IV a.C.

A fin de cuentas, la obra de Tucídides habría preservado la esencia de la oratoria de personajes tan influyentes y respetados como Pericles o Nicias, que no dejaron nada escrito. La oratoria de la Atenas de Pericles, como todavía pensaban Cicerón y sus contemporáneos cuatro siglos más tarde, se habría preservado en las páginas de la historia de Tucídides.<sup>167</sup> De hecho, hay un pasaje de esa historia de la elocuencia que es el *Bruto*, en el que se da la clave para entender este dato. Al hablar de los oradores de la Atenas del siglo V a.C., Cicerón señala lo siguiente:

El género de elocuencia que floreció en esta época puede comprenderse, sobre todo, por los escritos de Tucídides, que también vivió durante estos años. Estos autores eran de estilo grandilocuente, ricos en contenidos, concisos en la expresión de los conceptos y, por ello, a veces algo oscuros.<sup>168</sup>

---

<sup>165</sup> Cf. Iglesias-Zoido (1995).

<sup>166</sup> Cf. Iglesias-Zoido (1994) y Cortés Gabaudan (1997).

<sup>167</sup> Cf. Connor (1963).

<sup>168</sup> Cf. Cic. *Brut.* 29; trad. de M. Mañas.

Como es evidente, Cicerón está juzgando los discursos de Pericles (“cuya principal fama se debe a la elocuencia”) o de Cleón (“ciudadano ciertamente turbulento, pero elocuente”) a partir de los discursos que Tucídides ha insertado en sus obras.<sup>169</sup>

Finalmente, este carácter paradigmático de los discursos de Tucídides también permite explicar la aparente uniformidad lingüística y de estilo que se refleja en la oratoria de personajes tan diferentes como Pericles o Cleón. Durante años, la crítica se ha planteado si los discursos deliberativos de Tucídides reflejan el estilo y características formales de los discursos realmente pronunciados por líderes políticos como Pericles, que el historiador conoció de primera mano, o si, por el contrario, ha optado por componer sus discursos empleando un lenguaje abstracto y anacrónico, que los igualaría dentro de un mismo patrón estilístico. El problema de la caracterización de los oradores ha sido ampliamente discutido y Westlake nos ha legado algunas de las mejores páginas.<sup>170</sup> En unos casos, incidiendo en el diferente modo de presentación de los personajes de la primera y segunda parte de la obra. En otros, estudiando las diferencias étnicas (aticismo/laconismo) perceptibles en los discursos. Por otra parte, se ha analizado la individualización del estilo de oradores como Brásidas, por medio de la inclusión de términos homéricos que desempeñarían una clara función alusiva.<sup>171</sup> Lo único cierto es que, en lo que concierne al estilo, Finley ha demostrado, por medio de la comparación con otros autores contemporáneos, que los discursos reflejan los procedimientos habituales en aquel momento.<sup>172</sup> Quedaría claro que Tucídides, en su afán por ofrecer discursos paradigmáticos, no sólo reflejó las argumentaciones más comunes en la oratoria del momento, sino también los recursos estilísticos que habían sido puestos de moda por autores como Gorgias y que, a la postre, son una de las causas de la oscuridad y dificultad destacada por todos los autores posteriores.

Todos estos argumentos ponen de manifiesto el carácter ejemplar de estos discursos. Aquí es donde hemos de precisar nuestra opinión. Para Cole, el empleo de ese lenguaje abstracto y de esos recursos estilísticos (que, sin duda, eran mecanismos que permitían la memorización de determinados pasajes e ideas) tenían como objetivo ofrecer unos “discursos-modelo” con una finalidad retórico-educativa (como una especie de *crestomatía* en el seno de la obra historiográfica).<sup>173</sup> Y, en este sentido, habría que poner a estos discursos en la misma línea de lo que hicieron otros sofistas, como Antifonte con sus *Tetralogías*. Nosotros pensamos, más bien, que la conversión de los discursos tucidideos en modelos de oratoria cívica se produjo de otro modo. En este caso, no se puede hablar de un objetivo sino de una consecuencia de la finalidad pragmática de la obra, de ese deseo expresado por Tucídides de que sus discursos pudieran ser útiles para la posteridad. La aplicación de la nueva metodología suponía,

<sup>169</sup> Cf. Connor (1963).

<sup>170</sup> Cf. Westlake (1968).

<sup>171</sup> Cf. Hornblower (1996: 38-61).

<sup>172</sup> Cf. Finley (1967: 55-75).

<sup>173</sup> Cf. Cole (1986).

en sí misma, la creación de un modelo de oratoria en el contexto de una obra historiográfica que tenía objetivos más amplios que el simple deseo de ofrecer un paradigma retórico a la manera de los sofistas. Tucídides no es un sofista, sino un historiador que utiliza el instrumento más importante de la sofística: la retórica. El problema es que esos discursos retóricamente contruidos, como consecuencia de los factores que determinaban el contexto de la asamblea, se acabaron convirtiendo en modelo y en testimonio de un tipo de oratoria cívica de la que apenas se conservaron otros testimonios escritos. Tal como nos dice Marcelino en la biografía de Tucídides que escribió al final de la Antigüedad, Tucídides aportó un modelo de oratoria asamblearia al insertar discursos que reflejan de manera adecuada los argumentos que podría emplear cada parte en cada una de las situaciones que se plantease, dando así una imagen perfecta de este tipo de alocución.<sup>174</sup> A partir de esta opinión de Marcelino, emitida casi un milenio más tarde, se comprende que la unión de estos factores es lo que hizo que esta selección de discursos asamblearios, elaborada para ofrecer una imagen paradigmática de la oratoria deliberativa practicada en la Atenas de finales del siglo V a.C., acabara convertida en un modelo que iba a ser admirado e imitado incansablemente en las épocas siguientes.

#### 4. La *crestomatía* militar: las arengas

El tema de la obra, la historia de la guerra más importante que había enfrentado a los griegos hasta entonces, implicaba la necesidad de dar un nuevo giro a un tipo de discurso que ya contaba con una amplia tradición en la literatura griega.<sup>175</sup> De hecho, la arenga militar está presente en el mundo griego desde la épica y ejemplos destacados encontramos tanto en autores líricos como Calino y Tirteo como en trágicos como Eurípides. El problema de estas exhortaciones, tal y como habían sido cultivadas hasta entonces, era que no permitían llevar a la práctica los conceptos básicos de la nueva metodología tucididea. Así, o eran muy breves y recogían sólo las pocas palabras de ánimo que un general podría pronunciar en medio de una refriega, o estaban demasiado ligadas a la tradición homérica, en la que este tipo de discurso estaba subordinado a la narración, ofreciendo sólo la posibilidad de aligerar los largos pasajes narrativos en los que se describía una lucha o la breve caracterización de un personaje.<sup>176</sup> El deseo de superar este modelo literario es lo que permite explicar las características esenciales de las arengas tucidideas y su conversión en un nuevo modelo de oratoria militar.<sup>177</sup> Y para lograr este objetivo, pensamos que Tucídides fue más allá que en el caso de la oratoria asamblearia.

Teniendo en cuenta este punto de partida, la gran polémica entre Pritchett y Hansen ha de ser matizada en sus justos términos. Como es bien sabido,

---

<sup>174</sup> Cf. Marc., *Vita Thuc.* 38.

<sup>175</sup> Cf. Iglesias-Zoido (ed.) (2008) para una visión de conjunto.

<sup>176</sup> Cf. Keitel (1987).

<sup>177</sup> Cf. Luschnat (1942), Leimbach (1988), Romero Cruz (1990) e Iglesias-Zoido (2000) y (2007).

Pritchett considera que las arengas insertadas por los historiadores antiguos desde Tucídides son un reflejo más o menos directo (dependiendo de la cercanía del historiador a los hechos narrados) de los discursos realmente pronunciados por los generales antes de una batalla.<sup>178</sup> En contra, Hansen ha puesto de manifiesto el conflicto que aparentemente existe entre arenga real y arenga literaria.<sup>179</sup> La conclusión a la que llega es que las arengas reales tuvieron que ser unas pocas frases de tipo exhortativo o, en todo caso, breves parlamentos dirigidos a mandos intermedios o a pequeños contingentes de hombres, y que eran transmitidas a voces cuando el general pasaba a lo largo de las líneas. A partir de estas arengas originales (las únicas que podrían pronunciarse en las reales condiciones de un campo de batalla), el historiador habría llevado a cabo una reelaboración literaria, como si el general realmente hubiera estado colocado delante de su ejército y se hubiera dirigido a él utilizando un discurso con todos sus elementos. Y, en cierto modo, Hansen tenía razón.

En principio, teniendo en cuenta la visión del historiador danés, en la obra de Tucídides hay un número reducido de arengas breves, la mayor parte de ellas en estilo indirecto, como las de Brásidas (4.11.4), Pagondas (4.96.1), Gilipo (7.5.3-4) o Nicias (7.69.2), que, por su contenido (una exhortación directa al valor) y brevedad, se ajustan a lo que era probable que un general griego pudiese pronunciar ante sus tropas antes de una batalla. Junto a éstas, Tucídides introdujo una serie de arengas en las que, aplicando sus principios metodológicos, expresó con mayor amplitud lo que le parecía probable que podrían haber pronunciado esos generales en una ocasión clave y decisiva. Estas arengas, a las que el propio historiador denomina como *parainéseis* (5.69), son mucho más amplias y desempeñan funciones que van más allá de reproducir fielmente las palabras pronunciadas en aquella ocasión. Luschnat ya se dio cuenta de que suelen tener como objetivo adelantar acontecimientos y profundizar en las circunstancias que rodearon cada batalla, completando la fría exposición de los hechos y datos estratégicos.<sup>180</sup> Este segundo tipo de arengas es el que mejor se ajusta a la metodología del historiador. De hecho, estas exhortaciones permiten explicar las características personales de cada uno de los mandos y hacer entender al lector por qué se produjo una victoria o una derrota. Por ello no ha de extrañarnos, por ejemplo, su extensión, que, en algún caso, dificultaría su seguimiento por parte de un ejército formado en el campo de batalla, como ocurre con la arenga de Nicias a sus tropas (7.61-64) justo antes de una batalla decisiva para el fracaso de la expedición ateniense a Sicilia. O que formen parte de una estructura complementaria, en la que los discursos de réplica responden punto por punto a los argumentos esgrimidos por el bando enemigo.<sup>181</sup> O la existencia de ejemplos de un modelo homérico de arenga, como es el de la *epípólesis*, en el que se presenta a los generales

<sup>178</sup> Cf. Pritchett (1994) y (2002).

<sup>179</sup> Cf. Hansen (1993) y (1995).

<sup>180</sup> Cf. Luschnat (1942: 64-72).

<sup>181</sup> Tal y como vemos en Th. 2.87 y 2.89; 4.92 y 4.95; o 7.61-64 y 7.66-68.

recorriendo las filas de sus soldados (4.94.2; 7.76.1) y pronunciando diversas partes de una arenga ante diferentes secciones de la tropa ya formada para el combate (6.67.3). Un tipo de discurso que sólo se emplea en situaciones en las que el referente homérico ocupa un papel determinante.<sup>182</sup>

Es evidente que el cumplimiento de los principios enunciados por el propio Tucídides en la metodología es lo que explica la creación de este nuevo tipo de arenga militar. El problema es que, a diferencia de lo que ocurrió con los discursos asamblearios, Tucídides no consideró válidos los modelos previos de arenga y tuvo que crear un nuevo tipo de exhortación. En este sentido, es muy significativo el comentario que hace el historiador ante las palabras que pronunció el general Nicias antes de la batalla decisiva de la Bahía de Siracusa:

... y diciendo otros argumentos que los hombres emplean cuando se encuentran en circunstancias tales, sin ponerse en guardia de que a alguno le parezca que dicen lo que siempre se ha dicho (*archaiologeín*), (como llamamientos a las mujeres, a los hijos y a los dioses patrios, y otros parecidos en defensa de todas las causas), sino que los dicen a voces al considerar que son útiles ante el presente desánimo.<sup>183</sup>

A partir del juicio expresado en este pasaje, es evidente que Tucídides, de manera consciente, ha elaborado la mayor parte de las arengas de su obra procurando evitar, siempre que fuese posible, el recurso a ese tipo de argumentos fáciles y bien conocidos, como son las apelaciones a los dioses. Argumentos, que, por otra parte, como él mismo nos señala, son similares en casi cualquier situación desesperada. Siendo fiel a su método, para la elaboración de sus arengas más destacadas ya no le bastaban este tipo de exhortaciones, por lo que utilizó los recursos que le ofrecía la retórica que estaba en boga en su momento. Mientras que las arengas breves se limitan a repetir una serie de tópicos tradicionales de este tipo de discurso, que encontramos ya empleados en Homero y luego en Heródoto, las arengas más amplias habrían sido compuestas echando mano de aquella parte de la retórica contemporánea que podía ser más útil. Aquella que, en definitiva, acabó conformando lo que luego Aristóteles denominó género deliberativo. Este género ofrecía una batería de argumentos que, en el contexto del sistema democrático ateniense, eran fácilmente utilizables en una asamblea militar formada por soldados-ciudadanos y entendida como institución paralela a la asamblea política.<sup>184</sup> De hecho, son evidentes los puntos de contacto con uno de los principales temas asamblearios, el de la guerra, tal y como lo analiza la *Retórica* de Aristóteles, con su detallado tratamiento del temor y del valor como pasiones asociadas.<sup>185</sup> Presta una especial atención a estas dos pasiones,

<sup>182</sup> Cf. Carmona Centeno (2008).

<sup>183</sup> Cf. Th. 7.69.2.

<sup>184</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2007).

<sup>185</sup> Cf. Arist. *Rh.* 1382a22 ss.

decisivas en el tema de la guerra (el voto a favor se consigue con la confianza, el voto en contra con el temor), pero también en las arengas. De este modo, en las exhortaciones tucidideas, el general que arenga a sus tropas ha de conseguir ahuyentar el miedo (*phóbos*) de la mente de sus hombres, a la vez de lograr que la confianza (*thársos*) sea la pasión que anide en su ánimo.

Pero lo que realmente caracteriza a este tipo de discurso y lo distingue de los asamblearios, es que, junto a las sentencias de raigambre homérica (*gnómai*) y a los elementos propiamente deliberativos, Tucídides no dudó en recurrir a elementos argumentativos empleados de la parte exhortativa (*lógos protreptikós*) y consolatoria (*lógos paramythetikós*) del epitafio. Tuvo que ser precisamente la brillantez y novedad de esa adaptación, que respetaba la esencia de muchos de los tópicos tradicionales de la arenga, y que ahora los mezclaba con nuevos elementos ceremoniales y deliberativos, lo que hizo que las arengas de Tucídides se acabasen convirtiendo en modelo de oratoria militar para las generaciones venideras de historiadores, ya que esta nueva formulación era más útil para sus nuevos objetivos que los modelos literarios previos.<sup>186</sup>

Y es precisamente la falta de validez de un modelo establecido lo que nos permite dar un paso más allá en nuestra teoría con respecto a la naturaleza de este tipo de exhortación en comparación con los discursos asamblearios. De hecho, coincidiendo en parte con Leimbach, pensamos que Tucídides sí pretendía crear un nuevo tipo de discurso, y que, por lo tanto, ofrece a lo largo de su obra un conjunto de arengas con una clara finalidad ejemplar, que muestra paradigmas de las diversas situaciones en que puede encontrarse un militar en el campo de batalla.<sup>187</sup> Tucídides, de hecho, proporciona ejemplos de todos los tipos de arenga que luego vamos a ver desarrolladas en la historiografía griega y latina posterior. Para llegar a esta conclusión ha sido fundamental el *corpus* de arengas que hemos realizado con Carmona, Harto y Villalba y el establecimiento de una tipología de este tipo de discurso.<sup>188</sup> Ello nos ha permitido comprobar lo siguiente: en Tucídides hay discursos exhortativos que se dirigen sólo a los mandos (tipo 1: 7.69.2), discursos dirigidos a las tropas formadas justo antes de emprender la lucha (tipo 2: como 2.11 o 2.87 y 89), discursos pronunciados ante tropas en formación antes del combate la batalla (tipo 3: como 4.10, 92, 126 o 7.66-8), “revistas de tropas” o *epípoléseis* (tipo 4: 6.68), arengas en medio del combate (tipo 5: como 4.11.4); e, incluso, discursos consolatorios que se pronuncian tras una batalla (tipo 6: como en 7.77). Tucídides conscientemente ha cubierto todas las posibilidades exhortativas de este nuevo tipo de discurso. Y esto es algo que sin duda fue admirado por la retórica y la historiografía antiguas, que continuamente recurren a su obra a la hora de ofrecer ejemplos concretos de estos diferentes tipos de discursos, que acabaron conformando un paradigma esencial a lo largo de toda la tradición.

<sup>186</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2007).

<sup>187</sup> Cf. Leimbach (1985).

<sup>188</sup> Cf. Carmona, Harto, Iglesias y Villalba (2008).

Por todo ello, en el caso de las arengas, hemos de defender que estamos ante lo que puede considerarse como una auténtica *crestomatía* de oratoria militar. A diferencia de los discursos deliberativos, que contaban con un modelo y una práctica bien asentados en la Atenas del momento, las arengas son el resultado del deseo de ofrecer un cuadro de cómo ha de ser la oratoria militar. Una especie de *speculum militare*, en el que la finalidad imitativa no se desprende de los modelos que fueron sumándose, como ocurre en los discursos asamblearios, sino que es una pretensión consciente del historiador.

## 5. Los otros discursos

Tucídides también introduce otros tipos de discursos en el cuerpo de la obra. No son muy numerosos, pero sus características retóricas y la importante función que desempeñan los han convertido en elementos esenciales de su historia. De hecho, tanto el *Epitafio* como el *Diálogo de los Melios* pueden contarse entre los pasajes en estilo directo más conocidos e imitados de Tucídides a lo largo de los siglos. Como veremos más adelante, su legado los coloca muy por encima de otros discursos deliberativos o militares de la obra, dejando claro hasta qué punto fueron tomados como modelos. En este sentido, el hecho de que no se inscriban en un tipo de discurso bien definido es una de las causas que explica el interés que generaron. Son ejemplos que, en su soledad, destacan como una joya en el conjunto de una obra repleta de gemas. Así, el epitafio ofrece el más elevado ejemplo que tenemos de un discurso ceremonial, en honor de los caídos en la guerra, que era esencial en la vida ateniense del momento. Otros, como los discursos del juicio de los platenses, ofrecen un modelo de discurso perteneciente al género judicial. Finalmente, los dos diálogos suponen una forma abreviada de debate asambleario y, de manera especial, el *Diálogo de los Melios* es el ejemplo más elevado de discusión sobre presupuestos de la sofística. Veamos con cierto detalle sus características.

De todos los discursos de Tucídides, el epitafio (Th. 2.35-46) pronunciado por Pericles ha sido uno de los más apreciados a lo largo de los siglos desde el punto de vista literario e ideológico, ya que en él se expresan de manera ardorosa los ideales de la democracia ateniense y se exhorta a su defensa. El epitafio, por otra parte, es uno de los más tempranos exponentes de la prosa artística griega. Es un discurso ceremonial, fruto de un ritual instaurado en Atenas en el primer tercio del siglo V a. C., tras las Guerras Médicas, pronunciado en honor de los caídos por la patria.<sup>189</sup> La crítica, durante mucho tiempo, consideró que se trataba de un discurso inventado libremente por el historiador y que no tenía nada que ver con el epitafio pronunciado por el estadista ateniense en el año 431 a.C.<sup>190</sup> Ello se justificaba, entre otras razones, por la ausencia de la sección conocida como *thrénos* o lamento, que se creía que era una parte tradicional de las alocuciones fúnebres. Sin embargo, aunque seguramente escrito muchos

---

<sup>189</sup> Cf. Loraux (1981).

<sup>190</sup> Cf. Kakridis (1961: 5-6).

años después de la muerte de Pericles, este epitafio ha sido compuesto por Tucídides conforme al modelo que sigue el resto de los conservados de época clásica.<sup>191</sup> Así, de un modo claramente coincidente con los discursos fúnebres de Lisias, Demóstenes o Hiperides, su contenido se estructura en cuatro partes esenciales: proemio, elogio (*épainos*), consolación (*paramýthia*) y epílogo. El orador, tras introducir su discurso fúnebre de acuerdo a las costumbres de la ciudad y justificar su elección (2.35), llevaba a cabo una alabanza (2.36-42) de los ancestros y de los caídos por la patria, que se convertía, de hecho, en un elogio del sistema político ateniense y de su superioridad sobre el resto de los griegos. En la tercera parte, lo que constituye el *lógos paramýthetikós* (2.43-45), el elogio de los caídos se convertía también en una consolación a los vivos y, sobre todo, se llevaba a cabo una exhortación para que los conciudadanos siguiesen el ejemplo de los muertos. En esta parte predomina claramente el tópico de la “bella muerte” y del sacrificio por la patria. Finalmente, el discurso termina con un epílogo (2.46) que sirve como recapitulación. De este modo, el contenido desarrollado en el discurso fúnebre de Pericles se corresponde de manera exacta con los objetivos descritos por Platón en el *Menéxeno*, donde señalaba que un epitafio debía servir para elogiar a los muertos, exhortar a los vivos a seguir su ejemplo y, finalmente, para consolar a los padres de su irremediable pérdida.<sup>192</sup>

En segundo lugar, también habría que tener en cuenta el denominado *Juicio de los Platenses* (Th. 3.53-67). En este caso, Tucídides ha insertado una pareja de discursos judiciales que permiten profundizar en uno de los hechos que más impresionaron al historiador. Tras la caída de Platea, se produce un debate entre platenses y tebanos en el que los espartanos actuaron como jueces. La derrota platense supone el final de un enfrentamiento paradigmático de dos pueblos, cuya antigua rivalidad les hizo buscar socorro en alianzas distintas. Una dramática situación que terminó con el exterminio de todos los platenses no afines a los espartanos y con la destrucción de la ciudad, y que ha generado dos líneas de estudio. Por una parte, la que incide en sus puntos en común con el drama,<sup>193</sup> sobre todo con tragedias como la *Hécuba* de Eurípides, donde se reflexiona sobre la piedad de los vencedores y sobre la terrible situación en la que quedan los vencidos. Por otra parte, la que analiza los discursos teniendo en cuenta sus similitudes con la oratoria judicial.<sup>194</sup> En este caso, se destacan las claras diferencias existentes en la argumentación de platenses y tebanos. Los primeros, acuciados por su situación y ocupando la posición del reo, hacen un discurso con secciones llenas de emotividad (3.58-9), en las que recuerdan su contribución a Grecia en otros momentos, y en las que solicitan la piedad de los jueces espartanos. Los segundos utilizan una argumentación fría y calculada. En ella intentan quitarle importancia a la vergonzosa relación

<sup>191</sup> Cf. Ziolkowsky (1981: 39-172).

<sup>192</sup> Cf. Plat. *Menex.* 236 e.

<sup>193</sup> Cf. Hogan (1972).

<sup>194</sup> Cf. MacLeod (1977).



que mantuvieron en el pasado con los persas (3.62). Y, sobre todo, destacan la clara toma de partido de los platenses al lado de Atenas (3.63-4), lo que les hace merecedores del máximo castigo. Estas terribles consecuencias llevaron a Tucídides a introducir por esta única vez dos discursos judiciales, que son el medio más adecuado que permite poner ante los ojos del lector las dos posturas enfrentadas.

En último lugar, hemos de citar los dos únicos diálogos presentes en la *Historia*. El primero, el que mantienen los platenses con el espartano Arquidamo (Th. 2.71-4), tratando de evitar la devastación de Platea y pidiendo que se les permita seguir siendo independientes. El segundo, que ha recibido la emblemática denominación de *Diálogo de los Melios* (Th. 5.85-116) y que ocupa un lugar esencial en la historia de su legado, es un diálogo en el que se enfrentan las posturas de los habitantes de Melos con los embajadores atenienses que reclaman el abandono de su neutralidad. Ambos están unidos por una misma idea esencial: Tucídides ha reservado la forma de un diálogo para poner de manifiesto con toda claridad la indefensión de los débiles en una guerra.

En el caso de los platenses, la forma elegida por Tucídides es una sucesión de intervenciones a lo largo de un corto período de tiempo. Un intercambio de discursos entre los representantes de la ciudad de Platea, que se encuentran aprisionados entre los acuerdos que unen su destino al de Atenas y la inminencia de la destrucción que van a emprender los espartanos. Los platenses son víctimas del destino que la guerra reserva a los débiles. Sus palabras muestran cómo, sin existir una inquina especial contra ellos, una comunidad inocente acaba sufriendo en sus carnes los rigores de un conflicto bélico. Todavía no hay en este diálogo los razonamientos descarnados que encontraremos más adelante, cuando se recrudezca la virulencia de la guerra. Tanto Arquidamo como los platenses recurren en todo momento a nobles argumentos y a recordar la importancia de los juramentos hechos en el pasado:

Poniendo por testigo a los dioses invocados entonces en el juramento, así como a los dioses de vuestros antepasados y a nuestros dioses locales, os conminamos a que no causéis daños en el territorio de Platea ni quebrantéis los juramentos, y nos dejéis vivir independientes (*autonómous*) como Pausanias consideró justo.<sup>195</sup>

La respuesta de Arquidamo va en la misma línea y sólo difiere en la manera en que los espartanos interpretan un mismo hecho:

Decís argumentos llenos de justicia, hombres de Platea, si vuestras acciones se corresponden con vuestras palabras. En efecto, tal como os concedió Pausanias, sed independientes y colaborad en la liberación de aquellos otros

---

<sup>195</sup> Cf. Th. 2.71.4. Éste y los siguientes pasajes son citados a partir de la trad. de F. Rodríguez Adrados.

que, participando de los peligros de que hablasteis, prestaron el juramento y están ahora bajo el dominio de los atenienses, y al deseo de cuya liberación y de la de los demás deben su origen un ejército y una guerra tan grandes.<sup>196</sup>

Por medio de este diálogo se pone de manifiesto una idea esencial en el resto de la historia: que un mismo concepto puede ser interpretado de manera muy diferente por las partes en conflicto. Y que las consecuencias de esta diferente interpretación pueden ser terribles. De hecho, finalmente, los platenses han de mantenerse fieles a sus acuerdos previos con Atenas y sufren en su territorio la represalia de los espartanos.

Con todo, el ejemplo más logrado de este tipo de composición lo ofrece el *Diálogo de los Melios* (Th. 5.85-116). En él, el historiador profundiza en la idea clave del diálogo de los platenses y muestra con toda su crudeza cómo es el auténtico rostro de una guerra que, fuera de control, diluye la frontera entre el bien y el mal. Por medio de este diálogo, Tucídides ofrece un cuadro demoledor de los terribles hechos que acontecieron durante la expedición ateniense contra Melos en el año 416 a.C. Una expedición punitiva que, al no conseguir el sometimiento voluntario de sus habitantes, terminó con la ejecución sumaria de todos los hombres y con la esclavitud de mujeres y niños. En este terrible contexto histórico Tucídides no ha introducido un par de discursos que representen las posturas de las partes enfrentadas, sino que ha optado por un diálogo más complejo que el de los platenses. La influencia de la sofística se observa tanto en su aspecto formal, que parece extraer su estructura en *antilogíai* de Protágoras, como en la clara aplicación de la teoría del derecho del más fuerte. De este modo, lo que podría haberse planteado como un simple debate, en el que atenienses y melios expusiesen sus argumentos, es sustituido expresamente por un diálogo que deja perfectamente claras las verdaderas intenciones de sus protagonistas. Los propios embajadores atenienses así lo ordenan, con la intención de que los melios tengan que razonar punto por punto y no puedan escudarse tras un discurso pronunciado en un ámbito público y lleno de razonamientos retóricos:

Ya que la deliberación no tiene lugar delante del pueblo, sin duda para que la muchedumbre no se deje engañar al oírnos en un discurso seguido de razonamientos especiosos e irrefutables (pues conocemos que esto es lo que significa el traernos ante un corto número de personas), vosotros los aquí reunidos obrad aún con mayor seguridad. Tomad vuestra decisión procediendo punto por punto y no con un único discurso, sino más bien contestando inmediatamente a lo que digamos que no os parezca bien.<sup>197</sup>

En este contexto se encuentra la diferencia esencial con respecto al otro diálogo: los platenses y Arquidamo debatían en público; los melios han de hacerlo sin presencia del resto del pueblo. Esta imposición es la que le permite

<sup>196</sup> Cf. Th. 2.72.1.

<sup>197</sup> Cf. Th. 5.85.

a Tucídides poner ante el lector el desarrollo de un descarnado enfrentamiento dialéctico, en el que se produce la confrontación entre el poder del imperio (*arché*) y la libertad de los pueblos (*eleuthería*). Y, precisamente, esta certera descripción del comportamiento de una potencia militar ante un enemigo indefenso, que ofrece un cuadro lleno de dramatismo, es el motivo principal por el que autores de todas las épocas han centrado su atención en este pasaje. Ya no hay grandes ideas. Frente a los vanos intentos de los melios, los atenienses ofrecen una imagen clara y diáfana de lo que siglos más tarde acabará denominándose *Realpolitik*. Baste como botón de muestra esta reflexión sobre el derecho del más fuerte con la que inician el diálogo los embajadores atenienses y que no necesita de ningún comentario (5.89):

No vamos a pronunciar un largo y poco persuasivo discurso lleno de hermosas palabras: como que nuestro imperio es justo porque derribamos el poderío del Medo, o que ahora os castigamos porque nos habéis inferido un agravio; pero tampoco esperamos que creáis que nos vais a convencer diciendo que no os habéis unido a nosotros porque sois colonia de los lacedemonios, o que no nos habéis causado daño alguno; sino más bien esperamos que ambos tratemos de conseguir lo que permiten las circunstancias, guiándonos de nuestro pensamiento sincero, puesto que sabemos (y hablamos con quien lo sabe) que la justicia prevalece en la raza humana en circunstancias de igualdad, y que los poderosos hacen lo que les permiten sus fuerzas y los débiles ceden ante ellos.

Como podemos comprobar, tras este breve repaso a lo largo de estos otros discursos de la historia de Tucídides, es evidente que estamos ante ejemplares realmente únicos. Estos discursos y diálogos son difíciles de clasificar desde el punto de vista de la normativa retórica fijada a partir de Aristóteles. De hecho, estamos ante un discurso fúnebre que es sobre todo una exhortación a la lucha, una pareja de discursos judiciales que están preñados de razonamientos políticos y, en definitiva, unos diálogos sobre la libertad de los pueblos y el derecho del más fuerte que se cuentan entre las páginas más descarnadas del realismo político de todas las épocas. No obstante, desde la perspectiva de la retórica sofisticada de la época de Tucídides, todos ellos son discursos modelo en los que se mezclan magistralmente las líneas argumentativas “necesarias” (el *tà déonta* del que se habla en Th. 1.22.1) dentro de la situación que plantean. Y que, por lo tanto, son también una brillante manifestación de la metodología tucididea.

En definitiva, este repaso por los discursos y la metodología de Tucídides, que hemos llevado a cabo a lo largo de este capítulo, pone de manifiesto hasta qué punto ambos (discursos y metodología) son responsables del hecho de que su obra se convirtiese en un modelo esencial para la historiografía posterior. Determinados pasajes narrativos (como la descripción de la discordia civil, de la peste, de un asedio o de un combate nocturno) también se convirtieron, sin duda, en un referente de primer orden. Pero fueron los discursos, por su naturaleza paradigmática y por su mayor versatilidad, el producto más logrado

y el que mayor repercusión tuvo en épocas siguientes. En el caso de los deliberativos, estamos ante un modelo sobrevenido (surgido como consecuencia de la aplicación de su metodología), que cobró un valor especial en épocas posteriores al convertirse en el único testimonio conservado de la oratoria de algunos de los personajes más brillantes de la Atenas clásica. En el caso de las arengas, al no contar con precedentes previos suficientemente válidos, estamos ante la creación consciente de un nuevo tipo de discurso ejemplificado a lo largo de la obra por medio de una *crestomatía* de oratoria militar. Los otros discursos también se convirtieron en puntos de referencia tanto por la naturaleza su contenido (un elogio de la democracia) como por lo insólito de su planteamiento descarnado (una apología del derecho del más fuerte).

Por todo ello, es lógico que todos estos discursos modélicos se convirtiesen en la clave que permite entender el papel jugado por la *Historia* de Tucídides en una cultura, que desde la Antigüedad hasta el Renacimiento, estuvo dominada por el principio de la imitación.<sup>198</sup>

---

<sup>198</sup> Sobre las claves de imitación en la Antigüedad y en Renacimiento, cf. McKeon (1936), Bolgar (1973: 265-275), McLaughlin (1995).

## PARTE II

# EL LEGADO DE TUCÍDIDES DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA EL RENACIMIENTO

## ANTIGÜEDAD GRECORROMANA

La historia debe escribirse de este modo, con la verdad pensando en la esperanza futura antes que con adulación con vistas al placer de los que ahora son elogiados. Ésta es para ti la regla (*kanôn*) y la unidad de medida (*státhmê*) de una historia justa. Si algunos se ajustan a esta medida (*stathmésontai*), estará bien, y habremos escrito a propósito.<sup>199</sup>

(Luciano de Samosata, siglo II d.C.)

Las últimas palabras del *Cómo ha de escribirse la historia* de Luciano, un pasaje con claras reminiscencias tucidideas en el que se señala cuál ha de ser el auténtico modelo para todos aquellos que se dediquen a escribir una historia justa y, por lo tanto, imparcial, nos ayuda a comprender un aspecto clave de la recepción de Tucídides: el legado de un autor clásico depende en gran medida del impacto de su obra sobre escritores posteriores que, a su vez, se acabaron convirtiendo en clásicos. Incluso la propia supervivencia de una historia, que por los azares de la transmisión hubiera dejado de leerse durante siglos, puede estar supeditada a los juicios emitidos por autores posteriores, que la conocieron y apreciaron. La autoridad de un comentario admirativo de Cicerón o de Luciano explica el hecho de que un escritor griego como Tucídides, casi desconocido a lo largo de la Edad Media latina, pudiera volver a ser leído en los albores del Renacimiento. Por este motivo, la Antigüedad es el período que más ha determinado el legado de Tucídides. De ella proceden muchos de los juicios esenciales, tanto los positivos como los negativos, que se han repetido posteriormente. Quizás no sea algo justo, pues los valores intrínsecos de una obra quedan supeditados a los juicios de otros, pero lo cierto es que el legado de un escritor depende totalmente de la imagen que haya quedado para la posteridad. Y la imagen de nuestro historiador se fraguó a lo largo de una época en la que su obra concitó diferentes y encontradas valoraciones. Así, tras siglos de incompreensión, en los que la historiografía se adentró por vías diferentes a las holladas por el ateniense, Tucídides se convirtió en un referente indiscutible para cualquier lector culto a partir del final de la República. Su obra era vista como la “regla” (*kanôn*) y la “unidad de medida” (*státhmê*) con la que tenía que construirse el edificio de la “historia justa”, aquella que acabaría perdurando a lo largo de los siglos.<sup>200</sup> Independientemente de su lengua materna, ya fuese el griego de aquellos que seguían representando los valores de un grandioso pasado o el latín que personificaba la fuerza pujante del nuevo imperio, la obra de Tucídides se acabó convirtiendo en una “posesión” (el *ktêmá* del que habla el historiador en 1.22.4) compartida por helenos y romanos. Y son sus diferentes *valoraciones* y *utilidades* las que nos ayudarán a comprender los derroteros

<sup>199</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 63; trad. de J. Zaragoza, modificada.

<sup>200</sup> La misma idea de *kanôn* aplicada a la imitación que hizo Dion Casio de Tucídides en Photius *Bibl. cod.* 71.

por los que discurrió su recepción en el mundo antiguo, objetivo del presente capítulo, en el que la exposición avanzará desde lo general hasta lo concreto.

En primer lugar, analizaremos un hecho perfectamente conocido. Su fama, tanto la buena como la mala, se labró en un período en el que los lectores convivieron de manera cotidiana con el texto del historiador. Tucídides, convertido en un clásico, fue leído, glosado y comentado sin descanso a lo largo de siglos tanto en la escuela como en los ámbitos literarios. Las consecuencias de ese contacto directo determinaron en gran medida los dos tipos de valoraciones que se repetirán hasta el Renacimiento. Para unos, su obra era el ejemplo perfecto de historia. Tucídides, como llegó a decir Luciano, fue visto como el auténtico “legislador” del género historiográfico. Para otros, en cambio, su estilo era oscuro, difícil y, en ocasiones, casi indescifrable. De las palabras de rendidos admiradores, como Cicerón o Luciano, o de duros críticos, como Dionisio de Halicarnaso, penden muchos de los enjuiciamientos que sobre la obra del historiador ático se han venido repitiendo desde la Roma imperial hasta la Europa del final de la Edad Moderna.

En segundo lugar, un hecho menos conocido permite explicar algunas de las claves que marcaron su recepción en la Antigüedad: cómo se leía y para qué servía su historia. Hoy en día, cuando una obra puede leerse de manera cómoda y continuada, tenemos una visión de las composiciones literarias como unidades. Sin duda, determinadas partes pueden llamar más la atención que otras. Pero, en general, un lector moderno tiene una visión de conjunto de la *Iliada* o del *Quijote*. Observa un libro, por mucha extensión que tenga, como una unidad. Sin embargo, la situación material del libro antiguo era muy diferente y, en consecuencia, la historia de Tucídides no fue leída de la misma manera en todos los momentos de su transmisión textual. Como le ocurría a las obras de otros clásicos, como Homero, su gran extensión no facilitaba una lectura continuada. Si la *Iliada* completa podía circular en unos doce rollos (a dos cantos por volumen), la *Historia* de Tucídides, dividida desde época alejandrina en ocho largos libros, necesitaba de un número suficiente de volúmenes para ser copiada por entero. Si a ello le unimos que circuló una edición de la historia completada por las *Helénicas* de Jenofonte, con lo que aumentaba considerablemente su tamaño, la situación se complica aún más. Por otra parte, la oscuridad del texto también dificultaba una lectura continuada. La obra, para ser cabalmente comprendida, necesitaba contar con la ayuda de comentarios y de escolios que allanasen el camino. Estas dificultades materiales y de comprensión permiten entender que la mayor parte de sus lectores no tuviera un interés (ni seguramente una necesidad) por abarcar por completo una obra que, en su monumental conjunto, ofrecía una formidable tarea de lectura a la que muy pocos, como afirmaba Marcelino, podían enfrentarse con éxito.<sup>201</sup> En la mayor parte de los casos, los lectores no se acercaban a la historia porque ofreciese el cuadro definitivo de una época,

---

<sup>201</sup> Cf. Marc. *Vita Thuc.* 35.

sino que sobre todo dirigían su atención a una serie de hitos, que se destacaban del conjunto y que, por su utilidad retórica, habían recibido el interés de los más reputados críticos. De hecho, a lo largo de este dilatado período, una serie de pasajes escogidos de la historia se acabaron convirtiendo en modelos literarios de enorme influencia. Determinadas descripciones de batallas, los pasajes programáticos, la arqueología, el relato de pestes y discordias civiles y, por supuesto, el conjunto de los discursos se convirtieron en una referencia para la labor historiográfica y, por ende, en lectura obligada y objeto de estudio para cualquier hombre culto que se preciase.<sup>202</sup> Debido al papel desempeñado por la retórica escolar en el proceso de creación literaria, se da la paradoja de que la compleja y oscura obra de Tucídides ofrecía ejemplos indiscutibles de descripciones, narraciones y discursos. De este modo, a pesar de las dificultades de comprensión de la obra, una serie de pasajes adquirieron la categoría de modelos gracias a su utilidad retórica.

Por este motivo, en tercer lugar, es lógico que se diese un paso que resultaría decisivo para el legado de Tucídides. Así, uniendo valoración y utilidad, a partir de la Época Imperial hay pruebas materiales de que una serie de pasajes, entre los que se destacaban los discursos, empezaron a circular de manera independiente de la obra en la que se insertaban. Este es un aspecto al que apenas se ha dedicado más que una atención marginal.<sup>203</sup> Sin embargo, no era algo extraño en aquel momento. Sabemos que este proceso también se llevó a cabo con los discursos presentes en las obras de Salustio o Tito Livio.<sup>204</sup> Todos los críticos coincidían en destacar esas alocuciones como lo más importante de la obra, como aquellos pasajes que mejor ponían de manifiesto la grandeza de la pluma de un historiador y que, por lo tanto, eran más útiles desde el punto de vista retórico. A la vista de este contexto, era completamente lógico que los discursos de Tucídides empezasen a circular como elementos independientes del conjunto.

Desde nuestro punto de vista, estas tres cuestiones están claramente interconectadas: los juicios de los críticos y la utilidad retórica de los discursos contribuyeron a potenciar un modo de leer la obra de Tucídides que acabaría siendo decisivo para su legado. Tanto las dificultades de estilo y lengua de una obra concebida en plena efervescencia de la sofística, como el papel que estas alocuciones jugaron en el proceso de instrucción retórica fomentaron el proceso de selección y la circulación independiente de los discursos. Sin tener en cuenta este contexto, es difícil comprender cómo, a lo largo de la Antigüedad, un texto tan difícil como la *Historia* de Tucídides siguió ejerciendo tan gran influencia sobre historiadores, críticos literarios y rétores de todo tipo. Circunstancia que se da incluso entre aquellos que, como nos cuenta Luciano, no llegaron a comprender la profundidad de su metodología y que recurrían a una imitación servil de lo más destacado, aquello que había merecido una

---

<sup>202</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 42.

<sup>203</sup> Cf. Avenarius (1956) y Canfora (2005).

<sup>204</sup> Cf. Paladini (1956).



circulación independiente.<sup>205</sup> La retórica de Época Imperial, tal y como veremos a lo largo de este capítulo, proporciona las claves para entender el modo de leer la obra del historiador que más éxito tuvo en el mundo antiguo. Y, sobre todo, nos sitúa en el comienzo de un proceso de lectura selectiva de los textos historiográficos que será fundamental para entender su influencia posterior en Bizancio y en el Renacimiento.

## 1. Los juicios sobre la obra de Tucídides

### 1.1. Un modelo incomprendido

Desde el final de la época clásica hasta bien entrada la época helenística, la nueva manera de escribir la historia defendida por Tucídides apenas tuvo continuadores que comprendieran la profundidad real de su aportación. En este momento histórico, en el que los intereses de la historiografía eran otros, todavía se encontraba muy lejos de convertirse en un modelo canónico. Como ha señalado Nicolai con acierto: “la historiografía que le sucedió encontró en Tucídides un modelo incomparable, pero no estaba en situación de comprender la particular relación de ejemplaridad político-retórica que estaba ligada al contexto histórico del autor ático. La historia de la fortuna de Tucídides en la Antigüedad es, por lo tanto, la historia de una constante distorsión (*la storia di un costante travisamento*) que empieza con sus primeros continuadores”.<sup>206</sup> Esta “distorsión” de la que habla Nicolai permite entender que la historia de Tucídides, una obra concebida a partir de las claves de la sofística de finales del siglo V a.C, fuese incomprendida por sus continuadores del siglo IV a.C., que desempeñaron su labor en un nuevo contexto literario.

Sin duda, la *Historia* de Tucídides ofrecía un cuadro esencial de los hechos sucedidos a lo largo de la Guerra del Peloponeso. Sólo por este motivo se entiende el interés que suscitó entre muy diversos historiadores que, escribiendo en las décadas siguientes, pretendían completar la *Historia* que Tucídides dejó inacabada.<sup>207</sup> Esto es lo que hicieron autores como Cratipo o el llamado “Historiador de Oxirrinco”,<sup>208</sup> que intentaron poner en práctica alguna de sus innovaciones. Con todo, el más conocido e influyente de todos ellos fue Jenofonte. Como es bien sabido, sus *Helénicas*, tras una simple frase inicial (un *metà de taúta*, “después de estos hechos...”), comienzan justo en el punto donde termina la obra de su predecesor. Una continuación que, en aquellos años, incluso podría haber conformado una unidad editorial con el propio texto de Tucídides.<sup>209</sup> No obstante, la compleja naturaleza de esta obra de Jenofonte, sus muy diferentes intereses y el papel jugado por su formación

---

<sup>205</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 26.

<sup>206</sup> Cf. Nicolai (1995: 8).

<sup>207</sup> Cf. las visiones de conjunto de Hornblower (1995) y Nicolai (2006).

<sup>208</sup> Cf. *F.Gr.Hist.* 66.

<sup>209</sup> Cf. Canfora (1970) y su defensa de que el segundo prefacio de Tucídides (Th. 5.26) fue escrito por Jenofonte dentro de este proyecto editorial. Parte de sus ideas se basan en la autoridad de D.L. 2.57, donde se afirma que Jenofonte publicó la obra de Tucídides.

filosófica han llevado a la crítica a defender que estas *Helénicas* difícilmente pueden ser entendidas como una auténtica continuación.<sup>210</sup> Incluso, otras obras suyas, como la *Ciropeidia*, pueden ser interpretadas como una respuesta frente a las ideas defendidas por Tucídides en cuestiones esenciales como las relaciones políticas.<sup>211</sup> Lo mismo puede decirse de Teopompo, el historiador del siglo IV a.C. que tuvo más éxito, cuya obra es un perfecto ejemplo de hasta qué punto se continuaba un modelo que no era compartido o que, por lo menos, no era comprendido en toda su extensión.<sup>212</sup> En sus *Helénicas*, Teopompo continuó la historia de Tucídides ofreciendo en sus 12 libros (de los que apenas quedan 19 fragmentos) un cuadro detallado de los hechos acontecidos entre el año 411 y el 394 a.C., momento en el que la batalla naval de Cnido supuso el final de la breve hegemonía espartana. Lo realmente destacable es que, al igual que ocurría en el caso de Jenofonte, Teopompo también partía de principios metodológicos muy diferentes a los expuestos por el historiador ático, por lo que el éxito que tuvo esta *continuación* pone de manifiesto con toda claridad la *distorsión* sufrida por el legado tucidideo en este momento.

De hecho, aunque su historia se había convertido en un referente para conocer los hechos de este período, los historiadores del siglo IV a.C. no llegaron a comprender o a compartir en su totalidad el profundo análisis ideológico que ofrecía. Tampoco, en lo que atañe a sus discursos, entendieron el trabajo metodológico llevado a cabo hasta convertirlos, con un afán claramente universalista, en modelos de oratoria política y militar. La causa hay que buscarla en el hecho de que la historia de Tucídides, forjada en los principios de la sofística, tuvo que enfrentarse casi de inmediato con dos importantes enemigos: el platonismo y la escuela isocrática. El principal punto de fricción con el platonismo estuvo centrado en la concepción ideológica que se desprende de sus discursos, en los que el hombre de estado es presentado como un líder que emplea cualquier tipo de recurso para engrandecer a la ciudad o para lograr sus objetivos militares. Este planteamiento utilitario, en el que la descripción descarnada de las acciones humanas imperaba sobre el enjuiciamiento moral, chocaba frontalmente con el defendido por Platón en obras como *La República*. Para el filósofo, el objetivo prioritario de un dirigente político es hacer mejores a los ciudadanos desde un punto de vista moral. Por lo tanto, no puede compartir en absoluto afirmaciones como las que el mismo Platón pone en boca del sofista Trasímaco:

Esto, mi buen amigo, es lo que quiero decir; que en todos los Estados es justo lo mismo: lo que conviene al gobierno establecido, que es sin duda el que tiene

<sup>210</sup> Cf. Grayson (1975: 37): “There is no evidence that Xenophon was concerned with a historical approach to causation or motivation”. Cf., sobre todo, Nicolai (2006: 698-703) con respecto al contexto creativo del siglo IV a.C. Otros estudios de la relación entre Tucídides y Jenofonte en Soulis (1972), Krentz (1989).

<sup>211</sup> Cf. Lipka (2002) y Lendon (2006: 82): “The dialogue Xenophon stages at *Cyropaedia* 3.1.14-31 constitutes a sophisticated theoretical treatment of Greek foreign-policy motivations and methods, and offers an implicit rebuttal to Thucydides’ realist theses about foreign relations.”

<sup>212</sup> Testimonios sobre esa continuación en Plbo. 8.13.3 y Marcell. *Vita Thuc.* 45.

la fuerza, de modo tal que, para quien razone correctamente, es justo lo mismo en todos lados, lo que conviene al más fuerte.<sup>213</sup>

No es extraño, por ello, que el modo en que Tucídides describe el comportamiento de los estados en una guerra, tal y como ocurre en el *Diálogo de los Melios*, acabase chocando con los elevados principios defendidos por las diferentes corrientes filosóficas: ni el platonismo, con sus gobiernos ideales; ni luego los epicúreos, con su despreocupación política; ni los estoicos, con su elevada moralidad, podían aceptar con facilidad los planteamientos políticos expuestos por Tucídides en sus discursos. Personajes como el demagogo Cleón o los embajadores atenienses ante Melos encarnaban auténticas contrafiguras. Y la utilitaria argumentación de sus discursos, por lo tanto, difícilmente podía ser considerada como digna de imitación.<sup>214</sup> Una visión crítica que, también hay que decirlo, no fue compartida por todos los pensadores del siglo IV. La principal excepción a esta regla la encontramos en Aristóteles. Aunque no cita a Tucídides en ninguna de sus obras, puede entreverse la influencia de su historia y la utilidad que su conocimiento puede deparar para las deliberaciones políticas.<sup>215</sup> De hecho, la opinión expresada por Aristóteles en su *Retórica* sobre la utilidad para la política de las historias que describen las acciones (*práxeis*) de los hombres cuadra perfectamente con la metodología puesta en práctica por Tucídides en su obra:

De manera que se hace evidente lo útiles que, en orden a la legislación, resultan los relatos de viajes por el mundo, pues en ellos se pueden aprender las leyes de los pueblos, mientras que los escritos históricos (*historíai*) sobre las acciones (*práxeis*) de los hombres lo son para las deliberaciones políticas. Mas todo esto es tema de la política y no de la retórica.<sup>216</sup>

Además de los prejuicios filosóficos generados por el espíritu sofístico que animó la redacción de la obra, el principal escollo con el que tropezó Tucídides vino del propio campo de la historiografía y fue planteado por la escuela de Isócrates. Influidos por su maestro, historiadores como Éforo (400-330 a.C.) y Teopompo de Quíos (378-320 a.C.) subordinaron la historia a la retórica.<sup>217</sup> Y lo hicieron, en gran medida, a expensas de la “exactitud histórica” y de esa “búsqueda de la verdad” defendida por Tucídides. Según suele defenderse, y aquí es decisiva la autoridad de Cicerón, el sofista Isócrates sería el responsable tanto de la elección del tema por parte de sus discípulos como del nuevo método historiográfico puesto en marcha.<sup>218</sup> Basándose en las afirmaciones de Cicerón,

<sup>213</sup> Cf. Plat. *Rep.* 339 A; trad. de C. Eggers Lan.

<sup>214</sup> Con todo, es llamativo el hecho de que en Plat. *Rep.* 560 C-D se perciban claras reminiscencias de pasajes fundamentales como Th. 3.82.4-5. O la clara dependencia que se observa en el *Menéxeno* con respecto al discurso fúnebre de Pericles.

<sup>215</sup> Cf. Moraux (1951), Iglesias-Zoido (1995).

<sup>216</sup> Cf. Arist. *Rh.* 1360 a 35-39; trad. de A. Tovar.

<sup>217</sup> Cf. Fornara (1983)

<sup>218</sup> Cf. Cic. *De orat.* 2.57 y 94.

la crítica, con un cierto desenfoque, ha considerado durante mucho tiempo a Isócrates como una especie de “villano” que arruinó la historiografía del siglo IV, corrompiendo a sus discípulos con la defensa de una retórica filosófica. Suele asumirse que Éforo y Teopompo, autores de los que sólo quedan fragmentos, creyeron que la principal función de la historia era conseguir un efecto moralizante sobre el lector. El medio para lograr ese objetivo era alabar a los hombres buenos y a las buenas acciones y censurar a los hombres y acciones reprobables. Seguían así las ideas defendidas por Isócrates en el sentido de que la historia debía proporcionar “paradigmas”. Teopompo, de este modo, en obras como las *Historias Filípicas* habría empleado un método que buscaba influir sobre la conducta moral de sus lectores y, quizás, hasta convencerlos de las ventajas de un programa político reformista que incluyera objetivos como la “unión panhelénica”. Teopompo habría visto en Filipo de Macedonia la figura política que podía llevar a la práctica los ideales isocráticos y convertirse así en el salvador de Grecia. El nuevo poder macedonio contemplado como principio unificador por medio de un líder, lo que habría convertido a un individuo en el foco de un nuevo tipo de historia contemporánea claramente distinta a la tucididea. Como resultado evidente de este nuevo método, la “verdad histórica” y la utilidad pragmática defendidas por Tucídides acabarían pagando las consecuencias, ya que estos historiadores habrían considerado apropiado alterar los hechos que narraban en aras de los objetivos morales y políticos que perseguían. Sería el triunfo de una historiografía moralizante, basada en principios muy alejados de los defendidos por Tucídides. De este modo, en primer lugar, se ponía el énfasis sobre un individuo. En segundo lugar, se incorporaba todo tipo de detalles históricos sin un afán selectivo claro. En tercer lugar, se hacía un uso intensivo de las digresiones aun a riesgo de entorpecer el progreso de la línea narrativa. En cuarto lugar, se daba preeminencia a criterios morales a la hora de evaluar el comportamiento de individuos y sociedad. Y, finalmente, se defendía una nueva concepción del discurso historiográfico, más preocupada por la forma que por el fondo.<sup>219</sup>

En este sentido, autores como Flower han defendido que quizás no hubiera tantas diferencias entre estos historiadores del siglo IV a.C. y su ilustre predecesor en cuanto al fondo, sino sobre todo en cuanto a la forma.<sup>220</sup> Es evidente que las ideas expresadas por Tucídides eran de una gran profundidad, pero el estilo que empleó para expresarlas en sus discursos lo convirtió en un modelo de difícil aplicación práctica en el nuevo contexto literario. De hecho, esto puede comprobarse en uno de los fragmentos que se conservan de Teopompo. En el fragmento 395 vemos cómo el autor toma una compleja frase del discurso fúnebre pronunciado por Pericles (Th. 2.45.1) y transforma su estilo, haciéndola más clara y ligera. En otros casos, sin embargo, es evidente que la imitación de Tucídides quedaba sólo en lo superficial y menos comprometido. Sirva como ejemplo el caso de un historiador de Siracusa: Filisto (430-356 a.C.). La crítica antigua considera de

<sup>219</sup> Cf. Nicolai (2004).

<sup>220</sup> Cf. Flower (1994: 42-62).

manera unánime que se trataba de un claro imitador de Tucídides.<sup>221</sup> En ello coinciden Dionisio de Halicarnaso, Cicerón o Quintiliano.<sup>222</sup> Sin embargo, tanto la obra (una historia de Sicilia desde sus orígenes hasta mediados del siglo IV a.C.) como el resultado obtenido (una obra que estaría claramente subordinada al poder) eran muy diferentes. En su *Historia de Sicilia*, según nos cuenta Dionisio, no campea el espíritu de la libertad, sino la lisonja al tirano y el servicio a la ambición personal.<sup>223</sup> Ante tamaña diferencia de partida, en la que el historiador no concibe su obra como una posesión para siempre sino como una alabanza al poder presente, la imitación del modelo tucidídeo quedaba reducida a aspectos formales:

Lo primero que ha emulado ha sido dejar inconcluso el tema de la misma manera que Tucídides; pero no sólo eso, sino que también ha imitado el desorden en la distribución de la materia y la confusión del relato al entremezclar cosas ya dichas antes...sin embargo, sí se ha empapado cuidadosamente de la condensación, densidad, tensión y combatividad de Tucídides...<sup>224</sup>

Por todo ello, Filisto no consiguió destacar en elementos fundamentales de su modelo como, por ejemplo, las descripciones de batallas terrestres y marítimas. Sin embargo, es muy significativo que la opinión no demasiado complaciente de Dionisio se atempere al enjuiciar los discursos. De hecho, señala que Filisto “es más aprovechable que Tucídides para la oratoria real”.<sup>225</sup> Es decir, que sus discursos eran menos elevados pero más próximos al estilo de las alocuciones del día y a día.

Este conjunto de testimonios pone de manifiesto el progresivo alejamiento de la historiografía del siglo IV a.C. con respecto al modelo metodológico propugnado por Tucídides. Como puede comprobarse, de un modo acorde con los tiempos y con el auge de un nuevo tipo de retórica a lo largo de esta centuria, sobre todo los autores adscritos a la escuela isocrática propiciaron una corriente historiográfica más interesada en la presentación verosímil de los personajes y en la dramatización de los acontecimientos históricos que en la aplicación de una metodología que, sin renunciar al empleo de la retórica, estuviese centrada en acercarse a la verdad de los hechos y a la esencia de lo pronunciado. Estos historiadores, en claro contraste con Tucídides, entendían los discursos más como un medio de lucimiento literario y como un recurso moralizador que como un instrumento pragmático que pudiera ser útil para una vida política que cada vez se alejaba más de la desarrollada en el siglo V a.C.<sup>226</sup> Una visión muy diferente de los discursos en la historiografía que tiene también un muy

---

<sup>221</sup> Cf. *FGrHist*. 556.

<sup>222</sup> Cf. D. H. *Imit.* 3.2; Cic. *De orat.* 2.57 (*Thucydidem est, ut mihi videtur, imitatus*) y Quint. 10.1.74 (*imitator Thucydidis*). Cicerón incluso lo califica como *paene pusillus Thucydides* (Cic. *ad. Q. fr.* 2.11.4).

<sup>223</sup> Cf. Plu. *Dion.* 36.3, quien le llama “el mayor amante de los tiranos”.

<sup>224</sup> Cf. D. H. *Imit.* 3.6-7; trad. de J. P. Oliver Segura.

<sup>225</sup> Cf. D. H. *Imit.* 3.8.

<sup>226</sup> Cf. Walbank (1965) y Fornara (1983: 140 ss.).

significativo paralelo en uno de los pocos pasajes conservados de otra de las figuras del momento: Calístenes de Olinto (370-327 a.C.).<sup>227</sup> En él, pone de manifiesto que el historiador no ha de apartarse de los rasgos que definen al personaje (*prosôpou*) y que, por lo tanto, ha de componer discursos que “sean apropiados (*oikeiôs*) a él y a la situación”. Como puede comprobarse, Calístenes, frente a Tucídides, se preocupa sobre todo por el papel de lo *prépon*, dando más importancia a unos discursos que se ajusten a los caracteres de los oradores que a las propias ideas que defienden y a la utilidad pragmática de sus palabras.

Las consecuencias de estas nuevas ideas desarrolladas a lo largo del siglo IV a.C. acabaron siendo decisivas para truncar, en gran medida, el legado de Tucídides durante los siglos siguientes. A excepción de la figura aislada de Jerónimo de Cardia (364-260 a.C.), que habría compuesto una historia contemporánea a finales del siglo IV a.C. con claras reminiscencias tucidideas,<sup>228</sup> las nuevas corrientes historiográficas influyeron decisivamente sobre la manera de escribir la historia a lo largo del período helenístico.

## 1.2. La recuperación del modelo historiográfico de Tucídides

A pesar de este contexto adverso, la obra de Tucídides volvió a ser un referente de enorme importancia para la historiografía antigua, como puede comprobarse a partir del hecho de que, tras los excesos cometidos en nombre de una nueva retórica y de un desmedido dramatismo, autores como Polibio se planteasen revitalizar sus postulados en el siglo II a.C.<sup>229</sup> En lo que concierne a los discursos, se trató de alcanzar un nuevo compromiso entre la verdad histórica (fondo) y el empleo de la retórica (forma). De hecho, la metodología defendida por Tucídides influyó sobre el proceso creativo de un nuevo tipo de obras historiográficas. Una prueba de la renovada vigencia de ese modelo lo encontramos en que los historiadores del siglo IV a.C. que se apartaron de ese camino, como Teopompo, Éforo y Anaxímenes, recibieron duras críticas en los siglos siguientes. Polibio, Diodoro y Plutarco atacaron a muchos de los autores que escribieron en los siglos siguientes a Tucídides por su excesiva dramatización y por la inserción de discursos que rompían el equilibrio entre *lógoi* y *érge* propugnado por Tucídides y puesto de manifiesto de manera admirable en su *Historia*.<sup>230</sup> Así, Plutarco compara a Tucídides y a Jenofonte, que relatan hechos que ellos mismos vivieron, con historiadores como Filocoro o Filarco, señalando que éstos últimos se comportaron como autores dramáticos, pues en sus narraciones ponían en escena las acciones llevadas a cabo por otros. Según Plutarco, estos historiadores, con la vista puesta en su fama, hicieron que los hechos de los generales y reyes de sus historias, gracias al empleo de discursos de gran fuerza dramática, se contemplasen de manera mucho más vívida, como si se viesen a través de un espejo:

<sup>227</sup> Cf. *FGrHist.* 124 F 44.

<sup>228</sup> Cf. Hornblower (1995: 59).

<sup>229</sup> Cf. Nicolai (1999).

<sup>230</sup> Cf. Plbo. 12.25a, D.S. 20.1 y Plut. *Mor.* 803 b.

Todos los demás historiadores (frente a lo que habían hecho Jenofonte o Tucídides) ... escribieron sobre las acciones de otros, como si se tratase de actores dramáticos, relatando las acciones de generales y de reyes y sumergiéndose en su memoria, con la intención de conseguir algo de su brillo y de su luz. Pues, adquiriendo renombre los que escriben por las acciones narradas, la imagen de la fama ajena también hace refulgir la propia, sobre todo en el caso de que una acción sea más visible, como contemplada a través de un espejo, gracias al empleo de discursos.<sup>231</sup>

Todos estos autores coinciden en que la utilización del discurso como elemento dramático fue lo que acabó provocando excesos. En claro contraste, la receta que se acabaría imponiendo en la época imperial para evitar esta situación, tal y como Luciano pone de manifiesto, fue la siguiente: ni demasiada retórica (sobre todo en el plano del estilo), ni demasiada dramatización, ni excesivo número de discursos. La clave estaba en lo *prépon*:

Si en alguna ocasión hay que introducir a alguien pronunciando discursos, su lenguaje debe acomodarse al personaje y ajustarse al tema ante todo, y además debe ser lo más claro posible.<sup>232</sup>

Por lo tanto, lo que caracterizó a esta reinterpretación del discurso historiográfico puesta en práctica por los historiadores tardo-helenísticos e imperiales fueron dos factores. El primero es que el discurso, sin renunciar a la verdad de los hechos, debía ajustarse, gracias a la ayuda de la formación retórica, tanto al carácter de quien lo pronunciaba como a la situación concreta en la que se encontraba. El segundo es que esta norma, además, tenía que aplicarse a una tipología bien definida de discurso, lo que, de nuevo, nos retrotrae a la obra de Tucídides. En este sentido, Polibio señala que los tres tipos de discursos historiográficos por excelencia son aquellos que se pronuncian ante una asamblea política, en el curso de una embajada y en el campo de batalla.<sup>233</sup> Tucídides había perfeccionado en su obra, ya a finales del siglo V a.C., el modelo de dos de estos tres tipos de discursos (los deliberativos y las arengas). Aunque también hay en su historia discursos de embajada, lo cierto es que Polibio se está refiriendo a otro tipo de alocución que había alcanzado un gran desarrollo en la época helenística y que es propio de este contexto histórico.<sup>234</sup> Se redescubre así la decisiva aportación tucididea en este campo: al concebir modelos de discursos políticos y militares, éste tuvo que ser uno de los motivos por los que Luciano llegó a afirmar que Tucídides había sido el “legislador” del género historiográfico.<sup>235</sup>

---

<sup>231</sup> Cf. Plut., *De Gloria Ath.* 345.e.-f3; trad. de M. López. Sobre el concepto de *enárgeia* cf. Zangara (2007).

<sup>232</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 58; trad. de J. Zaragoza.

<sup>233</sup> Cf. Plbo. 12.25a3. Al respecto, cf. Walbank (1965).

<sup>234</sup> Cf. Wooten (1973).

<sup>235</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 42.

Con todo, la utilidad de estos discursos no era la misma en todos los casos. El modelo que proporcionaban los discursos asamblearios del historiador ático estaba muy ligado a una realidad política muy concreta, como es la que conformó el sistema democrático ateniense de finales del siglo V a.C. Sin embargo, las arengas militares, tanto por las características propias del general como por las circunstancias previas a una batalla, tenían la ventaja de proporcionar un modelo lo suficientemente general como para que pudiera seguir siendo aplicado sin demasiados cambios a lo largo del tiempo.<sup>236</sup> Tucídides, primer cultivador de este tipo de discurso exhortativo en la historiografía, se convirtió en un modelo de referencia que fue tenido en cuenta ya sea para seguirlo o para apartarse de él.<sup>237</sup> Así, la maestría de los historiadores posteriores se puso de manifiesto en el modo concreto en que se elaboró este tipo de discurso militar, que, aparentemente simple y repetitivo, proporciona un campo abonado para muchos de los principios e incluso manipulaciones de los historiadores. La arenga tiene una naturaleza que la distingue de los otros exponentes de discurso historiográfico, que suelen ser el fruto de un proceso de selección de lo realmente pronunciado, teniendo en cuenta los intereses y objetivos del historiador.<sup>238</sup> Las arengas, sin embargo, funcionan al revés, ya que suelen ser el resultado de un proceso consciente de amplificación de aquello que pudo haber sido pronunciado por un general ante sus tropas o mandos escogidos. Algo que tenían que tener presente tanto los cultivadores como los receptores del género. En este contexto más libre, cualquier exageración dramática o retórica fomentaría una sensación de falsedad en el receptor de la obra. Una cosa es reelaborar las arengas militares con la ayuda de la retórica o, incluso, introducir nuevos elementos con vistas a facilitar una mejor comprensión de los hechos relatados, y otra muy distinta utilizar la arenga como una ocasión propicia para llevar a cabo un simple ejercicio de habilidad retórica que, en definitiva, desacreditaría el oficio de historiador. Desde la perspectiva del género y de sus leyes internas, lo uno es aceptable e incluso conveniente, lo otro es criticable y ejemplo de una mala ejecución que va en contra de lo verosímil y de lo *prépon*. En palabras de Polibio, la función del historiador no es dejar patente su habilidad retórica, sino utilizarla para descubrir la esencia de lo que fue realmente dicho:

Así y todo, creo que los hombres políticos no deben sacar a relucir su inventiva y echar mano de discursos retóricos ante cualquier tema que se proponga, sino que deben utilizarse los medios justos para cada caso, y que los historiadores no deben empeñarse siempre en demostrar a los oyentes su propia habilidad; deben exponer, en cuanto sea posible, la sustancia de lo que se dijo tras investigarlo con atención, y de esto, lo más vivo e imponente.<sup>239</sup>

<sup>236</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2007) y (2010).

<sup>237</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2007).

<sup>238</sup> Cf. Walbank (1985: 248-9).

<sup>239</sup> Cf. Plbo. 36.1.6-7; trad. de A. Díaz Tejera.



Teniendo en cuenta este decisivo replanteamiento metodológico que se produce al final de la época helenística por parte de autores como Polibio, que vuelve su mirada a Tucídides como “legislador” modélico del género historiográfico, es lógico que se produjese un influjo directo sobre escritores de época imperial como Apiano, Josefo o Dion Casio. Como ya percibió la crítica alemana de principios del XX, estos historiadores adaptaron e imitaron en sus composiciones discursos y episodios emblemáticos del autor ático.<sup>240</sup> Otra cuestión es el modo concreto en que se produjo esa imitación a lo largo de este período y que iba más allá del seguimiento de modelos estilísticos y de la adopción de préstamos lingüísticos. De hecho, la *Historia* de Tucídides era una obra que, a pesar de la admiración que despertaba, presentaba para las nuevas generaciones de lectores grandes dificultades de lengua y de estilo, que fueron claves en la manera en que su obra fue entendida y asimilada en Roma.

### 1.3. Tucídides en Roma: luces y sombras del proceso imitativo

Desde el final de la República se asiste a un renacimiento generalizado del interés literario por la obra de Tucídides.<sup>241</sup> Fue a partir de este momento cuando la retórica se planteó de un modo más preciso cómo podía llevarse a cabo el proceso imitativo. Y, sobre todo, cómo debía aplicarse en el caso de los discursos, la parte que ya era entonces la más apreciada.

Es un hecho bien conocido que, hacia mediados del siglo I a.C., Tucídides fue de nuevo un autor popular entre los *literati* que componían el círculo de Cicerón.<sup>242</sup> Así se deduce a partir de testimonios como una carta dirigida por Cicerón a Ático, fechada hacia el mes de mayo del año 49 a.C.,<sup>243</sup> o a partir del conocimiento directo de la *Historia* perceptible en obras como el *Bruto*, fechada hacia el 46 a.C. Aparentemente, la crisis provocada por la inestabilidad política de aquellos años habría reavivado ese interés por Tucídides. Su relato del auge y caída del imperio ateniense era interpretado en clave romana, sobre todo por el papel otorgado a la naturaleza humana en el desarrollo de acontecimientos políticos y militares de tanta trascendencia.<sup>244</sup> Pronto, este renovado interés por Tucídides trasladó su obra al centro del debate literario de aquellos años, donde sus discursos fueron muy apreciados por los oradores que se oponían al estilo ornado y florido de Cicerón. Un aprecio que, por lo tanto, no estaba exento de polémica: la arcaica lengua de Tucídides admirada por los aticistas fue motivo de confrontación con los asianistas, que defendían el modelo más claro y suave que encarnaba Heródoto. En este contexto han de enmarcarse escritos como el *Orador* o el *Bruto*, de donde proceden algunos de los juicios críticos sobre los discursos de Tucídides que acabarían siendo más influyentes a lo largo de todo su

---

<sup>240</sup> Cf. Strebel (1935).

<sup>241</sup> Cf. Canfora (2005).

<sup>242</sup> Cf. Canfora (2006).

<sup>243</sup> Cf. Cic. *Ep. Att.* 10.8.7.

<sup>244</sup> Cf. Scanlon (1980: 20-48).

legado. Con respecto a la obra del ateniense, Cicerón admite una elocuencia virtuosa en los pasajes narrativos.<sup>245</sup> Sin embargo, preocupado por su puesta en práctica oratoria, considera que una cosa es lograr una buena exposición de los hechos y mantener el interés del lector en lo relatado y otra muy distinta es inflamar al oyente de un discurso y conseguir ganar un caso.<sup>246</sup> Así, Cicerón, en el *Bruto*, recurriendo a una curiosa metáfora, compara la prosa de Tucídides con un vino noble y con cuerpo, pero indigesto en algunas circunstancias:

“A Tucídides –dirá– imitamos”. Perfecto, si tenéis en mente escribir historias y no defender causas. Tucídides, en efecto, fue un narrador verídico, y también solemne, de los acontecimientos históricos, pero no practicó este género forense, contencioso y judicial. Los discursos que introdujo en las narraciones –y fueron muchos– los suelo elogiar; imitarlos, en cambio, no podría aunque quisiera y, si pudiera, quizás tampoco querría. Es igual que si a uno le gusta el vino de Falerno ... pero un vino demasiado añejo no tiene la suavidad que buscamos y seguramente es ya insoportable.<sup>247</sup>

Los oradores no deben seguir este modelo si no quieren sufrir una auténtica “indigestión” retórica. Por medio de esta imagen, Cicerón aconseja a los oradores la elección de modelos más fácilmente digeribles. Pero, sobre todo, proporciona una información esencial: la imitación del reverenciado Tucídides, según afirma el rétor latino, ha de quedar restringida a aquellos que escriben historias. La causa de esta recomendación se encuentra en la dificultad de su estilo, que puede llegar a hacer incomprensibles muchos de los razonamientos empleados en sus discursos.<sup>248</sup> Se comprende así que, ante tamañas dificultades, el rétor latino coloque a Tucídides por detrás de Heródoto en la consideración general de su estilo, aunque reconozca las innegables virtudes de sus discursos.<sup>249</sup> Años más tarde, Quintiliano también dejó claro un aspecto de esta comparación que resultará decisivo para la tradición posterior del historiador ático: el estilo de Heródoto podía ser más claro y su exposición más amena, pero Tucídides era el mejor a la hora de elaborar discursos:

Muchos escribieron historia bellamente, pero ninguno duda de que a dos principalmente se les debe dar la preferencia sobre todos, cuya gracia, aunque por diferente estilo, mereció casi igual alabanza. Éstos son Tucídides y Heródoto, de los cuales el uno es lacónico y breve y siempre consiguiente, y el otro suave, claro y afuente; aquél mejor para la moción de afectos, éste para la calma de ellos; aquél para los discursos (*contionibus*), éste para las conversaciones; aquél por la energía y éste por el deleite.<sup>250</sup>

<sup>245</sup> Cf. Cic. *Orat.* 39

<sup>246</sup> Cf. Cic. *Opt. Gen.* 15-16.

<sup>247</sup> Cf. Cic. *Brut.* 287-8; trad. de M. Mañas. En este sentido, cf. también Cic. *Orat.* 31-2.

<sup>248</sup> Cf. Cic. *De orat.* 9.30: *ipsae illae contiones ita multas habent obscuras abditasque sententias vix ut intellegantur.*

<sup>249</sup> Cf. Cic. *Orat.* 39; *De orat.* 2.13.56.

<sup>250</sup> Cf. Quint. *Inst. Or.* 10.1.73; trad. de I. Rodríguez.

Para un autor como Quintiliano, con amplia experiencia en la práctica de la retórica escolar, los discursos de Tucídides ocupaban un papel esencial dentro del proceso imitativo. Aunque su modelo no era útil en la práctica oratoria, que requería un estilo más suelto y sobre todo más claro, sus *contiones* proporcionaban un modelo especialmente útil para ejercitarse en este aspecto de la escritura de la historia. El propio Quintiliano deja claro que los oradores no deben imitar el estilo de los discursos introducidos por los historiadores (entre los que se incluye nuestro Tucídides). Se trata de otro tipo de composición retórica, que no se hace pensando en una alocución que pudiera pronunciarse en la realidad:

Y así, como dejo dicho, ni hemos de imitar aquella brevedad de Salustio, que es la cosa más bien acabada para los oídos desocupados y eruditos en presencia de un juez distraído en varios pensamientos y las más veces falto de erudición, ni aquella afluencia como de leche que en el estilo de Livio se observa instruirá bastante a aquél que no busca la hermosura de la narración, sino la verdad de ella. A esto se junta que Marco Tulio es de la opinión que ni aún Tucídides o Jenofonte son útiles al orador, a pesar de que conceptúa que el uno toca al arma y que por boca del otro hablaron las Musas.<sup>251</sup>

La clave de estos juicios se encuentra, de nuevo, en el ámbito en el que se produce esa imitación. Una cosa es la práctica forense y otra muy diferente la escritura de la historia. Una diferenciación sobre la que se basan muchas de las apreciaciones positivas vertidas por otros destacados autores de la Época Imperial con respecto al estilo tucidideo. Todos los críticos claramente se refieren al estilo de sus discursos dentro del género historiográfico y lo consideran como digno de imitación. Así, Plutarco llamó la atención sobre la “viveza” (*enárgeia*) del estilo de Tucídides,<sup>252</sup> que tiene la virtud de convertir al lector, por medio de los *lógoi*, en un “espectador” y en un “oyente” de los fascinantes sucesos que describe en su relato.<sup>253</sup> O el autor del *Sobre lo Sublime* pone a Tucídides en el punto más elevado como objeto de emulación de lo sublime en la historia (14.1), aunque sólo ofrece como ejemplo el uso tucidideo de la hipérbole (38.3), elemento que considera de fundamental importancia como característica del estilo narrativo del historiador. Eso sí, elige como modelo de su puesta en práctica uno de los pasajes que cierran el episodio de la desastrosa expedición siciliana (Th. 7.84.5). E, incluso al final de este período, Marcelino justifica la oscuridad del estilo de los discursos como algo buscado por el propio Tucídides con la intención de que su historia no fuera accesible a todos, sino que sólo

---

<sup>251</sup> Cf. Quint. *Inst. Or.* 10.1.32-33 ; trad. de I. Rodríguez: *...ne Thucydiden quidem aut Xenophontem utiles oratori putat, quamquam illum “bellicum canere”, huius ore “Musas esse locutas” existimet.* Referencia a Cic. *Orat.* 39 (*incitator fertur et de bellicis rebus canit quodam modo bellicum*) y *Orat.* 62 (*Xenophontis voce Musas quasi locutas ferunt*).

<sup>252</sup> Cf. Plut. *De Gloria Ath.* 347c. Cf. Zangara (2007).

<sup>253</sup> Cf. Plut. *De Gloria Ath.* 347 a.

podiera ser admirada por los más sabios.<sup>254</sup> La autoridad de estos juicios y su interés preferente por los discursos de Tucídides permiten comprender el papel decisivo que tuvieron en la Época Imperial. Todos ellos tienen perfectamente definido el marco en el que se ha de proceder a su imitación e, incluso, cómo es su relación con otros autores modélicos. En resumen, la idea predominante en este momento histórico es que Tucídides es inferior a Heródoto desde el punto de vista del estilo (de la *elocutio*) general de su obra histórica, pero que es superior en la búsqueda de las ideas adecuadas para defender una tesis (la *inventio*) y en la disposición de los argumentos (*dispositio*) de un discurso. Sus expresiones y sus figuras eran poco adecuadas para la práctica oratoria, pero sus discursos o *contiones*, en cambio, aportaban un modelo oratorio de probada eficacia historiográfica. Estos juicios nos muestran la base esencial sobre la que se sustentaba la *imitatio* de los discursos de Tucídides en la Roma de este momento y, por extensión, nos señalan el camino que será seguido por una amplísima nómina de escritores hasta el Renacimiento.

Con todo, el testimonio más importante que tenemos de este contexto literario, que será determinante para una consideración crítica de los discursos de Tucídides en los siglos siguientes, lo proporciona Dionisio de Halicarnaso y merece un análisis más detenido. Este crítico del siglo I a.C., que también era historiador, ocupa un lugar decisivo en la paradójica valoración de la obra de Tucídides durante los siglos siguientes. Sus opiniones, de hecho, fueron muy influyentes tanto en la época bizantina como en el Renacimiento. Le dedicó un ensayo (*Sobre Tucídides*) y dos cartas (*Epístola a Gneo Pompeyo Gémino* y *Segunda Epístola a Ammaeo*), ampliamente leídas y comentadas en los siglos siguientes, en las que se plantea cuál debe ser el estilo más apropiado para el género historiográfico.<sup>255</sup> Así, a pesar de reconocerlo como el mayor de todos los historiadores,<sup>256</sup> Dionisio critica el estilo austero, solemne y arcaizante de sus discursos, que considera censurable en muchos casos. Debido a la influencia demosténica, que cobró un enorme auge en el seno del aticismo, Dionisio considera que la obra tucididea es arcaica, difícil y en absoluto imitable como modelo exclusivo para una formación oratoria, cuya principal virtud ha de ser la claridad.<sup>257</sup> Sin embargo, a pesar de estas críticas generales sobre el estilo de la obra, este tratado es especialmente interesante para nosotros por el hecho de que es la única obra teórica del mundo antiguo que ofrece un análisis detallado de sus discursos y, sobre todo, porque aporta datos sobre cómo era su recepción en este momento decisivo de la tradición y, por lo tanto, sobre el funcionamiento práctico del proceso imitativo que hemos visto comentado de manera teórica.<sup>258</sup> De sus análisis se obtienen los siguientes datos sobre su recepción:

---

<sup>254</sup> Cf. Marc. *Vita Thuc.* 35.

<sup>255</sup> Cf. Grube (1950) y Pritchett (1975). Todos los textos que siguen de Dionisio han sido traducidos por J. P. Oliver Segura.

<sup>256</sup> Cf. D. Hal. *Thuc.* 2.

<sup>257</sup> Cf. D. Hal. *Thuc.* 34 y 49.

<sup>258</sup> Cf. D. Hal. *Thuc.* 34-48.

El primero es que Dionisio deja claro que la obra de Tucídides en su conjunto era difícil de entender para los mismos griegos del siglo I a. C. y que, en esta forma, sólo era accesible a una *élite* muy reducida: “Se pueden contar con los dedos de la mano los que son capaces de comprender todo el texto de Tucídides, e incluso para ellos algunos pasajes permanecen incomprensibles hasta que no se hace un análisis gramatical”.<sup>259</sup> Este tipo de dificultades ponía de manifiesto que el número posible de lectores era, por lo tanto, limitado y que para una mayoría era necesario un modo diferente y más asequible de recepción del texto.

El segundo dato se deduce de las prevenciones que Dionisio adopta a la hora de criticar la obra de Tucídides: “Pues sospecho que, entre los que leerán este escrito, algunos nos censurarán por atrevernos a declarar que Tucídides, el mejor de todos los historiadores, a veces yerra en sus preferencias estilísticas y se muestra extremadamente débil en su capacidad literaria”.<sup>260</sup> Estas reservas ponen de manifiesto el enorme interés que en este momento histórico, al comienzo de la Época Imperial, despertaba un autor que era “modelo en materia histórica y límite de la maestría en el discurso literario”. Es evidente que, a finales del siglo I a.C., Tucídides se había convertido en un modelo continuamente aludido y que cualquier crítica que se hiciese era mal acogida por un buen número de historiadores que lo veneraban como autor “inspirado por los dioses”.

El tercer dato se deduce de la pretensión por parte de Dionisio de poner orden en esta admiración desmedida. De distinguir lo positivo, que era conveniente imitar, de lo negativo, que era mejor dejar de lado: “Mi finalidad era que quienes deseen aprender a escribir y a hablar bien dispongan de modelos bellos y admirables, para que así hagan ejercicios sólo sobre algunos aspectos de esos autores sin imitar todo lo que hay en ellos, sino eligiendo únicamente sus virtudes y evitando los defectos”.<sup>261</sup> Esta obra, por lo tanto, supone la puesta en práctica de un método imitativo de importantes consecuencias: la selección de pasajes especialmente adecuados para su imitación literaria y retórica. Un método que, como no podía ser de otro modo, tenía reservado un papel predominante para los discursos. Tucídides, como puede comprobarse a partir de las palabras de Dionisio, tenía que ser imitado de manera selectiva.

El cuarto dato es que, gracias a este enfoque (que conlleva un amplio comentario de los discursos y la selección de numerosos pasajes reproducidos de manera íntegra),<sup>262</sup> tenemos un cuadro contemporáneo de las virtudes y defectos que, desde su punto de vista, presentaban los discursos tucidideos. Un aspecto esencial, ya que esos comentarios críticos de Dionisio tienen la virtud de ofrecer tanto un cuadro de las ideas defendida por el rétor como una imagen de la admiración exagerada (y muchas veces ciega) de sus numerosos imitadores:

---

<sup>259</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 51.1.

<sup>260</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 2.2.

<sup>261</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 1.2.

<sup>262</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 34-48.

En cuanto a las arengas prometí que iba a manifestar abiertamente la opinión que me merecían, *pues es ahí donde creen algunos que se manifiesta la máxima fuerza de este historiador*. Y, puesto que haré un doble análisis –uno del fondo y otro de la forma–, haré una exposición sobre cada apartado, empezando por el fondo.

Así, en el plano del contenido, Dionisio señala que los discursos son admirables por su invención, aunque Tucídides suele equivocarse en un aspecto esencial, como es la disposición de las ideas:<sup>263</sup>

En la elaboración de la materia la primera fase es la búsqueda de los argumentos y de las ideas; la segunda, la utilización de las ideas halladas. Aquélla basa su fuerza en el talento natural, ésta en la técnica. La primera, que requiere más talento natural y necesita menos enseñanza, es admirable en este historiador; pues de él surgen, como de una fuente exuberante, el empleo inagotable de ideas y de argumentos sofisticados, extraños y paradójicos. La segunda, que requiere más técnica y hace que la otra aparezca más brillante, muchas veces se echa en falta más de lo necesario.

Una crítica que, como nos señala el propio Dionisio, choca con esa admiración hacia la obra del historiador ático por parte de todos aquellos que le atribuyen, como si estuvieran enajenados, la perfección en todos los ámbitos:<sup>264</sup>

Cuantos han admirado a este autor por encima de toda medida, considerándolo uno de los inspirados por los dioses, parece que han llegado a esa veneración apasionada por la gran cantidad de pensamientos que ofrece. Pero si alguien, cotejando el discurso punto por punto, les enseñara que éstos no eran los pensamientos más adecuados en cada ocasión ni los que convenía decir a los personajes, o que aquéllos no eran los más apropiados a los hechos ni tampoco al grado de intensidad al que se había llegado, mostrarían una indignación parecida a la que, tras cierta visión, han caído en un amor no muy lejano de la locura ... Estos admiradores de Tucídides, con la mente hipnotizada por esa sola virtud, proclaman que todas las virtudes, incluso las que no están presentes, se hallan en este historiador.

En cuanto a la forma, Dionisio también pone de manifiesto que los discursos de Tucídides presentan carencias de estilo. Sobre todo, porque en ellos “abundan las expresiones insólitas, extrañas o inventadas, y también en ellos hay muchísimas figuras enrevesadas, comprimidas y forzadas”.<sup>265</sup> Esto hace que muchos de sus discursos sean criticables por el hecho de que no son verosímiles, no adoptan el lenguaje apropiado a los personajes ni adecuado a los hechos, y, sobre todo, porque no están adornados con una expresión pura,

---

<sup>263</sup> Cf. D. Hal. *Thuc.* 34.

<sup>264</sup> Cf. D. Hal. *Thuc.* 34.

<sup>265</sup> Cf. D. Hal. *Thuc.* 35.

clara, concisa.<sup>266</sup> Entre ellos, se citan intervenciones tan emblemáticas como el epitafio, que resulta poco adecuado a los hechos que lo motivaron y que hubiera sido mejor reservar para otros momentos más destacados como el de la expedición a Sicilia, o los discursos de Cleón y Diódoto:

Pero, por ejemplo, no alabo por entero el discurso que pronunció Pericles en el libro II para defenderse ante los atenienses, airados contra él porque los persuadió para que emprendieran la guerra; tampoco alabo los discursos deliberativos sobre la ciudad de Mitilene que pronunciaron Cleón y Diódoto, en el libro III; ni el que dirigió el siracusano Hermócrates a los de Camarina; ni la réplica al anterior de Eufemo, embajador de los atenienses; ni ninguno de los que son semejantes a estos: no es necesario enumerar todos los discursos que están compuestos con el mismo estilo de lenguaje.<sup>267</sup>

Especial atención dedica al diálogo de los Melios, que considera totalmente impropio, al emplear una argumentación indigna por parte de los atenienses, y, sobre todo, comparado con el mucho más logrado, desde su punto de vista, diálogo entre los platenses y Arquidamo:<sup>268</sup>

Queda por examinar si Tucídides ha compuesto un diálogo conveniente a los hechos, acorde a los personajes que asistieron al encuentro y teniendo en cuenta el sentido que más podría aproximarse a lo que realmente se dijo, como él mismo dejó dicho en el preámbulo de su Historia. Pues, si para los melios era natural y conveniente que sus discursos trataran de la libertad, exhortando a los atenienses a no esclavizar una ciudad griega que en nada los había agraviado, ¿era igualmente apropiado para los generales atenienses no dejar que se discutiera ni hablara sobre lo justo, imponiendo la ley de la fuerza y de la superioridad y declarando que para los que están en inferioridad lo justo es lo que en cada momento les parezca a los más fuertes? ... Estos son los motivos por los que no admiro este diálogo, si lo confronto con el otro. En aquél el lacedemonio Arquidamo exhortaba a los plateos con razones justas, utilizando una expresión pura y clara, sin figuras forzadas ni anacolutos. Sin embargo, en éste los más inteligentes de los griegos aportan los argumentos más deshonorosos y los revisten con el estilo más repugnante.

En el otro lado de la balanza, Dionisio sitúa una serie de discursos que deben emularse por parte de los que escriben libros de historia. En esta nómina ejemplar, Dionisio incluye el primer discurso de Pericles ante la asamblea ateniense, todos los discursos de Nicias, el diálogo entre los platenses y Arquidamo y la defensa de los platenses ante los jueces espartanos:<sup>269</sup>

*Primer discurso de Pericles (1.140-4) (42.1)*

De los discursos deliberativos, siento admiración por el que en el libro

---

<sup>266</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 43.

<sup>267</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 43.

<sup>268</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 41.4.

<sup>269</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 42.1-4.

I pronunció Pericles en Atenas acerca de no ceder ante los lacedemonios... Qué genialmente construido está en los argumentos, sin que nada nos dañe los oídos: ni la mala disposición de las palabras ni la alteración del lenguaje mediante anacolutos o figuras forzadas. Y qué bien adornado, con todas las virtudes propias de los discursos políticos.

*Los discursos de Nicias (42.2-3)*

También admiro los discursos pronunciados por el general Nicias en Atenas acerca de la expedición a Sicilia; y la carta que éste envió a los atenienses en la que solicita refuerzos y alguien que le relevara, agotado físicamente por la enfermedad; y la exhortación que hizo a los soldados antes de la definitiva batalla naval; y su arenga, cuando iba a sacar por tierra al ejército después de haber perdido todas las naves; y, en fin, todas las demás arengas que son puras y claras de estilo y son propias de los debates reales.

*Defensa de los Platenses (42.4)*

Pero, por encima de todos los discursos que se recogen en los siete libros, he admirado siempre la defensa de los plateos, sobre todo porque este discurso no ha sido torturado ni demasiado trabajado, sino que está impregnado de un color verdadero y natural: los argumentos están llenos de emoción y la expresión no atormenta los oídos, pues la disposición de las palabras produce una bella sonoridad y las figuras son apropiadas a los hechos.

Finalmente, el quinto dato se deduce del método elegido para acompañar estas afirmaciones teóricas. Dionisio muestra cómo los discursos adquieren una vida propia más allá de su transmisión en el conjunto de la obra. De hecho, su ensayo constituye en sí mismo una selección de pasajes escogidos de la obra de Tucídides, unos por sus virtudes y otros por sus defectos, que pone de manifiesto el método retórico empleado en ese momento: la selección de ejemplos, entresacados del grueso de la obra, para ofrecer un cuadro accesible de aquellos pasajes dignos de imitación. En todo momento, Dionisio está pensando en ofrecer modelos para ser imitados por otros historiadores: “Esos son los discursos de Tucídides que deben emularse; y a los que escriben libros de historia les sugiero que hagan imitaciones de ellos”.<sup>270</sup> Recomendación que se hace extensiva también a los oradores, como pone de manifiesto en la *Carta a Pompeyo Gémino*, cuando señala que la comparación de los discursos de Heródoto y Tucídides es “suficiente para proporcionar a los que se entrenan en oratoria política un conjunto asequible de ejemplos para cualquier estilo”.<sup>271</sup> La idea del ejemplo selecto como punto de partida para la imitación en diferentes ámbitos va a ser clave en la manera de leer la obra de Tucídides durante la época imperial.

De hecho, aunque el estilo tucidideo planteaba evidentes problemas desde el punto de vista de la imitación, tal y como señalan Cicerón, Quintiliano o Dionisio de Halicarnaso, en la práctica su obra ya se había convertido en

<sup>270</sup> Cf. D. Hal. *Tbuc.* 42.5.

<sup>271</sup> Cf. D. Hal. *Ep. ad Pomp.* 6.11.



un modelo decisivo para historiadores latinos de la talla de Salustio. Todos los autores que han estudiado sus escritos coinciden en destacar ese influjo tucidideo tanto en la concepción general de la obra salustiana como, sobre todo, en la introducción de sus más significativos discursos.<sup>272</sup> El ejemplo más claro lo encontramos en el episodio de la derrota ateniense en la Bahía de Siracusa.<sup>273</sup> Este pasaje narrativo y los discursos que en él se insertan ya eran considerados por Dionisio de Halicarnaso como dignos de admiración: “admiro... la exhortación que (Nicias) hizo a los soldados antes de su decisiva batalla naval; y su arenga cuando iba a sacar por tierra al ejército después de haber perdido todas las naves...”<sup>274</sup> Así, como ha puesto de manifiesto Keitel, las arengas desarrolladas por Tucídides en este momento ejercieron un importante influjo sobre los discursos que introduce Salustio en momentos decisivos de *Catilina* y de *La Guerra de Yugurta*.<sup>275</sup> Esta fijación del historiador latino por determinados discursos de Tucídides ha sustentado la tesis de que Salustio habría podido utilizar algún tipo de selección de la obra de autor ático.<sup>276</sup> En este sentido, Perrochat y Avenarius han puesto de manifiesto los muy significativos puntos de contacto de sus discursos con una selección de alocuciones procedente de los tres primeros libros de la obra tucididea y de otros pasajes emblemáticos, entre los que se destacaría el ya citado del desastre de la Bahía de Siracusa descrito en el libro VII. Una tendencia que también sería visible en otros ámbitos de la literatura latina del momento, en los que también se percibe una propensión a imitar pasajes selectos de la obra tucididea. En este caso, el pasaje más ampliamente aludido es la descripción de la peste que asoló Atenas (Th. 2.47-51). Su más conocida imitación la encontramos en el poeta latino Lucrecio, quien en su *De rerum natura* ofrece la descripción de una peste que parece ser una traducción directa de ciertos pasajes del texto tucidideo.<sup>277</sup> De hecho, al igual que ya había ocurrido con la historiografía, donde la descripción de la peste se convirtió en un tópico bien asentado, no es extraño que encontremos descripciones inspiradas por el modelo tucidideo en autores como Virgilio y Ovidio.<sup>278</sup> Atendiendo cada uno de ellos a sus objetivos prioritarios, Lucrecio escribe como cronista de la enfermedad, Virgilio incide sobre sus efectos sobre los animales y Ovidio, en su descripción de la peste de Egina, incide en los aspectos más dramáticos de sus efectos sobre los hombres.<sup>279</sup>

<sup>272</sup> Cf. Scanlon (1980) para una visión de conjunto.

<sup>273</sup> Cf. Th. 7.61-77.

<sup>274</sup> Cf. D. Hal. *Ibuc.* 42.2-3.

<sup>275</sup> Cf. Sall. *Cat.* 20-21 y 58-61; *Bell. Iug.* 60.3-4; 101.11. Cf., al respecto, Keitel (1987a). Cf. Meyer (2010) con respecto al influjo sobre Salustio de la Carta de Nicias (Th. 7.11-15).

<sup>276</sup> Cf. Perrochat (1947) y (1949) y Avenarius (1956a) y (1957), que se oponen a Patzer (1941), quien defiende un conocimiento completo de la *Historia* de Tucídides por parte del autor latino.

<sup>277</sup> Cf. Lucr. 6.1090-1286. Cf., al respecto, Foster (2009) con la bibliografía esencial actualizada.

<sup>278</sup> Cf. Virg. *Georg.* 3.478-566; Ovid. *Met.* 7.523-614.

<sup>279</sup> Cf. el estudio general de Grimm (1965).

Si esta tendencia ya era evidente al comienzo de la Época Imperial, lo cierto es que una centuria más tarde, en plena Segunda Sofística, todos los historiadores que tenían intención de componer un relato histórico que tomase la forma de una historia contemporánea (*xyngraphé*) planteaban su obra con la mirada puesta en Tucídides, tanto en la elaboración de la narración como, sobre todo, en la inserción de discursos que eran modelados sobre el ejemplo de la obra del historiador ático. Eso es, por lo menos, lo que nos transmite Luciano de Samosata (s. II d.C.) en un tratado fundamental para la historiografía posterior: *Quomodo historia conscribenda sit*.<sup>280</sup> De hecho, con su habitual ironía, en el capítulo 26 nos cuenta una anécdota muy significativa. El de Samosata señala que todos los historiadores que acababan de relatar la guerra contra los partos que llevaron a cabo Marco Aurelio y Lucio Vero (161-166 d.C.) plantearon sus composiciones desde el punto de vista de la rivalidad con el escritor ático: “Todos estos mismos historiadores se plantearon la rivalidad con respecto a Tucídides, que de ningún modo era responsable de las desgracias sucedidas en Armenia.”<sup>281</sup> El término empleado por Luciano, “rivalidad” (*hámilla*), que implica un tipo de imitación (la emulación o *aemulatio*), está en la base de la crítica dirigida a estos historiadores. Se trataba de imitadores que, como señala unos capítulos antes, habían asimilado el modelo hasta el punto de que lo empleaban como un auténtico catálogo de modelos literarios útiles para todo:

De modo que después de esta introducción, ¿qué podría decirte del resto? ¿Qué clase de discursos pronunció en Armenia, haciendo poner en medio al propio orador de Corcira? ¿O qué clase de peste echó encima de los nisibenos que no habían elegido el partido de los romanos? *Y todo lo tomaba de arriba debajo de Tucídides (parà Thoukydídou chresámenos hólon)...*<sup>282</sup>

Tucídides en este momento ya se había convertido en un referente decisivo, en el modelo que había que tratar de emular, lo que provocaba que en el camino se cometiesen excesos en su nombre. El que nos relata Luciano es el siguiente: uno de estos autores introdujo en su obra un epitafio en honor del comandante romano Severiano, que había sido directamente modelado a partir del famoso discurso fúnebre o epitafio pronunciado por Pericles:

Y luego, en vista de que Tucídides había compuesto un discurso fúnebre en homenaje de los primeros muertos en aquella guerra, también él creyó necesario dedicárselo a Severiano; pues todos estos mismos historiadores se plantearon la rivalidad con respecto a Tucídides, que de ningún modo era responsable de las desgracias sucedidas en Armenia. Pues bien, después de hacer enterrar a Severiano con gran magnificencia, hizo que subiera a la tumba un tal Afranio

<sup>280</sup> Cf. los análisis de Georgiadou – Larmour (1994), Bartley (2003), Weaire (2005), Greenwood (2005: 109-129), Pernot (2005) y Rothschild (2009). Todos los textos traducidos de Luciano son de J. Zaragoza.

<sup>281</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 26.

<sup>282</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 15; trad. de J. Zaragoza modificada.

Silón, centurión, como émulo de Pericles; dijo en honor de Severiano tantas y tales cosas en tono declamatorio que, ¡por las Gracias!, yo lloraba a chorros de risa, especialmente cuando el orador Afranio, al final de su discurso, gimiendo entre lamentaciones con gran afectación, recordaba aquellas costosísimas cenas y brindis; a continuación, puso el broche de oro al estilo de Áyax: desenvainó la espada, y con una gran nobleza, como era lógico en Afranio, se degolló a la vista de todos sobre la tumba – un hombre que merecía, ¡por Ares!, haber muerto mucho antes por haber declamado tales discursos...<sup>283</sup>

Lo ridículo de esta imitación, según nos cuenta Luciano, no consistió en seguir el insigne modelo de Tucídides, sino en el modo vulgar en que lo llevó a cabo. Pues, como el crítico pone de manifiesto, se trata de un epitafio absolutamente impropio e inadecuado a la persona y a la situación, los dos elementos clave de la retórica del momento.<sup>284</sup> En primer lugar, porque el tal Severiano no había muerto de manera heroica, sino que se había suicidado de un modo bastante poco épico tras la derrota frente a los partos en Elegeia. En segundo lugar, porque el historiador convierte al tal personaje en antagonista de una figura tan emblemática como el gran Pericles. Pero sobre todo, en tercer lugar, porque el orador acaba resaltando como mérito del romano cuestiones tan poco heroicas como las suntuosas comidas que solía ofrecer el finado Severiano, lo que evidentemente acababa provocando la risa.<sup>285</sup> Luciano, de este modo, nos proporciona un elocuente contra-ejemplo de lo que debe hacerse a la hora de escribir un discurso historiográfico. Y, sobre todo, pone de manifiesto el papel decisivo que desempeñaban los discursos del historiador en un proceso imitativo que debía ajustarse en la medida de lo posible a lo *prépon*, y en el que la formación recibida en la escuela de retórica fue determinante.<sup>286</sup>

## 2. Tucídides y la retórica escolar

El modo en que se leyó a Tucídides en la escuela de retórica contribuyó tanto al conocimiento e influencia de pasajes fundamentales de la *Historia* como al desarrollo de un proceso de selección de sus contenidos que acabaría siendo decisivo para su legado. De ello da cuenta el testimonio que aportan, como pálido reflejo de lo que debió ser una importante actividad editora, los papiros conservados de su obra. Pero, sobre todo, podemos aproximarnos a su legado en este ámbito gracias a la información que proporcionan los autores antiguos, que atestiguan la constante presencia de la historiografía en la escuela.<sup>287</sup> Su estudio, como ha demostrado Nicolai, no estaba determinado por

<sup>283</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 26; trad. de J. Zaragoza.

<sup>284</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 58; trad. de J. Zaragoza: “Si en alguna ocasión hay que introducir a alguien pronunciando discursos, su lenguaje debe acomodarse al personaje y ajustarse al tema ante todo, y además debe ser lo más claro posible; ahí se te permite también actuar como orador y demostrar tu elocuencia.”

<sup>285</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 26.

<sup>286</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 58.

<sup>287</sup> Cf. Bompaire (1976), Russell (1983), Nicolai (1992) y (2007), Kaster (1988), Legras

el simple conocimiento de los hechos del pasado: la historiografía entendida como fuente de informaciones útiles para la enseñanza. Es cierto que los discursos de Tucídides constituyeron una fuente básica de datos históricos en un momento, como fue el comienzo de la Época Imperial, en el que se dirigió una mirada atenta y reverenciosa hacia la Atenas descrita por el historiador. Sin embargo, aunque leer a Tucídides permitía captar la esencia de una época, el interés de los rétores se dirigió sobre todo a aprovechar las múltiples posibilidades de utilización didáctica y argumentativa que estos textos históricos proporcionaban.<sup>288</sup> Esta utilidad condujo a un estudio de la historia extremadamente fragmentario, organizado por colecciones de *exempla* a partir de temas éticos o por selecciones de pasajes útiles para la *mimesis* retórica.<sup>289</sup> Cribiore proporciona una clara imagen de este proceso.<sup>290</sup> En la escuela del gramático se leían oradores como Demóstenes e historiadores como Tucídides y Heródoto con la intención de asimilar su estilo y vocabulario, lo que implicaba el empleo de eruditos comentaristas para aclarar posibles dudas que pudieran plantearse a los alumnos.<sup>291</sup> Estos mismos textos eran básicos para la escuela de retórica, siendo estudiados y memorizados tanto en el año escolar como durante las vacaciones de verano.<sup>292</sup> Libanio atestigua este intenso interés por Tucídides en clase y nos habla de un ejemplar del texto muy apreciado por él, un códice que contenía toda la obra, que tenía un tamaño que le permitía llevarlo él mismo a clase sin necesitar la ayuda de un esclavo para su transporte, y que fue robado y vendido en el mercado de segunda mano. Como el comprador fue un estudiante, Libanio pudo recuperar su ejemplar de Tucídides como si se tratase de un padre que acoge a un hijo tras un largo periodo de alejamiento.<sup>293</sup> Datos como éstos muestran que, junto a otros historiadores como Heródoto y Jenofonte, Tucídides jugó un importante papel tanto en la escuela del gramático como en la del rétor durante siglos. Y, en concreto, que sus discursos fueron especialmente útiles en este contexto, ya que ofrecían tanto modelos de estilo, útiles para la enseñanza del gramático, como modelos argumentativos, útiles para la enseñanza de los rétores.<sup>294</sup>

Las declamaciones conservadas en papiros del Egipto grecorromano aportan luz sobre cómo podía ser esta instrucción.<sup>295</sup> Ésta ha de ser enmarcada en la composición de declamaciones históricas, a las que el alumno se acercaba cuando había adquirido un nivel suficiente de conocimiento de oradores e historiadores a través de una constante lectura de sus textos. Según Teón, la

(1997), Cribiore (2001), Payen (2004).

<sup>288</sup> Cf. Nicolai (1992).

<sup>289</sup> Cf. Nicolai (2007).

<sup>290</sup> Cf. Cribiore (2001: 144-5). Cf. también Kaster (1988) para la escuela del gramático.

<sup>291</sup> Sobre los libros leídos en clase por Libanio cf. *Lib. Ep.* 1036. Sobre el contexto, cf. Legras (1997).

<sup>292</sup> Cf. *Lib. Ep.* 379.5 y 9, 894.2 y *Or.* 34.12.

<sup>293</sup> Cf. *Lib. Or.* 1.148-50.

<sup>294</sup> Cf. Nicolai (2007).

<sup>295</sup> Cf. Legras (1997) y Cribiore (2001: 233-5). Sobre los temas extraídos de la historia, cf. Kohl (1915).

instrucción era personalizada y se adaptaba a las inclinaciones y capacidades del alumno.<sup>296</sup> Aparte de leer varios tipos de discursos y de trabajar los aspectos retóricos y estilísticos del texto, el maestro aportaba detallada información sobre los datos biográficos del autor o sobre las circunstancias en las que su obra fue compuesta. El objetivo era permitirle profundizar en el texto, capacitarle para ir más allá de su literalidad y poder crear así su propio discurso.<sup>297</sup> Entre los historiadores, se comenzaba con Heródoto, que era el más próximo al alumno. Sólo después el maestro introducía a otros demandados autores, como Teopompo, Jenofonte, Filisto, Éforo y, sobre todo, Tucídides. En este contexto, como ha puesto de manifiesto Gibson, es llamativa la abundante presencia de temas históricos clásicos en las declamaciones conservadas, con lo que se contribuía a hacer familiares personajes y episodios relevantes de este momento.<sup>298</sup>

Todo este interés de la retórica escolar por los discursos de Tucídides podría explicar la posible circulación de discursos extraídos de su obra desde una época tan temprana como el siglo I a.C. Así, se ha discutido mucho sobre los pasajes de Cicerón en los que el orador romano habla de escritos que recogen los discursos de Pericles, de Alcibíades e, incluso, de Tucídides.<sup>299</sup> Se ha llegado incluso a plantear la posibilidad de que Cicerón hubiera tenido delante discursos falsos de Pericles o ejercicios de escuela, ya que Quintiliano deja claro que no se habían conservado escritos auténticos del político ateniense.<sup>300</sup> Con todo, lo único que parece probable es que ese conocimiento de la oratoria de Pericles o de Alcibíades a la que se refiere Cicerón se deba a una lectura de la obra de Tucídides, tal y como, en otro pasaje, nos señala el propio rétor latino:

El género de elocuencia que floreció en esta época puede comprenderse sobre todo a partir de los escritos de Tucídides, que también vivió en estos años.<sup>301</sup>

Lo que no queda tan claro es si ese conocimiento de la oratoria ateniense del siglo V a. C., a la que se refiere Cicerón, se debe sólo a una lectura del texto completo de la obra<sup>302</sup> o a “escritos” (*scripta*) “puestos en circulación” (*feruntur*). Es decir, a selecciones de discursos de Pericles y Alcibíades, extraídos de la obra de Tucídides (única fuente posible en ese momento), que pusieran en manos de los interesados los más relevantes ejemplos de la oratoria ática de finales del

---

<sup>296</sup> Cf. Theon *Progymn.* 134.24-135.1.

<sup>297</sup> Quintiliano deja claro que la imitación no ha de ser palabra por palabra, sino que necesita una digestión. Cf. *Quint. Inst. Orat.* 10.1.19, *Sen. Ep.* 84. Sobre el contexto, cf. Russel (1983: 109-110).

<sup>298</sup> Cf. Gibson (2004). Cf. los temas históricos de declamaciones recogidos por Kohl (1915).

<sup>299</sup> Cf. Cic. *De orat.* 2.22.93: *Antiquissimi fere sunt, quorum quidem scripta constant, Pericles atque Alcibiades et eadem aetate Thucydides...* Cf. también Cic. *Brut.* 27: *Tamen ante Periclem, cuius scripta quaedam feruntur...* Cf. al respecto Laughton (1961), Connor (1963) y Nicolai (1996).

<sup>300</sup> Cf. *Quint. Inst. Orat.* 12.2.22: *...nulla ad nos monumenta vererunt...* En este sentido, cf. Fantham (1978: 6-7).

<sup>301</sup> Cf. Cic. *Brut.* 29.

<sup>302</sup> Como señala Canfora (2004: 116), refiriéndose además a una copia que incluyese los dos primeros libros de las *Helénicas* de Jenofonte.

siglo V a.C. Una utilidad que es refrendada por el testimonio de los papiros, que han aportado pruebas materiales de la circulación selectiva de la obra con fines didácticos o retóricos.<sup>303</sup> Un vistazo a la lista de papiros conservados, que proporciona Stork, permite comprobar el hecho llamativo de que se han conservado sobre todo pasajes de los discursos de Tucídides.<sup>304</sup> Podría tratarse de un azar del proceso de transmisión y de la propia dinámica de los hallazgos arqueológicos, pero es que, además, hay ejemplos concretos, como el *P.Oxy.* LVII 3877, del siglo II d.C., que parecen ser una “raccolta tematica di brani tucididei verosimilmente riconducibile ad àmbito scolastico”.<sup>305</sup> Selecciones en las que los discursos ocupaban un papel central por su utilidad retórica. En este sentido, uno de los más representativos es el *P.Oxy.* XIII 1621, cuyo contenido parece ser una selección de los discursos de Tucídides, elaborada a mediados del siglo IV d. C., tal y como parece deducirse de las características codicológicas del texto, donde nos encontramos en sucesión inmediata dos textos como Th. 2.11.5-9 (la parte central de la arenga pronunciada por el espartano Arquidamo al comienzo de la guerra) y 2.35.1 (el comienzo del epitafio de Pericles).<sup>306</sup> Se trata de un testimonio al que pueden sumarse otros que hasta ahora han pasado desapercibidos, como un papiro que contiene la parte final (2.73.1-74.1) del diálogo de los platenses.<sup>307</sup> O el testimonio paralelo proporcionado por títulos que informan sobre la presencia de una *synagogé* que recogía textos selectos de Heródoto.<sup>308</sup>

Los papiros nos permiten vislumbrar un panorama educativo en el que la circulación de textos selectos era muy importante. Como ocurre, por ejemplo, con las colecciones de máximas y sentencias que en muchas ocasiones se extraían de los textos clásicos más proclives a contener pasajes de tipo gnómico.<sup>309</sup> En el ámbito oratorio, se destaca el ejemplo de una selección de las máximas de Demades. Se trataba de un *gnomologio* que recogía sus dichos más importantes y cuya circulación se benefició de la fama de Demades como

<sup>303</sup> Un cuadro general en Legras (1997). Con respecto a Tucídides en concreto cf. Pellé (2009) y (2010).

<sup>304</sup> Sin pretender ser exhaustivos al respecto, la lista de papiros que transmiten esencialmente el texto de discursos es, cuando menos, llamativa entre los siglos I y IV d. C.: *P.Oxy* 16+696 (s. I d.C.): Th. 4.8-41; *P.Oxy* 225 (s. I d.C.): Th. 2.90 ss.; *P.Oxy* 451 (s. III d.C.): Th. 2.73 ss.; *P.Oxy* 452 (ss. II-III d.C.): Th. 4.87; *P.Oxy* 879 (s. III d.C.): Th. 3.58 ss.; *P.Genav.* 2 + *PRyl.* 548 (s. III d.C.): Th. 2.2-5, 13, 15 ss.; *PGiss.* 12 (ss. IV-V d. C.): Th. 2.59 ss.; *P.Oxy* 1245 (S. IV d.C.): Th. 1.139-141; *P.Oxy* 1621 (s. IV d.C.): Th. 2.11 y 35; *P.Oxy* 1622 (s. II d.C.): Th. 2.65, 67; *PSI* 1195 (s. II d.C.): Th. 1.71-3. Una lista completa de los papiros de la *Historia* de Tucídides en Stork (2008: xiv-xv).

<sup>305</sup> Cf. Pellé (2010: 599). Los pasajes del papiro, pertenecientes a tres libros consecutivos, son Th. 1.2.2-4; 2.19.1-21.1 y 3.82.1-2 y 4. Otra posible selección (sobre la que actualmente se expresan dudas) se habría conservado en el P. Oxyr. XVII 2100, también del siglo II d.C., en el que habría una selección de pasajes de los libros IV, V y VIII.

<sup>306</sup> Cf. Cavallo (1986: 133-5) y el análisis detallado de Fournet (2002).

<sup>307</sup> *PMilVogliano* 205. Cf. Bartoletti (1960).

<sup>308</sup> Cf. Otranto (2000: 3) sobre una *synagogé* de los *lógoi* de Heródoto.

<sup>309</sup> Cf. Tosi (1988: 49 ss.).

hábil improvisador y como orador agudo y directo.<sup>310</sup> Un proceso que afectó a los textos fundamentales de la literatura griega y en el que también Tucídides jugó un papel destacado.<sup>311</sup> Así, de la Antigüedad tardía procede un testimonio clave sobre este tipo de empleo selectivo de los discursos de Tucídides como fuente de máximas con fines didácticos y retóricos. Nos referimos al *Florilegio* de Estobeo, elaborado en el siglo V d.C., en el que los discursos de Tucídides constituyen una de las más importantes fuentes de sentencias con las que ejemplificar algunos de los temas desarrollados con claro afán didáctico y moralizante, como puede comprobarse en el capítulo dedicado al valor y la audacia.<sup>312</sup>

Un ejemplo práctico de ese empleo selectivo de determinados pasajes del texto de Tucídides en la composición literaria antigua lo ofrece Plutarco. La crítica ha señalado que los discursos de Tucídides fueron una de las más importantes fuentes empleadas por el de Queronea a la hora de elaborar tanto *Vidas Paralelas* como *Moralia*.<sup>313</sup> En el primer caso, como fuente de información sobre el carácter de los personajes históricos que los pronunciaron.<sup>314</sup> En el segundo caso, como fuente de citas ornamentales, donde pone de manifiesto su admiración hacia el historiador desde el punto de vista estilístico, y como fuente de *sententiae*.<sup>315</sup> Así, incluso se da el caso de que pasajes procedentes de los más importantes discursos del historiador son citados más en los ensayos que en las biografías. Por poner sólo el ejemplo de Pericles, discursos ricos en máximas, como el epitafio<sup>316</sup> o su última intervención ante los atenienses,<sup>317</sup> son más citados en *Moralia* que en la propia *Vida de Pericles*. Teniendo en cuenta el método de trabajo seguido por Plutarco a la hora de componer los ensayos de *Moralia*, con el uso de manuales y colecciones de pasajes de diversa procedencia seleccionados por su valor estilístico o moralizante, parece evidente que la obra de Tucídides, y sus discursos muy en particular, también se habían convertido en una fuente de sentencias muy importante al comienzo de la época imperial.<sup>318</sup> Una faceta que es precisamente una de las más alabadas por su biógrafo Marcelino.<sup>319</sup>

Esa transmisión selectiva de la obra tucididea que se produce en la escuela también se percibe en las obras de los rétores de la Segunda Sofística, que

---

<sup>310</sup> Cf. De Falco (1944).

<sup>311</sup> Sobre el empleo de este procedimiento en la obra de otros autores, como los trágicos griegos, y su reflejo en las citas de Plutarco, cf. Di Gregorio (1979) y (1980).

<sup>312</sup> Cf. Stobaeus *Florileg.* 4.2. Estobeo recoge más de 42 máximas de la obra de Tucídides, sobre todo de los discursos. Cf. Pritchett (1975: 95): "The three orations of Pericles are particularly rich in *sententiae*."

<sup>313</sup> Cf. Romilly (1988); cf. también Pelling (1992)..

<sup>314</sup> Cf. Stadter (1973: 111).

<sup>315</sup> Cf. Titchener (1995).

<sup>316</sup> Ocho de nueve citas: 217F, 220D, 242E, 533A, 783F, 786B, 824C, 854A.

<sup>317</sup> Cf. Th. 2.60-4. 4 de 5 citas: 73A, 535E, 540C, 802C.

<sup>318</sup> Cf. el comentario del autor sobre la manera de hablar de Fabio Máximo, con su amplio uso de sentencias que recordaban las empleadas por Tucídides. Cf. Plut. *Fab. Max.* 1.8.

<sup>319</sup> Cf. Marc. *Vita Thuc.* 51.

aportan claves para entender cómo se producía en la práctica el proceso de imitación a partir de estos materiales. En este sentido, vamos a analizar dos tipos de testimonios que se corresponden con dos niveles creativos diferentes. Por una parte, las recomendaciones teóricas que encontramos en los manuales de ejercicios retóricos o *progymnasmata*. Por otra parte, la aplicación práctica del proceso imitativo en la composición de *melétai* o declamaciones, un tipo de composición retórica que tuvo una amplia circulación en la época imperial.

### 2.1. Recomendaciones teóricas

En primer lugar, en los manuales de *progymnasmata* hay múltiples pasajes que ponen de manifiesto la utilidad de este tipo de ejercicios retóricos para el historiador.<sup>320</sup> Nos vamos a detener en la obra de Teón por su interés para comprender el modo en que se podía trabajar con la historia de Tucídides como punto de partida del proceso de instrucción retórica. Lo primero es que Teón nos dice que son tres los ejercicios útiles para quienes quieran dedicarse a la historia: la descripción, el lugar común y la prosopopeya.<sup>321</sup> El tercero es especialmente interesante porque supone la elaboración de discursos que ejemplifican las palabras que podría pronunciar un tipo concreto de orador, como un general arengando a sus hombres a punto de entrar en batalla. Para la práctica de estos ejercicios, el maestro, tal y como nos cuenta Teón, partía de las obras clásicas. Se propiciaba sobre todo una lectura continuada, ya que “la lectura es educación en estilo”.<sup>322</sup> Pero lo más frecuente es que se llevase a cabo una selección del material retórico: “Antes que nada es preciso que el maestro, recopilando de las obras antiguas ejemplos apropiados de cada ejercicio, ordene a los jóvenes que los estudien a fondo”.<sup>323</sup> Ese estudio “a fondo” de los ejemplos recopilados tenía que basarse, sin duda, en selecciones que se hubieran puesto por escrito y que proporcionaban un conjunto de modelos paradigmáticos, altamente respetados gracias a su procedencia de obras clásicas como la de Tucídides. De este modo, Teón nos dice que de la obra del historiador se podían extraer modelos a la hora de hacer descripciones. Y, en concreto, cita el episodio de la peste (Th. 2.49), el del cerco de Platea (Th. 3.21) y “un combate naval” que bien podría ser el de la Bahía de Siracusa en el libro VII.

Pero, sobre todo, la obra de Tucídides es analizada por Teón como una fuente de discursos modélicos. Así, a la hora de diferenciar entre una tesis (*thésis*) y una hipótesis (*hypóthesis*), dos de los ejercicios practicados por el alumno, el rétor Teón nos remite como punto de partida a los discursos sicilianos de los libros VI y VII de Tucídides.<sup>324</sup> A la vista del ejemplo propuesto por el rétor, una tesis consistiría en elaborar un discurso general sobre “si conviene enviar un ejército

<sup>320</sup> Una visión general de su empleo en Webb (2001). Sobre el papel jugado por diferentes *progymnasmata* en la formación escolar de los autores antiguos, cf. Kennedy (1972) y (1983), Russell (1983), Amato y Schamp (eds.) (2005).

<sup>321</sup> Cf. Theon *Progymn.* 60.

<sup>322</sup> Cf. Theon *Progymn.* 61.

<sup>323</sup> Cf. Theon *Progymn.* 65-66.

<sup>324</sup> Cf. Theon *Progymn.* 61.



fuera de las fronteras propias a unos sitiados en tierra ajena”. Un ejercicio en el que el alumno no define ni el personaje que habla (*quis*), ni el lugar concreto (*ubi*), ni el tiempo (*quando*), ni el modo (*quemadmodum*) ni la causa (*cur*). En cambio, una hipótesis, ejercicio que exigía una mayor concreción, permitiría plantear “si conviene enviar un ejército a Sicilia a los atenienses sitiados por los peloponesios”. En este caso, el referente que ofrecía la carta de Nicias (Th. 7.11-15) y el debate oratorio que generó su recepción en Atenas, se convierte en un punto de partida que, como veremos en el siguiente apartado, fue puesto en práctica por rétores como Elio Arístides. Otros ejemplos tienen que ver con el ejercicio de la réplica.<sup>325</sup> A la hora de hacer un discurso de réplica, la retórica considera que serían especialmente útiles dos ejemplos extraídos de la obra de Tucídides: el discurso de los corintios (Th. 1.37-43) en respuesta a las acusaciones lanzadas por los corcirenses y la réplica de Diódoto (Th. 3.42-8) a la intervención de Cleón con la que animaba de manera despiadada a castigar a los mitileneos. Teón termina diciendo algo fundamental para nuestra tesis: los discursos selectos son como los cimientos de toda la tipología de discursos. Es decir, que la retórica de los *progymnasmata*, que va a ser decisiva en el proceso creativo de la época imperial, también tuvo que alentar el proceso de selección de aquellos pasajes que fueran más adecuados para su imitación. Y, entre ellos, los discursos de Tucídides, como puede comprobarse a partir de estas recomendaciones teóricas, ocuparon un papel fundamental.

Todo este proceso de selección del material que podía ser empleado con finalidad retórica tiene también su reflejo en un pasaje muy significativo del manual de Aftonio, otro de los autores de retórica escolar. Este rétor del siglo IV d.C., al analizar cómo hay que componer un encomio, pone como ejemplo un elogio dedicado a Tucídides.<sup>326</sup> Desde nuestro punto de vista, no se trata de un simple elogio en el que sólo se destaque el valor de haber preservado para la posteridad el relato de trece sucesos de la Guerra del Peloponeso,<sup>327</sup> sino que este texto tiene un enorme interés por la información que proporciona con respecto a los pasajes más conocidos y significativos de su contenido. De hecho, en la parte central del elogio, el rétor ofrece una auténtica selección en la que ha destacado de manera especial tanto las descripciones de batallas como los discursos:

Cuando llegó a hombre, buscaba el momento oportuno para la demostración de aquello en lo que apropiadamente se ejerció antes. Y pronto la fortuna proporcionó la guerra, y de las hazañas realizadas por todos los griegos hizo él su arte propia, y ha llegado a ser guardián de los hechos que la guerra ocasionó, pues no permitió que el tiempo ocultase las acciones que cada bando realizaba. Por lo cual, es conocida Platea cuando estaba siendo tomada, era notoria la devastación del Ática, y se daba a conocer la navegación de las costas

<sup>325</sup> Cf. Theon *Progymn.* 70.

<sup>326</sup> Cf. Cf. Aphthonius *Progymn.* 8.22-4.

<sup>327</sup> Cf. Gibson (2004: 113): “In this he praises various details of the author’s life and then extols the value of his account of thirteen events of the Peloponnesian War, an account that he says has fortunately been preserved for posterity”.

del Peloponeso por los atenienses, Naupacto conoció los combates navales; al escribir estos hechos Tucídides no permitió que pasaran inadvertidos. Lesbos fue tomada y hasta el momento se proclama el hecho; se trabó combate con los ambraciotas y el tiempo no borró lo sucedido; no es ignorada la ilegal justicia de los lacedemonios; no pasó desapercibida la gran empresa de los atenienses, Esfactería y Pilos; por qué los corcirenses convocan una asamblea ante Atenas y los corintios les replican; los eginetas, acusándolos, llegan a Lacedemonia, y Arquidamo se muestra prudente durante la asamblea, mientras que Esteneledas incita al combate. Y, además, Pericles desprecia la embajada de Laconia y no permite que los atenienses se irriten con él por estar enfermos. Esos sucesos son custodiados por la obra de Tucídides de una vez para siempre.<sup>328</sup>

Como puede comprobarse, lo más llamativo de este elogio es que, por medio de ambas selecciones de pasajes emblemáticos de la obra tucididea (esencialmente descripciones y discursos), Aftonio parece estar repasando, tal y como aparecen a lo largo de la obra, lo que puede ser considerado con toda propiedad como una selección de pasajes de finalidad escolar. De hecho, en el caso de las descripciones, los pasajes citados ofrecen un recorrido por los puntos más importantes de la obra desde el libro II hasta el libro IV: el primer enfrentamiento entre platenses y tebanos (2.2-5), la devastación del Ática por los espartanos (2.19-23), la revancha de los atenienses costeando y atacando el Peloponeso (2.23-25), la batalla naval de Naupacto (2.90-2), la toma de Lesbos (3.27-8), la batalla con los ambraciotas (3.107-8) o la batalla decisiva en Pilos y Esfactería (4.3-14). Por su parte, todos los discursos citados pertenecen al libro primero y segundo de la obra: desde el discurso de los corcirenses (1.32-6) hasta el de Pericles (2.60-4). Finalmente, en clara alusión al texto clave del capítulo metodológico donde destaca su utilidad para el futuro (Th. 1.22.4), Aftonio termina la enumeración de esta selección de pasajes diciendo que los hechos que relatan habrían sido preservados para siempre gracias a la obra de Tucídides. Se trata, en definitiva, de un encomio que sólo puede entenderse dentro de un contexto escolar. Por medio de un elogio de Tucídides, Aftonio ofrece a sus alumnos un repaso por aquellos pasajes de la obra que realmente eran más conocidos y estudiados en la escuela de retórica; aquellos que, en definitiva, tenían una aplicación práctica en el proceso imitativo.

Pero la utilidad de estos pasajes modélicos no terminaba en la simple imitación, sino que, dando un paso más allá, los rétores nos muestran cómo podían acabar convirtiéndose en fuente de declamaciones. Así, Teón, al analizar la verosimilitud en el relato, cita como paradigma la información que ofrece Tucídides sobre el primer enfrentamiento entre platenses y tebanos (Th. 2.2-5).<sup>329</sup> Precisamente, y es evidente que no se trata de una casualidad, el primer texto al que hace referencia la selección del encomio de Tucídides que acabamos de ver en la obra de Aftonio.<sup>330</sup> En este caso, el rétor proporciona tres modos de construir

<sup>328</sup> Cf. Aphthonius *Progymn.* 8.23-4; trad. de M. D. Reche Martínez. Según Gibson (2004: 113, n. 44), el rétor estaría haciendo referencia a los siguientes pasajes de Th.: 2.2-5, 2.19-23, 2.90-2, 3.27-8, 3.107-8, 3.68, 4.8-14, 1.32-43, 1.67, 1.79-85, 1.86, 1.139-144, 2.60-64.

<sup>329</sup> Theon *Progymn.* 88.17 ss.

<sup>330</sup> Cf. Aphthonius *Progymn.* 8.23-4.

verosíblemente el comienzo de la arenga que podrían haber pronunciado unos u otros tras el ataque fallido que llevó a cabo Tebas contra Platea en el año 431 a.C., el primer choque de la Guerra del Peloponeso y, por lo tanto, un texto de enorme significación a la hora de concebir un relato historiográfico.<sup>331</sup> Teón toma el modelo tucidideo como punto de partida para su utilización retórica, ofreciendo además a los alumnos la posibilidad de insertar exhortaciones allí donde el historiador no lo hizo. Este ejemplo práctico pone de manifiesto un paso más: el perfeccionamiento del sistema de instrucción retórica y las crecientes exigencias del proceso imitativo condujeron a la elaboración y a la circulación de declamaciones históricas y discursos ficticios que incluso podrían formar parte de una selección más amplia. En este nuevo contexto retórico, es evidente que los discursos tucidideos proporcionaban puntos de partida modélicos para la composición de otras declamaciones de tema histórico que ayudasen a completar aspectos no desarrollados por el historiador ático.

## 2.2. *Aplicación práctica*

Un ejemplo perfecto de la aplicación práctica de estas recomendaciones escolares lo observamos en el modo en que Elio Aristides, uno de los rétores más importantes de la Segunda Sofística, compuso sus *Discursos Sicilianos* (*Or.* 5 y 6). Se trata de unas declamaciones elaboradas a partir de los debates y del contexto que rodearon a la expedición ateniense a Sicilia, tal y como es relatada en los libros VI y VII de Tucídides.<sup>332</sup> Aunque los pormenores de esta expedición también son referidos por otros historiadores griegos, Tucídides es la fuente más importante e influyente a lo largo de toda la Antigüedad para el conocimiento de este terrible acontecimiento, que determinó en gran medida la derrota de Atenas en la Guerra del Peloponeso. Es cierto que también contamos, de manera complementaria, con el relato de Diodoro de Sicilia (12.82.3-13.35) y el que hace Plutarco en las *Vidas* de Nicias (12-30) y de Alcibíades (17-21). Incluso, sabemos que existían otras fuentes históricas, como las obras de Éforo y de Filisto de Siracusa, de las que apenas quedan hoy en día unos fragmentos. No obstante, a la hora de analizar las fuentes historiográficas empleadas en la redacción de estas declamaciones de Elio Aristides, Pernot ha dejado claro que cada una de sus líneas se basa de manera escrupulosa en el profundo conocimiento de la obra de Tucídides que tenía un rétor del siglo II d.C.<sup>333</sup> Tucídides, Diodoro y Plutarco coinciden en lo fundamental, pero existen divergencias notables entre ellos, que son esenciales para entender la influencia del primero sobre el proceso de composición de estas declamaciones. Así, por ejemplo, Diodoro apenas tiene en cuenta la carta de Nicias (Th. 7.11-15), ni las circunstancias que, tras su recepción, rodearon a las dos asambleas que se celebraron en Atenas y que fueron determinantes

---

<sup>331</sup> También Hermógenes (21) ofrece como principal ejemplo de etopeya las palabras de ánimo que un general dirige a sus soldados *después* de la victoria.

<sup>332</sup> Cf. Pernot (1981). Para un cuadro general del rétor, cf. Boulanger (1923).

<sup>333</sup> Cf. Pernot (1981: 31-57).

para el trágico desenlace.<sup>334</sup> Este es un hecho especialmente destacable, ya que es precisamente la carta de Nicias y el debate que generó la base histórica sobre la que Elio Arístides ha elaborado estas dos declamaciones.<sup>335</sup> El rétor, siguiendo fielmente la interpretación de Tucídides, da gran importancia a ese debate y, en general, considera que las circunstancias que rodearon la recepción de la carta de Nicias constituyen el momento crítico en el que se jugó el destino de Atenas. Sobre este soporte historiográfico, en el que algunos de los discursos más representativos de la obra ocupan un lugar destacado,<sup>336</sup> el rétor ha construido sus declamaciones.

Y para ello actúa de un modo similar a como lo hubiera hecho un historiador que, en ese momento, hubiera tenido que enfrentarse a la tarea de relatar los mismos hechos. En primer lugar, ha de tener en cuenta lo escrito por un prestigioso predecesor (como es el caso de Tucídides). Sin embargo, su valía como escritor se basa en no reproducir del mismo modo todos los hechos y discursos que conciernen al asunto. Por ello, en segundo lugar, al poner en práctica su proceso imitativo, ha de intentar aprovechar las posibles lagunas que pudiera tener el texto original para ejercitar su arte. De este modo, un historiador, sin ser infiel a sus fuentes, puede llevar a cabo una auténtica labor de recreación en la que la retórica escolar jugaba un papel decisivo. Así, uno de los puntos más destacados de ese nuevo relato, aquello que más llamaría la atención de unos receptores que conocían a la perfección el texto de su predecesor, tenía que ser la introducción de discursos que ofreciesen un contrapunto a otros pasajes narrativos como las descripciones de batallas o que completasen lo elidido en la fuente original. Este es el contexto en el que se han de integrar los *Discursos Sicilianos* de Arístides. En este caso, tal y como se explica de manera teórica en los *Progymnasmata* de Teón,<sup>337</sup> el texto de Tucídides era especialmente atractivo como punto de partida, ya que el historiador ático, evitando repetir argumentos ya empleados al comienzo del libro VI en el debate entre Nicias y Alcibiades, prácticamente ha excluido de su relato las deliberaciones que su produjeron tras la lectura de la carta de Nicias.<sup>338</sup> Ahí es donde precisamente se insertan los discursos de Arístides.<sup>339</sup> El rétor elabora una deliberación que saca partido de una situación similar a la de la asamblea previa a la expedición, tal y como nos relata Tucídides al comienzo del libro VI. Muchos argumentos son similares y remiten a esos discursos emblemáticos, aunque la presente circunstancia tenía la ventaja de ofrecer un contexto aún más dramático (y, por lo tanto, más retórico) si cabe: los oradores ya no parten de una situación de superioridad indiscutible como la que había al principio del libro VI, sino que han de tener en cuenta los fracasos

<sup>334</sup> Cf. D.S. 13.8.6-7.

<sup>335</sup> Cf. Fronto *Ep.* 2.1.15, que considera esta carta como *nobilissima*.

<sup>336</sup> Especialmente el debate inicial entre Nicias y Alcibiades en Th. 6.9-18.

<sup>337</sup> Cf. Theon *Progym.* 61.

<sup>338</sup> Cf. Zuretti (1922).

<sup>339</sup> Cf. Pernot (1981: 45): "Aristide, en revanche, ne pouvait que se réjouir de cette occasion qui lui était donnée de reprendre dans son ensemble la question de l'expédition et de combler un vide du texte de Thucydide à l'aide des éléments fournis par ce texte même".

a los que ya han tenido que enfrentarse las tropas atenienses en suelo siciliano. Su interés, por lo tanto, reside en que proporcionan al rétor la oportunidad de elaborar una *antilogía* en la que dos oradores contraponen los argumentos a favor y en contra de incrementar la participación ateniense en un teatro de operaciones que empezaba a ser visto como una trampa.<sup>340</sup> Se trata de una situación concreta que además permite construir una reflexión más general sobre la oportunidad o no de involucrarse de manera más decidida en una campaña que pone en riesgo de zozobrar a la propia nave del estado. Una retirada permitiría salvar lo que queda, aunque suponga pagar en prestigio el precio del abandono. Y una mayor implicación supone una apuesta decisiva por culminar de manera victoriosa lo emprendido, aunque también implica el riesgo de un fracaso de mayor envergadura. Se trata de un planteamiento lleno de dramatismo, muy del gusto de las escuelas de retórica, que puede extrapolarse a múltiples situaciones que se han dado a lo largo de la historia. Unas declamaciones como éstas tienen por lo tanto una validez que va más allá del mero ejercicio de entrenamiento retórico. Ofrecen un ejemplo práctico de “hipótesis” que, además, puede servir como punto de partida a la hora de enfrentarse al relato de nuevos sucesos históricos en los que se pudiera plantear un contexto similar.<sup>341</sup>

Además, tal y como ha destacado Pernot, estos discursos sicilianos también presentan el interés de que son el resultado de la integración de dos tipos de *mímesis*.<sup>342</sup> De Tucídides se toman los datos históricos, el contexto, argumentos y expresiones concretas que representan el espíritu de un ateniense de finales del siglo V a.C. Sin embargo, muchos de los elementos formales, como las figuras o las expresiones, que les dan forma como discursos, proceden de la imitación del texto de Demóstenes. En cierto modo, se trata de un ejemplo de *mímesis* ecléctica, que toma de cada autor aquello que era más aprovechable en cada uno de los ámbitos retóricos. Algo que también hay que poner en relación con la opinión expresada por autores como Cicerón o Quintiliano con respecto a los discursos de Tucídides, en el sentido de que serían especialmente útiles desde el punto de vista del contenido y de las ideas, pero que no debían ser imitados en cuanto al estilo.<sup>343</sup>

A partir de estas declamaciones, es evidente la admiración que Elio Arístides sentía por los discursos del historiador ático, inclinación que manifiesta con toda claridad a lo largo de sus escritos y que asimismo se convirtió en un elemento

---

<sup>340</sup> En este sentido, es fundamental una frase de Tucídides (7.15.1) en la que se plantea el dilema: es necesario decidir si hay que traer de vuelta a las tropas o si, por el contrario, hay que enviar como refuerzo un ejército que no sea menor que el primero. Esta frase, como señala Pernot (1981: 36, n. 40), convertida en fórmula (de hecho se repite tres veces en la obra de Tucídides: 6.73.2, 7.8.1 y 7.15.1), se convirtió entre los rétores en un ejemplo de paronomasia.

<sup>341</sup> Cf. Kohl (1915), n<sup>o</sup> 146, donde se recoge el tema de una declamación (la decisión de Hermócrates, tras la victoria, de emprender una expedición contra Atenas) conectada con estos hechos.

<sup>342</sup> Cf. Pernot (1981: 147 ss.).

<sup>343</sup> Cf. Cic. *Brut.* 287-8; Cic. *Orat.* 31-2.

fundamental en otras composiciones suyas.<sup>344</sup> Algunos de sus más importantes discursos han servido de excusa para la elaboración de otras declamaciones retóricas, como *Por la paz con los lacedemonios* (Or. 7), declamación de tema histórico que se ha escrito a partir de los hechos sucedidos tras el bloqueo de las tropas espartanas en Esfactería, y, sobre todo, a partir del discurso en el que los espartanos reclaman una paz de los atenienses (Th. 4.17-20). De hecho, el orador anónimo de este discurso asume la tarea de convencer a la asamblea ateniense para que acepte las propuestas de paz de los lacedemonios tras la captura de un importante número de espartiatas en la isla de Esfactería. De nuevo, puede comprobarse cómo Elio Arístides construye una declamación a partir de una laguna del texto de Tucídides, ya que en este caso el historiador ático sólo nos ha informado sobre la postura contraria expresada por Cleón y ha silenciado los argumentos a favor.<sup>345</sup> O, finalmente, ese influjo de los discursos de Tucídides como referente esencial para este rétor también se observa incluso en discursos realmente pronunciados a mediados del siglo II d.C., como en el *Panatenáico*, en el que el análisis de la historia civil y militar de Atenas se basa en gran medida en las ideas expuestas por Pericles en el *Epitafio* (Th. 2.35-46), discurso al que hace continuas referencias y que, claramente, es tomado como modelo.<sup>346</sup>

Todos estos testimonios ponen de manifiesto que en la Época Imperial estamos ante un auténtico proceso de “deconstrucción” retórica de la obra de Tucídides especialmente útil para la práctica de rétores e historiadores. El proceso selectivo que el historiador llevó a cabo en su momento, consecuencia de la estricta aplicación de los principios del capítulo metodológico, que implicaban una selección de aquellos discursos realmente significativos y la exclusión de otros poco relevantes, proporciona ahora la oportunidad de completar aquellos debates que sólo reprodujo parcialmente. Esto no sólo daba ocasión para el ejercitamiento escolar, sino que también se convirtió en una costumbre recomendada por la retórica de Época Imperial, ya que proporcionaba una de las claves del proceso imitativo en la historiografía. Como Brock ha apuntado, entre los historiadores de este período que tratan unos mismos hechos (una guerra concreta, por ejemplo) existe una marcada tendencia a evitar la inserción de los mismos discursos en el relato de un suceso (como, por ejemplo, repetir un tipo de arenga antes de una batalla concreta).<sup>347</sup> Lo que hacen los historiadores, siguiendo lo que parece ser una

<sup>344</sup> Cf. Ael. Arist. Or. 3.20 LB, donde destaca la fuerza (*dúnamis*) y dignidad (*semnótês*) de su expresión junto con la exactitud (*akríbeia*) en la exposición de los asuntos; también Ael. Arist. Or. 3.23 LB, donde destaca su búsqueda de la verdad y alaba el modo en que ofrece el retrato de la personalidad de Pericles. Gracias a todas estas virtudes, es lógico que, en Ael. Arist. Or. 50.15 K, el propio Asclepio le recomiende su lectura dentro de una tríada de autores de la que forman parte el mejor filósofo (Platón), el mejor orador (Demóstenes) y el mejor historiador (Tucídides).

<sup>345</sup> Cf. Th. 4.21.

<sup>346</sup> Cf. el estudio detallado de Oudot (2008).

<sup>347</sup> Cf. Brock (1998).

ley no escrita, es aprovechar los puntos no desarrollados o los tipos de discursos no empleados para dar rienda suelta a su formación retórica y mostrar nuevas posibilidades de viejos pasajes. Así, en un episodio bien conocido, en el que un historiador introdujo una arenga dirigida a los mandos, otro historiador posterior prefiere introducir una *epipólesis*. O a la inversa.<sup>348</sup> Y, para llevar a cabo este procedimiento, la retórica de los *progymnasmata* aportaba la base teórica, y las *melétoi* ejemplos prácticos.

No ha de extrañar a un lector moderno esta interconexión entre la historiografía y la retórica del momento, por una parte, y entre discurso real y ficticio, por otra. Los críticos antiguos, de hecho, no empleaban patrones diferentes a la hora de juzgar las obras de rétores e historiadores. Existía la idea de que la historiografía, como género literario en prosa, pertenecía al ámbito de la retórica.<sup>349</sup> Por ello, era totalmente lógico que se incluyesen apreciaciones referentes al estilo o al contenido de obras historiográficas en el contexto de tratados que tenían como objetivo enjuiciar o dar recomendaciones sobre las composiciones de oradores. Un perfecto ejemplo ya lo hemos analizado en los tratados de crítica literaria escritos por Dionisio de Halicarnaso en el siglo I. En el prólogo de su obra *Sobre los oradores áticos*, al indicar que su objetivo es determinar “quiénes son los oradores y los historiadores más importantes de la Antigüedad, cuáles fueron sus preferencias en la vida y en los discursos y qué hay que tomar y qué evitar de cada uno”, pone en el mismo nivel a oradores e historiadores.<sup>350</sup> Se hace evidente, por lo tanto, que en este momento no existía, desde un punto de vista retórico, una barrera entre unos y otros, pues la escritura de la historia se consideraba también una tarea propia de los oradores. La crítica antigua se refiere a las composiciones oratorias de unos y de otros con el mismo término: “discursos políticos” (*politikoi logoi*). Con este término, los críticos se refieren tanto a los discursos públicos de interés general, que se encuadran en los tres géneros retóricos tradicionales, y que se oponen a aquellos que sólo tenían un interés privado (*idiotikoi logoi*), como también a los discursos ficticios presentes en otro tipo de obras y que, aunque reflejan ese interés general, no fueron pronunciados en debates y contextos reales. El estudio de los *politikoi logoi*, por lo tanto, permite a los críticos antiguos situar en el mismo nivel a las composiciones realmente pronunciadas por oradores como Demóstenes y a aquellas otras que intentaban reproducir lo realmente dicho, como las que historiadores como Tucídides insertaron en sus obras. Alocuciones que, además, podían convertirse en el punto de partida ideal para crear otros discursos “ficticios”, que no parten de un contexto histórico tan concreto como el de las declamaciones de Elio Arístides, y que, por medio de su presentación como selecciones de discursos, permitirían aprovechar todas

<sup>348</sup> Cf., desde esta perspectiva, el análisis de las arengas antes de Iso y Gaugamela en las historias de Alejandro en Iglesias-Zoido (2010).

<sup>349</sup> Una prueba de ello, en época romana, son las reiteradas peticiones dirigidas a Cicerón por Bruto y Pomponio al principio del *Bruto* para que un orador con su formación escribiese historia.

<sup>350</sup> Cf. D. Hal. *Orat. Vett* 1.4.2.

las oportunidades creativas y retóricas de una situación dada, convirtiéndose así en modelos más elaborados para crear nuevas composiciones.

Un destacado ejemplo de este proceso lo proporciona otro rétor del siglo II d.C., Lesbonacte de Mitilene, que nos ha legado un testimonio básico para entender hasta qué punto los discursos de Tucídides se empleaban como modelo retórico y acabaron inspirando la creación de selecciones de discursos de contenido histórico menos preciso.<sup>351</sup> Por un escolio que glosa un pasaje de Luciano (*De saltatione* 69) y por un breve comentario de Focio (*Bibl. cod.* 74 p 52 a), sabemos que este rétor compuso dieciséis *lógoi politikoi* que, por lo menos hasta época bizantina, se habían transmitido como una unidad. Hoy en día, de ese conjunto sólo se conservan tres declamaciones históricas que, como es habitual en la Segunda Sofística, remedan situaciones y discursos propios del siglo V a.C. En concreto, hoy podemos leer un discurso deliberativo y dos arengas militares. Vale la pena que nos detengamos a analizar su contenido para entender su utilidad práctica.

Del discurso deliberativo sólo tenemos el comienzo de una declamación pronunciada por un ciudadano ateniense, quien, tras la destrucción de Platea por parte de Tebas en el año 427 a.C., exhorta a sus conciudadanos a vengar la suerte corrida por sus aliados. Acorde con este tema, en su argumentación encontramos dos líneas de razonamiento habituales en el tema asambleario de la guerra. En primer lugar (2-3), el orador pretende dejar claro que la guerra contra los tebanos es justa (*dikaion*). Y, para ello, recurre al pasado: los tebanos, desde que en las Guerras Médicas se alinearon al lado de los persas, han sido enemigos constantes de los atenienses, maquinando siempre la defección o la destrucción de sus aliados. En segundo lugar, el orador subraya la obligación moral de prestar ayuda a quienes han sido sus aliados (cf. 4). Los tebanos han destruido la patria de los platenses, que siempre habían sido fieles aliados de Atenas, lo que les hace acreedores a un duro castigo. Tanto el contenido del discurso como su estado fragmentario se explican perfectamente si tenemos en cuenta el contexto retórico en el que se creó. El enfrentamiento entre platenses y tebanos era una ocasión perfecta para llevar a cabo una imitación que tuviera en cuenta referentes tan destacados como el *Plataico* de Isócrates y, sobre todo, los discursos de Tucídides. En plena Segunda Sofística, recurrir al enfrentamiento entre platenses y tebanos debía ser un ejemplo típico de ejercicio de escuela, en el que sería decisiva la imitación de pasajes tan bien conocidos como el comienzo del libro II (Th. 2.2-5), donde Tucídides relata cómo se produjo el primer enfrentamiento de la Guerra del Peloponeso, el diálogo de los platenses con Arquidamo (2.71-4) o el juicio de los platenses (Th. 3.53-67). Este mismo enfrentamiento, como fuente de discursos retóricos, ya lo encontramos en los *progymnasmata* de Teón, al citar como modelo de relato verosímil el que hace Tucídides sobre el primer enfrentamiento entre platenses y tebanos.<sup>352</sup> Lo más destacable es que, como ya hemos visto, a partir de este pasaje, Teón proporcionaba tres modos

<sup>351</sup> Cf. Kiehr (1906).

<sup>352</sup> Cf. Theon *Progymn.* 88.17 ss.



de construir verosímilmente el comienzo de las arengas que habrían podido ser pronunciadas tras el ataque fallido que llevó a cabo Tebas en el 431. Al igual que ocurre en el caso de Lesbonacte, el rétor Teón sólo proporciona el comienzo del discurso, dejando que sea el alumno quien complete su contenido. En ambos casos, también, la función del ejercicio retórico es la de completar un aspecto no tratado en la obra historiográfica original. Así, Tucídides cierra el relato de la destrucción de Platea (3.68) sin contar el efecto que tuvo este crimen de guerra en Atenas. En situaciones como ésta, un rétor como Lesbonacte tenía un campo abierto para la creación de un discurso que “completase” el modelo clásico y cuya composición podría responder a una pregunta que supusiese el desarrollo de una *hipótesis* como la siguiente: “¿qué discurso pronunciarían los atenienses tras la destrucción de Platea?”

De mayor interés, no obstante, son las otras dos declamaciones conservadas, que reproducen arengas militares. La primera arenga, que en los manuscritos recibe el título de *Protréptico Primero*, es una declamación que se ajusta al modelo de las arengas pronunciadas por un general a sus soldados momentos antes del comienzo de una batalla. Y ello lo sabemos gracias a la primera frase del discurso: “Los enemigos están cerca, soldados, ...” (Lesb. 2.1), que nos avisa sobre esa cercanía de la lucha, cumpliendo la misma función que los engarces narrativos en la historiografía.<sup>353</sup> Lo más llamativo es que, frente a la mayor concreción espacial y temporal del discurso anterior, en este caso estamos ante un ejercicio declamatorio de contenido histórico claramente indeterminado. Lesbonacte no aporta datos concretos, ni locales ni temporales, que nos permitan determinar ni el momento histórico, ni el orador, ni la nacionalidad del ejército ante el que se pronuncia la arenga. Y, seguramente, en esta indeterminación reside su principal interés. Frente al discurso anterior, cuyo conocido contexto proporciona la clave de su estado truncado (no sería preciso completar el resto del discurso para un lector avezado), Lesbonacte ahora nos ofrece un discurso completo, de principio a fin, trufado de razonamientos de carácter general que podrían ser aplicados a diferentes oradores. Siempre, eso sí, respetando su adecuación a un contexto narrativo concreto: la arenga dirigida al ejército en formación justo antes de entrar en combate. Su contenido argumentativo (2.3-8), de este modo, incide en lo acuciante y, sobre todo, en las terribles consecuencias (*ekbesómenon*) que puede acarrear la derrota.<sup>354</sup> Lesbonacte ofrece una auténtica *amplificatio* del que es uno de los *topoi* más característicos de la arenga grecolatina de época imperial, entendido como un medio para conseguir el enardecimiento de los hombres en situaciones extremas. Nos encontramos, por lo tanto, ante un “discurso-modelo” en el que aparecen comprimidos los diferentes argumentos que podrían emplearse en esa situación.

La segunda arenga, que en los manuscritos recibe el nombre de *Protréptico Segundo*, es una declamación que reproduce una arenga pronunciada en el año 413 a. C. por un orador ateniense que pretende animar a sus conciudadanos ante un próximo combate contra los lacedemonios. En

<sup>353</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2006).

<sup>354</sup> Cf. Albertus (1908).

ese año 413 los lacedemonios incitaron a los propios esclavos atenienses a luchar contra sus señores y, una vez ocupada Decelea, devastaron el Ática. De nuevo estamos ante un contexto histórico fácilmente identificable. Sin embargo, desde el punto de vista retórico, lo más importante es que se trata de otro ejemplo característico de arenga militar: la pronunciada en el marco de una asamblea militar horas o días antes de que se produzca un enfrentamiento concreto. Un tipo de arenga que, por su propia naturaleza, presenta muchas similitudes con los discursos propiamente deliberativos. Y, acorde con esta naturaleza retórica, la arenga consta de dos núcleos argumentativos. Comienza con uno de los tópicos más extendidos de la arenga: sólo tiene utilidad si se pronuncia ante hombres que son, de por sí, valientes (Lesb. 3.1-2). Este inicio le da pie al orador para introducir una amplia cadena de ejemplos históricos (Lesb. 3.3-12) con los que pretende demostrar, desde el pasado remoto hasta el día de hoy, la aportación de los antepasados al bienestar común y a la forja de un talante valeroso como nación. Se trata, en definitiva, del desarrollo de otro de los principales *topoi* de la arenga: el recurso al enardecimiento de la tropa por medio del recuerdo de las hazañas de los antepasados. La conclusión de este razonamiento inductivo, fruto de un contexto más calmado, es evidente: los hijos no han de avergonzarse el ejemplo que suponen tales padres.

Ambas declamaciones, por lo tanto, son exponentes de los dos tipos de arenga que encontramos con más frecuencia en la historiografía griega a partir de Tucídides. En el primer caso, nos encontramos ante un discurso apremiado por la cercanía del enemigo y que suele pronunciarse ante unos soldados que están dispuestos ya en formación de combate. En el segundo caso se trata de un ejemplo de discurso pronunciado ante una asamblea de soldados-ciudadanos. Lo más importante para nosotros es que estos discursos no son ejemplos inconexos. El elemento unificador de estos tres “discursos políticos” (*lógoi politikoi*) de Lesbonacte es que se trata de “ejercitaciones” que imitan, con una finalidad retórica e instructiva, el modelo de discurso historiográfico cultivado desde Tucídides. Constituyen, así, un testimonio de enorme interés, ya que permiten comprender cómo un rétor de Época Imperial, tomando como base este modelo de discurso historiográfico, plantea diferentes modelos de exhortación en función de su ajuste a una situación concreta: ya se trate de una asamblea o del campo de batalla. Una clara aplicación del precepto defendido por Luciano en su obra sobre cómo ha de escribirse la historia.<sup>355</sup>

Pero, sobre todo, estos tres discursos de Lesbonacte tienen el valor de aclarar aspectos de la evolución que habría seguido el proceso mimético de composición de discursos historiográficos a lo largo de la Época Imperial, una de cuyas fases iniciales ya observábamos en la obra de Dionisio de Halicarnaso. Las líneas que siguen son un intento de reconstrucción del proceso a partir de los escasos testimonios conservados.

---

<sup>355</sup> Cf. Luc. *Hist. conscr.* 26.

### 3. *Mimesis* y selección de discursos historiográficos

Historiadores como Polibio, Salustio o César, buenos conocedores de la tradición literaria e historiográfica previa, compusieron sus arengas y discursos gracias a su profundo conocimiento de las obras históricas que les precedieron. Lo mismo debió de suceder en el caso de oradores como Cicerón o de rétores como Elio Arístides, que demuestran en sus composiciones el resultado de un detallado proceso de lectura de las obras de los grandes clásicos como Tucídides. Se trataba, en su caso, de un proceso bien conocido en el que intervenían tanto la *imitatio* de las obras más destacadas, como la *aemulatio* que propiciaba la innovación creativa a partir de pasajes concretos especialmente significativos. Eran los propios autores, conocedores de la tradición que les precedía, los que llevaban a cabo el proceso de selección de aquellos pasajes que consideraban más dignos de imitación y los tomaban como referente para sus propias composiciones. Pernot ofrece una buena descripción de cómo sería este proceso a partir de su detallado análisis de los *Discursos Sicilianos* de Elio Arístides y de su relación con la obra de Tucídides.<sup>356</sup> Una primera fase habría consistido en una lectura detallada de los libros VI y VII de Tucídides, en los que se relata la expedición a Sicilia. De este modo, el rétor tendría una visión general de las circunstancias que rodearon al episodio histórico que, además, se enmarcaría en una visión de conjunto de la obra. De este modo, Arístides habría llevado a cabo una exégesis personal del texto hasta comprender las claves de la interpretación defendida por el propio Tucídides. La segunda fase, una vez interpretado el texto en su conjunto, habría consistido en una selección de aquellos temas e ideas centrales del relato, que el propio historiador habría subrayado por medio de similitudes verbales (expresiones, fórmulas, etc.). La tercera fase consistiría en recomponer según las leyes de la retórica las ideas extraídas de Tucídides, “en regroupant ce qui était diffus, en amplifiant ce qui était concis, en insistant sur ce qui était persuasif ou dramatique”.<sup>357</sup> Este caso concreto, a pesar de tratarse de una declamación retórica, es de gran valor para comprender el proceso que también habrían seguido los historiadores. Arístides, de hecho, no ha añadido datos de su propia cosecha sino que ha partido de lo que le proporcionaba su fuente: un contexto histórico bien definido, unos argumentos orientados por una interpretación de los hechos y, finalmente, unas expresiones verbales. Lo único que haría el historiador o el rétor que elaborase una declamación histórica de este tipo sería ordenar, agrupar o recomponer ese material con la intención de ofrecer una nueva versión de los mismos hechos tal y como han sido expuestos e interpretados por la fuente libresca utilizada.<sup>358</sup> La relación entre retórica e historiografía permite así entender un proceso creativo que acabó siendo decisivo para entender la labor de los autores de la Segunda Sofística.

---

<sup>356</sup> Cf. Pernot (1981: 55-57): “Aristide n'est pas seulement un grand lecteur, mais aussi un bon lecteur de Thucydide”.

<sup>357</sup> Cf. Pernot (1981: 56).

<sup>358</sup> Cf. Pernot (1981: 57): “Thucydide a fourni toute la réalité où baignent les *Discours siciliens*: le contexte historique est ici un contexte livresque”.

A lo largo de la Época Imperial este proceso se perfeccionó, y como consecuencia de las nuevas funciones desempeñadas por las obras históricas en el proceso educativo, el discurso historiográfico protagonizó una nueva etapa caracterizada por una mayor complejidad. Sin duda, la obra completa de historiadores como Tucídides seguiría ocupando un lugar de privilegio entre los plúteos de los hombres cultos del momento. La abundancia de pasajes citados de su *Historia* por parte de los críticos y rétores así lo atestiguan.<sup>359</sup> Sin embargo, la evolución de los métodos de enseñanza en la escuela antigua condujo inevitablemente a un estudio de la historia extremadamente fragmentario, organizado en *exempla*, en temas éticos o en selecciones de textos que ofrecían modelos de composición retórica.<sup>360</sup> En este nuevo contexto educativo, fruto de una instrucción en la que jugaron un importante papel los *progymnasmata*, se explica la existencia de selecciones de discursos y arengas con finalidad retórica. La puesta en práctica de este método se apoya en una serie de testimonios que ponen de manifiesto que, incluso en la vida real, las arengas que se pronunciaban ante el ejército eran preparadas de antemano en la tranquilidad de un estudio en base a la consulta de unos modelos. De hecho, según Suetonio, el emperador Augusto nunca habló en público ni ante el Senado, ni ante el pueblo, ni siquiera ante sus soldados sin llevar bien pensado y elaborado por escrito el discurso que iba a pronunciar.<sup>361</sup> Esta debía de tratarse de una práctica bien asentada, ya que, además, según nos cuenta el historiador, el emperador no carecía de la facultad de improvisar.

En ese proceso compositivo tanto arengas muy significativas que se transmitiesen por separado como selecciones de origen historiográfico debieron de jugar un papel decisivo como nuevos modelos retóricos que facilitaban y simplificaban el proceso descrito más arriba. Sin duda, la ardua labor de lectura, interpretación y selección de los textos clásicos no estaba al alcance de todos. Tenemos, así, noticias de la circulación de arengas sueltas, como alguna muy significativa de César, de la que, según cuenta Suetonio, llegaron a conocerse dos versiones.<sup>362</sup> No obstante, lo más frecuente sería la selección de discursos a partir de la obra de autores prestigiosos como Salustio o Tito Livio. El ejemplo mejor conocido por su amplia influencia posterior es el de Salustio. Así, entre las épocas de los Flavios y de los Antoninos, un rétor había puesto en circulación una colección de discursos y de cartas extraídos de las obras del historiador romano con una clara finalidad retórica: servir de modelo para componer otros discursos.<sup>363</sup> El caso de Salustio no es un ejemplo aislado y, tal como sabemos por medio de las fuentes, también circularon selecciones de discursos y arengas extraídos de las obras de otros historiadores. Suetonio nos cuenta que, en la

<sup>359</sup> Esta es la opinión de Bompaire (1974: 4).

<sup>360</sup> Cf. Nicolai (1992) para un cuadro general. Sugerencias en esta dirección con respecto a la obra de autores concretos, como Elio Aristides, y a su empleo de repertorios de ejemplos históricos o selecciones de pasajes escogidos las encontramos en Boulanger (1923: 438-9).

<sup>361</sup> Cf. Suet. *Aug.* 84.

<sup>362</sup> Cf. Suet. *Caes.* 1.55.4.

<sup>363</sup> Cf. Paladini (1956).

época del emperador Domiciano, el senador Metio Pompusiano siempre llevaba consigo una selección de las arengas y discursos de Tito Livio, lo que, desde el punto de vista del emperador, lo convirtió en un elemento tan peligroso que lo mandó ejecutar.<sup>364</sup> Sin duda, su finalidad como modelo para la elaboración de discursos cívicos y militares lo ponía en el punto de mira y lo convertía en un sujeto sospechoso de aspirar al poder.

Pero incluso estas selecciones podían ser perfeccionadas con la publicación de otro tipo de composiciones retóricas. Dando un paso más allá, los rétores de la Segunda Sofística no sólo se contentaron con hacer selecciones de discursos, poniendo en manos de sus discípulos repertorios selectos que luego podían ser utilizadas como instrumentos para la emulación literaria, sino que incluso llegaron a crear declamaciones históricas y discursos ficticios que sirviesen de modelos creativos más elaborados. En el primer caso, como ocurre con los *Discursos Sicilianos* de Elio Arístides, el rétor pone en manos de los alumnos el resultado de un arduo proceso interpretativo de los pasajes más significativos de Tucídides: una declamación que ofrecía resumidas y reorganizadas las ideas clave de un suceso histórico emblemático como la expedición a Sicilia. Esa finalidad didáctica es confirmada por el hecho de que el primero de estos discursos de tema siciliano aparece resumido y analizado en una obra posterior, la *Retórica* atribuida al Pseudo-Arístides. Así, al final del primer libro de este manual, el rétor resume el discurso y pone de manifiesto el modo en que se ha elaborado su argumentación.<sup>365</sup> Como señala Pernot, se trata de un resumen claramente orientado a su uso en clase: “Pour scolaire, maigre et mutilé qu’il sois, ce sommaire, qui utilise les catégories rhétoriques, indique la voie à suivre pour analyser les déclamations d’Aristide”.<sup>366</sup> En el segundo caso, dando otro paso más en este proceso, rétores como Lesbonacte elaboraron un tipo de declamaciones históricas que, al estar desligadas de un contexto narrativo concreto en el que pudieran insertarse (de ahí su mayor indefinición), podían servir para completar aquello que los textos clásicos no aportaban. De este modo, estos discursos “históricos” podían incluir en su argumentación un número más amplio de tópicos que los convirtiesen, a la manera de los discursos ficticios de la primera sofística (como el *Ayax* o el *Encomio de Helena*),<sup>367</sup> en modelos retóricos generales, adaptables a situaciones concretas. En este contexto retórico, cobran todo su sentido los dieciséis *lógoi politikoi* de Lesbonacte que todavía Focio pudo leer en época bizantina. Por los tres discursos conservados de este rétor, está claro que no estamos ante una selección de discursos propiamente dicha, sino ante un conjunto de composiciones artificiales que sólo se entienden en este nuevo marco educativo, constituyendo una prueba del empleo e influencia de las arengas de origen historiográfico en la formación retórica. Historiografía, como fuente de modelos de exhortación militar, y Retórica, como arte del discurso persuasivo, aunaron fuerzas a la hora de llevar a cabo el nuevo tipo de *aemulatio* oratoria

<sup>364</sup> Cf. Suet. *Dom.* 10.3.

<sup>365</sup> Cf. Ps.-Arist., *Rhet.* 65, 1.13-16 Schmid.

<sup>366</sup> Cf. Pernot (1981: 59-60).

<sup>367</sup> Cf. Cole (1986).

que se impuso en la Segunda Sofística. Es evidente que en esa preparación de discursos militares intervendría tanto la formación retórica como el modelo de la historiografía y que sus efectos tuvieron que ser decisivos en el marco de la historiografía de época imperial.

Así se puede comprobar en la obra de autores como Arriano, Apiano o Dion Casio.<sup>368</sup> Y las consecuencias de este tipo de instrucción retórica, que daba tanto peso a los modelos historiográficos, también se percibe en otros géneros literarios que surgieron y se desarrollaron en la Época Imperial y en los que la retórica jugaba un papel decisivo. En este sentido, hay que dejar constancia de la influencia de los discursos de Tucídides en el empleo de la retórica en el género de la novela. Así, desde la obra de E. Rohde se ha destacado la influencia ejercida por la obra tucididea sobre el proceso de composición de muchas de las obras de este nuevo género literario, que compartía presupuestos narrativos con la historia y en el que la formación retórica propiciada por los *progymnasmata* jugó un papel destacado. Es muy significativo el proemio de una obra como *Dafnis y Cloe*, fechada hacia finales del siglo II d.C., donde el autor, a la manera tucididea, concibe su novela como “una posesión para siempre”.<sup>369</sup> Pero entre las novelas conservadas se destaca una en particular. Nos referimos a *Quéreas y Calíroo*, obra en la que la crítica ha destacado el influjo de pasajes muy significativos de la obra de Tucídides. Esta situación es algo lógico si tenemos en cuenta que la novela de Caritón se desarrolla en un contexto histórico perfectamente definido, como es la Sicilia de finales del siglo V a.C., en el que intervienen personajes descritos en la obra de Tucídides, como el general siracusano Hermócrates. Incluso, de manera más sutil, ese influjo también se percibe en aquellos casos en el que la acción se desarrolla en otros escenarios del Mediterráneo oriental. Así, al relatar la revuelta egipcia (6.8), cuya importancia es destacada en términos tucidideos como la mayor alteración (*kínēsis*) sufrida hasta ese momento, Caritón parece tener en mente alguno de los más destacados pasajes del texto tucidideo.<sup>370</sup> Y, de manera muy especial, esta imitación se observa en la introducción de discursos que remedan situaciones propias de la historiografía tucididea y que resultan útiles para la trama argumental. Por ejemplo, las palabras de Diódoto (Th. 3.45.7) sobre la determinación de la naturaleza humana cuando se propone algo. O la reflexión de Pericles sobre las consecuencias sobre el ánimo de los hombres de todo aquello que sucede en la guerra de manera inesperada (Th. 2.61.3: *tò aprosdóketon*). O el modo en el que Caritón presenta el resultado del debate mantenido por los mandos persas (6.8.5-6), reproduciendo en estilo indirecto unos razonamientos inspirados en el debate entre corintios y espartanos antes de la declaración de la guerra del Peloponeso (Th. 1.68-86). Sin olvidar el elemento más fácilmente aplicable desde el punto de vista de la caracterización

<sup>368</sup> Cf. el contexto general descrito por Strebel (1935) y las apreciaciones más concretas de Carmona Centeno (2008) con respecto a la *epipólesis*, y de Iglesias-Zoido (2010) con respecto al empleo de diferentes tipos de arengas a la hora de narrar un mismo suceso histórico.

<sup>369</sup> Cf. Luginbill (2002).

<sup>370</sup> Cf. Luginbill (2000: 5-11).

de un personaje: la inclusión de arengas militares. De hecho, como ha señalado Kasprzyk, Caritón pone de manifiesto una llamativa evolución del personaje de Quéreas por medio de su conversión en estratega en el episodio previo a la toma de Tiro.<sup>371</sup> Quéreas pronuncia en ese momento una arenga militar en toda regla, llena de los tópicos exhortativos más comunes en la historiografía antigua, que le hace ganar el respeto de sus hombres (7.3.8-11). En todos estos casos, se percibe la influencia ejercida por los *progymnasmata* y por los bien conocidos modelos clásicos, que se añan a la hora de poner de manifiesto la capacidad oratoria de los personajes de la novela. De este modo, se facilitaba la elaboración de un discurso ficticio que se acomodaba perfectamente tanto a las características del personaje como a un contexto bien definido.

Terminamos este repaso por las *valoraciones y utilidades* de la obra de Tucídides en la Antigüedad. Los testimonios analizados ponen de manifiesto la existencia de un proceso de perfeccionamiento retórico en el que los discursos de Tucídides, como modelos paradigmáticos de discurso historiográfico, jugaron un papel fundamental hasta el final del mundo antiguo. Tras siglos de poco aprecio, la lectura y estudio de su *Historia* volvió a cobrar auge al final de la República, y, sobre todo, sus discursos volvieron a ser considerados como modelos retóricos dentro del género historiográfico. De hecho, a lo largo de la Época Imperial, hay pruebas de que los discursos tucidideos adquieren en la retórica escolar la consideración de modelo ejemplar e, incluso, se convierten en el punto de partida para la elaboración de declamaciones. Su obra proporcionaba pasajes descriptivos imitables (un asedio, un combate nocturno, una peste), pero sobre todo ejemplos de los tres tipos de discursos más comunes en el género historiográfico: discursos de asamblea, embajadas y, sobre todo, arengas militares. Esta utilidad retórica acabó generando una lectura selectiva de una obra de Tucídides que, por otra parte, se creía que había transmitido ejemplos de la oratoria practicada en la Atenas del siglo V a.C. Pronto los discursos, como resultado de un proceso de selección retórica, comenzaron a circular de manera independiente de la obra en la que se insertaban e inspiraron reelaboraciones como las que encontramos en los *Discursos sicilianos* de Elio Arístides. E, incluso, como resultado del perfeccionamiento de este método, los discursos tucidideos empezaron a inspirar la elaboración de otro tipo de declamaciones, que ofrecían la ventaja de desarrollar aquellos aspectos que los originales no trataban con el suficiente detenimiento. De este modo, los discursos de un rétor como Lesbonacte son un testimonio precioso que ofrece diversos modelos de arenga militar de las que se pueden extraer todas las posibilidades de algunos de los tópicos que, muy al gusto del momento (las consecuencias dramáticas de la derrota), no aparecían en los discursos del siglo V a.C. La retórica imperial proporciona, así, las claves para entender uno de los modos de leer la obra del historiador que cobró más fuerza y que fue más influyente durante este período. Y, sobre todo, nos sitúa en el comienzo de un tipo de lectura selectiva

---

<sup>371</sup> Cf. Kasprzyk (2006).

de los textos historiográficos que será fundamental para comprender el legado de los discursos en etapas posteriores. La época bizantina, como veremos en el siguiente capítulo, no hizo más que perfeccionar un método ya existente y que había demostrado su enorme utilidad retórica y literaria.



## BIZANCIO

Mejor habrían hecho los atenienses, oh Tucídides,  
arrojándote a una cárcel oscura, a tí y a tu libro,  
en lugar de desterrarte a los confines de Tracia...  
(Tzetzes, gramático bizantino del siglo XII)

En Bizancio, Tucídides siguió siendo uno de los autores mejor conocidos y más ampliamente imitados. Un referente historiográfico a lo largo de más de un milenio y un autor canónico para cualquier hombre culto de este período. Éste es un dato que encontramos repetido en todos los estudios dedicados a la influencia de Tucídides en Bizancio.<sup>372</sup> Sin embargo, lo cierto es que este cuadro idílico, que parece avalar una amplísima recepción de la *Historia* en este período, contrasta con una evidencia que se repite insistentemente desde la Época Imperial: las crecientes dificultades lingüísticas y textuales que ofrecía el texto del historiador para las nuevas generaciones de lectores.<sup>373</sup> De nuevo, vemos cómo también en Bizancio, heredera del poder de Roma y de la cultura de la Grecia clásica, la obra de Tucídides se ve envuelta en una paradoja.

Por una parte, el griego de Tucídides cada vez resultaba más oscuro y arcaico para los hablantes de una lengua que había sufrido una evolución de más de diez siglos y que ahondaba las diferencias entre un nivel culto y otro popular. En este contexto, el prestigio de Tucídides se asentaba en el hecho de que su historia era uno de los principales exponentes del reverenciado aticismo y, sobre todo, en su papel como padre de la historiografía retórica. Ambos datos explican el inmenso aprecio de la escuela retórica bizantina hacia su obra y, sobre todo, la especial atención prestada a sus discursos, a sus cartas y a una selección de pasajes narrativos destacados por sus características estilísticas y retóricas.<sup>374</sup> De nuevo: peste, asedios, combates nocturnos y alocuciones.<sup>375</sup> La retórica bizantina, de este modo, garantizaba la preservación del legado tucidideo a través de una selección del texto que, como ya había hecho Dionisio de Halicarnaso en su momento, reunía y ejemplificaba las principales virtudes del estilo y de la retórica de la obra de Tucídides.<sup>376</sup>

---

<sup>372</sup> Cf. Hunger (1978); Reinsch (2006); Threadgold (2007).

<sup>373</sup> Cf. P. Lemerle (1986: 352): "It is not at all clear that the Byzantine Greeks of that society truly appreciated the beauty of Homer and Sophocles, Thucydides or Demosthenes... The writings of Greece remained almost incomprehensible to them". Cf. también Fryde (2000).

<sup>374</sup> Cf. Taragna (2000).

<sup>375</sup> Cf. Blockley (1972) o Miller (1976).

<sup>376</sup> Cf. la afirmación de Coricio de Gaza (Choric. 32.2 (*Or.* 8) Foerster-Richtsteig), que consideraba a Tucídides como "fuente de la retórica". Una fuente de la que, como señala el rétor del siglo VI, también habrían bebido autores de la talla de Demóstenes. Con respecto a la imitación de una selección de la obra de Tucídides, cf. la afirmación de Cameron (1996: 38): "It is clear, for example, that Choricus of Gaza imitated Thucydides in the same way as Procopius and that he often used the same model passages".

Por otra parte, la propia difusión textual de la obra del historiador ático presentaba también problemas.<sup>377</sup> Más allá de las copias que circularan en los *scriptoria* constantinopolitanos y en los puntos en los que sabemos que se desarrollaron importantes focos culturales, como ocurrió en Antioquía o en Gaza, donde nació y se desarrolló la “Tercera Sofística”, lo cierto es que el texto completo de la obra no era de fácil acceso.<sup>378</sup> Sabemos, gracias a un discurso de Temistio pronunciado el año 357 en honor de Constancio II, que la biblioteca imperial guardaba una copia de la *Historia* de Tucídides por lo menos desde su creación a principios del siglo IV d.C.<sup>379</sup> Del mismo modo, gracias a un autor del siglo IV d.C. como Libanio, tenemos el dato de que entre sus más preciadas posesiones, el rétor de Antioquía contaba con un códice completo de la obra.<sup>380</sup> Por lo demás, hay consenso entre los estudiosos de la transmisión textual en que por lo menos hasta los siglos IX y X d.C. no se transliteraron los viejos códices en letra uncial a los nuevos en los que se copió el texto en una minúscula más eficiente y accesible.<sup>381</sup> Este proceso, que se realizó sobre todo en la corte de Constantino VII, estuvo muy centrado en la capital del imperio. Prueba de ello es que la rama más extendida de su tradición manuscrita está encabezada por varios códices del siglo X que dependen del ejemplar, hoy perdido, de Constantino Porfirogénito.<sup>382</sup> El texto de Tucídides siguió circulando en el mundo bizantino, como ponen de manifiesto las diferentes familias de códices que se han preservado, pero es evidente que el acceso a una lectura de la obra completa planteaba problemas para los nuevos lectores. Se explican así los duros comentarios que, sólo dos siglos más tarde, un erudito como Tzetzes apuntó en los márgenes de un códice de Tucídides, el *Heidelberg Palatino 252*, a causa del sufrimiento y de las dificultades que encontró en una lectura completa de la obra. Estas críticas contrastan con el respeto reverencial hacia sus discursos y con las pruebas que tenemos de su influencia sobre la historiografía de todo el período. Ante esta situación, la única explicación plausible es que tuvieron que circular selecciones del texto de Tucídides en las que los discursos y, en todo caso, los pasajes más significativos se habrían reunido para ofrecer a estudiantes de retórica e historiadores modelos que pudiesen imitar. Algo lógico en una cultura como la bizantina en la que los *excerpta* ocuparon un lugar muy importante.<sup>383</sup> Consultar una de esas selecciones, ya fuese sólo de la obra de Tucídides o de un conjunto de historiadores, para extraer los modelos que iban a ser imitados facilitaba enormemente la tarea creativa.

Teniendo en cuenta este contexto, al estudiar el legado de Tucídides en Bizancio, analizaremos su reflejo sobre dos ámbitos que se encontraban interconectados y que nos permitirán entender aspectos decisivos de su

<sup>377</sup> Cf. Pérez Martín (2002: 133-147) con respecto a los lectores bizantinos de la historiografía antigua.

<sup>378</sup> Sobre el conocimiento de Tucídides en Gaza, cf. Downey (1958).

<sup>379</sup> Cf. Temist. *Or.* 4. 59d-60c.

<sup>380</sup> Cf. Lib. *Or.* 1.148-50.

<sup>381</sup> Cf. Irigoin (2003) y Mango (1975).

<sup>382</sup> Cf. Pérez Martín (2002: 137): el *Monac. Gr.* 430 y el *Laur.* 69.2.

<sup>383</sup> Cf. Odorico (1990) y Piccione (2003).

recepción. En primer lugar, pondremos como ejemplo la obra de tres significativos historiadores en los que se comprueba el seguimiento del modelo tucidideo desde los inicios del Imperio hasta la caída de Constantinopla. En segundo lugar, prestaremos atención al papel desempeñado por los *excerpta* de contenido historiográfico en el conocimiento y circulación del texto de Tucídides. Y, dentro de este ámbito, nos detendremos en la labor enciclopédica llevada a cabo a partir del siglo X en la corte del emperador Constantino VII Porfirogénito, clave en la transmisión de los textos historiográficos, y de donde procede un testimonio de especial valor para nuestra tesis.

## 1. Tucídides y la historiografía bizantina

Como ha puesto de manifiesto H. Hunger, los historiadores bizantinos tuvieron siempre presente la obra de Tucídides como modelo metodológico, imitando tanto la disposición del contenido histórico en narración y discursos, como el objetivo de ofrecer una historia pragmática y útil en diferentes ámbitos: políticos, militares, educativos, etc.<sup>384</sup> La historiografía antigua en Bizancio se convierte en una fuente inagotable tanto de enseñanzas pragmáticas como, sobre todo, de modelos de composición literaria.<sup>385</sup> En este sentido, no nos resistimos a citar las muy significativas palabras que A. M. Taragna ha dedicado a esta cuestión, destacando lo que el público docto del momento esperaba encontrar en una obra historiográfica de prestigio:

Durante il medioevo greco, per la spinta del processo mimetico, i *lógoi* furono pertanto assunti come tratto caratterizzante della storiografia retorica bizantina, continuatrice ed interprete della prestigiosa produzione antica. Le esigenze di un pubblico colto e raffinato, che nella lettura di un'opera storica si attendeva di riconoscere gli eventi della realtà attuale celati, per un gioco letterario, dietro una facciata dai connotati tradizionali, portarono gli autori delle monografie a profittare largamente di strutture e convenzioni consacrate dall'esempio dei grandi modelli: i proemi, dunque, le digressioni etnografiche, le descrizioni di battaglie e assedi, e inevitabilmente i *lógoi*.<sup>386</sup>

El cuadro teórico descrito por Taragna, donde el seguimiento de los modelos clásicos aseguraba una posición de privilegio, lo encontramos llevado a la práctica en historiadores de todo el período bizantino.

Procopio de Cesarea (siglo VI d.C.) ofrece el que quizás sea su más destacado ejemplo. La crítica ha reconocido la influencia de Tucídides sobre Procopio tanto en la *Historia Secreta* como en las *Guerras*.<sup>387</sup> Lo que puede observarse en el modo en que relata sucesos como un asedio, los efectos de una epidemia o una contienda civil, convertidos en auténticos lugares comunes del género historiográfico. Se entiende así el paralelismo que la crítica ha trazado

<sup>384</sup> Cf. Hunger (1978).

<sup>385</sup> Cf. Lijubarskij (1998) con respecto a esta segunda perspectiva.

<sup>386</sup> Cf. Taragna (2000: 3).

<sup>387</sup> Cf. Adshead (1993) y Cameron (1985).

entre el relato tucidideo del asedio de Platea (2.27) y el que ofrece Procopio del que sufrió Edesa;<sup>388</sup> el modo en que Procopio relata la epidemia del año 542 d.C.,<sup>389</sup> tan claramente inspirado en el relato tucidideo de la peste; o el empleo de similares procedimientos a la hora de introducir y desarrollar la imagen de personajes clave como el general Belisario, descrito, no por casualidad, como un trasunto del general Brásidas.<sup>390</sup> El espartano es uno de los militares más admirados por Tucídides, para quien era (así lo dejó claro en su obra por medio de alusiones homéricas aplicadas a su figura) una especie de Aquiles espartano y un modelo de oratoria exhortativa. Ya un lector del siglo VI d.C., en un testimonio recogido en los escolios de Tucídides al pasaje 4.83.3, comparó la *areté* de Brásidas con la que caracterizó al general bizantino Belisario. Pero, por encima de todo, como Taragna ha demostrado, el modelo tucidideo se puso en práctica en la elaboración de discursos y cartas.<sup>391</sup> Y, entre ellos, se destaca el amplio número de arengas militares que ponen de manifiesto hasta qué punto Procopio se mantuvo fiel a una tradición comenzada por Tucídides.

Otro historiador bizantino en el que también se ha destacado una influencia directa de Tucídides es Teofilacto Simocata (585-640 d.C.), autor de una *Historia* en 8 libros, que es la fuente principal para conocer el reinado del Emperador Mauricio y en la que se ha prestado una especial atención a los discursos desde el punto de vista tucidideo.<sup>392</sup> De hecho, a excepción del discurso que pronuncia Justino II ante Tiberio, que sería fiel a lo que fue realmente pronunciado en aquel momento (3.11.5-6), el resto de las intervenciones parecen ser composiciones escritas con la vista puesta en los autores clásicos. Aunque Teofilacto aprovecha las ocasiones proporcionadas por el tema narrativo adoptado para introducir discursos (una negociación: discurso diplomático; una batalla: arenga), no todas las negociaciones o batallas reciben el mismo tratamiento. El historiador recurre a su bagaje clásico para llevar a cabo la tarea. Así, por ejemplo, la victoria de Solachon en el libro II hubiera sido una buena ocasión para insertar una arenga, pero no lo hace al ser el relato ya excesivamente largo. Por el contrario, introduce un debate militar en la campaña de los Balcanes del año 587 (2.13-14) o una arenga antes de la “victoria” de Justiniano sobre Khusro en Armenia (3.13), hechos históricos sobre los que el historiador tenía pocos datos pero a los que quería dar un especial énfasis, lo que le lleva a recurrir al modelo clásico tucidideo. Y lo más importante desde el punto de vista de la recepción es que estos discursos claramente eruditos no son construcciones retóricas superfluas, sino que sirven para ilustrar aspectos esenciales de la narración histórica o para caracterizar a un orador como un individuo ejemplar o como representante de una nación. Tal y como Tucídides hiciese en su momento. Esa influencia, de un modo más o menos regular, se dará a lo largo de toda la historiografía bizantina, en donde

<sup>388</sup> Cf. Procop. *Bell.* 2.27.

<sup>389</sup> Cf. Procop. *Bell.* 2.22.

<sup>390</sup> Cf. Pazdernik (2000).

<sup>391</sup> Cf. Taragna (2000).

<sup>392</sup> Cf. Whitby (1988).

fue fundamental la imitación de los autores clásicos, llegando a ser perceptible incluso en historiadores muy posteriores como Ana Comnena (1083-1148) o Juan VI Cantacuzeno (1341-1354).<sup>393</sup>

Pero el dato más llamativo para nosotros, ya que pone de manifiesto hasta qué punto había arraigado en la cultura bizantina este proceso de imitación, es que todavía resulta visible cuando ya había caído el Imperio. En este sentido, Reinsch ha demostrado cómo Critobulo de Imbros (1410-1470), griego que acabó al servicio de sus enemigos turcos, ha seguido utilizando en la segunda mitad del siglo XV el modelo de Tucídides.<sup>394</sup> Y, de nuevo, como ya ocurría en la obra de Procopio, resulta que son las arengas militares y un conjunto de pasajes narrativos emblemáticos los que muestran un seguimiento más fiel del modelo. Critobulo es el autor de una historia de la conquista otomana del imperio bizantino llevada a cabo por el Sultán Mehmet II. Escrita bajo la dominación otomana, esta obra muestra una clara admiración hacia Mehmet II (a quien está dedicada) y combina el pesar por la caída del Imperio bizantino con la aceptación del nuevo poder turco como un hecho histórico inevitable. A la vista de esta situación, la crítica ha destacado la influencia de la obra de Flavio Josefo, el historiador judío que tuvo que relatar la destrucción de Jerusalén por Roma, y que había vivido una situación similar a la de Critobulo: historiar para los vencedores la destrucción de la propia patria. Este modelo le aportaría un enfoque general a la obra. Pero, a la hora de ejecutar pasajes concretos, el peso del modelo tucidideo se habría hecho notar. Así, cuando ha de resaltar el papel jugado por el Sultán como comandante militar, sigue optando por revisitar uno de los pasajes más importantes de Tucídides: las arengas del general Brásidas. El punto clave se encuentra es una amplia arenga que el Sultán pronuncia ante sus comandantes en el campo de batalla, a las afueras de Constantinopla.<sup>395</sup> Tras destacar las posibilidades de obtener botín y gloria, Mehmet instruye a sus hombres sobre cómo han de comportarse en la batalla. Y lo hace imitando las decisivas palabras pronunciadas por Brásidas en Anfípolis. El espartano se dirige primero a sus oficiales y les da instrucciones para la batalla (5.9.7) del mismo modo que Mehmet se dirige a sus visires Halil y Saruca.<sup>396</sup> A continuación, Brásidas se dirige a sus hombres y les asegura que luchará a su lado (5.9.9-10), al igual que hace Mehmet con los suyos. Algo similar ocurre cuando Critobulo ha de describir el asedio de Constantinopla, donde se sigue el modelo de la toma de Anfípolis por Brásidas. Sólo hay que comparar el texto de Tucídides (5.10.5) y el de Critobulo.<sup>397</sup> De este modo, se pretendía poner de manifiesto que Mehmet, como Brásidas, fue también un modelo de líder militar que supo ver, en el momento oportuno, la debilidad del enemigo y la aprovechó para conseguir la victoria.

<sup>393</sup> Cf. respectivamente los estudios de Díaz Rolando (1992) y Hunger (1976).

<sup>394</sup> Cf. Reinsch (1983) y (2006).

<sup>395</sup> Cf. Critobulus *Historiae* 1.48-51.

<sup>396</sup> Cf. Critobulus *Historiae* 1.51.1-5.

<sup>397</sup> Cf. Critobulus *Historiae* 1.60.1.

Como podemos comprobar, después de tantos siglos, el seguimiento del modelo tucidideo se sigue manifestando en el mismo sentido. De hecho, tanto la descripción de una peste o de un asedio como la introducción de discursos se siguen ajustando a un modelo que se había convertido en canónico y que demuestra que durante más de mil años se centró la atención una y otra vez sobre los mismos pasajes de la obra de Tucídides.

No obstante, se ha discutido mucho sobre la auténtica naturaleza de esta influencia literaria y sobre el proceso imitativo que implicaba, habida cuenta de las diferencias esenciales entre la historiografía tucididea, centrada en las acciones colectivas de la *pólis*, y la bizantina, centrada en la exaltación de la figura del emperador y de sus generales. Sin olvidarse de las diferencias ideológicas derivadas del omnipresente influjo de las creencias ortodoxas sobre la labor historiográfica. Y, por supuesto, de la enorme brecha lingüística y literaria que hacía que la obra de Tucídides fuera cada vez más oscura para los autores bizantinos de los últimos siglos del imperio. Es evidente que, a pesar del prestigio, nos encontramos ante dos labores historiográficas separadas por altos muros culturales. Esta situación explicaría el llamativo contraste que se produce entre el mantenimiento del modelo tucidideo y la existencia de juicios críticos muy negativos sobre la *Historia*, como los expresados por eruditos como Tzetzes, gramático bizantino del siglo XII, famoso por un espíritu crítico del que dejó huellas en muchos de los manuscritos que estudió.<sup>398</sup> Suyos son estos versos, una clara advertencia, anotados sobre los márgenes de un códice de Heródoto:<sup>399</sup>

Tzetzes te tiene en sus manos: vigila ahora lo que escribes. A él, que carece de libros, le gusta tener en sus manos un libro; no sabe contenerse y en los márgenes de los libros hace reproches a todos cuantos mienten.

Durante años reflexionó sobre los principios de la prosa histórica, sobre todo cuando elaboró el libro XII de sus *Historias*, donde discute sobre las *aretai lógou* a la luz de las teorías defendidas por los tratadistas antiguos (entre los que se destaca su admiración hacia Dionisio de Halicarnaso) y donde critica con dureza los discursos que imitan textos oscuros y difíciles de entender.<sup>400</sup> Es evidente que con estas afirmaciones se opone a los rétores academicistas de su época que imitaban los *lógoi* de Tucídides. De hecho, uno de los testimonios más importantes que se conservan de sus ideas lo encontramos entre los escolios que copió de su puño y letra en los márgenes de un códice de la *Historia* de Tucídides.<sup>401</sup> En estos comentarios, donde el filólogo bizantino aclara cuestiones etimológicas, estilísticas o dialectales, se nos presenta una imagen directa y sin intermediarios de cómo la lectura completa de nuestro historiador era ya un

---

<sup>398</sup> Cf. Baldwin (1982).

<sup>399</sup> Cf. Luzzato (2000).

<sup>400</sup> Cf. Luzzato (1999: 33).

<sup>401</sup> *Heidelberg Palatino* 252, f. 326v.

proceso complejo e, incluso, desagradable. Muchas de sus apreciaciones tienen que ver con la oscuridad del texto y con supuestos errores gramaticales que lo hacían difícil de entender para un lector moderno. De hecho, esto es visible desde el propio comienzo de la obra, (cuando critica la opinión de Marcelino por colocar a Tucídides por encima de Heródoto), hasta sus últimas líneas, que remata con unos versos en los que transmite el hastío que le supuso la lectura de esta historia. Al final del manuscrito se conserva una composición en 16 trímetros yámbicos bizantinos en la que se dirige con enorme dureza hacia el historiador y en donde resume su sentir y su sorpresa, como si fuera la primera vez que leía la obra completa:<sup>402</sup>

Mejor habrían hecho los atenienses, Tucídides, arrojándote a una cárcel oscura, a ti y a tu libro, en lugar de desterrarte a los confines de Tracia. Es evidente que tú no contaste aquello que ha sucedido en los tiempos antiguos, sino que sobre todo ocultaste con tu hablar oscuro y leñoso el testimonio que el Tiempo ha legado. Por ello, Yo mismo, Tzetzes en persona, que escribo sobre estas cosas y que conozco el testimonio de tantos libros y todos los sucesos que tu describes, me encuentro que he perdido la memoria de toda cosa, fulminado por estos discursos ambiguos y retorcidos que has escrito. ¿Qué podrá sucederle a otro, a uno de aquéllos que no tiene la formación adecuada? Debieras saber que el discurso “técnico” de los historiadores ha de ser claro y grave, persuasivo y al mismo tiempo grato...

Tzetzes, que ha criticado a Tucídides a lo largo de todo el manuscrito por una sintaxis que considera poco clara, en este último ataque se centra en criticar los discursos y el modo de organizar la exposición de los sucesos en el vasto ámbito de una obra histórica (lo que los antiguos llamaban *oikonomía*). Se opone así a los críticos de cuño alejandrino que habían parangonado la *oikonomía* tucididea con la de Homero. Pero, sobre todo, lo que puede observarse con claridad en los últimos versos es la comparación muy poco ventajosa con el estilo historiográfico de Heródoto, que es considerado como ejemplar. Todo ello hay que ponerlo en comparación con las afirmaciones de Dionisio de Halicarnaso en el sentido de que el historiador no sabía organizar bien la relación entre tiempos y acciones, lo que convertía a la obra en un relato oscuro y difícil de seguir.<sup>403</sup> Y, lo que es más significativo, estas ideas no quedaron en la simple teoría, sino que Tzetzes las puso en práctica en su obra más importante, las *Chiliades*, una miscelánea histórico-anticuaria compuesta por 12.674 versos pentadecasílabos en los que glosa y comenta hasta 660 cuestiones de mitología, historia, literatura o geografía que aparecen repartidas a lo largo de 107 cartas compuestas por él mismo. En esta obra no hay ninguna mención a la obra de Tucídides. Una falta de aprecio que contrasta con los numerosos pasajes citados de Heródoto y Plutarco, autores más adecuados a los intereses pedagógicos del momento.

<sup>402</sup> Cf. Luzzato (1999: 132-9).

<sup>403</sup> D. Hal. *Ep. ad Pomp.* 237. 15-16. Cf. Luzzato (1999: 132-9).

De este modo, aunque el conocimiento de la obra de Tucídides en Bizancio es un hecho sobre el que no se plantean dudas, no ocurre lo mismo a la hora de valorar la aplicación práctica de su lectura. Hay autores que consideraban que la influencia de Tucídides, en la línea de otros historiadores clásicos como Jenofonte, tiene más que ver con la cita erudita y arcaizante que con una auténtica comprensión de sus presupuestos fundamentales.<sup>404</sup> En otros casos, se ha destacado que esa influencia se produjo a través de intermediarios, como ciertos autores de época helenística e imperial (sobre todo Plutarco), mejor conocidos en la cultura bizantina y más ampliamente difundidos.<sup>405</sup> Estos estudios intentan explicar lo que sucede en aquellos casos en que, aunque los historiadores bizantinos trabajan con los mismos elementos, se obtienen resultados muy diferentes. Un claro exponente lo tenemos en la inserción de discursos, donde pueden encontrarse diferencias abismales en fondo y forma. Una autora como Anna Comnena puede servirnos como ejemplo. Mientras que Tucídides, salvo en contadas ocasiones, evita dirigirse directamente al receptor de la obra, dejando que sean sus oradores los que hablen y expresen sus opiniones, autores bizantinos como Comnena no dejan escapar la ocasión de dirigirse directamente a los lectores, recalcando con sus propias palabras la visión de las cosas que expresan los discursos de sus personajes. Por no hablar de la argumentación empleada, que era mucho más compleja y deudora de toda una tradición retórica bien asentada, que recarga unos discursos hijos de una educación y de una tradición ya milenaria.<sup>406</sup>

Esta situación tan llamativa, en la que parece que los autores no han captado el espíritu de los modelos clásicos y sólo se recrean en imitaciones concretas, suele explicarse aludiendo a un contraste intrínseco de la historiografía bizantina. Por un lado, la tendencia a una imitación fiel de los modelos antiguos, lo que en el caso de Tucídides llevaba inevitablemente a composiciones con un estilo difícil y arcaizante. Por otro, la tendencia a hacer de la historia un testigo de la pura “verdad” por medio de una narración simple que reproduce los hechos con la mayor claridad posible. La primera tendencia conducía a un producto literario destinado a una minoría, a las *élites* intelectuales, las únicas capaces de apreciar esa factura clásica. El resultado de seguir la segunda tendencia era ofrecer una historiografía accesible, de uso común, conforme a la finalidad intrínseca de un género que, en consonancia con las palabras de Dionisio de Halicarnaso, era “necesario y útil para todos”.<sup>407</sup> Ante esta contradicción que recorre toda la historiografía bizantina, hubo voces que defendieron un camino intermedio. Así, Focio defiende un “estilo mixto” como el más apropiado para la historiografía, con el que se buscaba una expresión literaria mesurada y equidistante tanto de los excesos aticistas como de los defectos de una excesiva simpleza. Sin embargo, estas pretensiones no tuvieron mucha fortuna. De hecho, como ha puesto de manifiesto E. Maltese, durante siglos el impulso

<sup>404</sup> Cf. Scott (1979).

<sup>405</sup> Cf. Garzya (1985).

<sup>406</sup> Cf. Díaz Rolando (1992).

<sup>407</sup> D. Hal. *Thuc.* 55.



congénito a practicar una *mimesis* clasicista se combinaba con la necesidad de componer obras dirigidas hacia un público más amplio. E incluso se dio la circunstancia de que más de un autor, tras haber profesado su adhesión a un estilo simple en el proemio de la obra, en el cuerpo de la misma, a la hora de recrear pasajes clave, cedía a la tentación de poner en práctica ese estilo artificioso y oscuro.<sup>408</sup> Un cuadro que, en definitiva, pone de manifiesto las dificultades que presenta el legado de Tucídides durante este período.

## 2. El papel de los *excerpta* de contenido historiográfico

A la vista de la situación que caracteriza a la historiografía bizantina, creemos que para entender cabalmente la cuestión del legado de Tucídides ha de centrarse la atención en la segunda cuestión a la que nos referíamos al principio de este capítulo: hasta qué punto el influjo de un historiador como Tucídides procedía de la lectura directa de la obra clásica, por muy importante que fuese, o se complementaba con el aporte de resúmenes y selecciones con clara finalidad retórica. Sobre todo, en el marco de una sociedad, como la bizantina, donde la cultura de la *syllogé* se llevó a sus más altas cotas.<sup>409</sup>

Por una parte, el texto completo de la *Historia* circuló ampliamente en Bizancio. Como es bien sabido, la tradición textual de Tucídides, tal y como ha llegado hasta el día de hoy, parte de un arquetipo (hoy perdido) que fue copiado de un códice transliterado en el siglo IX, a partir del cual se distinguen dos familias. La primera se encuentra representada especialmente por los códices C (*Laurentianus* 69,2 de comienzos del siglo X) y G (*Monacensis* 228, del siglo XIII). La segunda familia está representada por un códice de los siglos XI-XII, A (*Parisinus supp. Graecus* 255), y cuatro del siglo XI, B (*Vaticanus* 126), E (*Palatinus Heidelbergensis* 252), F (*Monacensis* 430) y M (*Britannicus* 11,727), a los que se suma el *recentior* H (*Parisinus Graecus* 1734, del siglo XIV). Sin embargo, junto a estos manuscritos, fruto de una época en la que se produce un auge del epítome y de las selecciones o *excerpta* de obras clásicas, también circularon selecciones de pasajes y de discursos de Tucídides, entresacados del grueso de la obra, de manera similar a lo que sucedió con la obra de otros autores y otros géneros literarios.<sup>410</sup>

Este proceso de transmisión selectiva de los discursos historiográficos tuvo su cumbre a mediados del siglo X, en la época del emperador Constantino VII Porfirogénito (911-959), cuando se emprendió una ingente tarea de recopilación de textos historiográficos.<sup>411</sup> De hecho, bajo su impulso, se emprende la monumental labor de hacer accesibles, por medio de la transliteración de la escritura uncial a una minúscula más eficaz, los textos más significativos de la historiografía previa. El resultado es una obra en 53 tomos, conocida con

<sup>408</sup> Cf. Maltese (2006).

<sup>409</sup> Sobre la cultura de la *syllogé* en Bizancio y sus implicaciones, cf. Odorico (1990) y Piccione (2003).

<sup>410</sup> Cf. Pérez Martín (2002).

<sup>411</sup> Cf. Dain (1953) y (1954).

el título de *Excerpta Historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeneti confecta*, que contenía una amplia selección temática extraída de la literatura histórica desde Tucídides hasta los autores bizantinos del siglo VII d.C. De esta obra enciclopédica sólo ha llegado hasta nuestros días una parte mínima: una porción de los textos relacionados con las embajadas (*De legationibus*), la mitad de la sección consagrada a los vicios y virtudes (*De virtutibus et vitiis*), y parte de las obras conocidas como *De insidiis* y *De sententiis*. En el preámbulo del *De legationibus* se expone el objetivo pedagógico y moralizante de la obra completa: reunidos libros de todo el mundo conocido, Constantino ha considerado que lo más adecuado era extraer de cada uno de ellos lo que era más útil y significativo, distribuyéndolo en 43 temas que comprenden todas las grandes lecciones que pueden extraerse de la historia. De acuerdo con esta idea, los *excerptores* seleccionaron y transliteraron los pasajes en la minúscula que los ha preservado hasta el día de hoy. Esos pasajes selectos encontraban una nueva utilidad como modelos pedagógicos y moralizantes. Pero también, en lo que concierne a los discursos, tuvieron una nueva utilidad con vistas a la elaboración de alocuciones de embajadores (*De legationibus*) y, de manera muy especial, para la elaboración de arengas militares. De hecho, una de las partes de esa colosal obra llevaba por título *Sobre las demegorías* (*Peri tôn demegoriôn*). El término *demegoría* designaba en este momento tanto un discurso pronunciado ante una asamblea como uno pronunciado ante un ejército. Por lo que sabemos de ella, proporcionaba una auténtica guía, acompañada de modelos de origen historiográfico, para facilitar la elaboración de discursos y arengas. Hoy se ha perdido, pero a lo largo de los *excerpta* constantinianos tenemos múltiples referencias a esta selección gracias a indicaciones del tipo “Busca en ...”, que nos muestran que discursos muy significativos fueron extraídos de las obras en las que estaban insertados y fueron reunidos en esta selección.<sup>412</sup> Esta obra nos da una pista fundamental sobre el modo en que podían aprovecharse aquellas partes de las obras historiográficas que daban más juego en la tarea de imitación. Por una parte, los pasajes reunidos en obras como *De virtutibus et vitiis* tenían una clara utilidad moralizante y didáctica. Por otra, tanto los discursos de embajada del *De legationibus* como las arengas del *Peri tôn demegoriôn* son pruebas de un modo de leer la historiografía con una finalidad retórica. En cierto modo, estos *excerptores* bizantinos llevaron hasta el extremo la utilidad pragmática de la historia. Y el éxito y aceptación de este enfoque llegó hasta tal punto que, en casos como el de Polibio, gran parte de la obra que hasta entonces todavía podía leerse y que no fue seleccionada se perdió. Es fácil de comprender: estas selecciones ofrecían aquellos pasajes que se consideraban más útiles y el resto quedó relegado a la erudición.<sup>413</sup> Algo similar (sin llegar a la pérdida del texto

<sup>412</sup> Referencias al ΠΕΡΙ ΔΗΜΗΓΟΡΙΩΝ en los *excerpta* elaborados en el entorno de Constantino VII: *De legationibus* 199.6; 484.18. *De virtutibus et vitiis* 1.63.2; 2.153.10; *De insidiis* 4.22, 30.22, 48.25, 215.8 y 412.27. En todos estos pasajes, al llegar a un discurso historiográfico, se remite a la selección con las expresiones ΤΕΘΕΙΤΑΙ ΠΕΡΙ ΔΗΜΗΓΟΡΙΩΝ o ΖΗΤΕΙ ΕΝ ΤΩ ΠΕΡΙ ΔΗΜΗΓΟΡΙΩΝ.

<sup>413</sup> Cf. Piccione (2003).

de partida) debió de ocurrir en el caso de Tucídides y de otros historiadores griegos de la época clásica.

El ejemplo más importante, que nos puede aportar un paralelo del proceso de selección que podían haber seguido los discursos de Tucídides y el modo en que se aplicaba en la práctica, lo proporciona un maravilloso manuscrito: el *Ambrosianus B 119 sup.*<sup>414</sup> Se trata de un códice de pergamino de grandes dimensiones que contiene un *corpus* de obras de carácter militar reunido por encargo de Basilio *Parakoimómenos* y copiado en el *scriptorium* constantinopolitano hacia mediados del siglo X.<sup>415</sup> La mayor parte de las obras que contiene son textos *de re militari*, tanto de la Antigüedad grecorromana (el *Strategikós* de Onasandro), como de época bizantina (el *Strategikón* de Mauricio, el *Cynegeticus* y el *Taktikón* de Urbicio o las *Tacticae Constitutiones* de León VI). Para nosotros, el principal interés de este *corpus* no reside en este tipo de composiciones de contenido técnico, sino en dos obras relacionadas con la oratoria militar que están copiadas una a continuación de la otra. La primera es un manual de retórica exhortativa, a la que Köchly puso el nombre de *Rhetorica militaris* (ff. 135r-140v) y que ofrece de manera escueta las claves retóricas para componer una arenga militar.<sup>416</sup> Su principal interés procede del hecho de que es la única retórica dedicada a este tema. La segunda es una selección de arengas militares que se conoce bajo el nombre de *Demegoríai protreptikai* (ff. 141r-161v). Esta selección no contiene ninguna arenga de Tucídides, pero nos ofrece un *corpus* de discursos que constituye un paralelo de enorme valor codicológico, temático y retórico, y que nos permite entender cómo se elaboraba una selección de discursos en Bizancio. De hecho, en los veinte folios del códice ambrosiano se han recopilado 17 demegorías entresacadas de las obras de Jenofonte (discursos 1 a 8), Flavio Josefo (discursos 9 a 12) y Herodiano (discursos 13 a 17). A ellas hay que unir dos arengas, en forma de cartas dirigidas a un ejército en campaña, atribuidas al propio Constantino VII Porfirogénito y que han sido fechadas en los años 950 y 958.<sup>417</sup>

En esta ocasión, sólo nos vamos a detener en el primer grupo de arengas a modo de ejemplo. Está encabezado bajo el título de *Demegoría de Jenofonte extraídas de la Ciropedia* (Δημηγορίαί Ξενοφόντος ... Κύρου παιδείας), que pone de manifiesto su procedencia. Sin embargo, sólo las dos primeras arengas proceden de la *Ciropedia*: un discurso de Ciro a sus compañeros (*Cyr.* 1.5.7-14) y una arenga del Rey Asirio a sus tropas (*Cyr.* 3.3.44-45), el resto ha sido extraído de la *Anábasis*.<sup>418</sup> Cada discurso cuenta con un título que identifica al orador y a los receptores (ej.: disc. 1: *Demegoría de Ciro a sus propios soldados*). Y, además, para evitar confusiones, una mano, con tinta roja, ha indicado en los márgenes del texto la diferente procedencia de los discursos: unos de

<sup>414</sup> Cf. Eramo (2007).

<sup>415</sup> Cf. la descripción codicológica en Mazzucchi (1978).

<sup>416</sup> Cf. Zuckermann (1990), Cosentino (2000) y Rance (2008).

<sup>417</sup> Cf. Vari (1908), Ahrweiler (1967) y la actualización de McGeer (2003).

<sup>418</sup> Cf. disc. 3: X. *Anab.* 3.1.15-25; disc. 4: X. *Anab.* 3.1.35-44; disc. 5: X. *Anab.* 3.2.2-3; disc. 6: X. *Anab.* 3.2.10-32; disc. 7: X. *Anab.* 3.2.39.

*Ciropedia* y otros de *Anábasis*. De la elección de los discursos que conforman este *corpus* y de la disposición del texto en los folios del manuscrito se extraen muy interesantes conclusiones que exceden el espacio que tenemos. Sólo adelantamos algunas de ellas:

En primer lugar, estas *demegorías* protrépticas han sido seleccionadas a partir de la obra de tres historiadores representativos de diferentes períodos: Época Clásica (Jenofonte), Época Imperial (Flavio Josefo) y Antigüedad Tardía (Herodiano). Estos discursos se complementan con dos arengas contemporáneas de Constantino, donde se sigue recurriendo a procedimientos retóricos similares. Ofrecen, por lo tanto, una selección que recorre la historiografía desde el siglo IV a. C. hasta la época bizantina.

En segundo lugar, el tipo de arenga elegido pone de manifiesto cuál era el objetivo de los *excerptores*: seleccionar arengas que proporcionasen modelos retóricos significativos, fácilmente imitables y entroncados con la tradición historiográfica antigua. Así se observa en el caso, por ejemplo, de la *Ciropedia*. El primer discurso de Ciro a los que serán sus compañeros ha sido elegido como representante del tipo de alocución que suele hacer el persa en la obra de Jenofonte: dirigida sólo a los mandos. La segunda es un modelo de *epípólesis*: es decir de un tipo de discurso de raigambre homérica, que vivió una intensa tradición literaria en la historiografía antigua.<sup>419</sup> Pero es un tipo de discurso que no suele pronunciar el rey persa. Es evidente que, para los *excerptores*, el discurso del asirio era más importante desde el punto de vista imitativo, ya que permitía poner de manifiesto su ascendencia homérica.

En tercer lugar, la clara identificación de cada grupo de arengas y de cada uno de los discursos, aportando una información contextual clave, como son procedencia, orador y receptores, pone de manifiesto un interés práctico. Esa identificación deja claro también que existía una gran variedad de arengas. Y si a ello le unimos que la obra que precede a la selección es una breve *Rhetorica militaris*, en la que se explica cómo ha de componerse este tipo de discurso, entendemos hasta qué punto llegaba el interés por estas composiciones en Bizancio. Nos encontramos, por lo tanto, ante un procedimiento con finalidad retórica, donde la explicación teórica es seguida por un apéndice de modelos adecuados para llevar a la práctica las recomendaciones. Algo parecido a lo que también ocurre en las retóricas epistolares de la Edad Media.<sup>420</sup>

Por último, una serie de cuestiones permite observar el método empleado a la hora de componer una selección de discursos: la eliminación de algunos pasajes, que contenían digresiones poco útiles desde el punto de vista de esta retórica militar; el paso al estilo directo de algún discurso que en el texto original estaba en estilo indirecto, permitiendo así una uniformidad del estilo de la selección; el papel que juegan los vocativos al comienzo de cada discurso; o los restos de los engarces originales de los discursos, preservando en algunos

<sup>419</sup> Cf. Carmona Centeno (2008).

<sup>420</sup> Cf. Witt (1982).

casos los verbos introductorios que a lo largo de toda la tradición habían caracterizado a las arengas militares.<sup>421</sup>

Este manuscrito, además, no es el único testimonio de este interés por la oratoria militar a partir de los modelos de la historiografía antigua. En la misma línea, nos encontramos con otras selecciones de pasajes exhortativos realizadas en época bizantina con la intención de poner en pie otros ejemplos de retóricas militares, como puede comprobarse en el capítulo 14 de los *Excerpta Polyaeni (Protropè eis andreían kai peithanágken)*, o en las *Parainéseis strategikái* compiladas por el emperador León (cap. 11) a partir de la obra de Polieno.<sup>422</sup> El marcado interés mostrado por *excerpta* como estos nos permite comprender que se mantuviera el interés por la elaboración de selecciones de pasajes de la obra de Tucídides, considerados modélicos para la enseñanza de la retórica. Como ocurre, por ejemplo, en el caso de Gregorio de Corinto y su utilización de los historiadores antiguos como modelos retóricos y como paradigmas dialectales.<sup>423</sup> Una tendencia que claramente condicionó la manera de leer al historiador ático hasta el final del Imperio Bizantino por parte de autores de los siglos XIII y XIV como Máximo Planudes o Gregorio de Chipre.<sup>424</sup>

En definitiva, estos testimonios nos abren una ventana a un proceso del que apenas quedan restos y que pone de manifiesto la importancia de las selecciones de discursos en Bizancio. Proporcionan un paralelo que permite comprender cómo el historiador más difícil de todos pudo ser leído e imitado de manera tan amplia por parte de la retórica e historiografía bizantinas. Y, en todo caso, nos colocan ante la certeza de que determinados pasajes de la obra de Tucídides y, de manera muy especial sus discursos, tuvieron una circulación independiente del grueso de la obra a lo largo de la época bizantina. Este proceso, que vivió su cumbre en el siglo X, mantuvo su fuerza en los siglos siguientes, cuando el gusto literario y retórico cambió aún más. Y es que, a la vista de las enormes dificultades que a un erudito como Tzetzes ya provocaba la lectura de la obra, los *excerpta* conseguían evitar la oscuridad del texto en su conjunto y ofrecían a los posibles interesados aquella parte de la obra que todavía se seguía considerando como ejemplar. Gracias a este proceso selectivo de transmisión, los discursos acabaron jugando un papel que luego sería decisivo para el renacimiento de la influencia de Tucídides en la cultura occidental. Pero para ello tendremos que esperar hasta que, a finales del siglo XIV, un aragonés retome de manos bizantinas este aspecto esencial del legado clásico.

<sup>421</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2006).

<sup>422</sup> Cf. Schindler (1973: 205 ss.).

<sup>423</sup> Cf. Wilson (1994: 258-265).

<sup>424</sup> Con respecto a Planudes, cf. Fride (2000): "The copy of *Thucydides* which Planudes owned by 1.300 (ms. *Monacensis* gr. 430)... contains numerous marginal notes pointing to its use as a school textbook". Sobre este manuscrito, cf. Cf. Pérez Martín (1989). Sobre la *sylogé* elaborada por Gregorio de Chipre con sentencias extraídas de Tucídides, Jenofonte y las *Vidas Paralelas* de Plutarco, que se conserva autógrafa en los ff. 266v-267v y 270-271 del *Par. Gr.* 2953 y en los ff. 284-287v y 333-338 del *Escr.* X.I.13, cf. Pérez Martín (2006: 253-270).

## EDAD MEDIA: EL *TUCÍDIDES* DE HEREDIA

Medieval historians could not read Thucydides and they did not read Tacitus: so they depended on Sallust.<sup>425</sup>

Es evidente que a lo largo de la Antigüedad grecolatina y de la época bizantina, gracias a una amplia difusión del texto, la obra de Tucídides gozó de una gran estima que facilitó el proceso de imitación. Otra cosa muy distinta es lo que ocurrió en la Edad Media latina. En Occidente, tras la caída de Roma, el texto de Tucídides, de manera paralela a lo que le sucedió a los demás historiadores griegos, tuvo una difusión muy restringida y no se benefició de la labor traductora árabe.<sup>426</sup> Lo que realmente circulaban eran compendios y epítomes tardíos que resumían los momentos clave de la historia antigua.<sup>427</sup> A ello se unió el reducido número de personas que podían leer griego en este momento, lo que explica que también fuese muy rara su influencia directa. No obstante, puede hablarse de un influjo indirecto, a través del éxito y de la amplia difusión que tuvo un historiador como Salustio, claro deudor de la obra de Tucídides. De hecho, una de las causas del éxito de Salustio, junto a su visión moralizante de la historia y a su estilo ejemplar, fueron precisamente los discursos que tanto debían al modelo tucidideo. Los escoliastas medievales prestaron una especial atención a sus arengas (son frecuentes las rúbricas y las llamadas dentro de los manuscritos señalando su presencia), y los cronistas las tomaron como modelo a la hora de componer sus propias historias. El historiador latino se convirtió, así, en un eslabón fundamental.<sup>428</sup> Como ha señalado Sanford, la mayor parte de los eruditos medievales admiraban a los mejores historiadores griegos, entre los que se destacaba Tucídides, sólo por las alabanzas que les dedicaban historiadores latinos posteriores, los únicos realmente accesibles en aquel momento histórico.<sup>429</sup> La inexistencia de traducciones de estos autores de referencia provoca situaciones que pueden conducir a error al evaluar los modelos seguidos por determinados textos medievales. Un ejemplo lo ofrece la imitación que, según algunos críticos, habría llevado a cabo el escritor italiano Boccaccio (1313-1375) del pasaje tucidideo de la peste.<sup>430</sup> La crítica ha centrado la atención en la descripción, al comienzo del *Decamerón*, de la epidemia que arrasó Florencia a mediados el siglo XIV, que, de hecho, se convierte en la excusa inicial y en el hilo conductor de la obra. En este caso, a pesar del interés de Bocaccio por la lengua griega, lo cierto es que su modelo más probable tuvo que ser algún tipo de obra enciclopédica que le ofreciera los principales

---

<sup>425</sup> Cf. Smalley (1970:172).

<sup>426</sup> Cf. Poggi (1986).

<sup>427</sup> Cf. Sanford (1944).

<sup>428</sup> Cf. Smalley (1970).

<sup>429</sup> Cf. Sanford (1944).

<sup>430</sup> Cf. Grimm (1965).

puntos que ha de seguir una descripción estereotipada de una epidemia. De hecho, el modelo de partida ni siquiera pudo ser el pasaje del *De rerum natura* de Lucrecio heredero de la descripción de Tucídides, ya que esta obra no fue accesible en Italia hasta 1417.<sup>431</sup>

Ante este contexto cultural, en el que el conocimiento de la historia antigua se debía sobre todo a la consulta de compendios y epítomes, hay que esperar hasta el final de la Edad Media para encontrar un renovado interés directo por la obra del historiador ático. Y, a la vista de lo ya expuesto hasta ahora, no es sorprendente que la que acabó siendo la primera versión de Tucídides a una lengua vernácula fuera, precisamente, una traducción de los discursos. Encargada por el Gran Maestre D. Juan Fernández de Heredia a finales del siglo XIV, ha llamado la atención de estudiosos de la historia de la traducción y de los investigadores de los orígenes del humanismo en los reinos de la Península Ibérica. Sin duda, el que se trate de la primera traducción de los discursos de Tucídides a una lengua vernácula, el posible papel jugado en la producción del *scriptorium* aviónés de Heredia, o las vicisitudes que corrió posteriormente el manuscrito único, en el que se ha conservado esta selección, hoy día en la Biblioteca Nacional de Madrid, han centrado los estudios realizados hasta el momento.

Pero, desde nuestro punto de vista, el análisis de su contexto lingüístico, cultural e histórico, paso primero e inexcusable, ha desviado la atención de la selección en sí misma. Esta selección de discursos y el modo en que aparece dispuesta en su manuscrito original ofrecen datos de gran interés sobre la fortuna de los discursos de Tucídides. A la luz de lo que ya hemos analizado en los capítulos anteriores, cuestiones que hasta ahora han sido tocadas muy de pasada, como la presencia de engarces narrativos, la ausencia de unos discursos y la transformación de otros (pasados de estilo indirecto a estilo directo), o, en definitiva, su disposición dentro del manuscrito, merecen un estudio más detenido, en el que no sólo ha de ser tenido en cuenta el ámbito cultural de llegada (el Aragón del siglo XIV), sino el de procedencia, es decir, el imperio bizantino y su tradición literaria. A partir de los datos que nos aportan estos elementos, proponemos una nueva interpretación sobre el modo en que se llevó a cabo la traducción al aragonés de los discursos del gran historiador ático del siglo V a.C., que hoy, gracias al trabajo de Álvarez Rodríguez, cuenta por fin con una edición adecuada frente a la meritoria pero desfasada transcripción de Pérez Molina.<sup>432</sup>

## 1. La figura de Heredia en el Aragón de la segunda mitad del siglo XIV

El Aragón de la segunda mitad del siglo XIV, vía Aviñón o vía Nápoles, se convirtió en un territorio proclive para la difusión y asimilación de las nuevas corrientes del humanismo procedente de Italia. Los reinados de Pedro IV (1344-1387) y de Juan I (1387-1395) fueron decisivos para el surgimiento en tierras aragonesas de un humanismo que volvió a propiciar el conocimiento

<sup>431</sup> Cf. Reynolds (1983: 221). Cf. *Lucr.* 6.1090-1286.

<sup>432</sup> Cf. Álvarez Rodríguez (2007) y Pérez Molina (1960).

y difusión de los clásicos grecolatinos.<sup>433</sup> De hecho, el humanismo arraigó en la Corona de Aragón medio siglo antes que en Castilla debido al influjo combinado que ejercieron tres circunstancias históricas. En primer lugar, los dominios aragoneses en Italia (Sicilia y Nápoles), lo que puso al Reino en directa vecindad con los estados italianos. En segundo lugar, su ascendencia ante la corte pontificia de Aviñón, centro cultural por excelencia. Y, en tercer lugar, la familiarización del Reino de Aragón con los sucesores de la cultura griega en el Mediterráneo Oriental. Si a ello le unimos las incipientes relaciones establecidas entre humanistas de diversas nacionalidades, que mantuvieron una importante relación epistolar, y un creciente intercambio de manuscritos y de traducciones, tenemos los factores que permiten explicar el surgimiento y desarrollo del importante movimiento cultural en el que se inserta la labor de Heredia.

El que un noble como Heredia desarrollase una ingente tarea de mecenazgo y de difusión del conocimiento de los clásicos se explica mejor si se tiene en cuenta que este “pre-humanismo” del Trecentos fue un movimiento elitista y minoritario, que floreció sobre todo en las cortes reales y en las chancillerías. Mientras que en las universidades se mantenía la tradición medieval escolástica, a lo largo del siglo XIV van a ser nobles y reyes los que muestren un gran interés por la cultura antigua, los que encarguen traducciones bien remuneradas del latín y, lo que supuso una gran novedad, del griego. Esta lengua, apenas estudiada a lo largo de la Edad Media, vuelve a ser valorada y resurge el interés por conocer de primera mano la obra de autores griegos como Plutarco o Tucídides.<sup>434</sup> Ese interés fue el principal acicate para que nuevas obras se tradujesen primero al latín y luego a las diversas lenguas vernáculas. Gracias al mecenazgo e inclinación demostrados por Pedro IV el Ceremonioso, la labor desarrollada por un selecto grupo de traductores y de copistas permitió que esta nueva cultura fuera accesible a un grupo más amplio de lectores y que, por lo tanto, su ámbito de influencia se incrementase de manera significativa. En este sentido, se destaca la labor desempeñada por personajes influyentes de la corte, como el dominico Jaime Doménech, traductor al catalán de los *Estratagemas* de Frontino en 1369 y autor de un *Compendio de Historia Universal*, en el que trabajó desde 1363 hasta 1384. Pero, sobre todo, sobresale de manera muy especial el entorno del Gran Maestre.

Heredia es un hombre del siglo XIV, que aunó en una misma persona el interés por las armas y por las letras. Nacido en Munébraga en 1310, desde muy joven se relacionó con los hospitalarios sanjuanistas, desempeñando diversos cargos de Comendador. Fue un personaje influyente en la corte de Pedro IV, de quien fue consejero desde 1338, y tuvo una vida marcada por dos hechos históricos decisivos que determinaron la labor desarrollada en la etapa final de su vida. Uno fue la intervención aragonesa en el Mediterráneo oriental, durante la que cae prisionero de los turcos en 1379 y por la que acabó siendo nombrado Gran Maestre de Rodas. El otro fue el Cisma de Occidente, en el que toma

<sup>433</sup> Tal y como han puesto de manifiesto Batllori (1987) y Canellas-Trenchs (1988).

<sup>434</sup> Cf. Weiss (1977).



partido por el antipapa Clemente VII. Tras ser liberado de su confinamiento, se afincó en Aviñón en 1382, lugar del que ya había sido gobernador en 1361, y en el que residió hasta su muerte en 1396. Fue allí donde Heredia desplegó su actividad cultural y reunió un equipo de trabajo encargado de compilar textos históricos y de traducir un selecto grupo de clásicos griegos y latinos. Heredia tuvo que ser el responsable tanto de la elección de los temas y de las líneas seguidas en las compilaciones, como en la selección de las obras que debían ser traducidas. De este modo, consiguió reunir una importante biblioteca, en la que coleccionó los autores clásicos que trataban los temas históricos por los que sentía mayor predilección. En el círculo de Heredia eran familiares autores como Valerio Máximo, Tito Livio y Salustio, a los que se van a unir, por mediación del Gran Maestre, Plutarco y Tucídides. La suya, por otra parte, no fue una biblioteca aislada, orientada sólo a su uso particular. De hecho, la relación con la Corte de Aragón fue muy fluida, como demuestra la correspondencia mantenida con el nuevo rey Juan I. Así, en 1383, el rey le pide el *De Bello Judaico* de Flavio Josefo. En 1384, le pide un Pompeyo Trogo e, incluso, alude a un “filósofo de Grecia”, que, a las órdenes de Heredia, estaba traduciendo una obra del griego al romance. El mismo monarca llegó a visitar en 1391 la biblioteca que poseía el Gran Maestre en Caspe, donde pretendía ser enterrado al lado de sus libros. No obstante, Heredia, como buen bibliófilo, se reservó para sí mismo algunos de los manuscritos. De hecho, a partir del cotejo de la correspondencia real de la que fue destinatario con las fechas de copia de algunos de los manuscritos, se ha descubierto que, en ocasiones, ocultó la existencia de algunas de sus traducciones o, simplemente, hizo caso omiso a peticiones muy interesadas hechas por otros eruditos. Así ocurrió con la traducción de las *Vidas* de Plutarco, que llamó la atención del humanista Coluccio Salutati, quien, ofreciendo a cambio una traducción latina de la *Odisea*, la reclamó sin éxito a Heredia.<sup>435</sup>

Es preciso tener presentes estos datos para entender la escasa influencia que acabó teniendo esta selección de discursos. A pesar de que fue la primera vez que se ponían en lengua vernácula unos discursos tan influyentes como los de Tucídides, la traducción apenas fue conocida fuera de este círculo nobiliario del Gran Maestre. Tras su muerte, este manuscrito, junto con gran parte de sus obras, pasó a la biblioteca del Marqués de Santillana y, desde allí, a otras bibliotecas nobiliarias hasta que entró a formar parte de los fondos de la Biblioteca Nacional de España, donde hoy se conserva.<sup>436</sup>

## 2. Las causas de la traducción del *Tucídides*

Con respecto a los motivos que explicarían la razón de ser de esta primera traducción parcial de la obra de Tucídides a una lengua vernácula, la crítica hasta ahora ha señalado una serie de posibles causas:

---

<sup>435</sup> Cf. Luttrell (1970).

<sup>436</sup> Cf. Schiff (1905).

En primer lugar, López Molina, al transcribir y publicar el texto de los discursos en los años sesenta, defendió una simple finalidad anticuaria. Los discursos habrían sido mandados traducir por Heredia “con la intención de tener en ellos la posibilidad de saborear el espíritu de la historia clásica”.<sup>437</sup> En esta interpretación se pone de manifiesto la visión tradicionalmente mantenida por los estudiosos de la obra herediana, que consideran que la selección de los discursos se debía a la labor de un “filósofo” heleno, un tal Demetrio Calodiqui, conocedor del griego clásico y que habría trabajado a las órdenes de Heredia. Éste, a partir de una lectura de la obra original de Tucídides, habría entresacado los discursos, vertiéndolos del griego clásico al moderno. De hecho, si nos atenemos a esta interpretación, Calodiqui habría sido el único capaz de entender el texto original en su conjunto. Como afirma López Molina, “parece lógico suponer que Talodiqui (por mayores hábitos de erudición y de estudio) estaría más capacitado que Heredia para compenetrarse con el espíritu de una obra clásica griega”.<sup>438</sup>

En segundo lugar, como señala el profesor L. Gil, el objetivo que podría haber animado esta selección de los discursos habría sido poder utilizarlos como modelo para los que luego iba a insertar en otras obras históricas, como la *Crónica de España*, en la que estaba trabajando el propio Juan Fernández de Heredia en la última etapa de su vida.<sup>439</sup> Y es que, en la España de finales del XIV y de comienzos del siglo XV, se vuelve a conceder gran crédito a las historias de la Antigüedad. No sólo en lo que atañe a la verdad o falsedad de los hechos narrados en ellas, sino también en lo que respecta al valor ejemplar de sus grandes hombres, de la historia como *magistra vitae*.<sup>440</sup> Para autores como Fernández de Heredia, estas historias antiguas cuentan sucesos verdaderos y, sobre todo, ejemplares. No es extraño, por lo tanto, que sus acciones y sus discursos pudiesen servir de modelo para historiar el presente, sobre todo teniendo en cuenta el interés que el Gran Maestre sentía por los héroes de Plutarco. La obra de Tucídides ofrecía, por lo tanto, la oportunidad de contar con las intervenciones de algunos de los más significativos héroes que describe el filósofo de Queronea en sus *Vidas Paralelas*.<sup>441</sup>

En tercer lugar, sin descartar esta segunda posibilidad, Cacho Bleuca plantea la hipótesis de que nos encontremos ante una selección con una posible orientación retórica.<sup>442</sup> No sólo dentro del ámbito propiamente literario de estas *Crónicas* llenas de discursos, sino incluso pensando en su utilización como modelo oratorio práctico. Esta interpretación ya fue adelantada por Vives, al explicar su aparición junto a los discursos de la *Crónica Troyana*: “Muy acertadamente se reunieron en un mismo volumen las dos obras, que

<sup>437</sup> Cf. López Molina (1960: 45).

<sup>438</sup> Cf. López Molina (1960: 45, n.28).

<sup>439</sup> Cf. Gil (1981: 147).

<sup>440</sup> Cf. Tate (1970).

<sup>441</sup> Cf. Álvarez Rodríguez (1983).

<sup>442</sup> Cf. Cacho Bleuca (1997: 145-149).

venían a ser un modelo de oratoria militar”.<sup>443</sup> No obstante, Vives yerra al intentar igualar ambos textos, señalando que “en ambas obras la narración del historiador es casi nula”. Esta afirmación no se corresponde con la disposición real de la crónica. A partir de esta interpretación, se ha especulado sobre la posible utilización de selecciones de discursos como ésta en el ámbito de las Cortes aragonesas, que vivieron un período de esplendor oratorio durante el siglo XIV, lo que volvería a poner a los discursos de Tucídides como modelo de oratoria política y militar en la cultura occidental.<sup>444</sup> Es en este sentido en el que habría que situar la opinión de Riquer: “Aventuraría que sin la brillante tradición oratoria de las Cortes de Aragón, tanto las generales como las particulares, Fernández de Heredia no se hubiera visto tentado a reproducir en aragonés los retóricos y brillantes discursos que Tucídides pone en boca de Nicias, Demóstenes y Pericles y otros tantos griegos ilustres”.<sup>445</sup> El que en la segunda parte del manuscrito haya otra selección de 147 discursos extraídos de la *Crónica Troyana* de Guido delle Colonne, que, con toda seguridad, parece haber sido realizada también en el *scriptorium* de Heredia, reforzaría la idea de una posible finalidad retórica.

La crítica, por lo tanto, a la hora de determinar los motivos por los que se llevó a cabo la traducción de estos discursos en el entorno de Heredia se debate entre el cumplimiento de un simple propósito anticuario y su posible utilización tanto en la labor historiográfica como retórica. Lo cierto es que cualquiera de estas tres posibilidades se corresponde, en principio, con el contexto cultural y literario del momento.

### 3. El Tucídides de Heredia en el contexto cultural del siglo XIV.

De hecho, a lo largo de los siglos XIV y XV, surge por toda Europa, pero especialmente en el triángulo formado por el Reino de Aragón,<sup>446</sup> la Corte Papal de Aviñón<sup>447</sup> y la Italia prehumanística,<sup>448</sup> un enorme interés por contar con traducciones que permitiesen el conocimiento y disfrute de los historiadores griegos que hasta entonces sólo eran conocidos de manera indirecta. Tras siglos en los que la lengua y cultura helenas ocuparon una posición totalmente marginal dentro de los círculos eruditos del Occidente medieval,<sup>449</sup> el Trecentos asiste a un renovado interés por el conocimiento y difusión de autores griegos como Plutarco o Flavio Josefo.<sup>450</sup> Especialmente llamativo es el caso de Plutarco, cuyas *Vidas Paralelas* fueron muy apreciadas a finales de la Edad Media. De hecho, junto a la información histórica sobre la vida de hombres ilustres de la Antigüedad griega y latina, lo que resultaba tan atractivo era el hecho de

---

<sup>443</sup> Cf. Vives (1927: 14).

<sup>444</sup> Como han estudiado Johnston (1992) y Cawsey (2002: 22-34).

<sup>445</sup> Cf. Riquer (1969: 229).

<sup>446</sup> Cf. Batllori (1987: 1-60).

<sup>447</sup> Cf. Munk Olsen (1997).

<sup>448</sup> Cf. Gómez Moreno (1994).

<sup>449</sup> Cf. Weiss (1977).

<sup>450</sup> Cf. Bergua Cavero (1995) y Coroleu (2001).

que Plutarco proporcionase modelos ejemplares de conducta. Por ello, en un momento en el que la historia, de acuerdo con los principios ciceronianos, era considerada como *magistra vitae*, las obras plutarquianas van a ocupar una posición de privilegio. Sus propios contemporáneos consideraron que el fruto más importante que salió del *scriptorium* de Heredia fue la selección de las *Vidas*. Traducidas al aragonés, interesaron vivamente a monarcas, como los de Aragón, y a humanistas italianos, como Salutati, que, enterado de su existencia, no cejó hasta conseguir una copia de esta traducción que hiciera más accesible una obra muy apreciada entre los círculos eruditos contemporáneos.<sup>451</sup>

Sin embargo, el interés de los nuevos hombres de letras de finales del siglo XIV no sólo se orientaba a conocer los hechos llevados a cabo por los grandes líderes políticos y militares de la Antigüedad. También ansiaban tener acceso a las palabras que dijeron y que, a través de diversos medios, se habían conservado hasta ese momento. El deseo de conocer ambas facetas de sus vidas es lo que explica la amplia difusión de obras como los *Hechos y dichos memorables* de Valerio Máximo, que ya era una de las lecturas preferidas de Petrarca, y que, no por casualidad, contó con traducciones tempranas a diversas lenguas vernáculas de la Península Ibérica.<sup>452</sup> En la misma línea de interés habría que incluir, además, las diversas colecciones de *Apotegmas* de Plutarco. Sus *Máximas de reyes y generales* ofrecían también una obra con múltiples utilidades. Este tipo de composiciones, que ya adoptaron en su momento la forma de florilegio o *excerpta*, tan apreciados en estos momentos por los humanistas, conocen un enorme auge a lo largo de los siglos XIV y XV. En este sentido, es especialmente significativa la imagen que emplea Plutarco en la dedicatoria de sus *Apotegmas* al emperador Trajano. El autor griego compara las obras que ofrecen los hechos y, sobre todo, los dichos de los hombres ilustres con un espejo que permite reflejar la esencia de su carácter. Plutarco señala que las acciones narradas pueden hacerse más visibles para los lectores gracias al empleo de discursos, ya que, de este modo, son contempladas como a través de un espejo.<sup>453</sup>

Es comprensible, en consecuencia, que, teniendo en cuenta este contexto cultural de finales del XIV en el que los hechos y dichos del pasado griego volvían a interesar vivamente, se acabase dirigiendo la atención a la obra de Tucídides. Por una parte, el tema de su obra, la Guerra del Peloponeso, remitía a la Atenas clásica y a personajes muy conocidos y admirados como Pericles o Alcibiades. Por otra parte, no hay que olvidar que el historiador ático fue el primero en enunciar un método historiográfico en el que acciones y palabras eran contempladas a la par. Aunque este método era familiar a los hombres de la Edad Media gracias a su puesta en práctica por autores latinos tan influyentes como Salustio, sólo era cuestión de tiempo que se acometiese la tarea de traducir al autor griego que lo había planteado por primera vez y que seguía ocupando una posición de privilegio en el Olimpo de los historiadores. En este sentido, y

<sup>451</sup> Cf. Luttrell (1970).

<sup>452</sup> Cf. Avenoz (1998).

<sup>453</sup> Cf. Plut., *De gloria Ath.* 345.E.6 - 345.F.3.

bastantes años antes de que Valla tradujese la obra completa, no ha de extrañar dentro del contexto que estamos describiendo, que la primera traducción de la obra de Tucídides a una lengua vernácula, el aragonés castellanizado que se empleaba en el *scriptorium* aviñonés de Heredia, consistiese en una selección de sus discursos y arengas militares. Esta difusión selectiva de la obra del gran historiador ático además era deudora del modo en que, ya desde el final de la Antigüedad y a lo largo de la Edad Media, se había producido la difusión de la obra de otros historiadores latinos como Salustio. De hecho, sus *Historiae* sólo son conocidas hoy en día por medio de fragmentos, entre los que los más importantes son precisamente los discursos que fueron seleccionados para este florilegio: En concreto, se trata de los frg. 1.55 (*Oratio Lepidi*), 1.77 (*Oratio Philippi*), 2.47 (*Oratio Cottae*), 2.98 (*Epistula Pompei*), 3.48 (*Oratio Macri*), 4.69 (*Epistula Mithridatis*). Esta antigua selección oratoria y epistolográfica vivió una amplia difusión a lo largo de la Edad Media latina. En Francia circularon copias elaboradas en Corbie y Auxerre a lo largo del siglo IX y X.<sup>454</sup> Y en Italia estas selecciones fueron conocidas y utilizadas, siglos más tarde, por autores como Guglielmo da Pastrengo o Pier Candido Decembrio, exponentes del nuevo interés humanístico por este tipo de composiciones de cuño historiográfico. Lo ocurrido en el caso de los discursos de Salustio ofrece, como se puede comprobar, un testimonio paralelo de gran importancia, ya que permite comprender que, a finales del siglo XIV existía un claro interés retórico por las selecciones de discursos de origen historiográfico. Ese interés se acrecentaría a lo largo del siglo XV, según se puede deducir de obras, hoy no conservadas, como las *Arengas e Proposiciones* de Enrique de Villena, las *Arengues e repeticions*, que había en la biblioteca de Bernat Granollach en 1468, o “las citadas en el inventario de los libros de los Condes de Benavente de Medina de Pomar: *Arengas e proposiciones e abtos de los de Titu Libio*”.<sup>455</sup>

Ese interés por las selecciones no sólo se producía en el ámbito historiográfico, sino que, con una marcada intención retórica, también se observa en otro tipo de obras que puede ayudar a entender la naturaleza del *Tucídides* de Heredia y, en última instancia, la propia existencia del manuscrito en el que se transmitió, en donde también fue copiado un resumen de la *Crónica Troyana* de Guido delle Colonne, en la que se destacan los 147 discursos extraídos del original y traducidos al aragonés. Nos referimos a la existencia de selecciones de discursos de tema troyano, como las *Orationes Homeri* de Leonardo Bruni, traducción latina de los discursos pronunciados en el famoso episodio de la Embajada, que gozó de un gran éxito a principios del siglo XV y que, de manera casi inmediata, fue vertida al castellano por un autor anónimo.<sup>456</sup> Incluso circularon copias que fueron completadas con otras composiciones de tipo oratorio, como nos muestra el Ms. Holkham 339, de mediados del siglo XV, en donde, junto a las *orationes* homéricas de Bruni, se copiaron también varios discursos de Salustio. Puede comprobarse, por lo tanto, que los autores

<sup>454</sup> Cf. Reynolds (1983: 348).

<sup>455</sup> Cf. Gómez Moreno (1996: 62).

<sup>456</sup> Cf. Thierman (1993).

pre-renacentistas otorgaban a los “dichos” de personajes, ya sean históricos o épicos, un papel decisivo para conocer el glorioso pasado grecolatino, lo que permite explicar la circulación independiente de selecciones de discursos como las que se tradujeron en el entorno de Heredia.

Finalmente, para completar el cuadro que estamos trazando, también hemos de tener en cuenta las selecciones de discursos y cartas concebidas como modelo con una clara finalidad retórica. Se podían encontrar en un amplio conjunto de obras de diversa naturaleza e intención, con ejemplos tan tempranos como el *Oculus Pastoralis*, de 1220, o los *Parlamenti ed Epistole* de Guido Faba (1242). De hecho, desde principios del siglo XIII se vivió en Italia un renacimiento de la retórica profana. Los *dictatores* o maestros de retórica asociados a las escuelas de leyes se dedicaron a publicar una serie de *Artes Dictaminis*, tratados en los que las explicaciones teóricas sobre cuestiones retóricas eran acompañadas por discursos y cartas que servían de modelo práctico.<sup>457</sup> Pronto, sobre todo, el interés se decantaría hacia la composición de discursos civiles, que reciben la denominación genérica de *Arenga*, concebidos para ser pronunciados por funcionarios públicos en el desempeño de sus funciones administrativas ciudadanas.<sup>458</sup> En esas *Artes arengandi* había discursos ejemplares para embajadas, ceremonias fúnebres, o, sobre todo, para temas relacionados con la guerra y la paz, como los que encontramos en las *Arringhe* de Matteo de’ Libri (1275), destinados a ser pronunciados por capitanes de las milicias ciudadanas con el objetivo de exhortar a sus hombres y, sobre todo, con la intención de propiciar un ambiente de concordia ciudadana y poner fin a disputas civiles muy comunes en el nuevo contexto político.<sup>459</sup> Precisamente el tema de la concordia es el que nos permite establecer una directa conexión entre este tipo de manuales prácticos y el influyente modelo de discurso historiográfico que proporcionaba la obra de Salustio. De hecho, entre las autoridades antiguas citadas en estas *Artes arengandi*, los discursos del historiador latino son los más nombrados, hasta el punto de que uno de sus discursos, el pronunciado a favor de la concordia en *Bellum Iugurthinum* 10.7, es puesto invariablemente como modelo. El interés por este tipo de composiciones oratorias se mantuvo durante los siglos XIV y XV. Y, de manera muy especial, en el Reino de Aragón. De hecho, un autor como Ramón Llull consideró la *arenga* como la forma básica de discurso en su *Rhetorica nova* de 1301, aportando modelos ejemplares, mientras que a finales del XIV un traductor anónimo puso en circulación una versión catalana del *Trésor* de Brunetto Latini.<sup>460</sup> Los reyes aragoneses a lo largo del siglo XIV estaban familiarizados tanto con las *artes arengandi* como, sobre todo, con los modelos proporcionados por las *artes praedicandi*, como ha demostrado el detallado estudio de Cawsey.<sup>461</sup> Incluso todavía en el siglo XV, en obras novelescas como el *Tirant lo Blanc* de Joanot Martorell, compuesta

<sup>457</sup> Cf. Witt (1982).

<sup>458</sup> Cf. Bock, Skinner y Viroli (eds.) (1993: 123 ss.).

<sup>459</sup> Cf. Artifoni (1986).

<sup>460</sup> Cf. Johnston (1992: 106).

<sup>461</sup> Cf. Cawsey (2002: 29 ss.).

en un ámbito cultural cercano al de Heredia, se destaca el deseo de legitimar la historia ficticia de las gestas de Tirante por medio de un gran número de discursos e intervenciones en estilo directo, que muestran una clara influencia tanto de esas *artes arengandi* como de los discursos de los historiadores clásicos, entre los que de nuevo se destaca el papel predominante de Salustio.<sup>462</sup>

Por lo tanto, un análisis detenido del contexto cultural, historiográfico, y retórico del siglo XIV permite entender que, de las tres posibles causas adelantadas por la crítica con respecto a la motivación última de esta traducción, sobre todo su finalidad imitativa desde el punto de vista historiográfico o retórico coincide con las preocupaciones e intereses del momento y permite entender el contexto cultural, literario y retórico que propició la traducción de los discursos de la obra del historiador griego Tucídides. Es evidente que en este siglo existía ya un claro interés por los discursos y por las palabras de los héroes del pasado que ayuda a contextualizar la labor de Heredia. Cuestión bien distinta, que es la que sobre todo nos va a ocupar a continuación, es la de determinar cómo se llevó a cabo esta selección y qué datos nos proporciona al respecto el manuscrito de la B.N. en el que se ha conservado hasta el día de hoy. De hecho, preocupados por determinar los motivos de la traducción, los estudiosos del *Tucídides* herediano no han prestado la atención debida a la propia selección de los discursos y al modo en que aparece dispuesta en su manuscrito original, que, desde nuestro punto de vista, ofrece datos de gran interés sobre su posible procedencia y sobre cómo pudo haber sido elaborada. De este modo, el objetivo de la siguiente sección será analizar una serie de cuestiones que hasta ahora han sido tocadas muy de pasada, como la existencia de engarces narrativos, la ausencia de unos discursos o la transformación de otros (pasados de estilo indirecto a estilo directo), y, en definitiva, la disposición del texto dentro del manuscrito, aspectos todos ellos a los que ya se había prestado una especial atención en época bizantina.

#### 4. El origen de la selección de los discursos de Tucídides del ms.10.801 B.N.

Existe un amplio consenso entre la crítica con respecto al proceso seguido en la traducción de los discursos del *Tucídides* de Heredia. El punto de referencia esencial lo constituyen las noticias existentes con respecto a la traducción de la obra mejor conocida en el momento: las *Vidas* de Plutarco. Si nos atenemos a este importante precedente, la traducción de los discursos tucidideos se habría hecho en varias fases: en primer lugar, el texto original se habría vertido del griego clásico al moderno por un tal Demetrio Calodiqui, letrado griego que, procedente de Salónica, estaba al servicio del noble hispano; en segundo lugar, el texto “actualizado” habría sido traducido al aragonés por alguien de su círculo entre los años 1384 y 1396. Según todos los indicios, debió de tratarse del dominico Nicolás, obispo de Drenópolis (Etolia). Este dominico, que había actuado como intérprete en el viaje que Juan V Paleólogo había hecho a Roma en 1369, contaba con gran influencia en la corte del Papa de Aviñón, en donde

---

<sup>462</sup> Cf. Pujol (1992: 59-62).

residió entre 1380 y 1384. Según Álvarez Rodríguez, podría haber existido incluso una versión intermedia en italiano entre el griego vulgar y el aragonés, que habría dejado huellas en traducciones donde intervino Nicolás.<sup>463</sup>

La selección de textos que conforma el manuscrito de la Biblioteca Nacional consta de 37 secciones independientes, que, *grosso modo*, se corresponden con discursos individuales (aunque en la sección XXIX hay dos discursos: 6.36-40 y 6.41), que, en la mayor parte de los casos, han preservado los engarces que los enlazaban con la parte narrativa de la historia. La parte más amplia del *corpus* lo constituyen los discursos deliberativos que se reparten a lo largo de toda la obra del historiador ático, a los que hay que unir las arengas militares, el célebre epitafio pronunciado por Pericles (VIII) y el Juicio de los platenses (XV y XVI). A ellos hay que sumar dos discursos que, habiendo sido compuestos originariamente por Tucídides en estilo indirecto, aparecen en este caso pasados al estilo directo. En concreto, siguiendo la numeración propuesta por López Molina, nos referimos a los discursos VII y XXXI del *corpus* herediano.<sup>464</sup> Se trata de las palabras pronunciadas por Pericles ante la asamblea ateniense en 2.13 y las que dirige Hermócrates a los Siracusanos en 6.72. En ambos casos, aparecen pasados al estilo directo. Y en ambos casos se observan imperfecciones al preservar pasajes narrativos en mitad de las intervenciones.

Hay un dato de gran interés, al que la crítica no ha prestado la suficiente atención: los discursos en estilo directo que faltan en esta selección. De hecho, no se ha planteado el motivo por el que el texto conservado en el manuscrito comienza con el discurso pronunciado por los embajadores atenienses desplazados a Esparta (1.73-8). Ello significa que, de partida, faltan de esta selección los tres primeros discursos de la obra: el debate mantenido por los embajadores corcirenses (1.32-6) y corintios (1.37-43) ante la Asamblea ateniense, y el primer discurso pronunciado por los embajadores corintios en Esparta (1.68-71). En este último caso, la ausencia es especialmente llamativa, ya que el primer discurso de la selección, el pronunciado por los embajadores atenienses presentes en Esparta en aquel momento, supone una respuesta a los argumentos esgrimidos en el discurso omitido. No parecería lógico, por lo tanto, que, si el resto de los debates deliberativos de la historia se han conservado completos, este debate tan importante, que ocupa una posición tan destacada al comienzo de la obra, hubiera sido recogido de manera parcial. No obstante, éste no es el único caso. También falta una de las arengas en estilo directo. En concreto, la pronunciada por varios generales peloponesios (2.87), que en la historia tucididea aparece directamente relacionada con el discurso de Formión (2.89) a las tropas atenienses, que ocupa en la sección X del manuscrito. De hecho, el engarce narrativo de esta sección deja entrever (f.2r: “De la otra part, Formión, capitán de la huest de los athenienos...”) que este discurso ocupa el segundo lugar y que le precede un discurso pronunciado por los mandos del bando contrario. En total, faltan tres discursos deliberativos y una arenga del *corpus* de discursos de Tucídides tal y como era conocido ya desde la época clásica.

<sup>463</sup> Cf. Álvarez Rodríguez (1989).

<sup>464</sup> Cf. López Molina (1960: 50-54).



Ante ejemplos como los ya citados, resulta muy destacable que estos discursos no cuenten con rúbricas que determinen con toda claridad quién pronuncia cada uno de los discursos y que delimiten de manera gráfica el texto en estilo directo. Frente a la costumbre de las obras historiográficas de la baja Edad Media, en las que los discursos cuentan con un encabezamiento en el que el copista indica que estamos ante la *oratio* de un personaje concreto, el texto de muchos de estos discursos comienza directamente, sin ninguna indicación ni de orador, ni de tipo de discurso ni, en definitiva, de auditorio o contexto. La única marca que distingue los discursos de su engarce previo, en el caso de que lo haya, es una capital coloreada. Se ha intentado justificar esta ausencia señalando que la preservación de los pasajes que engarzan estos discursos en la narración habría tenido esta función identificativa. Sin embargo, lo cierto es que hay una serie de casos en los que ni siquiera contamos con esos engarces, o éstos presentan una serie de problemas. Así, por ejemplo, el primer discurso del manuscrito (f.1<sup>r</sup>) comienza directamente con el texto en estilo directo. No existe un *incipit* para el conjunto de la obra, ni una rúbrica concreta que proporcionen información contextual del discurso. El lector se encuentra directamente ante las primeras palabras del discurso de los atenienses y la única marca diferenciadora es la letra capitular inicial, una “S” realizada con pan de oro. Sin duda, esta ausencia es tan llamativa que el copista, ya sea por indicación superior o por propia iniciativa, dejó varias líneas en blanco para añadir posteriormente una rúbrica delante de cada uno de los discursos de esta selección. Lo mismo podría decirse de discursos como el IV (oradores corintios: 120-124), el VI (generales espartanos: 2.11), el XII (Teutiaplo: 3.30), el XXX (Nicias a sus tropas: 6.68), o el último discurso, el XXXVII (ff. 68<sup>v</sup>-69<sup>r</sup>). En todos estos casos no se aporta información sobre quién es el orador y sólo los vocativos iniciales permiten saber quién conforma el auditorio al que el discurso va dirigido.

El que finalmente no fueran caligrafiadas esas rúbricas, que en una copia de lujo como ésta no puede deberse a un descuido, pone de manifiesto que estamos ante una disposición del texto poco frecuente dentro de lo que era el proceder habitual en el *scriptorium* de Heredia. De hecho, frente a la mayor parte de los manuscritos heredianos, que, acordes con una disposición formal heredada de la tradición eclesiástico-universitaria, incluyen una breve introducción o *accessus*, el texto de la traducción de Tucídides comienza directamente. Si tenemos en cuenta que la obra de Tucídides no era conocida en Occidente, ni contaba con ninguna traducción latina, esta disposición tan poco clarificadora de los discursos resulta, cuando menos, poco útil para su uso posterior como documento histórico. Esta singularidad de la selección de los discursos fue padecida por López Molina, al afirmar que con estos discursos no se puede reconstruir la Guerra del Peloponeso. Y hace una afirmación muy significativa: sólo “el que conozca la historia (y la conozca bien) es el que puede recordarla... mediante estas alocuciones”.<sup>465</sup> De hecho, el propio transcriptor

<sup>465</sup> Cf. López Molina (1960: 45).

del texto en el siglo XX se vio obligado a recurrir a la traducción disponible en ese momento, la del profesor Rodríguez Adrados, como instrumento auxiliar para componer sus propias “rúbricas”, con las que los discursos quedasen identificados con claridad.

Esta ausencia es todavía más destacable si comparamos esta traducción con la que ocupa la segunda parte del manuscrito, procedente del mismo *scriptorium* aviñonés de Heredia, en el que se conserva la selección de discursos de la *Crónica Troyana* de Guido delle Colonne.<sup>466</sup> Según Vives, se trataría del mismo copista: “el carácter de la letra muestra claramente que es del mismo copista que del Tucídides”.<sup>467</sup> Mientras que Cacho Blecua afirma más prudente: “desconocemos copista y fecha, pero posiblemente esta obra, como la anterior, fueron copiadas después de 1393, reuniéndose ambas ya en el *scriptorium* aviñonés de Heredia como puede demostrarse por la disposición de los cuadernillos”.<sup>468</sup> Se trata de una selección de 147 discursos, que están enmarcados en una especie de resumen de la obra original. En este caso, en el último folio del manuscrito, contamos con una expresa indicación de los objetivos que se buscaban con esta selección de la *Crónica Troyana* (f. 194<sup>r</sup>):

... porque del nuestro proposito non es tractar aquí a pleno la dicha historia, por tanto nós mandamos sacar los fundamentos et puntos de la sustancia de ella a fin que non tan solament el sentimiento de las oraciones, proposicionnes et arengas en ella contenidas millor se ofrescan entendibles a los que las leyeren, hoc encara, que cualquier pueda aver compendioso sumario de la dicha historia por do millor pueda séller recomendada a la memoria.

Queda claro, así, que estamos ante un compendio realizado conscientemente a partir de una obra bien conocida, de donde se han “sacado” los fundamentos y puntos de la sustancia, pero, sobre todo, donde se ha prestado una especial atención al “sentimiento de las oraciones, proposiciones et arengas en ella contenidas”. De hecho comparándolo con el texto de Tucídides, lo llamativo de esta traducción es que, desde el punto de vista de la disposición gráfica del texto, los discursos están muy claramente separados de sus engarces narrativos. Y ello es así hasta el punto de ofrecer una información que, con frecuencia, puede llegar a resultar redundante. Así, por ejemplo, en el f. 71<sup>v</sup>, el discurso copiado no sólo es precedido por un engarce narrativo (“... el le favlo en la manera que sigue”), sino que el copista ha introducido una rúbrica (“Esta es la oración que el rey Pelco fizo a Jasón en medio de sus cortes”) y, finalmente, ha dejado una línea en blanco, comenzando la alocución con una letra capital. A su vez, el final del discurso suele estar indicado de manera sistemática con un signo gráfico en rojo. De este modo, los discursos pueden ser leídos independientemente del resumen narrativo en el que están engarzados. Esto no es posible en el caso de los discursos de Tucídides. Incluso en aquellos

<sup>466</sup> Cf. Marcos Casquero (1996).

<sup>467</sup> Cf. Vives (1927: 14).

<sup>468</sup> Cf. Cacho Blecua (2002: 710).

casos en los que hay una parte narrativa más amplia, no se han introducido ni rúbricas ni marcas, que delimiten el texto del discurso y que lo separen de la parte narrativa. Es como si ambos, engarces y discursos, hubieran conformado de partida un todo indivisible.

La llamativa disposición gráfica del texto dentro del manuscrito aviñonés nos obliga a plantear una cuestión previa con la intención de aclarar la naturaleza de esta selección. Si tenemos en cuenta el doble proceso de traducción comúnmente aceptado por la crítica, ¿hemos de aceptar, sin más, que el primer traductor hizo una selección de discursos a partir del manuscrito completo de la historia de Tucídides, o, por el contrario, estamos ante la traducción al griego moderno de una selección preexistente, realizada en una época anterior a la de Heredia, y que habría circulado de manera independiente de la obra completa? Sólo el asunto del lugar en el que pudo haberse realizado esta selección ya plantea un grave problema. Quizás el origen esté en la estancia de Heredia en Rodas entre 1379 y 1382, momento en el que habría tenido en mente algunos de los proyectos que se llevaron a cabo en el *scriptorium* de Aviñón. Si se defendiera el Aviñón de finales del siglo XIV, habría que aceptar la presencia en Occidente, en este momento histórico, de un manuscrito de la obra de Tucídides. Manuscrito del que, por otra parte, no se conserva ninguna noticia. Se ha especulado también con la autorización que el 12 de marzo de 1382 recibió Calodiqui de “tomar de un tal Gavidioti, o de quien los poseyera, los manuscritos que pertenecieron al hermano de éste, uno de los cuales pudo haber sido el Plutarco”.<sup>469</sup>

Creemos más probable la segunda opción y los datos nos conducen a esta interpretación. Así, el primer dato es que, junto a las características ya señaladas, hay un aspecto de esta obra que nos parece especialmente significativo: los dos discursos que estaban originariamente en estilo indirecto y que, pasados a estilo directo, han sido puestos en el mismo nivel que los otros. ¿Cuál ha sido el motivo por el que se ha llevado a cabo este cambio de estilo? ¿Es aceptable que se haya llevado a cabo por los traductores, sobre todo teniendo en cuenta las concepciones sobre la traducción vigentes a finales del siglo XIV?<sup>470</sup> Los estudiosos de las traducciones heredianas están de acuerdo en considerar que estamos ante versiones típicas del momento. Es decir, ante una traducción literal, basada en la interpretación palabra por palabra del original, y no en el sentido o *ad sensum*.<sup>471</sup> Si los hábitos medievales de traducción siguieron vigentes a lo largo del siglo XV, haciendo que incluso traducciones humanistas incurrieran en oscuras interpretaciones por ajustarse a este modelo de *interpretatio*, mucho más influyentes tendrían que haber sido sobre estos hombres de finales del siglo XIV. Teniendo en cuenta esta situación, habría sido especialmente llamativo que se hubieran modificado estos dos discursos dentro de un contexto en el que predomina el respeto y la fidelidad al texto comúnmente conocido de los

<sup>469</sup> Cf. Cacho Bleuca (1997: 133).

<sup>470</sup> Como señala Cacho Bleuca (2002: 709).

<sup>471</sup> Cf. Santoyo (1994).

discursos. Por otra parte, desde el punto de vista de la propia selección y de su utilidad, tampoco habría sido lógico omitir los discursos iniciales en estilo directo, modelos de discurso de embajada, para incluir y modificar estos otros.

Además, como ya hemos comprobado en el contexto de la tradición de los discursos de Tucídides, lo cierto es que no nos encontraríamos ante un hecho aislado. Al contrario, la práctica común de los historiadores y la propia normativa retórica de época imperial ya recomendaban “completar” y “mejorar”, pasándolas a estilo directo, aquellas intervenciones que un historiador había dejado resumidas o en estilo indirecto.<sup>472</sup> La retórica, de este modo, contemplaba la posibilidad de cambiar el estilo de un discurso e, incluso de desarrollar su contenido allí donde los autores clásicos no lo hicieron, con la única condición de preservar la verosimilitud. Por ello, tampoco ha de extrañar que Plutarco no tenga reparos en pasar a estilo directo las pocas palabras en estilo indirecto del discurso de Alcibiades a los espartanos escrito por Tucídides (5.45.2).<sup>473</sup> Por lo tanto, en la práctica historiográfica antigua este proceso era contemplado como una manera de innovar. El autor, de este modo, tenía la oportunidad de mostrar su formación y completar aquello que no había sido desarrollado en las fuentes previas. Algo que, como Brock ha señalado, también era frecuente en la Antigüedad.<sup>474</sup>

Es evidente que la posibilidad de completar un discurso o de pasarlo al estilo directo es algo aceptado por la retórica y practicado por los autores griegos. Lo que, desde nuestro punto de vista, no está tan claro es si esto ha sido obra del traductor al aragonés o si procedía de la fuente original griega que se conservaba en Bizancio. Parece difícil pensar que un traductor que no suele introducir novedades en la presentación de los discursos hubiera optado por transformar dos de ellos. Lo más verosímil es considerar que ese paso hubiera sido dado de manera previa. Estaríamos, por lo tanto, ante un ejercicio retórico que, dentro de una amplia selección de discursos, no habría llamado la atención a alguien que no conocía de primera mano la obra completa de Tucídides.

El segundo dato que hay que tener en cuenta es la relación mantenida por personajes aragoneses como Fernández de Heredia con el mundo bizantino. De hecho, su interés por la historia de este imperio le llevó a encargarse, entre otras obras, la traducción de los últimos cuatro libros del *Epitome Historiarum* de Juan de Zonaras, compuesto en el siglo XII, en la que se historian acontecimientos que, recogidos de diversas fuentes, van desde el 780 hasta el 1118 (Ms. 10.131). Es evidente, por lo tanto, que el propio Heredia o alguno de los “filósofos” que estaban a su servicio, estaban familiarizados con un tipo de obras que, por otra parte, también fueron frecuentes a lo largo de la Edad Media occidental. Nuestra atención, no obstante, ha de dirigirse hacia un tipo de selecciones que no sólo incluyen la narración de hechos, sino que también tienen en cuenta los discursos. Ya durante el llamado “Primer Humanismo Bizantino”, movimiento

<sup>472</sup> Cf. Theon, *Progymn* 88.17ss.

<sup>473</sup> Cf. Plut. *Alcib.* 14.8-9.

<sup>474</sup> Cf. Brock (1998).

cultural desarrollado a lo largo de los siglos IX, X y XI, se produjo en Bizancio un enorme auge de las selecciones o *excerpta* de obras clásicas.<sup>475</sup> Circularon durante siglos selecciones de pasajes y de discursos entresacados del grueso de la obra de historiadores clásicos, de manera similar a lo que sucedió con las obras de otros autores y con otros géneros literarios. De hecho, para entender el estado actual del texto de las obras históricas de autores como Polibio o Dion Casio es necesario tener presente los florilegios y epítomes en los que se preservaron.<sup>476</sup> La más importante colección, como vimos, la conforman los denominados *Excerpta Constantiniana*, donde se habían extraído y adaptado, allí donde procediese, aquellos pasajes que serían considerados útiles para el tema de cada uno de los apartados.

De hecho, en el texto del *Tucídides* de Heredia hay una serie de puntos de contacto con los procedimientos seguidos por los *excerptores* bizantinos, ya que diversos pasajes fueron claramente adaptados para formar parte de la nueva selección. En primer lugar, no suele haber encabezamientos: el texto comienza con un simple “que”. En segundo lugar, la frase introductora del texto original suele expandirse para ofrecer un contexto que resulte inteligible para los nuevos lectores, lo que implicaba que se introdujesen pequeños cambios gramaticales e incluso cambios de persona. Finalmente, el texto de la sección extractada podía ofrecer un sumario del siguiente pasaje de la obra, demasiado largo como para ser citado *in extenso*. E, incluso, se producían imperfecciones, ya que la frase última de una sección podía quedar cortada en mitad de su desarrollo. Este proceso de selección, característico de los *excerpta* bizantinos realizados en esta época, presenta interesantes puntos de contacto con lo que aparece en el manuscrito del *Tucídides* de Heredia. En ellos tampoco tenemos la colocación de un título en el encabezamiento de un discurso. Por el contrario, el proceder habitual de los *excerptores* en el ámbito griego es la inserción de un breve contexto inicial que podía ser adaptado de diferente modo (tanto desde el punto de vista del contenido como de la lengua) para que cuadrara en el nuevo tipo de obra en la que se insertaba. Así se observa en una serie de ejemplos muy significativos. Del mismo modo, otras intervenciones sucesivas son presentadas de manera abreviada. Y finalmente hay alocuciones que terminan de manera abrupta.

El tercer dato que debemos tener en cuenta procede de la comparación del *Tucídides* de Heredia con otros manuscritos de los siglos XIV y XV que también contenían selecciones de discursos. Sin duda, este auge de las selecciones habría acabado por influir sobre la difusión textual de los discursos historiográficos, que, como ya hemos visto en el capítulo anterior, empezarían a desligarse de la que siguió el conjunto de la obra a lo largo de época bizantina. De hecho, a partir de este tipo de *excerpta* es como se puede entender la existencia de toda una serie de manuscritos de Tucídides que sólo incluían los discursos, como los que cita Alberti.<sup>477</sup> Uno de los ejemplares más significativos es un códice griego, fechado por Alberti en el siglo XV (*Cod.* III-B-8), que se conserva en

<sup>475</sup> Cf. Lemerle (1986).

<sup>476</sup> Cf. Potter (1999: 72-5).

<sup>477</sup> Cf. Alberti (1972: XXIX-XXXIV).

la Biblioteca Nacional de Nápoles y que contiene selecciones de los discursos y cartas de Tucídides. Es importante por su procedencia original, ya que perteneció a la rica colección de manuscritos griegos del Palacio Farnese, con numerosos ejemplares de origen bizantino y que pueden fecharse entre los siglos XI y XIV.<sup>478</sup> En esta colección, por ejemplo, hay un manuscrito, el *Cod.* III.B.10, de origen bizantino, que contiene una magnífica versión del texto completo de la obra tucididea. La colocación de ambos manuscritos en el mismo estante (el III B) de la colección original pone de manifiesto que se trataba de textos complementarios: uno ofrecía la obra completa, el otro una selección con finalidad retórica, tal y como se deduce de cómo está dispuesta la selección.<sup>479</sup> Sobre ella Cyrillo nos informa de manera detallada:

### III.B.8 THUCYDIDIS CONCIONES

*Codex ms. chartaceus in folio exhibens folia scripta 56. in quibus habes sequentes Thucydidis conciones. 1. Corcyreorum, 2. Corinthiorum, 3. Atheniensium ad Lacedaemonios, 4. Archidami Regis Lacedaemoniorum, 5. Athenelaidae, 6. Periclis, 7. Archidami, 8. Periclis, 9. Mitylenaeorum ad Lacedaemonios, 10. Cleonis, 11. Diodoti, 12. Plateensium; 13. Demosthenis, 14. Hermocratis Syracusani, 15. Brasidae, 16. Exhortatio Pagondae, 17. Adhortatio Hippocratis, 18. Concio praeconis Thebanorum ad Athenienses, 19. Responsum Atheniensium ad Boeotorum, 20. Responsio Boeotorum, 21, et 22. Conciones duae Brasidae, 23. Dialogus Meliensium, 24. Concio Alcibiadis, 25. Niciae, 26. Hermocratis, 27. Athenagorae, 28. Unius ex ducibus Siciliensium, 29. Sententia Niciae, 30. Sententia Alcibiadis, 31. Sententia Lamachi, 32. Contio Niciae, 33 et 34. Hermocratis conciones duae, 35. Euphemi ducis Atheniensium, 36. Alcibiadis, 37. Epistola Niciae ad eos, qui degunt Athenis, 38. Concio Eiusdem, 39. Syracusanorum, et Gylippi, 40. Niciae.*

*Universa, quae supra descripta sunt, instruuntur uberrimis scholiis.*<sup>480</sup>

Como puede comprobarse, a la vista de este índice, el contenido del códice presenta suficientes puntos de contacto con la obra de Heredia como para constituirse en un argumento a favor de nuestra hipótesis de partida: el interés por los discursos que determinó la nueva manera de leer la historia tucididea. De hecho, nos encontramos ante una selección con una clara finalidad retórica, acompañada además de *uberrimis scholiis* que pondrían de manifiesto su utilidad didáctica, y en la que hay ausencias y presencias especialmente llamativas. Así, faltan discursos fundamentales del libro I, como el primer discurso de los corintios ante los espartanos (1.68-71), que también falta en la obra de Heredia. Faltan también algunas arengas del libro II (2.87 y 89). Teniendo en cuenta que en este momento histórico estos territorios italianos estaban vinculados a la Corona de Aragón, su simple presencia, independientemente de un posterior examen sobre su procedencia y contenido, ya nos está mostrando

<sup>478</sup> Cf. Pernot (1979) y Formentin (2008).

<sup>479</sup> Habría que unir a estos códices el III.B.17, donde a partir de la página 144 se ofrecen los discursos del libro I de la *Historia* (*Conciones excerptae ex primo libro historiarum Thucydidis*) y una selección de pasajes del resto de la obra. Cf. Cyrillo (1832: II, 519).

<sup>480</sup> Cf. Cyrillo (1832: II, 510-511).

posibles paralelos de la selección herediana. El que también se conserven hoy en día manuscritos con contenidos similares, fechados a lo largo de los siglos XIV y XV, en bibliotecas de París, Roma y Turín, nos estaría señalando hacia un tipo de obra más extendida de lo que se ha pensado hasta el momento. E, incluso, el dato destacado por Wilson en el sentido de que el códice de la obra completa de Tucídides (*Cod. III.B.10*), hasta ahora fechado en el siglo XV, pudo pertenecer al erudito Nicéforo Gregoras (1295-1360), pondría de manifiesto que, a mediados del siglo XIV, “constitutes further evidence for the close study of a difficult author by the intellectuals of the early and middle 14th century”.<sup>481</sup> Un interés del que se habría beneficiado Heredia.

### 5. Implicaciones del *Tucídides* de Heredia para la recepción del legado

A partir de los datos analizados, hemos de concluir que el *Tucídides* de Heredia no puede ser considerado como el simple resultado de un proceso de selección a partir de una lectura detallada de la obra original del historiador ateniense. Más bien, los datos nos llevan a defender la hipótesis de que la selección de discursos (seguramente traducida primero al griego moderno y al aragonés después) que hoy podemos leer en el manuscrito 10.801 de la Biblioteca Nacional es, en realidad, una traducción de una selección de discursos previa. Se trataría de una de esas selecciones de discursos historiográficos que tuvieron una amplia difusión en la parte oriental del Mediterráneo y que empiezan a testimoniarse en bibliotecas occidentales a lo largo del siglo XIV. La existencia de testimonios paralelos, tanto en el ámbito occidental (con el destacado ejemplo de las selecciones de discursos de Salustio que se difundieron de manera independiente de una obra, su *Historia*, que hoy sólo conocemos de manera fragmentaria), como en el oriental (con la existencia de una serie de *excerpta* bizantinos ya desde épocas tempranas, que, del mismo modo, son el único testimonio que queda de partes sustanciales de Polibio o de Dion Casio), hace que sea fácilmente comprensible el hecho de que la primera traducción de Tucídides a una lengua vulgar consistiera precisamente en una selección de los discursos deliberativos y de las arengas militares. Heredia o aquel estudioso que tuviese encomendada esta tarea dentro de su *scriptorium* habrían optado por traducir una selección ya hecha, independientemente de los problemas que hoy en día sabemos que plantea esta posibilidad. El seguro desconocimiento de la obra original, cuyos primeros manuscritos aún tardarían varios decenios en ser accesibles a los humanistas occidentales, y la asentada circulación de selecciones de discursos explican que se optase por esta línea de trabajo. Todo ello sin olvidar que otro de los motivos que coadyuvarían a la toma de esta decisión sería la propia oscuridad de la obra tucididea. Si se trataba de un texto difícil de entender ya en la Antigüedad grecolatina, lo que explica los múltiples escolios y comentarios que solían acompañar al texto, mucho más lo sería a finales del siglo XIV.

Esta explicación, por otra parte, permite comprender por qué motivo no se incluyeron en la selección los primeros discursos de la obra de Tucídides. Si

---

<sup>481</sup> Cf. Wilson (2000).

la selección se estaba realizando a partir de una lectura cuidadosa de la obra original, no es lógico que se omitiesen precisamente los primeros discursos de la misma, aquéllos que habrían sido fácilmente localizables por medio de una lectura rápida del libro primero de la obra. Es más lógico pensar en una selección de partida en la que, por los motivos que fuesen, faltasen estos discursos. La simple pérdida o destrucción de unos cuantos folios iniciales permitiría explicar la ausencia de esos discursos en el manuscrito original. El primer traductor se habría limitado a pasar al griego moderno aquellos discursos que tenía ante él. Por este motivo, la primera oración del manuscrito aragonés se corresponde con el cuarto discurso de la obra tucididea.

Desde este punto de vista, también de este modo se alcanza a explicar de manera más adecuada el paso al estilo directo de intervenciones que originalmente Tucídides había dejado en estilo indirecto. Las selecciones bizantinas se hacían con una finalidad retórica o imitativa, para que los discursos selectos sirviesen como modelos para la posterior elaboración de otros discursos dentro de una obra historiográfica. Debido a esta función, no sería extraño que dentro de una de esas selecciones se hubiera puesto en práctica el ejercicio retórico de transformar o ampliar discursos en aquellos pasajes en los que el autor clásico hubiera optado por no desarrollarlos. Esta transformación, que ya formaba parte del proceder habitual en la historiografía grecolatina, habría pasado tal cual a la traducción aragonesa y no habría sido debida al trabajo de sus traductores.

Finalmente, esta hipótesis también explicaría las claras diferencias existentes entre la selección tucididea y el modo en que han sido seleccionados los discursos de la *Crónica Troyana* de Guido delle Colonne. En este último caso estamos ante una selección en la que se destacan los discursos, pero no como un elemento aislado, sino dentro de una mínima cadena narrativa, heredera directa de una obra original, cuyo contenido era bien conocido en la tradición literaria medieval. Por ello aparecen en este caso rúbricas y otras marcas señalando la existencia de los discursos. Sin embargo, debido a su diferente procedencia, este modo de actuación no se observa en la disposición de la selección de los discursos tucidideos. El que se trate de la traducción de una selección previa explicaría la ausencia de rúbricas y el hecho de que engarces y discursos conformen un todo indivisible. En un amplio número de casos, como ocurre con el primer discurso conservado (que no cuenta con ningún tipo de engarce previo ni posterior), no podría haberse compuesto una rúbrica completa, ya que habrían faltado en la colección original los elementos contextuales necesarios para su elaboración: nombre del orador, tipo de discurso, contexto de pronunciación. El formato de origen habría condicionado decisivamente la forma en que se tradujo y copió esta selección de discursos.

En definitiva, la traducción encargada por Heredia muestra con claridad que Tucídides, más nombrado que leído a lo largo de la mayor parte de la Edad Media cristiana, es un autor que a partir de finales del siglo XIV vuelve a ser atractivo en Occidente como modelo de historiador, compartiendo espacio con las traducciones de Plutarco y Flavio Josefo. La traducción completa de



la obra de Tucídides al latín no estaría terminada hasta 1452 y aún habría que esperar varios decenios para que fuera ampliamente difundida por Europa. Sin embargo, medio siglo antes de Valla, en el *scriptorium* de Heredia se habría llevado a cabo la primera traducción a una lengua vernácula de la parte de la obra que más interesaba en ese momento: los discursos. El tiempo y los azares de la transmisión habrían relegado esta traducción pionera a un lugar secundario y casi olvidado. Convertido el manuscrito en propiedad nobiliar, habría pasado de biblioteca en biblioteca hasta el día de hoy. Sin embargo, ese deseo de contar con la traducción al aragonés de los discursos de Tucídides, que habría llevado a Heredia y a su entorno a traducir una selección bizantina, convierte a esta traducción de discursos de origen historiográfico en un precedente fundamental para entender lo que un siglo más tarde se convertirá en una moda extendida por toda Europa: las selecciones de discursos de los grandes historiadores clásicos y su empleo como instrumento retórico e imitativo. Y, en todo caso, pone de manifiesto hasta qué punto la recepción del legado de Tucídides en este momento histórico corrió a cargo de los discursos.

## RENACIMIENTO

¿Acaso hay alguien que crea que aquellos admirables discursos intercalados en las obras históricas son reales y no producto de un sabio y elocuente autor, que ha sabido adaptarlos a las personas, las circunstancias y los hechos, para enseñarnos a hablar y a juzgar rectamente?

(L. Valla, siglo XV)<sup>482</sup>

Tucídides, al igual que otros destacados autores clásicos, revive para Occidente en los fecundos años del Renacimiento. Tras siglos de olvido, en los que la historia tucididea sólo podía entreverse a través de su reflejo en la obra de autores latinos como Salustio, se produjo su redescubrimiento. Desde los primeros años del siglo XV, fruto de un interés avivado por los eruditos bizantinos que arribaron a Italia, comenzó a difundirse el texto del historiador ático. Primero en griego, gracias a los manuscritos que, como un auténtico tesoro, ponían a disposición de los ávidos humanistas del primer Cuatrocientos, las palabras del gran historiador griego. Y en pocos años, gracias a la decidida intervención papal, en la versión latina de Lorenzo Valla, considerada como obra de referencia hasta finales del siglo siguiente. Las sucesivas traducciones a las más importantes lenguas europeas, publicadas a lo largo de todo el XVI, hicieron accesible su historia a un público cada vez más amplio y con intereses más variados. Y la llegada de la imprenta supuso el espaldarazo definitivo. Por primera vez en la historia de Occidente, gracias a la imprenta, la obra de Tucídides va a ser accesible a un número significativamente amplio de personas. Y, también, por primera vez, gracias a las traducciones, su lectura podía ser disfrutada por todos aquellos que no sabían griego o que no dominaban suficientemente el latín.<sup>483</sup> Se comprende así que el Renacimiento fuese uno de los momentos más fecundos del legado de Tucídides. Una influencia que se dejó notar en la escritura de la historia y en los ámbitos de la retórica o del pensamiento.<sup>484</sup>

Sin embargo, el respeto y la veneración hacia la obra de Tucídides que se observan en los humanistas no quieren decir que el historiador ático fuese el más leído durante esos siglos. Autores como Burke, han puesto en cuestión que su *Historia* fuese una lectura popular.<sup>485</sup> La causa de este contraste se debe tanto a la proverbial oscuridad del texto (que se transmitió también a unas traducciones, que muchas veces no llegaban a aclarar del todo lo que quería decir el autor ático), como al hecho de que no se trataba de una lectura moralizante (antes bien, su descarnado realismo podía escandalizar a más de

<sup>482</sup> Proemio de la *Historia de Fernando de Aragón*; trad. de S. López Moreda (2001: 76).

<sup>483</sup> Cf. Grafton (1998).

<sup>484</sup> Para una visión general de esa influencia durante el Renacimiento cf. Pade (2003), (2006) y Murari Pires (2007).

<sup>485</sup> Cf. Burke (1966), Pade (1999).

uno).<sup>486</sup> Es evidente que historiadores latinos como Salustio o griegos como Plutarco ofrecían un texto que se ajustaba más a los gustos de los lectores del momento: ofrecían información sobre los grandes hombres del pasado y, además, podían extraerse enseñanzas morales de su lectura.<sup>487</sup>

De nuevo, nos encontramos ante la repetición de la paradoja que venimos analizando a lo largo de este libro: el inmenso prestigio del que gozó Tucídides durante este período no se corresponde con la lectura y el conocimiento profundo del texto completo de una *Historia* oscura, difícil de entender y que no facilitaba una interpretación moralizante. Es muy significativo que Henri Estienne, al final del prefacio de su edición de 1588,<sup>488</sup> añadiese de su pluma el siguiente epigrama:

ΕΡΡΙΚΟΥ ΤΟΥ ΣΤΕΦΑΝΟΥ

ΕΙΣ ΘΟΥΚΥΔΙΔΗΝ

Ἵ ξένε, εἰ μύθων πολυδαίδαλα ψεύδεα δίζη,  
 Τῶνδ' ἐγὼ οὐδὲν ἔχω · ἐς χέρα μή με λάβε.  
 Εἰ μαλακοῖς φθόγγοισι τεαῖ χαίρουσιν ἀκουαῖ,  
 Οὐδὲν ἐμοὶ καὶ σοί · ἐς χέρα μή με λάβε.  
 Σύντομον εἰ ῥῆσιν στυγέεις, ξένε, καινοπρεπῆ τε,  
 Πάν τε τὸ δισζύνετον · ἐς χέρα μή με λάβε.  
 Εἰ δέ σε ἱστορίας παναληθέος ἴμερος αἰρῆ,  
 Γράμμα τὸ Θουκυδίδου ἐς χέρα, ξεῖνε, λάβε.  
 Εἰ σὺ βαρυφθόγγου τέρπη σάλπιγγος ἀϋτῆ,  
 Σαλπίζοντι ἔοικ' · ἐς χέρα, ξεῖνε, λάβε.  
 Σύντομον εἰ φιλέεις λόγου ἀτραπὸν ἠδ' ἀπάτητον,  
 Κᾶν που ἔη χαλεπὴ · ἐς χέρα, ξεῖνε, λάβε.

Se trata de un texto emblemático, en la línea de otros repartidos a lo largo de la historia del legado tucidideo.<sup>489</sup> Por medio de este epigrama, en el que la *Historia* de Tucídides se dirige al posible lector, Estienne nos habla de lo que un hombre de finales del siglo XVI puede esperar de su lectura. Así, si lo que busca son las “mentiras muy adornadas de los relatos” (μύθων πολυδαίδαλα ψεύδεα), si sus oídos se deleitan con “dulces voces” (μαλακοῖς φθόγγοισι), o si le disgusta un “estilo conciso” (σύντομον ῥῆσιν), “que parece nuevo” (καινοπρεπῆ) y que es “doblemente inteligente” (δισζύνετον), lo mejor es que no lo tome entre sus manos. Pero si lo que desea es una “historia completamente verídica” (ἱστορίας παναληθέος), si se deleita con la “rugiente trompeta” (βαρυφθόγγου σάλπιγγος) o si ama seguir un “conciso” (σύντομον) e “inaccesible” (ἀπάτητον), aunque a veces sea difícil (κᾶν που ἔη χαλεπὴ), “sendero de palabras” (λόγου ἀτραπὸν), ésta

<sup>486</sup> Cf. Burke (2000: 182): “The study of history was generally justified on moral grounds. Readers of Livy, Tacitus or Guicciardini were supposed to look out for moral examples.”

<sup>487</sup> Cf. Pade (2007) sobre la recepción de Plutarco en el siglo XV.

<sup>488</sup> Cf. “Praefatio ad I. Camerarium”, *Thucydidis De bello Peloponnesiaco libri VIII*, exc. Henricus Stephanus, Geneva:1588.

<sup>489</sup> Cf. *A. P.* 9.583.

es su obra. La terminología retórica empleada por Stephanus, que nos recuerda al entonces influyente Hermógenes,<sup>490</sup> pone en evidencia la dificultad inherente al texto tucidideo: inaccesible para todos aquellos que prefieran la lectura de relatos en prosa más entretenidos, aunque estén llenos de falsedades o de dulces recursos poéticos. Frente a ellos, Tucídides nos ofrece la historia de una guerra llena de verdades, aunque para alcanzarlas el lector haya de recorrer el estrecho e inaccesible sendero de su estilo difícil y conciso. Un sendero que, como es evidente, está reservado para unos pocos y vedado para la mayoría. De este modo, Estienne nos da una de las claves para entender el prestigio de Tucídides durante este período: su elitismo. Sólo una élite es capaz de hacerse con los preciosos dones de su lectura, tras franquear la casi inaccesible barrera de su estilo. Tal y como veremos a continuación, las sucesivas traducciones pretendían facilitar esa tarea y allanar el camino para que un mayor número de personas pudiera acceder al beneficio de su lectura.

¿Pero, cuál era realmente ese beneficio? Aquí se encuentra la otra clave del legado de Tucídides durante el Renacimiento. Sin duda, la *Historia* ofrecía un cuadro de los sucesos que acontecieron durante la Guerra del Peloponeso y mostraba las acciones de destacados varones, como Pericles o Nicias. Sin embargo, en aquellos años había otros medios para acceder a esta información. Sin ir más lejos, las *Vidas* de Plutarco resultaban mucho más adecuadas y ofrecían los datos que pudiera necesitar cualquier hombre culto. Por no hablar de las enciclopedias y obras de consulta que fueron tan populares en este momento.<sup>491</sup> ¿Qué ofrecía, entonces, Tucídides? ¿Qué era lo que marcaba la diferencia con la obra de otros destacados historiadores antiguos? Sin duda, lo que hacía diferente a Tucídides eran sus discursos. Justo el elemento que, ya a finales del siglo XIV, había interesado tan vivamente en el escriptorio de Heredia. De hecho, junto a la traducción de Plutarco y de la obra de otros historiadores bizantinos que servían para hacerse una idea de la historia de Grecia, ya en aquellos años del final del Trecentos se había visto como algo lógico copiar un manuscrito que contuviese sólo los discursos de Tucídides. Esta tendencia, que viene ya de Bizancio, se acrecentó en el Renacimiento. En un período dominado por la retórica y por la imitación de los modelos clásicos, los discursos fueron el principal motor que animó la lectura de Tucídides.<sup>492</sup> En otras palabras, para el hombre renacentista los discursos eran su principal beneficio. Todas las traducciones los destacan y añaden índices para su rápida localización. El siguiente paso no tardaría en llegar: muy pronto, tanto editores como público vieron la utilidad de extraerlos de la *Historia* y de editarlos de manera independiente. El éxito de este proceso y su evolución a lo largo del siglo XVI son decisivos para comprender la auténtica dimensión del legado de Tucídides en el Renacimiento. Y a ello dedicaremos las

<sup>490</sup> Cf. Monfasani (1976).

<sup>491</sup> Cf. Grafton (1997: 317): “los jóvenes del Renacimiento ... admiraban la *sapientia* antigua como si estuviera expuesta en una especie de museo impreso: dividida en salas, enmarcada y etiquetada de un modo que predeterminaba el significado de las reliquias exhibidas”. Cf. también Moss (1996).

<sup>492</sup> Cf. McLaughlin (1995).

páginas siguientes.

### 1. *Ex Oriente lux*: Tucídides antes de la traducción de Valla.

Toda la crítica coincide en destacar un interés creciente por la obra de Tucídides desde finales del siglo XIV, mucho antes de que la Historia hubiera sido traducida al latín.<sup>493</sup> La versión aragonesa de los discursos realizada en el escritorio de Heredia era una prueba de ese interés a lo largo de las últimas décadas del siglo XIV. El texto griego, además, ya era accesible entonces gracias a los eruditos bizantinos y a sus contactos con humanistas y diplomáticos italianos. Incluso, bastantes años antes de que Lorenzo Valla acometiese la decisiva traducción al latín, no se puede descartar que circularan otras traducciones parciales en esa misma lengua desde principios del siglo XV. Se trataría de partes determinadas de la obra o, incluso, de selecciones de discursos, que habrían circulado entre los eruditos que mostraban un enorme interés en el conocimiento de la lengua griega. De esta época son muchos de los manuscritos que contienen pasajes selectos de la obra.<sup>494</sup> Además, desde principios del XV, hay noticias dispersas en la correspondencia de los humanistas y en los proemios de ciertas traducciones que ponen de manifiesto la existencia de manuscritos en posesión de destacados autores y planes para llevar a cabo una traducción de la historia.<sup>495</sup> Así, hacia 1406, en el prefacio de su versión de los *Analytica Posteriora*, Roberto de' Rossi, uno de los responsables de la venida del bizantino Crisoloras a Venecia en 1396 para enseñar griego a los humanistas, dejando entrever la posibilidad de que tuviera entre sus manos un manuscrito original de la obra del historiador ático, ya habla de traducir las obras de Platón y de Tucídides en un futuro próximo. Poco después, en el otoño de 1407, se sabe que Leonardo Bruni, que había aprendido griego con Crisoloras, tenía en su poder un manuscrito de la *Historia* procedente de Bizancio, que había sido enviado por Pietro Miani y sobre el que trabajó intensamente.<sup>496</sup> En diciembre de ese mismo año, Niccolò Niccoli le pregunta en una carta por la posibilidad de llevar a cabo una traducción de la obra y Bruni le responde dejando clara la dificultad de la empresa: *Non tibi venit in mentem quam multis vigiliis opus sit ad tantum opus conficiendum?*<sup>497</sup> Otro importante humanista, Guarino Veronese, que también había aprendido griego de la mano de Crisoloras, expresó en esos mismos años su admiración hacia los dos grandes historiadores griegos, traduciendo los setenta y un primeros capítulos del libro I de Heródoto y expresando su intención de traducir parte de la obra de Tucídides, a quien consideraba como el más noble escritor griego.<sup>498</sup>

<sup>493</sup> Cf. Pade (2003) y Murari Pires (2007).

<sup>494</sup> Cf. Alberti (1972: XXIX-XXXIV). De manera complementaria, cf. el detallado apéndice que ofrece Bolgar (1973: 455-505) de manuscritos de autores clásicos presentes en la Italia del siglo XV. Con respecto a Tucídides, cf. la p. 492.

<sup>495</sup> Cf. Pade (2003).

<sup>496</sup> Cf. Botley (2004: 5-7).

<sup>497</sup> Cf. Pade (2000: 786).

<sup>498</sup> Cf. Fryde (1983: 26-7).

La aguda crisis que vivía el imperio bizantino propició que la llegada de manuscritos griegos se incrementase por diferentes medios. La compra, el robo y el préstamo se aunaron para transmitir un legado esencial hacia Italia. Se tienen noticias del texto de Tucídides que Giovanni Aurispa, primer maestro de griego de la Universidad de Bolonia, llevó a Italia en 1423, tras varios viajes al Oriente bizantino, de donde se acabó trayendo 238 manuscritos de autores clásicos. En la misma línea habría que encuadrar el manuscrito de Tucídides que, junto con una amplia nómina de textos griegos, se trajo Francesco Fidelfo de Constantinopla en el año 1427.<sup>499</sup> O, finalmente, también se sabe que el dominico Juan de Ragusa (1380-1443), que mantuvo intensos contactos con el mundo bizantino y que desempeñó un importante papel en los concilios del momento, poseía en esta época un manuscrito de la obra de Tucídides.<sup>500</sup> A esta nómina de testimonios, que pone de manifiesto un interés creciente por la obra de Tucídides, habría que unir ciertas noticias de difícil comprobación, como la que transmite el que años más tarde será Papa, Eneas Silvio Piccolomini, quien afirma en una carta (*Ep.* 126) haber visto hacia 1435 una traducción de la obra tucididea en la sacristía de la Catedral de San Pablo en Londres. Dato que M. Pade, a la vista del resumen que ofrece la epístola, considera equivocado.<sup>501</sup> Sean o no ciertos, testimonios como éste ponen de manifiesto que existía un claro interés por la obra no sólo en la Italia humanística o en la corte papal de Aviñón, tal y como ya hemos visto en el caso del *Tucidides* de Heredia, sino incluso en otros lugares de Europa tan alejados de los centros intelectuales de mayor pujanza, como era el caso de Croacia o de Inglaterra.

Como puede comprobarse, en la difusión, conocimiento y valoración de la obra tucididea durante estos años fue decisiva la emigración de sabios bizantinos hacia Italia, que se produjo de manera creciente hasta la caída de Constantinopla ante los turcos en el año 1453. Se trataba de hombres sin muchos recursos, pero capaces de despertar un gran entusiasmo por sus conocimientos (sobre todo su capacidad como maestros de griego y de retórica) o por ser portadores de manuscritos (como el Platón ofrecido a Enrique de Gante o el Tucídides presentado a Vincente de Beauvais). Sin duda, fueron fundamentales para la difusión del conocimiento de la lengua griega, como ocurrió con Crisoloras en Venecia a finales del XIV. Y no sólo eran maestros de griego, sino que alguno de ellos actuó como puente intercultural en la transmisión de la teoría historiográfica bizantina, que acabaría influyendo sobre la manera de entender este género en Occidente. El ejemplo más importante lo proporciona la gran figura de Jorge de Trebisonda, quien en sus *Rhetoricorum Libri V*, publicado por primera vez en Venecia entre 1433 y 1434, formula una preceptiva historiográfica que unifica la vertiente latina de Cicerón y la griega de Hermógenes, y que acabará teniendo una enorme influencia en la Europa del Renacimiento.<sup>502</sup> Aunque para este autor bizantino emigrado a Occidente el modelo historiográfico que ha de seguirse es el de Tito Livio, la figura de Tucídides

<sup>499</sup> Lista completa en Lafaye (2005: 359).

<sup>500</sup> Cf. Vernet (1961).

<sup>501</sup> Cf. Pade (2003: 112).

<sup>502</sup> Cf. Monfasani (1976).

también ocupa un lugar privilegiado. Oponiéndose al influyente Hermógenes, la “oscura” obra de Tucídides es ensalzada como un modelo por el de Trebisonda. Sobre todo, y esto es lo más interesante, en lo que concierne a la introducción de discursos en estilo directo dentro de la narración de los hechos como una parte fundamental de la tarea historiográfica.<sup>503</sup> Todo ello ha de ser enmarcado en la preocupación tucididea por construir una obra armónica, lo que determina su elevada valoración por parte del sabio bizantino. De hecho, Jorge de Trebisonda deja claro que la condición necesaria es que los discursos insertados sean pertinentes, no alteren la verosimilitud de la narración y, finalmente, se correspondan con el personaje que los pronuncia. Unas recomendaciones que suponen la revalorización del concepto de *decorum*, decisivo en la historiografía grecolatina, tal y como hemos visto en la obra de Luciano sobre cómo ha de escribirse la historia.<sup>504</sup> Un tratado que, por cierto, volvió a ejercer una destacada influencia sobre los autores de este período.<sup>505</sup> Jorge de Trebisonda muestra de este modo una clara preocupación por la cohesión del relato historiográfico entre “dichos” y “hechos” que nos remite a la metodología enunciada por Tucídides.

Esta nueva *lux* que venía de Oriente junto con la revitalización del modelo tucidideo contribuyeron al desarrollo de la denominada historiografía retórica por parte de dos de los humanistas más influidos por su *Historia*: Leonardo Bruni (1370-1444) y Lorenzo Valla (1407-1457).<sup>506</sup> Bruni dio los primeros pasos en este proceso.<sup>507</sup> Su conocimiento de primera mano del texto tucidideo, que, como hemos visto, le parecía tan difícil de entender y le causó tantas vigiliias, se manifestó en múltiples lugares de su propia obra con respecto a la metodología o al uso de las fuentes antiguas.<sup>508</sup> Pero, sobre todo, influido por el interés que la retórica del siglo XIV manifestó por la utilidad de arengas y epístolas, prestó una atención preferente a los discursos. Así lo pone de manifiesto él mismo en una de sus cartas. En concreto, en la que dirige a su amigo Francesco Barbaro, fechada el 23 de Agosto de 1443, donde al hablar del *De bello italico*, compara a Procopio con Tucídides. Bruni tacha al primero de auténtico “enemigo de la elocuencia” al no ser capaz de llevar a cabo una lograda imitación de los magistrales discursos del segundo.<sup>509</sup> Unas *contiones* que, por otra parte, ya habían sido de gran utilidad para el escritor italiano.<sup>510</sup> De hecho, no sólo las imitó en sus propias obras históricas,<sup>511</sup> sino que también supo sacar

<sup>503</sup> Cf. Merino Jerez (2007) y (2008).

<sup>504</sup> Cf. Luc. *Hist. Conscr.* 50.

<sup>505</sup> En 1446, Guarino de Verona parafraseó gran parte del contenido de esta obra en una carta dirigida a su discípulo Tobia Borghi.

<sup>506</sup> Cf. el cuadro que ofrecen Struever (1970), Cochrane (1981) y, sobre todo, Fryde (1983).

<sup>507</sup> Sobre las concepciones historiográficas de Bruni, cf. Lanzini (1998) y Murari Pires (2007: 85-190).

<sup>508</sup> Cf. Fryde (1983: 15-16) y Klee (1990: 48-52).

<sup>509</sup> Cf. Griggio (1986: 50): *...sed admodum ineptus et eloquentie hostis ut apparet maxime in contionibus suis, quamquam Thukydidem imitari vult. Sed tantum abest ab illius maiestate quantum Thersites forma atque virtute distat ab Achille.*

<sup>510</sup> Cf. Haskins (2000).

<sup>511</sup> Cf. Cochrane (1981:3) con respecto a su historia de Florencia.

el debido provecho retórico en otros ámbitos. El ejemplo mejor conocido es el discurso fúnebre que en 1428 compuso en honor de Nanni degli Strozzi, que está directamente inspirado en el modelo del epitafio de Pericles.<sup>512</sup> Y si Bruni ya fue consciente de la utilidad retórica que tenían los discursos de la *Historia*, Valla, el otro gran representante de la historiografía de la primera mitad del siglo XV, profundizó en las implicaciones metodológicas del modelo tucidideo. De hecho, Valla emprendió un camino diferente al de sus contemporáneos, muy influidos todavía por la teoría ciceroniana de cómo ha de ser la historia.<sup>513</sup> En el prólogo de su *Historia de Fernando, Rey de Aragón*, compuesta hacia 1445, enuncia con total claridad una nueva concepción de la historiografía cuando invierte la relación que se da entre testimonios escritos y testimonios de vista.<sup>514</sup> Para Valla los testimonios dudosos son los que proporcionan los testigos que estuvieron presentes en los hechos. Por el contrario, son muy superiores las historias elaboradas o compuestas por autores elocuentes y sabios que buscan la coherencia de los hechos, confrontan las fuentes e introducen unas oraciones perfectamente acomodadas a las personas, a los tiempos y a los asuntos tratados.<sup>515</sup> Es evidente que estos discursos le aportan a la historia un elemento literario. Pero, a diferencia de las composiciones poéticas, las buenas obras históricas contienen una parte de verdad que, gracias a los discursos, aumenta su utilidad y su fuerza. Tras estas ideas es evidente que reside el influjo de la metodología del historiador ático y su concepción del discurso. De hecho, como afirma Grafton, el modelo tucidideo llevó a Valla a dar el paso decisivo de emplear la retórica como hermeneútica: “the art of historical reading and reasoning – the art that worked out what sort of speech fitted the needs of a given place, time and speaker”.<sup>516</sup> Un proceso al que contribuyó su redescubrimiento de la obra de Quintiliano. Según Ginzburg, en este proemio puede establecerse una nueva manera de ver la historia que, más allá de las concepciones ciceronianas imperantes hasta ese momento, le habría permitido retomar, a través de Quintiliano, una clara visión de la importancia de la retórica en la elaboración de la historia que inevitablemente le reafirmó aún más en la importancia que tenía el modelo tucidideo.<sup>517</sup> Ideas que puso en práctica en los *Gesta Ferdinandi*, donde los discursos suponen una puesta en práctica de este nuevo renacimiento del concepto de *decorum* (*prépon*).<sup>518</sup>

<sup>512</sup> Cf. Klee (1990: 23-58).

<sup>513</sup> Cf. Ferràu (1986).

<sup>514</sup> Cf. López Moreda (2002: 15-66).

<sup>515</sup> Cf. *Gesta Ferdinandi* 5: *An est quisquam qui credat admirabiles illas in historiis orationes utique veras fuisse, et non ab eloquenti ac sapienti opifice personis, temporibus, rebus accommodatas, quibus nos eloqui et sapere docerent?*

<sup>516</sup> Cf. Grafton (1997: 18); cf. también Grafton (2007: 35-50).

<sup>517</sup> Cf. Ginzburg (1999: 64): “Aristotle’s *Rhetoric*, mediated by Quintilian gave Valla the opportunity to escape from the limitations of Ciceronian rhetoric. It is not by chance that in 1448 Valla started his translation of Thucydides, a historian whom Cicero had despised for his obscurity, pointing to him as a negative model for orators to avoid”.

<sup>518</sup> Cf. Grafton (2007: 36).



Pero no sólo ocurría esto en la Italia humanística, incluso en la Castilla de aquellos años hay ejemplos de este renovado interés por los nuevos principios historiográficos inspirados por Tucídides, aunque fuese de manera indirecta a través de la lectura de autores latinos como Salustio.<sup>519</sup> Así se observa en la obra de algunos de los cronistas castellanos del siglo XV, que protagonizaron una reacción contra la historia que se había realizado hasta ese momento. Frente a la inclusión de elementos tendenciosos y novelescos, los historiadores pretenden convertir sus obras en espejo de una realidad verificable, a fin de conseguir el provecho de la fama realmente ganada y, sobre todo, para poder proporcionar una guía segura. En esta nueva tendencia, se destacan figuras como Fernán Pérez de Guzmán (1370-1460), autor de *Generaciones y semblanzas*. Se trata de una colección de treinta y cinco retratos biográficos de los cortesanos más importantes de su tiempo, compuesta hacia mediados del siglo XV, aunque no se publicó hasta 1512 como tercera parte de un *Mar de Historias*. Hombre muy interesado por la cultura clásica, encargó a su primo Vasco Ramírez de Guzmán, arcediano de Toledo y “hombre muy notable y gran letrado”, una traducción de Salustio.<sup>520</sup> Todo este bagaje le aportó un conocimiento de la tradición historiográfica que se manifiesta en el prólogo de *Generaciones*, un texto que puede considerarse como un auténtico “capítulo metodológico”. A la manera de los historiadores antiguos, tras proclamar la necesidad de la *autopsia*, aconseja que, como los antiguos, se han de seguir tres principios a la hora de escribir la historia: el empleo de la retórica, el recurso a testigos fiables y, finalmente, la imparcialidad.<sup>521</sup>

E a mi ver, para las estorias se fazer bien e derechamente son necesarias tres cosas: la primera, que el estoriador sea discreto e sabio e aya buena retórica para poner la estoria en fermoso e alto estilo, porque la buena forma onra e guarnece la materia. La segunda, que él sea presente a los principales e notables abtos de guerra e de paz, e porque sería imposible ser él en todos los fechos, a lo menos que él fuese así discreto que non recibiese información sinon de personas dignas de fe e que oviesen sido presentes a los fechos. E esto guardado sin error de vergüeña, puede el coronista usar de información ajena... La tercera es que la estoria que non sea publicada biviendo el rey o el príncipe en cuyo tiempo e señorío se hordena, porque'1 estoriador sea libre para escribir la verdad sin temor.<sup>522</sup>

Pérez de Guzmán se convierte así en el primer historiador castellano que destaca el valor de la elocuencia en la perpetuación de la memoria.<sup>523</sup> Escritores de la siguiente generación, como Diego Enríquez del Castillo (1443-1503), historiador de la corte del Rey castellano Enrique IV, muestran la aplicación práctica de esa retórica en la escritura de su historia. Así, su

<sup>519</sup> Cf. Tate (1970) y Gómez Moreno (1994).

<sup>520</sup> *Salustio en romance dirigido a Hernán Pérez de Guzmán*. Cf. Tate (1970).

<sup>521</sup> Cf. Villalba Álvarez (2009) sobre los tópicos de los proemios historiográficos.

<sup>522</sup> Cf. *Generaciones y Semblanzas* 2.3.

<sup>523</sup> Cf. López Estrada (1946).

*Crónica*, que se caracteriza por su gran carga de reflexión política y didáctica, consigue llevar a buen puerto sus objetivos por medio de la introducción de un gran número de discursos. Se ha llegado a afirmar que, de un modo similar a lo que ocurre en la obra de Tucídides, estaríamos ante una utilización de la oratoria como *speculum regum*. Ello explica que esta obra gozase de una considerable fama en épocas posteriores por la utilidad que se desprendía de sus numerosos discursos.<sup>524</sup>

## 2. La traducción de Valla y la utilidad de la obra tucididea

Sin embargo, más allá del modelo metodológico que proporcionaba la obra tucididea y de su reflejo sobre los historiadores latinos, verdadero referente de algunos de estos escritores, el paso decisivo para su conocimiento y difusión a partir de mediados del siglo XV lo dio el gran humanista italiano Lorenzo Valla, autor de la primera traducción conocida al latín. Fue un encargo del papa Nicolás V, que, tras cuatro años de trabajo y un pago de 500 ducados, fue entregado en 1452. Esta traducción formaba parte de un proyecto más amplio que tenía el objetivo de hacer accesible al público del momento la obra de los más importantes historiadores griegos.<sup>525</sup> De hecho, tras esta tarea, Valla emprendió la traducción de la obra de Heródoto. Ya el orden en el que se acometió la realización de este encargo papal ofrece un dato significativo. Existía tal interés a mediados del siglo XV por contar con una traducción fiable de la obra de Tucídides que se llevó a cabo antes que la de Heródoto, el que era considerado como “padre de la historia”. Sin duda, la utilidad retórica que se esperaba del texto de Tucídides era mayor que la que podía ofrecer el de Heródoto en este momento histórico. Pero, con todo, se trata de un cambio de orden cronológico muy significativo que también veremos que se repite en las selecciones de discursos que comienzan a publicarse un siglo más tarde, como las de Nannini y Belleforest.

En este sentido, es muy interesante la suscripción que aparece en el folio 184r. del códice que ha servido como “arquetipo” del nuevo *Thucydides Latinus*, el *Vat. Lat.* 1801, en el que, de su puño y letra, Valla deja claro que el encargo papal tenía como objetivo servir como referente para que otras versiones que se realizasen a partir de ésta pudieran ser corregidas. Sin duda, esta afirmación confirma la existencia de ese enorme interés por contar con traducciones de la obra a lo largo del siglo XV, lo que obligó a Nicolás V, que había convertido la Biblioteca Vaticana en un verdadero centro de erudición clásica, a encargar una versión fiable que no plantease dudas, en la que se emplearon diferentes manuscritos del texto griego. Se trata de una traducción que es importante para la constitución del texto original de Tucídides, ya que el humanista utilizó dos importantes manuscritos hoy en día desaparecidos.<sup>526</sup> Pero, sobre todo, es el máximo exponente de una preocupación por facilitar la difícil tarea que

<sup>524</sup> Cf. Nieto Soria (2003).

<sup>525</sup> Cf. Fryde (1983: 85-115).

<sup>526</sup> Cf. Ferlauto (1979).

suponía la lectura del texto griego. Valla conocía bien la lengua griega. De hecho, en los *Antidoti in Poggium*, señala que sus maestros de griego fueron Aurispa y Rinuzio.<sup>527</sup> Y estas credenciales tuvieron que estar detrás del encargo del Papa Nicolás V. Sin embargo, esto no evitó que acabase siendo una tarea muy dificultosa. El propio Valla lo pone de manifiesto en una carta enviada a Giovanni Tortelli a finales de 1448.<sup>528</sup> Gracias a ella sabemos que en ese momento ya había traducido el libro primero de la obra y que la principal dificultad se encontraba en la traducción de los discursos.<sup>529</sup> No fue un trabajo perfecto, ya que la crítica ha destacado que son numerosos los errores de interpretación, como se desprende del texto del *Vat. Lat.* 1801, en el que, incluso, se puede detectar una serie de omisiones, errores e interpolaciones.<sup>530</sup> Es evidente que la oscuridad del texto tucidideo le jugó algunas malas pasadas a un traductor que partía de cero, que no tenía el respaldo de una labor previa que le sirviera de referencia y que, además, a causa de su difícil carácter, no recabó la ayuda de otros humanistas contemporáneos que también sabían griego.<sup>531</sup> Es lógico que esa oscuridad no fuese aclarada en todos sus pasajes y que el estilo conciso y abstracto del texto griego condicionase en gran medida la “elegancia” de la versión latina, algo que, con cierta ironía, numerosos autores del XVI le reprocharon al italiano: cómo es posible que el autor de las *Elegancias* no hubiera puesto en práctica sus propias ideas a la hora de verter a Tucídides al latín. Con todo, este tipo de traducciones no son infrecuentes en este momento histórico, en el que por encima de la exactitud filológica se primaba el objetivo básico de hacer accesible la obra a un número lo más amplio posible de lectores. Y este objetivo lo logró con creces, siendo además uno de los pioneros del nuevo método de traducción humanista, gracias al cual se abandona la traducción literal (ampliamente seguida en la Edad Media) a favor de la traducción *ad sensum*.<sup>532</sup> Desde finales del XV y principios del XVI, la traducción de Valla se difunde ampliamente por toda Europa.<sup>533</sup> Las ediciones impresas fueron llevadas a cabo por Parthenius (1483), Ascensius (1513), Heresbachius (1527). Stephanus lo edita dos veces, en 1564 y en 1588, con numerosas correcciones críticas.<sup>534</sup> Y esta amplia difusión la convirtió en el punto de partida imprescindible para las traducciones de la obra tucididea a las principales lenguas vernáculas: al francés (C. de Seyssel 1512, publicada en 1527), al alemán (Boner 1533) y al italiano (Strozzi 1545).

<sup>527</sup> Cf. L. Vallae, *Opera*, Basilea 1540: 335: *Aurispa atque Rinutius me, ut suo in Graecis litteris discipulo, gloriantur, ut ego invicem ipsi praeceptoribus.*

<sup>528</sup> Cf. Besomi-Regoliosi (1984) *Epistole* 44.

<sup>529</sup> Cf. Besomi-Regoliosi (1984) *Epistole* 44: *Nunc me Thucydides exercet, dumtaxat in orationibus, nec ullius praesidio iuvor.*

<sup>530</sup> Cf. Alberti (1985: 244-253) y Maurer (1999).

<sup>531</sup> Cf. Besomi-Regoliosi (1984) *Epistole* 44, donde Valla afirma que no confía en su viejo maestro Rinuccio y que prefiere no acudir a Jorge de Trebisonda. Aparte de estos, *ceteri nulli sunt.*

<sup>532</sup> Cf. Botley (2004).

<sup>533</sup> Sobre la fortuna de esta traducción, cf. Pade (2000).

<sup>534</sup> Cf. Pade (2003: 119-181).

Todo lo reseñado pone de manifiesto hasta qué punto Valla llevó a buen puerto una tarea que acabó siendo esencial para la recepción de Tucídides en los siglos siguientes.<sup>535</sup> Gracias a su trabajo, el texto completo de la *Historia* estaba a disposición de aquellos que sabían el suficiente latín como para poder leerlo. Y su enorme repercusión en las décadas siguientes deja claro que esa labor no fue en vano. No obstante, los propios manuscritos, tanto el dedicado al pontífice como las diversas copias realizadas en aquellos años de mediados del siglo XV, también dejan claro que el interés de los lectores se concentraba en una serie de puntos muy definidos de la obra. Siguiendo lo que había sido una costumbre en la tradición textual de Tucídides en Bizancio, estos manuscritos de la traducción de Valla ofrecen una disposición del texto que revela aspectos esenciales de su recepción en aquellos años. Para empezar, las citas con las que cierra el *Prefacio* dirigido al Papa, una de Cicerón (*Orator* 12.39) y otra de Quintiliano (*Inst. Or.* 10.1.73), dejan claro que, para Valla y para sus contemporáneos, los dos padres de la historia, Heródoto y Tucídides, eran escritores ejemplares. Pero, con todo, Valla pone de manifiesto una diferencia que ya destacó Quintiliano en su momento: el estilo de Heródoto podía ser más agradable y claro, pero Tucídides era mejor a la hora de componer los discursos (*melior ille contionibus*). Valla, que ya había demostrado años atrás que la retórica podía ser la guía más adecuada para la historia, concibe ahora la obra de Tucídides como un modelo de *contiones* ejemplares y así lo indica en las palabras liminares. Para confirmar esta idea sólo hay que echar un vistazo a las abundantes rúbricas que identifican, dentro del texto de la traducción, todos los discursos y sus oradores.<sup>536</sup> Este cuidado se extrema en el caso de los diálogos de la obra, especialmente en el Diálogo de los Melios, al diferenciar las numerosas intervenciones de unos y otros con diferentes encabezamientos, como si se tratase de los discursos de un debate. En este sentido, es enormemente significativo que la inmensa mayoría de las rúbricas de los primeros siete libros de la *Historia*, presentes en los manuscritos de la traducción que se fechan entre 1452 y 1460, sólo sirvan para destacar el lugar en el que se encuentran los discursos, diálogos y epístolas presentes en el texto, facilitando, así, su localización por los posibles lectores del manuscrito. Unas rúbricas que, además, ofrecen indicaciones sobre su estilo (en el caso de que están en *oratio obliqua*) o sobre su pertenencia a un debate más amplio:

- 1.32: *Oratio Corcyrensiuum apud Athenienses.*
- 1.37: *Oratio Corinthiorum apud Athenienses.*
- 1.53.2: *Corinthii.*
- 1.53.4: *Athenienses.*
- 1.68.1: *Oratio Corinthiorum apud Lacedemonios.*
- 1.73.1: *Oratio Atheniensium legatorum apud Lacedemonios.*
- 1.80.1: *Oratio Archimadi regis apud Lacedemonios.*
- 1.86.1: *Oratio Sthenelaide ephori idest tribuna plebis dicta more laconico.*
- 1.120.1: *Oratio Corinthiorum apud socios.*

<sup>535</sup> Cf. Pade (1985).

<sup>536</sup> Cf. Pade (1985: 281-291).

- 1.128.7: *Epistola Pausanie ad regem.*  
1.129.3: *Epistola regis.*  
1.137.4: *Epistola Themistoclis ad Artaxerxem.*  
1.140.1: *Oratio Periclis apud Athenienses.*  
2.11.1: *Oratio Archidami regis.*  
2.12.3: *Oratio Periclis obliqua.*  
2.35.1: *Oratio Periclis funebris.*  
2.60.1: *Oratio Periclis.*  
2.71.2: *Oratio legatorum Plateensium.*  
2.72.1: *Responsio regis Archidami.*  
2.72.1: *Legatorum responsio.*  
2.72.3: *Iterum Archidami responsio.*  
2.73.2: *Alia legatorum responsio.*  
2.74.3: *Optestatio regis Archidami.*  
2.87.1: *Oratio Peloponnensium ducum ad milites.*  
2.89.1: *Oratio Phormionis Atheniensis ad milites.*  
3.9.1: *Oratio Mityleneorum apud Lacedemonios.*  
3.30.1: *Oratio Teutiapli.*  
3.37.1: *Oratio Cleonis apud Athenienses.*  
3.42.1: *Oratio Diodoti dicentis sententiam Cleoni contrariam.*  
3.53.1: *Oratio Plateensium apud Lacedemonios.*  
3.61.1: *Oratio Thebanorum contra Plateenses.*  
4.10.1: *Oratio Demosthenis ad milites.*  
4.11.4: *Oratio Braside ad commilitiones obliqua.*  
4.59: *Oratio Hermocratis ad Sicilienses.*  
4.85.1: *Oratio Braside ad Achantios.*  
4.92.1: *Oratio Pagonde ad Boetios milites.*  
4.95: *Exhortatio Hippocratis ad milites Athenienses.*  
4.97.2: *Verba caduceatoris Boetii ad Athenienses.*  
4.98.1: *Verba caduceatoris Atheniensis ad Boetios.*  
4.99.1: *Boetiorum responsio.*  
4.114.1: *Oratiuncula Braside ad Toroneos obliqua.*  
4.120.3: *Oratiuncula Braside ad Scionios obliqua.*  
4.126.1: *Oratio Braside ad milites.*  
5.9.1: *Oratio Braside ad milites.*  
5.85-111: *Athenienses legati / Melii* (todas las intervenciones del diálogo).  
6.9.1: *Oratio Nicie Atheniensis.*  
6.16: *Oratio Alcibiadis.*  
6.20.1: *Oratio Nicie secunda.*  
6.33.1: *Oratio Hermocratis ad Syracusanos.*  
6.36.1: *Oratio Athenagore ad Syracusanos.*  
6.41.2: *Alter ex magistratibus Syracusanis.*  
6.68.1: *Oratio Nicie ad milites.*  
6.72.3: *Oratio Hermocratis obliqua.*  
6.76.1: *Oratio Hermocratis Syracusani.*

- 6.82.1: *Oratio Euphemi Atheniensis contra Hermocratem.*  
 6.89.1: *Oratio Alcibiadis ad Lacedemonios.*  
 7.5.3: *Oratiuncula Gylippi obliqua.*  
 7.11.1: *Epistola Nicie ad Athenienses de his que apud Sicilia agitantur.*  
 7.21.1: *Gylippi oratiuncula.*  
 7.21.3: *Hermocratis obliqua oratio.*  
 7.61.1: *Oratio Nicie ad milites.*  
 7.66.1: *Oratio Syracusanorum ac Gylippi ad milites.*  
 7.69.2: *Oratio Nicie secunda obliqua ad milites.*  
 7.77.1: *Oratio Nicie ad milites.*  
 8.45.2: *Obliqua oratio Alcibiadis ad Tissaphernem.*

Son muy pocas las rúbricas restantes que hacen referencia a la inserción de una serie de epigramas<sup>537</sup>, a pasajes con finalidad retórica,<sup>538</sup> y, sobre todo, a la indicación de diferentes tipos de pactos y alianzas.<sup>539</sup> Y a ello se le puede unir el testimonio que ofrecen muchas de las glosas marginales, como las que que acompañan al texto del discurso más importante de la obra, el epitafio de Pericles, demostrando así el especial interés que despertaba. Como señala A. Grafton: “The book that resulted from Valla’s efforts, in short, sheds as much light on the needs and interests of a fifteenth-century humanist rhetorician as on those of the original Greek author. It looks more an anthology of speeches than a narrative”.<sup>540</sup> Es evidente que no se trata de algo nuevo, pues esta idea de que la obra del historiador ático ofrecía una antología insuperable de discursos políticos y militares ya hemos visto que fue clave en el caso del *Tucídides* de Heredia a finales del XIV. También lo hemos visto en los manuscritos griegos que contienen selecciones de sus discursos.<sup>541</sup> Distinguir los discursos del resto del texto de una obra historiográfica era algo que contaba con una larga tradición medieval y que había sido decisivo en la obra de autores como Salustio.<sup>542</sup> Sin embargo, la importancia de la presencia de estas rúbricas en la traducción de Valla pone de manifiesto que sus lectores renacentistas se interesaban sobre todo por las oraciones. De otro modo no puede entenderse que casi todas las rúbricas, de manera sistemática, delimiten el texto de los discursos frente a unas pocas que indican la presencia de epigramas, descripciones o acuerdos

<sup>537</sup> Cf. 1.132.2 (*Epigramma in tripode a Pausania inscriptum*); 3.104.4 (*Carmen Hymnicum Homero*); 6.54.7 (*Epigramma distichon*); 6.59.3 (*Epigramma tetrastichon*).

<sup>538</sup> Cf. 1.138.3 (*de virtutibus Themistoclis*); 6.1.1 (*Descriptio Sicilie*);

<sup>539</sup> Cf. 3.58.1 (*Qui fuerunt auxilio Syracusanis*); 4.118.1 (*Inducie inter Athenienses et Lacedemonios*); 5.18.1 (*Federa inter Lacedemonios et Athenienses*); 5.23.1 (*Societas inita inter Lacedemonios et Athenienses*); 5.47.1 (*Federa Atheniensium cum Argivis Mantineis et Eleis ad annos centum*); 5.77.1 (*Conventa inter Lacedemonios et Argivos*); 5.79.1 (*Societas Argiuorum et Lacedemoniorum*); 7.57.2 (*Qui venerunt in Siciliam cum Atheniensibus*); 7.58.1 (*Quibus fuerunt auxilio Syracusanis*); 8.18.1 (*Societas inter regem et Lacedemonios*); 8.31.1 (*Pactiones secunde inter Lacedemonios et regem Dareum*); 8.58.1 (*Pactiones tertie inter Lacedemonios et Regem societatis*).

<sup>540</sup> Cf. Grafton (1997: 18).

<sup>541</sup> Cf. el ejemplo del manuscrito reseñado por Cyrillo (1832: II, 510-511).

<sup>542</sup> Cf. Smalley (1971).

diplomáticos. Todo ello apunta a una manera preferente de leer la historia de Tucídides que se verá intensificada en las diversas traducciones a lo largo del siglo XVI. Las versiones de Seyssel, Strozzi o Gracián de Alderete fueron más allá todavía, recurriendo a la ayuda de tablas e índices, y confirmando el principal interés que despertaba la obra de Tucídides entre los humanistas y, por lo tanto, el proceso de lectura predominante.

### 3. Las traducciones de Tucídides en el XVI y el papel de los discursos

Del mismo modo que ocurría en la versión latina de Valla, un análisis de todas las traducciones de Tucídides publicadas en el siglo XVI, en las que el texto del historiador ático se vertió a las más importantes lenguas vernáculas, muestra que hay un elemento que se repite y que es destacado por encima de los demás: los discursos.<sup>543</sup> Y, en consecuencia, los traductores e impresores, tal y como ya había hecho Valla, pusieron un especial cuidado a la hora de identificarlos, disponerlos e, incluso, clasificarlos de acuerdo a la normativa retórica. Esta tarea, heredera de procedimientos medievales, fue perfeccionada con los nuevos recursos textuales que proporcionó la imprenta. Los índices o las tablas de contenido que, gracias al uso cada vez más extendido de paginación, se habían ya convertido en un elemento imprescindible del libro, permitían un rápido acceso al texto y, sobre todo, facilitaban la ordenación y clasificación de los contenidos que despertaban más interés a los posibles clientes.<sup>544</sup> Todo ello confirma que la impresión de estas traducciones, acompañadas de índices y tablas de los discursos, estaba orientada en gran medida a facilitar una manera concreta de leer el texto de Tucídides, en la que primaba su utilidad desde el punto de vista retórico. De hecho, el éxito de estas primeras ediciones explica que a lo largo del siglo XVI se lleve a cabo un progresivo perfeccionamiento de los mecanismos que posibilitaban este tipo de lectura. Un interés que, además, no es privativo de Tucídides, sino que hay que enmarcarlo dentro de un contexto más amplio, en el que otros autores antiguos, como Tito Livio, Salustio o Polibio, eran leídos de manera similar.<sup>545</sup> Su éxito explica que en la segunda parte de la centuria acabase tomando cuerpo una nueva etapa de este proceso a través de la publicación de selecciones de discursos de origen historiográfico.

Para mostrar este recorrido, van a servirnos de ejemplo tres traducciones publicadas en el XVI, que presentan fundamentales puntos de contacto entre sí y que son claros exponentes del proceso seguido. La primera fue la traducción francesa de Claude de Seyssel, acabada en 1512 y publicada en 1527. Al ser la primera versión del texto de Tucídides a una lengua europea contemporánea, se convirtió, junto con la latina de Valla, en la referencia que guió la elaboración de las siguientes traducciones, como la italiana de Strozzi

<sup>543</sup> Una visión general en Pade (2003) y (2006).

<sup>544</sup> Cf. Burke (1966) y (2000: 149-176): "Selling Knowledge: The Market and the Press". Sobre la mentalidad humanista que está detrás de este procedimiento, cf. Moss (1996: 134-185).

<sup>545</sup> Cf. Osmond - Ulery (2003).

(1545). Finalmente, el último ejemplo, la versión de Gracián de Alderete (1564), es un exponente de cómo el influjo ejercido por las ideas clave de la versión de Seyssel llevó al autor castellano a publicar una traducción de Tucídides de tercera mano: versión española de la traducción francesa del texto latino de Valla.

La versión francesa de la *Historia* de Tucídides, llevada a cabo por Claude de Seyssel en 1512, es la primera que parte de la traducción latina que, gracias a la labor de Valla, se había convertido en un eslabón insoslayable para cualquier intérprete del texto. Seyssel, que también vertió a esta lengua un buen número de historiadores griegos (traducidos previamente al latín por Juan Lascaris), y que jugó un papel fundamental en la difusión de la Antigüedad en su país, la consideró oscura, por lo que la crítica ha destacado que uno de sus principales objetivos era intentar aportar claridad a la versión del florentino.<sup>546</sup> Por ello, con la ayuda del filólogo bizantino Lascaris, corrigió a partir del griego la traducción latina. De este modo, consiguió elaborar una versión de Tucídides más próxima a la lengua original que la de Valla.<sup>547</sup> El manuscrito de Seyssel, tras permanecer varios años en la biblioteca real, se imprimirá en París, en el año 1527, por Jacques Colin.<sup>548</sup> Hasta aquí los aspectos básicos que suelen destacar los críticos, para quienes la obra de Seyssel sólo supone un paso más en la difusión de la *Historia* en el contexto de una Francia cada vez más interesada en la literatura antigua. Sin embargo, un elemento hasta ahora poco analizado, como son los prólogos de esta edición, aporta una valiosa información para comprender la verdadera utilidad que un humanista como Seyssel esperaba de esta traducción y para entender el enorme interés suscitado por los discursos del historiador ático en la nueva cultura. Así, en el prólogo de Colin, dirigido “Aux tres illustres Princes, Grands Seigneurs & Gentils-hommes de France”, y que encabeza la versión de 1527, se destaca que la razón por la que el Rey Francisco I promovió la impresión del texto era poner a disposición de una élite una obra fundamental de la Antigüedad que llevaba ya años en su biblioteca:

Mais le Roy François ayant en sa librairie Thucydide Athenien, translaté en nostre langue par un tel personnage que fut Messire Claude de Seyssel, qu'il solemnise pour son chef d'oeuvre, pource que le dit livre ne se trouvoit ailleurs, de son propre mouvement a esté content d'en faire part aux Princes, Seigneurs & Gentils-hommes de son royaume, encore qu'il fust historiographe tant estimé entre les siens, qu'ils luy firent dresser une statue ayant la langue d'or, pour l'elegance & verité qu'il avoit suyvie en son histoire, & que Demosthene prince de tous les orateurs qui iamais furent, y print tant de goust, qu'il le voulut escrire par huit fois de sa propre main. Et à la verité nul de tous ceux qui l'en sont meslez, onques approcha de luy, à descrire les deliberations, exploits & evenements, gardant ce qui convient aux personnes, lieux & saisons ... (f. 4r-v)

<sup>546</sup> Cf. Boone (2000).

<sup>547</sup> Cf. Chavy (1973: 366-7).

<sup>548</sup> *L'Histoire de Thucydide Athenien, De la guerre qui fut entre les Peloponnesiens & Atheniens, traslatée de Grec en François par seu Messire Claude de Seyssel...* París: Josse Badius, 1527.



Por una parte, como heredero de la teoría historiográfica de base ciceroniana, la más extendida en el Renacimiento, Colin destaca el interés de la obra como guía para la vida y para la cosa pública de “Príncipes, Señores y Gentilshombres del reino”. En este sentido, contempla la utilidad de la obra de Tucídides de manera similar a la que tendrían otras traducciones que había realizado Seyssel de diferentes historiadores de la Antigüedad. Sólo que en este caso el interés se acrecienta al tratarse de un autor difícil de leer y del que apenas se contaba con una traducción fiable. Por otra parte, siguiendo la tradición sobre la figura de Tucídides (de ahí las anécdotas relacionadas con Demóstenes, o la estatua con la lengua de oro), el propio Colin no puede evitar destacar los aspectos que tienen que ver con la elocuencia de sus “deliberations”, que se ajustan a los principios retóricos de persona, lugar y tiempo.

De manera mucho más precisa, C. de Seyssel, en el “Prologue ou Proeme de Messire Claude de Seyssel” dirigido en 1512 al rey Luis XI, y que ocupa las siguientes páginas de la edición impresa, nos ilustra con más claridad sobre la auténtica finalidad de la obra de Tucídides. De hecho, establece una clara diferencia entre la utilidad que se podía esperar a partir de la lectura de la obra de unos y otros historiadores. Así, al hablar de la traducción de otras “Histoires mondaines” como “celle de Xenophon du voyage de Cyros”, “celle de Diodore des successeurs d’Alexandre” o “celle d’Appian Alexandrin”, destaca en todas ellas su utilidad didáctica, moralizante y el modelo de conducta pública que ofrecen ciertos “passages” a lo largo de su lectura:

Lesquelles toutes outre la delectation que l’on peut prendre de la lecture d’icelles, sont pleines d’enseignemens & de documens, à qui les veut gouster & digerer, & reduire à sens moral. Car l’on y voit maints passages qui peuent grandement servir à la conduite des affaires publics, tant par temps de paix, que par temps de guerre. (f. 5v)

Esta afirmación de Seyssel pone de manifiesto que estas obras históricas podían ser leídas con “delectation” y que, al ser más cercanas a los gustos del momento, podían ser objeto de una lectura completa y continuada, ya que proporcionaban unas enseñanzas que se podían “gouster”, “digerer” y “reduire à sens moral”. Todo ello en un pasaje que alude a los procesos de asimilación de este tipo de contenido y a los gustos predominantes en el humanismo del momento. Sin embargo, unas líneas más adelante, Seyssel, al explicar por qué ha elegido traducir la obra de Tucídides de entre todas las que había en la biblioteca real, pone de manifiesto la característica que la distingue de las demás, la utilidad que se esperaba de ella y, sobre todo, la causa principal de la traducción:

...l’histoire de Thucydide Athenien, qu’il a escrite en huit livres, de la guerre de Peloponnese & des Lacedemoniens, laquelle m’a semblé moult singuliere, non pas tant pour la narration d’icelle Histoire, combien qu’elle soit belle & assez nouvelle aux François, qui n’ont guere de livres des Histoires des Grecs au long en leur langage, comme pour la profundité & excellence des oraisons & harangues,

que l'on appelle concions, contenues en icelles, qui contiennent enseignement universel de toutes choses grandes, & tout l'art & efficace d'eloquence, ainsi que tous les aucteurs tant Grecs que Latins nous tesmoignent, mesmement Ciceron, qui est le prince d'eloquence entre les Latins, m'a semblé n'avoir rien fait par les translations precedentes, si ie ne translatoye ladite Histoire, qui tant est celebrée par tous ceux qui en ont eu cognoissance, pour raison desdites oraisons & concions. (f. 6v)

Estamos ante un pasaje clave. Seyssel con toda claridad nos proporciona cuatro informaciones básicas. En primer lugar, nos dice que los discursos son la característica que hace que esta obra sea “moult singuliere” y que se distinga de las demás. En segundo lugar, nos dice que el motivo fundamental de la traducción de Tucídides es dar a conocer las “oraisons & concions”, que se caracterizan por su profundidad y excelencia y que, claramente, se consideran muy por encima de la parte narrativa. En tercer lugar, que la utilidad que se espera de ellas es claramente retórica, ya que contienen en sí mismas “tout l'art & efficace d'eloquence”. Pero, además, hay una cuarta idea que se deduce de este pasaje y que muestra hasta qué punto Seyssel ha contemplado esta traducción desde la perspectiva de los discursos. Aunque otros autores han destacado que Seyssel critica la “oscuridad” general de la traducción de Valla,<sup>549</sup> lo cierto es que el autor francés es mucho más preciso: claramente apunta al hecho de que esa oscuridad sobre todo radica en el modo en que se han traducido los discursos. Cuando habla de “les translations precedentes” no se refiere a otras versiones además de la de Valla. Más bien, dentro del contexto de todo el pasaje, en el que los protagonistas absolutos son los discursos, Seyssel nos dice que no se han hecho bien “las traducciones de las diferentes oraciones”. La confirmación de esta idea la encontramos en la frase siguiente: cuando destaca las dificultades que se encontró al leer por primera vez el texto original en griego, señala que fue la oscuridad de los discursos lo que casi le obligó a abandonar la tarea:

Et non pourtant ayant discouru ladite Histoire, y trouvoy du commencement tant de difficultez, mesmement à l'intelligence desdites oraisons & concions, qui ont semblé toujours tres difficiles à tous ceux qui les ont leuës ... que ie me cuiday repentir & retirer de mon entreprinse. (f. 5v)

Y, sobre todo, que tras consultar la traducción de Valla, la única disponible para los humanistas del momento, le pareció “moult obscure et difficile” (la frase que suelen destacar todos los estudios), justo (destacamos nosotros) en estos pasajes. Como podemos ver, es el interés por tener una buena traducción de los discursos lo que ha llevado a Seyssel a emprender la difícil tarea de traducir la obra completa de Tucídides al francés. Eran los discursos los que convertían a esta historia en una obra tan singular. Además, acorde con este planteamiento básico, la traducción está encabezada por un detallado índice del contenido organizado por capítulos, en el que los discursos aparecen

---

<sup>549</sup> Cf. Chavy (1973).

claramente indicados. Aunque todavía en esta versión los discursos forman parte de una visión de conjunto de todo el contenido de la obra tal y como aparecen libro a libro. Algo lógico si tenemos en cuenta que, para la mayor parte del público, era la primera vez que podía leer su contenido, lo que hacía preciso un índice que aportase una información general.

Las seis reimpressiones realizadas a lo largo de 32 años dejan patente un éxito innegable, que traspasó las fronteras francesas, y que pone de manifiesto el interés que los humanistas tenían por una obra en la que los discursos jugaban un papel tan importante. No ha de extrañar que fuese esta traducción francesa de Seyssel la base sobre la que se hicieron otras dos más: al inglés (la tan vilipendiada de Thomas Nichols en 1550)<sup>550</sup> y al español (Gracián de Alderete en 1564), sobre la que volveremos más adelante tras analizar el caso italiano.

En Italia también se sintió pronto la necesidad de contar con una traducción en lengua vernácula. Y la tarea le correspondió a Francesco di Soldo Strozzi, que dedicó la obra a Cósimo de Medici, Duque de Florencia.<sup>551</sup> Partió tanto de la traducción de Valla como de la de Seyssel, aunque siempre intentando destacar su aportación a la hora de mejorar la comprensión del texto. De hecho, en un prefacio dirigido “Ai Dotti e Virtuosi Academici di Fiorenza” (ff. 3-4), Strozzi afirma que ha tenido que realizar un gran esfuerzo de comprensión:

Io ... mi sono isforzato primieramente di bene intendere tutto cio che ha voluto dir l'Auttore, et poi di portare quello istesso con altre parole, nella nostra lingua materna. La quale Io chiamo Thoscana...<sup>552</sup>

También pone de manifiesto sus ventajas con respecto a la traducción de Valla al latín y de Seyssel al francés:

Era l'animo mio porre nella fine del libro molte cose, dette da chi lo tradusse in Latino, & molte dettene da chi lo portò nella lingua francese, per dimostrare che differenza sia da me ad essi, & chi piu accostato si sia al vero senso dell'Autore<sup>553</sup>

Pero, sobre todo, esta traducción supone un avance en el interés con respecto a los discursos. En la detallada *Tavola di tutte le cose che si contengono nel Thucydide* (ff. 5r-12r) se observa ya un cambio decisivo. Los discursos ya no

---

<sup>550</sup> Deuda que aparece reconocida con toda claridad en el título: *The History writtome by Thucydides the Athenyan of the warre, whiche was between the Peloponesians and the Athenyans, traslated oute of the Frenche of Claude de Seyssel, Bishop of Marseilles, into the Englishe language, by Thomas Nicolls*, Londres, 1550. Sobre sus errores, cf. Schlatter (1975: xii-xiii).

<sup>551</sup> *Gli Otto Libri di Thucydide Atheniese, delle guerre fatte tra i popoli della Morea, et gli Atheniesi, nouuamente dal greco idioma, nella lingua toscana, con ogni diligentia tradotto, per Francesco Soldi Strozzi...*, Venecia: Gabriel Giolito, 1545.

<sup>552</sup> Cf. f.3v.

<sup>553</sup> Cf. f.4r.

forman parte de un recorrido general del contenido libro a libro, sino que están distribuidos en tres secciones alfabéticas: Discorso, Essortatione y Parlamento. Esta última es la más importante. De hecho, casi todos los discursos figuran en este apartado que abarca casi toda la entrada de la letra P.<sup>554</sup> Estas entradas, además, se corresponden básicamente con los encabezamientos que hay al principio de cada uno de los discursos, que aparecen perfectamente indicados dentro del texto por medio de un *titulus* centrado por los impresores y que diferencia con toda claridad el discurso del texto narrativo, dejándole un espacio que pone de manifiesto su importancia. Esta traducción tuvo una amplia difusión en la Italia del momento y, de hecho, fue la empleada por Remigio Nannini pocos años después para extraer los “parlamentos” y publicarlos en su selección de *Discorsi militari*, que se publicaron en la misma imprenta de Gabriel Giolito de’ Ferrari. La tarea, gracias al trabajo realizado, ya era más fácil.<sup>555</sup>

El caso más llamativo, no obstante, lo proporciona la traducción española. Frente a una opinión muy extendida entre la crítica anglosajona, en España parece que también hubo desde bien pronto un gran interés por la obra de Tucídides.<sup>556</sup> Así lo ponen de manifiesto los consejos de Francisco de Vergara, quien, en el prólogo de su *Gramática griega* (1537), recomendaba a los que estudiaban esta lengua leer la obra del historiador aunque fuese con la ayuda de la traducción de Valla. Del mismo modo, Pedro Simón Abril aconsejaba la lectura de su historia junto con la de otros autores más asequibles como Jenofonte o Plutarco. Y este interés no quedó en la simple teoría, pues sabemos que Pedro de Valencia tradujo al latín en su retiro zafrense los veintisiete capítulos del comienzo del libro I y que, fruto de su buen conocimiento de la obra, recurre ampliamente a su autoridad en diferentes pasajes de su tratado *Acerca de los moriscos de España*.<sup>557</sup> O que el médico y humanista vallisoletano Alonso López Pinciano (1547-1627), que ya había vertido al castellano textos hipocráticos, tradujo por su cuenta pasajes como el de la peste. Incluso Nicolás Antonio nos ha transmitido la noticia de que un manuscrito con una traducción de la obra circuló a mediados del siglo XVI, obra que atribuye a un personaje tan conflictivo para la España del momento como el protestante Juan de Castro Salinas, lo que quizás sea una de las razones por las que el texto de Tucídides, tan del gusto de la Europa protestante de entonces, acabase apareciendo en el índice de libros prohibidos. Con todo, la primera traducción castellana de la historia completa, publicada en Salamanca en 1564, es obra del vallisoletano Diego Gracián de Alderete, que ocupó altos cargos como secretario tanto de Carlos V como de Felipe II. Sus elevadas ocupaciones no le impidieron desarrollar una amplia labor traductora de autores clásicos, destacándose su traducción de Plutarco (en clara coincidencia con el bagaje previo de Heredia y Seyssel). Entre ellas, hay que señalar de manera muy especial la de Tucídides

<sup>554</sup> Cf. ff.10r-11r.

<sup>555</sup> Cf. Hester (2003).

<sup>556</sup> Cf. López Rueda (1973: 237-43).

<sup>557</sup> Cf. Nieto Ibáñez (2008: 99-128). Especialmente, cf. las pp. 114-115.

tanto por su estrechísima relación con la de Seyssel como por las novedades que aporta con respecto a los discursos. De hecho, ya desde su portada, como declaración de principios, los discursos han pasado al título de la obra, lo que pone de manifiesto la importancia que para el traductor (y como reclamo para el público receptor, habría que añadir) tenían sus “oraciones y razonamientos prudentes y avisados a proposito de paz y de guerra”.<sup>558</sup> El problema de la traducción que hacía accesible el texto de Tucídides a los españoles de mediados del XVI es que no se hizo a partir del texto griego, como el autor se empeña en decir, sino que se basa en el texto francés de Seyssel. Hemos comprobado que este débito, destacado unánimemente por la crítica,<sup>559</sup> llega incluso al extremo de copiar en español las ideas fundamentales de los prefacios introductorios de Colín y Seyssel, haciéndolos pasar por suyos. Así, en el prefacio firmado por Gracián de Alderete, (dirigido a tan ilustre personaje como era el “serenísimo, muy alto y poderoso Señor don Carlos, Príncipe de las Españas”), el secretario real repite en español las mismas ideas ya expresadas unos años antes por los franceses y utiliza casi las mismas palabras. A modo de ejemplo, valgan unas líneas que inevitablemente les resultaran familiares al lector:

Escogi para traduzir esta historia (aunque difficil y obscura segun todos confessan) porque me pareció muy singular, no solamente por el autor della, Thucydides ser antiquissimo que ha casi dos mil años que escrivio, y por el cuento de la historia (puesto que seria harto nueva para España que tiene muy pocos libros de historias Griegas verdaderas en su lengua) como por la profundidad y excelencia de las oraciones y razonamientos de que esta llena. Que estas oraciones contienen en si una doctrina universal de todas las cosas, y todo el arte, y fuerza de la eloquencia... (f. 2v)

Gracián, que había traducido del francés y no del griego, ha llevado a cabo además todo un ejercicio de síntesis de las ideas de Colín y de Seyssel. Un proceder que, no obstante, tiene la importancia de revelar un dato fundamental: hacia 1564 la manera de leer la obra de Tucídides, en la que los discursos desempeñaban un papel decisivo, se encontraba totalmente aceptada. Gracián, al hacer accesible al público hispano una traducción francesa que se había convertido en un enorme éxito, no hace más que seguir una tendencia bien asentada en Europa. Como indican los últimos versos del poema de Gaspar de Lerma que sigue a continuación en la edición impresa:

En esta historia dulce y provechosa  
hallará exemplo el capitán valiente  
para alcanzar su palma gloriosa.  
Hallará exemplo el orador prudente

---

<sup>558</sup> *Historia de Thucydides. Que trata de las guerras entre los Peloponesios y Athenienses. La cual allende las grandes y notables hazañas por mar y por tierra, de los unos y de los otros, y de sus aliados y confederados, está llena de Oraciones y razonamientos prudentes y avisados a proposito de paz y de guerra...* (Salamanca: Juan de Canova 1564).

<sup>559</sup> Cf. Lasso de la Vega (1962), Gil (1981), Adrados (2003).

con que sea de otro el ánimo movido  
 a temor y esperançã variamente.  
 Este provecho a España le ha traydo,  
 con diligencia y fiel cuydado  
 en estilo muy grave y muy subido  
 de Griego en Español la ha trasladado. (f. 5v)

No obstante, el aspecto más novedoso de este texto impreso, como consecuencia de la evolución vivida en los últimos años en los mecanismos de ordenación retórica de los discursos y del contenido retórico de una obra, era que la “Tabla de los capítulos de la Historia de Thucydides” del comienzo (similar a la de Seyssel) se complementa ahora con un instrumento con el que todavía no contaba la versión de Strozzi en 1545: una tabla de discursos. Pero no una tabla cualquiera. De hecho, al final de la obra el lector se encontraba, ni más ni menos, que con una *Tabla de las oraciones de Thucydides, y de Tito Livio, reduzidas a sus generos, para quien quisiere comparar la eloquencia de los dos principes de la historia Griega y Latina, y quando se offresciere ocasion aprovecharse de los que ellos dixeron*. Se trata de un instrumento clasificatorio que ocupa cuatro páginas, a lo largo de las cuales se distribuyen todos los discursos, diálogos y pasajes retóricos de la obra de acuerdo a los tres géneros canónicos de la retórica. Y, además, todo ello estableciendo una directa comparación con los discursos de Tito Livio, el otro príncipe de la elocuencia historiográfica. La Tabla comienza con los discursos de Género deliberativo, diferenciando los casos que corresponden con las categorías de *Suasio, Dissuasio, Adhortatio, Dehortatio, Monitio, Petitio, Actio Gratiarum, Commendatio, Reconciliatio y Sententia*. Sigue con el Género Demonstrativo, diferenciando *Loas de Personas* (donde incluye tanto el elogio de Antifón como la Oracion de Pericles en las exequias publicas que se hazian en honrra de los Athenienses muertos en la guerra), *Loas de alguna cosa, Tratar las faltas de alguna persona, Poner tacha de alguna cosa*. Finalmente, los ejemplos de *Genero Iudicial: Acusacio, Defensio, Exprobratio, Invectiva, Expostulatio, Purgatio, Querella, Objurgatio, Deprecatio*. Categorías en las que distribuye no sólo los dos únicos discursos judiciales de Tucídides, los que se pronuncian en el juicio de los platenses, sino también las diferentes secciones del diálogo de los melios, entendido como fuente de ejemplos útiles para la oratoria forense. Incluso, lo que es todavía más interesante desde el punto de vista retórico, diferentes pasajes de discursos deliberativos en los que predomina la función acusatoria, como el ejemplo que proporciona de *Querella: De los Corinthios a los Lacedemonios de los agravios que les hazian los Athenienses*. Un texto que nos remite a la parte inicial del discurso que abre un debate deliberativo del libro I de la obra en Esparta. El detallado análisis de esta Tabla pone de manifiesto el claro enfoque retórico de la traducción y es un testimonio de hasta qué punto se había ya extendido por Europa un procedimiento que se encontraba también en la obra de otros historiadores como Salustio o Tito Livio.

Así, en el caso de Tito Livio, desde la edición publicada en Lyon (chez A. Vincent), en 1553, los lectores de la obra contaban con la inestimable ayuda de una *Tabula concionum atque orationum omnium Titi Livii, velut generis divisionem in species complectens, ad communem omnium generum scribendi, dicendique facultatem comparandam, secundum locos trium generum causarum, Deliverativi, Demonstrativi, et Iudicialis digesta*. En ella se ordenan los discursos en *suasiones, dissuasiones, adhortationes, debortationes, comminationes*, etc. Esta tabla, que volvemos a encontrar como elemento imprescindible en las ediciones siguientes, como la de Francfurt de 1568, se convierte en un instrumento indispensable para cualquier lector interesado en leer la obra de este historiador y sacar el correspondiente provecho retórico. Y, sin duda, es la base sobre la que se ha elaborado la Tabla presente en la traducción tucididea de Gracián de Alderete.

#### 4. Tucídides y las selecciones de discursos del XVI

Esta ordenación del material y la tipología detallada seguida ponen de manifiesto que los lectores del XVI consideraban que tanto la Historia de Livio como la de Tucídides eran una preciosa fuente de modelos oratorios de todos los géneros retóricos, que, en definitiva, ofrecían a sus ojos un manual del perfecto orador aplicable en muy diferentes ámbitos. No sólo en los dominados por la prosa, sino también en la composición poética. Sirva de ejemplo el siguiente pasaje en el que, a mediados del siglo XVI, J. du Bellay pone de manifiesto el interés de los discursos historiográficos, como los de Tucídides o Tito Livio, para adornar nuevas composiciones con las que aumentar la importancia de la literatura francesa:

Je veux bien en passant dire un mot à ceulx qui ne s'employent qu'à orner et amplifier notz romans, et en font des livres, certainement en beau et fluide langage, mais beaucoup plus propre à bien entretenir damoizelles qu'à doctement écrire: je voudroy' bien (dy-je) les avertir d'employer cette grande éloquence à recueillir ces fragmentz de vieilles chroniques françoyses, et comme a fait Tite-Live des annales et autres anciennes chroniques romaines, en bâtir le corps entier d'une belle histoire, y entremeslant à propos ces belles concions et harangues, à l'imitation de celui que je viens de nommer, de Thucydide, Salluste, ou quelque autre bien approuvé, selon le genre d'écrire où ilz se sentiraient propres. Telle oeuvre certainement serait à leur immortelle gloire, honneur de la France et grande illustration de notre langue.<sup>560</sup>

Du Bellay pone de manifiesto la utilidad de los discursos historiográficos de Tucídides o de Salustio como un modelo de elocuencia que puede extenderse a otros ámbitos literarios. De hecho, en la Francia de mediados del siglo XVI estos discursos sirvieron de modelo para nuevas composiciones épicas. Ésta era una utilidad que además se veía respaldada por la tradición clásica, que relacionó poesía y elocuencia. Si todavía en época de Cicerón se oponían

<sup>560</sup> Cf. J. du Bellay, *Défense et illustration de la langue française*, París, 1549, pp. 131-2.

los oradores a los poetas, que se suelen servir más de las palabras que de las cosas,<sup>561</sup> y la poesía es considerada como un simple aditamento de la cultura de los oradores, en la época imperial se produce un cambio sustancial que afectará al resto de la tradición. Ya en el *Diálogo sobre los oradores* de Tácito, un poeta como Virgilio se había convertido en modelo de elocuencia.<sup>562</sup> De hecho, en un período en el que el poder asfixiaba la posibilidad de usar la retórica en el ámbito público, sólo los poetas estaban en situación de emplearla para ejercer un magisterio moral y político. Justo esta característica hizo que los discursos de la *Farsalia* de Lucano gozasen de una enorme fama en la Edad Media y, de manera muy especial, en el Renacimiento.<sup>563</sup> Por ello, no es extraño que Du Bellay en su *Défense* invite a los poetas franceses a recoger fragmentos de viejas crónicas con los que elaborar una buena composición poética y entremezclar en ella “conciones et harangues” de manera similar a lo que hicieron historiadores como Tucídides o Salustio. Du Bellay muestra así la admiración que sienten los hombres del Renacimiento por los discursos de los historiadores antiguos, que les permitían ir más allá de la materialidad de los hechos narrados, y les proporcionaban modelos contrastados de elocuencia. En este contexto, se explica el enorme interés generado por los discursos presentes en las traducciones de los historiadores antiguos, especialmente en las obras de Tucídides, Salustio y Livio. Una atención que, como hemos visto, llevó a los impresores a introducir índices y tablas detalladas de los discursos y principales pasajes de utilidad retórica.

A este proceso contribuyó también otro factor determinante: el interés vivido durante todo el Renacimiento por los florilegios. Uno de los que tuvieron más éxito fue la reedición que se hizo a mediados del siglo XVI del *Florilegio* de Estobeo. De hecho, la edición bilingüe (griego/latín), publicada por Conrad Gessner en Ginebra en el año 1547, alcanzó una enorme difusión durante el siglo XVI en toda Europa. Su éxito hizo que fuese un texto continuamente impreso durante las siguientes décadas en múltiples lugares del continente. Seguramente la causa se debe a que este florilegio combinaba textos poéticos con otros en prosa ordenados de acuerdo a una serie de temas de gran interés para el público del momento. De este modo, pasajes fundamentales de los discursos tucidideos servían para ejemplificar temas como el de la guerra (4.9) o el de la audacia (4.10). Un vistazo al índice permite comprobar que son precisamente los discursos los pasajes más utilizados en este florilegio. Y no sólo estos antiguos florilegios se remozaban y se hacían accesibles al público interesado, sino que también asistimos a mediados del siglo XVI a otro llamativo experimento dentro del género de la novela: la creación de un florilegio moderno que tuvo gran influencia y que se convirtió en un auténtico *best seller*. En Francia, la traducción de la novela de caballerías más famosa del momento, el *Amadís de Gaula*, había tenido un enorme éxito por los numerosos discursos y cartas que la convertían en un modelo de elocuencia. Para facilitar

<sup>561</sup> Cf. Cic. *Orat.* 20.68: *vocibus magis quam rebus inserviunt.*

<sup>562</sup> Cf. Tac. *Dial. orat.* 13.

<sup>563</sup> Cf. Bonner (1966) para entender los antecedentes retóricos de este proceso.



la tarea de consulta de ese acervo de discursos, se publicó, también a mediados del XVI, una selección de sus textos que pretendía llegar a un público más amplio.<sup>564</sup> De hecho, publicada en octavo, ofrecía una cómoda guía de modelos de elocuencia de muy variado tipo, desde los discursos cortesanos hasta las arengas militares, lo que aseguró su éxito entre un público ávido de este tipo de obras.<sup>565</sup>

Fue en este contexto en el que el interés por los discursos de los historiadores (que eran ya accesibles y rápidamente localizables por medio de las traducciones y de los detallados índices y tablas de las mismas) se combinó con el auge de los florilegios pródigos en contenido retórico (como el de Estobeo o el *Thrésor*). El siguiente paso de este proceso no se hizo esperar: extraer esos discursos de las obras historiográficas emblemáticas y publicarlos de manera independiente. Asistimos, así, al nacimiento de un género de selecciones que, desde el primer tercio del siglo XVI, va a sufrir una evolución que es fiel reflejo de los gustos y necesidades del público. Su éxito será tal que, con muy diferente suerte y objetivos, continuará publicándose hasta el siglo XIX. Y en este proceso los discursos de Tucídides también desempeñaron un importante papel.

La primera selección de los discursos de la que tenemos noticias, que se publicara de manera independiente del resto de la *Historia* de Tucídides, ve la luz en una fecha temprana: 1531.<sup>566</sup> En ese año se publican en París unas *Thukydidou Demegoriai*, que son un exponente de cómo empezó este proceso.<sup>567</sup> Se trata de una selección del texto griego de las conciones del libro I de la *Historia*. La cercanía de la fecha de publicación de la traducción de Seyssel (1527) nos da una pista sobre uno de los motivos de su publicación: acceder al texto de los tan alabados discursos de Tucídides sin necesidad de acudir a la obra completa. Además, las características físicas del impreso (una publicación exenta) y su corta extensión (apenas 34 páginas) también ponen de manifiesto que se trataba de una selección con una clara finalidad didáctica y que, en su encuadernación final, podía acabar formando parte de un conjunto más amplio. Lo interesante es que, a pesar de su evidente especialización, la misma existencia de este texto prueba que tanto libreros como impresores eran conscientes de que había un público interesado por un tipo de publicación como ésta, que no requería gran inversión y que podía venderse a un precio asequible. De hecho, no hay introducción y los diferentes discursos sólo cuentan con un escueto

---

<sup>564</sup> *Thrésor des livres d'Amadis de Gaule, assavoir les harengues, concions, epistres, complaints et autres choses les plus excellentes*, Lyon: Gabriel Cotier, 1562.

<sup>565</sup> Cf. Benhaim (2000).

<sup>566</sup> No obstante, como señala Pade (2003: 128-129), hay un antecedente de este proceso de selección a finales del siglo XV. En el marco de su historia universal (*Rapsodia historiarum*), M. Antonio Sabélico ofrece un resumen de la Guerra del Peloponeso en el que intercala el texto de 11 discursos en una traducción adaptada a partir de la de Valla. Aunque se trata de una selección general de la obra, los 11 discursos aparecen perfectamente identificados con sus títulos: *Oratio Corcyrensiun (Enneades III, liber 5: f. 181 r-v)*, *Corinthiorum oratio (Enneades III, liber 5: f. 181v-182r)*, etc.

<sup>567</sup> Cf. *Thukydidou Demegoriai*, Parisiis Excudebat Christianus Wechelus, 1531.

encabezamiento en griego, en una sucesión continua que va desde la *Demegoría Kerkyraíōn* hasta la *Demegoría Perikléous*, donde el término télos pone el punto final en la página 34. Algo que, en cierto modo, conecta esta publicación con los manuscritos de los discursos tucidideos que circularon al final de la época bizantina.

El interés didáctico y retórico de este tipo de selección se ve refrendado por las que elaboraron durante la primera mitad del siglo XVI autores tan destacados como Philippus Melanchthon (1497-1560) en Alemania y Giovanni Della Casa (1503-1556) en Italia. En ambos casos se trata de traducciones al latín de los discursos de Tucídides que ponen de manifiesto diferentes intereses y aplicaciones prácticas. La de Melanchthon, que acabó viendo la luz tras su muerte,<sup>568</sup> se enmarca en una selección de textos oratorios con una clara finalidad didáctica, que habría ido elaborando a lo largo de los años en que fue profesor en la Universidad de Wittenberg, donde se sabe que impartió cursos sobre la obra de Tucídides.<sup>569</sup> La selección de Giovanni della Casa, por su parte, habría sido el resultado de las traducciones que el clérigo italiano llevó a cabo a lo largo de la década de 1540 y que no acabó de ver la luz hasta 1564, en el contexto de sus *Latina Monumenta* (Florencia 1564).<sup>570</sup> En este caso se trata del texto latino de 17 discursos extraídos de los primeros tres libros de la *Historia* y su finalidad parece estar supeditada a la importante carrera diplomática desarrollada por Della Casa durante aquellos años. De hecho, L. Campana ha sugerido que el autor italiano tradujo los discursos de Tucídides como ejercicio retórico, con la intención de utilizarlos para la composición de sus discursos oficiales, como la *Orazione per la lega* (1547-8) y la *Orazione a Carlo V per la restituzione di Piacenza* (1549).<sup>571</sup> Una opinión que habría sido respaldada por su editor póstumo, Pietro Vettori, quien en su Carta al lector relaciona claramente esta traducción con la amplia experiencia política de Della Casa y destaca su utilidad en este ámbito.<sup>572</sup>

Es evidente que todos estos autores, que se mueven en ambientes eruditos o universitarios, ven con toda claridad la utilidad retórica de este tipo de selecciones. Y, de hecho, tomando como excusa la dificultad del texto original y la deficiente traducción de Valla, se publicaron diferentes versiones latinas y comentarios que ponían de manifiesto el arte retórico de Tucídides.<sup>573</sup> No obstante, junto a estas selecciones latinas estudiadas por Pade, consideramos que el impulso que acabaría siendo más importante e influyente para el desarrollo de este proceso vino de la mano de una traducción de los discursos al italiano. Realizada en el mismo contexto cultural e impresor en el que vio

<sup>568</sup> *Orationes ex historia Thucydidis, et insigniores aliquot Demosthenis et aliorum oratorum graecorum conversae in latinum sermonem a Philippo Melanthono, Witteberg, 1562*, editada por G. Peucer.

<sup>569</sup> Cf. Pade (2003: 131-136).

<sup>570</sup> Cf. Pade (2006: 798-800).

<sup>571</sup> Opinión citada por Pade (2006: 799).

<sup>572</sup> Cf. el texto en Pade (2003: 140): *orationes subtilissimae et magnorum consiliorum plenissimae*.

<sup>573</sup> Cf. Pade (2006: 805-807).

la luz la versión italiana de Strozzi, supuso la popularización de los discursos de Tucídides fuera de los círculos eruditos. Nos referimos al trabajo realizado por Remigio Nannini en sus *Orationi Militari*.<sup>574</sup> Se trata de una selección de discursos militares extraídos de obras historiográficas que van desde Tucídides hasta la Edad Media y el Renacimiento, y que tuvo dos ediciones. La primera edición fue impresa por Gabriel Giolito de' Ferrari en 1557 y tenía 740 páginas.<sup>575</sup> La segunda no se hizo esperar, y se imprimió en 1560 con una serie de cambios, entre ellos el considerable aumento de su contenido final, que supera las mil páginas.<sup>576</sup> La diferencias entre ambas ediciones, ya indicadas en un título que pone de manifiesto al público las novedades que presenta, aparecen expuestas en el prólogo de 1560. Significativamente, este prólogo está ya dirigido *Ai Lettori* (p. iiii). Nannini advierte que en esta segunda ocasión ha juzgado conveniente darle un poco más de “spirito, e di forza ch'ella non haveva prima, e questo è stato, mettere in fine, l'effetto che fece l'oratione ne gli animi di chi l'udì, e quel che seguitò al Consiglio, all'Ambasceria, ò all'Esortatione, dove toccandosi piu distesamente l'Historie, mi credo che il leggere, sarà molto piu grato di prima”. Es decir, Nannini señala que en la edición de 1557 los discursos cuentan con una introducción, pero no con una sección en la que se indiquen los “efectos” de esos discursos sobre los receptores. No da indicaciones sobre la utilidad concreta, sino que sólo señala que de este modo la lectura será más útil. Y a continuación hace referencia a otras obras que dará a la imprenta, como los Stratagemmi que prometió en la anterior ocasión, *L'Orationi in materia civile e criminale de' medesimi Historici, Gli errori de' Capitani fatti in maneggi, e carichi di guerre*, y dos volúmenes de *lettere, nelle quali, a guisa di Discorsi, si tratteranno diverse materie*, que pone de manifiesto sus planes editoriales. De este modo, Nannini hace referencia a un vasto trabajo de *excerptor* que abarca la selección de todo tipo de pasajes a partir de las obras de los historiadores de la Antigüedad. Aunque, eso sí, la finalidad retórica es la más clara.

Se trata de una obra de enorme envergadura, sobre todo en la edición de 1560. Ofrecemos, antes de detenernos en la selección que afecta a Tucídides, una visión del contenido y de su disposición. Lo primero que hay que destacar es que, como consecuencia del tamaño y de la naturaleza de esta selección, Nannini se ha visto obligado a incluir cuatro amplias Tablas. La primera es una *Tavola delle materie, che si contengono nella presente opera*. Se trata de una tabla en la que la materia se distribuye en 17 temas o posibilidades discursivas, destacándose sobre todo la tercera: “Per esortar soldati a combattere”. La segunda es una detallada *Tavola di tutte l'orationi appartenenti a' capitani*,

<sup>574</sup> Cf. Hester (2003) y el cuadro general descrito por Cherchi (1998).

<sup>575</sup> O. M. raccolte per M. Remigio, da tutti gli historici greci e latini, antichi e moderni; con gli argomenti che dichiarono l'occasioni, per le quali elle furono fatte, doue sommariamente si toccano l'histoire, dal medesimo con diligenza corrette & tradotte, Venecia 1557.

<sup>576</sup> O. M. raccolte per M. Remigio fiorentino, da tutti gli historici greci e latini, antichi e moderni, con gli argomenti, che dichiarano l'occasioni per le quali elle furono fatte; con gli effetti, in questa seconda editione, che elle fecero ne gli animi di coloro, che l'ascoltarono, doue sommariamente si toccano l'histoire di tutti i tempi; con l'aggiunta di molti historici, et orationi non impresse nella prima; dal medesimo autore diligentemente corrette, Venecia 1560.

*consiglieri, et ambasciatori, fatte a diversi propositi e materia.* Se trata de una tabla organizada por tipos de oradores que nos remite claramente a una clasificación de discursos que ya veíamos en Polibio.<sup>577</sup> Así, las numerosas oraciones se dividen sólo en tres grupos de oradores:

- 1) *Orationi appartenenti a Ambasciatori, per tratar di leghe, di chieder soccorsi, e fermar paci;*
- 2) *Orationi appartenenti a' Consiglieri, per deliberar di pigliare ò non pigliare una guerra;*
- 3) *Orationi appartenenti a Capitani Generali d'eserciti, & a Capitani privati.*

La tercera, de nuevo, es la más amplia. *Tambien hay una Tavola di tutte le sentenze notabili, che si contengono nel presente libro,* que ofrece una amplia selección de frases ordenadas alfabéticamente a partir de la primera palabra del texto. Lo más interesante es que son el resultado de un trabajo sobre el contenido de los discursos, ya que se trata de frases sentenciosas que resumen el texto de secciones importantes de los discursos y que aparecen impresos en los márgenes del texto. Estas frases ofrecían una ayuda más al lector que, de este modo, recibe un resumen de la idea básica que se expresa en esa parte del discurso. En último lugar, hay una *Tavola de gli storici contenuti nella presente opera,* que cuenta con 38 entradas. En este sentido, es especialmente destacable el hecho de que Nannini ha optado por comenzar su selección por Tucídides (que significativamente se coloca de nuevo por delante de Heródoto) y, a partir de ahí, sigue a lo largo de toda la historiografía griega y latina, respetando un orden cronológico y pasando por la medieval hasta llegar a la renacentista.

Curiosamente, no aparece en los instrumentos de consulta previos (índices y tablas) indicación de que la obra se estructura en tres partes. Este dato se encuentra indicado al comienzo de cada una de estas secciones. La Primera Parte incluye una selección de los discursos procedentes de los historiadores griegos, a excepción de Tácito, que van desde Tucídides hasta Plutarco.<sup>578</sup> La segunda parte ofrece una selección de historiadores latinos desde Tito Livio hasta Sassone Grammatico.<sup>579</sup> Pero también, al seguir un criterio cronológico, incluye a un historiador bizantino que escribe en griego como ocurre con Procopio (*De' fatti de' Gotti*). La Tercera Parte incluye a una serie de autores de los siglos XV y XVI, que comienza en Leonardo Bruni Aretino y que acaba en Ascanio Centorio según la tabla.<sup>580</sup> Aunque en realidad acaba con dos obras que no tienen indicación de autoría y que ocupan las dos posiciones finales: *Dell'origine de' Barbari* (pp. 985-994) y *Dell'Historie de'Turchi* (pp. 995-1004). Hay que destacar que esta presentación no se corresponde con la tabla en cuanto al lugar que ocupan esas obras, que se colocan entre la

<sup>577</sup> Cf. Plbo. 12.25a.

<sup>578</sup> *La prima parte delle orationi militari, raccolte per M. Remigio Fiorentino da tutti gli storici greci*, pp. 1-446.

<sup>579</sup> *La seconda parte delle orationi militari, raccolte per M. Remigio Fiorentino da tutti gli storici latini antichi*, pp. 447-727.

<sup>580</sup> *La terza parte dell'orationi militari, raccolte per M. Rimigio Fiorentino da tutti gli storici moderni latini, et vulgari*, pp. 728-984.

sección del Cardinal Bembo (895 ss.) y la del Monsignor Giovio (908 ss.), aunque con la indicación correcta de la paginación. Esta tercera parte es la que supone una novedad con respecto a la impresión de 1557. Vemos así introducidos discursos modernos en una selección de discursos antiguos y medievales.

Dentro de este conjunto tan amplio y variado, los discursos de Tucídides reciben el honor de encabezar esta selección por delante de los de Heródoto. Su disposición nos va a permitir mostrar cómo se presentan las oraciones a lo largo de toda la obra. Tras un encabezamiento general de toda la sección (*Orationi di Tucidide Ateniese, Raccolte da gli otto Libri delle guerre fatte tra gli Ateniesi, e i popoli della Morea*), la selección sigue el orden en que aparecen a lo largo de cada uno de los libros (*Del Primo Libro...*). Dentro de esta sección, cada discurso está claramente identificado con un título, en el que se dan una serie de datos fundamentales: orador (tipo 1 de Nannini: Embajadores), patria (Corfú), tema (alianza).

ORATIONE DE GLI AMBASCIADORI DI Corfù, fatta nel Senato de gli Ateniesi, per movergli ad accettargli per confederati, & dar loro aiuto nella guerra, che gli havevano contra i Corinthii.

A continuación, se proporciona el Argumento del discurso:

ARGOMENTO. Era successa tra i Corinthii et quegli di Corfù una battaglia navale per cagione di Durazzo, della quale erano stati vincitori i Corfiotti. Onde essendo ritornati i Corinthii rotti nel paese loro, e non potendo comportar questa vergogna, rimessero insieme dopo alquanti mesi un'armata molto maggior della prima, con animo deliberato di vendicarsi contra i Corfiotti. Il che essendo inteso da loro, e vedendosi inferiori di forze, e privi delle confederatione delle Città della Grecia, si deliberarono di mandare Ambasciatori in Atene, per essere accettati nella lega con gli altri, onde ei potessero esser soccorsi in questa guerra tanto pericolosa. Habendo aglino adunque havuto l'entrata in Senato & ottenuta l'audienza, un di loro espone la volontà de chi gli mandano: a questa foggia...

Se trata de una sección que aporta una información preciosa: los antecedentes del caso (cómo han llegado los corcirenses hasta esta situación), los objetivos del discurso (al verse en inferioridad de condiciones, conseguir firmar una alianza con los atenienses) y lo que sería la frase previa de engarce dentro de la obra historiográfica (habiendo obtenido la audiencia del Senado, uno de ellos expone la voluntad de los que los han enviado, del siguiente modo). Se reproduce así de un modo similar la frase previa del discurso tal y como estaría en la obra de partida. A continuación se reproduce el discurso, claramente diferenciado, que en este caso se ha extraído de la traducción de Strozzi de 1545. Y, finalmente, se proporciona el *Effetto* de ese discurso:

Perche un Principe, e una Republica, non debbe temerariamente, e presto, risolvere i partiti delle guerre ò delle confederationi (massimamente quando

due città nimiche cercano l'amicitia d'una città neutrale) senza ascoltar le ragioni delle parti contrarie, per potersi poi accostare alla parte migliori; però gli Ateniesi non si volsero risolvere senza ascoltar le ragioni dell'altra parte, anchor che l'oratione, e le ragioni de' Corfiotti gli havevano assai commossi, onde ci si puo dire, che questo ragionamento non facesse altro efetto, che far piu attenti gli Ateniesi ad ascoltar le ragioni de' Corinthii.

Esta última es una sección fundamental en la que se dan datos de gran interés tanto con respecto al resultado del discurso, como a la disposición de los oyentes tras haber escuchado este discurso y estar a punto de escuchar a otro orador más. Incluso se aportan datos de otro tipo que puedan ser útiles a los lectores, ya sea de tipo moralizante, político o retórico.

A la vista de esta disposición del texto en la obra de Nannini, nos encontramos ante el momento culminante de un proceso que, en el caso de los discursos de Tucídides, comenzó un siglo antes. Al prestar cada vez más atención a los discursos en las obras historiográficas de la Antigüedad, a su localización y a la ordenación retórica de la materia, era lógico que se acabase prescindiendo de la obra de referencia y procediendo a ofrecer el elemento más valioso: una selección de los discursos. De hecho, hemos visto cómo Pade informa sobre las numerosas selecciones de discursos de Tucídides que se elaboraron en el siglo XVI.<sup>581</sup> Unas quedaron sólo en un manuscrito erudito. Otras pasaron a la imprenta, como las de F. Melanchthon en 1562 o las de Caselius en 1584.<sup>582</sup> Pero su popularización definitiva vino de la mano de su traducción al italiano. En la selección de Nannini asistimos al triunfo definitivo del historiador ático: los discursos de Tucídides tienen el privilegio de encabezar la selección, saltándose el orden cronológico y la preferencia que los críticos habían tenido durante tantos años por Heródoto. No podía ser de otro modo. En una selección de finalidad retórica como ésta, el puesto más relevante tenía que estar reservado a los discursos de Tucídides. De otro modo no se explica el cambio de orden. Sin olvidar, por supuesto, el cálculo estratégico de sus editores, que habrían considerado que el público tendría más interés por la obra de Tucídides que por la de Heródoto.

Como podemos comprobar, a mediados del siglo XVI se contaba ya en italiano con una selección de discursos de historiadores y en francés con un *Trésor* de discursos novelísticos. Todo ello pone de manifiesto un destacado interés de los lectores del momento por este tipo de obras. Su enorme éxito incluso acabaría influyendo sobre las selecciones eruditas que seguían publicándose en latín. Desde esta perspectiva, se comprende que el gran estudioso francés Henri Estienne, que ya había editado el texto de Tucídides en varias ocasiones, publicase en 1570 una selección de discursos historiográficos griegos y latinos, en la que aportaba traducciones fiables al latín, corrigiendo ampliamente las de Valla.<sup>583</sup> Esta obra, como no podía ser menos, ofrece un índice detallado (que ya

<sup>581</sup> Cf. Pade (2003).

<sup>582</sup> Cf. *Orationes Thucydidis pleraque* 1584.

<sup>583</sup> *Conciones sive Orationes ex Graecis Latinisque historicis excerptae. Quae ex Graecis excerptae*

se anuncia en el título de su portada) en el que todas las arengas son ordenadas de acuerdo con los géneros retóricos y los lugares comunes. Claramente, en la línea emprendida por C. de Seyssel en su traducción de Tucídides a principios de siglo, esta selección combinaba la erudición con la utilidad, ya que permitía ser usada como modelo de elocuencia por políticos, militares, escritores e historiadores. De hecho, el propio H. Estienne no duda en presentar esta obra como un manual, tal y como pone de manifiesto la dedicatoria a Pomponne (f. II):

“¿Y qué? ¿Tú consideras que a partir de estos discursos se puede enseñar la elocuencia?”, podría quizás decir alguien. Por mi parte, yo pretendo que no solamente se puede, sino que se la debe aprender aquí; en particular aquella que no está destinada a ejercerse en los tribunales, sino en los campamentos y pretorios, y también en los palacios reales; que no quedará a la sombra, sino en mitad del ejército, en el polvo, en los clamores, en los campos y en la batalla; una elocuencia no forense sino marcial; que, en fin, convendrá más al equestre, permítaseme hablar así, que al pedestre.<sup>584</sup>

Pero el impulso de las lenguas vernáculas era ya imparable. Así, en 1573, François de Belleforest, publicó una versión francesa de la selección de arengas militares publicada por Remigio Nannini en 1560.<sup>585</sup> Esta obra incluso va más allá de Nannini, ya que incluye los discursos de autores antiguos y las arengas pronunciadas por líderes militares franceses contemporáneos. Así se entienden secciones como la que le dedica al Duque de Guisse, que habían tenido una enorme popularidad en la Francia de mediados del siglo XVI. De hecho, habían circulado arengas como las elaboradas por el gran poeta francés P. Ronsard que, incluso habían sido traducidas al latín por E. Dolet.<sup>586</sup>

Todas estas obras fueron ampliamente reeditadas en los decenios siguientes. La de Belleforest lo hizo en 1588 y 1595, lo que muestra hasta qué punto los discursos historiográficos se acabaron convirtiendo en un género autónomo, que tenía sus modelos y su público. De hecho, René Radouant ha demostrado que en la segunda mitad del XVI, mientras que la elocuencia de los campos de batalla no conoce una evolución notable, los historiadores y los memorialistas

---

*sunt, interpretationem Latinam adiunctam habent, nonnullae novam, aliae iam antea vulgatam, sed nunc demum plerisque in locis recognitam. Argumenta singulis praefixa sunt, lectori adiumento magno futura. Additus est index artificiosissimus & utilissimus, quo in rhetorica causarum genera, velut in communes locos, singulae conciones rediguntur...*, Ginebra, 1570.

<sup>584</sup> *Quid? ex his concionibus disci posse eloquentiam existimas? dixerit forsitan aliquis. Ego vero non solum posse, sed etiam debere hinc disci contendo: eam quidem certe potissimum quae non circa subsellia, sed circa castra potius et praetoria, arque adeo circa regias ipsas versatura est: minimeque umbratulis futura, sed in medium agmen, in pulverem, in clamorem, in castra, et in aciem, non forensem illam, sed Martiam, proditura: quae denique equestris potius (liceat enim mihi ita loqui) quam pedestris futura est...*

<sup>585</sup> *Harangues militaires, et concions des princes, capitaines, ambassadeurs* (Paris: 1573). Cf. Hester (2004).

<sup>586</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2003).

prestan un gran cuidado a la elaboración de discursos dentro de sus obras hasta el punto de que en sus borradores dejan espacio para desarrollar, gracias a los modelos que ofrecía este tipo de selecciones, el contenido retórico de un discurso y presentarlo de la manera más apropiada al personaje, al momento y la situación.<sup>587</sup> Estamos, en fin, ante un fenómeno que se da en toda Europa, pero que en el ámbito cultural francés prolongará su influencia hasta principios del siglo XIX.

## 5. Conclusión: Los discursos y el legado de Tucídides durante el XVI

Todo este panorama que acabamos de exponer pone de manifiesto que durante los siglos XV y XVI hubo un importante interés por la obra de Tucídides y, sobre todo, por sus discursos, interés que no había sido suficientemente resaltado hasta ahora. De otro modo no puede entenderse el reforzamiento sin precedentes de la difusión del texto del historiador ático, de sus traducciones al latín y a las principales lenguas cultas de Europa e, incluso, de selecciones de discursos a lo largo de esta centuria. Se trata de un proceso que en gran medida condicionó la influencia ejercida por el historiador. A partir de los datos expuestos en este capítulo, resumimos las ideas principales que se desprenden de nuestro análisis:

En primer lugar, desde el año 1502 había quedado asegurada una amplia difusión del texto griego gracias a la imprenta de Aldo Manuzio. Además, son numerosas las impresiones del texto griego por toda Europa. De este modo, se satisfacía el interés más erudito, el de aquéllos que podían leer a Tucídides en su lengua original a través de ediciones que habían sido elaboradas por los más destacados filólogos del momento.

En segundo lugar, la traducción latina de Valla de mediados del siglo XV, paso decisivo para que Tucídides fuera conocido de primera mano por los lectores y humanistas que no dominaban la lengua griega, alcanzó una difusión sin precedentes en toda Europa y fue un elemento clave tanto en las traducciones como en las selecciones de finalidad más erudita, tal y como vemos en el caso de la elaborada por Stephanus en 1570.

En tercer lugar, un importante proceso de vulgarización del texto había ampliado el conocimiento de la obra por medio de las sucesivas traducciones a las más importantes lenguas europeas (francés, italiano, alemán, español e inglés). Desde el primer tercio del siglo XVI, cualquier lector culto podía leer la obra. Había caído definitivamente la barrera que imponía el necesario dominio de, por lo menos, una lengua clásica. Se inicia así un proceso que tendrá importantes consecuencias en los siglos siguientes.

En cuarto lugar, de manera coincidente con lo que era la tendencia dominante, esas traducciones otorgaron un papel muy destacado a los discursos de nuestro historiador. Ya ocurría en la versión de Valla, pero será la francesa de Seyssel la que ponga de manifiesto que el objetivo principal de la traducción de la Historia era poner a disposición de los nuevos lectores esas

---

<sup>587</sup> Cf. Radouant (1912).



“concions et harangues” tan alabadas. El influjo de esta traducción y de los planteamientos que defiende afectó a la difusión del texto en otros países como Italia y España.

En quinto lugar, las selecciones de discursos que comienzan a circular con gran éxito y aceptación a partir de mediados del XVI son la prueba definitiva de que estos discursos son el elemento más valorado de estas obras historiográficas. La circulación independiente de los discursos proporcionaba a los hombres cultos del momento el fruto más preciado que ofrecían las traducciones de clásicos como Tucídides. Ello se produce, además, en un momento en el que el proceso de imitación de los modelos antiguos se encontraba en su punto culminante coincidiendo con el apogeo de la historiografía retórica.

En sexto lugar, todos los *excerptores* otorgaron un papel destacado a los discursos de nuestro historiador, que suele encabezar la mayoría de esas selecciones, incluso por delante de los discursos de Heródoto, tal y como hemos podido comprobar tanto en la selección de Nannini como en la de Belleforest.

Todos estos datos nos muestran cómo se leía a Tucídides en el siglo XVI. Frente a lo que durante muchos años se convirtió en una opinión común (la escasa aceptación que tuvo el texto de Tucídides en un época en la que autores como Plutarco o Jenofonte se ajustaban más al gusto del momento), hemos comprobado el enorme interés que despertó su obra. Lo que ocurre es que, a diferencia de lo que sucedía en el caso de Plutarco, ese interés estaba centrado de manera prioritaria en los discursos. De este modo, el texto de Tucídides vivió un proceso de recepción en el que los discursos volvieron a convertirse en el centro de atención. La obra ya podía ser leída en su totalidad, pero era evidente que una lectura continua, de principio a fin, no producía la misma delectación que, por ejemplo, la *Ciropedia* o las *Vidas*. Y ello era así porque su principal interés era retórico. De este modo, se comprende que a mediados del siglo XVI, en el marco de un proceso que afectó a las obras historiográficas más importantes, se diera el paso de extraer los discursos, ofreciendo a los interesados aquello que constituía el punto clave en el proceso imitativo. Su clasificación desde el punto de vista de la retórica, tal y como vemos en esas selecciones, no hace más que abundar en esta idea. Y el hecho de que encabece las selecciones más populares del momento (como las de Nannini y Belleforest), pone de manifiesto su papel predominante en este ámbito y su carácter pionero.

Se explica así la importante influencia de la obra de Tucídides durante las dos centurias siguientes sobre la historiografía contemporánea. Ya Klee destacó su influjo sobre los historiadores italianos y alemanes del XVI y principios del XVII.<sup>588</sup> En suspenso habría que poner opiniones como las defendidas por Burke, en el sentido de que el conocimiento de la obra de Tucídides fue mucho menor en comparación con el que se tenía de otros historiadores latinos.<sup>589</sup> Y

---

<sup>588</sup> Cf. Klee (1990).

<sup>589</sup> Cf. Burke (1966).

que, dentro de los historiadores griegos, la obra de Tucídides en su conjunto fuese menos leída que la de autores como Plutarco o Jenofonte, que, con su tono moralizante, sintonizaban mucho mejor con el hombre del momento. El problema del estudio de Burke es que se basa en un censo de las ediciones de la obra completa de esos historiadores que circularon entre 1450 y 1700. Desde este punto de vista, es lógico que autores como Jenofonte o Plutarco fueran más leídos que Tucídides. Sin embargo, su estudio apenas tiene en cuenta las numerosas selecciones de discursos historiográficos. Sólo el caso de Livio le hace reparar en la importante circulación de discursos extraídos de su historia. Desde nuestro punto de vista, la clave para entender la lectura de los historiadores ya nos la dio Seyssel en la introducción de su traducción tucididea: unos ofrecían una lectura agradable y modelos morales, otros ofrecían un manual de oratoria. En este segundo ámbito es en el que hay que colocar la obra de Tucídides.

La importancia de este panorama reside en que permite comprender mejor el proceso imitativo seguido por los historiadores del Renacimiento y el modo en que aplicaron ese legado en la escritura de sus obras. En Italia, desde comienzos del siglo XV, encontramos ejemplos que ponen de manifiesto que su influencia no sólo se extendió a principios metodológicos (también compartidos por otros autores latinos bien conocidos), sino que fue considerable a la hora de componer discursos dentro de esas obras, tal y como se comprueba en las obras de Bruni o de Valla.<sup>590</sup> Las generaciones siguientes profundizaron en esta línea. El hecho de que Tucídides se hubiera convertido en un modelo de elocuencia política y militar para los hombres del XVI cobra una nueva dimensión en la *Historia Florentina* Francesco Guicciardini (1483-1540), obra maestra del Renacimiento historiográfico en su país.<sup>591</sup> En Francia se destacan figuras como Michel de l'Hôpital (1504-1573), el protector de los autores de la Pléiade. O la obra teórica de Jean Bodin (1529-1596), uno de los padres de la historiografía moderna. Su aprecio por el profundo análisis político de la historia tucididea y por sus discursos lo puso en práctica en su obra *Six livres de la république*, publicada en 1576.

La defensa de estas ideas no quiere decir que Tucídides no fuese también leído como fuente de datos históricos o como modelo político, por ejemplo, sino que la lectura más importante, la que determinó su propia traducción a las diferentes lenguas vernáculas, fue la retórica. Esos otros enfoques se observan en el influjo que tuvo durante el Renacimiento en el campo de un incipiente pensamiento político y que ocupa un papel destacado en los acercamientos a la tradición de la obra hechos por autores como Murari Pires.<sup>592</sup> Los pensadores del XVI prestaron una especial atención a esa marcada preocupación de la *Historia* tucididea por describir pautas del comportamiento humano en tiempos de crisis, para, a partir de ahí, establecer leyes universales válidas para toda época y lugar. Esa visión de su obra,

<sup>590</sup> Cf. Struever (1970), Cochrane (1981) y Fryde (1983).

<sup>591</sup> Cf. Palumbo (1991).

<sup>592</sup> Cf. Murari Pires (2007).

concebida por el propio Tucídides como “una posesión para siempre”, que le permitió analizar en profundidad el comportamiento humano, las relaciones de poder y sus efectos sobre el devenir histórico, resultó especialmente atractiva en el Renacimiento. Pero, a diferencia de lo que va a suceder en las etapas siguientes, todavía era interpretado como una especie de *speculum regum*. Las reflexiones de la obra y de sus discursos aún se leen en una clave que podríamos denominar “medieval”, como si la obra sirviese sobre todo para aportar ejemplos de comportamiento a reyes, nobles y generales. Se explica así que interesase tanto a monarcas como Alfonso V de Aragón, que ordenó que se copiara la obra de Tucídides para leerla y estudiarla. Influyó sobre el emperador Carlos V y sobre su oponente francés, Francisco I, quienes, como hizo Alejandro con la *Iliada*, llevaban un ejemplar de la obra a las numerosas campañas bélicas en las que se vieron envueltos.<sup>593</sup> Interesó a humanistas como Tomás Moro, quien en su *Utopía* recomendaba la lectura provechosa de esta obra. Pero, sobre todo, la obra tucididea provocó un hondo impacto sobre pensadores políticos como Maquiavelo. Este autor, considerado como un aplicado alumno de Tucídides, en obras como *El Príncipe* o *Discursos sobre la I Década de Tito Livio*, teorizó sobre el comportamiento del líder político y militar.<sup>594</sup> Así, en sus *Discursos* (3.16) pone como ejemplo de actuación política útil para el futuro el debate entre Nicias y Alcibíades en el libro VI de la *Historia* de Tucídides, donde ambos discutieron sobre la conveniencia de emprender una expedición a Sicilia en el momento más importante de un estado. Tampoco sorprende, por ello, que afirme más adelante (*Discursos* 3.43), en un tono claramente tucidideo, que el conocimiento del pasado permita prever el comportamiento de los estados y tener previstos los remedios. La historia como “posesión para siempre”.

O interesó a historiadores como Diego Hurtado de Mendoza (1501-1572). Este es un caso interesante. Hay que tener presente que, en la época en la que fue embajador de Carlos V en Venecia, estuvo relacionado con el que sería el primer traductor de Tucídides al italiano. De hecho, a Hurtado está dedicada la traducción publicada en 1545. El español, junto a Tácito, tomó como modelo al historiador ático en su objetivo de convertir la *Historia de la Guerra de Granada* en un ensayo de pensamiento político. De ahí que pretendiera ir más allá de elaborar una simple crónica de unos hechos (la rebelión de los moriscos en la época de Felipe II) que había conocido de primera mano y que consideraba de fundamental importancia. Ya desde las primeras páginas se advierte que los motivos de Hurtado al historiar la guerra de Granada son muy similares a los de Tucídides. Ambos pretenden mostrar las leyes que rigen la naturaleza de los hombres, como se puede observar en la exposición que encabeza la obra sobre las causas del conflicto. Precisamente, esas profundas reflexiones y el modo en que, sin ningún tipo de escrúpulos y con aguda precisión, describe el ejercicio implacable del poder también explican el hecho, ya aludido, de que en España la obra de Tucídides llegara a

<sup>593</sup> Cf. Alsina (1981: 80).

<sup>594</sup> Cf. Reinhardt (1948) y Mansfield (1981).

ser incluida, por la “peligrosidad” de sus ideas, en el *Índice de libros prohibidos* que en 1583 realizó el Cardenal Quiroga.

Este tipo de lectura y de influencia también se dio y a él le han dedicado una enorme bibliografía los estudiosos de la teoría política. La cuestión que para nosotros no ha sido suficientemente destacada hasta ahora, y a la que hemos dedicado este capítulo, es el papel desempeñado en el proceso de imitación retórica y el modo en que influyó sobre los mecanismos de lectura. Todos estos factores apuntan hacia los discursos y hacia la aplicación retórica de la obra en el proceso de imitación. Aunque todo este interés, a la postre (y aquí ya adelantamos una paradoja más), acabaría generando una reacción. Su vulgarización, requisito indispensable en una época en la que las lenguas nacionales imponían su ley, marcó el comienzo de una nueva etapa del legado de Tucídides a partir del siglo XVII.

## PARTE III

# TUCÍDIDES Y SU LEGADO DESDE EL SIGLO XVII HASTA LA EDAD CONTEMPORÁNEA

## EL COMIENZO DE UNA NUEVA ETAPA

Desde mediados de la Época Moderna, asistimos al comienzo de una nueva etapa en el modo en que fueron entendidos los discursos y la obra de Tucídides. La amplia difusión de la *Historia*, gracias a la imprenta y, sobre todo, gracias a la ingente tarea de traducción llevada a cabo en el siglo XVI, hizo accesible la obra para cualquier tipo de lector que contase con una mínima formación. Un texto que hasta entonces había estado reservado al selecto ámbito de los humanistas pasa a ser patrimonio de un grupo creciente de lectores cultos. De hecho, lo cierto es que desde mediados del XVI ya no era preciso contar con una formación humanística y con un profundo conocimiento del griego (para leerlo en lengua original) o del latín (para leerlo en su primera traducción) si se quería tener acceso al texto del historiador. Traducciones en francés, italiano, alemán, español e inglés habían convertido la historia de nuestro autor en un clásico más cercano. Sin embargo, este avance en el conocimiento y en la accesibilidad del conjunto de la obra llevaba aparejada una consecuencia: los discursos, que hasta entonces habían sido la parte más conocida y apreciada de la obra (aquella que concentraba la esencia del estilo tucidideo y que había llegado a circular de manera independiente gracias a su utilidad retórica), pierden parte de su importancia en favor de un conjunto mucho más accesible. El proceso de *vulgarización* de la *Historia* de Tucídides tuvo, por lo tanto, como efecto colateral un cambio en el modo en que se leía la obra. Las traducciones, que pretendían aclarar la proverbial “oscuridad” del historiador ático para hacer más comprensibles los razonamientos de sus discursos, habían resuelto y allanado gran parte de las dificultades lingüísticas y estilísticas del texto griego. Incluso, aunque fuese a costa de la propia integridad del original, como ocurre en el caso de la traducción *infel* de Perrot d’Ablancourt publicada 1662. Los traductores habían destacado de manera prioritaria los discursos, pero también habían proporcionado por medio de índices y tablas una auténtica guía de lectura, que facilitaba en gran medida la tarea de adentrarse en el conocimiento y en la consulta de una obra de estas proporciones. De hecho, se puede decir que desde el punto de vista de la recepción a partir de este momento histórico surge un *nuevo* Tucídides. Los nuevos receptores de la obra ya no tienen que pagar el duro peaje que suponía una lectura completa en la lengua original para alcanzar el *tesoro* que sus páginas encerraban. Y, por lo tanto, a diferencia de lo que había sucedido en etapas previas, ya no existía la necesidad de que unos pocos pasajes selectos representasen el espíritu de un texto que, por primera vez en su larga historia, podía ser leído y estudiado en toda su extensión. Aunque esta situación ya se daba en el XVI, todavía no se había producido el cambio de mentalidad requerido. Hizo falta, como suele ocurrir en estos casos, que pasasen varias generaciones para que se modificase la perspectiva desde la que se leía la obra.

A ello se vino a unir la influencia de nuevos conceptos e ideas que afectaron tanto a la historiografía como al proceso de creación literaria.<sup>595</sup> En el caso concreto de los discursos, como han demostrado Grafton y Pineda en sus estudios de las *artes historicae*, desde finales del XVI y principios del XVII, comienza a decaer el interés de los teóricos de la historiografía por unas alocuciones que se alejaban cada vez más de las nuevas preocupaciones metodológicas que acabarían conduciendo a una disciplina científica.<sup>596</sup> En este momento, tal y como se deduce de la preceptiva historiográfica, se cuestiona la correspondencia entre discurso histórico y verdad o, lo que es lo mismo, la afinidad entre retórica e historia.<sup>597</sup> Mientras más cercana se consideraba la escritura de la historia al arte retórica, mayor cabida encontraban en los tratados los discursos de personajes. Por el contrario, si lo que se primaba era la creencia de que el sustento de la historia es la verdad, entonces la inserción de dichos discursos se veía como problemática, puesto que comienza a dudarse de la posibilidad de un conocimiento histórico “exacto” de las palabras que un personaje pudiera haber pronunciado en un momento concreto. La conjugación de los principios retóricos con la búsqueda de la verdad, aplicados ambos a la escritura de la historia, encontró soluciones dispares en los manuales. Así, por ejemplo, el concepto de lo verosímil –que no equivale a lo verdadero pero tampoco a lo falso– ayudó a salvar teorías presuntamente contradictorias. Asimismo, la contraposición entre lo útil y lo deleitable a la hora de considerar el fin esencial de la historia fue un tema ampliamente discutido. A ello hay que unir la existencia de diferentes orientaciones metodológicas y de distintos géneros historiográficos, cada uno de ellos con sus propios modelos retóricos, lo que complicó aún más la cuestión.

Como consecuencia inevitable de esta polémica, que recorre la tratadística de los siglos XVII y XVIII y que cuestionó el exitoso maridaje logrado durante el Renacimiento entre retórica e historiografía, cambió la percepción que los hombres cultos tenían de los discursos de Tucídides. Aunque los tratados historiográficos siguen discutiendo el papel que juegan las alocuciones en la narración de los hechos, en los argumentos empleados pesa más la tradición y la erudición clásica que los intentos de adaptarse a las nuevas circunstancias e innovar. En la manera en que evoluciona el enfoque de estos pasajes, se percibe el cambio de tendencia.<sup>598</sup> Así, un preceptista de mediados del XVI, como Viperano, al analizar el papel desempeñado por las digresiones y por los discursos en la escritura de la historia, recurre al ejemplo de Tucídides con toda normalidad.<sup>599</sup> Es evidente que tanto para Viperano como para sus lectores los de Tucídides todavía son un modelo que no plantea dudas sobre su utilidad. Un siglo más tarde, de manera muy significativa, Vossio, en el capítulo XX de su *Ars historica*, se ve obligado a hacer una ardorosa defensa

<sup>595</sup> Cf. Grafton (2007), donde analiza la amplia bibliografía dedicada a este tema.

<sup>596</sup> Cf. Pineda (2007) y (2008) y Grafton (2007: 35-50).

<sup>597</sup> Cf. Kessler (1982) y Pineda (2007: 95-96).

<sup>598</sup> Todos estos pasajes accesibles en Pineda (2007).

<sup>599</sup> Cf. el capítulo IX de su *De scribenda historia liber*, Amberes, 1569: 37-41.

de los discursos en la historiografía, afirmando que los discursos de Tucídides han de seguir teniendo un lugar en la historia.<sup>600</sup> El ardor con el que Vossio defiende a mediados del siglo XVII lo que para Viperano no planteaba dudas una centuria antes es una prueba manifiesta de que los vientos soplaban en otra dirección. Además, en estos tratados de la baja Edad Moderna se percibe un proceso de *fossilización* del juicio crítico con respecto a la utilización de los discursos de Tucídides: se repiten de un modo mecánico los asertos de Cicerón, Quintiliano o Plutarco. La autoridad ha pasado a ocupar el lugar del tópico erudito, lo que se comprueba incluso en aquellos pocos casos en los que los discursos de Tucídides son juzgados de manera negativa. El ejemplo más significativo lo encontramos en la obra de Agostino Mascardi.<sup>601</sup> De hecho, en el capítulo que lleva por título “Del modo di formar le concioni...”, al criticar la poca adecuación de algunos discursos de Tucídides a determinadas situaciones históricas, no hace más que seguir al pie de la letra la ya muy lejana y manida autoridad de Dionisio de Halicarnaso.<sup>602</sup>

Como es fácil de imaginar, estas apreciaciones de los tratadistas ya no eran realmente útiles para una historiografía que se enfrentaba a los retos y exigencias de una nueva época. Como ha señalado Grafton, las *artes* históricas de este momento, en su afán de formar lectores críticos, terminaron socavando la autoridad de los historiadores antiguos y, por extensión, la de sus métodos.<sup>603</sup> El empleo de la retórica entra en crisis. Los viejos recursos se vuelven incompatibles con las nuevas necesidades derivadas del inicio de una auténtica revolución científica desde principios del siglo XVII. En este contexto, en el que los modelos antiguos seguían luchando por mantener su influencia, se comprende que autores como B. Keckerman (1572-1609) lleguen a aconsejar el abandono del estudio de la historia y de los modelos clásicos como fuente de instrucción en favor del estudio de la política. Y esta tendencia no hizo más que incrementarse durante el siglo XVIII. Como ha señalado Momigliano, sólo el énfasis que ponen los historiadores de la Ilustración en la idea de progreso y en los obstáculos que ralentizan su avance es suficiente para comprobar su inevitable alejamiento de los planteamientos de la historiografía antigua.<sup>604</sup> En definitiva, la admiración que se siguió profesando hacia los viejos cultivadores de la historia política como Tácito, o la vuelta a autores como Heródoto, cuya obra ofrecía un antecedente del descubrimiento y catalogación de nuevos pueblos y costumbres a lo largo del globo, no aliviaron el más que evidente agotamiento de los modelos clásicos al final de la Edad Moderna.

Estos testimonios prueban que el discurso historiográfico, tal y como se había practicado hasta el Renacimiento, había entrado en decadencia y que sólo la fuerza de la tradición seguía saliendo en su defensa. Los antiguos ya no son un modelo a seguir. E incluso tiende a valorarse a los modernos como

<sup>600</sup> Cf. *Ars historica* (Lyon 1653: 97 ss.).

<sup>601</sup> Cf. *Dell'arte historica trattati cinque*, Roma, 1636.

<sup>602</sup> Cf. capítulo II del *Trattato Quinto* (1636: 595-614).

<sup>603</sup> Cf. Grafton (2007).

<sup>604</sup> Cf. Momigliano (1977).



autores más elevados, protagonizando una *Querelle* decisiva durante los siglos XVII y XVIII. Sin embargo, en este contexto, mientras que los discursos de otros autores no pudieron evitar un declive progresivo, que los arrinconó en los anaqueles de la erudición, los de Tucídides se adaptaron a las nuevas circunstancias. Paradójicamente, esa proverbial complejidad de sus discursos, que tanto había dificultado su comprensión en otras épocas y que tantas valoraciones negativas le había granjeado, ahora será la causa que le permita seguir ocupando un lugar decisivo en el pensamiento Moderno. La profundidad de sus razonamientos, por fin “aclarados” gracias a las traducciones, son vistos ahora bajo una nueva luz y sus discursos entran así en una nueva etapa: ya no volverán a ser un elemento para ser imitado, sino una excusa para la reflexión. La retórica cede paso a la política y a la filosofía.

En este nuevo contexto, se produce una influencia cada vez mayor de la *Historia* sobre nuevos ámbitos del pensamiento occidental. El hecho de que Tucídides fuese el modelo más importante de historiografía racional y pragmática, que no sólo relata los hechos del pasado sino que también intenta explicar las causas profundas de los mismos para extraer de ellos una utilidad que sirva para el presente, lo convirtió también en un modelo de pensamiento para la nueva mentalidad que se imponía gradualmente en Europa. Pocos autores han analizado con mayor profundidad las causas de la disensión civil, el comportamiento de una sociedad en guerra o las motivaciones más profundas del ser humano. Influidos por la sofística, Tucídides convirtió lo “probable” o *eikós* en el afilado escalpelo con el que diseccionó la realidad política y social que le tocó vivir. Esta profundidad analítica había sido clave en la admiración que le profesaron autores romanos, bizantinos y renacentistas. Pero este aspecto siempre ocupaba un lugar secundario frente al proceso de imitación seguido por una historiografía tan influida por la retórica. Su obra, que para los antiguos ofrecía un modelo retórico, ahora se convierte en un decisivo instrumento de análisis político y social. Por ello, entendida en la Edad Moderna como historia política, la obra de Tucídides se convirtió en un instrumento especialmente útil para analizar las complejas relaciones que marcaron el devenir de este nuevo período. Pero desde una nueva perspectiva: a partir de Hobbes, Tucídides se convierte en un modelo de pensador político. Deja de ser un modelo útil para guiar el comportamiento de reyes y generales (al modo de un racional *speculum principis*), y pasa a jugar un papel esencial en el análisis de las nuevas realidades políticas, hasta el punto de que su fortuna, de hecho, quedó ligada a los vaivenes de la política. En unos casos, como ocurre con el autor del *Leviatán*, su *Historia* justifica la necesidad de un régimen absolutista que rija con mano firme los destinos de los pueblos. Esa misma visión crítica de la demagogia y del comportamiento irracional de las masas, que había fascinado a Hobbes, le granjeó durante el siglo siguiente la antipatía de los revolucionarios franceses. Y los excesos cometidos por estos radicales condujeron a una relectura de Tucídides en clave burguesa. A finales del siglo XVIII, su historia fue leída como una guía por los defensores del sistema liberal que sucedió a los excesos de la Revolución Francesa e inspiró a los

padres de la Constitución norteamericana. Se pusieron así las bases del nuevo Tucídides que verá la luz en la Época Contemporánea, donde se produce su encumbramiento definitivo. La historiografía del siglo XIX lo va a aclamar como historiador científico *avant la lettre*. Y la teoría política del siglo XX, al buscar respuestas a los terribles efectos de dos Guerras Mundiales, redescubrirá su aguda descripción del comportamiento de una democracia en el contexto de una guerra total. Un influjo que es visible en la obra de autores como Leo Strauss o Hanna Arendt.

Como les ocurre a los clásicos, asistimos a una sorprendente adaptación de la historia de Tucídides a las nuevas corrientes de pensamiento que se han ido sucediendo a lo largo de los últimos cuatro siglos y que han conformado la esencia de la cultura occidental. Y, en este proceso, sin duda fue decisivo el influjo que ejerció el desarrollo de este *nuevo* Tucídides que empieza a entreverse a principios del siglo XVII.

## SIGLOS XVII Y XVIII

The first page of THUCYDIDES is, in my opinion, the commencement of real history. All preceding narrations are so intermixed with fable, that philosophers ought to abandon them, in a great measure, to the embellishment of poets and orators.<sup>605</sup>

(David Hume)

Tanto la forma literaria de los discursos como la profundidad analítica de su narración fueron elementos claves en la admiración que profesaron autores romanos, bizantinos y renacentistas hacia la obra tucididea. Como hemos podido comprobar, su influencia es bien visible en autores esenciales de la cultura renacentista que teorizaron sobre el poder y su aplicación práctica; sobre militares que tomaron como modelo sus reflexiones sobre la guerra; y sobre monarcas como Carlos V o Francisco I, ejemplos ellos mismos de príncipes renacentistas, que, conscientes de la profundidad de pensamiento tucidideo, convirtieron su historia en libro de cabecera. Sin embargo, a principios del siglo XVII comienza a producirse un claro cambio de tendencia en la valoración de la obra de Tucídides y de los historiadores clásicos en general. Y ello se debe a varios factores que alteraron tanto el fondo como la forma de la historiografía tal y como se había practicado hasta ese momento.<sup>606</sup> En una época en la que comienza a extenderse la preocupación por la autenticidad de la historia y en la que intercalar discursos en la narración de los hechos entra en crisis, los historiadores clásicos, tal y como ha puesto de manifiesto Momigliano, tuvieron que adaptarse a las nuevas circunstancias: “Polybius via Montesquieu, remained the classic theorist of the mixed constitution; Xenophon went on teaching about the ways of Sparta, Tacitus about tyranny, Plutarch about a variety of politicians from Lycurgus to the Gracchi”.<sup>607</sup> En este contexto, en el que los antiguos se convierten en fuentes de erudición más que en modelos de imitación retórica, la obra de Tucídides vivió una de las más sorprendentes adaptaciones.

Como ocurre en todas las crisis en las que se buscan nuevos caminos interpretativos, el siglo XVII fue el escenario de nuevas y divergentes maneras de entender la obra de Tucídides. Por una parte, cuando la sola palabra de un historiador ya no bastaba para garantizar la veracidad de lo narrado, se da la paradoja de que su figura se convirtió en Inglaterra en el arquetipo del “verdadero historiador”. Se explica así la elogiosa afirmación, tantas veces repetida, de David Hume: “the first page of Thucydides is, in my opinion,

---

<sup>605</sup> Cf. D. Hume, “Of the Populousness of Ancient Nations”, en *Essays* II.XI.98.

<sup>606</sup> Cf. Grafton (2007).

<sup>607</sup> Cf. Momigliano (1980: 143).

the commencement of real history”.<sup>608</sup> De este modo, el obstáculo que seguía suponiendo la oscuridad de su historia es salvado gracias a la lectura *política* defendida por autores como Hobbes, que ayudaron a analizar las convulsiones de la sociedad inglesa de mediados del siglo XVII. Por otra parte, en una dirección diametralmente opuesta, en la Francia de aquellos mismos años se promueve una lectura *amena* de la historia tucididea: Perrot d’Ablancourt prefirió simplificar y clarificar las oscuridades del texto para hacerlo más accesible y popular a sus coetáneos. Incluso aunque este proceso supusiese una auténtica transformación de la obra y la culminación de las denominadas traducciones *infieles*. En ambos casos, como veremos, los discursos siguieron desempeñando un papel destacado en la búsqueda de un nuevo modo de entender la obra de Tucídides. Pero mientras que en los países anglosajones éstos dejaron de ser un modelo retórico y pasaron a ofrecer un modelo de pensamiento, en la Francia del XVII los discursos tucidideos se transformaron en un *divertimento* literario como medio para hacer más atractiva una obra oscura y difícil de entender. En ambos casos se pretendía alcanzar el mismo objetivo: adaptar la obra clásica a los nuevos tipos de lectores de la Europa Moderna, aunque para lograr esa meta se acabasen empleando métodos muy diferentes.

## 1. El Tucídides de Hobbes

El ejemplo más destacado de esta nueva manera de leer la obra tucididea lo encontramos en Thomas Hobbes (1588-1679).<sup>609</sup> Su obra ofrecía una respuesta a las nuevas corrientes historiográficas, insatisfechas ante una historia centrada exclusivamente sobre los hechos bélicos protagonizados por reyes, príncipes o nobles, y que propiciaron el desplazamiento de la historia de los individuos hacia la historia del protagonista colectivo.<sup>610</sup> En este nuevo contexto era lógico que el adalid del estudio del comportamiento humano fuese reinterpretado.

El germen de su ideario, que se manifestará a mediados del siglo XVII en su obra cumbre, *Leviatán* (1651), aparece ya claramente enunciado en el prefacio de su primera gran aportación al pensamiento occidental: la traducción de la obra de Tucídides que publicó en 1629.<sup>611</sup> Esta traducción inglesa, la primera hecha directamente a partir del texto griego (editado por Emilio Porto) es un ejemplo magistral de cómo se estaba produciendo la transición hacia una

---

<sup>608</sup> Cf. D. Hume, “Of the Populousness of Ancient Nations”, en *Essays* II.XI.98.

<sup>609</sup> El texto del Tucídides en el conjunto de la edición de su obra completa, editado por Sir William Molesworth, puede encontrarse en Hobbes (1839-45, vol. VIII), a partir de la que citamos. Ediciones modernas de la traducción de Tucídides en Schlatter (1972) y Green (1989). Sobre diferentes aspectos de la influencia del historiador sobre el pensador británico, cf. Schlatter (1945), Klosko y Rice (1985), Brown (1987), Slomp (1990), Canfora (1992), Johnson (1993), Sowerby (1998), Scott (2000) y Warren (2009).

<sup>610</sup> Cf. Woolf (2000).

<sup>611</sup> *The Eighth Books of the Peloponnesian War written by Thucydides the son of Olorus interpreted with faith and diligence immediately out of the Greek*, Londres, 1629. También es autor de una traducción de Homero; sobre sus características e implicaciones, especialmente sobre el poco aprecio de sus contemporáneos, cf. la reciente visión de conjunto que ofrece Nelson (2008: xi-lxxxiii).

nueva manera de comprender la obra de Tucídides. En la dedicatoria al Duque de Devonshire, aparentemente se mantiene el juicio sobre el historiador ático que habíamos visto en otras traducciones del XVI, como la de Seyssel. Hobbes destaca la finalidad pragmática de la obra, insistiendo en la instrucción que puede proporcionar a los nobles, ya que aporta excelentes ejemplos de honor y deshonor:

I choose rather to recommend him for his writings, as having in them profitable instruction for noblemen, and such as may come to have the managing of great and weighty actions. For I may confidently say, that notwithstanding the excellent both examples and precepts of heroic virtue you have at home, this book will confer not a little to your institution; especially when you come to the years to frame your life by your own observation. For in history, actions of honour and dishonour do appear plainly and distinctly, which are which.<sup>612</sup>

Sin embargo, en el prefacio dirigido a los lectores de la obra nos encontramos ante una profunda reflexión sobre las implicaciones políticas de la obra, que pone de manifiesto la nueva situación intelectual en la que esta traducción tenía que desenvolverse.<sup>613</sup> La primera idea es que esta obra cumbre (según el propio Hobbes, en este caso “the faculty of writing history is at the highest”) ofrece, como ninguna otra, una clara utilidad para entender el presente y para reflexionar sobre el futuro:

For the principal and proper work of history being to instruct and enable men, by the knowledge of actions past, to bear themselves prudently in the present and providently towards the future: there is not extant any other (merely human) that doth more naturally and fully perform it, than this of my author.<sup>614</sup>

La clave se encuentra en la estructura de esta historia: otros autores antiguos también han insertado discursos que pueden ser útiles como modelos oratorios (en la línea de la imitación retórica practicada hasta el Renacimiento), pero la *Historia* de Tucídides presenta la peculiaridad de que es la única que ofrece una mezcla tan perfecta entre narración y discurso:

It is true, that there be many excellent and profitable histories written since: and in some of them there be inserted very wise discourses, both of manners and policy. But being discourses inserted, and not of the contexture of the narration, they indeed commend the knowledge of the writer, but not the history itself: the nature whereof is merely narrative.<sup>615</sup>

Gracias a esta disposición del contenido, en la que narración y discurso conforman un todo inseparable, Tucídides es para Hobbes el historiador más

<sup>612</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: v-vi).

<sup>613</sup> *To the readers*, Hobbes (1839-45: vol. VIII, vii-xi).

<sup>614</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: vii).

<sup>615</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: vii).

político que nunca escribiera (“is yet accounted the most politic historiographer that ever writ”). Y la razón principal es la siguiente:

The reason whereof I take to be this. He filleth his narrations with that choice of matter, and ordereth them with that judgment, and with such perspicuity and efficacy expresseth himself, that, as Plutarch saith, he maketh his auditor a spectator. For he setteth his reader in the assemblies of the people and in the senate, at their debating; in the streets, at their seditions; and in the field, at their battles. So that look how much a man of understanding might have added to his experience, if he had then lived a beholder of their proceedings, and familiar with the men and business of the time: so much almost may he profit now, by attentive reading of the same here written.<sup>616</sup>

Como destaca el pensador británico, el historiador ático no se pierde en digresiones como hacen otros, sino que trata de impresionar al lector por la misma fuerza de los hechos, convirtiéndole en espectador de los mismos y en oyente de sus discursos. Retomando la conocida afirmación de Plutarco, Hobbes destaca que Tucídides muestra al hombre en medio de asambleas, consejos y batallas. De este modo, el lector, por medio de una “lectura atenta” (*attentive reading*) se hace una idea de las cosas, como si las hubiera vivido realmente, toma lecciones provechosas y se adentra en los motivos de los personajes hasta en lo más íntimo de sus pensamientos.<sup>617</sup> Y es que el interés de Hobbes se asentaba en una lectura profundamente política de la *Historia* de Tucídides que iba más allá de lo que habían aportado autores como Maquiavelo en el siglo XVI. Un interés que no se dirige hacia pasajes aislados dignos de emulación, sino hacia el modo en que el historiador ático describía los hechos políticos para extraer de ellos las leyes que rigen el comportamiento social del hombre, ofreciendo una especie de manual práctico que puede ser usado como guía en la política contemporánea. Así se observa en la Introducción que sigue al prefacio: *On the life and history of Thucydides*.<sup>618</sup> En ella, los discursos son contemplados no como un modelo de composición literaria, sino como un medio de explicar el modo en que en un momento de crisis puede generarse la incertidumbre y el temor entre la ciudadanía. Y de manera concreta sirven para denunciar con vigor los peligros de la demagogia. Por ello, tras poner de manifiesto la habilidad retórica de Tucídides (que atribuye a la enseñanza de Antifonte), Hobbes enjuicia los discursos de la historia desde una perspectiva muy diferente a la dominante en épocas previas:

It need not be doubted, but from such a master Thucydides was sufficiently qualified to have become a great demagogue, and of great authority with the people. But it seemeth he had no desire at all to meddle in the government: because in those days it was impossible for any man to give good and profitable

---

<sup>616</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: viii).

<sup>617</sup> Cf. Tönnies (1988: 34-5).

<sup>618</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: xiii-xxxii).

counsel for the commonwealth, and not incur the displeasure of the people.<sup>619</sup>

La habilidad oratoria presente en la obra de Tucídides, justamente lo más admirado hasta finales del siglo XVI, ahora es vista como un defecto de su época y como algo que, en realidad, no han de imitar sus lectores. Sobre todo, por culpa de la demagogia que acabó llevando a los atenienses al desastre al no ser capaces de defender el bien común en un sistema en el que los oradores se plegaban ante los deseos de la multitud:

... in public deliberations before a multitude, fear (which for the most part adviseth well, though it execute not so) seldom or never sheweth itself or is admitted. By this means it came to pass amongst the Athenians, who thought they were able to do anything, that wicked men and flatterers drave them headlong into those actions that were to ruin them; and the good men either durst not oppose, or if they did, undid themselves.<sup>620</sup>

La ideología de Hobbes, como puede comprobarse, le lleva a considerar los discursos de la historia no como un modelo oratorio, sino como un medio para reflexionar sobre la conducta política de un estado. Y, en este sentido, aunque no puede dejar de admitir la admiración de Tucídides por el sistema democrático de Atenas, incide sobre aquellos pasajes del autor ático donde se pone de manifiesto la necesidad de un líder fuerte:

He praiseth the government of Athens, when it was mixed of the few and the many; but more he commendeth it, both when Peisistratus reigned, (swing that it was an usurped power), and when in the beginning of this war it was democratical in name, but in effect monarchical under Pericles.<sup>621</sup>

En cierto modo, Hobbes veía en Tucídides a un defensor del régimen monárquico, debido a su mal disimulada admiración por Pisístrato y por el régimen personal de Pericles. Admiración que se contrapone a los duros calificativos que reciben oradores del bando popular como Cleón, que es considerado como el más violento sicofante de aquellos tiempos.<sup>622</sup> Ello explica que el objetivo último de su traducción fuera poner de manifiesto al público inglés los riesgos que conllevan los excesos de un régimen parlamentario que no contase con una autoridad fuerte, que guiara la nave del estado hacia el bien común. Y para evitar estos peligros, la historia de Tucídides ofrecía la conjunción perfecta que ha de tener una obra de historia:

Now for his writings, two things are to be considered in them: *truth* and *elocution*. For in truth consisteth the *soul*, and in elocution the *body* of history. The latter

<sup>619</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: xvi).

<sup>620</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: xvi).

<sup>621</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: xvii).

<sup>622</sup> Cf. Hobbes (1839-45 vol. VIII: xix ): "a most violent sycophant in those times, and thereby also a most acceptable speaker amongst the people."

without the former, is but a picture of history ; and the former without the latter, unapt to instruct.<sup>623</sup>

La obra de Tucídides es vista como una mezcla de verdad (*truth*) y estilo (*elocution*). Y, de hecho, aunque en las páginas siguientes Hobbes recurre a los bien conocidos pasajes de Dionisio de Halicarnaso o de Cicerón para justificar esta afirmación, la conclusión a la que ahora llega es muy diferente. En este sentido, su obra supone una clara ruptura con toda una línea de lectura de Tucídides que había puesto su atención sobre el estilo, la retórica y el modelo oratorio de los discursos. Hasta tal punto se ha decantado Hobbes por el otro elemento de la historia, que critica duramente a Dionisio de Halicarnaso por no ser capaz de darse cuenta de que la verdadera utilidad de la historia de Tucídides se encuentra en la verdad (*truth*):

I think there was never written so much absurdity in so few lines. He is contrary to the opinion of all men that ever spake of this subject besides himself, and to common sense. For he makes the scope of history, not profit by writing truth, but delight of the hearer, as if it were a song.<sup>624</sup>

La *Historia* de Tucídides de la mano de Hobbes, tal como podemos comprobar, abandona el ámbito de la imitación literaria y se adentra con vigor en el terreno de la interpretación política. Su traducción, a diferencia de lo que buscaban sus predecesores en este mismo campo, ya no pretende ofrecer modelos de discursos o de composición estilística, sino hacer reflexionar sobre el presente.

Estas ideas de su primera etapa, tan influidas por su particular lectura de Tucídides, fueron decisivas en la orientación del resto de la obra de Hobbes. De hecho, años más tarde, toman cuerpo en su obra más importante: *Leviatán* (1651), que supone el paso de la doctrina del derecho natural a la teoría del derecho como contrato social. A mediados del siglo XVII, Inglaterra se encontraba en la peor situación posible: en plena Guerra Civil entre parlamentaristas y realistas.<sup>625</sup> Hobbes, que fue tutor del rey Carlos II hasta 1648 en este período histórico convulso, intenta ofrecer una aplicación práctica a partir de su lectura de la obra tucididea y plantea la necesidad de un Leviatán todopoderoso que evite las guerras intestinas. Desde su punto de vista, era necesario un estado fuerte y autoritario, que estableciese qué era lo correcto y lo incorrecto y que pusiera coto a las tres causas esenciales de discordia que existen en naturaleza del hombre: la competencia, la desconfianza y el deseo de gloria.<sup>626</sup> Se destaca así la necesidad de canalizar el egoísmo para impedir la anarquía. Hobbes plantea a mediados del siglo XVII el camino para reconducir al *homo homini lupus*, retomando la famosa cita de Plauto y dotándola de nuevos significados gracias

<sup>623</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: xx).

<sup>624</sup> Cf. Hobbes (1839-45, vol. VIII: xxvi).

<sup>625</sup> Cf. Scott (2000) parra una visión del contexto histórico.

<sup>626</sup> Cf. Slomp (1990).



al modelo que le ofrecía la obra tucididea.<sup>627</sup> Frente a la libertad ideológica y de conciencia que se predicaba en la Inglaterra del momento, que puede acabar conduciendo a la discordia civil (la *stásis* tucididea), Hobbes justifica la necesidad del absolutismo como política ideal. Es preciso instaurar una autoridad absoluta cuya ley sea la jerarquía máxima y sea obedecida por todos sin excepción. El Estado es un artificio que permite reconducir al hombre, que de otro modo se guiaría por el instinto de supervivencia, el egoísmo y por la ley del más fuerte, lo que haría imposible el establecimiento de sociedades organizadas en las que reinara la paz y la armonía. En definitiva, como muestra el ejemplo tucidideo, sin hombres fuertes como Pericles sobreviene el caos y la destrucción. Por culpa de su egoísmo, el hombre ha de estar subordinado a un estado fuerte que *rige y armoniza* la multitud de sus elementos y que pone coto a la demagogia.

Como podemos ver, Hobbes ofrece una lectura de la historia de Tucídides muy diferente de la que se había realizado hasta el siglo XVI. Frente a una visión de sus discursos como modelo oratorio, ahora son pasajes como los que describen la peste y la discordia civil los que llaman más poderosamente la atención del filósofo al permitir, desde la lejanía de los hechos relatados, comprender aspectos del presente.<sup>628</sup> Asistimos así al surgimiento de una nueva concepción de la historia. El pasado no sólo sirve para proporcionar modelos éticos, moralizantes o retóricos, sino también para comprender el devenir del ser humano a lo largo del tiempo y para intentar corregir sus defectos. Frente a la tradición retórica dominante hasta el XVI, Hobbes destaca “la parte verdadera” (*truth*) de la historia frente a “la parte literaria” (*elocution*). Y el vigor y la elegancia de su traducción, considerada como un clásico de la lengua inglesa, consagró para la posteridad a un Tucídides lleno de fuerza.<sup>629</sup>

## 2. El Tucídides de Perrot d’Ablancourt

Pero la de Hobbes no fue la única manera nueva de entender la obra de Tucídides en la Europa del siglo XVII. Junto a esta visión filosófica y política de la obra que caló profundamente en la Inglaterra del momento, en la Francia de esos mismos años el texto va a sufrir una interpretación completamente distinta. En este sentido, mención especial merece la otra gran traducción de Tucídides que se publica en el XVII, y que pone de manifiesto cómo se entendió su *Historia* durante el Clasicismo francés. Nos referimos a la versión francesa de Nicolás Perrot d’Ablancourt (1606-1664). Autor de numerosas

<sup>627</sup> Cf. Plautus *Asin.* 495.

<sup>628</sup> Sobre la influencia de la traducción de Hobbes sobre la obra de autores ingleses de la segunda mitad del XVII y principios del XVIII, cf. Rubincam (2004), quien estudia la influencia del episodio de la plaga sobre pasajes del relato *A Journal of the Plague Year* de Daniel Defoe, publicada en 1722. Una visión general de esa influencia en Warren (2009).

<sup>629</sup> De hecho, se considera muy superior a la posterior en lengua inglesa, la del clérigo William Smith (1711-1787) que se publicó en 1753 y que, con correcciones, fue reeditada hasta finales del siglo XIX.

traducciones de autores clásicos, D'Ablancourt es el principal representante del movimiento que produjo las denominadas por R. Zuber como *Belles Infidèles*.<sup>630</sup> Es decir, aquellas traducciones que intentaron adaptar el texto de los autores antiguos a los gustos de la Francia del siglo XVII. Una tarea que implicaba la introducción de modificaciones, la eliminación de pasajes o el cambio de términos o frases con el objetivo de aclarar y embellecer el original. Autores como Perrot d'Ablancourt actuaban a la vez como traductores y como críticos que aplicaban sus ideas manipulando los textos antiguos. Preferían insuflar nueva vida a los textos con los que se enfrentaban antes que ser fieles a la versión original.<sup>631</sup> La nómina de autores traducidos por Perrot d'Ablancourt incluía a los principales historiadores antiguos: Julio César, Arriano, Tácito.<sup>632</sup> Pero de especial interés es su versión del texto de Tucídides que realiza al final de su vida. De hecho, a la vista de su ideario y de la labor previa desarrollada en la Francia de la primera mitad del XVII, el acercamiento a la obra del historiador ático era algo inevitable y, en cierto modo, supone la conclusión de su carrera.<sup>633</sup> Las traducciones de Tucídides existentes hasta el momento, desde la de Valla, se habían caracterizado por la oscuridad. Las expresiones abstractas y muy difíciles de entender, que jalonaban el texto latino, se habían mantenido en las versiones en lengua vernácula publicadas a lo largo del siglo XVI. Si a ello le unimos el hecho de que la traducción francesa de Claude de Seyssel, que se basaba en el texto de Valla, había sido la fuente e inspiración seguida por la mayor parte de quienes vertieron el texto a otras lenguas, se entienden las dificultades de comprensión que aquejaban al texto tucidideo en su conjunto y que dificultaban su lectura. Su fama a lo largo del XVI, como ya hemos analizado, sólo es comprensible si se tiene en cuenta tanto la utilidad retórica de sus discursos como el prestigio de sus planteamientos metodológicos.

Frente a toda esta tradición, que marcó el devenir de la obra de Tucídides en el siglo XVI, Perrot d'Ablancourt ofrece a mediados del siglo XVII una nueva manera de entender el texto. Consciente de las dificultades que implicaba su lectura, publica en 1662 su propia traducción en la que lleva al extremo lo que había sido su *modus operandi* hasta entonces.<sup>634</sup> El nuevo enfoque que anima al traductor se observa ya en el hecho de que no publica la obra de Tucídides de manera aislada, con su final abrupto e inacabado, sino que ha optado por

---

<sup>630</sup> Cf. Zuber (1968). Cf. también las apreciaciones de Hennebert (1861: 159-177), Ladborough (1938) y Guillerm (1996). Una serie de textos (especialmente prefacios y cartas) que recogen los principios metodológicos de Perrot d'Ablancourt y que permiten ver su evolución han sido seleccionados en Zuber (1972).

<sup>631</sup> Cf. Bury (1997) sobre tres figuras destacadas de la traducción literaria: Amyot, Baudoin y d'Ablancourt.

<sup>632</sup> Especialmente interesante es la traducción de Tácito, publicada en París en 1640, por la comparación que se puede hacer con la de Tucídides. En su prefacio señala que su traducción ha supuesto una especie de "esclavitud", ya que, según afirma, "Je l'ay suivi pas à pas, et plutôt en esclave, qu'en compaignon" (cf. Zuber 1972: 120). Aunque se toma libertades, éstas no llegan a los excesos de su traducción de Tucídides.

<sup>633</sup> Cf. Guillerm (1996).

<sup>634</sup> *L'Histoire de Thucydide de la Guerre du Peloponese continuée para Xenophon*, París: Chez Augustin Courbe, 1662.

añadir la continuación escrita por Jenofonte. Su objetivo era ofrecer una historia completa de la Guerra del Peloponeso, con una unidad narrativa que fuese más fácil de leer que las versiones precedentes. De hecho, la dedicatoria al rey comienza con una frase que, en sí misma, es toda una declaración de intenciones:

Sire, voicy deux illustres Etrangers, qui ont appris votre Langue, pour avoir l'honneur de vous entretenir.<sup>635</sup>

En palabras de Perrot d'Ablancourt, estamos ante una obra que, más que instruir, pretende "entretener". Una idea que, en el caso de Tucídides, no tiene precedentes en la cultura europea y que desarrolla ampliamente en el *Préface* de la obra (pp. 5-16), donde explica que ha añadido la obra de Jenofonte porque habla de un período de la historia griega que considera "plus beau":

C'est ce qui nous à obliguez à traduire Xenophon, qui l'a continüée ligne pour ligne jusqu'à la fin de la guerre, & y a encore ajoüté quarante ans de l'Histoire Grecque, qui est ce qu'elle a de plus beau.<sup>636</sup>

La clave de esta elección se encuentra en que, en opinión de Perrot d'Ablancourt, ni Atenas ni Esparta ofrecen un auténtico modelo como nación, sobre todo en comparación con la Macedonia de Alejandro. El interés de esta historia reside más bien en el hecho de ofrecer una serie de grandes acciones que, como si se tratase de un *roman*, puedan entretener al lector:

Le sujet donc de cette Histoire, n'est pas si grand qu'on le publie, mais pour cela il n'en est pas moins utile. Car les grands événements plaisent à l'esprit, par leur nouveauté, comme des aventures de Roman; mais parce qu'ils sont rares, ils sont de nulle instruction. À quoy peut servir à la conduite de ma vie un accident qui n'arrivera pas en tout un siecle, & qui ne contiene que le progrès ou la décadence d'un Empire; au lieu qu'il y a par tout à apprendre dans les choses ordinaires, & qui arrivent tous les jours?<sup>637</sup>

Pero, sobre todo, Perrot d'Ablancourt nos da una clave aún más preciosa para entender qué era lo que podía buscar un lector ordinario en esta obra. De hecho, tal y como afirma, si los sucesos de esta *Historia de la Guerra del Peloponeso* no llegan a *aburrir* al lector se debe a que Tucídides ha insertado unos discursos que son en sí mismos lo más logrado de su composición, y que considera como un *divertissement* que aligera la narración:

Mais pour empescher qu'elles n'ennuyent, Thucydide les a entre-meslées de Harangues, qui sont aussi agreables & aussi necessaires icy, qu'elles sont ailleurs ennuyeuses et superflües. Car quand le sujet vous arreste par sa grandeur &

<sup>635</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 1).

<sup>636</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 6).

<sup>637</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 7).

par la beauté, vous hâissez tout ce qui en interrompt le cours, tant vous estes transportez du desir de voir la fin d'une belle Histoire; Mais quand il ne contient rien que de commun, vous cherchez d'autres divertissemens, & comme des repositifs dans une trop longue carrière.<sup>638</sup>

De nuevo, como puede comprobarse, los discursos siguen siendo considerados como el elemento central de la historia. Pero ahora éstos no son entendidos como un modelo retórico o político, sino como un elemento que aporta *diversión* a la lectura de una obra tan compleja y oscura. Un defecto, el de la oscuridad, que precisamente se agrava en el caso de sus *harangues*. Por ello, Perrot d'Ablancourt considera que ha de aligerar la expresión de los discursos para conseguir que la obra sea más atractiva para el lector contemporáneo, que gusta de lo que es más natural y fácil de entender:

Parmy tant d'avantages, on luy reproche quelques défauts; Premièrement l'obscurité, qui est si grande dans ses Harangues au iugement mesme de Ciceron, qu'il dit *Ipsae illae Thukydidis contiones, ita multas habent obscuras abditasque sententias, vix ut intellegantur, quod est in oratione civili vitium vel maximum...* Tout ce qu'on peut dire pour leur défense, c'est qu'il n'écrivent pas pour le peuple, mais pour les honnestes gens, qui entendent à demy-mot, & à qui il faut laisser quelque chose à deviner. Mais ie ne veux pas point m'embarquer dans la défense d'une chose qui est également éloignée de mon stile & de mon humeur, aussi bien que de celle de mon siecle, qui n'aime que ce qui est naturel & facile.<sup>639</sup>

De este modo, se afirma con toda claridad que es el deseo de aclarar las “tinieblas” y de evitar los “defectos” del texto original lo que ha servido de excusa para publicar su traducción. Perrot declara que hacer más comprensibles sus discursos para el lector moderno es la causa principal de esta *bella infiel*, que pretende evitar que se siga leyendo lo que denomina como un *Thucydide ridicule*, una traducción que tuviera todas sus faltas pero ninguna de sus virtudes:

Cependant cela me servira d'excuse, si i'ay pris quelque liberté pour éclaircir ces tenebres, & si ie n'ay pas crû devoir imiter mon Auteur en cette Partie. Car de luy laisser ses défauts, comme veulent quelques-uns, par une fidelité trop scrupuleuse; & d'un autre costé ne luy pas rendre ses graces, parce qu'on ne le peut faire à leur advis sans blesser les regles de la Traduction, c'est faire *le Thucydide ridicule* qui aura toutes les fautes & n'aura pas ses vertus.<sup>640</sup>

Y el medio para conseguirlo es llevar a cabo una especie de *metempsícosis* que transforme el texto del historiador, de tal modo que sus ideas se preserven lo más puras posible y sean expresadas como si el espíritu del autor griego del siglo V a.C. hubiese pasado al cuerpo de un francés del siglo XVII:

---

<sup>638</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 7).

<sup>639</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 10).

<sup>640</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 11).

Car ce n'est pas tant icy le portrait de Thucydide, que Thucydide luy meme, qui est passé dans un autre corps comme par une espece de Metempsychose, & de Grec est devenu François, sans se pouvoir plaindre comme d'un defect de ressemblance...<sup>641</sup>

Una conclusión que en gran medida resume la tarea llevada a cabo por Perrot d'Ablancourt hasta ese momento y que se contrapone a la tarea tradicionalmente asignada al traductor: más vale ser infiel en las pequeñas cosas para ser más fiel en las más importantes (“Mais il vaut mieux estre infidelle dans les petites choses, por estre plus fidelle dans les grandes”).<sup>642</sup> Toda una declaración de intenciones que le permite a Perrot d'Ablancourt defender las libertades que se tomará en una traducción que llega a omitir los pasajes considerados como repetitivos, inútiles o superfluos. Una de las libertades más llamativas, de nuevo, tiene que ver con el modo en que se presentan los discursos de la obra. Por una parte, afirma que va a ser fiel al *esprit* del autor. Es decir, a la afirmación hecha en la metodología de componer sus discursos de acuerdo a las exigencias de lo verosímil.<sup>643</sup> Pero, por otra parte, llega a afirmar que sólo va a presentar en estilo directo aquellas *harangues* que “sont capables de recevoir les figures de l'Eloquence”, mientras que las otras pasan a ser expresadas en estilo oblicuo para insertarlas mejor en la narrativa y evitar, así, el defecto de unos engarces que, en su opinión, hacen que el texto sea más aburrido:

...ie ne rens directes que les Harangues, qui son capables de recevoir les figures de l'Eloquence. Les autres pour estre trop-courtes, sont mieux d'estre obliques, parce qu'on voit tout-d'un-coup ce qu'elles doivent dire, sans l'embarras des entrées & des sorties, qui sont un peu ennuieuses chez les Anciens, à cause qu'elles ne sont pas délicates.<sup>644</sup>

En definitiva, la *Historia* de Tucídides, que en el caso de Hobbes había adoptado los elevados ropajes de la filosofía, en la traducción de Perrot d'Ablancourt se acerca peligrosamente a los terrenos de una *vulgarización* del texto con el fin de hacerlo más accesible. El gran éxito que tuvo entonces demuestra que Perrot d'Ablancourt intentaba responder a las necesidades del momento.<sup>645</sup> Pero, como no podía ser de otro modo, su irreverente acercamiento también causó una considerable polémica y tuvo duros críticos en las décadas siguientes, cuyas afirmaciones han de enmarcarse en una polémica de más amplio calado, que es conocida como la “Querelle des Anciens et

<sup>641</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 11).

<sup>642</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 12).

<sup>643</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 7): “Il dit luy mesme qu'il s'est contenté de garder le but de ceux qui parloient, et d'ajuster les choses conformément au sujet”.

<sup>644</sup> Cf. Perrot d'Ablancourt (1662: 13).

<sup>645</sup> Esta traducción contó con un buen número de reediciones: Ámsterdam 1662 (Louis et Daniel Elzevier), 1663, 1671 (Jolly), 1694, 1713.

des Modernes”.<sup>646</sup> Entre las opiniones críticas se destacan las *Reflexions sur Thucydide* de Marivaux, elaboradas en 1748 como un discurso pronunciado en la Académie Française y que fueron publicadas en el *Mercur de France* en junio de 1755.<sup>647</sup> Y en ellas responde duramente a lo que considera como un ultraje al texto antiguo:

Mais par-là, peut-on lui répondre, vous nous faites tort à nous Lecteurs, qui serions charmés de connoître Thucydide tel qu’il est. Nous croyons voir l’Auteur Grec, l’Auteur ancien avec le tour d’esprit qu’on avoit de son temps, & vous le travestissez, vous lui ôtez son âge; ce n’est plus là Thucydide. Il seroit plat, dites-vous, si vous ne le corrigez pas: eh! Qu’importe! Nous aimerions mieux sa platitude même que vos corrections que nous ne demandons point dans cette occasion-ci.<sup>648</sup>

En su opinión, las correcciones de Perrot no sirven para elevar el texto, sino para “travestirlo” y para ocultar la auténtica forma que ha convertido la *Historia* de Tucídides en un clásico imperecedero. Las críticas de Marivaux no sólo son la queja de un purista ante las libertades que se había tomado Perrot, sino que también ponen de manifiesto el nuevo modo de entender la obra de Tucídides durante el siglo XVIII.<sup>649</sup>

### 3. Tucídides en el siglo XVIII

El Siglo de las Luces supuso un punto de inflexión en el legado de Tucídides. Por una parte, fue uno de autores antiguos que más padeció las consecuencias de la decadencia de la historiografía retórica, que desde principios del XVII había entrado en crisis y que se extingue definitivamente a finales del XVIII.<sup>650</sup> Su obra deja de ser un modelo historiográfico *imitable* y sólo sus discursos siguen manteniendo un cierto prestigio, tal y como todavía se observa en la obra de Bonnot de Mably, auténtico canto de cisne de esta manera de escribir la historia. También, como historiador de la Atenas de Pericles, fue víctima del prestigio que tenía el modelo político espartano entre los pensadores de la Ilustración. Una tendencia que se agudizó aún más si cabe entre los hombres que protagonizaron la Revolución Francesa, que preferían a Plutarco y a su imagen idealizada de políticos espartanos como Licurgo antes que al ateniense que describió los desmanes de demagogos como Cleón. Sin embargo, de manera simultánea, en esos mismos años comienza un proceso de revalorización de la historia de Tucídides en el que intervinieron varios factores. Por una parte, fue decisivo el nuevo modo de entender la historia

---

<sup>646</sup> Cf., al respecto, la amplia y documentada introducción de Fumaroli (2001).

<sup>647</sup> Cf. Mall (2007), donde aporta las claves contextuales de esta crítica.

<sup>648</sup> Número de junio de 1755 del *Mercur de France*, vol. II, pp. 46-56.

<sup>649</sup> Sobre el contexto general de la recepción de la Antigüedad en la Francia del XVIII, cf. Grell (1995).

<sup>650</sup> Sobre la práctica y la teoría historiográfica de los siglos XVII y XVIII, cf. los trabajos reunidos en Grell y Dufays (eds.) (1990).

antigua de los griegos por parte de los estudios académicos, que transmitieron una imagen renovada de la Atenas de Pericles y, por extensión, de su historiador más conocido. A la popularidad de la cultura ateniense entre el público también contribuyó el éxito de una serie de novelas de tema histórico, como *El viaje del joven Anacarsis* o las *Cartas Atenienses*, que fueron ampliamente leídas y traducidas por toda Europa. Pero, sobre todo, la revalorización de la obra de Tucídides fue consecuencia directa de los excesos cometidos por los radicales de la Revolución Francesa. La terrible represión emprendida al amparo de esta revolución libertaria, que conmocionó a toda la cultura europea de finales de siglo, volvió a dar sentido a la historia tucididea y renovó la interpretación política de la *Historia*. Su visión crítica de los excesos de la democracia radical y sus reflexiones sobre la naturaleza humana jugaron un papel muy destacado en el ideario de los nuevos regímenes liberales que acabarán triunfando en el siglo siguiente. Así, como consecuencia de este juego de oposiciones, puede decirse que durante el XVIII desapareció definitivamente el Tucídides del Renacimiento y se pusieron las bases que explican el nacimiento del Tucídides en la Época Contemporánea.

En la nueva lectura del texto tucidideo fue decisiva la publicación a principios del siglo XVIII de la monumental *Histoire Ancienne* de Charles Rollin (1661-1771). El enorme éxito que tuvo entre las clases ilustradas del momento explica en parte ese cambio de perspectiva.<sup>651</sup> Sobre todo, porque, en clara ruptura con las concepciones dominantes en el siglo XVII, la historia razonada de Rollin alimentó una nueva visión del mundo griego, que de nuevo era sentido como precursor de muchos de los conceptos e ideas que preocupaban en ese momento a los ilustrados. De hecho, como ha estudiado Payen, entre 1730 y 1760 los autores griegos, y en especial Polibio y Tucídides, volvieron a ser considerados como portadores de experiencias políticas que podían contribuir a una reflexión más general sobre el presente.<sup>652</sup> De este modo, Tucídides deja de ser ese maestro de elocuencia que todavía se veía en la traducción de Perrot d'Ablancourt y se convierte en el historiador de la Atenas de Cimón y de Pericles, donde el gobierno de la *pólis* reposa sobre las nociones de igualdad y de libertad.<sup>653</sup> Sus numerosas ediciones y su temprana traducción a todas las lenguas cultas de la Europa del momento, donde se incorporó a los sistemas de enseñanza como libro de cabecera y como manual insustituible, convirtieron la obra de Rollin en un texto que marcó la percepción que los hombres del XVIII tenían del pasado griego.

Partiendo de esta nueva manera de entender la historia antigua, se comprende que la obra de Tucídides llamase la atención a los hombres de la

---

<sup>651</sup> Se trata de *Histoire ancienne des Égyptiens, des Carthaginois, des Assyriens, des Babyloniens, des Mèdes et des Perses, des Macédoniens, des Grecs*, publicada en 13 volúmenes entre 1730 y 1738, y que ofrecía una nueva visión de la historia antigua independiente del mundo romano.

<sup>652</sup> Cf. Payen (2007).

<sup>653</sup> Cf. Loraux y Vidal-Naquet (1979).

Ilustración.<sup>654</sup> Su influjo, no obstante, fue poco uniforme y estuvo marcado más por una admiración hacia su metodología como historiador que por un conocimiento real del conjunto de la obra. Pensadores como Voltaire, Condorcet o Montesquieu, plenamente conscientes de la necesidad de ampliar los márgenes de la investigación histórica, introdujeron en sus estudios una serie de conceptos generales sacados de lo que ya se conocía sobre la evolución de las sociedades humanas.<sup>655</sup> Este modelo crítico de investigación histórica había dado lugar a dos tendencias que fueron decisivas para el desarrollo de la historiografía durante los siglos XVII y XVIII. Una de carácter erudito, que sobre todo destacaba la necesidad de contar con el mayor número de datos sobre el pasado y que marcó la historiografía del XVII: “Erudition became the most important branch of historiography about 1600”.<sup>656</sup> Otra de carácter filosófico (como la acabaría llamando Hegel), que, frente a la acumulación de datos, subraya la intención de poner de manifiesto las regularidades que hay tras la cadencia de esa sucesión de hechos pasados. Es en este nuevo contexto intelectual de la historiografía del XVIII, en el que se impone como elemento clave la idea de sistema, donde sigue respetándose a la metodología de Tucídides. Por ello, no ha de llamar la atención que el filósofo francés J. J. Rousseau, en el *Emilio*, obra concebida como una reflexión sobre la educación, señalase que Tucídides era el verdadero modelo para los historiadores, al exponer los hechos sin juzgarlos y presentar las circunstancias que permiten al lector enjuiciarlos por sí mismo:

Según mi opinión, Tucídides es el verdadero modelo de los historiadores. Expone los hechos sin juzgarlos, pero no omite ninguna de las circunstancias que nos pueden poner en estado de juzgarlos por nosotros mismos. Todo cuanto relata lo pone a la vista del lector; lejos de interponerse entre el lector y los acontecimientos, se esconde, y cree uno que ve, no que lee.<sup>657</sup>

En esta misma dirección, para Hegel, tal y como ha dejado escrito al analizar la Guerra del Peloponeso en sus *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, “esta obra inmortal constituye la ganancia absoluta que la humanidad ha obtenido de aquella lucha”.<sup>658</sup> Para el pensador alemán, la obra de Tucídides sobre todo ofrecía por medio de sus discursos una perfecta imagen de los ideales de la democracia griega en su momento de mayor esplendor. Y en la configuración de este cuadro jugó un papel muy destacado su discurso más conocido: el epitafio. De hecho, Hegel pensaba que el historiador ático ofrecía en este discurso:

---

<sup>654</sup> Sobre el contexto general de la influencia del mundo antiguo sobre los pensadores de la Ilustración, cf. Gay (1966), Jory (1976) y Leigh (1979).

<sup>655</sup> Se destaca de manera especial el papel desempeñado por Voltaire, quien en su obra *Le Siècle de Louis XIV* (1756) ya propone la implantación de un modelo más crítico a la hora de analizar el pasado.

<sup>656</sup> Cf. Momigliano (1980: 140-1).

<sup>657</sup> Cf. J. J. Rousseau, *Emilio*, cap. IV.

<sup>658</sup> Cf. Hegel (1980: 479).



...el más hermoso cuadro de una constitución, donde los ciudadanos están educados y tienen ante los ojos el interés de la patria, donde la individualidad es culta y posee una conciencia desarrollada de los negocios públicos y de los intereses generales.<sup>659</sup>

Los discursos de Pericles, y en particular la descripción idealizada del régimen democrático que ofrecía el epitafio, ayudaron a difundir entre los pensadores del siglo XVIII una visión idealizada de la Atenas de finales del siglo V a.C., una imagen que también arraigó entre el público del momento. A ello contribuyó el enorme éxito de una novela de tema histórico: *Le voyage du jeune Anacharsis* del Abate Barthélemy, publicada en 1788. Su éxito se debió a que ofrecía un auténtico monumento de erudición a través del retrato de una Atenas que era presentada “a la moda de París”.<sup>660</sup> En esta novela se cuenta el viaje que hizo a Grecia el joven príncipe escita Anacarsis entre los años 362 y 341 a.C. De este modo, Barthélemy ofrecía un cuadro de la Atenas del siglo IV a.C. que le hacía entroncar el siglo de Pericles con el de Alejandro. Este contexto le permite ofrecer una visión de lo más granado del espíritu griego, en el que la obra de Tucídides ocupaba un lugar destacado. Como ha señalado Mossé, “Barthélemy, lector de Tucídides, le toma prestados los discursos que marcaron los debates que precedieron el inicio de las operaciones, así como el relato de los acontecimientos de los primeros años de la guerra, y especialmente la célebre descripción de la peste”.<sup>661</sup> El lector, gracias a este uso enciclopédico de las fuentes antiguas, se siente trasladado a las calles de Atenas y era instruido sobre múltiples aspectos de la vida y cultura atenienses. Una experiencia que cautivó a un amplísimo número de lectores y a la que se sumaron múltiples imitadores.<sup>662</sup> Sin embargo, este proceso de revalorización burguesa de la obra de Tucídides ya se había producido unos años antes en Inglaterra. En este sentido, hay un testimonio especialmente interesante, al que no se le ha prestado hasta ahora la debida atención. Se trata de las *Athenian Letters* que, publicadas por primera vez entre 1741 y 1743, alcanzaron gran popularidad a finales del XVIII.<sup>663</sup> Se trata de una obra compuesta por un círculo de estudiantes de origen nobiliario de la Universidad de Cambridge en la que pretendían plasmar, por medio de un relato epistolar, lo aprendido de sus lecturas de Tucídides, de Plutarco y de otros historiadores griegos.<sup>664</sup> El largo camino seguido desde su elaboración en

<sup>659</sup> Cf. Hegel (1980: 473).

<sup>660</sup> En palabras de Vidal-Naquet (1990). Sobre la obra y sus implicaciones, cf. Ginzburg (2006: 138-152).

<sup>661</sup> Cf. Mossé (2007: 229).

<sup>662</sup> El más conocido es E. François de Lantier y sus *Viajes de Antenor por Grecia y Asia*, publicada en París, en 1797.

<sup>663</sup> Seguimos la siguiente edición: *Athenian letters: or, The epistolary correspondence of an agent of the king of Persia, residing at Athens during the Peloponnesian war*, 2 vols., Londres: T. Cadell y T. Davis, 1798.

<sup>664</sup> Se trataba del círculo de Charles and Philip Yorke (1720-1790), segundo Conde de Hardwicke.

1739 hasta su éxito a finales de siglo ofrece una imagen de las vicisitudes del legado tucidideo durante este período. En su primera edición, que sólo circuló entre un reducido grupo de amigos, la obra estaba encabezada por un prefacio en el que se presentaba el texto como resultado de la traducción al inglés de un manuscrito encontrado en la Biblioteca de Fez, en el que el judío Moses Ben Meshobab había vertido al español la versión persa de una antigua obra griega. Gracias a este alambicado recurso literario, los autores habían enmascarado su auténtico proceso de composición y presentaban el texto como un precioso testimonio de la Atenas de Pericles a través de los ojos y de las cartas de un agente persa:

During the residence of our Agent in the city of Athens, he seems to have been extremely curious in examining the constitution of Greece; and, while he writes to the Ministers on matters of political and public business, he does not fail to transmit faithful accounts to his friends of the learning prevailing in the country, and little private anecdotes relating to himself. Far from dealing in trivial and low occurrences, his *Letters* are full of the most important information.<sup>665</sup>

Se trataba de un juego erudito que ha de ser enmarcado en la moda literaria de la pseudo-carta oriental, que tuvo un gran auge en toda Europa durante el primer tercio del siglo XVIII y que contaba con famosos antecedentes franceses como *L'Espion turc* (1684) de Giovanni Paolo Marana.<sup>666</sup> Como informaba su subtítulo (*Lettres et mémoires d'un envoyé secret de la Porte dans les cours de l'Europe*), la novela epistolar de Marana mostraba los comentarios de un espía turco en París y servía para cuestionar los usos y costumbres de la sociedad a través de su observación por un personaje que pertenecía a otra cultura.<sup>667</sup> Fue tal el éxito de esta obra epistolar que inspiró a continuadores como Charles Rivière Dufresny con sus *Amussemens serieux et comiques* (1699), que describía la vida parisina a través de los ojos de un viajero siamés. El género alcanzó su punto culminante con la publicación de las *Lettres Persanes* (1721) de Montesquieu. Todas estas obras fueron traducidas al inglés casi de inmediato, generando una legión de imitadores entre los que se destacan autores como George Lyttleton y sus *Letters from a Persian in England to his Friends in Ispahan* de 1735.<sup>668</sup> Teniendo en cuenta este contexto literario, es evidente que los autores de las *Athenian Letters* llevaron a cabo un juego erudito que tomaba como punto de partida a estos importantes antecedentes, entre los que se destaca sobre todo la obra de G. P. Marana, que había sido traducida al inglés en 1687 por William Brandshaw. De hecho, sus autores afirman que el carácter de Cleander está directamente inspirado en el de Mahmut, el espía turco descrito por el autor italiano.<sup>669</sup> No obstante, la peculiaridad que distingue a estas *Athenian Letters* de

<sup>665</sup> Cf. *Athenian Letters* (1798: xi-xii).

<sup>666</sup> Cf. Losada Friend (1996).

<sup>667</sup> Cf. Almansi (1966).

<sup>668</sup> Cf. Conant (1908) con respecto al contexto general y a la moda orientalizante en la literatura inglesa de este período.

<sup>669</sup> Cf. *Athenian Letters* (1798: xviii): "The general character of Cleander is taken from

estas otras composiciones epistolares contemporáneas, que pretendían criticar costumbres sociales por medio de la sátira, era su finalidad didáctica. De hecho, sus autores afirman que su objetivo era ofrecer a sus lectores un cuadro vivo del período de la Atenas de Pericles, en el que pueden encontrarse detalles no tratados en las obras históricas convencionales:

At the same time we may derive a more adequate notion of the customs of the Greeks and Persians from these Letters of our Agent, in which the living manners are expressed, than we can possibly gather from the most formal and elaborate treatises of grave antiquaries. Not to mention several curious particulars of Court subtilty and intrigue interwoven in the course of them, which may seem perhaps beneath the notice of an historian, but which yet have a wonderful effect in unravelling the secret springs and true causes of action.<sup>670</sup>

Pero, sobre todo, en el *Preface* de 1741 se destaca una idea esencial para el legado tucidideo: lo que pretenden los autores con este relato epistolar ambientado en la Guerra del Peloponeso es defender la obra de Tucídides, autor por el que profesan una rendida admiración, resaltando su imparcialidad y respondiendo a las injustas críticas que autores como Josefo habían hecho sobre su obra y que, en gran medida, habían determinado el discurrir de su legado.

Besides these sentiments, which evidently flow from a perusal of the Papers now offered to the Public, a secret pleasure will arise in the breast of every man of taste and knowledge, when he considers how much they tend to corroborate the testimony of THUCYDIDES, to heighten our idea of his impartiality, and to wipe off the unjust aspersions that have been thrown upon his memory by JOSEPHUS.<sup>671</sup>

Ese *secret pleasure* del que hablan los autores pone de manifiesto que su admiración por la obra del historiador ático no era compartida por el público de principios del siglo XVIII. Su difusión, limitada inicialmente a unos pocos amigos, también deja claro que no pretendía alcanzar gran popularidad. Sin embargo, cuando volvió a ser editada en 1781, es evidente que se había producido un cambio en el público, lo que también se percibe en el modo en que en este momento se presenta el texto a sus nuevos lectores:

It is thought proper to preserve the Preface to the Octavo Edition of these Letters, which supposes the Work to be genuine, and a Translation from an old Arabic Version: but when a due interval of time has elapsed, the truth may be owned; the illusion vanishes; it is a masquerade which is closed ... The Learned, into whose hands these Letters may fall, will best judge how correctly

---

Mahmut, the turkish spy...". En este sentido, cf. Ginzburg (2006: 150-1).

<sup>670</sup> Cf. *Athenian Letters* (1798: xiii).

<sup>671</sup> Cf. *Athenian Letters* (1798: xii).

the manners of antiquity are kept up, and how truly the history of those times is represented in them. The Grecian part of the correspondence is exactly stated from THUCYDIDES and PLUTARCH; the Persian is extended and improved from the few remaining fragments of CTESIAS ...<sup>672</sup>

Lo más llamativo es que lo que iba a ser una simple reedición de un centenar de ejemplares tuvo una amplia repercusión entre el público del momento. A partir de 1781, se suceden por toda Europa las ediciones y traducciones de la obra,<sup>673</sup> que va a ser abiertamente considerada como “a work admirably illustrative and explanatory of the history of Thucydides”.<sup>674</sup> E, incluso, es calificada como “the best commentary on Thucydides that ever was written”.<sup>675</sup> Afirmaciones un tanto exageradas que, no obstante, ponen de manifiesto hasta qué punto el texto de Tucídides fue decisivo para la elaboración de las cartas procedentes de Atenas. Sirvan como ejemplo las epístolas que relatan los debates que precedieron a la guerra y el desarrollo del epitafio, donde se observa la escrupulosa utilización del texto del historiador.<sup>676</sup> La rendida admiración por Tucídides lleva a uno de los autores a dedicar una carta a su figura (*Letter XLIX*). Se trata de un valioso texto en el que se percibe con claridad la visión que estos hombres del primer tercio del siglo XVIII tenían sobre el historiador, que es visto como un hombre de grandes cualidades, formado en filosofía y en retórica:

To the kind recommendation of my friend it is wholly owing, that I am lately admitted to the acquaintance of THUCYDIDES, a man of superior quality and wisdom, by whose means I shall extend my insight into the constitution of Greece in general, and the policy of Athens in particular ... He seems however to consider these happy circumstances in life with the impartial eyes of a philosopher, and values the former only as it enables him to diffuse the effects of his benevolence; and the latter, as the memory of it perpetually excites him to emulate his ancestors in virtue. At the same time, he is so far from thinking himself raised above the rest of his countrymen, that he lives with all the elegant simplicity of an Athenian, while he enjoys the opulence of a Persian satrap. His institution in the study of eloquence and philosophy hath been conformable to the nobility of his birth and fortune. In philosophy he was a scholar of ANAXAGORAS; in rhetoric, he was instructed by ANTIPHON, an orator of singular abilities, and revered by the people for his eloquence.<sup>677</sup>

Pero, sobre todo, Tucídides es visto como un crítico de los excesos del sistema democrático, representado por los demagogos y por la inseguridad de las revoluciones populares:

---

<sup>672</sup> Cf. “Preface to the Edition of 1781”, *Athenian Letters* (1798: xv-xvi).

<sup>673</sup> Las primeras ediciones ampliamente difundidas son las de Londres y Dublín de 1786.

<sup>674</sup> Cf. las afirmaciones de R. Ch. Sands en *The Atlantic Magazine*, vol. II (nov. 1824- april 1825), publicado en Nueva York en 1825.

<sup>675</sup> Cf. el “Translator’s Preface” (p. iv) de los *Travels of Anacharsis* publicados en Londres (1825).

<sup>676</sup> Cf. *Athenian Letters* (1798: 31-35).

<sup>677</sup> Cf. *Athenian Letters* (1798: 170).

If I may form a judgment of his sentiments in government from the tenour of his discourse, he appears least of all to approve of a democracy. The generosity of his temper makes him averse from the envy and contention of demagogues; the steadiness of his politics, from the inconstancy of popular revolutions; and the integrity of his heart, from the counsels of those who are willing to acquire or maintain an authority with the multitude. He could wish for a larger mixture of aristocracy in the Athenian Commonwealth.<sup>678</sup>

Una clara aversión que, en palabras que son puestas en boca del propio Tucídides, es la causa de que un hombre culto y de tan profundas convicciones morales se negase a participar en la vida política ateniense, aquejada de corrupción y poblada por personajes que no buscaban el bien común sino el interés personal:

As he is pleased to indulge me in some share of his confidence, I took the liberty to ask him one day in private. "How it happened, that he, who joins to great natural endowments a surprising compass of knowledge and long observation, had never expressed any desire to be placed at the helm of the republick, nor had entered into the artful management of popular assemblies." He answered me, "That he forbore coming into the assembly, because he would neither be an accessory or a witness to their iniquitous proceedings: That prosperity had infatuated the minds of his unthinking countrymen; and the only men who ruled them, were those who soothed them with fond hopes, enflamed them by false notions, and put them on chimerical schemes and hazardous attempts; whereas he, who gave temperate advice, was injuriously branded as a coward, and thought so ignorant as not to understand, or so malicious as to belie their power." He said, "the truest and most shining merits were looked upon as crimes against the state; that they never pardoned him who served them with talents which rendered him worthy to command, and often deprived themselves of real advantages to show an imaginary evil. For my own part," (continued he) I have mingled so much of the disinterested philosopher with my republican principles, as to abhor those leaders of party, who cross each other's counsels to the detriment of the whole..."<sup>679</sup>

Como puede comprobarse, estamos ante una clara interpretación política de la *Historia* de Tucídides que perfectamente podría haber firmado Hobbes un siglo antes: el historiador ateniense entendido como agudo crítico de los excesos de la democracia y como defensor de un sistema parlamentario, como el inglés del momento, en el que se combina el buen hacer de los aristócratas con la defensa del bien común de la sociedad. Una interpretación política que también permite comprender la causa principal por la que la obra de Tucídides no fue apreciada por los hombres de la Revolución Francesa. Una aversión que, en todo caso, ha de ser contextualizada en el marco de una importante polémica sobre el modelo político griego más adecuado para la Europa del último tercio

<sup>678</sup> Cf. *Athenian Letters* (1798: 170).

<sup>679</sup> Cf. *Athenian Letters* (1798: 171).

del siglo XVIII: el ateniense o el espartano.<sup>680</sup> Por una parte, muchos pensadores ilustrados se habían decantado por el modelo espartano, que coloca el bien común del estado por encima de los deseos del individuo y que, sobre todo, era una fuente ejemplar de virtud cívica. Por otra parte, el modelo ateniense despertó el interés de todos aquellos que se sintieron deslumbrados por su defensa de la libertad en el marco de un régimen político abierto y propiciador del desarrollo intelectual. Del primero, procede una imagen de heroísmo, sacrificio y patriotismo. Del segundo, la imagen del conocimiento, la libertad y la prosperidad. Rousseau, Mably o Robespierre defendían la necesidad de un gobierno fuerte y, por lo tanto, eran más partidarios del modelo espartano. Condorcet, Montesquieu o Desmoulins, representantes de un pensamiento más abierto y liberal, preferían el modelo ateniense. Esta nómina permite comprender que, en los momentos más duros de la Revolución Francesa, se optase por la radicalidad del modelo espartano.<sup>681</sup> Entre los revolucionarios no gozaba de mucho aprecio una Atenas que era entendida como ciudad de lujo y relajación. Y la obra de Tucídides, con su visión crítica de los excesos a los que conduce el poder de las masas, apenas era conocida ni apreciada.<sup>682</sup> No era momento para sutilezas: Plutarco y sus *Máximas de Espartanos* era más acorde con los nuevos tiempos. Pero, como en todas partes, hay excepciones. Aunque en este sentido sólo se destaca la figura de Camille Desmoulins (1760-1794), seguidor de Danton y buen conocedor de los clásicos, entre los revolucionarios que tienen un conocimiento de primera mano de la obra de Tucídides. De hecho, acorde con lo que había aprendido de sus lecturas, es uno de los pocos oradores que se opusieron al reverenciado paradigma espartano y a los excesos que en su nombre cometieron los jacobinos.<sup>683</sup>

Este poco aprecio que sintieron los revolucionarios hacia la obra de Tucídides se convirtió, paradójicamente, en la principal causa de su rehabilitación y posterior encumbramiento como historiador modélico a finales del siglo XVIII. Proceso en el que desempeñaron un importante papel los intelectuales afectos al nuevo régimen de Termidor. De hecho, es muy significativo que en 1795, una vez pasado el momento más radical, se publicase una nueva versión al francés de su *Historia*. La primera que veía la luz tras la criticada traducción de Perrot d'Ablancourt de 1662. Obra del erudito francés Pierre Charles Lévesque (1734-1812), puede considerarse como primera traducción realmente filológica de Tucídides al francés. Como indica en el *Préface*, su intención ha sido proporcionar una traducción de la obra del historiador acorde con los nuevos tiempos, que permita aprovechar lo útil de su historia y que arrincone definitivamente la versión de Perrot d'Ablancourt, a la que califica de "infidèle abrégé":

---

<sup>680</sup> Cf. en este sentido, la visión general que ofrecen los trabajos complementarios de Rawson (1991), desde la perspectiva de Esparta, y Roberts (1994), desde la perspectiva de Atenas.

<sup>681</sup> Cf. Parker (1937), Mossé (1989), Vidal-Naquet (1990) y Chevalier (ed.) (1991) sobre el influjo del mundo clásico en la Revolución.

<sup>682</sup> Cf. Principato (1999).

<sup>683</sup> Cf. Mossé (1989).

J'ai continué cependant, non pour offrir à mon pays ce qui rend Thucydide admirable, mais ce qui rend utile la lecture de son histoire. La traduction de cet historien manque à la France; car on ne peut donner le nom de traduction à l'infidèle abrégé de Perrot d'Ablancourt.<sup>684</sup>

Toda la primera parte de este *Préface* muestra una directa oposición a la traducción que desde 1662 había servido para difundir las palabras del historiador ático en Francia. Desde su interés por lo *útil* frente a lo *entretenido*, pasando por una honda preocupación por la fidelidad al original y por el añadido de un amplio cuerpo de notas, con el que se da entrada a la investigación filológica que se había desarrollado sobre el texto de la *Historia* en la segunda mitad del siglo XVIII. Pero también de manera directa pone de manifiesto que esta traducción se publica en el momento político adecuado. Una época en la que la obra de Tucídides puede volver a ser valorada como un modelo para la democracia liberal que suponía el régimen de Termidor tras los cruentos años de la Revolución:

D'ailleurs les circonstances à jamais déplorables, dans lesquelles j'ai fait une partie considérable de mon ouvrage, sollicitent en ma faveur quelque indulgence. Tourmenté des maux de ma patrie, qui gémissait alors esclave d'une oligarchie féroce, je demandais vainement au travail quelque soulagement aux affections les plus douloureuses: j'avais sous les yeux Thucydide, et dans l'esprit des images sanglantes, et je cherchais le calme du cabinet avec un sang bouillonnant ou glacé. J'aurais dû, je le sais, cacher plus long-temps mon ouvrage et le revoir à loisir. Mais dans le mépris et l'oppression qu'éprouvaient les talens et les lettres, je ne m'attendais pas à trouver jamais l'occasion de le faire paraître. Je le croyais perdu; l'occasion de le mettre au jour se présenta: je la saisis, et me dissimulai que la plus triste manière de le perdre en effet, c'était de le publier, avant de lui avoir procuré le faible degré de perfection où j'aurais pu le conduire.<sup>685</sup>

Frente a esa "oligarquía feroz" que ha regido los destinos de Francia, en la que Lévesque considera que la lectura de nuestro historiador no podría haber encontrado su sitio, Tucídides es ahora un autor esencial para todos aquellos que viven en un régimen parlamentario como el británico. De hecho, por si cabía alguna duda de esta interpretación política de la obra, en la segunda parte del *Préface* Lévesque señala lo siguiente:

Thucydide est, de tous les historiens, celui qui doit être le plus étudié dans les pays ou tous les citoyens peuvent avoir un jour quelque part au gouvernement. Un membre très-éclairé du parlement d'Angleterre disait qu'il ne pouvait s'agiter dans les chambres aucune question sur laquelle, on ne trouvât des lumières dans Thucydide<sup>1</sup>

<sup>684</sup> Cf. Lévesque (1795: i-ii).

<sup>685</sup> Cf. Lévesque (1795: vi-vii).

(1): Un Anglais m'a assuré que souvent Thucydide était cité dans le Parlement d'Angleterre, qu'il s'élevait quelquefois des discussions sur le vrai sens du passage, que le texte était apporté dans la chambre, et que la séance parlementaire se convertissait, pour quelque temps, en séance académique.<sup>686</sup>

Se produce, de este modo, el triunfo de Tucídides como el historiador antiguo que mejor podía ser comprendido en el contexto de la nueva democracia burguesa. Un papel que no sólo jugó en el Continente, donde se alaba el modelo inglés, sino que también fue decisivo en el contexto del Nuevo Mundo. De hecho, también se ha destacado la influencia de los discursos de Tucídides sobre los padres de la Revolución Americana, que buscaron la liberación de las colonias de la opresión de la gran potencia del momento: la Inglaterra eduardiana, la talasocracia que, como la Atenas de Pericles, se extendía por el mundo conocido como la nueva gran potencia imperialista.<sup>687</sup> En este sentido, es paradigmática la figura de Thomas Jefferson (1743-1826), uno de los redactores de la *Declaración de Independencia*, que acabó siendo el tercer presidente de los Estados Unidos. En él se combina el político activo y el escritor humanista amante de los clásicos desde su juventud, autores que leía en su lengua original.<sup>688</sup> Y entre ellos se destacó su interés por Tucídides. En sus *Cartas* encontramos una rendida admiración por el historiador ático. Así, ya en 1785, Jefferson recomienda efusivamente su lectura al joven P. Carr, como uno de los pilares de su formación.<sup>689</sup> Y, en una de sus cartas de madurez, dirigida a su viejo amigo y contrincante político John Adams, llegó a afirmar que encontraba más beneficio en la lectura de la *Historia* de Tucídides que en la lectura de los periódicos.<sup>690</sup> Su interés por el griego Tucídides y por el latino Tácito, los dos autores que más apreciaba, se debe a una visión de la historia concebida para instruir y motivar a los lectores y para promover el bien común.<sup>691</sup> Jefferson entendió que la obra del historiador ático, gracias a su profundo estudio de las causas de la guerra y de sus efectos sobre el régimen político ateniense, ofrecía a los padres fundadores del nuevo país un modelo privilegiado para prevenir los excesos de la democracia. Tanto el comportamiento de una nación como la inglesa, que era democrática pero que actuaba en el exterior como una tiranía, como los excesos a los que conducía la democracia revolucionaria ofrecían un privilegiado espejo en el que comparar la realidad del presente. En cierto modo, podría decirse que Jefferson, a pesar de ser un líder de la libertad, también hace una lectura muy hobbesiana de la *Historia* de Tucídides. Era un hombre de su tiempo y la democracia parlamentaria que defendió era

<sup>686</sup> Cf. Lévesque (1795: xvii).

<sup>687</sup> Cf. Reinhold (1979).

<sup>688</sup> Sobre la influencia de la tradición clásica en el pensamiento revolucionario norteamericano, cf. Mullet (1939) y Gummere (1963).

<sup>689</sup> Cf. "Letter to Peter Carr (19/8/1785)", en Jefferson (1829: vol. I, p. 287).

<sup>690</sup> Cf. "Letter to John Adams (21/1/1812)", en Jefferson (1829: vol. IV, p. 173): "I have given up newspapers in exchange for Tacitus and Thucydides ... and I find myself much the happier".

<sup>691</sup> Cf. Golden (2002: 174-6).



de hecho una oligarquía, en la que propietarios de plantaciones y de esclavos, suficientemente cultivados y pertenecientes a una clase de caballeros, regían los destinos de la nueva nación. Un sistema dirigido por aristócratas que, como el Pericles de Tucídides, también buscaban el bien común del pueblo.

Nos encontramos, así, a finales del XVIII, ante la culminación de un largo recorrido interpretativo de más de dos siglos. La *Historia* de Tucídides, tras haber servido a Hobbes para defender las virtudes de un régimen oligárquico y haber sido despreciada por los revolucionarios, ha sido redescubierta como una de las obras fundamentales para interpretar la nueva democracia liberal que se desarrollará a lo largo del XIX. Asistimos al triunfo del Tucídides *político*, ya que el Tucídides *historiador*, cuyo modelo de escritura había padecido una larga agonía desde principios del XVII, ha quedado totalmente relegado. Un ejemplo significativo lo encontramos en F. Fénelon, quien en una *Lettre* dirigida a la Academia Francesa en los primeros años del XVIII, analiza cómo ha de escribirse la historia en ese momento y ofrece una opinión muy crítica sobre el valor real de los discursos introducidos en sus historias por autores como Tucídides o Tito Livio:

Thucydide et Tite-Live ont de très-belles harangues; mais, selon les apparences, ils les composent au lieu de les rapporter. Il est très-difficile qu'ils les ayent trouvées telles dans les originaux du temps.<sup>692</sup>

Sólo unos pocos autores se atreven todavía, a finales del dieciocho, a defender un tipo de historiografía retórica en el que la introducción de discursos siga ocupando un lugar esencial. El ejemplo más significativo lo encontramos en un tratado finisecular que todavía muestra una admiración realmente llamativa con respecto a los discursos de Tucídides y que, sobre todo, ofrece una aguda percepción de la función que para un estudioso contemporáneo pueden desempeñar todavía dentro de una obra histórica. Nos referimos a un tratado que Gabriel Bonnot de Mably publicó en París el año 1783 con el siguiente título: *De la manière d'écrire l'histoire*.<sup>693</sup> Siguiendo el gusto del momento, está escrito en forma de diálogo entre un maestro, Cidamón, y su discípulo, Teodonte. Y, a lo largo de una discusión sobre cómo se ha de escribir la historia, ofrece un amplio capítulo en el que ambos discuten sobre la conveniencia de insertar discursos y arengas en la narración historiográfica. Cidamón, en la línea seguida por los autores clásicos desde Tucídides, se muestra como un decidido partidario de este recurso, que, según él, dio excelentes resultados a historiadores como Tucídides, Jenofonte, Tito Livio y Salustio porque confiere interés y animación al relato. La única crítica a este respecto se dirige a Polibio, que desde su punto de vista no logró este objetivo y cuya obra resulta tediosa:

(...) malgré la profondeur et la sagesse de ses réflexions, je suis bien déterminé

<sup>692</sup> Cf. *Dialogues sur l'éloquence*, París, 1718, p. 371.

<sup>693</sup> Sobre la figura de Mably, cf. Stiffoni (1972) y Wright (1997).

à ne le plus relire. Il m'occupe de lui, quand je voudrais n'être occupé que des personnages qu'il met sur la scène.<sup>694</sup>

Su discípulo, por el contrario, como representante de las concepciones metodológicas reinantes en su tiempo, afirma que este procedimiento introduce la novela (*le roman*) en la historia (*l'histoire*), con el consiguiente riesgo para el historiador de perder la credibilidad ante el lector:

Mais faites attention que vous introduisez le roman dans l'histoire. Le lecteur se défie de toutes ces harangues; il sent qu'elles sont l'ouvrage de l'historien; et dès lors l'histoire ne lui inspire aucune confiance.<sup>695</sup>

Frente a esta importante objeción, que responde a las claves metodológicas seguidas por la historiografía del XVIII, lo importante para nosotros es que el maestro hace una última defensa del empleo del discurso en la historiografía. Y para ello recurre a un impecable argumento pragmático que pone de manifiesto cómo podría recurrirse al modelo que suponían los discursos de Tucídides en un momento de cambio como éste:

Les lecteurs qui ne songent qu'à s'amuser, ne chicaneront point un historien qui leur plaît; et ceux qui, ayant plus d'esprit, cherchent à s'instruire, savent bien que ces harangues n'ont pas été prononcées; mais ils veulent connaître les motifs, les pensées, les intérêts des personnages qui agissent; on exige que l'historien, qui doit les avoir étudiés, éclaire et guide notre jugement, et on lui sait gré de pendre un tour qui frappe vivement notre imagination et rend la vérité plus agréable à notre raison; ces harangues animent une narration, nous oublions l'historien, nous nous trouvons en commerce avec les plus grands hommes de l'antiquité, nous pénétrons leurs secrets, et leur leçons se gravent plus profondément dans notre esprit. Je suis présent aux délibérations et à toutes les affaires; ce n'est plus un récit, c'est une action qui se passe sous mes yeux.<sup>696</sup>

El valor de este texto es doble. Por una parte, nos muestra cómo a finales del siglo XVIII la introducción de discursos historiográficos todavía tuvo defensores que intentaban frenar los efectos de la marea que acabaría, ya entrado el XIX, por apartar definitivamente este procedimiento de la labor de escribir la historia. La clave se encuentra en esa mezcla entre *plaisir e instruction*, en esa finalidad didáctica que, a los ojos de Mably, permite que se mantenga vivo un modo clásico de hacer historia, con el que el lector entra en contacto directo con el pensamiento y con las deliberaciones de los protagonistas de los hechos. Una idea que se expresa justo antes de que el segundo elemento se imponga sobre el primero y la historia se acabe convirtiendo en una ciencia. Por otra, la obra de Mably también pone de manifiesto el interés que algunos hombres de

---

<sup>694</sup> Cf. Bonnot de Mably (1783: 142).

<sup>695</sup> Cf. Bonnot de Mably (1783: 142).

<sup>696</sup> Cf. Bonnot de Mably (1783: 142).

la Ilustración todavía prestaban a los discursos de Tucídides, entendidos como una parte esencial de su obra. De hecho, Cidamón hace la siguiente afirmación categórica:

Jamais, mon cher Théodon, il n'aura d'histoire à la fois instructive et agréable sans harangues. Essayez de les supprimer dans Thucydide, et vous n'aurez qu'une histoire sans âme; cet ouvrage que tous les princes et leurs ministres devraient lire tous les ans, ou plutôt savoir par coeur, vous tombera des mains, parce que vous ne connaîtrez ni le génie, ni les passions, ni les entreprises des Grecs déchus de leur ancienne vertu.<sup>697</sup>

Para un hombre como Mably, heredero de una larga tradición tratadística, la historia de Tucídides no puede ser verdaderamente instructiva si no es a la vez agradable.<sup>698</sup> En este sentido, los discursos de Tucídides no son considerados como un simple ornamento de la narración, ese *divertimento* al que hacía referencia Perrot d'Ablancourt a mediados del siglo XVII. Por el contrario, para Mably son un elemento sin el cual las lecciones que se pueden extraer de la historia del ateniense no serían entendidas por sus destinatarios. Son, en definitiva, un recurso literario que ayuda a fundamentar la “verdad” de una historia pragmática.

Esta afirmación y la ideología subyacente suponen el canto de cisne de toda una manera de entender la historia en general y de comprender los discursos de Tucídides en particular que comenzó con Valla en el siglo XV. Aunque ya desde algunas de las *artes historicae* de mediados del XVI, que renuevan la línea pirronista acerca del conocimiento de la historia, la inserción de discursos en la historia había sido puesta en cuestión, lo cierto es que a finales del XVIII ésta se ha convertido en la opinión mayoritaria.<sup>699</sup> La postura defendida por Bonnot de Mably no es más que un deseo particular. De hecho, casi inmediatamente, Gudin de la Brenellerie, en su *Supplément à la manière d'écrire l'histoire ou réponse à l'ouvrage de M. l'Abbé de Mably* (París 1784), corrige duramente a Bonnot de Mably sobre este punto. Y no duda en señalar que esos discursos tan ensalzados por su colega son más un defecto que una virtud, que el historiador ha de evitar convertirse en un rétor y, sobre todo, que los discursos no tienen sitio en la historia moderna:

Cet art est bien supérieur à la mince ressource des harangues. Les harangues, fussent-elles sublimes que celles de Demosthène, dépareraient toujours une histoire, parce qu'elles sont toujours un mesonge, parce que l'auteur quitte le rôle de narrateur pour faire celui d'un héros de théâtre: parce qu'elles font toujours longueur, et que la plupart des lecteurs passent par-dessus pour aller au fait. Autant il faut conserver les mots qui échappent du coeur des grands hommes, et qui peignent leur caractère, autant il faut éviter tout ce qui sent le

<sup>697</sup> Cf. Bonnot de Mably (1783: 143).

<sup>698</sup> Cf. Pineda (2007).

<sup>699</sup> Cf. Pineda (2007).

rhéteur. *Les harangues sont tellement vicieuses par essence, qu'on ne peut les supposer dans l'histoire moderne...*<sup>700</sup>

Como puede comprobarse, estamos ante la culminación de un proceso. Del mismo modo que en el siglo XVII se produjo el triunfo de una interpretación política de la historia del ateniense, a finales del siglo XVIII se están poniendo las bases de lo que será la historiografía que llevará el apelativo de científica. Sus cultivadores, a partir de entonces, sólo apreciarán las virtudes del método con el que Tucídides intentó comprender las causas de la Guerra del Peloponeso y contemplarán los discursos como un elemento criticable, fruto de su época, que hace que una obra tan admirable se aparte de lo que ha de ser considerado como una verdadera historia. Una visión crítica que acabó dominando el panorama intelectual del momento y que apenas tuvo oponentes. Sólo figuras aisladas, como la del estudioso alemán M. Meierotto, se atrevieron a exponer una opinión diferente sobre el papel desempeñado por los discursos de Tucídides. Y no lo hicieron con la intención de que esas alocuciones sirvieran de modelo para la labor historiográfica, sino tratando de comprender la importante función retórica que habían tenido desde la Antigüedad hasta el Renacimiento. De hecho, en su olvidada *Mémoire sur Thucydide*, trabajo académico defendido el 2 de octubre de 1788 y publicado en las *Mémoires de l'Académie Royale des Sciences et Belles Lettres* de Berlín del año 1796,<sup>701</sup> el autor alemán llega a afirmar lo siguiente:

Le résultat de ces réflexions me conduit à cette conclusion simple et évidente: Les événemens que Thucydide rapporte, sont en eux-mêmes d'un intérêt général. Il les dérive la plupart du temps de leurs véritables causes. Il fournit, quoique rarement, la preuve du talent de narrer qu'il possède dans un degré éminent. Mais l'histoire n'étoit pas son but principal. Celui qu'il se propose plus particulièrement, étoit de former des orateurs, des démagogues, des hommes d'état et des politiques. C'est pour eux qu'il composoit, et si son ouvrage pêche contre les lois de l'historien, c'est un défaut qu'on doit plutôt attribuer aux temps où il a écrit, qu'à un manque personnel de génie ou de goût.<sup>702</sup>

Haciendo gala de una admirable comprensión del ambiente sofisticado que inundaba la Atenas de finales del siglo V a.C., Meierotto afirma que el objetivo de Tucídides no era escribir una historia tal y como se entendía a finales del siglo XVIII, sino formar a los oradores de su tiempo por medio de discursos modélicos. Esta finalidad explicaría que el ateniense no hubiera seguido las leyes de la historia ahora vigentes y hubiera llenado su obra de discursos elaborados de acuerdo a las normas de la retórica. Coincide con sus contemporáneos en la idea de que ese influjo es un defecto. Pero, en su opinión, no ha de criticarse como un vicio propio del ateniense sino como una consecuencia del ambiente cultural de su época. La opinión de Meierotto,

<sup>700</sup> Cf. Brunellerie (1784: 51), la cursiva es nuestra.

<sup>701</sup> Cf. Meierotto (1796: 518-538).

<sup>702</sup> Cf. Meierotto (1796: 538).

especialmente destacable si tenemos en cuenta el momento histórico en el que se expresó, no fue compartida ni por sus contemporáneos ni por la mayor parte de aquellos que estudiaron el texto de Tucídides en las décadas siguientes.<sup>703</sup> Toda una corriente imparable cuyas aportaciones, que no tuvieron en cuenta el contexto retórico en el que se generó, contribuyeron a interpretar la obra del ateniense como un lejano antecedente del nuevo rumbo que acabaría tomando la historiografía científica a lo largo de la época contemporánea.

---

<sup>703</sup> Cf. la opinión de Jean-François Stiévenart en el *Préface*, publicado en 1850, de su traducción francesa de Tucídides: « De là, une opinion singulière, développée avec esprit par Meierotto dans le volume de 1796 des *Mémoires de l'Académie de Berlin*. Selon ce savant, l'histoire n'aurait pas été le principal objet de Thucydide: la mission qu'il se serait donnée consistait à former des orateurs. Thucydide rhéteur artificieux! Et l'auteur de cette découverte le loue de s'être proposé un tel but! » (p. 38).

## EDAD CONTEMPORÁNEA

I doubt seriously whether a man can think with full wisdom and with deep convictions regarding certain of the basic international issues of today who has not at least reviewed in his mind the period of the Peloponnesian War and the fall of Athens.  
(General G. C. Marshall, 22.02.1947) <sup>704</sup>

La Época Contemporánea ha supuesto la consagración definitiva de Tucídides como el historiador más influyente de la Antigüedad, aquel que a pesar de su oscuridad ha sintonizado mejor con las preocupaciones y anhelos del hombre de nuestros días.<sup>705</sup> Se comprende así la frase que encabeza este capítulo, con la que un militar como el general George Marshall puso de manifiesto a principios de 1947 que las complejas relaciones internacionales que tras la Segunda Guerra Mundial condujeron al mundo a la Guerra Fría sólo podían ser entendidas a la luz de la experiencia del historiador ateniense.<sup>706</sup> Estamos, por lo tanto, ante un período en el que ha dominado una relectura política, pragmática y estratégica de aquella historia que relató la guerra entre Atenas y Esparta.<sup>707</sup> El valor de su metodología también ha sido ampliamente reconocido y se le ha llegado a considerar como el padre de la historiografía *científica*.<sup>708</sup> Sólo desde esta perspectiva se entiende que los discursos, ese componente retórico que fue decisivo en el proceso de imitación desde la Antigüedad hasta el Renacimiento, no acabasen relegados de manera definitiva y que incluso protagonizaran la que sin duda ha sido una de las polémicas filológicas e historiográficas más importantes de todos los tiempos, aquella que tiene que ver con su fiabilidad como documentos históricos. En una época en la que una retórica anquilosada, preocupada sobre todo por las figuras de la *elocutio*, había entrado en crisis y era cada vez menos apreciada, muchos de los nuevos lectores de Tucídides se resistieron a ver en sus discursos el producto de la sofística, como si ese marchamo fuese un baldón que mancillase su prestigio. Por el contrario, frente al descrédito de otros historiadores antiguos, las alocuciones compuestas por el ateniense han sido consideradas como el más brillante exponente de su pensamiento, como un reflejo fidedigno de la oratoria de los líderes del momento y, en general, han seguido recibiendo gran atención por parte de todos aquellos autores (filósofos, politólogos o historiadores) que han seguido acercándose a la obra. Y la obscuridad y el lenguaje abstracto de sus razonamientos tampoco han desanimado a pensadores como Nietzsche o Leo Strauss que, curiosamente, los han vuelto a considerar como un medio de aproximarse a la esencia del auténtico pensamiento griego, llegando a defender

---

<sup>704</sup> Cf. Connor (1984: 3).

<sup>705</sup> Cf. Alsina Clota (1975), (1977-9), (1981) y (1982) y Murari Pires (2006) y (2009).

<sup>706</sup> Cf. Murari Pires (2009).

<sup>707</sup> Cf. Crane (1998), Clark (1993), Cesa (1994) y Forde (1995).

<sup>708</sup> Cf. Momigliano (1990) y Montepaone *et al.* (1994).

la existencia de “pensamientos ocultos” que conformarían una hoja de ruta apta sólo para iniciados.<sup>709</sup> Este amplio reconocimiento de la historia del ateniense, sin embargo, no ha estado exento de vaivenes durante los dos últimos siglos que, sobre todo, han tratado de limar los posibles excesos de una admiración tan notable. Y, en aras de una visión más exacta y precisa de las oscuras y abstractas palabras de Tucídides, el legado de su obra y de sus discursos no ha sido visto con los mismos ojos por todos los contemporáneos.

El siglo XIX conoció una doble consideración sobre la obra de Tucídides, que pone de manifiesto tanto la crisis definitiva de toda una manera de entender la escritura de la historia como el desarrollo de un incipiente proceso que buscaba una reformulación acorde con los nuevos tiempos. Por una parte, el Romanticismo, que inunda todos los ámbitos intelectuales y artísticos de la primera mitad de la centuria, defiende unos valores muy alejados del descarnado materialismo y de la cerebral estructura que caracterizan la narración del ateniense.<sup>710</sup> Por otra, la búsqueda de una nueva hoja de ruta con claras bases científicas, que convirtiese a la historia en una ciencia independiente y fiable, alejada de “deleites” como los que implicaba la introducción de discursos en la narración de los hechos, desterró completamente la forma de hacer historia de los antiguos. Aunque de nuevo se da la paradoja de que estos mismos autores, que intentaban asentar sus estudios de los hechos pasados sobre nuevas bases, consideraron que Tucídides era su más antiguo precedente y lo acabaron entronizando como padre de la nueva historiografía científica.<sup>711</sup>

Este contraste se observa con claridad en el prefacio de una curiosa novela histórica sobre la matanza del Día de San Bartolomé, que lleva el engañoso título de *1572. Chronique du règne de Charles IX* (París, 1829). En las primeras páginas de esta “crónica” convertida en novela, el escritor francés Próspero Mérimée (1803-1870) hace una afirmación que pone de manifiesto con total claridad el nuevo estado de cosas que se vive a principios de siglo: “Je donnerais volontiers Thucydide pour des mémoires authentiques d’Aspasia ou d’un esclave de Périclès”. Sin duda, es una afirmación exagerada que buscaba llamar la atención de los lectores de este nuevo tipo de literatura, que quizás hubieran preferido que la historia de la Guerra del Peloponeso fuese una “crónica” que permitiese atisbar la psicología y las maneras de los atenienses de finales del siglo V a.C. Algo que ya había sido llevado a la práctica en novelas epistolares del XVIII como las *Athenian Letters* estudiadas en el capítulo anterior. La obra de Mérimée, compuesta por una sucesión de veintisiete cuadros costumbristas inspirados en la literatura panfletaria de la Francia de la segunda mitad del XVI, muestra el deseo de una nueva historia que reivindica la anécdota y no la categoría, que tenga como protagonista al individuo y a sus peculiaridades

---

<sup>709</sup> Sobre Nietzsche y Tucídides, cf. Pavur (1998), Zumbrunnen (2002), Morley (2004) y Geuss (2005). Sobre Strauss, cf. Altini (2000), Lastra (2000) y Deutsch y Murley (1999).

<sup>710</sup> Sobre el contexto general de esta nueva idea de historia, cf. Claudon, Entrevé y Richer (eds.) (2007).

<sup>711</sup> Sobre la visión de Tucídides en la Francia del XIX, cf. Battistini (2010).

y que no muestre lo individual como mera excusa para alcanzar la esencia universal del ser humano:

Je n'aime dans l'histoire que les anecdotes, et parmi les anecdotes je préfère celles où j'imagine trouver une peinture vraie des mœurs et des caractères à une époque donnée. Ce goût n'est pas très noble; mais, je l'avoue à ma honte, je donnerais volontiers Thucydide pour des mémoires authentiques d'Aspasia ou d'un esclave de Périclès; car les mémoires, qui sont des cuaseries familières de l'auteur avec son lecteur, fournissent seuls ces portraits de l'homme qui m'amuse et qui m'intéressent.<sup>712</sup>

No ha de extrañar por ello que autores como Heródoto o Plutarco fueran más apreciados por los escritores románticos gracias a que sus obras eran un auténtico semillero de anécdotas. Es evidente que, desde la perspectiva de estas aspiraciones del Romanticismo, la obra tucididea mostraba un camino diametralmente opuesto, mucho más abstracto y difícil, centrado en una visión de la historia que pretende elevarse por encima de esos detalles concretos para conseguir captar la esencia del devenir humano. Una característica que, en aquellos mismos años, también provocó la rendida admiración de autores ingleses como Lord Macaulay, quien en 1835 afirmaba lo siguiente:

A young man, whatever his genius may be, is no judge of such a writer as Thucydides. I had no high opinion of him ten years ago. I have now been reading him with a mind accustomed to historical researches and to political affairs, and I am astonished at my own former blindness, and at his greatness.<sup>713</sup>

Precisamente, la profundidad del texto de Tucídides y su búsqueda de la objetividad historiográfica fueron las causas que explican de manera simultánea la influencia sobre toda una nueva generación de autores germánicos como Barthold Niebuhr (1776-1831) o Philip von Ranke (1795-1886).<sup>714</sup> El deseo de conocer la historia desde dentro, “tal y como realmente sucedió” (*wie es eigentlich gewesen ist*), recogiendo las famosas palabras de Ranke, va a marcar el desarrollo de una nueva manera crítica de escribirla. Una historia “genética” y “relacionista”, que analice con una nueva metodología las fuentes hasta ahora consideradas como “sacrosantas” y que, sobre todo, ponga cada elemento de la historia en relación con la época en la que se desarrolló. La historia, en palabras de Niebuhr, ha de ser una obra de ciencia y no una obra de arte. Sobre estas bases, no es extraño que autores como Tito Livio fueran atacados por su tratamiento literario y patriótico de las gestas de Roma, mientras que, por el contrario, era completamente lógico que Tucídides fuese considerado como un modelo de objetividad historiográfica. Y, sobre todo, en la línea de lo que había sucedido ya en la Época Moderna gracias a la influencia de Hobbes, en modelo de una renovada “historia política” (*Staatengeschichte*). En este nuevo contexto,

<sup>712</sup> Cf. Mérimée, 1572. *Chronique du règne de Charles IX* (París, 1829). *Préface*.

<sup>713</sup> Texto citado en Murari Pires (2006: 826).

<sup>714</sup> Cf. Momigliano (1990), Montepaone *et al.* (1994), Kelley (2003), Murari Pires (2006).



en el que las fuentes antiguas consideradas realmente *fiabiles* cobran un valor inusitado, se prestó una destacadísima atención a los discursos de Tucídides y a las afirmaciones metodológicas del ateniense sobre el modo en que compuso su obra. La confrontación del método tucidideo como garante de la “autenticidad” de los discursos con la nueva visión de la historia generó una de las polémicas filológicas e historiográficas más prolongadas de la historia: la que tiene que ver con la historicidad de sus discursos. Polémica que, como vimos al principio de este libro, ha contado con adversarios que, desde perspectivas analíticas y unitarias, han estado dispuestos a la lucha hasta el día de hoy.<sup>715</sup>

Como fruto de estas ideas que revolucionaron la escritura de la historia en la Europa de la nueva centuria, y a la vez como reacción frente a los excesos del Romanticismo, a mediados de siglo emerge, con un impulso que le dará alas hasta bien entrado el siglo XX, el Positivismo. Este movimiento intelectual se plantea la necesidad de alcanzar un conocimiento del pasado que esté más allá de toda duda y que respete escrupulosamente el orden evolutivo de los acontecimientos. Y de manera definitiva, paradójicamente, cuando ya parecía que una historia tan retórica y llena de discursos como la de Tucídides quedaría relegada en los anaqueles de las bibliotecas junto con otros ilustres colegas como Salustio o Tito Livio, el ateniense volvió a convertirse en un referente esencial para la emergente ciencia historiográfica y política. Así, a principios del siglo XX, historiadores como E. Meyer, defensores de la idea de que Tucídides es el auténtico antecedente de la historia científica, han intentado integrar discursos y objetividad histórica, considerando que las alocuciones son precisamente el “nervio” de la obra del ateniense. Es decir, el medio que le permite al historiador aproximarse de manera más fiel a los hechos pasados, tanto en la narración de los hechos como en la presentación de la situación y las causas, haciendo que el lector viva los sucesos por sí mismo y convirtiéndole en juez de los mismos.<sup>716</sup>

Es en este momento, entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, cuando se produce el definitivo redescubrimiento de la obra de Tucídides. Podemos llegar a decir sin exagerar que en ningún otro momento, como en la Época Contemporánea, se ha sabido apreciar mejor las aportaciones del ateniense en este campo. J. Alsina lo expresó hace unos años de un modo inmejorable: “si alguien ha iniciado un método para analizar la patología del cuerpo social, y las leyes del comportamiento de los estados en sus relaciones violentas entre sí; si ha habido, en la Antigüedad, un espíritu que ha sabido penetrar en la entraña del fenómeno del poder, del imperialismo, del hecho revolucionario, éste ha sido, sin duda alguna, Tucídides”.<sup>717</sup> El positivismo *avant la lettre* que rezuma su obra ejerció un claro influjo estos historiadores y pensadores como August Comte o Henry Th. Buckle, que pretendían poner las bases científicas de sus disciplinas y que veían la necesidad de encontrar en los hechos del pasado “regularidades” que permitiesen explicar el presente. El descarnado análisis de

<sup>715</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2008: 185-195).

<sup>716</sup> Cf. Montepaone *et al.* (1994: 398).

<sup>717</sup> Cf. Alsina (1981: 14).

la realidad política que le tocó vivir a Tucídides podía ahora interpretarse como un modelo clarificador y de valor universal, e irremediabilmente encandiló a los historiadores positivistas que, a finales del siglo XIX, trazaron las líneas maestras de la historiografía contemporánea.

Tucídides no sólo volvió a captar la atención de los historiadores, sino que su decisiva aportación intelectual también fue reevaluada y apreciada por filósofos de la talla de Nietzsche. En los mismos años en que la obra del ateniense es considerada como un antecedente de cómo ha de escribirse una historia que pretenda alcanzar el calificativo de científica, el pensador alemán expresó con admiración en su escrito “Lo que debo a los antiguos” que la lectura del ateniense, autor a quien compara directamente con Maquiavelo, suponía una cura de todo platonismo, lo que es lo mismo que decir de todo idealismo:

Mi recreación, mi predilección, mi cura de todo platonismo ha sido en todo tiempo Tucídides. Tucídides y, acaso, el *Príncipe* de Maquiavelo son los más afines a mí por la voluntad incondicional de no dejarse embaucar en nada y de ver la razón en la realidad, -no en la «razón», y menos aún en la «moral»... Del deplorable embellecimiento de los griegos con los colores del ideal, que es el premio que el joven «de formación clásica» obtiene de su adiestramiento en la enseñanza media para la vida, ninguna otra cosa cura más radicalmente que Tucídides.<sup>718</sup>

Sin embargo, Nietzsche es consciente de que el camino propuesto por Tucídides no es fácil de recorrer y que implica una dura labor de desciframiento por parte de aquél que se adentre en su pensamiento. De este modo, el filósofo reinterpreta la oscuridad del texto que había condicionado su lectura desde la Antigüedad y la dota de un nuevo significado: esa dificultad de comprensión es el resultado más elevado del verdadero espíritu heleno, ese que quedó relegado a partir de Platón. En este sentido, Nietzsche se refiere a la existencia de “pensamientos ocultos” en la obra del historiador, sólo a disposición de aquellos capaces de entenderlos y que tienen la virtud de permitir analizar la realidad:

Hay que examinar con detalle cada una de sus líneas y descifrar sus pensamientos ocultos con igual claridad que sus palabras: hay pocos pensadores tan ricos en pensamientos ocultos. En él alcanza su expresión perfecta la cultura de los sofistas, quiero decir, la cultura de los realistas: ese inestimable movimiento en medio de la patraña de la moral y del ideal propio de las escuelas socráticas, que entonces comenzaba a irrumpir por todas partes. La filosofía griega como *décadence* del instinto griego; Tucídides, como la gran suma, la última revelación de aquella objetividad fuerte, rigurosa, dura, que el heleno antiguo tenía en su instinto. El valor frente a la realidad es lo que en última instancia diferencia a naturalezas tales como Tucídides y Platón: Platón es un cobarde frente a la realidad, -por consiguiente, huye al ideal; Tucídides tiene dominio de sí, - por consiguiente, tiene también dominio de las cosas...<sup>719</sup>

<sup>718</sup> Cf. Nietzsche (1981).

<sup>719</sup> Cf. Nietzsche (1981).

Para el autor alemán, Tucídides es el principal representante del realismo más descarnado, aquel que permite afrontar y analizar las cosas tal y como son.<sup>720</sup> Como afirma en el año 1879 en *El viajero y su sombra*, esta característica es la que le ha permitido ser un ejemplo excelso junto con Tácito de lo que el autor alemán denomina como “estilo inmortal” de hacer historia:

144.- *El estilo inmortal:*

Tucídides como Tácito han pensado al confeccionar sus obras en la inmortalidad: si no lo supiésemos por otros medios lo adivinaríamos por su estilo. El uno creía dar dureza a sus ideas reduciéndolas por ebullición, y el otro poniendo sal en ellas; y ninguno de los dos, según parece, se equivocó.<sup>721</sup>

Un estilo inmortal que, en el caso de Tucídides, se logra por la extrema concisión y por el lenguaje abstracto con el que expresa sus ideas. Como consecuencia de un auténtico proceso de “cocción” intelectual, cuyo resultado está libre de todo adorno o excrecencia. El autor alemán pone así de manifiesto su admiración por un historiador que profundizó como pocos en lo que va a convertirse en uno de los elementos esenciales del ideario contemporáneo: las relaciones entre poder y ética.

Frente a la admiración profesada por los historiadores del siglo XIX, y como ejemplo de uno de esos vaivenes críticos a lo que nos refiríamos al comienzo del capítulo, no puede decirse lo mismo de las principales escuelas que han marcado el devenir de la historiografía durante la mayor parte del siglo XX. Como ha señalado Momigliano: “I am sure that any one of us can produce some names of eminent historians of the last eighty years who would still consider Thucydides or Tacitus ... as their masters”.<sup>722</sup> Sólo hay que atender a la visión crítica de autores como R. G. Collingwood, quien en *The Idea of History* atacó la misma esencia de la obra tucididea al afirmar que sus elementos esenciales, como el empleo de discursos, probaban que Tucídides no era un auténtico historiador.<sup>723</sup> De hecho, al pasar revista a la historiografía greco-romana, Collingwood señala que los discursos tucidideos, tanto por su estilo como por su contenido, son una convención característica de un autor incapaz de concentrarse en los hechos mismos, sino que tiene la mirada puesta en la enseñanza que se esconde detrás, de la que esos discursos y la narración en la que se insertan no son más que elementos subordinados.<sup>724</sup> Con todo, aún en pleno siglo XX, un historiador como K. von Fritz ha llegado a defender la tesis de que la historia como disciplina científica ya existía en Tucídides y que los historiadores modernos bien podían recibir las lecciones de su “colega

<sup>720</sup> Sobre Nietzsche, cf. el trabajo general de Pavur (1998) y los estudios de Zumbrunnen (2002).

<sup>721</sup> Cf. Nietzsche (1985: cap. 144).

<sup>722</sup> Cf. Momigliano (1980: 145).

<sup>723</sup> Cf. Collingwood (1946).

<sup>724</sup> Cf. Collingwood (1946: 31).

antiguo”. Desmedida afirmación del alemán que, en realidad, lo que pretendía era contrarrestar ese torrente de críticas. Habrá que esperar unos años más para que N. Loraux ponga de manifiesto la evidencia que hoy en día es compartida de manera general: que, más allá de su seminal contribución a la historiografía, “Thucydide n'est pas un collègue”.<sup>725</sup>

A pesar de que la historiografía del siglo XX ha avanzado en otras direcciones, a la búsqueda de unas sólidas bases metodológicas que permitieran distinguir la nueva escritura de la historia, el influjo ejercido por la obra de Tucídides no ha disminuido en otros ámbitos que también miran hacia el pasado buscando encontrar explicaciones para el presente. Al contrario, esta tendencia se ha visto reforzada por los acontecimientos que han determinado el cruento discurrir de esta centuria. De hecho, son muy significativos los paralelismos que se han establecido entre los sucesos narrados por el historiador y los dos momentos clave de la historia contemporánea: las dos Guerras Mundiales, por una parte, y la tensión entre dos potencias imperialistas en un mundo bipolarizado, por otra.<sup>726</sup> El precedente más importante de esta tendencia interpretativa ya lo encontramos en un ensayo publicado a finales del siglo XIX. Se trata de *A Shoutherner in the Peloponnesian War*, en donde el clasicista Basil L. Gildersleeve (1831-1924), que había luchado en la Guerra Civil americana en el bando confederado a las órdenes del General Lee, compara la experiencia de este conflicto con los puntos esenciales del relato tucidideo.<sup>727</sup> De hecho, el referente de la Guerra del Peloponeso le permite a Gildersleeve comparar directamente al Norte con los atenienses y al Sur con los espartanos:

And yet one coming fresh to a comparison of the Peloponnesian war and the war between the States might see a striking similarity ... The Peloponnesian war, like our war, was a war between two leagues, a Northern Union and a Southern Confederacy. The Northern Union, represented by Athens, was a naval power. The Southern Confederacy, under the leadership of Sparta, was a land power. The Athenians represented the progressive element, the Spartans the conservative. The Athenians believed in a strong centralized government. The Lacedæmonians professed greater regard for autonomy.<sup>728</sup>

Significativamente, este texto se vuelve a publicar en 1915 coincidiendo en los momentos más duros de la I Guerra Mundial, (la “Gran Guerra”, como la denominaron en su momento).<sup>729</sup> Un suceso histórico clave que revalorizó la obra de Tucídides como instrumento de análisis de las causas, desarrollo y efectos de conflictos armados de consecuencias decisivas. Tremendamente impactado por los estragos de esta guerra de trincheras, el francés A. Thibaudet

<sup>725</sup> Cf. Loraux (1980).

<sup>726</sup> Cf. Romilly (1951).

<sup>727</sup> Publicado originalmente en *Atlantic Monthly* 80, 330-342. Cf. el estudio de Briggs (1998: 393-413).

<sup>728</sup> Cf. Gildersleeve (1915: 73-4).

<sup>729</sup> En *The Creed of Old South*, Baltimore, 1915, pp. 53-103.

no dudó en recurrir a la compañía de Tucídides para interpretar las causas y las consecuencias de la terrible contienda:<sup>730</sup>

Cette chose de toujours que Thucydide a voulu réaliser dans son livre, elle a reçu de cette guerre sa preuve authentique. Il est beau de voir les lignes de la guerre entre les nations épouser les lignes de la guerre entre les cités, telles que les a isolées et retracées le génie solitaire du fils d'Oloros. *L'Histoire de la Guerre du Péloponèse* cristallise comme un diamant lumineux le tiers prévisible que comportait la guerre mondiale.<sup>731</sup>

A lo largo de la obra, se destaca la comparación que hace a partir de los efectos de la guerra en la sociedad: la brutalidad que marcó ambos conflictos y que provocó una disolución de los principios morales vigentes hasta entonces. Pero, quizás lo más significativo de la obra de Thibaudet es su utilización de Tucídides para adelantar una previsión sobre el desarrollo de los acontecimientos de la posguerra. Compara el armisticio firmado en 1918 entre los aliados y Alemania con la paz de Lisandro rubricada en el 404 a.C. entre el bando espartano y Atenas. En ambos casos, se trató de una paz construida sobre bases frágiles, que no aportaron el adecuado final al conflicto y que dejaron abierta la posibilidad de nuevas guerras en suelo europeo:

Athènes ne fut pas détruite, mais elle perdit son empire et toute sa puissance maritime. Elle ne gardait que son territoire continental, devait démolir les Longs Murs du Pirée, ne conserver que les vaisseaux qui lui seraient laissés par une décision ultérieure. C'était là qu'aboutissaient l'effort formidable et le rêve démesuré d'un empire athénien sur une Grèce asservie. Et les conditions ainsi acceptées le 25 avril 404 nous rappellent singulièrement celles de l'armistice du 11 novembre 1918.<sup>732</sup>

Por desgracia, esta previsión se confirmó pocos años más tarde con el estallido de la II Guerra Mundial. Ya desde los primeros días del conflicto, un escritor como W. H. Auden, en su poema *September 1, 1939*, publicado el 20 de octubre de 1939, no duda en colocar a Tucídides como el mejor intérprete de las desgracias que iba a traer una guerra como la que acababa de comenzar:

Exiled Thucydides knew  
All that a speech can say  
About Democracy,  
And what dictators do,  
The elderly rubbish they talk  
To an apathetic grave;  
Analysed all in his book,

---

<sup>730</sup> Cf. Thibaudet (1922).

<sup>731</sup> Cf. el final del prefacio de Thibaudet (1922: 15).

<sup>732</sup> Cf. Thibaudet (1922: 238).

The enlightenment driven away,  
 The habit-forming pain,  
 Mismanagement and grief:  
 We must suffer them all again.<sup>733</sup>

Como ha señalado J. Brodsky, que trató al poeta en sus últimos años, estos versos son un reflejo no sólo de esos trágicos años sino también de una vida personal que presentaba importantes puntos de contacto con la experiencia de Tucídides.<sup>734</sup> En 1939 Auden, tras haber advertido durante años del peligro que representaban los fascismos en auge, había abandonado su patria y se había refugiado en los Estados Unidos. El poeta, desde su exilio neoyorquino, se veía a sí mismo como un privilegiado observador de la terrible guerra que en aquellos momentos se avecinaba:

Waves of anger and fear  
 Circulate over the bright  
 And darkened lands of the earth,  
 Obsessing our private lives;  
 The unmentionable odour of death  
 Offends the September night.<sup>735</sup>

Auden, del que sabemos que precisamente en aquel momento estaba relejendo a Tucídides, concibe así esta obra como una tribuna privilegiada para observar el presente.<sup>736</sup> Y su visión del historiador la expresa de manera magistral en unos pocos versos. El último de la tercera estrofa (“We must suffer them all again”) es un claro reflejo del deseo de Tucídides de convertir su historia en una “posesión para siempre” que permita interpretar nuevos acontecimientos (Th. 1.22.4). Y ello es así porque para el poeta “todo” está analizado en esta obra (“Analysed all in his book”) que ofrece un cuadro del “dolor que crea hábito, desgobierno y desconsuelo”. Pero, sobre todo, Auden destaca el papel que en momentos cruciales como éste desempeña la persuasión de los discursos, tanto aquellos que como el epitafio de Pericles suponen un elogio de la democracia (“All that a speech can say / about Democracy”) como los que pronuncian los dictadores militaristas que con “anticuados disparates” conducen a su pueblo a la muerte (“The elderly rubbish they talk / To an apathetic grave”). Los versos de Auden permiten comprender que, a los ojos del hombre contemporáneo, la historia de Tucídides es entendida como un privilegiado referente para poder comprender los terribles acontecimientos que tienden a repetirse a lo largo de la historia, como si estuvieran regidos por unas leyes universales. Desde esta perspectiva, no es extraño que un estudioso del mundo antiguo como Lord compare en aquellos mismos años la campaña militar contra Rusia,

<sup>733</sup> Cf. W.H. Auden, *September 1, 1939*. (vv. 23-34).

<sup>734</sup> Cf. Brodsky (2006: 263-312).

<sup>735</sup> Cf. W.H. Auden, *September 1, 1939*. (vv. 6-11).

<sup>736</sup> Cf. Brodsky (2006: 288).

emprendida por la obcecación de Hitler, con la que Atenas llevó a cabo en Sicilia. Como Nicias ya advirtió (Th. 6.10), la apertura de dos frentes pone en peligro la nave del estado cuando todavía está en alta mar.<sup>737</sup> Tampoco llama la atención que, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, hayan sido frecuentes las comparaciones entre la Atenas de Pericles y los EE.UU. modernos en contiendas como la Guerra del Vietnam.<sup>738</sup> O, en el lado opuesto, traer a colación el diálogo de los melios, paradigma de la imposibilidad de los estados débiles para mantenerse neutrales, para interpretar el aplastamiento, por parte de la URSS, de la reformista Hungría de 1956 y de la “Primavera de Praga” en 1968. En todos estos casos, las analogías son tan destacadas que una lectura de las palabras escritas por Tucídides hace 2.500 años nos muestra con toda crudeza la imposibilidad de que un estado débil y pequeño pueda seguir su propio camino en un mundo terriblemente bipolarizado, como era el de la Guerra Fría de los años cincuenta y sesenta del siglo XX. Se comprende así la afirmación del General G. Marshall que encabeza este capítulo y que, pronunciada en plena Guerra Fría, pone de manifiesto la necesidad de comprender los sucesos contemporáneos a través de los que describe Tucídides en su historia. Puede decirse que esta comparación entre los hechos de nuestro presente y los de la Guerra del Peloponeso se ha convertido en un auténtico tópico, retomado por todo tipo de autores y aplicado a todo tipo de situaciones. Ya lo hicieron autores como Cornford, que equiparó la Guerra del Peloponeso con la segunda Guerra de los Boer (1899-1902).<sup>739</sup> O la afirmación del Presidente griego Venizelos al enjuiciar la fallida incursión militar griega de 1922 en tierras turcas a través de los hechos de la expedición ateniense a Sicilia.<sup>740</sup> El ejemplo español tampoco ha sido una excepción a la vista de su cruenta historia contemporánea. Sirva de ejemplo la reflexión que hizo Santiago Ramón y Cajal con respecto a la lectura de Tucídides desde la perspectiva de los terribles acontecimientos que marcaron las guerras civiles entre españoles:

Siento tener que descartar al ilustre Tucídides como alimento espiritual del viejo; porque su relato de la enconadísima y agotadora Guerra del Peloponeso, despobladora de ciudades griegas y preparadora de la invasión macedónica, resultan ¡ay! el espejo fidelísimo de nuestras funestas guerras civiles, sobre todo la de la sucesión y las carlistas.<sup>741</sup>

O las apreciaciones de J. Alsina en un artículo publicado en 1975, en el que compara la conducta de los habitantes de Platea que abrieron las puertas

---

<sup>737</sup> Cf. Lord (1945). El título del libro se debe a su última parte (pp. 223-250), donde compara la Guerra del Peloponeso con las dos Guerras Mundiales.

<sup>738</sup> Cf. Connor (1984: 6-7).

<sup>739</sup> Cf. Cornford (1907): “I wrote on Thucydides under the effect of the Boer war, having been a pro-Boer and seeing some resemblance between Balfour and Pericles, and Cleon and Chamberlain”.

<sup>740</sup> Cf. Zachariades-Holmberg (2003).

<sup>741</sup> Cf. Ramón y Cajal (1941: 239).

de la ciudad a los enemigos tebanos (Th. 2.2) con el fenómeno contemporáneo del quintacolumnismo practicado en muchas ciudades durante la Guerra Civil española. Un trabajo que, por otra parte y al hilo de una lectura del Diálogo de los Melios, se cierra con una reflexión sobre cómo un pueblo culto y formado puede llegar a actuar con la brutalidad de un genocida. Un referente que irremediablemente pone en contacto la Atenas de Pericles con la Alemania de Hitler.<sup>742</sup> En casos como estos, como el mismo Alsina dejó escrito en otro lugar al final de su vida, “el historiador, según la famosa definición de Ortega, es un profeta al revés, cuya misión es hacer comprensible lo que ha acaecido ya”.<sup>743</sup>

No obstante, tampoco han faltado autores que han puesto en cuestión hasta qué punto esta revalorización contemporánea de la historia de Tucídides y este afán comparativo es una consecuencia excesiva de los acontecimientos tan terribles que han marcado nuestra época. Sin duda, el hombre necesita encontrar paralelos en la historia que justifiquen y aporten orden al caos y a la destrucción vivida. Y Tucídides ofrece una explicación racional de carácter universal, aunque, eso sí, a partir de unas bases culturales muy diferentes de las del día de hoy. En este sentido, no podemos dejar de citar el polémico ensayo de M. Sahlings, *Apologies to Thucydides*. Por medio de una comparación entre una guerra polinésica que tuvo lugar en el siglo XIX y los hechos descritos por Tucídides en el siglo V a.C., Sahlings destaca el papel fundamental de la historia cultural (*cultural history*) a la hora de interpretar cabalmente una misma situación que se produce en épocas y, sobre todo, en culturas tan diferentes.<sup>744</sup> Aunque Sahlings por medio de la ironía intenta poner límites a desmedidas y anacrónicas analogías, lo cierto es que se trata de una crítica aislada que, en cierto modo, constituye en sí misma la prueba más evidente del tremendo impacto que la obra de Tucídides ha tenido en todo tipo de ámbitos del pensamiento contemporáneo.

En todo caso, dejando de lado esos posibles excesos comparativos que critica Sahlings, en un siglo marcado por tan terribles acontecimientos históricos, que hicieron entrar en crisis a ideologías que se consideraban fuertemente asentadas, es lógico que la historia tucididea haya influido de manera muy profunda sobre las corrientes de pensamiento que han intentado responder a los problemas planteados en la sociedad contemporánea. Así, por ejemplo, el relato de la peste que asoló Atenas ha sido reinterpretado en clave existencialista. Se ha destacado la influencia de la famosa descripción tucididea sobre la técnica narrativa empleada en *La Peste* (1947) de Albert Camus.<sup>745</sup> Esta peste que azota la ciudad de Orán ha de ser interpretada de manera alegórica, pues la epidemia de la que habla el escritor es el nazismo que se extendió por toda la Europa ocupada. Una enfermedad que pone en evidencia la fragilidad de la condición humana (representada en esa ciudad aislada del mundo) y que plantea como única salida posible la solidaridad entre los hombres. Pero, sobre

<sup>742</sup> Cf. Alsina Clota (1975).

<sup>743</sup> Cf. Alsina Clota (1981: 9).

<sup>744</sup> Cf. Sahlings (2004).

<sup>745</sup> Cf. Demont (1996).



todo, la influencia más importante de la obra de Tucídides se ha producido a partir de los años 50 sobre el ámbito de la teoría política contemporánea. Desde esta perspectiva, sus reflexiones han sido decisivas en la obra de pensadores como Hanna Arendt (*The Human Condition*, 1958) y Leo Strauss (*The Man and the City*, 1964), principal fuente de inspiración del denominado “realismo político”, que han defendido la utilidad contemporánea de una relectura del texto tucidideo.

*La condición humana* nació, no hay que olvidar el origen judío de Arendt, como un intento de encontrar respuestas al trauma del holocausto nazi.<sup>746</sup> Ante el impacto que supuso para la conciencia europea el conocimiento de la barbarie cometida en los campos de exterminio, que ponía en duda la grandeza de una cultura que había sido considerada como guía del mundo civilizado, Arendt busca un referente que todavía pueda ser considerado válido. Y lo encuentra en la *pólis* ateniense tal y como aparece descrita en el epitafio pronunciado por Pericles. Para H. Arendt, frente a lo que pensaba Nietzsche, el epitafio definía, con la precisión de un profundo análisis filosófico, la naturaleza de la más importante forma de organización política de la Antigüedad, a cuya esencia era necesario volver para restituir los valores perdidos. En este sentido, el discurso tucidideo le ofrecía la posibilidad de defender que todavía era posible mantener la fe del hombre en la política, en un sistema de libertades que, como ya ocurrió en la Atenas clásica, era resultado de la interacción entre acción y discurso.

En esta misma línea, y buscando reinterpretar la sociedad que le tocó vivir, Leo Strauss afirma que, gracias a la lectura de un clásico como Tucídides, puede comprenderse mejor la verdad de las relaciones entre la ciudad (el ente colectivo) y el hombre (el elemento individual).<sup>747</sup> En las primeras páginas de su obra más importante, *La ciudad y el hombre*, nos indica con claridad cuál es su punto de vista:

El tema de la filosofía política es la ciudad y el hombre. La ciudad y el hombre es, de manera explícita, el tema de la filosofía política clásica. La filosofía moderna, edificada sobre la base de la filosofía política clásica, lo transforma; por tanto, no trata el tema en sus términos originales. Pero es imposible comprender esta transformación, por legítima que sea, si no se ha comprendido el tema original.<sup>748</sup>

Esta propuesta filosófica, que revisita a los clásicos como un medio de hacer frente a “la crisis de nuestro tiempo, la crisis de Occidente”, encuentra su punto culminante en la compleja obra de Tucídides. Una obra que, como ya afirmara Nietzsche, instruye a sus lectores en secreto, ya que presenta los universales en silencio. Para desvelar esos secretos, Strauss busca las claves útiles tanto para los simples ciudadanos como para los políticos que han

---

<sup>746</sup> Cf. Villa (2000).

<sup>747</sup> Cf. Altini (2000), Lastra (2000) y Deutsch y Murley (1999).

<sup>748</sup> Cf. Strauss (2006).

de guiar una sociedad en la que la búsqueda individual del bien propio no puede implicar la pérdida del bien común. Leo Strauss, como Tucídides, es un hombre cuya vida está llena de paradojas vitales. Tucídides era un hijo de la oligarquía que, sin embargo, admiraba a Pericles y a la democracia ateniense. Strauss era un judío alemán emigrado a los Estados Unidos. Un defensor de la filosofía clásica cuando ésta peligraba en los planes de estudios de las universidades norteamericanas. Un conservador que intenta encontrar las claves que han de guiar a una sociedad progresista. Era, como Tucídides, un elitista en un país defensor de la igualdad al que intenta proporcionar las claves de su futuro. Para lograr este objetivo, avanza desde Aristóteles, sigue con Platón y llega hasta Tucídides en busca del origen de la concepción política moderna. Afirma que la obra del historiador es el complemento práctico de la ciudad utópica que Platón pretende diseñar en *La República*. Frente a la utopía, Tucídides muestra una ciudad real y en movimiento, lo que permite poner de manifiesto la auténtica naturaleza de la política. Strauss da un nuevo sentido a la estructura dramática de la obra tucididea: los hechos hablan por sí mismos sin necesidad de comentarios. De manera muy especial, Strauss comprendió el valor de los discursos y su papel dentro de las concepciones tucidideas. Para el pensador la mejor manera de comprender esta obra es leerla como si estuviera dirigida, en primer lugar, a los Nicias de generaciones futuras. De hecho, ve en Nicias al representante de la moderación. Una figura nuclear que puede ayudar a mirar más allá y a elevarse por encima de su visión. La ascensión estará guiada por los elogios explícitos que Tucídides hace de otros hombres que no son Nicias y que muestran diferentes características (Temístocles, Pericles, Brásidas). Se trata de elevar a unos pocos desde la virtud producida por la ley (Nicias) hacia la consideración de la virtud de personajes como Brásidas (4.81.2), un espartano, o Antifonte (8.68.1), un oligarca.

El estudio dedicado a Tucídides se organiza alrededor de un elemento central que trata la relación entre justicia y necesidad, dos conceptos claves en la obra y, por extensión, dos ideas esenciales de la filosofía política. Este centro está envuelto por la consideración de la forma de la escritura de Tucídides, apartados cuarto y séptimo, que tratan de los discursos de los protagonistas y del discurso del propio Tucídides, por una parte, y de dos pasajes fundamentales, como el diálogo de Melos y el desastre de Sicilia, por otra. Las reflexiones sobre la peculiaridad de una obra en la que los discursos tienen un papel decisivo se enmarcan en una reflexión más amplia sobre la confrontación entre los caracteres de Esparta y Atenas.

A la vista de estas interpretaciones del siglo XX, hemos podido comprobar hasta qué punto la *Historia* de Tucídides ha ejercido una influencia notable sobre diferentes ámbitos. Pero hay uno en el que a lo largo de toda la época contemporánea se ha mantenido una llamativa influencia de los discursos del autor ático. Y entre ellos se destaca el epitafio por su apasionada defensa del régimen democrático ateniense. Nos referimos al modelo que este discurso

de Pericles ha ejercido sobre la oratoria practicada en la nueva Atenas de la Época Contemporánea: los Estados Unidos de América. Esta influencia se ha concretado en estudios dedicados a analizar temas recurrentes que han caracterizado a la oratoria de presidentes fundamentales de la historia de este país a lo largo de los tres últimos siglos, como Lincoln, Kennedy y Barack Obama.

En el caso de Abraham Lincoln, se ha convertido en un tópico analizar la influencia del epitafio sobre el que quizás sea el discurso más importante y conocido del presidente norteamericano: “The Gettysburg Address”, pronunciado el 19 de noviembre de 1863 en honor de los caídos en esa batalla decisiva de la Guerra Civil americana. La crítica ha destacado la enorme influencia ejercida por el modelo griego sobre la oratoria política americana del siglo XIX, en el proceso cultural que se ha denominado “America’s Greek Revival”. El nacimiento de esta nueva República de los albores de la Época Contemporánea se basó, como es evidente, en el modelo de Roma, pero su consolidación como nación en el siglo XIX vino marcada por una nueva interpretación de sus antecedentes clásicos, en la que el modelo de la democracia ateniense del siglo V a.C. se convirtió en un elemento de referencia. En este proceso fueron decisivas figuras como Edward Everett, clasicista que se convirtió en el orador más aclamado de la primera mitad del siglo XIX y que, no por casualidad, pronunció en aquel día de noviembre de 1863 un discurso de dos horas que, con directas referencias al modelo de epitafio de Pericles, precedió a la intervención del Presidente Lincoln, mucho más breve pero de enorme impacto emocional.<sup>749</sup> En cierto modo, la concisión de discurso de Lincoln logró captar la esencia de un tipo de epitafio que ha de servir para honrar a los muertos, pero que, como ocurre en el pronunciado por Pericles, sobre todo busca animar a los supervivientes a continuar la lucha y completar “la gran tarea que aún tenemos ante nosotros” (“the great task remaining before us”):

Fourscore and seven years ago our fathers brought forth on this continent a new nation, conceived in liberty and dedicated to the proposition that all men are created equal. Now we are engaged in a great civil war, testing whether that nation or any nation so conceived and so dedicated can long endure. We are met on a great battlefield of that war. We have come to dedicate a portion of that field as a final resting-place for those who here gave their lives that that nation might live. It is altogether fitting and proper that we should do this. But in a larger sense, we cannot dedicate, we cannot consecrate, we cannot hallow this ground. The brave men, living and dead who struggled here have consecrated it far above our poor power to add or detract. The world will little note nor long remember what we say here, but it can never forget what they did here. It is for us the living rather to be dedicated here to the unfinished work which they who fought here have thus far so nobly advanced. It is rather for us to be here dedicated to the great task remaining before us--that from these honored dead we take

---

<sup>749</sup> Cf. Wills (1993).

increased devotion to that cause for which they gave the last full measure of devotion--that we here highly resolve that these dead shall not have died in vain, that this nation under God shall have a new birth of freedom, and that government of the people, by the people, for the people shall not perish from the earth.<sup>750</sup>

La asociación de Lincoln con Pericles que, como el presidente norteamericano, murió antes de ver el final de la guerra, también lo podemos observar en testimonios contemporáneos. Uno de los más significativos es el discurso que W. O. Bailey publicó en Oxford en 1893: *Supposed Speech of Abraham Lincoln on the occasion of his second election to the Presidency of the United States*, que lleva el subtítulo de *In the style of Thucydides*. Se trata de una edición bilingüe que ofrece las versiones en griego y en inglés del discurso que, a la manera tucididea, podría haber pronunciado el presidente norteamericano al comienzo de su segundo mandato. Todo un ejemplo de la técnica de los *progymnasmata* llevado a la práctica a finales del siglo XIX.

Por otra parte, Nicole Loraux, en su obra *La invención de Atenas*, ha apuntado que el discurso inaugural de la presidencia de Kennedy contenía lo que ella considera como una probable imitación del discurso fúnebre pronunciado por Pericles.<sup>751</sup> De hecho, su análisis pone de manifiesto que el presidente americano o sus asesores habrían tenido muy en cuenta los mensajes ideológicos contenidos en este discurso de exaltación de los valores de la democracia ateniense: la idealización de la vida de la *pólis*, la invocación a una tradición militar cívica, la distinción que realiza entre los “citizens of America” y los “citizens of the World”, e, incluso, algo tan poco frecuente en la oratoria moderna como es la glorificación de la muerte por la patria, al recordar “The graves of young Americans who answered the call to service surround the globe”. La puesta en práctica de tópicos argumentativos como éstos, tan comunes en la oratoria de los *epitáphioi lógoi*, ha permitido afirmar que “Kennedy’s oration would stand for generations as a major rhetorical touchstone in the history of the United States”.<sup>752</sup>

También se ha defendido que el suceso más terrible que ha golpeado a la sociedad americana en la segunda mitad del siglo XX, el atentado de las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001, generó en todo el país y, en concreto, en la oratoria del Presidente Bush y de sus asesores una búsqueda de referentes capaces de galvanizar a la herida sociedad norteamericana. Algunos de ellos suponen una reinterpretación del mensaje ciudadano que aún sigue ofreciendo el epitafio de Tucídides. De hecho, el punto culminante de este proceso fueron los *Memorial Services* del año siguiente, en septiembre de 2002, considerados de manera unánime como la conmemoración cívica más importante de la época contemporánea en los Estados Unidos. En

<sup>750</sup> Cf. Lincoln, *The Gettysburg Address* (19 de noviembre de 1863).

<sup>751</sup> Cf. Loraux (1981).

<sup>752</sup> Cf. Hunter (1992: 914).

aquella ocasión intervinieron políticos e intelectuales y, curiosamente, todos coincidieron en llevar a cabo un elogio de los valores de la democracia americana que, sin duda, recordaba enormemente a la situación que Tucídides describe en el epitafio. Se ha hablado incluso de una “neoliberal epideictic” que se puso al servicio de los valores defendidos por la presidencia del momento.<sup>753</sup> Finalmente, hoy en día no faltan comparaciones entre los discursos de Tucídides y la oratoria del presidente Obama, que incluso ha sido visto en los primeros meses de su mandato como un nuevo Pericles que, en un momento de duda y aflicción, con frentes abiertos en Irak y Afganistán, es capaz de liderar por medio de la oratoria a la nación más poderosa del planeta.

Las presidencias de Bush, con su respuesta a los atentados del 11 de Septiembre, y de Obama, con su implicación en Afganistán, han vuelto a poner de plena actualidad la obra de Tucídides en los inicios del siglo XXI. Sin duda, motivada por la inestabilidad de una guerra larvada contra el terrorismo islamista, ha surgido la necesidad de revisar y releer la obra del historiador en busca de una guía válida para tomar las decisiones más adecuadas en un inestable presente. La existencia de una guerra con múltiples y lejanos frentes ha permitido establecer analogías que, curiosamente, se ajustan a muy variadas ideologías. Hay quien ha comparado el comportamiento de la potencia imperialista de nuestra época, los EE.UU. del Presidente Bush y su neoliberal concepto de “guerra preventiva”, con el modo implacable con el que actuó la Atenas de finales del siglo V a.C. en Melos. Pero no faltan quienes utilizan el mismo texto para defender la más cruda política neo-conservadora. De hecho, libros tan influyentes como el de Robert Kaplan (con el significativo título de *Warrior Politics. Why Leadership demands a Pagan Ethos*) defienden un planteamiento geoestratégico en el que el “realismo político” es la clave que ha de guiar el comportamiento de la nación más poderosa del planeta, libre de cualquier atadura moral. De nuevo, vemos cómo la obra de Tucídides no sólo es planteada como una guía perfectamente válida, sino como “the surest guide to what we are likely to face in the early decades of the twenty-first century.”<sup>754</sup> Kaplan, a la manera de un Hobbes del siglo XXI, defiende la necesidad de un “comprehensive pragmatism” pagano frente a las “utopian hopes” de una sociedad debilitada por una moralidad de base judeocristiana. Alineándose, según dice, con la ideología de los Padres Fundadores de los Estados Unidos, que creían que el buen gobierno sólo podía emerger de una comprensión de las verdaderas implicaciones del papel de las pasiones en el comportamiento del hombre en sociedad.

En el bando contrario, tampoco faltan interpretaciones completamente opuestas a partir del mismo referente tucidideo. En este sentido, permítasenos citar como ejemplo un combativo artículo publicado hace unos años en el que el periodista Miguel Ángel Aguilar analiza la implicación de España en

<sup>753</sup> Cf. Bradford (2006).

<sup>754</sup> Cf. Kaplan (2002: 22).

la Guerra de Irak y la política *realista* del presidente Aznar desde las claves tucidideas:

Reconozcamos que Pericles tenía razón al hacer frente a Esparta y que sus planes de una victoria sin brillantez a largo plazo y basados en la mayor capacidad de Atenas eran exactos, aunque sus sucesores, al carecer de la conciencia de lo que defendían y de sus dotes de gobernante, sólo supieran reclamar la unidad en nombre de algo tan insuficiente como la ambición. Transgredir la norma de no ceder ante los iguales, comportarse razonablemente ante los más fuertes y ser moderados ante los menos poderosos argumentaban los atenienses que equivalía a renunciar a la prosperidad. Pero sus interlocutores, los melios, parecían rechazar la idea de que lo que allí se les ofrecía como conveniente fuera una garantía de seguridad y que el honor de rechazar ese yugo sólo les traería el infortunio. Quien quiera entender que entienda, porque sería muy arriesgado señalar con mayor precisión. Pero, mientras tanto, Aznar se ofrece sólo dispuesto para el homenaje y la adhesión incondicional, se declara convencido, con la fe del carbonero, en actitud de recitar incansable los papeles recibidos de los fundamentalistas del presidente Bush, dispuesto a exigir el voto de los diputados del PP en la sesión de hoy en el Congreso, sin que Pericles se deje ver por parte alguna...”.<sup>755</sup>

El cambio de administración en los Estados Unidos no ha hecho disminuir este tipo de comparaciones. Así, durante los últimos años se han publicado ensayos como el de Stefan Haid con el llamativo título de “Why President Obama should read Thucydides”, que lleva un significativo subtítulo: “Ancient Lessons for the 21st Century”.<sup>756</sup> En este caso, Haid establece un paralelismo entre la expedición a Sicilia y la guerra en Irak y Afganistán. Y lo hace con un enfoque que claramente sigue siendo deudor del texto tucidideo:

... this paper aims to compare the Sicilian expedition of the Athenians with the Middle East Policy of the outgoing US administration under George W. Bush and draw lessons from it for the future. Being intended for readers with a strategic mindset, this paper leaves morality aside and relies on the national interest as the prime driver of state actions so that moral judgements are entirely left to the reader’s discretion.<sup>757</sup>

El autor comparte una visión pragmática de la historia, en el sentido de que ha de legar “lecciones para el futuro”. Y, sobre todo, opta por un análisis de los hechos independiente de cualquier atisbo de moralidad. Su objetivo es poner de manifiesto el peligro para los Estados Unidos de embarcarse en una nueva aventura contra Irán o Corea del Norte que ponga en peligro su mantenimiento como potencia dominante:

<sup>755</sup> Cf. Miguel Ángel Aguilar, “Tucidides en Irak”, *EL PAÍS* (04-03-2003).

<sup>756</sup> Cf. Haid (2008).

<sup>757</sup> Cf. Haid (2008: 1).

If today's hegemon wants to avoid the Athenian path and preserve its world leadership it might serve to study the Athenian mistakes intensively and learn from history.<sup>758</sup>

Como podemos comprobar, testimonios como éste ofrecen el mejor ejemplo posible de cómo el pensamiento de Tucídides y sus discursos se han mantenido vivos 2.500 años después de que fuesen plasmados en una obra, que, como él pretendía, aspiraba a convertirse en una “posesión para siempre”.

---

<sup>758</sup> Cf. Haid (2008: 10).

## CONCLUSIONES

Comenzábamos este libro llamando la atención sobre una paradoja esencial de la obra de Tucídides que, a veces, pasa desapercibida tras el brillo que emite la que es considerada como la historia más influyente de la Antigüedad. Nos referíamos al hecho, repetido a lo largo de todas las épocas, de que una de las obras más difíciles y complejas de la cultura occidental se acabase convirtiendo en una de las más respetadas, reverenciadas e influyentes, incluso entre aquellos autores (historiadores, pensadores y hombres de letras) que no llegaron a comprenderla en toda su profundidad. Esta situación, y quizás eso sea lo más llamativo del caso, la encontramos repetida una y otra vez incluso entre aquéllos que no llegaron a leerla completa o que no pudieron hacerse una idea de la obra en su conjunto, ya que los azares de la transmisión sólo les permitieron tener acceso a una parte de su contenido. Para comprender las implicaciones de esta paradoja, a lo largo de los capítulos precedentes hemos centrado nuestra atención en el legado de los discursos de Tucídides y en su proceso de lectura y recepción en cada una de las épocas en las que este difícil texto se difundió. Cómo se leía la obra, sin duda, acabó determinando los caminos seguidos por su influjo. Ahora, tras haber analizado el legado de estos discursos y los factores que determinaron su proceso de lectura, terminamos este recorrido aportando una explicación sobre el influjo de Tucídides, en la que estas alocuciones desempeñan un papel muy destacado. De hecho, a lo largo de las páginas del libro ya hemos ido ofreciendo varias respuestas a los interrogantes que planteábamos al comienzo.

En primer lugar, hemos intentado demostrar que los discursos simbolizan en sí mismos la paradoja que caracteriza a la obra en su conjunto: en una cultura literaria dominada por el principio de la imitación, fueron muy apreciados y admirados por su profundidad de pensamiento; pero, a la vez, su complejidad los convirtió en un modelo de difícil aplicación práctica, cuya cabal comprensión estaba reservada a una *élite*. Imitar sus discursos, por lo tanto, suponía pertenecer a esa minoría erudita. Y este privilegio fue apreciado desde la Antigüedad hasta el Renacimiento. Por este motivo, el prestigio inherente a su imitación, la complejidad de esos discursos no fue un impedimento para que acabasen convirtiéndose en un modelo historiográfico de referencia. En última instancia, la retórica está detrás de una influencia que aumenta sin parar hasta el Renacimiento y que se manifiesta en diferentes modos de imitación. La retórica, por lo tanto, explica el legado de Tucídides durante este amplio período y aspectos muy importantes de la difusión del texto.

En segundo lugar, hemos defendido que gran parte de los estudios particulares que hasta ahora han analizado las influencias tucidideas sobre la obra de autores que van desde la Antigüedad hasta el Renacimiento suele partir de una premisa básica que no siempre se cumplía: que su influjo se debe a la brillantez y profundidad de la obra en su conjunto, y que, en todo caso, los discursos eran puntos de referencia dentro de un contexto más amplio. Esta



premisa, que implica un proceso de difusión de la obra monolítico y sin fisuras, ha impedido tener una visión realmente efectiva de este aspecto particular de la tradición textual. En este sentido, hemos recopilado una amplia serie de testimonios que demuestran que, en períodos en los que una lectura y recepción de la obra era una tarea ardua y compleja por culpa de su lengua oscura y de su estilo enrevesado, los discursos y un conjunto de pasajes selectos se convirtieron en el auténtico punto de referencia de la historia tucididea. La focalización sobre ese conjunto de pasajes selectos (metodología, descripciones de asedios y batallas, análisis de los efectos de pestes y, por supuesto, discursos), que se convirtieron en modelos de estilo y composición retórica e historiográfica, permite entender que siguiese vivo el espíritu de la obra incluso en los momentos más difíciles. Las selecciones de pasajes destacados aseguraban que elementos esenciales de la obra, y de manera muy especial los discursos, mantuviesen su influencia. Y acabaron determinando el modo en que se leyó al historiador durante siglos.

En tercer lugar, hemos puesto de manifiesto que lo que nació a finales del siglo V a.C. como un modelo de oratoria política y militar, en el marco de una obra que pretendía ser una “posesión para siempre”, acabó convertido en una selección de discursos que, desgajados del tronco central de la obra, llegó a tener una vida propia en determinados momentos históricos. Se trata de un proceso que también afectó al modo en que se transmitieron las obras de otros historiadores como Salustio, y del que tenemos escasos pero muy significativos testimonios. Los hemos encontrado en la Época Imperial, cuando se llevó a cabo una lectura selectiva de los textos historiográficos y, como uno de sus efectos más destacados, circularon *excerpta* de manera paralela a la obra en su conjunto. Esta práctica tenía diferentes finalidades: anticuarias, educativas y, sobre todo, retóricas. En unos casos, estos *excerpta* serían vistos como una selección privilegiada de las palabras de los héroes de aquella época mítica para los aticistas. Un perfecto complemento de obras de carácter biográfico como las *Vidas* de Plutarco, que abundan en anécdotas y hechos concretos relacionados con personajes como Pericles o Alcibiades. En otros, esas selecciones fueron entendidas como un auténtico manual de elocuencia política y militar o como un referente esencial para la composición de discursos historiográficos. De manera complementaria, se desarrolló también la creación de discursos ficticios, como los del rétor Lesbonacte, que completaban o desarrollaban aspectos concretos de esas selecciones. En conjunto, todos estos discursos, tanto reales como ficticios, conformaron un instrumento retórico de primera magnitud. Y en todo este proceso los discursos de Tucídides desempeñaron un papel esencial por su importancia imitativa para la retórica antigua.

En cuarto lugar, al centrar la atención sobre el modo en que, ya desde Época Imperial, comenzaron a transmitirse estos discursos, hemos podido comprender la importancia de una serie de testimonios posteriores a los que hasta ahora no se les ha prestado la suficiente atención. De hecho, hemos visto cómo este proceso se intensifica a lo largo de la época bizantina, alcanzando su punto álgido en el siglo X. De esta época es la selección de discursos del

códice *Ambrosianus B 119 sup.*, que aporta un paralelo de enorme valor. Pero, sobre todo, como auténtico gozne entre ambos mundos, hemos defendido la necesidad de apreciar en su justo valor el testimonio que supone el *Tucídides* de Heredia. Esta traducción aragonesa, realizada en la corte papal de Aviñón a finales del siglo XIV, es una prueba esencial de este interés por las selecciones de discursos en el marco de las nuevas preocupaciones retóricas e historiográficas del final de la Edad Media. Y, sin duda, ofrece un antecedente que explica lo que acabará siendo una auténtica fijación de los humanistas del Renacimiento con respecto a los discursos y arengas de Tucídides.

En quinto lugar, hemos comprobado el papel de los discursos en los proyectos de traducción que vivió la obra desde mediados del siglo XV hasta mediados del XVI. Así, desde la propia traducción de Valla, los discursos ocuparon una posición especialmente destacada y propiciaron el comienzo de un proceso que alcanzó enormes proporciones en el siglo siguiente. Durante este período, los discursos de Tucídides, junto con los de Salustio, Polibio y Tito Livio, alcanzaron la categoría de modelos de elocuencia y vivieron una difusión independiente especialmente fructífera. Este proceso entró en decadencia a mediados del XVII, aunque sus consecuencias todavía serán visibles hasta finales del siglo XVIII.

En sexto lugar, hemos demostrado que, a partir de mediados de la Edad Moderna, la sospecha que la nueva historiografía generó sobre los discursos puestos en boca de los personajes de la historia propició un cambio de tendencia sobre la valoración de esas alocuciones. El discurso dejó de ser objeto de imitación y se convirtió en una excusa para la reflexión. Por este motivo, en el caso de Tucídides, los discursos siguieron siendo valorados por su profundidad de análisis. Considerados, además, como unos testimonios históricos esenciales para el conocimiento de la Atenas clásica, protagonizaron la que quizás sea, junto con la cuestión homérica, la polémica más larga y enconada entre los estudiosos del mundo antiguo: la que enfrentó a los que consideraban los discursos como un fiel reflejo de lo pronunciado con los que destacaban su contenido retórico. Finalmente, a lo largo del siglo XX y de lo que llevamos del XXI, los terribles sucesos históricos que han marcado el devenir de un período atormentado por la locura de la guerra y por los peligros de un mundo bipolarizado, han vuelto a dar nuevas connotaciones a esos discursos, entendidos como la esencia del pensamiento de un hombre que, adelantándose a su época, ha permitido que nos expliquemos a nosotros mismos las complejidades de nuestro tiempo.

En definitiva, aportar datos esenciales, que ayuden a comprender la historia del largo proceso de recepción seguido por el legado de los discursos de Tucídides desde la Antigüedad hasta el día de hoy, creemos que es la principal aportación de nuestro estudio. Queda mucho por hacer en este campo. Los testimonios objeto de estudio no se agotan con los expuestos a lo largo de nuestro trabajo, pero por lo menos hemos trazado un plano somero de la ruta que estos discursos han seguido a lo largo de los sinuosos caminos

de la tradición clásica y hemos puesto de manifiesto las consecuencias que tuvieron sobre la manera de leer la obra completa. Los múltiples senderos y veredas que se separan de esta ruta principal no harán más que enriquecer un cuadro sorprendente y que pone ante nuestros ojos que Tucídides alcanzó su objetivo. Es difícil encontrar otra obra que se haya adaptado mejor a las diversas épocas por las que ha discurrido y que haya resistido mejor el paso del tiempo. Realmente, podemos afirmar, sin riesgo a equivocarnos, que la historia de Tucídides, en gran medida gracias a sus discursos, fue, es y seguirá siendo “una posesión para siempre”.

Cáceres, agosto de 2010

## BIBLIOGRAFÍA

**Nota:** Al citar a lo largo de nuestro libro publicaciones periódicas pertenecientes a diferentes campos de estudio, los títulos de las revistas son citados completos para facilitar su identificación.

- ADSHEAD, K. (1983), "Thucydides and Agathias", en B. Croke y A. M. Emmet (eds.), *History and Historians in Late Antiquity*, Sydney: Pergamon Press, pp. 82-87.
- (1993), "The *Secret History* of Procopius and its genesis", *Byzantion* 63, 5-28.
- AHRWEILER, H. (1967), "Un discours inédit de Constantin VII Porphyrogénète", *Travaux et Mémoires* 2, 393-404.
- ALBERTI, G. B. (1985), "Lorenzo Valla traduttore di Tucídide", en R. Cardini et al. (eds.), *Tradizione classica e letteratura umanistica. Per Alessandro Perosa*, vol. I, Florencia: Bulzoni, pp. 243-253.
- (1972-2000), *Thucydidis Historiae*, Roma: Istituto Polygraphico dello Stato, (Vol. I (libros 1-2) 1972, Vol. II (libros 3-5) 1992, Vol. III (libros 6-8) 2000).
- ALBERTUS, J. (1908), *Die paraklêtikoí in der griechischen und römischen Literatur*, Tesis Doctoral, Estrasburgo.
- ALMANZI, G. (1966), "L' *Esploratore turco* e la genesi del romanzo epistolare pseudo-orientale", *Studi Secenteschi* 7, 35-65.
- ALSINA CLOTA, J. (1975), "Tucídides, un moderno", *Anuario de Filología* 1, 13-25.
- (1977-9), "Tucídides en el siglo XX", *Anales de Historia Antigua y Medieval* 20, 151-174.
- (1981), *Tucídides. Historia, ética y política*, Barcelona: Rialp.
- (1982), "Tucídides, hoy", en F. Rodríguez Adrados (ed.), *Los griegos hoy*, Madrid: Fundación Pastor, pp. 49-83.
- ALTINI, C. (2000), *Leo Strauss. Linguaggio del potere e linguaggio della filosofia*, Bolonia: Il Mulino.
- ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, A. (1983), *Las Vidas de Hombres Ilustres (nos. 70-72 de la Biblioteca Nacional de París) Edición y estudio*, Madrid: Universidad Complutense.
- (1986), "J. Fernández de Heredia y las traducciones del griego medieval al aragonés", *Erytheia* 7, 113-131.

- (1989), “Los italianismos en las traducciones medievales –del griego al aragonés– de J. Fernández de Heredia”, *Actes XVIII Congrès International de Linguistique et de Philologie Romanes*, vol. IV, Tübinga: Max Niemeyer, pp. 371-378.
- (2007), *El Tucídides de Heredia*, Zarazoga: Fundación Fernando el Católico.
- AMATO, E. y SCHAMP, J. (eds.) (2005), *Ethopoia. La représentation de caractères entre fiction scolaire et réalité vivante à l'époque impériale et tardive*, Salerno: Helios.
- ARTIFONI, E. (1986), “I Podestà professionali e la fondazione retorica nella politica comunale”, *Quaderni Storici* 63, 687-719.
- AVENARIUS, G. (1956), *Lukians Schrift zur Geschichtschreibung*, Meisenheim am Glan: A. Hain.
- (1956a), “Sallust und der rhetorische Schulunterricht”, *Rendiconti dell'Istituto Lombardo di scienze e lettere* 89-90, 343-352.
- (1957), “Die griechischen Vorbilder des Sallust”, *Symbolae Osloenses* 33, 48-86.
- AVENOZA, G. (1998), “La recepción de Valerio Máximo en las Coronas de Castilla y de Aragón en el medievo”, *Euphrosyne* 26, 241-252.
- BADIA, L. (1991), “Traduccions al català dels segles XIV-XV i innovació cultural i literària”, *Estudi General* 11, 31-50.
- BALÁZS, J. (1940), *A gazai iskola Thukydides-tanulmányai / Gli studi tucididei della scuola di Gaza*. Budapest: Magyar-Görög Tanulmányok 11.
- BALDWIN, B. (1982), “Tzetzes on Thucydides”, *Byzantinische Zeitschrift* 75, 313-316.
- BARTLEY, A. (2003), “The Implications of the Reception of *Thucydides* within Lucian's *Vera Historia*”, *Hermes* 131, 222-34.
- BARTOLETTI, V. (1938), *Per la storia del testo di Tuciddide*, Florencia: Sansoni.
- (1960), “Tucidide II 73.1-74.1 in un papiro dell'Università statale di Milano”, en *Studi in onore di L. Castiglioni*, vol. I, Florencia: Sansoni, pp. 61-66.
- BATTISTINI, O. (2010), “Jean-Baptiste Gail, une lecture de Thucydide au XIX<sup>e</sup> siècle”, *Cahiers des Études Anciennes* 46, 31-54
- BATLLORI, M. (1973), “La renaissance grecque à la Cour d'Avignon”, en A. Stegmann y L. Saulnier (eds.), *L'Humanisme français au début de la Renaissance*, París: Vrin, pp. 45-51.
- (1987) “El gran mestre don Juan Fernández de Heredia y el helenismo

- en la corte de Aviñón”, en *Humanismo y Renacimiento. Estudios hispano-europeos*, Barcelona: Ariel, pp. 52-60.
- BENHAÏM, V. (2000), “Les *Thrésors d’Amadis*”, en *Les Amadis en France au XVIe Siècle*, París: Éditions Rue d’Ulm, pp. 157-181.
- BERGUA CAVERO, J. (1995), *Estudios sobre la tradición de Plutarco en España: siglos XIII-XVII*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- BESIOMI, O. y REGOLIOSI, M. (EDS.) (1984), *Laurentii Vallae Epistolae*, Padua: Antenore.
- BLOCKEY, R. C. (1972), “Dexippus and Priscus and the Thucydidean account of the siege of Plataea”, *Phoenix* 26, 18-27
- BOCK, G., SKINNER, Q. y VIROLI, M. (eds.). (1993), *Macchiavelli and Republicanism*, Cambridge: University Press.
- BOLGAR, R. R. (1971), *Classical Influences on European Culture (A.D. 500-1500)*, Cambridge: University Press.
- (1973), *The Classical Heritage and its Beneficiaries*, Cambridge: University Press.
- (1979), *Classical Influences in Western Thought, 1650-1870*, Cambridge: University Press.
- BOMPAIRE, J. (1976), “Les historiens classiques dans les exercices préparatoires de rhétorique (*Progymnasmata*)”, en *Recueil Plassart. Études sur l’antiquité grecque offertes à André Plassart par ses collègues de la Sorbonne*, París: Les Belles Lettres, pp. 1-7.
- BONNER, S. F. (1966), “Lucan and the Declamation Schools”, *American Journal of Philology* 87, 257-89.
- BONNOT DE MABLY, G. (1783), *De la manière d’écrire l’histoire*, París: Jombert.
- BOONE, R. (2000), “Claude de Seyssel’s Translations of Ancient Historians”, *Journal of the History of Ideas* 61, 561-575.
- (2007), *War, Domination, and the Monarchy of France: Claude de Seyssel and the Language of Politics in the Renaissance*, Leiden: Brill.
- BORNMANN, F. (1994), “Motivi tucididei in Procopio”, *Atene e Roma* 19, 138-50.
- BORZSAK, J. (1975), “De Thucydide a Tacite”, en *Actes du IX Congrès International de l’Association Guillaume Budé, Organisé a Rome du 13 au 18 avril 1973*, vol. I, París : Les Belles Lettres, pp. 230-38.
- BOULANGER, A. (1923), *Aelius Aristides et la Sophistique dans la province d’Asie au II siècle de notre ere*, París: Les Belles Lettres.

- BOUQUIAUX-SIMON, O. y MERTENS, P. (1991), "Les papyrus de Thucydide", *Chronique d'Égypte* 66, 198-210.
- BOTLEY, P. (2004), *Latin Translation in the Renaissance. The Theory and Practice of Leonardo Bruni, Giannozzo Manetti and Desiderius Erasmus*, Cambridge: University Press.
- BRADFORD, P. (2006), "Neoliberal Epideictic: Rhetorical Form and Commemorative Politics on September 11, 2002", *Quarterly Journal of Speech* 92, 1-26.
- BRENELLERIE, G. DE LA (1784), *Supplément à la manière d'écrire l'histoire ou reponse a l'ouvrage de M. l'Abbé de Mably*, Paris : Societé litteraire typographique.
- BRIGGS, W. W. (1998), *Soldier and Scholar. Basil Lanneau Gildersleeve and the Civil War*, Charlottesville: The University of Virginia Press.
- BRODSKY, J. (2006), "Sobre el 1 de Septiembre de 1939 de W. H. Auden", en *Menos que uno. Ensayos escogidos*, traducción española, Madrid: Siruela.
- BROWN, C. W. (1987), "Thucydides, Hobbes, and the Derivation of Anarchy", *History of Political Thoughts* 8, 33-62.
- BROWN, V. et al. (2003), *Catalogus Translationum et Commentariorum: Mediaeval and Renaissance Latin Translations and Commentaries. Annotated Lists and Guides*, vol. VIII, Washington: The Catholic University of America.
- BRUNT, P. (1980), "On historical Fragments and Epitome", *Classical Quarterly* 74, 477-494.
- BURKE, P. (1966), "A Survey of the Popularity of Ancient Historians (1450-1700)", *History and Theory* 5, 135-152.
- (2000), *A Social History of Knowledge: From Gutemberg to Diderot*, Cambridge: University Press.
- BURKE, P. y PO-CHIA HSIA, R. (eds.) (2010), *La traducción cultural en la Europa Moderna*, Madrid: Akal.
- BURY, E. (1997), "Trois traducteurs français aux XVIe et XVIIe siecles: Amyot, Baudoin, D'Ablancourt", *Revue d'histoire litteraire de la France*, 97, 361-71.
- CABALLERO, J. A. (2006), *Inicios y desarrollo de la historiografía griega*, Madrid: Síntesis.
- CACHO BLECUA, J. M. (1991), "Introducción a la obra literaria de J. Fernández de Heredia", en *I Curso sobre Lengua y Literatura en Aragón (Edad Media)*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 171-195.
- (1997), *El Gran Maestro Juan Fernández de Heredia*, Zaragoza: Caja de Ahorros de la Inmaculada.

- (2002) “Juan Fernández de Heredia”, en C. Alvar y J. M. Lucía Megías (eds.), *Diccionario Filológico de Literatura Medieval Española. Textos y Transmisión*, Madrid: Castalia, pp. 696-717.
- CAGNETTA, M. (1986), “Per una edizione critica della *Vita di Tucidide* di Marcellino”, *Bollettino dei classici* 7, 59-80.
- CAMBIANO, G. (1974), “Montesquieu e le antiche repubbliche”, *Rivista di filosofia* 65, 93-144.
- CAMERON, A. (1964), “Herodotus and Thucydides in Agathias”, *Byzantinische Zeitschrift* 57, 33-52.
- (1996), *Procopius and the Sixth Century*, Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- CANDAU, J. M. (2003), “Polibio como historiador helenístico. Su actitud frente a la historiografía contemporánea”, en J. Santos y H. Torregaray (eds.), *Polibio y la Península Ibérica*, Vitoria: Universidad del País Vasco, pp. 51-67.
- CANELLAS, A. y TRENCHS, J. (1988), *Cancillería y cultura. La cultura de los escribanos y notarios de la Corona de Aragón (1344-1479)*, Zaragoza: CSIC.
- CANFORA, L. (1970), *Tucidide continuato*, Padua: Antenore.
- (1977), “Storia antica del testo di Tucidide”, *Quaderni di storia* 6, 3-39.
- (1985), “Sull’edizione ‘completa’ di Tucidide”, *Rheinische Museum* 128, 360-3.
- (1992), “Hobbes e Tucidide”, *Quaderni di storia* 35, 61-73.
- (1994), “Per una storia del testo di Tucidide in epoca tardorepubblicana (Lucian. *Adv. Ind.* 4)”, *Bollettino dei Classici* 15, 111-122.
- (1997), *Le mystère Thucydide. Enquête à partir d’Aristote*, París: Desjonquères.
- (2005), *Tucidide tra Atene e Rome*, Roma: Salerno.
- (2006), “Thucydides in Rome and Late Antiquity”, en RENGAKOS y TSATMAKIS (2006: 721-754).
- CARMONA CENTENO, D. (2008), *La epípólesis en la historiografía griega y romana*, tesis doctoral, Cáceres: Universidad de Extremadura.
- (2009), “Épica, historiografía y retórica: la *epípólesis* a diferentes naciones en la historiografía grecolatina”, *Talia dixit* 4, 1-28.
- CAVALLO, G. (1986), “Conservazione e perdita dei testi greci: fattori materiali, sociali, culturali”, en A. Giardina (ed.), *Tradizione dei classici, trasformazioni della cultura*, Bari y Roma: Laterza, pp. 83-172.



- CAWSEY, S. F. (2002), *Kingship and Propaganda. Royal Eloquence and the Crown of Aragon 1220-1450*, Oxford: Clarendon Press.
- CESA, M. (1994), *Le ragioni della forza: Tucidide e la teoria delle relazioni internazionali*, Bologna: Il Mulino.
- CHAMBERS, M. (2008), *Valla's translation of Thucydides in Vat. lat. 1801: with the reproduction of the codex*, Roma: Biblioteca Apostolica Vaticana.
- CHAVY, P. (1973), "Les traductions humanistes de Claude de Seyssel", en A. Stegmann y L. Saulnier (eds.), *L'Humanisme français au début de la Renaissance*, Paris: Vrin, pp. 361-373.
- CHERCHI, P. (1998), *Polimatia di riuso. Mezzo secolo di plagio (1539-1589)*, Roma: Bulzoni.
- CHEVALIER, R. (ed.) (1991), *La Révolution française et l'Antiquité*, Tours: Caesardunum.
- CLARK M. T. (1993), "Realism Ancient and Modern: Thucydides and International Relations", *Political Science and Politics* 26, 491-494.
- CLAUDON, F., ENTREVÉ, A. y RICHER, L. (eds.) (2007), *L'Historiographie romantique. Actes du colloque organisé à Créteil les 7 et 8 décembre 2006*, Paris: Institut Jean-Baptiste Say.
- COLE, TH. (1986), "Le origini della retorica", *Quaderni urbinati di cultura classica* 23, 7-21.
- (1991), *The Origins of Rhetoric in Ancient Greece*, Baltimore y Londres: The Johns Hopkins University Press.
- CONANT, M. P. (1908), *The Oriental Tale in England in the Eighteenth Century*, Nueva York: Columbia University Press.
- CONCONI, B. (2005), "Quasi luci sunt offundenda, ut illustretur, tenebrae: l'ombre de Thucydide sur la rendition de Sancerre", en D. Bohler y C. Simonin (eds.), *Écritures de l'Histoire (XIV<sup>e</sup>-XVI<sup>e</sup> siècle): Actes du colloque du Centre Montaigne, Bordeaux, 19-21 septembre 2002*, Ginebra: Droz, pp. 83-112.
- CONNOR, W. R. (1963), "Vim Quandam Incredibilem. A Tradition Concerning the Oratory of Pericles", *Classica et Mediaevalia* 23, 23-33.
- (1984), *Thucydides*, Princeton: University Press.
- COOK, M. L. (2006), "Thucydides as a Resource for Teaching Ethics and Leadership in Military Education", *Journal of Military Ethics* 5, 353-362.
- CORNFORD, F. M. (1907), *Thucydides Mythistoricus*, Londres: Edward Arnold.
- COROLEU, A. (2001), "Josefo, historiador de tanto crédito: Translations of Josephus

- in Renaissance Iberia”, *Euphrosyne* 19, 185-192.
- (2004), “A Preliminary Survey of Greek and Latin Historians in Translation in the Iberian Peninsula (c.1360-1599)”, *Bulletin of Hispanic Studies* 81, 897-912.
- CORTÉS GABAUDAN, F. (1997), “La retórica aristotélica y la oratoria de su tiempo (sobre el ejemplo de Lisias III)”, *Emerita* 66, 339-360.
- COSENTINO, S. (2000), “The Syrianos’s Strategicon: A 9th Century Source?,” *Bizantinistica* 2, 243-280.
- COTRONEO, G. (1971), *I trattatisti dell’ ars historica*, Nápoles: Giannini.
- CRANE, G. (1998), *Thucydides and the ancient simplicity: the limits of political realism*, Berkeley y Los Ángeles: The University of California Press.
- CRESCI, L. (1986), “Ancora sulla *mimesis* in Procopio”, *Rivista di Filología e di Istruzione Classica* 114, 449-457.
- CRIBIORE, R. (2001), *Gymnastics of the mind: Greek education in Hellenistic and Roman Egypt*, Princeton: University Press.
- CYRILLO, S. (1832), *Codices Graeci MSS. Regiae Bibliothecae Borbonicae descripti atque illustrati a Salvatore Cyrillo*, Vol II, Nápoles.
- DAIN, A. (1933), “Liste des manuscrits de Thucydide”, *Revue des Études Grecques* 46, 28.
- (1939), “Thucydide au XVIIIe siècle”, en *Congrès de Strasbourg de L’Association Guillaume Budé, 1938*, París : Les Belles Lettres, pp. 95-6.
- (1953), “Le encyclopédisme de Constantin Porphyrogénète”, *Bulletin de l’Association Guillaume Budé* 4, 64-81.
- (1954), “La transmisión des textes littéraires classiques de Photius à Constantin Porphyrogénète”, *Dumbarton Oaks Papers* 8, 31-47.
- DE FALCO, V. (1944), *Demade oratore. Testimonianze e Frammenti*, Nápoles: Libreria Scientifica Editrice.
- DEFFNER, A. (1933), *Die Rede bei Herodot und ihre Weiterbildung bei Thukydidés*, Múnich: Druck der Salesianischen Offizin.
- DEMONT, P. (1996), “La Peste: un inédit d’Albert Camus, lecteur de Thucydide”, *Antike und Abendland* 42, 137-154.
- DEUTSCH, K. L. y MURLEY, J. A. (eds.) (1999), *Leo Strauss, The Straussians and the American Regime*, Lanham: Rowman & Littlefield.
- DEWALD, C. (2005), *Thucydides’ War Narrative: A Structural Study*, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- DIAZ ROLANDO, E. (1992), “Ana Comnena y la historiografía del período

- clásico: Aproximación a un debate”, *Erytheia* 13, 29-44.
- DIESNER, H. J. (1971), “Eine Thukydides-Parallele bei Prokop (Thuk. II, 65, 9 und Prokop, *Bell. Goth.*, I, 12, 51), *Rheinische Museum* 114, 111-134.
- DOLEGA, S. (1871), *De Sallustio imitatore Thucydidis, Demosthenis, aliorumque scriptorum graecorum*, Breslau: Disertación.
- DORANDI, T. (2000), *Le stylet et la tablette. Dans le secret des auteurs antiques*, París: Les Belles Lettres.
- DOVER, K. J. (1973), *Thucydides*, Oxford: Clarendon Press.
- (1983), “Thucydides ‘as History’ and ‘as Literature’”, *History and Theory* 22, 54-63.
- DOWNY, G. (1958), “The Christian Schools of Palestine: A Chapter in Literary History”, *Harvard Library Bulletin* 12, 297-319.
- ERAMO, I. (2007), “*Ô andres stratiôtai*: Demegorie protrettiche nell’ *Ambrosianus* b119 sup.”, *Annali della Facoltà di Lettere e Filosofia* 50, 127-166.
- FAIRCHILD, W. D. (1975-6), “Evidence of improvised Speaking in Thucydides”, *Classical Bulletin* 52, 4-8.
- FANHAM, E. (1978), “Imitation and Evolution: the Discussion of Rhetorical Imitation in Cicero *de Oratore* 2.87-97 and Some Related Problems in Ciceronian Theory”, *Classical Philology* 73, 1-16.
- FERLAUTO, F. (1979), *Il Testo de Tucidide e la traduzione latina di Lorenzo Valla*, Palermo: Università di Palermo.
- FERRAÛ, G. (1986), “La concezione storiografica del Valla: I *Gesta Ferdinandi Regis Aragonum*”, en O. Besomi y M. Regoliosi (eds.), *Lorenzo Valla e L’Umanesimo Italiano*, Padua: Antenore, pp. 265-310.
- FINLEY, J. H. (1967), *Three Essays on Thucydides*, Cambridge: University Press.
- FLOWER, M. A. (1994), *Theopompus of Chios: History and Rhetoric in the Fourth Century B. C.*, Oxford: University Press.
- FORDE, S. (1995), “International Realism and the Science of Politics: Thucydides, Machiavelli, and Neorealism”, *International Studies Quarterly* 39, 141-160.
- FORMENTIN, M. R. (2008), “Uno *scriptorium* a Palazzo Farnese?”, *Scripta* 1, 70-95.
- FORNARA, CH. W. (1983), *The Nature of History in Ancient Greece and Rome*, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- FOSTER, E. (2009), “The rhetoric of materials: Thucydides and Lucretius”, *American Journal of Philology* 130, 369-399.

- FOURNET, J. - L. (2002), "Un papyrus strasbourgeois inédit de Thucydide, III 42, 1 ; 43, 3-4", *Ktéma* 27, 65-70.
- FRANCIS, E. D. (1991-3), "Brachylogia Laconica: Spartan Speeches in Thucydides", *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 38, 198-212.
- FRYDE, E.B. (1983), *Humanism and Renaissance Historiography*, Londres: Hambledon Press.
- (2000), *The early Palaeologan Renaissance (1261-c. 1360)*, Leiden: Brill.
- FUMAROLI, M. (ed.) (1999), *Histoire de la Rhétorique dans l'Europe Moderne. 1450-1950*, Paris: PUF.
- (2001), "Les abeilles et les araignées", en A. M. Lecoq (ed.) *La Querelle des Anciens et des Modernes. XVII XVIII siècles*, Paris: Gallimard, pp. 7-220.
- GALIMBERTI, A. (2005), "Flavio Giuseppe e Tucidide", en L. Troiani y G. Zecchini (eds.), *La cultura storica nei primi due secoli dell'impero romano*, Roma: L'Erma, pp. 173-188.
- GARVER E. (1987), *Machiavelli and the History of Prudence*, Londres: University of Wisconsin Press.
- GARZYA, A. (1985), "Visages de l'hellénisme dans le monde byzantine (IV-XII siècles)", *Byzantion* 55, 466-76.
- GAY, P. (1966), *The Enlightenment: An Interpretation*, Londres: Knopf.
- GEORGIADOU, A.-LARMOUR, D. H. J. (1994), "Lucian and Historiography: *De Historia Conscribenda* and *Verae Historiae*", *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt* 2.34.2, 1448-1509.
- GEUSS, R. (2005), "Thucydides, Nietzsche, and Williams", en *Outside Ethics*, Princeton: University Press, pp. 219-233.
- GIBSON, G. A. (2004), "Learning Greek history in the ancient classroom: The evidence of the treatises on progymnasmata", *Classical Philology* 99, 103-129.
- GIL, L. (1981), *Panorama social del Humanismo español (1500-1800)*, Madrid: Alhambra.
- GINZBURG, C. (1999), *History, Rhetoric and Proof*, Londres: University Press of New England.
- (2006), *Il filo e le tracce: vero, falso, finto*, Milán: Feltrinelli.
- GOLDEN, A. L. y J. L. (2002), *Thomas Jefferson and the Rhetoric of Virtue*, Lanham: Rowman & Littlefield.
- GÓMEZ MORENO, A. (1994), *España y la Italia de los Humanistas. Primeros ecos*, Madrid: Gredos.

- (1996), “Juan Fernández de Heredia, ¿Humanista?”, en A. Egido y J. M. Enguita (eds.), *Juan Fernández de Heredia y su Época*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 57-68.
- GOMME, A. W. (1937), “The Speeches in Thucydides”, en *Essays in Greek History and Literature*, Oxford: Clarendon Press.
- (1942), “Venizelos’ translation of Thucydides”, *Classical Review* 56, 29-31.
- GOMME, A. W., ANDREWS, A. y DOVER, K. J. (1945-1981), *A Historical Commentary on Thucydides*, Vols. I-V, Oxford: University Press.
- GOMMEL, J. (1966), *Rhetorisches Argumentieren bei Thukydides*, Hildesheim: Olms.
- GONZÁLEZ ROLÁN, T., MORENO HERNÁNDEZ, A. y SAQUERO, P. (2002), *Humanismo y Teoría de la Traducción en España e Italia en la primera mitad del siglo XV. Estudio y edición de la Controversia Alphonsiana*, Madrid: Ediciones Clásicas.
- GRAFTON, A. (1997), *Commerce with the Classics: ancient books and Renaissance Readers*, Ann Arbor: University of Michigan.
- (1998), “El lector humanista”, en G. Cavallo y R. Chartier (eds.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid: Taurus, pp. 281-328.
- (2007), *What Was History? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge: University Press.
- GRAUX, CH. (1982), *Los orígenes del fondo griego del Escorial*, (trad. Española de G. Andrés), Madrid: Fundación Universitaria Española.
- GRAY, V. (1989), “Mimesis in Greek Historial Theory”, *American Journal of Philology* 108, 467-486.
- GRAYSON, C. H. (1975), “Did Xenophon Intend to Write History?”, en B. Levick (ed.), *The Ancient Historian and his Materials. Essays in Honour of C. E. Stevens on His Seventieth Birthday*, Farnborough: Gregg International, pp. 31-43.
- GREEN, D. (ed.) (1989), *The Peloponnesian War: The complete Hobbes Translation*, Chicago: University of Chicago Press.
- GREEN, D. E. (2001), “Evangelicals and *Ipsissima Vox*”, *The Master’s Seminary Journal* 12, 49-68.
- GREENWOOD, E. (2005), *Thucydides and the Shaping of History*, Londres: Duckworth.
- GREGORIO, L. DI (1979), “Lettura diretta e utilizzazione di fonti intermedie nelle citazioni plutarquee dei tre grandi tragici I”, *Aevum* 53, 11-50.
- (1980), “Lettura diretta e utilizzazione di fonti intermedie nelle citazioni

- plutarchee dei tre grandi tragici II”, *Aevum* 54, 46-79.
- GRELL, CH. (1995) *Le Dix-huitième siècle et l'Antiquité en France 1680-1789*, 2 vols., Oxford : University Press.
- GRELL, CH. y DUFAYS, J.-M. (eds.) (1990), *Pratiques et concepts de l'histoire en Europe, XVIIe-XVIIIe siècles. Colloque tenu en Sorbonne les 22 et 23 mai 1989*, Paris: Presses de l'Université Paris-Sorbonne.
- GRETHLEIN, J, (2006), “The Unthucydidean Voice of Sallust”, *Transactions of the American Philological Association* 136, 299-327.
- GRIGGIO, C. (1986), “Due Lettere Inedite del Bruni al Salutati e a Francesco Barbaro,” *Rinascimento* 26, 27-50.
- GRIMM, J. (1965), *Die literarische Darstellung der Pest in der Antike und in der Romania*, Friburgo: W. Fink.
- GRUBE, G. M. A. (1950), “Dionysius of Halicarnassus on Thucydides”, *Phoenix* 4, 95-110.
- GUALDO ROSA, L. (1985), “Le traduzioni dal greco nella prima metà del 400: alle radici del clasicismo europeo”, *Latomus* 187, 177-193.
- GUERRA CAMINITI, E. (2004), “De historico genere dicenci en los *Rhetoricorum Libri V* de Jorge de Trebisonda”, *Dicenda* 22, 89-108.
- GUILLERM, L. (1996), “Les belles infidèles, ou l’auteur respecté (de Claude de Seyssel à Perrot d’Ablancourt)”, en M. Ballard y L. d’Hulst (eds.), *La Traduction en France à l’Âge classique*, Lille: Presse Universitaires, pp. 23-42.
- GUMMERE, R. M. (1963), *The American Colonial Mind and the Classical Tradition: Essays in Comparative Culture*, Cambridge Mass.: Harvard University Press.
- GUSTAFSON, L. S. ED. (2000), *Thucydides’ Theory of International Relations: A Lasting Possession*, Baton Rouge: Louisiana State University Press.
- HAID, S. (2008), “Why President Obama should read Thucydides”, *Dias-Analysis* 34, 1-11.
- HAMMOND, N.G.L. (1993), “The Universal and the Particular in the Speeches of Thucydides” en STADTER (1973: 49-59).
- HANSEN, M. H. (1993), “The Battle Exhortation in Ancient Historiography: Fact of Fiction?”, *Historia* 42, 161-180.
- HARRIS, W. V. (1989), *Ancient Literacy*, Cambridge: Harvard University Press.
- HARRISON, J. E.(1908), “Thucydides’ mode of presenting his speeches”, *Proceedings of the Cambridge Philological Society* 79-80, 10-13.
- HARTO TRUJILLO, M. L. (2008), *La arenga militar en la historiografía latina*,

Madrid: Ediciones Clásicas.

- HANKINS, J. (2000), "Rhetoric, History and Ideology: The Civic Panegyrics of Leonardo Bruni", en J. Hankins (ed.), *Renaissance Civic Humanism: Reappraisals and Reflections*, Cambridge: University Press, pp. 143-178.
- HEATH, M. (1990), "Justice in Thucydides' Athenian Speeches", *Historia* 39, 385-400.
- HEGEL, G. W. F. (1980), *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, trad. de J. Gaos, Madrid: Alianza.
- HENNEBERT, F. (1861), *Histoire des traductions françaises d'auteurs grecs et latins pendant le XVIe et le XVIIe siècle*, Bruselas: T. Lesigne.
- HEMMERDINGER, B. (1948), "La division en livres de l'oeuvre de Thucydide", *Revue des études grecques* 61, 104-117.
- (1955), *Essai sur l'histoire du texte de Thucydide*, París: Les Belles Lettres.
- HERNÁNDEZ MUÑOZ, F. (1994), "Tucídides y Platón en Demóstenes", *Cuadernos de Filología Clásica* 4, 139-160.
- HESTER, N. (2003), "Scholarly Borrowing: The Case of Remigio Nannini's *Orationi militari* and François de Belleforest's *Harangues militaires*", *Modern Philology* 101, 235-258.
- HOBBS, Th. (1839-45), *The English Works of Thomas Hobbes of Malmesbury; Now First Collected and Edited by Sir William Molesworth*, Londres: Bohn, 11 vols.
- HOFFMANN, L. (2007), "Geschichtsschreibung oder Rhetorik? Zum *logos parakletikos* bei Leon Diakonos", en M. Grünbart (ed.), *Theatron. Rhetorische Kultur in Spätantike und Mittelalter*, Berlín: Walter de Gruyter, pp. 105-140.
- HOGAN, J.C. (1972), "Thucydides 3.52-68 and Euripides' *Hecuba*", *Phoenix* 26, 241-257.
- HORNBLOWER, S. (1987), *Thucydides*, Londres: Routledge.
- (1991-1996), *A Commentary on Thucydides*, Vol. I (1-3) y II (4-5.24), Oxford: University Press.
- (1995), "The fourth-century and hellenistic reception of Thucydides", *Journal of Hellenic Studies* 115, 47-68.
- (2004), *Thucydides and Pindar. Historical Narrative and the World of Epinikian Poetry*, Oxford: University Press.
- HUDE, K. (1927), *Scholia in Thucydidem ad optimos codices collata*, Leipzig: Teubner (reimpr. New York: Arno Press, 1973).
- HUDSON WILLIAMS, H.L.L. (1951), "Political Speeches in Athens", *Classical*

*Quarterly* 45, 68-73.

- HUNGER, H. (1969-70) "On the *imitation* of Antiquity in Byzantine Literature", *Dumbarton Oaks Papers*, 23-4, 15-38
- (1976), "Thukydides bei Johannes Kantakuzenos. Beobachtungen zur *Mimesis*", *Jahrbuch der Oesterreichischen Byzantinistik* 25, 181-193.
- (1978), *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, Múnich: Beck, vol. I.
- HUNGER, H. *et al.* (1961-4), *Geschichte des Textüberlieferung zur antiken und mittelalterlichen Literatur*, 2 Vols., Zürich.
- HUNTER, P. (1992), " 'Waiting for an Aristotle': A Moment in the History of the Basic Writing Movement", *College English* 54, 914-927.
- HUNTER, V. (1973), *Thucydides, the Artful Reporter*, Toronto: Hakkert.
- IANZINI, G. (1998), "Bruni on Writing History", *Renaissance Quarterly* 52, 367-391.
- IGLESIAS-ZOIDO, J.C. (1995), *La argumentación en los discursos deliberativos de Tucídides y su relación con la normativa retórica del siglo IV a. C.*, Cáceres: Universidad de Extremadura.
- (2000) "¿Se pronunciaron realmente las arengas de Tucídides? El testimonio de Th. VII, 61-70?", *Athenaeum* 78, 515-528.
- (2003), "Cómo componer una arenga militar en el siglo XVI: Ronsard y la arenga del Duque de Guisse (1553)", *Logo* 4, 91-104.
- (2005), "El *Tucídides* de Juan Fernández de Heredia: Problemas planteados por la selección de discursos", *Anuario de Estudios Filológicos*, 28, 131-147.
- (2006), "El sistema de engarce narrativo de los discursos de Tucídides", *Talia dixit* 1, 1-28.
- (2007), "The Battle Exhortation in Ancient Rhetoric", *Rhetorica* 25, 145-165.
- (2007a) "Historiografía e instrucción retórica: el ejemplo de la arenga militar", en J. A. Fernández, F. Pordomingo y A. Stramaglia (eds.), *Escuela y Literatura en Grecia*, Montecassino: Università di Montecassino, pp. 107-120.
- (2008), "La *Historia* de Tucídides: los discursos", en M. Sanz y P. Hualde (eds.), *La literatura griega y su tradición*, Madrid: Akal, pp. 185-228.
- (2008a), "La argumentación en las arengas militares de Tucídides", *Antiquité Classique* 77, 19-40.
- (2008b), "El *Tucídides* de J. Fernández de Heredia en el contexto retórico



- del siglo XIV”, en J. M. Maestre, J. M. Pascual y L. Charlo (eds.), *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico IV: Homenaje al profesor Antonio Prieto*, Alcañiz y Madrid: Instituto de Estudios Humanísticos y CSIC, vol. II, pp. 941-956.
- (2010), “The Pre-Battle Speeches of Alexander at Issus and Gaugamela”, *Greek, Roman and Byzantine Studies* 50, 215-241.
- IGLESIAS-ZOIDO, J.C. (ed.) (2008), *Retórica e historiografía: el discurso militar en la historiografía desde la Antigüedad hasta el Renacimiento*, Madrid: Ediciones Clásicas.
- IRIGOIN, J. (2003), “Survie et renouveau de la littérature grecque à Constantinople (IXe siècle)”, en *La tradition des textes grecs. Pour une critique historique*, París: Les Belles Lettres, pp. 197-232.
- JEBB, R. (1880), “The Speeches of Thucydides”, en E. Abbott (ed.): *Hellenica. A collection on greek Poetry, philosophy, history and Religion*, Londres: Rivingtons, pp. 266-323.
- JEFFERSON, TH. (1829), *Memoirs, Correspondance and Private Letters of Th. Jefferson (Now first published from the original manuscripts)*, vols. I-IV, Londres: Henry Colburn y Richard Bentley.
- JOHNSON, L. (1993), *Thucydides, Hobbes, and the Interpretation of Realism* DeKalb: Northern Illinois University Press.
- JOHNSTON, M.D. (1992), “Parliamentary Oratory in Medieval Aragon”, *Rhetorica* 10, 99-117.
- JORY, D. H. (1976), “Voltaire and the Greeks”, *Studies on Voltaire* 153, 1169-1187.
- KAKRIDIS, J. T. (1961), *Der thukydeische Epitaphios*, Múnich: Zetemata 26.
- KALIOPOULOS, C. y PLATIAS, A. G. (2010), *Thucydides on Strategy: Athenian and Spartan Grand Strategies in the Peloponnesian War and their Relevance Today*, Nueva York: Columbia University Press.
- KAPLAN, R. (2002), *Warrior Politics. Why Leadership demands a Pagan Ethos*, Nueva York: Random House.
- KASPRZYK, D. (2006), “Discours de stratégies dans le roman de Chariton”, en B. Pouderon y J. Peigney (eds.), *Discours et Débats dans l'ancien Roman*, Lyon: Maison de l'Orient et de la Méditerranée, pp. 281-308.
- KASTER, R. A. (1988), *Guardians of language: The grammarian and society in late antiquity*, Berkeley: University of California Press.
- KEITEL, E. (1987), “Homeric Antecedents to the *cohortatio* in the Ancient Historians”, *Classical World* 80, 153-172.
- (1987a), “The Influence of Thucydides 7.61-71 on Sallust *Cat.* 20-21”,

*Classical Journal* 82, 293-300.

- KELLEY, D. R. (2003), *Fortunes of History: Historical Inquiry from Herder to Huizinga*, New Haven y Londres: Yale University Press.
- KENNEDY, G. A. (1959), "The earliest rhetorical Handbooks", *American Journal of Philology* 80, 169-178.
- (1972), *The Art of Rhetoric in the Roman world, 300 B.C.-A.D. 300*, Princeton: University Press.
- (1983), *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, Princeton: University Press.
- KESSLER, E. (1982), "Das retorische Modell der Historiographie", en R. Koselleck *et al.* (eds.), *Formen der Geschichtsschreibung*, Múnich: Deutscher Taschenbuch Verlag, pp. 37-85.
- KIEHR, F. (1906), *Lesbonactis sophistae quae supersunt*, Leipzig: Teubner.
- KLEE, U. (1990), *Beiträge zur Thukydides-Rezeption während des 15. und 16. Jahrhunderts in Italien und Deutschland*, Frankfurt an Main: P. Lang.
- KLEINLOGEL, A. (1964), "Beobachtungen zu den Thukydidesscholien I", *Philologus* 108, 233-246.
- (1965), *Geschichte des Thukydidestextes im Mittelalter*, Berlín: W. de Gruyter.
- (1998), "Beobachtungen zu den Thukydidesscholien II", *Philologus* 142, 11-40.
- KLOSKO, G. y RICE, D. (1985), "Thucydides and Hobbes's State of Nature", *History of Political Thought* 6, 405-409.
- KOHL, R. (1915), *De scholasticarum declamationum argumentis ex historia petitis*, Paderborn: Rhetorische Studien.
- KRENTZ, P. (1989), "Had Xenophon read Thucydides VIII before he wrote the "Continuation" (*Hell.* I-III.3.10)?" *The Ancient World* 19, 15-18.
- LADBOROUGH, R. W. (1938), "Translation from the Ancients in Seventeenth-century France", *Journal of the Warburg Institute* 2, 85-104.
- LASSO DE LA VEGA, J. (1962), "Traducciones castellanas de las *Vidas* de Plutarco", *Estudios Clásicos* 35, 496-9.
- LASTRA, A. (2000), *La naturaleza de la filosofía política. Un ensayo sobre Leo Strauss*, Murcia: Universidad de Murcia.
- LAUGHTON, E. (1961), "Cicero and the Greek Orators", *American Journal of Philology* 82, 27-49.
- LEGRAS, B. (1997), "L'enseignement de l'histoire dans les écoles grecques

d'Égypte, III<sup>ème</sup> siècle av.n.è.-VI<sup>ème</sup> siècle de n.è”, *Akten des 21. Internationalen Papyrologenkongresses*, (Berlin, 13-19 août 1995), Berlin: B. G. Teubner, vol. I, pp. 586-600.

- LEIGH, R. A. (1979), “Jean-Jacques Rousseau and the Myth of Antiquity in the Eighteenth Century”, en BOLGAR (1979: 155-168)
- LEIMBACH, R. (1985), *Militärische Musterrhetorik. Eine Untersuchung zu den Feldherrnreden des Thukydides*, Stuttgart: F. Steiner.
- LEMERLE, P. (1986), *Byzantine Humanism. The First Phase: Notes and Remarks on Education and Culture in Byzantium from Its Origins to the 10th. Century*, Canberra: Australian Association for Byzantine Studies.
- LONDON, J. E. (2006), “Xenophon and the alternative to realist foreign policy: *Cyropaedia* 3.1.14-31”, *Journal of the Hellenic Studies* 126, 82-98.
- LENFANT, D. (2002), “Les citations de Thucydide dans les scholies d’Aristophane: contribution à l’analyse de fragments d’historiens”, en S. Pittia (ed.), *Fragments d’historiens grecs. Autour de Denys d’Halicarnasse*, Roma: Collection de l’École française de Rome, pp. 415-447.
- LIJUBARSKIJ, J. (1998), “Quellenforschung and/or literary criticism. Narrative structures in Byzantine Historical Writings”, *Symbolae Osloenses* 73, 5-73.
- LIPKA, M. (2002), *Xenophon’s Spartan Constitution*, Berlin: Walter de Gruyter.
- LÓPEZ EIRE, A. (2008), “La influencia de la retórica sobre la historiografía desde el Helenismo hasta la Antigüedad tardía”, *Talia dixit* 3, 1-32.
- LÓPEZ ESTRADA, F. (1946) “La retórica en las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán”, *Revista de Filología Española* 30, 310-352.
- LÓPEZ MOLINA, L. (1961), *Tucídides romanceado en el siglo XIV*, Madrid: Anejos RAE.
- LÓPEZ MOREDA, S. (2001), *Lorenzo Valla, Historia de Fernando de Aragón*, Madrid: Akal.
- LÓPEZ RUEDA, J. (1973), *Helenistas españoles del siglo XVI*, Madrid: CSIC.
- LORAU, N. (1980), “Thucydide n’est pas un collegue”, *Quaderni di Storia* 12, 55-81
- (1981), *L’invention d’Athènes. Histoire de l’oraison funèbre dans la « cité classique »*, Paris: Payot.
- LORAU, N. y VIDAL-NAQUET, P. (1979), “La formation de l’Athènes bourgeoise: essai d’historiographie, 1750-1850”, en BOLGAR (1979 : 169-222).

- LORD, A. (1945), *Thucydides and the World War*, Cambridge: Harvard University Press.
- LOSADA FRIEND, M. (1996), "De cómo escribir cartas como un oriental: la sátira epistolar desde Goldsmith a Alasdair Gray", *1616* 10, 267-274.
- LUGINBILL, R. D. (2000), "Chariton's Use of Thucydides' History in introducing the Egyptian Revolt (*Chaireas and Callirhoe* 6.8)", *Mnemosyne* 53, 1-11.
- (2002) "A Delightful Possession: Longus' Prologue and Thucydides", *Classical Journal* 97, 233-247
- LUSCHNAT, O. (1942), *Die Feldherrnreden in Geschichtswerk des Thukydides*, Leipzig: Teubner.
- (1954), "Die Thukydidescholien, zur ihrer handschriftlichen Grundlage, Herkunft und Geschichte," *Philologus* 98, 14-58.
- (1971). "Thukydides der Historiker", *R.E. Pauly Wissowa*, Suppl. Vol. 12, cols. 1085-1354.
- LUTRELL, A. (1960), "Greek Histories translated and compiled for Juan Fernández de Heredia, Master of Rhodes, 1377-1396", *Speculum* 35, 401-407
- (1970) "Coluccio Salutati's Letter to J. Fernández de Heredia", *Italia medioevale e umanistica* 13, 235-243.
- (1987) "Juan Fernández de Heredia's Education in Aragón: 1349-1369", *Anuario de Estudios Medievales* 17: 237-244.
- LUZZATO, M. J. (1993), "Scholia tardoantichi: il commentario di Marcellino a Tucidide", *Quaderni di Storia* 38, 111-115.
- (1999), *Tzetzes lettore di Tucidide. note autografe sul Codice Heidelberg palatino greco 252*, Bari: Dedalo.
- (2000), "Note inedite di Giovanni Tzetzes e restauro di antichi codici alla fine del XIII secolo: il problema del *Laur. plut.* 70.3 di Erodoto", en *I manoscritti greci tra riflessione e dibattito*, Florencia: Papyrologia Florentina 31, pp. 633-654.
- MCCANN, D. R. y STRAUSS, B. S. (eds.) (2001), *War and Democracy. A Comparative Study of the Korean War and the Peloponnesian War*, Londres: M.E. Sharpe.
- MCCOY, W. J. (1996), "In the Shadow of Thucydides", en Ben Witherington (ed.), *History, Literature and Society in the Book of Acts*, Cambridge: University Press, pp. 3-32.
- MCGEER, E. (2003), "Two military Orations of Constantine VII", en N. Oikonomides (ed.), *Byzantine Authors: Texts and Translations dedicated to the Memory of N. Oikonomides*, Leiden: Brill, pp. 111-135.

- McKEON, R. (1936), "Literary criticism and the concept of imitation in Antiquity", *Modern Philology* 34, 1-35.
- McLAUGHLIN, M. L. (1995), *Literary Imitation in the Italian Renaissance*, Oxford: Oxford University Press.
- McLEOD, C. (1975), "Rhetoric as History: Thucydides 6.16-18", *Quaderni di Storia* 2, 39-65.
- (1977), "Thucydides' Plataian Debate", *Greek, Roman and Byzantine Studies* 18, 227 ss.
- MACK, K. (1906), *Quae ratio intercedat inter Sallustii et Thucydidis historias*, Kreamsier: Programm.
- MAITLAND, J. (1996), "Marcellinus' *Life of Thucydides*: criticism and criteria in the biographical tradition", *Classical Quarterly* 46, 538-58.
- MALITZ, J. (1990), "Das Interesse an der Geschichte. Die griechischen Historiker und ihr Publikum", en G. SCHEPENS *et al.* (eds.), (1990: 323-50).
- MALL, L. (2007), "Traduction, langue-culture et langue-corps au XVIII siècle: Du Bos sur Virgile, Marivaux sur Thucydide et Diderot sur Térence", *Revue de Littérature Comparée* 1, 5-19.
- MALTESE, E. (2006), "Dopo Tucidide. Lo storico bizantino e il suo lettore", en R. Uglione (ed.), *Scrivere la storia nel mondo antico*, Turin: Edizioni dell'Orso, pp. 247-257.
- MANGO, C. (1975), "The Availability of Books in the Byzantine Empire, AD 750-850," en *Byzantine Books and Bookmen*, Washington DC: Dumbarton Oaks, pp. 29-45.
- MANSFIELD, H. C. (1981), *Maquiavelo y los principios de la política moderna*, trad. esp., M jico: Fondo de Cultura Económica.
- MARCOS CASQUERO, M.A. (1996), *Guido delle Colonne, Historia de la destrucción de Troya*, Madrid: Akal.
- MARINCOLA, J. (1989), "Thucydides 1.22.2", *Classical Philology* 84, 216-223.
- (1997), *Authority and Tradition in Ancient Historiography*, Cambridge: University Press.
- (2001), *The Greek Historians*, Cambridge: University Press.
- (2007), "Speeches in Ancient Historiography" en MARINCOLA (ed.) (2007: 118-132).
- MARINCOLA, J. (ed.) (2007), *A Companion to Greek and Roman Historiography*, vols. I-II, Londres y Nueva York: Blackwell.
- MARTELLI, M. (1998), "Macchiavelli e gli storici antichi. Osservazioni su

- alcuni luoghi dei *Discorsi sopra la prima decada* di Tito Livio”, *Archivio storico italiano* 156, 791-796.
- MAURER, K., (1999), “Thucydides, Valla and *Vaticanus Latinus* 1801”, *Latomus* 58, 885-889.
- MEIEROTTO, M. (1796), “Mémoire sur Thucydide”, *Mémoires de l'Académie Royale des Sciences et Belles Lettres. MDCCXC et MDCCXCI*, Berlín: G. Decker .
- MEINEKE, S. (2002), “Thukydidismus”, en H. Cancik, H. Schneider y M. Landfester (eds.), *Der Neue Pauly*, vol. VII, cols. 480-494.
- MERINO JEREZ, L. (2007), “Sobre la historia en los *Rhetoricorum Libri V* de Jorge de Trebisonda: introducción, edición, traducción, notas e índices”, *Talia dixit* 2, 27-65.
- (2008), “Retórica e historiografía en el Renacimiento: los *Rhetoricorum libri Quinque* de Jorge de Trebisonda”, en J. C. Iglesias-Zoido (ed.), *Retórica e historiografía*, pp. 175-198.
- MEYER, E. A. (2010), “Allusion and Contrast in the Letters of Nicias (Thuc. 7.11-15) and Pompey (Sall. *Hist.* 2.98M)”, en C. S. Kraus, J. M. Marincola y C. Pelling (eds.), *Ancient Historiography and Its Contexts. Studies in Honor of A. J. Woodman*, Oxford: University Press, pp. 97-117.
- MILLER, T. S. (1976), “The plague in John VI Cantacuzenus and Thucydides”, *Greek Roman and Byzantine Studies* 17, 385-395.
- MOMIGLIANO, A. (1977), “Eighteenth-Century Prelude to Mr. Gibbon”, en P. Ducrey (ed.), *Gibbon et Rome à la lumière de l'historiographie moderne*, Ginebra: Droz, pp. 57-70.
- (1978), “The historians of the Classical World and their Audiences: Some suggestions”, *Annali della Scuola Normale Superiore di Pisa* 8, 59-75.
- (1980), “The Place of Ancient Historiography in Modern Historiography”, *Les Études Classiques au XIX et XX siècles*, Vandoeuvres-Ginebra: Fondation Hardt, pp. 127-140.
- (1990), *The Classical Foundations of Modern Historiography*. Berkeley: University of California Press.
- MONFASANI, J. (1976), *George of Trebizond: A Biography and a Study of his Rhetoric and Logic*, Leiden: Brill.
- MONTEPAONE, C. et al. (1994), *Tucidide nella storiografia moderna*, Nápoles: Morano.
- MORAUX, P. (1954), “Thucydide et la rhétorique”, *Les Études Classiques* 22, 3-23.
- MORAVCSIK, G. (1966), “Klassizismus in der byzantinischen

Geschichtsschreibung”, en *Polychronion. Festschrift für F. Dölger zum 75 Geburtstag*, Heidelberg, pp. 366-377.

- MORLEY, N. (2004), “Unhistorical Greeks: Myth, History, and the Uses of Antiquity”, en P. Bishop (ed), *Nietzsche and Antiquity. His Reaction and Response to the Classical Tradition*, Rochester N.Y.: Candel House, pp. 27-39.
- MOSS, A. (1996), *Printed commonplace-books and the structuring of Renaissance thought*, Oxford: University Press.
- MOSSÉ, C. (1989), *L'Antiquité dans la Révolution Française*, Paris: Albin Michel.
- (2007), *Pericles. El inventor de la democracia*, Madrid: Espasa.
- MULLET, CH. F. (1939), “Classical Influences on the American Revolution”, *Classical Journal* 35, 95-102.
- MUNK OLSEN, B. (1997), “L'Étude des classiques à Avignon au XIV siècle”, en M. Padé et al. (eds.), *Avignon et Naples. Italy in France-France in Italy in the 14th. Century*, Roma: Analecta Romana XXV, pp. 13-26.
- MURARI PIRES, F. (2006), “Thucydidean Modernities: History between Science and Art”, en RENGAKOS –TSATMAKIS (2006: 811-838).
- (2007), *Modernidades tucidideanas: ktéma es aei*, São Paulo: Editora da Universidade.
- (2009), “O General Marshall em Princeton, Tucídides na Guerra Fria”, *História da historiografia* 2, 101-116.
- NELSON, E. (ed.) (2008), *Thomas Hobbes's Translations of Homer*, vol I, Oxford: Clarendon Press.
- NICOLAI, R. (1992), *La storiografia nell'educazione antica*, Pisa: Giardini.
- (1995) “*ktéma es aiei*. Aspetti della fortuna di Tucídide nel mondo antico”, *Rivista di Filologia e Istruzione Classica* 123, 5-26.
- (1996), “L'eloquenza perduta. Tradizioni antiche sulle orazioni di Pericle”, *Quaderni di Storia* 44, 95-113.
- (1999), “Polibio interprete di Tucídide: la teoria dei discorsi”, *Seminari Romani* 2, 281-301.
- (2002), “*Unam ex tam multis orationem perscribere*: riflessioni sui discorsi nelle monografie di Sallustio”, *Atti del primo convegno nazionale sallustiano, L'Aquila 28-29 settembre*, L'Aquila : Centro di Studi Sallustiani, pp. 43-67.
- (2004), *Studi su Isocrate: La comunicazione letteraria nel IV sec. a.C. e i nuovi generi della prosa*, Roma: Quasar.

- (2006), “Thucydides continued”, en RENGAKOS –TSATMAKIS (eds.) (2006: 693-720).
- (2007), “Storia e storiografia nella scuola greca”, en en J. A. Fernández, F. Pordomingo y A. Stramaglia (eds.), *Escuela y Literatura en Grecia*, Montecassino: Università di Montecassino, pp. 39-66.
- NICOLS, J. (1999), “Sallust and the Greek Historical Tradition”, en R. Mellor y L. Tritle (eds.), *Text and Tradition. Studies in Greek History and Historiography in Honor of Mortimer Chambers*, Claremont, CA: Regina Press, pp. 329-344.
- NIETO IBÁÑEZ, J. M. (ed.) (2008), *Pedro de Valencia. Obras Completas X. Traducciones*, León: Universidad de León.
- NIETO SORIA, J. M. (2003), “La oratoria como *speculum regum* en la *Crónica de Enrique IV* de Diego Enríquez del Castillo”, *Memorabilia* 7 (<http://parnaseo.uv.es/Memorabilia/Memorabilia7/Nieto.htm>)
- NIETZSCHE F. (1981), *El crepúsculo de los ídolos*, Madrid: Alianza.
- (1985), *El viajero y su sombra*, Madrid: Edaf.
- NOVATI, F. (1893), *Epistolario di Coluccio Salutati*, vol. II, Roma: Forzani.
- OBER, J. (2001), “Thucydides *Theoretikos*/Thucydides *Histor*: Realist Theory and the Challenge of History”, en McCANN, D. R. – STRAUSS, B. S. (eds.) (2001: 273-306).
- ODORICO, P. (1990), “La cultura della *syllogé*”, *Byzantinische Zeitschrift* 83, 1-21.
- OLIVA, A. (1993), “Plinio *Ep.* V.8.11 e Tucidide 1.22.4”, *Athenaeum* 81, 279-83.
- OSMOND, P. y ULERY, R. W. (2003) “Sallustius”, en V. Brown (ed.), *Catalogus Translationum et Commentariorum*, vol. VIII, Washington: The Catholic University of America Press, pp. 183-326.
- OTRANTO, R. (2000), *Antiche liste di libri su papiro*, Roma: Edizione di Storia e Letteratura.
- OUDOT, E. (2008), “Aelius Aristides and Thucydides: Some Remarks about the *Panathenaic Oration*”, en W. V. Harris y B. Holmes (eds.), *Aelius Aristides between Greece, Rome and the Gods*, Leiden: Brill, pp. 31-50.
- PADE, M. (1985), “Valla’s Thucydides: theory and practice in a Renaissance Translation”, *Classica et Mediaevalia* 36, 275-301.
- (1999), “Zur Rezeption der griechischen Historiker im italienischen Humanismus des fünfzehnten Jahrhunderts”, *Neulateinisches Jahrbuch* 1, 151-170.
- (2000), “La fortuna della traduzione di Tucidide di Lorenzo Valla con



- una edizione delle postille al testo”, en F. Bonatti y A. Manfredi (eds.), *Niccolò V nel sesto centenario della nascita*, Città del Vaticano: Biblioteca apostolica Vaticana, pp. 255-293.
- (2003), “Thucydides”, en V. Brown (ed.), *Catalogus Translationum et Commentariorum*, vol. VIII, Washington: The Catholic University of America Press, pp. 103-182.
- (2006), “Thucydides’ Renaissance Readers”, en RENGAKOS –TSATMAKIS (2006: 779-810).
- (2007), *The Reception of Plutarch’s Lives in Fifteenth-Century Italy*, 2 vols., Copenhagen: Museum Tusulanum Press.
- (2008), “La traduzione di Tucidide. Elenco dei manoscritti e bibliografia”, en M. A. Regoliosi (ed.), *Pubblicare il Valla*, Florencia: Edizioni Polistampa, pp. .
- PALADINI, V. (1956), *Orationes et epistulae de Historiarum libris excerptae*, Bari: Adriatica.
- PALMER, M. (1989), “Machiavellian “virtù” and Thucydidean “arete”: Traditional Virtue and Political Wisdom in Thucydides”, *Review of Politics* 51, 365-385.
- PALUMBO, M. (1991), “I discorsi contrapposti nella *Storia d’Italia* di F. Guicciardini”, *Modern Language Notes* 106, 15-37.
- PARADISO, A. (1995), “Perrot d’Ablancourt, Marivaux, Mably, Lévesque e le traduzioni tucididee tra Sei e Settecento”, *Quaderni di Storia* 41, 111-123.
- PARKER, H. T. (1937), *The Cult of Antiquity and the French Revolutionaries*, Chicago: University of Chicago Press.
- PARKER, V. (2008), “Between Thucydides and Tacitus. The Position of Sallust in the History of Ancient Historiography”, *Antike und Abendland* 54, 77-104.
- PATZER, H. (1941), “Sallust und Thukydides”, *Neue Jahrbücher für Antike und Deutsche Bildung* 4, 124-136.
- PAVANO, G. (1958), *Dionisio d’Halicarnasso: Saggio su Tucidide*, Palermo: G. Priulla.
- PAVUR, C. (1998), *Nietzsche as Humanist*. Milwaukee: Marquette University Press.
- PAYEN, P. (2004), “Les historiens grecs dans la tradition scolaire gréco-romaine”, en J.-M. Pailler y P. Payen (eds.), *Qué reste-t-il de l’éducation classique? Relire le Marrou: histoire de l’éducation dans l’Antiquité*, Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, pp. 99-108.
- (2007), “L’autorité des historiens grecques dans *L’Histoire Ancienne* de Rollin (1731-1738)”, en D. Foucoult y P. Payen (eds.), *Les autorités*.

*Dynamiques et mutations d'une figure de référence dans l'Antiquité*, Grenoble: Millon, pp. 171-194.

- PAZDERNIK, CH. (2000), "Procopius and Thucydides on the Labors of War: Belisarius and Brasidas in the Field", *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 130, 149-187.
- PELLÉ, N. (2009), "I Papiri e la Storiografia Antica", *Atene e Roma* 2, 59-79.
- (2010), "Per una nuova edizione dei papiri di Tucidide", en *Proceedings of the XXV International Congress of Papyrology, Ann Arbor, 1-7 August 2007*, Ann Arbor, pp. 597-604.
- PELLING, C. B. R. (1992), "Plutarch and Thucydides", en Ph. A. Stadter (ed.), *Plutarch and the Historical Tradition*, Londres: Routledge, pp. 10-40.
- PÉREZ GONZÁLEZ, M. (1989), *G. Manetti y la traducción en el siglo XV. Edición crítica del Apologeticus, Libro V*, León: Universidad de León.
- PÉREZ MARTÍN, I. (1989), "Planudes y el monasterio de Acatalepto. A propósito del *Monac. gr. 430* de Tucídides", *Erytheia* 10, 303-308.
- (2002), "Lectores y público de la historiografía griega", *Estudios Clásicos* 44, 125-148.
- (2006), *El patriarca Gregorio de Chipre (ca. 1240-1290) y la transmisión de los textos clásicos en Bizancio*, Madrid: CSIC.
- PERNOT, L. (1979), "La collection de manuscrits grecs de la maison Farnèse", *Mélanges de l'École Française de Rome* 91, 457-506.
- (1981), *Les Discours siciliens d'Aelius Aristide (Or. 5-6). Étude littéraire et paléographique*, Nueva York: Arno Press.
- (1993), *La rhétorique de l'éloge dans le monde Gréco-Romain*, 2 vols., París: Institut d'études augustinienes.
- (2005), "Histoire et rhétorique dans le traité de Lucien *Sur la manière d'écrire l'histoire*", *Cahiers des Études Anciennes* 42, 31-54.
- PERROCHAT, P. (1947), "Salluste et Thucydide", *Revue des Études Latines* 25, 90-121.
- (1949), *Les modèles grecs de Salluste*, París: Les Belles Lettres.
- PICCIRILLI, L. (1987), "Le biografie di Tucidide. Leggende o realta?", en *Il protagonismo nella storiografia classica*, Génova: Università di Genova, pp. 143-57.
- PICCIONE, R. M. (2003), "Scegliere, raccogliere e ordinare. La letteratura di raccolta e la trasmissione del sapere", en E.V. Maltese (ed.), *Bisanzio tra storia e letteratura*, Brescia: Morcelliana, pp. 44-63
- PINEDA, V. (2007), "La preceptiva historiográfica renacentista y la retórica de

- los discursos: antología de textos”, *Talia dixit* 2, 95-219.
- (2008), “La arenga en los tratados historiográficos de la alta Edad Moderna”, en IGLESIAS-ZOIDO (ed.) (2008: 199-228).
- POGGI, V. (1986), “Perché nel Medioevo Tucídide non fu tradotto in arabo”, en M. Pavan y U. Cozzoli (eds.), *L’Eredità classica nelle lingue orientali*, Roma: Istituto della Enciclopedia Italiana, pp. 181-194.
- PORTER, S. E. (1990), “Thucydides 1.22.1 and Speeches in Acts: Is There a Thucydidean View”, *Novum Testamentum* 32, 121-142.
- POTTER, S. (1999), *Literary Texts and the Roman Historians*, Londres: Routledge.
- POWELL, J. E. (1936), “The Bâle and Leyden scholia to Thucydides”, *Classical Quarterly* 30, 80-93.
- (1936a), “The Aldine *Scholia* to Thucydides”, *Classical Quarterly* 30, 146-150.
- PRENTICE, W. K. (1930), “How Thucydides wrote his History”, *CPh* 25, 117-127.
- PRICE, J. (2001), *Thucydides and Internal War*, Cambridge: University Press.
- (2007), “The failure of rhetoric in Josephus’s *Bellum Judaicum*”, *Ramus* 36, 6-24.
- PRINCIPATO, A. (1999), “L’Éloquence révolutionnaire: idéologie et légende”, en FUMAROLI (1999:1019-38).
- PRITCHETT, W. K. (1975), *Dionysius of Halicarnassus, On Thucydides*, Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- (1994), “The General’s Exhortations in Greek Warfare”, en *Essays in Greek History*, Amsterdam: Giesen, pp. 27-109.
- PUJOL, J. (1992), *La memòria literària de Jeanot Martorell. Models i escriptura en el Tirant lo Blanc*, Barcelona: Curial.
- RAMÓN PALERM, V. (1996), *Estudios sobre Tucídides. Ensayo de un repertorio bibliográfico (1973-1995)*, Zaragoza: Departamento de Ciencias de la Antigüedad.
- RAMÓN Y CAJAL, S. (1941), *El mundo visto a los ochenta años. Impresiones de un arterioesclerótico*, Madrid: Espasa Calpe.
- RANCE, Ph. (2007), “The date of the military compendium of Syrianus Magister (formerly the sixth-century anonymus byzantinus)”, *Byzantinische Zeitschrift* 100, 701-737.
- RAWLINGS, H. R. (1981), *The Structure of Thucydides History*, Princeton: University Press.

- RAWSON, E. (1991), *The Spartan Tradition in European Thought*, Oxford: University Press.
- REARDON, B. P. (1971), *Courants littéraires grecs des III<sup>e</sup> et III<sup>e</sup> siècles après J.-C.*, Paris: Les Belles Lettres.
- REINHARDT, K. (1948), “Thukydides und Machiavelli”, en *Von Werken und Formen*, Godesberg, pp. 237-284.
- REINHOLD, M. (1979), “Eighteenth-Century American Political Thought”, en BOLGAR (1979: 223-243).
- REINSCH, D. R. (1983), *Critobuli Imbriotae Historiae (Corpus Fontium Historiae Byzantinae)*, vol. 22, Berlín y N. York: W. de Gruyter.
- (2006), “Byzantine Adaptations of Thucydides”, en RENGAKOS y TSATMAKIS (2006: 755-778).
- RENGAKOS, A. y TSATMAKIS, A. (eds.) (2006), *Brill's Companion to Thucydides*, Leiden: Brill.
- REYNOLDS, L.D. (1983), “Sallust”, en *Texts and Transmission. A Survey of Latin Classics*, Oxford: Clarendon Press, pp. 340-352.
- RHODES, P.J. (2009), “Introduction”, en *Thucydides. History of the Peloponnesian War*, Oxford: University Press, pp. ix-līii.
- RICO, F. (1993), *El sueño del Humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid: Alianza.
- RIQUER, M. (1969), “Medievalismo y humanismo en la Corona de Aragón a fines del siglo XIV”, en *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Valencia, vol. II, pp. 221-235.
- ROBERTS, J. T. (1994), *Athens on Trial: The Antidemocratic Tradition in Western Thought*, Princeton: University Press.
- RODGERS, B. S. (1986), “Great Expeditions: Livy on Thucydides”, *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 166, 335-352.
- RODGERS, Z. (ed.) (2007), *Josephus and Historical Method*, Leiden: Brill.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (2003), *Tucídides: Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid: Instituto de Estudios Políticos (reed. de Madrid, E. Hernando, 1952-1955).
- ROKEAH, D. (1982), “Speeches in Thucydides: Factual reporting or creative writing”, *Athenaeum*, 60, 386-401.
- ROMERO CRUZ, F. (1990), “Sobre las arengas de Tucídides”, *Minerva* 4, 93-104.
- ROMILLY, J. DE (1951), *Thucydide et l'imperialisme athénien: la pensée de l'historien et la genèse de l'oeuvre*, Paris: Les Belles Lettres.

- (1956), *Histoire et raison chez Thucydide*, París: Les Belles Lettres.
- (1988), “Plutarch and Thucydides or the free use of Quotations”, *Phoenix* 42, 22-34.
- ROOD, T. (1998), “Thucydides and his Predecessors”, *Histos* (www.dur.ac.uk/histos/1998), 1-28 (sin paginación).
- ROTHSCHILD, C. K. (2009), “Irony and Truth: The Value of *De Historia Conscribenda* for Understanding Hellenistic and Early Roman Period Historiographical Method”, en J. Frey, C. K. Rothschild, J. Schröter (eds.), *Die Apostelgeschichte im Kontext antiker und frühchristlicher Historiographie*, Berlín y N. York: W. de Gruyter, pp. 277-294.
- RUBINCAM, C. (2004), “Thucydides and Defoe: Two Plague Narratives”, *International Journal of the Classical Tradition* 11, 194-212.
- RUBIO TOVAR, J. (1995), “Traductores y traducciones en la Biblioteca del Marqués de Santillana”, en J. de Paredes (ed.), *Medioevo y Literatura. Actas del V Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval*, Granada: Universidad de Granada, pp. 243-253.
- RUSSELL, D. A. (1983), *Greek Declamation*, Cambridge: University Press.
- RUSTEN, J. S. (ED.) (2009), *Thucydides*, Oxford: University Press.
- SACKS, K. (1981), *Polybius on the writing of history*, Berkeley: University of California Press.
- (1983), “Historiography in the rhetorical works of Dionysius of Halicarnassus”, *Athenaeum* 61, 65-87.
- SÁNCHEZ SALOR, E. (2008), “Retórica e historiografía en Roma”, en IGLESIAS-ZOIDO (ed.) (2008: 125-142).
- SANFORD, E. M. (1944), “The study of Ancient History in the Middle Ages”, *Journal of the History of Ideas* 5, 21-43.
- SANTOYO, J.C. (1994), “El siglo XIV: traducción y reflexiones sobre la traducción”, *Livius* 6, 17-34.
- SANZ JULIÁN, M. (1996), *La Crónica Troyana de J. Fernández de Heredia*, Zaragoza (Tesis de Licenciatura).
- SCANLON, T. F. (1980), *The Influence of Thucydides on Sallust*, Heidelberg: Carl Winter.
- SCOTT, J. (2000), “The Peace of Silence: Thucydides and the English Civil War”, en G. A. J. Rogers (ed.), *Hobbes and History*, Londres: Routledge, pp. 111-134.
- SCOTT, R. (1979), “The Classical Tradition in Byzantine Historiography”, en *Byzantium and the Classical Tradition*, Birmingham: Centre for

Byzantine Studies, pp. 61-74.

- SCHEPENS, G. (1990), "Polemic and Methodology in Polybius' Book XII", en SCHEPENS, G. *et al.* (eds.) (1990: 39-61).
- SCHEPENS, G. *et al.* (eds.) (1990), *Purposes of History: Studies in Greek Historiography from the 4th to the 2nd Centuries B. C.*, Leuven: Faculteit van de Letteren en Wijsbegeerte van de Katholieke Universiteit.
- SCHIFF, M. (1905) *La bibliothèque du Marquis de Santillane*, Paris: H. Champion.
- SCHILD, R. (1881), *Quibus in rebus Sallustius Thucydidem respexerit*, Nordhausen.
- SCHINDLER, F. (1973), *Die Überlieferung der Strategemata des Polyainos*, Viena: Österreichische Akademie der Wissenschaften.
- SCHLATTER, R. (1945), "Thomas Hobbes and Thucydides", *Journal of the History of Ideas* 6, 350-362.
- (1975), *Hobbes's Thucydides*, New Brunswick: Rutgers University Press.
- SCHRADER, C., (1994), "Tipología y orígenes de la historiografía en Grecia", en C. Schrader y A. López Eire (eds.), *Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia Clásica*, Zaragoza: Departamento de Ciencias de la Antigüedad, pp. 75-199.
- SIMONETTA, M. (1997), "Machiavelli lettore di Tucidide", *Esperienze Letterarie* 22, 53-68.
- SLOMP, G. (1990), "Hobbes, Thucydides, and the Three Greatest Things", *History of Political Thought* 11, 565-586.
- SMALLEY, B. (1971), "Sallust in the Middle Ages", en BOLGAR (ed.) (1971: 165-175).
- SONNABEND. H. (2004), *Thukydides (Studienbücher Antike 13)*, Hildesheim: Olms.
- SOULIS, E.M. (1972), *Xenophon and Thucydides : a study of the historical methods of Xenophon in the Hellenica with special reference to the influence of Thucydides*, Bristol: University of Bristol.
- SOWERBY, R. (1998), "Thomas Hobbes's Translation of Thucydides", *Translation and Literature* 7, 147-169.
- STADTER, PH. A. (1973), "Thucydidean Orators in Plutarch", en STADTER (ed.) (1973: 109-123).
- STADTER, PH.A. (ed.) (1973), *The Speeches in Thucydides*, Chapel Hill: University of North Caroline.
- STAHL, H.-P. (1966), *Thukydides. Die Stellung des Menschen im geschichtlichen*

- Prozeß*, München: C. H. Beck.
- (2003), *Thucydides: Man's Place in History*, Swansea: Classical Press.
- (2006), "Literarisches Detail und historischer Krisenpunkt im Geschichtswerk des Thukydides: Die Sizilische Expedition", *Rheinisches Museum* 145, 68-107.
- STANFORD, W.B. (1941), "Tzetzes' Farewell to Thucydides", *Greece and Rome* 11, 40-41.
- STIFFONI, G. (1975), *Utopia e ragione in Gabriel Bonnot de Mably*, Lecce: Milella.
- STORK, P. (2008), *Index of verb forms in Thucydides*, Leiden: Brill.
- STE. CROIX, G.E.M. (1975), "Aristotle on History and Poetry (*Poetics* 9, 1451a36-b11)", en B. Levick (ed.), *The Ancient Historian and his Materials. Essays in Honour of C. E. Stevens on His Seventieth Birthday*, Farnborough: Gregg International pp. 34-40.
- STRASBURGER, H. (1982), "Homer und die Geschichtsschreibung", en *Studien zur alten Geschichte*, vol. II, Hildesheim y N. York: Olms, 1057-97.
- STRASSLER, R. et al. (ed.) (1996), *The Landmark Thucydides. A comprehensive guide to the Peloponnesian War*, Nueva York: Simon and Schuster.
- STRAUSS, L. (2006), *La ciudad y el hombre*, Madrid: Katz.
- STREBEL, H.G. (1935), *Wertung und Wirkung des Thukydideischen Geschichtswerkes in der griechisch-römischen Literatur (Eine literargeschichtliche Studie nebst einem exkurs über Appian als Nachahmer des Thukydides)*, München: Pilger.
- STRUEVER, N. S. (1970), *The Language of History in the Renaissance*, Princeton: University Press.
- TARAGNA, A.M. (2000), *Logoi historias. Discorsi e lettere nella prima storiografia retorica bizantina*, Alessandria: E. d'Orso.
- TATE, R. B. (1970), *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid: Gredos.
- THIBAUDET, A. (1922), *La campagne avec Thucydide*, París: Éditions de la Nouvelle Revue Française.
- THIERMAN, P. (1993), *Die Orationes Homeri des Leonardo Bruni Aretino*, Leiden: Brill.
- TITCHENER, F. B. (1995), "Plutarch's Use of Thucydides in the *Moralia*", *Phoenix* 49, 189-200.
- TOMPKINS, D. (1972), "Stylistic Characterization in Thucydides: Nicias and Alcibiades", *Yale Classical Studies* 22, 181-214.

- TÖNNIES, F. (1988), *Hobbes*, Madrid: Alianza.
- TOSI, R. (1981), "Tucidide in Coricio", *Koinonía* 5, 99-104.
- (1988), *Studi sulla tradizione indiretta dei classici greci*, Bologna: Cooperativa Libreria Universitaria Editrice.
- (2004), "Tucidide in Plutarco", en I. Gallo (ed.), *La biblioteca di Plutarco. Atti del IX Convegno Plutarco. Pavia, 13-15 giugno 2002*, Nápoles: d'Auria, pp. 147-158.
- TRAUB, H. W. (1955), "Pliny's treatment of history in epistolary form", *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 86, 213-32.
- TREATGOLD, W. (2007), *The Early Byzantine Historians*, Nueva York: MacMillan.
- TSAKMAKIS, A. (1998), "Von der Rhetorik zur Geschichtschreibung: das Methodenkapitel des Thukydides (1.22.1-3)", *Rheinisches Museum* 141, 239-255.
- VARI, R. (1908), "Zum historischen Excerptenwerke des Konstantinos Porphyrogenetos", *Byzantinische Zeitschrift* 17, 75-85.
- VAUTHIER, B. (ed.), *Miguel de Unamuno: Manual de Quijotismo. Cómo se hace una novela*, Salamanca: Universidad, 2005.
- VERNET, A. (1961), "Les manuscrits grecs de Jean de Raguse (†1443)", *Basler Zeitschrift für Geschichte und Altertumskunde* 61, 95-96.
- VIDAL-NAQUET, P. (1990), "La place de la Grèce dans l'imaginaire des hommes de la Révolution", en *La démocratie grecque vue d'ailleurs: essais d'historiographie ancienne et moderne*, Paris : Flammarion, pp. 211-235.
- VILLA, D. (ed.) (2000), *The Cambridge Companion to Hanna Arendt*, Cambridge: University Press.
- VILLALBA ÁLVAREZ, J. (2009), *Los proemios en la historiografía latina renacentista*, Madrid: Ediciones Clásicas.
- VILLALBA I VARNEDA, P. (1986), *The historical method of Flavius Josephus*, Leiden: Brill.
- VIVES, J. (1927), *Juan Fernández de Heredia, gran Maestre de Rodas*, Barcelona: Balmes.
- WALBANK, F.W. (1960), "History and Tragedy", *Historia* 9, 216-30. (=WALBANK 1985: 212)
- (1965) *Speeches in Greek Historians*, Oxford: Clarendon Press (=WALBANK 1985: 242-261).
- (1985) *Selected Papers. Studies in Greek and Roman History and*



*Historiography*, Cambridge: Univesity Press.

- WARREN, CH. N. (2009), "Hobbes's Thucydides and the Colonial Law of Nations", *The Seventeenth Century* 24, 260-286.
- WEAIRE, G. (2005), "Dionysius of Halicarnassus' Professional Situation and the *De Thucydide*", *Phoenix* 59, 246-266.
- WEBB, R. (2001), "The Progymnasmata as Practice", en Y. L. Too (ed.), *Education in Greek and Roman Antiquity*, Leiden, Boston y Colonia: Brill, pp. 289-316.
- WEISS, R. (1977), *Medieval and Humanist Greek*, Padua: Antenore.
- WEST III, W. C. (1970): "The Speeches in Thucydides: A Description and Listing", en STADTER (ed.) (1973: 3-15).
- (1973), "A Bibliography of Scholarship on the Speeches in Thucydides, 1873-1970", en STADTER (ed.) (1973: 124-165).
- WESTLAKE, H. D. (1968), *Individuals in Thucydides*, Cambridge: University Press.
- (1973), "The Settings of Thucydidean Speeches", en STADTER (ed.) (1973: 80-108).
- WILLS, G. (1993), *Lincoln at Gettysburg: The Words that remade America*, Nueva York: Simon & Schuster.
- WILSON, N. G. (1994), *Filólogos bizantinos. Vida intelectual y educación en Bizancio*, Madrid: Gredos.
- (2000), "The Naples MS. of Thucydides", *Studi italiani di filologia classica* 18, 196-99.
- WINNINGTON-INGRAM, R.P. (1965), "τὰ δέοντα εἰπεῖν. Cleon and Diodotus", *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 12, 70-82.
- WITT, R. (1982), "Medieval *Ars Dictaminis* and the Beginning of Humanism", *Rennaisance Quarterly* 35, 1-35.
- WOODMAN, A. J. (1988), *Rhetoric in Classical Historiography: four Studies*, Londres: Taylor & Francis.
- WOOLF, D. R. (2000), *Reading History in Early Modern England*, Cambridge: University Press.
- WOOTEN, C. (1973), "The Ambassador's Speech: A particularly Hellenistic Genre of Oratory", *Quarterly Journal of Speech* 59, 209-212.
- (1974), "The speeches in Polybius: an insight into the nature of Hellenistic oratory", *American Journal of Philology* 95, 235-251.
- WRIGHT, J. K. (1997), *A Classical Republican in eighteenth-century France: the*

*Political Thought of Mably*, Stanford: University Press.

- YNDURAIN, D. (1999), "Historia y ficción en el siglo XV", en J. M. Enguita (ed.), *Jornadas de Filología Aragonesa*, Zaragoza: Institución Fernando el Católico, vol. I, pp. 183-226.
- YUNIS, H. (2003), "Writing for Reading: Thucydides, Plato, and the Emergence of the Critical Reader", en H. Yunis (ed.), *Written Texts and the Rise of Literate Culture in Ancient Greece*, Cambridge: University Press, pp. 189-212.
- ZACHARIADES-HOLMBERG, E. (2003), *Lessons unlearned: Thucydides and Venizelos on Propaganda and the Struggle for Power*, Minneapolis: University of Minneapolis.
- ZADOROJNYI, A.V. (1998), "Thucydides' Nicias and Homer's Agamemnon", *Classical Quarterly* 48, 298-303.
- ZANGARA, A. (2007), *Voir l'histoire: Théories anciennes du récit historique IIe siècle avant J.-C. - IIe siècle après J.-C.*, Paris: Vrin.
- ZIOLKOWSKI, J. E. (1985), *Thucydides and the tradition of funeral speeches in Athens*, Salem: Arno Press.
- ZUBER, R. (1968), *Les Belles Infidèles et la formation du gout classique. Perrot d'Ablancourt et Guez de Balzac*, Paris: A. Colin.
- (1972), *Nicolas Perrot d'Ablancourt. Lettres et prefaces*, Paris: Didier.
- ZUCKERMAN, C. (1990), "The Compendium of Syrianus Magister", *Jahrbuch der Österreichischen Byzantinistik* 40, 209-224.
- ZUMBRUNNEN, J. (2002), "Courage in the Face of Reality: Nietzsche's Admiration for Thucydides", *Polity* 35, 237-263.
- ZURETTI, C. O. (1922), "La lettera di Nicia (Th. VII 11-15)", *Rivista di filologia e di istruzione classica* 50, 1-11.

APÉNDICE  
EL *CORPUS* DE DISCURSOS DE TUCÍDIDES  
Y LOS PASAJES MÁS INFLUYENTES DE LA *HISTORIA*

El establecimiento del *corpus* de discursos tucidideos es una tarea más compleja de lo que parece a simple vista. West, al elaborar el listado más completo de discursos tucidideos, llega a afirmar que en Tucídides tenemos un “discurso” no sólo cuando alguien interviene en estilo directo o indirecto, sino incluso cuando el historiador, como una especie de portavoz, transmite “its substance”.<sup>759</sup> De este modo, incluye en su listado elementos tan variados como súplicas, mociones, demandas, críticas, consejos, consultas, informes, etc. Se comprende, así, que la enumeración y clasificación de los discursos presentes en la obra tucidídea varíe de unos autores a otros según su planteamiento de partida. En el siglo XIX, Jebb, teniendo en cuenta sólo los que estaban en estilo directo y empleando como parámetro clasificatorio los géneros retóricos aristotélicos, distinguió un discurso epidíctico (el Epitafio: 2.35-46); dos discursos “judiciales” (Juicio de los Platenses: 3.53-67) y treinta y ocho discursos deliberativos, grupo en el que incluyó las arengas militares.<sup>760</sup> Habría que contar aparte dos diálogos: el planteado entre los platenses y Arquidamo (2.71-4) y el Diálogo de los melios (5.89-113). Durante mucho tiempo, éste fue el *corpus* de discursos estable. West, un siglo más tarde, tuvo en cuenta todos los casos en los que la narración de la historia parece enfocarse sobre lo que fue dicho, excluyendo las referencias breves que sólo sirven para dejar constancia de que se pronunció un discurso. Su resultado: 52 discursos en estilo directo, 85 discursos en estilo indirecto y 3 casos en los que hay una mezcla de ambos.<sup>761</sup>

En la determinación del *corpus* de discursos, también hay que considerar dos cuestiones que afectan a la estructura de la obra, como son disposición y engarces narrativos. Con respecto a su disposición, Tucídides tiende a organizar los discursos dentro de debates oratorios, existiendo tres posibilidades. En primer lugar, discursos contrapuestos (distintos oradores, el mismo auditorio, y el mismo tema), suele ser el caso de la mayor parte de los discursos deliberativos, que son presentados siguiendo un esquema agonal. En segundo lugar, discursos complementarios (diferentes oradores, dirigidos a diferentes auditorios, pero sobre el mismo tema). Este es el modo en que Tucídides suele presentar las arengas militares. Sólo hay un caso dentro de los discursos asamblearios: las intervenciones claramente contrapuestas de corintios (1.120-4) ante los espartanos y de Pericles (1.140-4) ante la asamblea ateniense, que abren paso a las hostilidades. Y, en tercer lugar, discursos paralelos (el mismo orador y el mismo tema, pero dirigido a diferentes auditorios). Hay un solo caso: 1.90.3

---

<sup>759</sup> Cf. West (1973).

<sup>760</sup> Cf. Jebb (1880).

<sup>761</sup> Cf. West (1973).

y 91.4-7.

Este proceder, que delimita dos grupos de discursos, es coherente con el sistema de engarces o “settings” empleado por Tucídides. El estudio de los términos y frases que permiten insertar un discurso en la narración ha sido utilizado para distinguir posibles reproducciones *verbatim* (*táde*) de aquellas otras debidas exclusivamente a la pluma del historiador (*toiáde*),<sup>762</sup> o para aportar información sobre la estructura y fases de elaboración de la obra.<sup>763</sup> Por nuestra parte, hemos podido comprobar que los diferentes tipos y funciones de los engarces dependen directamente del tipo de intervención oratoria que introducen.<sup>764</sup>

A la vista e todos estos datos, en la obra de Tucídides podemos establecer tres grupos de discursos:

### **I.- Discursos deliberativos:**

Debate en Atenas (1/2).

1.- (1.32-6) Discurso de embajadores de Corcira (E.D.)

2.- (1.37-43) Discurso de los Corintios (E.D.)

Debate en Esparta (3/4/5/6).

3.- (1.68-71) Discurso de Corintios (E.D.)

4.- (1.73-78) Discurso embajadores de Atenas (E.D.)

5.- (1.80-85.2) Discurso de Arquidamo (E.D.)

6.- (1.86) Discurso de Esteneledas (E.D.)

7.- (1.120-4) Discurso de Corintios (E.D.)

8.- (1.140-4) Discurso de Pericles (E.D.)

9.- (2.60-4) Discurso de Pericles (E.D.)

10.- (3.9-14) Discurso de embajadores de Mitilene (E.D.)

11.- (3.30) Discurso de Teutiaplo (E.D.)

Debate sobre Mitilene (12/13).

12.- (3.37-40) Discurso de Cleón (E.D.)

13.- (3.42-8) Discurso de Diódoto (E.D.)

14.- (4.17-20) Discurso de Embajadores Espartanos (E.D.)

15.- (4.59-64) Discurso de Hermócrates (E.D.)

16.- (4.85-87) Discurso de Brásidas (E.D.)

Debate en Atenas sobre invasión de Sicilia (17/18/19)

17.- (6.9-14) Discurso de Nicias (E.D.)

18.- (6.16-18) Discurso de Alcibíades (E.D.)

19.- (6.20-23) Discurso de Nicias (E.D.)

<sup>762</sup> Cf. Harrison (1908).

<sup>763</sup> Cf. Westlake (1973).

<sup>764</sup> Cf. Iglesias-Zoido (2006)

Debate en Siracusa sobre la invasión ateniense de Sicilia (20/21/22)

20.- (6.33-34) Discurso de Hermócrates (E.D.)

21.- (6.36-40) Discurso de Atenágoras (E.D.)

22.- (6.41.2-4) Discurso de un general (E.D.)

## **II.- Arengas:**

1.- (2.11) Arenga de Arquidamo (E.D.)

2.- (2.87) Arenga de comandantes peloponesios (E.D.)

3.- (2.89) Arenga de Formión (E.D.)

4.- (4.10) Arenga de Demóstenes (E.D.)

5.- (4.11.4) Arenga de Brásidas (E.I.)

6.- (4.92) Arenga de Pagondas (E.D.)

7.- (4.95) Arenga de Hipócrates (E.D.)

8.- (4.126) Arenga de Brásidas (E.D.)

9.- (5.9) Arenga de Brásidas (E.D.)

10.- (5.69.1-2) Arengas de generales aliados (E.I.)

11.- (7.61-64) Arenga de Nicias (E.D.)

12.- (7.66-68) Arenga de Gilipo (E.D.)

13.- (7.77) Arenga de Nicias (E.D.)

## **III.- Otros discursos:**

### **Discurso Fúnebre**

1.- (2.35-45) Epitafio: discurso fúnebre pronunciado por Pericles (E.D.)

### **Pareja de discursos Judiciales**

1.- (3.53-59) Defensa de los Platenses (E.D.)

2.- (3.60-64) Acusación de los Tebanos (E.D.)

### **Diálogos**

1.- (2.71-4) Diálogo entre los Platenses y Arquidamo (E.D.)

2.- (5.89-105) Diálogo de los Melios (E.D.)

## **Algunos de los pasajes más influyentes de la *Historia* de Tucídides**

El proemio (1.1)

La Arqueología (1.2-21)

El capítulo metodológico (1.22)

La Peste (2.47-54)

Elogio póstumo de Péricles (2.65)

El asedio de Platea (2.75-8)

La discordia civil (*stásis*) (3.82-5)

La batalla de Pilos (4.1-16)

La Segunda Arqueología (6.1-9)

El segundo capítulo metodológico (5.26)

La carta de Nicias (7.11-15)

Combate nocturno en Siracusa (7.43-4)

El combate de la Bahía de Siracusa (7.60-85)

## INDEX NOMINVM

- Aftonio: 49, 104-5.  
Agatías: 25.  
Alberti, León Battista: 20.  
Amiano Marcelino: 24.  
Anaxímenes de Lampsaco: 62, 85.  
Andócides: 62.  
Antifonte: 63, 202, 239.  
Antonio, Nicolás: 173.  
Apiano: 22, 88.  
Arendt, Hanna: 14, 28, 197, 238.  
Aretino, Rinuzio: 164.  
Aristóteles: 9, 51-2, 60, 61-2, 66, 72, 82.  
Auden, W. H.: 234.235.  
Aurispa, Giovanni: 159.  
Bellay, J, du: 176.  
Belleforest, François de: 163, 184, 186.  
Boccaccio, Giovanni: 26, 135-6.  
Bodin, Jean: 187.  
Boner, Jeremías: 164.  
Bonnot de Mably, Gabriel: 210, 221-224.  
Brenellerie, Gudín de la: 223-224.  
Bruni, Leonardo: 20, 27, 142, 158, 160-1, 181, 187.  
Calino: 64.  
Calístenes: 57, 85.  
Cadodiqui, Demetrio: 139, 144, 148.  
Camus, Albert: 28, 237-8.  
Cantacuceno, Juan: 25.  
Caritón: 24, 117-118.  
Casa, Giovanni della: 179-180.  
Castro Salinas, Juan de: 173.  
Centorio, Ascanio: 181.  
Cicerón: 23, 48, 62-3, 77-8, 82-3, 84, 88-9, 95, 100, 108, 110, 114, 159, 165, 171, 176, 195, 204, 208.  
Colonne, Guido delle: 140, 142, 147, 153.  
Commena, Ana: 25, 125.  
Constantino VII Porfirogénito: 122, 123, 129-130, 131.  
Cratipo: 80.  
Coricio de Gaza: 25, 121.  
Crisoloras, Manuel: 158-159.  
Critobulo: 125.  
Decembrio, P. Cándido: 142.  
Demades: 101.  
Demóstenes: 22, 69, 99, 108, 109, 110, 121, 140, 170.  
Desmoulins, Camille: 218.  
Dexipo: 25.  
Diodoro de Sicilia: 85, 106.  
Dion Casio: 77.  
Dionisio de Halicarnaso: 11, 23, 24, 48, 50, 78, 84, 91, 95, 96, 110, 113, 121, 126, 127, 128, 195, 204.  
Doménech, Jaime: 137.  
Éforo: 82-3, 85, 100, 106.  
Elio Arístides: 49, 104, 106-9, 110, 114-5, 116, 118.  
Enríquez del Castillo, Diego: 162-163.  
Estienne, Henri: 183-184.  
Estobeo: 102, 177-178.  
Eurípides: 52, 64, 69.  
Everett, Edward: 240.  
Faba, Guido: 143.  
Fernández de Heredia, Juan: 13, 15, 19, 26, 135-154, 157, 158, 159, 163,

- 167, 173, 247.  
 Fidelity, Francesco: 159.  
 Filarco: 85.  
 Filisto: 83-84, 100, 106.  
 Filocoro: 85.  
 Flavio Josefo: 12, 24, 88, 125, 138.  
 Focio: 111, 116, 128.  
 Frontino: 137.  
 Gildersleeve, Basil L.: 233.  
 Gorgias: 63, 116.  
 Gracián de Alderete, Diego: 9, 173-5.  
 Granollach, Bernat: 142.  
 Gregoras, Nicéforo: 152.  
 Gregorio de Chipre: 133.  
 Gregorio de Corinto: 33.  
 Gessner, Conrad: 177.  
 Guicciardini, Francesco: 27, 156.  
 Hegel, J. Guillermo Federico: 212-213.  
 Hermógenes: 49, 106, 157, 159-160.  
 Herodiano: 131-132.  
 Heródoto: 11, 21, 35, 43, 51, 88, 126, 158, 195, 229.  
 Hiperides: 69.  
 Hobbes, Thomas: 14, 27, 196, 200-5, 209, 217, 221, 229, 242.  
 Homero: 7, 27, 51-2, 78, 127, 200.  
 Hôpital, Michel de l':  
 Hume, David: 199-200.  
 Hurtado de Mendoza, Diego: 188.  
 Isócrates: 82-3, 111.  
 Jenofonte: 21-2, 23, 24, 36, 39, 40, 49, 58, 78, 80-1, 85, 86, 90, 99, 100, 128, 131, 132, 135, 173, 186, 187, 207, 221.  
 Jerónimo de Cardia: 85.  
 Justino: 52.  
 Latini, Brunetto: 143.  
 Lesbonacte de Mitilene: 111-113, 116, 118, 246.  
 Lévesque, Pierre-Charles: 27, 218-220.  
 Libanio: 99, 122.  
 Libri, Matteo de': 143.  
 Lincoln, Abrahám: 240-1.  
 Lisias: 62, 69, 255.  
 Llull, Ramón: 143.  
 Longo: 24.  
 López de Mendoza, Íñigo (Marqués de Santillana): 138.  
 López Pinciano, Alonso: 173.  
 Luciano de Samosata: 23, 35-6, 48, 77, 97-8, 160.  
 Lucrecio: 96, 136  
 Marcelino: 12, 23, 52, 64, 78, 90, 102, 127.  
 Merimée, Próspero: 228-229.  
 Marivaux, Pierre de: 210.  
 Martorell, Joanot: 143-144.  
 Maquiavelo: 17, 27, 188, 202, 231.  
 Marcardi, Agostino: 195.  
 Melanchton, Philipus: 179.  
 Nannini, Remigio: 163, 173, 180-3, 184, 186.  
 Nichols, Thomas: 172.  
 Nicolás V: 163-164.  
 Nietzsche, Friedrich: 28, 227, 228, 231-2, 238.  
 Ovidio: 96.  
 Pérez de Guzmán, Fernán: 162.  
 Perrot d'Ablancourt, Nicolas: 27, 193, 200, 205-10, 211, 212, 218, 219.  
 Petrarca, Francesco: 26, 141.  
 Piccolomini, Eneas Silvio: 159.  
 Planudes, Máximo: 133.  
 Platón: 9, 52, 56, 58, 69, 81, 109, 158, 159, 231, 239.  
 Plutarco: 13, 24, 27, 85, 90, 102, 106, 127, 128, 133, 137, 138, 139, 140, 141, 144, 148, 149, 153, 156, 157, 173, 181, 186, 187, 195, 202, 210, 213, 218, 229, 246.  
 Polibio: 12, 13, 24, 57, 58, 85, 86, 87, 88, 114, 130, 150, 152, 168, 181, 211, 221, 247.  
 Polieno: 133.  
 Pompeyo Trogo: 52, 138.  
 Prisco: 25.  
 Procopio: 22, 25, 123, 124, 125, 160, 181.  
 Protágoras: 71.  
 Quintiliano: 23, 48, 84, 89, 90, 95, 100, 108, 161, 165, 195.  
 Ragusa, Juan de: 159.  
 Ramón y Cajal, Santiago: 236.  
 Rollin, Charles: 211.  
 Rossi, Roberto de': 158.  
 Rousseau, Jean Jacques: 212, 218.  
 Sabélico, Marco Antonio: 178 n. 566.  
 Sahlings, Marshall: 237.  
 Salustio: 12, 13, 22, 24, 30, 79, 90, 96, 114, 115, 135, 138, 141, 142, 143, 144,



- 152, 155, 156, 162, 167, 168, 175,  
176, 177, 221, 230.
- Salutati, Coluccio: 138, 141.
- Séneca: 24, 100.
- Seyssel, Claude de: 26, 27, 164, 168, 169-172,  
173, 174, 175, 178, 184, 185, 187,  
201, 206.
- Simocatta, Teofilacto: 25, 124.
- Simón Abril, Pedro: 173.
- Strauss, Leo: 14, 28, 197, 227, 228.
- Strozzi, Franceco di Soldo: 172-173
- Tácito: 24, 177, 181, 188, 195, 206, 220,  
232, 236.
- Teón: 99-100, 103-4, 105, 106, 107, 111,  
112.
- Teopompo de Quíos: 81, 82, 83, 85, 100.
- Thibaudet, Alexandre: 233-234.
- Tirteo: 64
- Tito Livio: 22, 24, 79, 90, 115, 116, 138,  
159, 168, 175, 176, 177, 181, 187,  
188, 221, 229, 230, 247.
- Trebisonda, Jorge de: 159-160.
- Tzetzes: 11, 26, 121, 122, 126-8, 133.
- Unamuno, Miguel de: 17.
- Valencia, Pedro de: 173.
- Valerio Máximo: 13, 138, 141.
- Valla, Lorenzo: 20, 26, 27, 142, 154, 155,  
158, 160, 161, 164, 165, 167, 168,  
169, 171, 172, 173, 178, 189, 206,  
223.
- Veleyo Patérculo: 24.
- Venizelos, Eleuterio: 28, 236.
- Veroneso, Guarino: 158.
- Villena, Enrique de: 142.
- Vergara, Francisco de: 173.
- Viperano, G. Antonio: 194.
- Vossio, Gerardo: 194.
- Yorke, Charles: 213 n. 664.
- Yorke, Philip: 213 n. 664.
- Zonaras, Juan de: 149.

## INDEX LOCORVM\*

AEL. ARIST.

*Or.* 3 LB: 109 n. 344.

*Or.* 5 LB: 106-109.

*Or.* 6 LB: 106-109.

*Or.* 7 LB: 109.

ANTHOLOGIA PALATINA

9.583: 9, 156 n. 489.

APHTHONIUS

*Progymn.*

8.22-24: 104 n. 326.

8.23-24: 105 n. 329 y 330.

37.17-20: 49.

ARIST.

*Poet.* 51 n. 141.

1451a36-b1ss.:

*Rh.*

1382a22 ss.: 66 n. 185.

1360a35-39: 82 n. 216.

CALLISTHENES

*FGrHist.* 124F44: 85.

CHARITON

6.8: 117.

6.8.5-6: 117.

7.3.8-11: 118.

CHORIC.

*Or.* 8

32.2: 121 n. 376.

CIC.

*Ad Q. fr.*

2.11.4: 84 n. 222.

*Brut.*

27: 100 n. 299.

29: 62 n. 168, 100 n. 301.

287-288: 108 n. 343.

287-289: 89.

*De legibus*

1.5: 48 n. 131.

*Ep. Att.*

10.8.7: 88 n. 243.

*De orat.*

2.13: 89 n. 249.

2.22.93: 100 n. 299.

2.57: 82 n. 216; 84.

2.94: 82 n. 216.

9.30: 89 n. 248.

*Orat.*

12-39: 165.

20.68: 177 n. 561.

31-32: 89 n. 247, 108 n. 343.

39: 89; 90 n. 251.

62: 90 n. 251.

*Opt. Gen.*

15-16: 89 n. 246.

CONSTANTINUS VII

*De insidiis*

4.22: 130 n. 412.

\* Índice de pasajes de autores antiguos grecolatinos citados en el libro.

30.22: 130 n. 412.  
 48.25: 130 n. 412.  
 215.8: 130 n. 412.  
 412.27: 130 n. 412.  
*De legationibus*  
 199.6: 130 n. 412.  
 484.18: 130 n. 412.  
*De virtutibus et vitiis*  
 1.63.2: 130 n. 412.  
 2.153.10: 130 n. 412.

CRITOBULUS

*Historiae*  
 1.48-51: 125.  
 1.51.1-5: 125.  
 1.60.1: 125.

D. HAL.

*Ep. Ad Pomp.*  
 6.11: 95 n. 271.  
*Imit.*  
 3.2: 84.  
 3.6-7: 84 n. 224.  
 3.8: 84 n. 225.  
*Orat. Vett.*  
 1.4.2: 110.  
*Thuc.*  
 1-2: 92 n. 261.  
 2: 91 n. 256.  
 2.2: 92 n. 260.  
 34: 91 n. 257, 93 n. 263 y 264.  
 34-48: 91 n. 258, 92 n. 262.  
 35: 93 n. 265.  
 41.4: 94 n. 268.  
 42.1: 94-95.  
 42.1-4: 94 n. 269.  
 42.2-3: 95, 96 n. 274.  
 42.4: 95.  
 42.5: 95 n. 270.  
 43: 94.  
 49: 91 n. 257.  
 55: 128 n. 407.

D. L.

2.57: 80 n. 209.

D. S.

12.82.3-13.35:106.  
 13.8.6-7: 107 n. 335.

20.1: 85 n. 230.

FRONTO

*Ep.*  
 2.1.15: 107 n. 335.

HELLENICA OXYRHYNCHIA

*FGrHist.* 66: 80.

HERMOGENES

*Progymn.*  
 21: 106 n. 331.  
 22.15-18: 9.

HDTO.

3.80-2: 55 n. 153.

LESB.

*Or.* 1: 111-112.  
 1.2-3: 111.  
 1.4: 111.  
*Or.* 2: 112.  
 2.1: 112.  
 2.3-8: 112.  
*Or.* 3: 112-113.  
 3.1-2: 113.  
 3.3-12: 113.

LIB.

*Ep.*  
 379.5 y 6: 99.  
 844.2: 99.  
 1036: 99.  
*Or.*  
 1.148-150: 99, 122.  
 34.12: 99.

LONGO

*Praef.* 1 117.

LUC.

*Hist. conscr.*  
 15: 97 n. 282.  
 26: 97, 98, 98 n. 285, 113 n. 355.  
 42: 86 n. 235.  
 58: 86, 98, 98 n. 286.  
 61: 35.  
 63: 77  
*Salt.*

69: 111.

LUCR.

6.1090-1286: 96 n. 277, 136.

MARC.

*Vita Thuc.*

26: 80 n. 205.

35: 12, 78 n. 201, 90-91.

35-37: 52 n. 142.

38: 64 n. 174.

42: 79 n. 202.

45: 81 n. 212.

51: 102 n. 319.

OVID.

*Met.*

7.523-614: 96 n. 277.

PHILISTUS

*FGrHist.* 556 83-84.

PHOTIUS

*Bibl. cod.*

71: 24, 51, 77 n. 200.

74 p 52<sup>a</sup>: 111.

PLAT.

*Menex.*

236e: 69 n. 192.

*Rep.*

339 a: 82 n. 213.

560 c-d: 82 n. 214.

*Symp.*

221c: 52 n. 145.

PLBO.

2.56.10-11: 57 n. 160.

8.13.3: 81 n. 212.

12.25a: 85 n. 230, 181.

36.1.6-7: 87 n. 239.

PLUT.

*De Gloria Ath.*

345e-f3: 86, 141 n. 453.

347a: 90 n. 253.

347c: 90 n. 252.

*Mor.*

73a: 102 n. 317.

217f: 102 n. 316.

220d: 102 n. 316.

242e: 102 n. 316.

533a: 102 n. 316.

535e: 102 n. 317.

540c: 102 n. 317.

783f: 102 n. 316.

786b: 102 n. 316.

802c: 102 n. 317.

824c: 102 n. 316.

854a: 102 n. 316.

803b: 85.

*Vitae:*

*Alcib.*

14.8-9: 149.

17-21: 106.

*Dion.*

36.3: 84 n. 222.

*Fab. Max.*

1.8: 102 n. 318.

*Nic.*

12-30: 106.

PROTOP.

*Bell.*

2.22: 124.

2.27: 124.

PS. ARIST.

*Rhet.*

65, 1.13-16: 116.

PS. LONGIN.

*Subl.*

14.1: 90.

38.3: 90.

QUINT.

*Inst. Or.*

10.1.19: 100 n. 297.

10.1.32-33: 90.

10.1.73: 89 n. 250, 165.

10.1.74: 84 n. 222.

10.1.101: 24 n. 49.

10.2.17: 24 n. 49.

12.2.22: 100 n. 300.

SALL.

*Bell. Iug.*

10.7: 143.  
 60.3-4: 96.  
 101.11: 96.  
*Cat.*  
 20-21: 96.  
 58-61: 96.  
*Historiae*  
*Frg.* 1.55: 142.  
*Frg.* 1.77: 142.  
*Frg.* 2.47: 142.  
*Frg.* 2.98: 142.  
*Frg.* 3.48: 142.  
*Frg.* 4.69: 142.

SEN.  
*Ep.*  
 84: 100 n. 297.  
*Suas.*  
 6.21: 24.

STOBAEUS  
*Florileg.*  
 4.2: 102.

SUET.  
*Aug.*  
 84: 115 n. 362.  
*Caes.*  
 1.55.4: 115 n. 362.  
*Dom.*  
 10.3: 116.

TAC.  
*Dial. Orat.*  
 13: 177 n. 562.

TEOPHYLACTUS  
*Historiae*  
 2.13-14: 124.  
 3.11.5-6: 124.  
 3.13: 124.

TEMIST.  
*Or.*  
 4.59d-60c: 122.

THEON  
*Progymn.*  
 60: 103.

61: 103.  
 65-66: 103.  
 70: 104 n. 325.  
 88.17 ss.: 105 n. 329, 111 n. 352, 149.  
 134.24-135.1: 99-100.

THEOPOMPUS

*Fr.* 395: 83.

TH.

1.1: 43.  
 1.1-21: 37.  
 1.2-21: 54.  
 1.2.2-4: 101 n. 305.  
 2.19.1-21.1: 101 n. 305.  
 1.20.1: 44.  
 1.20.3-21.1: 44.  
 1.21: 37.  
 1.21.2: 44.  
 1.22: 11, 37, 40 n. 110, 45, 54.  
 1.22.1: 51, 52, 53 n, 149, 54, 55.  
 1.22.2-3: 45.  
 1.22.3-4: 46.  
 1.22.4: 54, 77, 105.  
 1.23.5-6: 47 n. 126.  
 1.23.6: 37.  
 1.32: 165.  
 1.32-43: 37; 105 n. 328.  
 1.32-36: 60, 145.  
 1.37: 165.  
 1.37-43: 60, 104, 145.  
 1.53.2: 165.  
 1.53.4: 165.  
 1.68.1: 165.  
 1.68-86: 37, 47 n. 125, 117.  
 1.68-71: 60, 145, 151.  
 1.71-73: 101 n. 304.  
 1.73.1: 165.  
 1.73-78: 145.  
 1.77-78: 60.  
 1.80.1: 165.  
 1.80-85: 60.  
 1.86: 60; 105 n. 328.  
 1.86.1: 165.  
 1.89-118: 37.  
 1.120.1: 166.  
 1.120-124: 37, 60, 146.  
 1.128.7: 166.  
 1.129.3: 166.

- 1.135.2: 167.  
 1.137.4: 166.  
 1.138.3: 167.  
 1.139-141: 101 n 304, 105 n. 328.  
 1.140.1: 166.  
 1.140-144: 37, 47 n. 125, 60, 94-95.  
 2.2-5: 101 n 304, 105 n. 328, 111.  
 2.11: 67, 101 n 304, 146.  
 2.11.1: 166.  
 2.11.5-9: 101.  
 2.12.3: 166.  
 2.13: 101 n 304; 145.  
 2.15 ss.: 101 n 304.  
 2.19-23: 105 n. 328.  
 2.35: 69, 101 n 304.  
 2.35.1: 101, 166.  
 2.35-46: 37, 68, 109.  
 2.36-42: 69.  
 2.43-45: 69.  
 2.45.1: 83.  
 2.46: 69.  
 2.47-51: 96.  
 2.47-54: 38.  
 2.49: 103.  
 2.59 ss.: 101 n 304.  
 2.60-64: 37, 102 n. 317, 105 n. 328.  
 2.60.1: 166.  
 2.61.3: 117.  
 2.65: 37, 101 n 304.  
 2.67: 101 n 304.  
 2.71-74: 70, 111.  
 2.71.2: 166.  
 2.71.4: 70.  
 2.72.1: 71, 166.  
 2.72.3: 166.  
 2.73 ss.: 101 n 304.  
 2.73.1-74.1: 101.  
 2.73.2: 166.  
 2.74.3: 166.  
 2.75-78: 38.  
 2.87: 65 n. 181, 67, 145, 151.  
 2.87.1: 166.  
 2.89: 65 n. 181, 67, 145, 151.  
 2.89.1: 166.  
 2.90 ss.: 101 n 304.  
 2.90-92: 105 n. 328.  
 3.9-14: 60.  
 3.9.1: 166.  
 3.10.7-8: 105 n. 328.  
 3.21: 103.  
 3.27-28: 105 n. 328.  
 3.30: 146.  
 3.30.1: 166.  
 3.35-50: 38.  
 3.36.6: 55 n. 156.  
 3.37-48: 61.  
 3.37.1: 166.  
 3.41: 56 n. 157.  
 3.42-48: 104.  
 3.42.1: 166.  
 3.45.7: 117.  
 3.52-68: 38.  
 3.53-67: 69, 111.  
 3.53.1: 166.  
 3.58 ss.: 101 n 304.  
 3.58-59: 69.  
 3.58.1: 167.  
 3.61.1: 166.  
 3.62: 70.  
 3.63-64: 70.  
 3.68: 105 n. 328, 112.  
 3.69-85: 38.  
 3.82-85: 38.  
 3.82.1-2: 101 n 305.  
 3.82.4: 101 n 305.  
 3.82.4-5: 82 n. 214.  
 3.104.4: 167.  
 4.1-16: 38.  
 4.8-14: 101 n 304, 105 n. 328.  
 4.10: 67.  
 4.10.1: 166.  
 4.11.4: 65, 67, 166.  
 4.17-20: 38, 60, 109.  
 4.21: 109 n. 345.  
 4.59: 166.  
 4.59-64: 39, 60.  
 4.85-87: 60.  
 4.85.1: 166.  
 4.87: 101 n 304.  
 4.92: 65 n. 181, 67.  
 4.92.1: 166.  
 4.94.2: 65.  
 4.95: 65 n. 181, 166.  
 4.96.1: 65.  
 4.97.2: 166.  
 4.98.1: 166.  
 4.99.1: 166.  
 4.104: 36.

4.114.1: 166.  
 4.118.1: 167.  
 4.120.3: 166.  
 4.126: 67.  
 4.126.1: 166.  
 5.1-24: 39.  
 5.9.1: 166.  
 5.9.7: 125.  
 5.9.9-10: 125.  
 5.10.5: 125.  
 5.18.1: 167.  
 5.23.1: 167.  
 5.24ss.: 36.  
 5.26: 36, 39, 80.  
 5.45.2: 149.  
 5.47.1: 167.  
 5.69: 65.  
 5.77.1: 167.  
 5.79.1: 167.  
 5.89: 72.  
 5.85-111: 166.  
 5.85-116: 39, 70, 71-72.  
 6.1.1: 167.  
 6.1-9: 39.  
 6.8-26: 39.  
 6.9-14: 60.  
 6.9.1: 166.  
 6.9-18: 107 n. 336.  
 6.16: 166.  
 6.16-18: 60.  
 6.20.1: 166.  
 6.20-23: 60.  
 6.33-34: 60.  
 6.33.1: 166.  
 6.36-40: 60, 145.  
 6.36.1: 166.  
 6.41: 145.  
 6.41.2: 166.  
 6.53-62: 39.  
 6.54.7: 167.  
 6.59.3: 167.  
 6.66-68: 65 n. 181, 67.  
 6.67.3: 66.  
 6.68: 67, 146.  
 6.68.1: 166.  
 6.72: 145.  
 6.73.2: 108 n. 340.  
 6.72.3: 166.  
 6.76-80: 60.

6.76.1: 167.  
 6.82-87: 60.  
 6.82.1: 167.  
 6.88-91: 39.  
 6.89-92: 60.  
 6.89.1: 167.  
 7.5.3: 167.  
 7.5.3-4: 65.  
 7.8.1: 108 n. 340.  
 7.11-15: 35, 96 n. 275, 104, 106-107.  
 7.11.1: 167.  
 7.15.1: 108 n. 340.  
 7.21.1: 167.  
 7.21.3: 167.  
 7.43-44: 49.  
 7.57.2: 167.  
 7.58.1: 167.  
 7.60-85: 39.  
 7.61-64: 65.  
 7.61-77: 96.  
 7.61.1: 167.  
 7.66.1: 167.  
 7.69.2: 65, 66 n. 183, 67, 167.  
 7.76.1: 65.  
 7.77: 67.  
 7.77.1: 167.  
 7.84.5: 90.  
 8.1: 40.  
 8.13-44: 40.  
 8.18.1: 167.  
 8.31.1: 167.  
 8.45-66: 40.  
 8.45.2: 167.  
 8.58.1: 167.  
 8.63-72: 40.  
 8.89-98: 40.

VEL. PATERC.

2.36.2: 24.

VIRG.

*Georg.*

3.478-566: 96 n. 277.

X.

*Anab.*

3.1.15-25: 131 n. 418.

3.1.35-44: 131 n. 418.

3.2.2-3: 131 n. 418.

3.2.10-32: 131 n. 418.

3.2.39: 131 n. 418.

*Cyr.*

1.5.7-14: 131.

3.1.14-31: 81 n. 211.

3.3.44-45: 31.



## INDEX RERVM

- ADAPTACIÓN: 14, 18, 52, 67, 197.  
ALFABETIZACIÓN: 45-46.  
ANTIGÜEDAD GRECOLATINA: 9, 10, 11,  
12, 13, 15, 19, 20, 21, 22, 23, 29, 30,  
43, 48, 50, 64, 73, 75, 77-120, 131,  
132, 135, 139, 140, 141, 142, 149,  
152, 169, 170, 180, 183, 210, 224,  
227, 230, 231, 238, 245, 247.  
*ARQUEOLOGÍA*: 37, 39, 43, 54, 79, 283.  
*ARTES ARENGANDI*: 143-144.  
*ARTES DICTAMINIS*: 143-144.  
ASEDIO: 12, 25, 38, 49, 72, 118, 121, 123,  
124, 125, 126, 246, 283.  
ATICISMO: 10, 12, 63, 91, 121.  
AUTOPSIA: 162.  
BIBLIOTECA: 122, 136, 138, 142, 145,  
151-152, 154, 163, 169, 170, 214, 230.  
BIOGRAFÍA Y *VIDAS*: 13, 23, 52, 64, 102,  
106, 133, 138, 139, 140, 141, 144,  
157, 186, 246.  
BIZANCIO: 10, 13, 15, 18, 23, 25, 80,  
121-134, 149, 149-151, 157, 158,  
165.  
CAPÍTULO METODOLÓGICO: 10, 11, 37, 39,  
45-46, 52, 54-56, 105, 109, 162,  
283.  
CARÁCTER DEL ORADOR: 12, 57, 86, 102,  
112, 141, 214.  
CARACTERIZACIÓN: 63, 64, 84, 117.  
CARTAS: 13, 39, 88, 91, 95, 96, 104, 106,  
107, 115, 121, 124, 127, 131, 143,  
151, 158, 159, 160, 164, 177, 179,  
206, 211, 214, 216, 220.  
CLASICISMO: 205-6.  
COMENTARIOS Y ESCOLIOS: 11, 16, 19, 23,  
26, 30, 78, 99, 111, 124, 126, 152,  
179.  
*CONTIONES*: 89, 90, 91, 151, 160, 165, 208.  
CORONA DE ARAGÓN: 136-137, 151.  
CORONA DE CASTILLA: 137, 162-163.  
*CORPUS* DE DISCURSOS: 16, 67, 131-2, 145,  
281-284.  
CORTE PAPAL DE AVIÑÓN: 13, 136-138,  
140, 142, 144, 147, 148, 159.  
CRESTOMATÍA: 11, 47, 63, 64-8, 72.  
CRÍTICOS ANTIGUOS: 11, 23, 26, 78, 79,  
83-4, 88-98, 110, 115, 126-7, 183,  
195.  
CRÍTICOS MODERNOS: 15, 17-31, 39, 48,  
51, 52, 63, 68, 79, 81, 88, 102, 117,  
123, 125, 135, 138-140, 144, 158,  
164, 169, 173, 174, 232-3, 240.  
*CRÓNICAS*: 139-140, 163, 177.  
*CRÓNICA TROYANA*: 134-140, 142, 147, 153.  
CUATROCIENTOS: 40, 155.  
DECLAMACIÓN: 23, 99, 100, 103, 105, 106,  
107, 108, 109, 110, 111, 112, 114,  
116, 118.  
DEMOCRACIA ATENIENSE: 12, 40, 59, 68,  
72, 211, 212, 217, 220, 235, 239,  
240, 241.  
DEMOCRACIA PARLAMENTARIA: 14, 197,  
219-20, 221, 241-2.  
DESCRIPCIÓN DE BATALLAS: 12, 49, 51, 79,  
84, 104, 107, 246.  
DIÁLOGOS: 12, 39, 52, 58, 68, 70-2, 82,

- 94-5, 101, 111, 165, 175, 221, 236-7, 239, 281, 283.
- DISCORDIA CIVIL (*stásis*): 12, 14, 24, 29, 38, 72, 79, 204-5, 283.
- DISCURSO HISTORIOGRÁFICO: 14, 15, 50, 58, 83, 86, 87, 98, 113, 114-119, 129-130, 142, 143, 150, 152, 154, 168, 176, 183-4, 187, 195, 222, 246.
- DISCURSO-MODELO: 59-64, 64-68, 72, 112-113, 118.
- DISCURSOS, TIPOS DE:
- Arengas militares*: 12, 13, 21, 52, 58, 59, 64-68, 72, 86, 87, 95, 96, 101, 103, 105-106, 109-110, 111-113, 114, 115, 116, 117, 118, 124, 125, 130, 131-133, 135, 142, 178, 184, 221, 287.
  - Asamblearios*: 12, 59-64, 66, 67, 68, 87, 281.
  - Embajadas*: 12, 38, 59, 60, 86, 118, 130, 143, 149, 182.
  - Epidícticos*: 58, 67, 68-69, 94, 97, 98, 101, 102, 109, 145, 161, 167, 212-213, 216, 235, 238, 239-240, 241-242, 281, 283.
  - Judiciales*: 61, 69-70, 72, 175, 281, 283.
- DISCURSOS SICILIANOS: 49, 103-4, 106-109, 114, 116, 118.
- DRAMATIZACIÓN: 84-86.
- EDAD CONTEMPORÁNEA: 20, 27, 197, 211, 225, 227-244.
- EDAD MEDIA: 13, 15, 18, 21, 77, 132, 135-154, 164, 177, 180, 247.
- EDAD MODERNA: 13, 14, 18, 26, 27, 78, 193, 199-209, 229.
- ENÁRGELA: 86, 90.
- ENCOMIO / ELOGIO: 37, 69, 72, 104-105, 116, 175.
- ENGARCES: 12, 55, 112, 132-133, 136, 144, 145, 146-148, 153, 182, 209, 282.
- ÉPICA: 11, 43, 45, 48, 52, 64, 176-177.
- EPIPÓLISIS: 65, 67, 110, 117, 132, 253.
- EPITAFIO: v. Discursos epidícticos
- EPÍTOMES: 135, 136, 150.
- ESCUELA / SISTEMA EDUCATIVO: 22, 78, 98-118.
- ESCUELA ISOCRÁTICA: 82-83, 84-85.
- ESTADO DE LA CUESTIÓN (bibliografía): 17-31.
- ESTILO DIRECTO: 37, 40, 58, 68, 132, 136, 144, 145, 146, 148, 149, 153, 160, 209, 281.
- ESTILO INDIRECTO: 65, 117, 132, 136, 144, 145, 148, 149, 153, 281.
- EXACTITUD (*akríbeia*): 45, 51, 53, 56, 82, 109.
- EXCERPTA: 13, 30, 122-123, 129-133, 141, 150-151, 152, 246.
- FILOSOFÍA: 196, 209, 216, 231, 238-239.
- FINALIDAD DE LA HISTORIA: 24, 35, 57, 63, 128, 130, 170, 201, 224.
- FLORILEGIO: 102, 141, 142, 150, 177-178.
- FORMACIÓN MILITAR: 28.
- GUERRA DE TROYA: 37, 43.
- GUERRA DEL PELOPONESO: 14, 36, 37, 40, 43, 47, 80, 104, 106, 111, 117, 141, 146, 157, 178, 207, 212, 215, 228, 233, 236.
- GUERRA FRÍA: 28, 227, 236.
- GUERRAS MÉDICAS: 37, 44, 68, 111.
- HIPÓTESIS (*Hypóthesis*): 103-104.
- HISTORIA MAGISTRA VITAE: 20, 139, 141.
- HISTORIA PRAGMÁTICA: 14, 25, 35-36, 43, 45, 54-55, 58, 59, 63, 83, 85, 123, 130, 196, 201, 223, 227, 243.
- HISTORIA TRÁGICA: 57.
- HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA: 15, 27, 194, 224, 225, 227, 228, 230, 231, 232.
- HUMANISMO: 10, 136, 137, 170.
- ILUSTRACIÓN: 195, 210-225.
- IMITACIÓN (*Imitatio; mimesis*): 10, 11-12, 13, 14, 15, 18, 22, 23, 24, 48, 50, 73, 77, 79, 82, 83, 84, 88, 89, 90-91, 92, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 103, 104, 105, 108, 111, 114, 117, 121, 125, 128, 129, 130, 135, 157, 160, 161, 176, 186, 189, 196, 199, 201, 204, 227, 241, 245, 247.
- IMPERIALISMO: 9, 27, 230.
- INNOVACIONES DE TUCÍDIDES: 43-46.
- ISEGORÍA: 59-60.
- ISONOMÍA: 59, 61.
- LACONISMO: 63.
- LECTURA/LECTORES: 9-15, 18, 29, 46, 78-79, 80, 99, 100, 103, 114, 115, 118, 122, 126-7, 128, 129, 133, 139, 141, 152-153, 155-157, 162, 164, 168, 170, 173, 180, 186, 187-189,

- 193, 196, 200, 202, 204-205, 206, 208, 211, 213, 218, 219, 220, 227, 231, 236-237, 238, 245-246.
- MANUSCRITOS: 26, 112, 126-127, 129, 131-133, 135, 136-137, 138, 140, 142, 144-152, 154, 155, 157, 158-159, 163, 165-168, 173, 179, 183, 213.
- MÁXIMAS / SENTENCIAS: 67, 101-2, 133 n. 424, 141, 151, 166, 175, 218.
- MEDICINA HIPOCRÁTICA: 38, 47, 56-57, 173.
- MITO: 27, 43, 45, 127, 246.
- MODELO HISTORIOGRÁFICO: 12, 12, 14, 21, 25, 35, 40, 43, 46, 48, 49-50, 77-8, 79, 80-88, 89, 90, 92, 95, 96, 97, 98, 115-117, 122-128, 132-133, 135-136, 159, 162, 210.
- MORALIZACIÓN: 13, 83, 102, 130, 135, 155-157, 170, 183, 187, 205.
- NARRACIÓN: 11, 12, 40, 45-47, 51, 52, 55, 58, 64, 90, 97, 123, 124, 128, 140, 146, 149, 160, 194, 199, 201, 221, 223, 228, 230, 232, 281-282.
- NOVELA: 24, 117-118, 177, 211, 213-214, 222, 228.
- OBJETIVIDAD HISTORIOGRÁFICA: 35-6.
- ORATORIA MILITAR: 139-140.
- ORATORIA PRESIDENCIAL: 239-242.
- PAPIROS: 21-22, 98-99, 101.
- PARADOJA: 9-12, 50, 79, 121, 156, 189, 199, 228, 239, 245.
- PENSAMIENTO: 9, 12, 14, 19, 26, 47, 55, 187, 188, 196-197, 199, 200, 218, 220, 237.
- PESTE / EPIDEMIA: 12, 25-26, 29, 38, 49, 72, 79, 96, 97, 103, 118, 121, 123, 126, 135, 136, 173, 205, 213, 237, 246.
- PLATONISMO: 81-82, 231.
- POSESIÓN PARA SIEMPRE (*ktêmá es aiéi*): 6, 12, 35, 37, 46, 54, 55, 77, 84, 117, 187-188, 235, 244, 246, 248.
- PREFACIO: 19, 80, 156, 158, 165, 172, 174, 200-201, 206, 214, 228, 234.
- PRE-HUMANISMO: 137.
- PRÉPON: 85, 86, 87, 98, 161.
- PRIMER HUMANISMO BIZANTINO: 149-150.
- PRIMERA GUERRA MUNDIAL: 28, 197, 233.
- PROBABLE (*eikós*): 45, 56, 196.
- PROEMIO: 37, 39, 69, 117, 129, 155, 158, 161, 162.
- PROGYMNÁSMATA: 49, 103-118, 241.
- PROSOPOPEYA: 103.
- PÚBLICO DE LA HISTORIOGRAFÍA: 18, 19, 35, 49, 123, 129, 155, 157, 163, 172, 174, 177-178, 180, 183, 184, 203.
- REALISMO POLÍTICO: 28, 72, 232, 272.
- RECEPCIÓN/LEGADO/FORTUNA/INFLUENCIA: 10, 14, 15, 17, 18, 20, 21, 23, 25, 28, 29, 30, 77-78, 91, 92, 104, 106, 107, 121, 123, 124, 152, 154, 156, 165, 186, 193, 210, 245, 246, 247.
- REFLEXIÓN: 14, 14, 46, 48, 52, 53, 72, 108, 117, 163, 196, 201, 211, 212, 236-237, 239, 247.
- RELACIONES INTERNACIONALES: 30, 227.
- RENACIMIENTO: 11, 12, 13, 15, 18, 19, 20, 21, 26, 27, 30, 73, 75, 77, 78, 80, 88, 91, 133, 143, 155-192, 194, 195, 201, 211, 224, 227, 245, 247.
- RETÓRICA: 11, 12, 13, 14, 15, 23, 24, 25, 30, 55, 46-50, 56-58, 60-62, 64, 66-67, 68, 72, 79-80, 82, 83, 84-87, 88, 89, 90, 92, 98-99, 100, 101, 102-113, 114-118, 121-122, 124, 128, 129, 131, 132, 133, 139, 140-141, 149, 151, 153, 155-157, 159-163, 165, 167-168, 171, 175, 177, 179-180, 183, 186, 187, 189, 193, 194, 195, 196, 199, 201, 204, 205, 206, 210, 216, 221, 224, 227, 230, 245-247.
- RETÓRICA E HISTORIOGRAFÍA: 14, 35, 46-47, 48, 82-83.
- REVOLUCIÓN AMERICANA: 14, 220.
- REVOLUCIÓN FRANCESA: 14, 196, 210-211, 217-218.
- RHETORICA MILITARIS: 131, 132.
- SEGUNDA GUERRA MUNDIAL: 28, 197, 227, 233, 234-235.
- SELECCIONES DE DISCURSOS: 13, 30, 100, 110, 111, 115, 116, 133, 140, 142, 143, 150, 152, 154, 163, 168, 176, 186, 187, 246, 247.
- SCRIPTORIUM: 13, 122, 131, 136, 140, 141, 142, 146, 147, 148, 152, 154, 157, 158.
- SOFÍSTICA:
  - Primera*: 43, 45, 46, 47, 56, 58, 64, 68,

71, 72, 79, 80, 81, 196, 227.  
*Segunda*: 97, 102, 106, 111, 114, 116, 117.  
*Tercera*: 25, 121, 122.  
*SPECULUM PRINCIPIS*: 14, 196.  
*SPECULUM REGUM*: 163, 188.  
TALASOCRACIA: 43, 220.  
TEORÍA POLÍTICA: 14, 16, 19, 28, 189,  
197, 238.  
TERMIDOR: 218-219.  
TESIS (*thésis*): 103-4.  
TRADICIÓN CLÁSICA: 18, 20, 176, 220, 247.  
TRADUCCIONES DE LA *HISTORIA*:  
*Alemán*: 164.  
*Árabe*: 26, 135.  
*Aragonés*: 136-154.  
*Español*: 173-176  
*Francés*: 13, 169-171,  
*Italiano*: 172-173  
*Inglés*: 172.  
*Latín*: 163-168.  
TRAGEDIA: 51-52, 57, 67, 69.  
TRANSMISIÓN TEXTUAL: 13, 21, 30,  
77-78, 95, 101-102, 122-123, 129,  
133, 134, 245.  
TRESIENTOS: 137, 140, 157.  
VEROSIMILITUD: 12, 105, 149, 160.

## VOLUMES PUBLICADOS NA COLEÇÃO HUMANITAS SUPPLEMENTUM

1. Francisco de Oliveira, Cláudia Teixeira e Paula Barata Dias: *Espaços e Paisagens. Antiguidade Clássica e Heranças Contemporâneas. Vol. 1 – Línguas e Literaturas. Grécia e Roma* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH, 2009).
2. Francisco de Oliveira, Cláudia Teixeira e Paula Barata Dias: *Espaços e Paisagens. Antiguidade Clássica e Heranças Contemporâneas. Vol. 2 – Línguas e Literaturas. Idade Média. Renascimento. Recepção* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH, 2009).
3. Francisco de Oliveira, Jorge de Oliveira e Manuel Patrício: *Espaços e Paisagens. Antiguidade Clássica e Heranças Contemporâneas. Vol. 3 – História, Arqueologia e Arte* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH, 2010).
4. Maria Helena da Rocha Pereira, José Ribeiro Ferreira e Francisco de Oliveira (Coords.): *Horácio e a sua perenidade* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH, 2009).
5. José Luís Lopes Brandão: *Máscaras dos Césares. Teatro e moralidade nas Vidas suetonianas* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH, 2009).
6. José Ribeiro Ferreira, Delfim Leão, Manuel Tröster and Paula Barata Dias (eds): *Symposion and Philanthropia in Plutarch* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH, 2009).
7. Gabriele Cornelli (Org.): *Representações da Cidade Antiga. Categorias históricas e discursos filosóficos* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH/Grupo Archai, 2010).
8. Maria Cristina de Sousa Pimentel e Nuno Simões Rodrigues (Coords.): *Sociedade, poder e cultura no tempo de Ovídio* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH/CEC/CH, 2010).
9. Françoise Frazier et Delfim F. Leão (eds.): *Tychè et pronóia. La marche du monde selon Plutarque* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH, École Doctorale 395, ArScAn-THEMAM, 2010).
10. Juan Carlos Iglesias-Zoido, *El legado de Tucídides en la cultura occidental* (Coimbra, Classica Digitalia/CECH, ARENGA, 2011).

Pocos autores de la Antigüedad han sido más admirados que Tucídides y, sin embargo, pocas obras como la suya han ofrecido una resistencia mayor a una comprensión cabal y profunda. Intentar explicar esta paradoja, repetida insistentemente durante siglos, ha llevado a desvelar en este estudio algunas claves poco tenidas en cuenta hasta el momento, sobre todo en lo que se refiere a la manera en que desde la Antigüedad hasta nuestros días se la leído la *Historia* tucididea y particularmente sus discursos. Las alocuciones de los personajes, insertadas en una narración que el autor pretendía que se convirtiera en una "posesión para siempre" (*ktêmá es aiéi*), constituyen la clave que nos permite entender la vigencia del legado de Tucídides después de 2.500 años. Este libro recorre el camino de ese legado en la cultura occidental.

